Ryan Gingeras

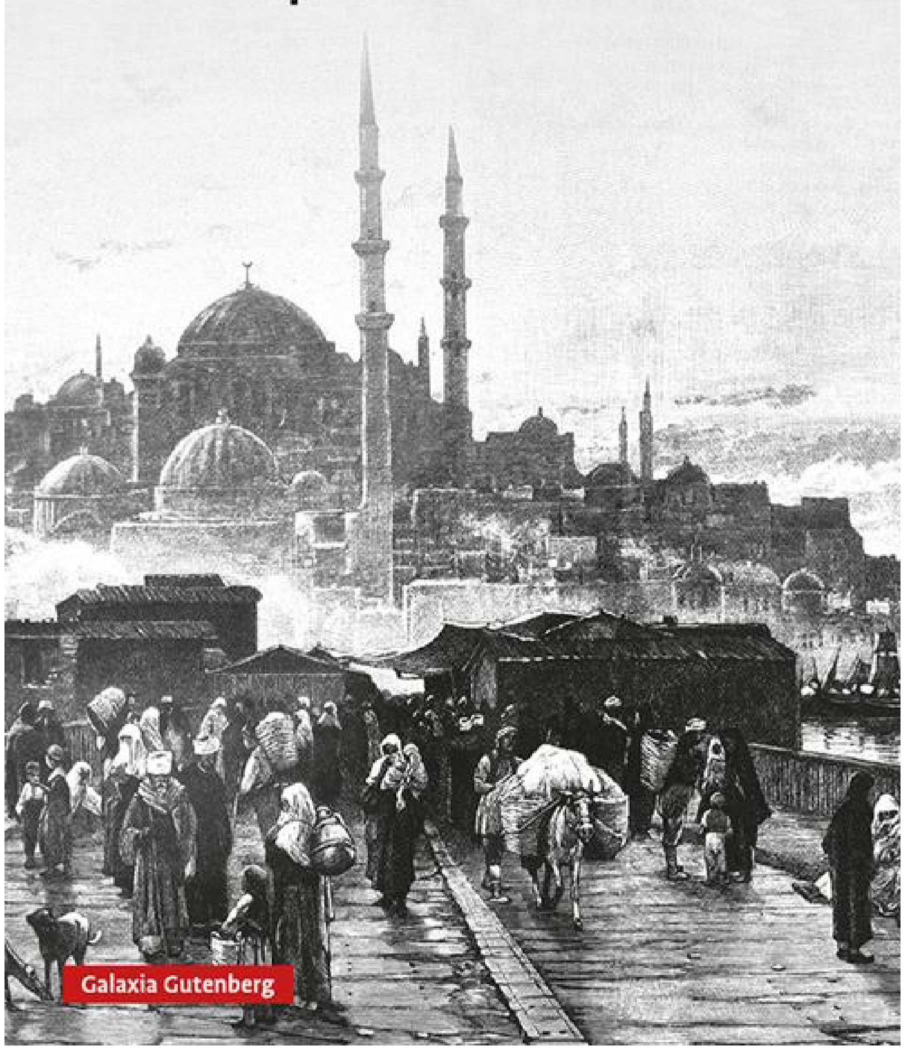
Los últimos días del Imperio otomano




Ryan Gingeras
Los últimos días
del Imperio otomano

Ryan Gingeras

Los últimos días del Imperio otomano





RYAN GINGERAS

Los últimos días del Imperio otomano

Traducción de
María Luisa Rodríguez Tapia

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: The Last Days of the Ottoman Empire, 1918-1922

Traducción del inglés: María Luisa Rodríguez Tapia

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre de 2023

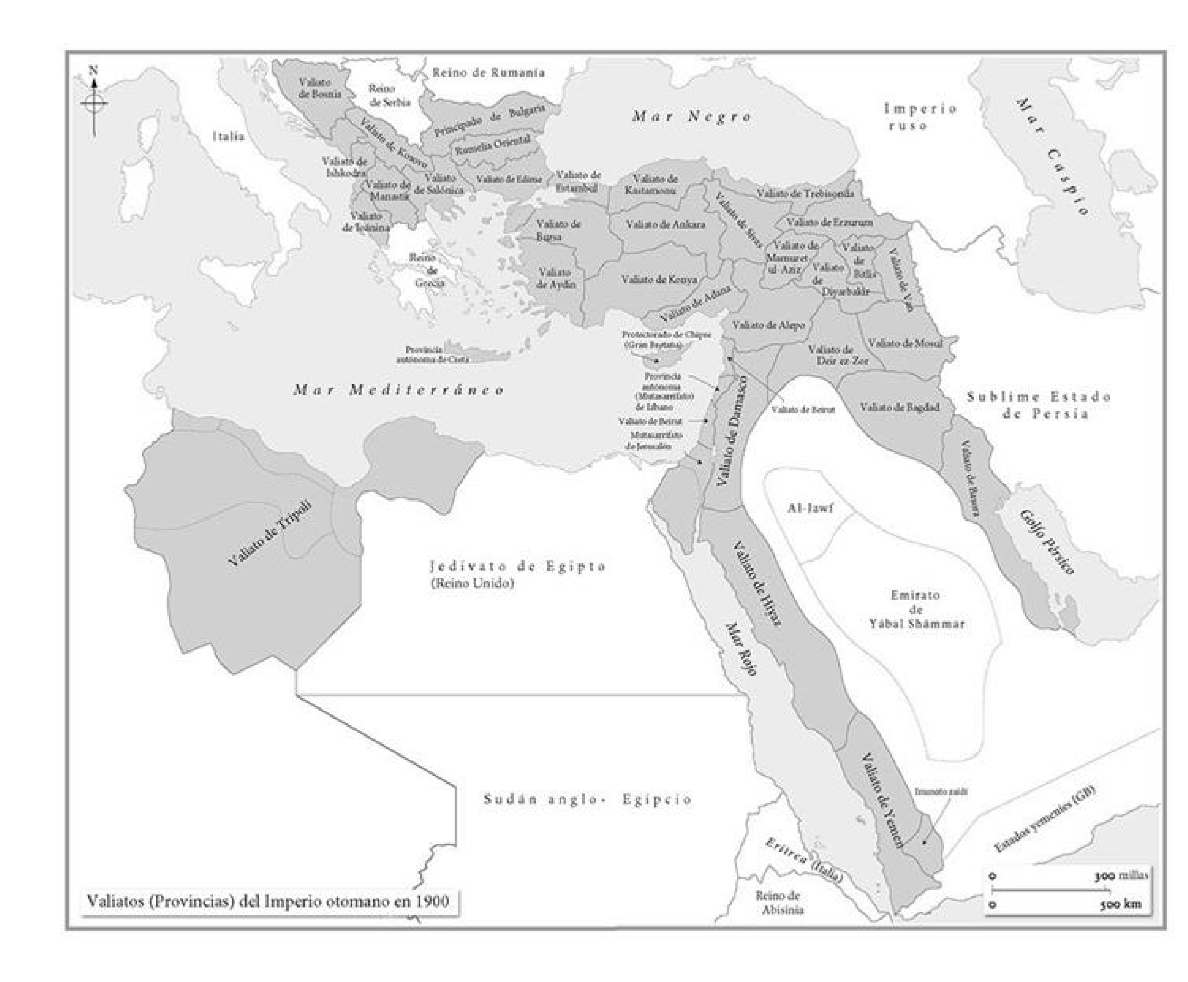
Publicado originalmente por Allen Lane, un sello editorial de Penguin Press.

Penguin Press forma parte del grupo editorial Penguin Random House.

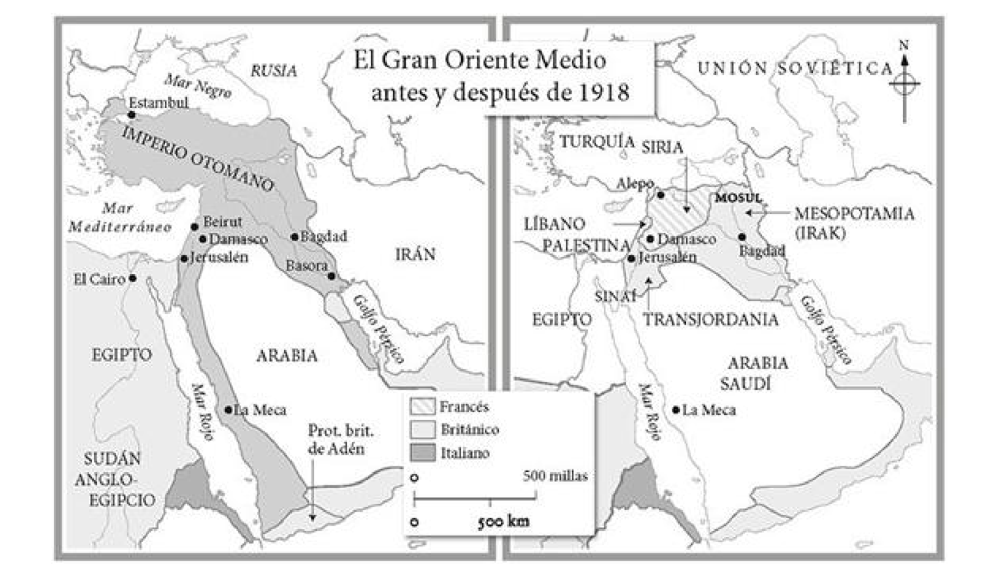
Conversión a formato digital: Maria Garcia ISBN: 978-84-19738-51-6

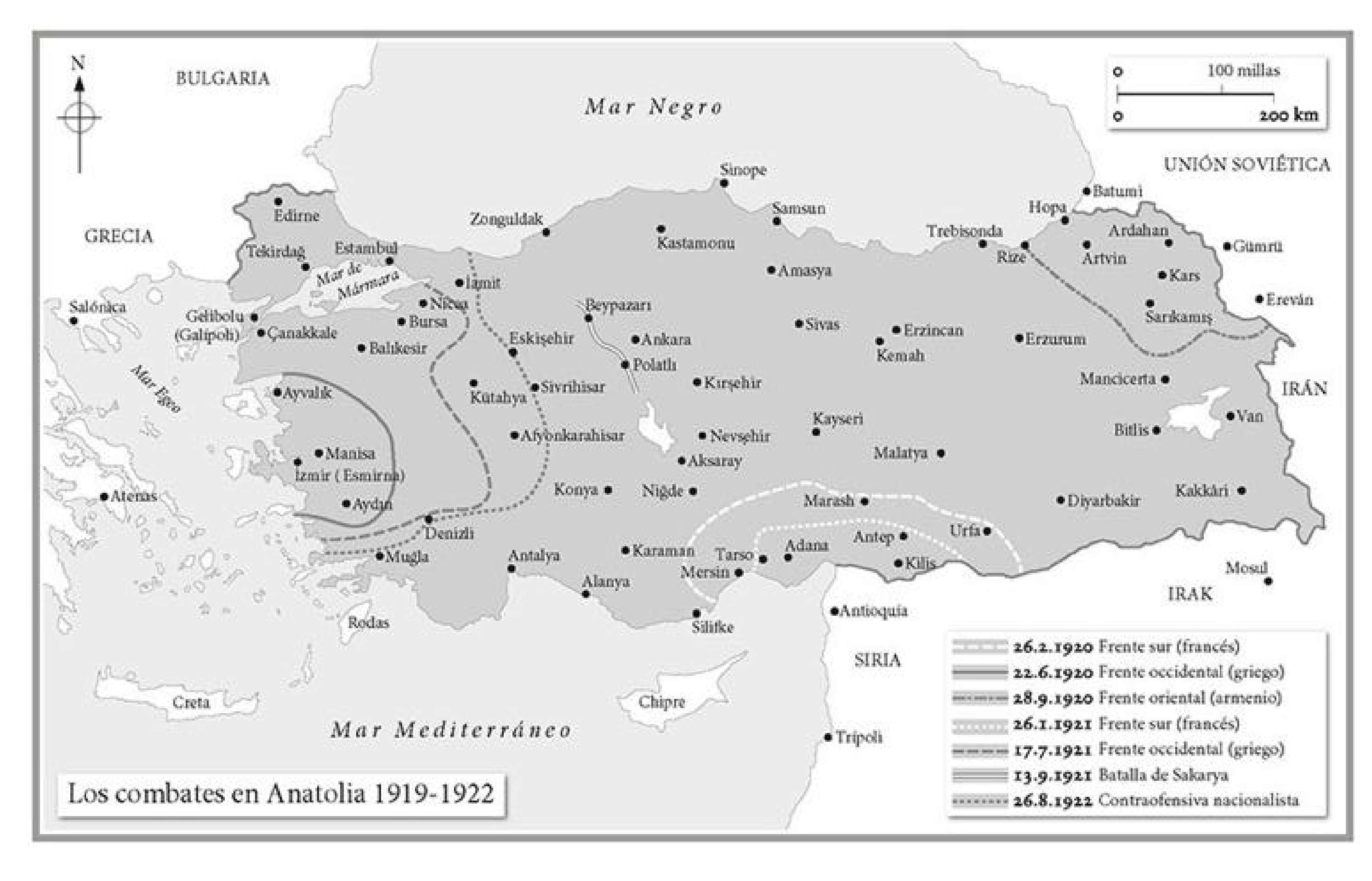
Índice

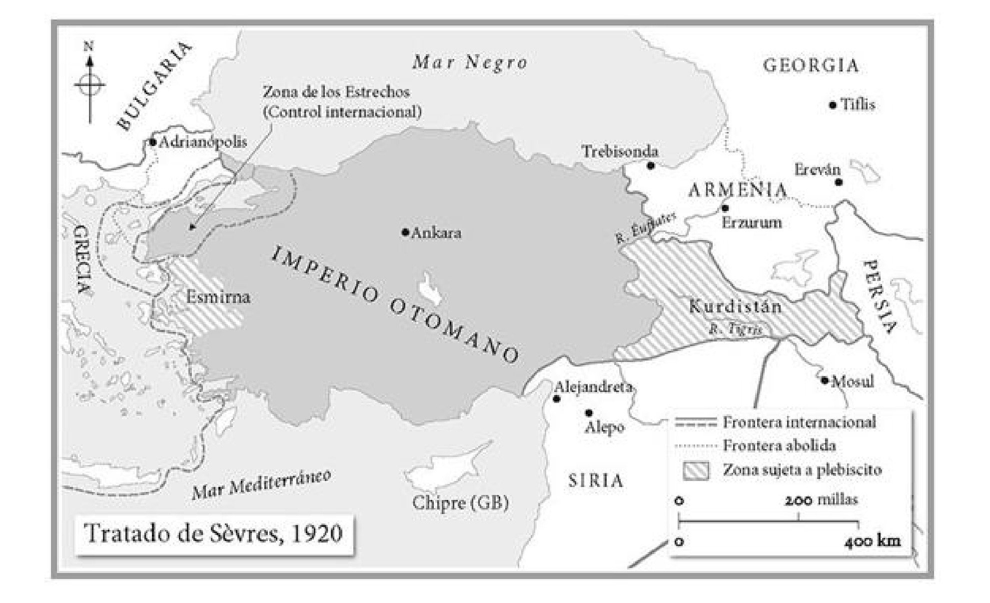
Mapas



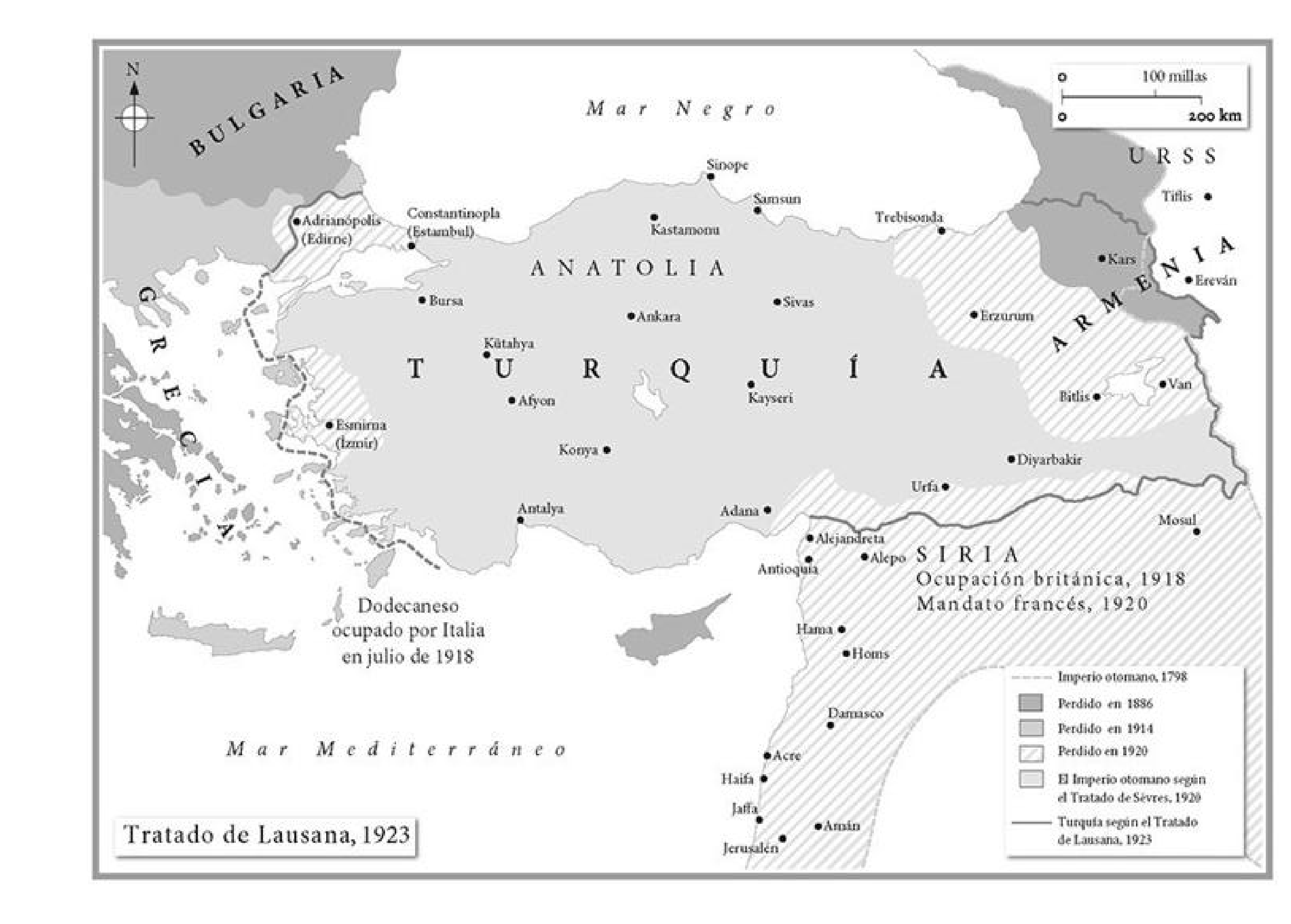
Valiatos (Provincias) del Imperio otomano en 1900


El Gran Oriente Medio
antes y después de 1918
RUSIA
Mar Negro
Estambul
IMPERIO OTOMANO
Mar
Mediterráneo
Beirut
Damasco
Bagdad
Jerusalén
Basora
IRÁN
El Cairo
Golfo Pérsico
EGIPTO
ARABIA
Mar Rojo
La Meca
Prot. brit.
de Adén
SUDÁN
ANGLO-
EGIPCIO
UNIÓN SOVIÉTICA
N
TURQUÍA
SIRIA
Alepo
MOSUL
MESOPOTAMIA
(IRAK)
LÍBANO
PALESTINA
Damasco
Bagdad
Jerusalén
SINAÍ
EGIPTO
TRANSJORDANIA
ARABIA
SAUDÍ
La Meca
Francés
Británico
Italiano
0
500 millas
0
500 km


Los combates en Anatolia 1919-1922
N
100 millas
200 km
BULGARIA
GRECIA
UNIÓN SOVIÉTICA
IRÁN
IRAK
SIRIA
Mar Negro
Mar Mediterráneo
Mar Egeo
Mar de Mármara
Edirne
Tekirdağ
Estambul
İzmit
Nicea
Bursa
Gelibolu (Galípoli)
Çanakkale
Balıkesir
Salónica
Ayvalık
Manisa
İzmir (Esmirna)
Aydın
Atenas
Denizli
Muğla
Rodas
Creta
Zonguldak
Eskişehir
Kütahya
Sivrihisar
Afyonkarahisar
Beypazarı
Ankara
Polatlı
Kastamonu
Sinope
Samsun
Amasya
Kırşehir
Nevşehir
Aksaray
Konya
Niğde
Karaman
Antalya
Alanya
Silifke
Mersin
Tarso
Adana
Antep
Kilis
Marash
Urfa
Antioquía
Trípoli
Chipre
Kayseri
Sivas
Erzincan
Kemah
Malatya
Trebisonda
Rize
Erzurum
Hopa
Batumi
Ardahan
Artvin
Kars
Sarıkamış
Gümrü
Ereván
Mancicerta
Bitlis
Van
Diyarbakir
Kakkâri
Mosul
26.2.1920 Frente sur (francés)
22.6.1920 Frente occidental (griego)
28.9.1920 Frente oriental (armenio)
26.1.1921 Frente sur (francés)
17.7.1921 Frente occidental (griego)
13.9.1921 Batalla de Sakarya
26.8.1922 Contraofensiva nacionalista



Tratado de Sèvres, 1920



Tratado de Lausana, 1923

Introducción

En la última semana de octubre de 1918, todo hacía pensar que la Gran Guerra se acercaba a su fin. De todas partes llegaban noticias de acontecimientos dramáticos. Desde principios de mes, las fuerzas aliadas habían avanzado sin cesar en todo el frente de Flandes. Con las tropas alemanas en retirada hacia Bélgica, el káiser Guillermo II respaldó los esfuerzos por conseguir un armisticio con los Aliados. Erich Ludendorff, que había estado al mando del ejército alemán durante gran parte de la guerra, dimitió, indignado, a finales de mes. Aunque el propio Ludendorff y otros generales de alto rango estaban dispuestos a «luchar hasta derramar la última gota de sangre», otro tipo de amargura bullía en las filas alemanas.[1] Antes de que finalizara octubre, los soldados amotinados tomaron las calles de Berlín para pedir el fin del gobierno de Guillermo. También hubo focos revolucionarios similares en el sur, en las tierras de los Habsburgo. Y en Viena, el día 30, miles de soldados desmovilizados se unieron a los manifestantes para exigir la abdicación de la familia real. Los acontecimientos se precipitaron aún más en Budapest. Allí, los legisladores ya habían empezado a trabajar para desvincularse de la corona de los Habsburgo. Mientras Hungría avanzaba dando tumbos hacia la independencia, el separatismo había echado raíces en Polonia y Checoslovaquia y entre los eslavos del sur. En Bulgaria, la menor de las Potencias Centrales, reinaba la incertidumbre política. Después de abandonar la guerra a principios de mes, los campesinos y los soldados se sublevaron a las afueras de Sofía, la capital, y obligaron al zar Fernando a abandonar el trono.

Fue el 30 de octubre cuando el Imperio otomano, el miembro más oriental de las Potencias Centrales, admitió su derrota. Al igual que otros miembros de la Alianza, hacía tiempo que la suerte había abandonado al imperio en el campo de batalla. A principios de septiembre, las fuerzas británicas habían derribado las defensas otomanas a las afueras de Nablus, en Palestina. Durante las semanas siguientes, la huida del ejército otomano hacia el norte, a través de Siria, acabó en una derrota. Después de tomar Damasco, las tropas británicas avanzaron hacia Alepo y tomaron la ciudad tras un breve combate. La desintegración de las fuerzas otomanas en el Levante acentuó la desesperación en Estambul. Para algunos altos cargos, el horizonte parecía oscuro ya desde mucho antes de que terminase el verano. La propia capital estaba al borde del caos. Los alimentos básicos escaseaban desde hacía tiempo. Las reservas de combustible de

todo tipo estaban racionadas y los cortes de electricidad eran frecuentes. Los habitantes de la ciudad se disputaban los recursos existentes con decenas de miles de refugiados de guerra. Estambul –reconoció un ministro en su diario– estaba «completamente sucia, como una cloaca abierta que se desborda por todas partes». Pero la anarquía y el pillaje que imperaban en el campo eran las pruebas que delataban la verdad irrefutable. «El gobierno –admitió el ministro– no tenía ya ninguna influencia ni dignidad».[2]

Sin embargo, con la firma de un armisticio a finales de octubre, el gobierno imperial no mostró señales de que temiera una revolución o la disolución. En unas declaraciones hechas a la prensa al día siguiente de que el imperio se rindiera, el negociador jefe de Estambul dijo que regresó a la capital con alegría y orgullo, no con tristeza. «Los derechos de nuestro país –proclamó– y el futuro del sultanato están totalmente a salvo gracias al armisticio firmado». La delegación británica había afirmado públicamente que no pretendía destruir la nación. Tampoco, aseguró a los periodistas, ningún ejército extranjero ocuparía la capital. «Sin duda –exclamó–, el armisticio que hemos firmado supera nuestras esperanzas».[3]

No obstante, a medida que pasaban los días, muy pocos conservarían ese optimismo. Una semana después del armisticio, el gobierno en funciones se disolvió tras consultar con el sultán. El gran visir, el principal cargo civil del país, dimitió al mismo tiempo que el único partido político del imperio acordó disolverse. Tras una década en el poder, la caída del Comité de Unión y Progreso desgarró el entramado político otomano. El férreo dominio del CUP –o los Jóvenes Turcos, como se los solía llamar– había polarizado durante mucho tiempo el Estado y la sociedad. Durante sus diez años en el poder, el CUP había luchado y perdido tres guerras y había incitado a todos los disidentes a la clandestinidad. Los líderes de los Jóvenes Turcos habían llegado al poder en 1908 defendiendo los principios de libertad e igualdad ante la ley. Una década más tarde, el CUP había arrebatado metódicamente sus derechos a una enorme cantidad de ciudadanos, en su mayoría cristianos, y en ese proceso murieron asesinados cientos de miles de personas. Con el partido desaparecido y sus líderes exiliados, las dudas y los resentimientos pesaron sobre la capital. En contra de lo que se había asegurado, a mediados de noviembre llegaron a Estambul los primeros contingentes de un ejército de ocupación. La perspectiva de la capital ocupada –recordaba después un alto funcionario– dejó al descubierto una profunda fractura en la sociedad. En Beyoğlu, el histórico barrio extranjero de la capital, la aparición de barcos británicos y franceses atracados frente a la costa se acogió con enorme entusiasmo. «Todas las casas, tiendas, hoteles y restaurantes se

engalanaron como si se tratara de una gran celebración», recordaba el funcionario. En lugar de lamentar la inminente ocupación, los habitantes de la zona, en su mayoría cristianos, recibieron la presencia de británicos, franceses y griegos como un momento de redención; por el contrario, el ambiente en el resto de la ciudad no podía ser más sombrío. En barrios predominantemente musulmanes como Eminönü, Topkapı y Eyüp, las calles estaban indudablemente oscuras y vacías. Salvo por «los maullidos de los gatos hambrientos y los ladridos desesperados de los perros callejeros», apenas se oían voces. En medio de un clima húmedo y rodeados de familias afligidas, el funcionario y otros como él se quedaron «temblando, con una sensación de catástrofe y duelo».[4]

Imágenes como esta se suelen interpretar como los últimos coletazos de vida del Imperio otomano. Las explicaciones de la caída de 1918 tienden a hacer hincapié en algo que parece evidente: el Estado otomano estaba llegando a un final propio de su época. Todas las antiguas casas reales de Europa del Este –los Románov, los Habsburgo y los Hohenzollern– acabaron expulsadas del poder antes de que terminara el invierno de 1918. Se palpaba la revolución a medida que los nuevos Estados fueron ocupando su lugar. Se instauraron repúblicas que abogaban por la voluntad nacional. Con todo lo que había sucedido y lo que estaba por suceder, el 30 de octubre de 1918 parece una fecha apropiada para delimitar las últimas horas del Imperio otomano.

Es igualmente tentador ver la caída del Imperio otomano como un hecho largamente esperado. Hacía varias generaciones que los comentaristas europeos hablaban de la desaparición del imperio como una perspectiva posible, basada en lo que parecía una longue durée, marcada por el desastre. Para algunos, la caída del Estado otomano había empezado con su derrota a las puertas de Viena en 1683. La oportuna llegada de una columna polaca de socorro a las afueras de la capital de los Habsburgo en septiembre obligó a los otomanos a emprender una retirada de la que nunca se recuperaron del todo. Durante todo el siglo XIX, los estadistas y periodistas europeos predecían con regularidad la desaparición de Estambul. La evidencia, según las épocas, era tan clara como el agua. A comienzos del nuevo siglo, el imperio seguía cediendo territorio en tres continentes, Europa, Asia y África. Estambul tenía dificultades para sofocar los disturbios dentro de sus fronteras. El tesoro público oscilaba entre la austeridad y la bancarrota. En opinión de muchos observadores, esta larga lista de fallos fue lo que llevó, en 1918, a los otomanos al borde del abismo.

Sin embargo, considerar la caída del Imperio otomano como algo inevitable significa pasar por alto una serie de hechos que indicaban lo contrario. A pesar de décadas de contracción territorial, la legitimidad de la familia real otomana permanecía notablemente intacta. Los ciudadanos de todo el imperio siguieron respondiendo a los llamamientos del ejército pese a los reiterados reveses de la guerra. El apoyo popular y de las élites a la monarquía se afianzó especialmente con la expansión del nacionalismo. El nacionalismo otomano, tal como lo concebían muchos ciudadanos, resultó ser lo suficientemente flexible como para captar su lealtad. No era necesario hablar turco, la lengua franca del Estado, para aceptarla como lengua común de la nación. Los albaneses, árabes, armenios, turcos, griegos y búlgaros demostraban a menudo su entrega a la supervivencia del imperio a pesar de las discrepancias sobre muchas cuestiones, del mismo modo que los pueblos de distintas religiones podían abrazar al sultán en su doble condición de soberano de las tierras otomanas y califa del mundo islámico. En la Gran Guerra, los ciudadanos musulmanes, cristianos y judíos mostraron su voluntad común de luchar y morir en lo que el gobierno del sultán calificaba de yihad contra los enemigos del islam. Por supuesto, la guerra y la inseguridad minaron la confianza de muchos ciudadanos en los años anteriores a 1918. Es innegable que muchos antiguos ciudadanos contemplaban la posibilidad de la disolución del imperio. Y también es cierto que muchos otomanos maldecían a su gobierno por males diversos, incluidos actos de violencia contra ellos. Sin embargo, al examinar con detalle la historia del imperio hasta el final de la Primera Guerra Mundial, llama la atención la resistencia del Estado otomano y la durabilidad de su legitimidad a ojos de su diversa ciudadanía.

Aun así, no podemos olvidar el hecho fundamental de que el Imperio otomano acabó cayendo. Una historia que suele contarse como un relato grandioso, que abarca décadas e incluso siglos. En esta versión tradicional, los acontecimientos posteriores a 1918 suelen presentarse como un epílogo. La Gran Guerra parece que emitió el veredicto final sobre la viabilidad del Estado otomano. Con la pérdida de sus provincias árabes y levantinas, no quedaron en su poder más que Asia Menor y una pequeña parte de la Tracia europea. Ni el sultán ni sus más estrechos partidarios opusieron demasiada resistencia a las demandas constantes de los Aliados. Pero la conformidad de Estambul resultó decisiva para que la creación de un nuevo Estado, la República de Turquía, ocupase el lugar del imperio. La fundación de Turquía, nacida después de la aparición de los Estados-nación de Europa oriental, se considera a menudo el reflejo de un consenso más legítimo y viable que arraigó en Anatolia. Los acontecimientos ocurridos a

partir de octubre de 1918 permitieron que los turcos –el grupo de población que suele considerarse mayoritario en Turquía– formaran un Estado propio. Con el nacimiento de Turquía, los pueblos del exterior de las antiguas fronteras del imperio siguieron adelante tras la caída de los otomanos. El mundo, después del Tratado de Versalles, estaba evolucionando. La historia acabaría demostrando que los imperios, los monarcas y los califas eran reliquias del pasado.

Este libro tiene dos propósitos. En primer lugar, el de poner el foco en la historia de los últimos años del Imperio otomano. En realidad, el otoño de 1918 no culminó con la caída del sultanato otomano, sino que marcó el comienzo de un periodo sumamente complejo de guerras y negociaciones para determinar el incierto futuro del imperio. En los cuatro años posteriores, los oficiales y estadistas imperiales lucharon sin descanso, y contra todo pronóstico, para tratar de restablecer la soberanía y el buen nombre del imperio. En 1922, la importancia de esta campaña ya no se limitaba a los confines de las tierras menguantes del sultán. Antiguos ciudadanos del imperio en Europa, Oriente Medio y el norte de África, además de pueblos mucho más lejanos, seguían y apoyaban la lucha otomana en Anatolia. Por un tiempo al menos, fue un conflicto que resonó en medio de la pugna general de los pueblos colonizados para resistir el dominio británico, francés o ruso. Lo que resulta irónico es que el éxito de esta campaña independentista tuvo consecuencias fatales para las ambiciones del sultán y la reivindicación de su familia al trono. Cuando llegó el final, fueron los servidores más apreciados del imperio, sus generales y soldados, quienes decidieron que había llegado el momento de que el Estado otomano pasara a la historia.

Para comprender este alejamiento del imperio y del sultán, es preciso valorar la magnitud de las pérdidas presenciadas durante este periodo. Para quienes en 1918 seguían siendo ciudadanos del Imperio otomano, las adversidades y penurias formaban parte desde hacía mucho tiempo de la vida cotidiana. Lo que sucedió tras el armisticio de 1918 resultó, para muchos, aún más difícil y definitorio. La crudeza de los combates en Anatolia entre 1918 y 1922 tuvo un coste abrumador, con millones de muertos, mutilados y desplazados. Mucho más difíciles de calcular son los costes culturales y sociales derivados de ese periodo. Grandes franjas de los territorios que quedaban del imperio se quedaron vacías de gente y se destruyeron por completo comunidades que habían perdurado a lo largo de muchos siglos. Los horrores de esta época alimentaron la desilusión política que cada vez más albergaba un mayor número de ciudadanos. En 1922, los

acontecimientos dejaban ya escaso margen para la nostalgia. Ya no parecía posible un imperio que encarnara una gran diversidad de credos y lenguas. Y la familia real otomana, a la que se atribuía tantos pecados, tanto pasados como presentes, acabó derrocada y repudiada. Este libro trata, en gran parte, de aclarar esa época oscura.

Es comprensible pensar que esta historia puede interesar sobre todo a los turcos. Al fin y al cabo, se trata de un periodo que incluye el ascenso del heroico fundador de Turquía, Mustafá Kemal Atatürk. Pero es más que eso; es una época que todavía se conmemora como el momento de la concepción de Turquía. La Lucha Nacional (Milli Mücadele), como se suele llamar a este periodo, sigue recordándose como la época más oscura y, a la vez, más esclarecedora de la historia del país. Se trata de un periodo que se caracteriza por la ocupación extranjera y una violencia indescriptible y, como tal, representa los mayores temores y humillaciones de Turquía. Pero también es el periodo de la victoria de Atatürk y sus partidarios, aclamada como un momento de salvación ganado con esfuerzo, que asentó las bases de un Estado realmente digno de admiración nacional e internacional. Sin embargo, un examen más detallado de esta época revela que la historia tiene un alcance aún mayor. Aunque los turcos consideren los años comprendidos entre 1918 y 1922 como su «Guerra de la Independencia» (İstiklal Harbi o Kurtuluş Savaşı), este periodo tuvo consecuencias mucho más amargas para otros pueblos. Los combates de aquel periodo fueron los últimos de una serie de oleadas de violencia que casi acabaron con las poblaciones cristianas de Anatolia. Fue un periodo que se caracterizó por el auge y la caída de un movimiento para construir un Estado kurdo independiente, un objetivo que todavía hoy sigue siendo difícil de alcanzar. La caída de los otomanos repercutió también en otros pueblos y Estados más allá de las fronteras del imperio. Los secesos de Anatolia sirvieron de catalizador para la imaginación y el activismo de diversos movimientos nacionalistas, desde Marruecos hasta la India. Para Gran Bretaña y Francia, la lucha por el futuro del sultanato otomano supuso una advertencia severa sobre el futuro de sus propios imperios. Para Estados Unidos, aquellos años fueron un cursillo de iniciación a la política del Oriente Medio moderno.

En definitiva, el propósito de este libro es insuflar nueva vida a un tema que suele considerarse relativamente oscuro. Es un intento de situar mejor en su contexto los acontecimientos que sirvieron de preludio a la evolución general de Oriente Medio en los siglos XX y XXI. Las tensiones documentadas en este estudio pretenden ofrecer un punto de partida sólido para comprender los problemas cruciales que siguen existiendo en el viejo mundo otomano, en especial los que se refieren a la identidad y las relaciones con Occidente. Por último, pretendo dar peso y significado a unas voces y experiencias que a

menudo se pasan por alto cuando se habla del final del imperio. La caída del Imperio otomano no es sólo una cuestión turca, ni una historia que afecte exclusivamente a las tierras que gobernaba. Es una historia que condensa un momento importante en la creación de los asuntos internacionales modernos, que aún resuena en los titulares de hoy.

PREGUNTAS SIN RESPONDER:

¿QUÉ OCURRIÓ EXACTAMENTE ENTRE 1918 Y 1922?

Después de asegurar su triunfo, los líderes de la Revolución rusa estaban ansiosos por conseguir que la caída de la dinastía Románov se interpretara como una consecuencia natural de la historia. La sociedad rusa había vivido esclavizada durante mucho tiempo bajo el yugo de los zares y la aristocracia imperial. El imperio, según las conocidas palabras de Lenin, había sido una auténtica «cárcel de los pueblos» que se extendía por toda Eurasia. La terrible situación causada por la Gran Guerra y los planes minuciosos de los bolcheviques aseguraron el fin del Antiguo Régimen. Sin embargo, en su épico relato de los acontecimientos que desembocaron en octubre de 1917, Trotski tuvo cuidado de subrayar que la revolución no había provocado un cambio instantáneo. Los asistentes del zar en el Palacio de Invierno, todos vestidos «de azul, con cuello rojo y galones dorados», seguían desempeñando sus tareas la misma mañana en la que los bolcheviques tomaron el poder. La prensa oficial también mantuvo la apariencia de que seguía controlando la situación, un acto que Trotski equiparó a «cuando a un cadáver le siguen creciendo las uñas y el pelo».[5]

Desde entonces, los historiadores han matizado considerablemente nuestra comprensión de las consecuencias de la Revolución rusa. Es indudable que la caída de la dinastía Románov provocó cambios drásticos en el Estado y la sociedad. Los pilares fundamentales del régimen imperial, como la nobleza y el clero (tanto el ortodoxo como el no cristiano), fueron desplomándose a medida que los bolcheviques consolidaron su poder en los meses y años posteriores. La ruptura de 1917 no impidió, sin embargo, que algunas cosas continuaran. Las fuerzas de Lenin siguieron reclamando gran parte del antiguo imperio ruso, aunque con el pretexto de promover la revolución entre los obreros y campesinos en todas partes. Las etapas iniciales de esta transición del poder ruso al soviético no siempre estuvieron muy definidas. Cuando el Ejército Rojo ocupó Georgia en 1921, Lenin criticó el papel de Stalin a la hora de imponer una nueva administración comunista y afirmó que en Tiflis seguían existiendo elementos del Antiguo Régimen a los que se había «ungido con un poco de óleo soviético».[6] *El desafío de rehacer el imperio con arreglo a las directrices de un Estado*

comunista fue más fácil cuando se adoptó lo que un especialista ha comparado, en una célebre definición, con una política general de «discriminación positiva». Antes de 1923, Moscú ya se había comprometido a desarrollar movimientos nacionales entre los numerosos pueblos de la Unión Soviética, con la esperanza de que los ciudadanos acabaran abrazando el comunismo y se olvidaran de las formas nacionalistas burguesas. «Vamos a desarrollar todo lo posible la cultura nacional –dijo Stalin–, para que se agote por completo y poder así crear las bases para la organización de la cultura socialista internacional».[7] *Con el tiempo, el gobierno soviético se aficionó a otras supuestas características del antiguo orden imperial. La construcción de un Estado de vigilancia integral se basó en gran parte en los modelos y métodos imperiales rusos. Las experiencias, e incluso los funcionarios de la época zarista, sirvieron de inspiración para acabar con el «bandolerismo» existente entre los cosacos y los rebeldes de Asia Central.*[8] *Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, los elementos de la cultura imperial se habían rehabilitado e incluso se aplaudían. Al propio Stalin no le pareció que hubiera ninguna contradicción ideológica en producir dos películas como Alexander Nevsky e Iván el Terrible, que ensalzaban a los grandes predecesores de los Románov. Si bien después prohibió Iván el Terrible por las veladas críticas a su mandato, el principio de que había que conmemorar el pasado imperial de Rusia se mantuvo vigente mucho después de su muerte. Estas incongruencias, entre otras, llevaron a algunos a sugerir que bajo el régimen soviético siguió existiendo algo parecido al Imperio ruso.*

Existen numerosas ambigüedades en otros casos de colapsos imperiales. En febrero de 1912, Longyu, la emperatriz viuda china, cedió a las presiones populares y consintió que la dinastía Qing abdicara. Sin embargo, el fin del dominio manchú en China no significó que el imperio que habían construido desapareciera por completo. Como en el caso de los soviéticos, los sucesores de la dinastía Qing se comprometieron a conservar los territorios que antes pertenecían al imperio. La afirmación –o reafirmación– del poder de Pekín suscitó importantes preguntas sobre el significado de la revolución que había derrocado a la dinastía imperial. Sun Yat-sen, fundador de la primera república china, pensaba que tenía motivos sobrados para seguir reivindicando los derechos de Pekín sobre el antiguo territorio del imperio. Decía que el Estado y el pueblo siempre habían estado en armonía (que, en realidad, eran «una raza») desde los tiempos de la clásica dinastía Qin.[9] Mao Zedong también se adhirió al principio de que el Estado chino y, hasta cierto punto, la nación, eran el fruto de varios milenios de poder dinástico. Su gobierno asumió abiertamente que la identidad china tenía un carácter multinacional, una idea que evocaba las políticas de los soviéticos e,

irónicamente, las de los Qing.

Otra serie de paradojas más modestas, pero no menos llamativas, es la que ofrece la evolución de Irán a lo largo del siglo XX. A diferencia de la dinastía otomana, la monarquía iraní sobrevivió a la Primera Guerra Mundial, a pesar de la ocupación extranjera y la violencia generalizada. Tras el derrocamiento en 1925 de la casa reinante, los Kayar, el poder dinástico continuó durante medio siglo más con la familia real Pahlavi al frente. Sin embargo, a partir de las reformas que se llevaron a cabo en los años treinta, Irán dejó de distinguirse como imperio. La decisión tomada por Reza Shah en 1935 de cambiar oficialmente el nombre del Estado de Persia por el de Irán indicó su propósito de dejar claro que lo que gobernaba era una nación-estado, en la que había un solo pueblo y una sola cultura (una postura totalmente contraria a la de sus predecesores Kayar). La renuncia oficial de Irán a su condición de imperio y monarquía se produjo mucho más tarde, cuando se instauró la República Islámica en 1979.

El final de la dinastía otomana está, como las de los Románov y los Qing, colmado de contradicciones y dilemas. No existe una explicación sencilla, por ejemplo, acerca de cuándo dejó de existir exactamente el Estado otomano. Es muy factible hablar de una combinación de fechas. Podría decirse que el imperio terminó cuando su asamblea electa aprobó una nueva constitución en enero de 1921. Con este documento, que sirvió de constitución de la República turca hasta 1924, la familia real otomana quedó oficialmente privada de todos sus poderes y prerrogativas relacionados con el Estado. Además, fue la constitución de 1921 la que implantó de manera oficial el nombre de «Turquía». La segunda fecha de la caída del imperio, y de mayor relevancia histórica, es quizá el 30 de octubre de 1922. Ese día, la Gran Asamblea Nacional Turca aprobó la abolición del cargo de sultán. Con ello, la cámara pronunció su veredicto de que «el Imperio otomano, con su sistema autocrático, ha quedado completamente desmantelado».[10] Pero la decisión de disolver institucionalmente el sultanato no supuso el final definitivo del poder otomano. Dos días después de la votación, la asamblea acordó mantener las funciones de la familia real y permitió a su miembro de mayor edad ostentar el título de califa. Aunque no tenía ninguna autoridad política, Mustafá Kemal se comprometió personalmente a que un califa otomano seguiría siendo «una figura eminente y fundamental para el Estado de Turquía».[11] Por desgracia para la familia, la vigencia de este acuerdo duró poco más de un año. En invierno de 1924, la Asamblea Nacional decidió proclamar la república y acabar con el cargo de califa. Para entonces, ya era indudable que el Imperio otomano había llegado a su fin. La política identitaria dificulta aún más la interpretación de la

caída otomana como un hecho histórico. En términos convencionales, parece claro lo que ocurrió entre 1918 y 1922: un imperio multinacional se deshizo. En su lugar nacieron unos Estados-nación que se definían por criterios étnicos. En este sentido, el derrocamiento del sultanato otomano se parece a las revoluciones que fragmentaron el imperio de los Habsburgo. Se puede pensar que, como sucedió en Austria, Turquía fue el resultado de la consolidación de una mayoría turca en unas tierras que históricamente eran suyas. Sin embargo, esa comparación no encaja con ciertas realidades. Por ejemplo, la demografía de Anatolia había sido objeto de un largo debate en los años anteriores al armisticio. Para poder afirmar en 1918 que Anatolia era indiscutiblemente turca había que ignorar las reivindicaciones de numerosas personas que no se consideraban turcas. A pesar de lo que acabó pasando, los datos contemporáneos demuestran que había una gran confusión sobre lo que significaba exactamente «ser turco» entre la población. En 1922, los propios partidarios de Atatürk aún seguían discrepando sobre lo que significaba ese «ser turco».

El nombre de Turquía es, en sí mismo, el elemento más complejo. Durante siglos, las tierras gobernadas por Estambul nunca tuvieron un solo nombre. En el lenguaje oficial, los representantes imperiales usaban diversos nombres: los más habituales eran «Estado sublime» (Devleti Aliyye) o, un poco más tarde, «Estado otomano» (Osmanlı Devleti). Los extranjeros y, hasta cierto punto, los locales también llamaban al imperio «Turquía», cosa lógica dado que la lengua franca del gobierno era el turco. Para complicar aún más las cosas, «imperio» (imparatorluk) se utilizaba también con un sentido diferente, para referirse al Estado. No está claro cuándo y por qué exactamente empezaron los otomanos a llamar imperio al país. Por especular, podemos suponer que era una grandilocuencia propia del siglo XIX. Si otros grandes estados o casas –Gran Bretaña y los Habsburgo, por ejemplo– poseían grandes imperios, ¿por qué no iba a valer eso también para el gobierno otomano? Irónicamente, el nombre de «Turquía» también adquirió mayor resonancia a finales del siglo XIX. En esa época, los mayores partidarios de usar el nombre eran los nacionalistas, convencidos de que el núcleo o el espíritu nacional del país residía entre los musulmanes de lengua turca. No obstante, en 1922 todavía reinaba la ambigüedad: «Turquía» e «Imperio otomano» seguían siendo intercambiables y no siempre tenían una connotación étnica y nacionalista explícita. Este es el principal motivo de que los acontecimientos posteriores a 1918 sean aún más complejos. En las décadas posteriores, ni siquiera los nacionalistas turcos más acérrimos tenían claro el significado de los años de posguerra. Años después de que la dinastía hubiera caído derrocada, algunos ideólogos turcos

afirmaban que la república de Atatürk era una nueva manifestación del Estado gobernado por la familia real otomana. La diferencia, vista a posteriori, era que la república era un Estado totalmente legítimo, que se había reformado y modernizado.

Ahora bien, limitar las conversaciones de la caída de los otomanos sólo a la política sería un error. Los testimonios personales de este periodo dejan claro que los últimos años del imperio fueron mucho más dolorosos y traumáticos de lo que es el simple fin de un régimen. Desde el punto de vista social, la desintegración del orden otomano estuvo acompañada de una violencia apocalíptica. Por consiguiente, pocos testigos del final del imperio vieron los sucesos desde una perspectiva atenuada. Lo que ocurrió entre 1918 y 1922 fue, más que el desmantelamiento de un Estado, la destrucción de culturas y comunidades enteras. En este sentido, la historia del final del imperio es relativamente inclusiva. La violencia de esa época fue implacable y dejó muy pocas comunidades indemnes. En principio, esta es una historia que debe interesar e interesa a turcos, griegos, armenios, árabes y kurdos por igual.

EL FIN DEL IMPERIO OTOMANO

Y EL PROBLEMA DE LAS FUENTES

Como muchos supervivientes del genocidio armenio, J. Michael Hagopian vivió el final del Imperio otomano como una época marcada por las separaciones y el abandono. Calculaba que tenía unos nueve años cuando fue depuesto el último sultán otomano. Hasta entonces, se había librado de los peores horrores que habían asolado Harput, su ciudad natal. Había sido testigo de la llegada de refugiados a los que se les había obligado a dejar sus hogares y sabía que la guerra había causado estragos en varias partes del país. Décadas más tarde, declaró que era consciente de que, por ser armenio, vivía una vida distinta y subordinada dentro del Imperio otomano. Pero también sabía que su padre, el médico más importante de la ciudad, le daba unas comodidades y una seguridad que pocos disfrutaban. A los noventa y siete años, antes de morir, Michael Hagopian dijo que no recordaba ninguna desgracia personal que empañara sus recuerdos del país que había dejado atrás. Salvo por una enfermedad que padeció de niño, su infancia estaba llena de buenos recuerdos. Cuando, en 1922, él y su familia abandonaron Harput para siempre, lo hicieron en la relativa comodidad de un Ford T. La oportunidad de viajar en automóvil convirtió su partida en una aventura. «[No] sentí ninguna tristeza –confesó en 2010–. La tristeza se siente ahora o después, por haber tenido que dejar mi casa».[12]

Michael Hagopian dedicó la mayor parte de su vida adulta a registrar los recuerdos de otras personas con edad suficiente como para recordar la caída del Imperio otomano. Durante sus cuarenta años de carrera, viajó por todo el mundo filmando y entrevistando a supervivientes de la violencia de la Primera Guerra Mundial y los años posteriores. En el momento de morir, había recogido el testimonio de más de cuatrocientos testigos y supervivientes. Quienes accedieron a que los filmaran eran personas de habla inglesa, turca, armenia, griega, árabe y de otros idiomas.[13] La verdad es que la mayoría de las entrevistas son muy difíciles de ver. A pesar del tiempo transcurrido, las personas que entrevistó Hagopian seguían sufriendo por los terribles acontecimientos que habían presenciado y vivido: asesinatos,

violaciones, torturas y hambre. Casi todos los que aceptaron ser filmados eran niños en el momento de la caída del imperio, un dato que no resta ni detalles ni claridad a sus recuerdos. A pesar de los actos violentos de los que muchos habían sido testigos o habían vivido, los entrevistados casi siempre iniciaban sus relatos con recuerdos sentimentales. Muchos seguían aferrándose a los cálidos recuerdos de sus hogares, barrios, pueblos, amigos y familiares. En conjunto, las revelaciones de la colección Hagopian ofrecen al espectador contemporáneo algo que la mayoría de las historias no son capaces de transmitir. A través de ellas, el imperio y su desaparición parecen mucho menos abstractos o desvinculados del presente. Ver los rostros de hombres y mujeres que en otro tiempo fueron ciudadanos otomanos, permite al espectador empatizar con ellos y con una historia que suena auténtica y real.

La colección de películas de J. Michael Hagopian es uno de los escasos archivos de historia oral que existen sobre los últimos años del Imperio otomano. El mayor y más antiguo es seguramente el que está en Atenas (Grecia). Los primeros investigadores que reunieron las entrevistas conservadas en el Centro de Estudios sobre Asia Menor lo hicieron, igual que Hagopian, con la intención de documentar los horrores que acompañaron a la caída del imperio. La mayoría de las grabaciones, que se cuentan por miles, son bastante más antiguas que las de Hagopian; algunas datan de los años treinta. Aunque el origen y la extracción social de los entrevistados varían, casi todos los testimonios que se conservan en el Centro de Estudios de Asia Menor proceden de griegos que tuvieron que abandonar Anatolia después de 1922. El peso de esta experiencia colectiva plantea un reto similar al de las limitaciones de las películas de Michael Hagopian. El objetivo de este último era denunciar y conmemorar la campaña de genocidio contra los armenios otomanos. Las tragedias que se detallan en sus películas y otras similares son sólo las que sufrieron los cristianos. Las experiencias de brutalidades y exilio que detallan muestran, en su conjunto, una imagen muy siniestra del gobierno otomano. Aunque hay evocaciones afectuosas de antiguos vecinos y barrios, el tenor de las entrevistas es, por lo general, un poco más oscuro, suele desprender tristeza, pérdida y traición. Como consecuencia, la sociedad otomana se presenta como una sociedad claramente dividida. El final del imperio, que culminó con la expulsión casi total de los griegos y los armenios de Anatolia, fue un absoluto desastre para los cristianos. Pese a todas las penurias que sufrieron, los turcos musulmanes emergieron como los transgresores y vencedores incuestionables. Si analizamos los aspectos políticos del derrocamiento del sultán desde la perspectiva de los deportados griegos y armenios,

corremos el riesgo de despojarlos de toda su complejidad. Otros documentos de historia oral tienden también a subrayar las ganancias turcas a expensas de los cristianos muertos o deportados. Los archivos del Instituto Zoryan de Toronto y Boston son relativamente extensos (ochocientas entrevistas en cinta y vídeo), pero también se limitan a los testimonios orales de los armenios que sobrevivieron al genocidio de 1915.

Contrarrestar los puntos fuertes y débiles de estas fuentes de historia oral es una tarea abrumadora. En la actualidad, salvo unos cuantos proyectos privados de pequeño tamaño, no existe un equivalente turco a los archivos de historia oral como los de Atenas y el Instituto Zoryan. Hasta la fecha, los historiadores turcos no han publicado más que un solo volumen de testimonios orales sobre los acontecimientos ocurridos entre 1918 y 1922. El libro, que incluye extractos de sesenta y cinco entrevistas, profundiza sobre todo en la historia de la ocupación griega de İzmir (Esmirna) después de la Primera Guerra Mundial.[14] La situación es todavía más desalentadora en los antiguos territorios árabes del imperio. Aunque existen varios estudios basados en entrevistas con testigos del final del imperio, ningún Estado árabe de Oriente Medio cuenta con unos recursos similares a los archivos reunidos por J. Michael Hagopian o el Centro de Estudios de Asia Menor. A excepción de la perspectiva que ofrecen los periódicos regionales, sabemos muy poco acerca de cómo vivieron el final del Estado otomano los residentes en Jerusalén, Damasco, Kirkuk, Medina y Bagdad.

Por supuesto, la falta de fuentes de historia oral no ha limitado el número de estudios sobre el final del Imperio otomano. Al contrario, en el último siglo se ha publicado una cantidad ingente de libros y artículos sobre ese periodo. La mayoría de ellos están escritos en turco y se publicaron sobre todo para el público de habla turca. Worldcat, por ejemplo, recoge más de 3.500 libros sobre la historia de la «revolución» de Turquía entre 1918 y 1922, de los que más de tres mil están impresos en turco. En esta estimación no se tiene en cuenta el gran número de memorias y artículos de prensa no especializada que también abordan el derrumbe otomano. Toda esta literatura sigue siendo, más que cualquier otra fuente, la columna vertebral de la elaboración de muchas historias populares que se escriben sobre el final del imperio. Para comprender las numerosas tensiones y lagunas de las que hablaremos en este libro, es esencial explicar antes hasta qué punto las fuentes y los libros de historia en lengua turca han llegado a dominar la narración del final del imperio.

A pesar de unos pocos relatos personales que datan de 1922 o de

alrededor de aquellos años, la mayoría de las obras en turco sobre la caída del imperio se publicaron como muy pronto una década después de la Primera Guerra Mundial. Para entonces, el gobierno turco había impuesto un estricto régimen que establecía cómo debía contarse la historia. Mustafá Kemal Atatürk impuso unos requisitos que determinaban el tono en el que debía interpretarse el final del imperio. En su famoso discurso que pronunció en 1927 ante su partido, Kemal contó su propia versión de los hechos ocurridos entre 1918 y 1922. «El discurso» –en turco, Nutuk– exponía un conjunto de lecciones históricas y morales que cada ciudadano de la república debía aprender. Su tesis era que el imperio había cometido dos transgresiones fundamentales, lo que provocó que mereciera la desaparición. En primer lugar, el gobierno otomano no representaba realmente los intereses y aspiraciones de los turcos, que, según Atatürk, constituían la columna vertebral demográfica e histórica de la nación y el Estado otomano. Por contra, Estambul, como centro de un imperio multinacional, se había dejado debilitar por los intereses de «minorías» como la griega y la armenia. En segundo lugar, la familia real, encabezada por el último sultán, Mehmed VI Vahideddin, había traicionado a la nación turca cuando cedió territorios y soberanía a los Aliados victoriosos. En lugar de dedicarse a luchar contra los franceses, los británicos y los griegos, el sultán había intentado sofocar el Movimiento Nacional de Mustafá Kemal (Hareket-i Milliye) con la esperanza de conservar su trono. Esas y otras afrentas provocaron que el imperio y la dinastía gobernante acabaran desmantelados y repudiados. Permitir que un heredero de la dinastía permaneciera en Turquía, ya fuera como sultán, califa o ciudadano, «nunca –insistió Kemal–, nunca jamás, sería compatible con la razón, el patriotismo o el nacionalismo».[15]

En los años que siguieron al Nutuk, la historia oficial se pulió según los criterios impuestos por la versión de Atatürk. Cuando este murió en 1938, Ankara subvencionó a múltiples organismos académicos para que embellecieran las conclusiones fundamentales de «El discurso». Uno de los principales foros dedicados a desarrollar el relato oficial fue el Instituto de Historia Revolucionaria. Fundado en 1934 en el campus de la Universidad de Estambul, el instituto patrocinó la creación de un curso oficial de Historia de la Revolución (İnkılab Tarihi) para explicar la importancia de la caída del imperio y sus consecuencias inmediatas. Además de respaldar la versión de los hechos de Atatürk, la «Historia de la Revolución» presenta el periodo posterior a 1918 como una lucha que enfrentó a la leal nación turca con una multitud de enemigos internos y externos. Además de las potencias europeas victoriosas, numerosos rebeldes y traidores

trataron de socavar la lucha nacional turca. Los griegos, armenios, kurdos, árabes y reaccionarios leales a la corona otomana también fueron responsables del dolor y las humillaciones que sufrieron los turcos. «La revolución turca –dijo el segundo presidente de Turquía, İsmet İnönü– comenzó como una simple lucha política y militar» para liberar Turquía de la ocupación extranjera. «Pero de inmediato se transformó en una revolución fundamentalmente nacional y política contra el orden otomano».[16] Dicha revolución hizo posible el ascenso de Atatürk y el nacimiento de la república reformista instaurada por él.

Todo el peso de este esfuerzo gubernamental siguió influyendo en la historia escrita mucho después de la muerte de Atatürk, en 1938. En las siguientes décadas, los que habían trabajado a su servicio siguieron fielmente las principales conclusiones del Nutuk cuando publicaron sus propias versiones de los acontecimientos. De hecho, la mayoría de las memorias repetían de forma explícita el arco narrativo de la «Historia de la Revolución». Las obras que ponían en tela de juicio el liderazgo de Atatürk o sus decisiones se eliminaron o se prohibieron. Mientras tanto, los primeros estudios publicados por especialistas occidentales contribuyeron a reforzar el enfoque doctrinal de Ankara sobre el pasado. Entre los primeros y principales escritores que dieron a conocer la interpretación oficial de la historia de Turquía a un público más amplio cabe destacar algunos partidarios entusiastas de la revolución de Atatürk, como el orientalista alemán Ernst Jaeckh. La publicación, en 1961, de The Emergence of Modern Turkey, de Bernard Lewis, contribuyó de forma especialmente importante a dar validez a la ortodoxia histórica de Ankara. Lewis, uno de los principales estudiosos de Oriente Medio en los años de posguerra, apenas cambió la versión del Nutuk. Su reputación como uno de los primeros historiadores occidentales en estudiar los archivos otomanos dio especial credibilidad a sus conclusiones.

Las teorías que refutan este canon histórico son relativamente recientes. Una mayor apertura de los archivos nacionales turcos ha facilitado esta tendencia revisionista. En las últimas décadas, los académicos han tenido mayor acceso al Archivo Otomano del Primer Ministro (Başbakanlık Osmanlı Arşivi), que contiene la mayor colección de documentos gubernamentales de la época imperial. La laxitud de las restricciones en torno a este archivo ha permitido un auge de los estudios otomanos en general. Y en los últimos años se ha producido una mayor comprensión de la diversidad política y social del imperio, lo que ha contribuido a ratificar el carácter cosmopolita de la historia otomana. Este nuevo enfoque ha facilitado unas perspectivas históricas que se oponen al relato tradicional de Ankara. Ahora, más que nunca, es posible valorar unas teorías sobre el final del imperio que no ensalzan exclusivamente a los turcos. En principio,

la versión de los sucesos instaurada por Atatürk ya no es sacrosanta ni irreprochable.

Podría decirse que un factor que ha influido todavía más en que cambiaran las cosas son los acontecimientos políticos de los últimos años. Desde la elección de Recep Tayyip Erdoğan como primer ministro en 2003, el interés popular por la historia otomana ha alcanzado un nivel sin precedentes. Ya sea por lo mucho que Erdoğan recurre a las referencias históricas en sus discursos de campaña o por la avalancha de series de televisión ambientadas en el pasado otomano, el imperio ya no suscita reacciones negativas ni condenas como las que solía haber en la época de Atatürk. Aunque Erdoğan nunca ha llegado hasta el punto de lamentar la instauración de la república, sí ha alabado en muchas ocasiones el pasado otomano como una edad de oro para Turquía y otras naciones nacidas del imperio. Asegura que fue el «excelente sistema administrativo» de los otomanos lo que durante tanto tiempo garantizó la paz en las tierras ahora compartidas por Israel y la Autoridad Palestina. «Estalló la Primera Guerra Mundial y el Estado otomano se retiró de estas tierras –afirma–. Y a partir de ese momento, esta región empezó a recordarse por la sangre, las lágrimas y la persecución».[17]

El renovado interés y aprecio por la historia otomana no han desautorizado en absoluto las viejas ortodoxias asociadas al Nutuk. Al contrario, los nuevos libros de historia revisionistas apenas han alterado el panorama educativo de Turquía. La Historia de la Revolución sigue siendo una asignatura obligatoria en todos los niveles de la educación pública turca. Desde el punto de vista doctrinal, la historia que se imparte en el curso se mantiene fiel a la versión ideada en 1934. Para muchos turcos, escapar del conservadurismo de este relato sigue siendo difícil. Parte de esta indecisión se debe a la constante deificación de Atatürk en la política y la sociedad turcas. Además de las leyes que prohíben cualquier insulto en su contra (una, aprobada en 1951), muchos turcos aún se resisten a poner expresamente en duda sus preceptos. La Asociación Histórica de Turquía, un organismo oficial que sigue controlando gran parte del mundo académico turco, contribuye especialmente a mantener viva esa reticencia cultural. Igualmente importante es lo mucho que las autoridades y los ciudadanos turcos de a pie se niegan a aceptar los relatos de las «minorías» sobre el final del imperio. Para comprender la dimensión de esa resistencia, basta con observar hasta qué punto el genocidio armenio sigue siendo un hecho no reconocido por Turquía. Según una encuesta de 2014, sólo el 9 por ciento de los turcos creía que el gobierno tenía la obligación de asumir la responsabilidad del genocidio. Una abrumadora mayoría rechazaba la

idea, y casi el 24 por ciento afirmó categóricamente que el gobierno no debía reconocer de manera explícita el sufrimiento de los armenios otomanos durante la Primera Guerra Mundial.[18] Como es natural, un consenso tan amplio no puede disociarse de la regularidad con que las autoridades del Estado han rechazado la acusación de genocidio. Ya dijo Erdoğan en una ocasión que la deportación masiva de armenios en 1915 fue «la medida más razonable que podía tomarse durante ese periodo». Los exiliados, añadió, merecían ese castigo, dados los actos de «las bandas armenias que asesinaron a las mujeres, los niños y los ancianos musulmanes».[19] La insistencia de Erdoğan en la culpabilidad armenia y el sufrimiento musulmán repite un viejo tema de la historia popular turca: que no fueron los armenios, los griegos ni otras «minorías», sino los turcos, quienes más sufrieron en los años anteriores a la caída del imperio. Afirmar lo contrario es distorsionar la verdad.

Estos tabúes tan recalcitrantes han tenido consecuencias tangibles en los textos de historia sobre el último periodo otomano. Además de influir en el tono editorial de muchas obras, las susceptibilidades turcas han desencadenado feroces debates sobre la fiabilidad de las fuentes históricas. La decisión de un investigador de destacar u omitir determinados documentos según las circunstancias puede decir mucho de sus simpatías políticas. Por ejemplo, entre los especialistas académicos hay una arraigada tendencia a pensar que los archivos otomanos son la fuente de documentación más fiable sobre el final del imperio y, hasta cierto punto, dicha tendencia está justificada. Como institución que ha abierto sus puertas a los investigadores, los archivos otomanos siguen siendo un territorio relativamente nuevo y exótico. Naturalmente, toda la información que pueda extraerse de esta colección es indispensable para cualquier investigador que quiera conocer el gobierno imperial desde dentro.

Sin embargo, el uso de las fuentes otomanas ha servido como prueba de fuego en otros aspectos. En Turquía, tanto los académicos como los políticos sostienen siempre que los documentos imperiales son la voz más autorizada acerca de muchas cuestiones, en especial sobre la persecución de los armenios y otras acusaciones de violencia. Esta afirmación ha provocado enconados debates sobre la existencia de pruebas incriminatorias en los registros documentales otomanos. A pesar del trabajo de varios investigadores, numerosos historiadores turcos siguen convencidos de que los archivos otomanos no contienen ninguna prueba de una campaña genocida emprendida durante o después de la Primera Guerra Mundial. Y la acritud de este debate ha tenido consecuencias en el uso de otros recursos históricos. Quienes niegan el genocidio suelen despreciar los archivos diplomáticos

occidentales –en particular los informes consulares británicos y franceses–, que consideran irrelevantes y poco fiables. Dados los prejuicios de los que a menudo adolecen esos informes (sobre todo el desprecio por los musulmanes), es comprensible cierta cautela entre los historiadores. Sin embargo, esos visibles defectos han servido también de pretexto para defender muchos de los dogmas de la historia turca. ¿Cómo se puede confiar en esas versiones si sus autores son diplomáticos o misioneros occidentales con prejuicios tan evidentes? Lo mismo suelen decir de los testimonios de los supervivientes armenios y griegos. En lugar de aceptar la experiencia de las víctimas, las autoridades turcas y los historiadores afines al régimen alegan que esos relatos son erróneos o ficticios.

El resultado de estas tensiones es una historiografía con una serie de particularidades comunes muy notables. La historia del derrumbe otomano está contada desde la perspectiva de los gobiernos y las autoridades. La experiencia comunitaria, en particular la de la gente corriente, se minimiza, a menos que se refiera a los perpetradores, a las víctimas o a ambos. Salvo por los avances relativamente recientes, la mayoría de los estudios presentan los últimos años del imperio casi exclusivamente desde la perspectiva del nacimiento de Turquía, de tal manera que la caída del Imperio otomano no es más que el telón de fondo del espectacular ascenso al poder de Atatürk. El fin del imperio se narra como una sucesión de batallas y enfrentamientos políticos que le permitieron hacerse con el poder. A quienes lo desafiaron, sobre todo los que trataron de preservar el antiguo orden, se los suele tachar de traidores y reaccionarios. También los principales perdedores de esta contienda, es decir, el ejército griego, los cristianos expulsados y los representantes de las grandes potencias europeas, son asimismo tachados de enemigos. A pesar de la sangre y los sufrimientos que causó este periodo, el final del imperio se relata como algo sólo doloroso en parte. Como prólogo a la fundación de Turquía, se trata más bien de una historia marcada por los desafíos y los triunfos.

Este libro difiere de las historias anteriores tanto en su tono como en su contenido. Este no es un texto de historia destinado sencillamente a explicar y ensalzar la victoria final de Atatürk. Se trata, más bien, de un intento de rememorar los factores políticos y sociales que condujeron a la desaparición del imperio después de 1918. Desde la perspectiva del final de la guerra, el desmoronamiento absoluto del poder otomano no era inevitable. Muchos ciudadanos confiaban en que el imperio sobreviviría después del invierno de 1918, una convicción que persistió en diversos sectores mucho después de la firma del armisticio de octubre. Prueba de ese consenso fue la

reanudación de los combates entre los Aliados y las fuerzas otomanas en la primavera de 1919. Sin embargo, en el transcurso de los tres años siguientes, la política sectaria fue erosionando toda huella de unanimidad entre los principales dirigentes del imperio. En 1922, se hizo claramente visible una ruptura definitiva en el seno de la élite imperial. El motivo principal fue quién debía gobernar: ¿los miembros del antiguo partido gobernante –los Jóvenes Turcos– o los que se habían opuesto a ellos desde la Gran Guerra? Quienes movilizaban los dos bandos eran dos personajes sobresalientes, Mustafá Kemal Atatürk y el sultán Mehmed VI. Paradójicamente, a pesar de sus profundas diferencias, ambos manifestaban su deseo de preservar el Estado otomano (de una u otra forma). Sólo en las postrimerías del conflicto, cuando la derrota aliada parecía prácticamente segura, se empezó a pensar abiertamente en la disolución del imperio.

En medio de los combates que marcaron los últimos años del imperio se desencadenó una lucha más profunda, que no estaba determinada por un único momento o enfrentamiento. Desde principios del siglo XIX, los ciudadanos habían luchado con la cuestión fundamental de qué significaba ser otomano. Desde el punto de vista oficial, ser otomano se había definido durante mucho tiempo en términos relativamente inclusivos. Cualquiera, independientemente de su lengua o su credo, podía considerarse patriota otomano siempre que mostrara su lealtad al sultán y su devoción por el vatan, la patria. En realidad, la vaguedad de estos términos dejaba insatisfechos a los nacionalistas de diversas tendencias. A finales de 1918, la cuestión de qué significaba ser otomano alcanzó un momento crítico de catarsis. En opinión de muchos ciudadanos, la guerra había acabado con la posibilidad de reconstituir una sociedad capaz de albergar pueblos de distintas religiones. En una época en la que habían caído antiguos imperios y estaban surgiendo nuevos Estados-nación, la retórica de la identificación nacional con el imperio comenzó a cambiar, aunque lentamente. Fue entonces cuando empezó a tomar forma la idea de Turquía como Estado-nación. Si bien el significado de «lo turco» seguía siendo impreciso, el apelativo «otomano» se fue abandonando poco a poco. En lugar de como un imperio, «la nueva Turquía», como se la denominó, se concibió siguiendo el ejemplo de otros Estados nacidos en la posguerra. La base esencial de ese cambio fue la creencia de que el futuro del país estaba en manos de una mayoría demográfica dominante de «musulmanes y turcos». Todos los demás residentes en el Estado, ya fueran árabes, armenios, griegos o kurdos, debían aceptarlo o marcharse.

La lucha por el destino del imperio ejerció su influencia mucho más allá de las fronteras de la República turca. Numerosas personas que

habían sido ciudadanos otomanos, incluidos los pueblos de Oriente Próximo, los Balcanes y el Cáucaso, se mostraron dispuestos a luchar en nombre del imperio hasta mucho después de 1918. Durante un tiempo, algunos propusieron incluso restablecer un territorio parecido al mapa imperial de antes de la guerra. Para muchos otros, ya no había vuelta atrás. Los acontecimientos ocurridos después de 1918 fueron el punto de inflexión y el pretexto para reclamar la independencia o mayores derechos nacionales. En el resto del mundo, los aspirantes a revolucionarios de Europa, Asia y África tenían una visión más ennoblecida de la política otomana durante la época del armisticio. Desde su punto de vista, la lucha por restaurar la soberanía del gobierno del sultán era un reflejo de sus propias aspiraciones de resistir frente al imperialismo europeo. Las autoridades de París y Londres también eran conscientes de las implicaciones más amplias que tenía la lucha por el futuro del Imperio otomano. Por mucho que la Gran Guerra hubiera aumentado las posesiones territoriales de Francia y Gran Bretaña, los estadistas de ambos países reconocieron rápidamente que había límites en cuanto a su capacidad de imponer su voluntad en las tierras otomanas. Para muchos occidentales, la reanudación de la guerra en Oriente Medio era un síntoma de la intervención de fuerzas más siniestras, como el comunismo y el fanatismo islámico.

La historia que se cuenta en este libro se centra más en las personas y los lugares. Pocos estudios sobre los años posteriores a 1918 se adentran en las experiencias de quienes no eran generales o grandes estadistas. Y son aún menos los que intentan destilar esta historia teniendo en cuenta la diversidad de las comunidades del imperio. Contar la caída del imperio sin tener en cuenta las condiciones locales es, en última instancia, un flaco favor a la riqueza de la experiencia otomana en su conjunto. Este trabajo pretende abordar la dinámica social que rigió aquellos últimos años, con la esperanza de ir más allá de las banalidades de documentar batallas y matanzas. Los documentos históricos disponibles, incluidos los relatos personales como los de la colección Hagopian y otros, permiten incorporar una perspectiva más amplia sobre el significado del fin del imperio. De esa forma podremos aclarar las cosas más tangibles que se perdieron con la caída del imperio.

1

«Nuestras políticas han fracasado»:

el Imperio otomano en 1918

Cuando el país se movilizó para la guerra en 1914, los jóvenes Kalusd Sürmenyan y Hüseyin Fehmi tenían muy pocas cosas en común. Su origen y su fortuna eran muy diferentes. Kalusd había nacido en el imperio, Hüseyin, sin embargo, había nacido en Crimea. Era el menor de cinco hermanos. No sabemos nada de sus padres ni de por qué decidieron abandonar la Rusia imperial. Eran tártaros de Crimea y seguramente emigraron en busca de oportunidades y una vida mejor. Cuando se establecieron en Adapazarı, al este de Estambul, el Imperio otomano había acogido ya a cuatrocientos mil inmigrantes y refugiados de Crimea.[1] Hüseyin, como muchos niños de su época, no fue al colegio, pero hizo el extraordinario esfuerzo de aprender a leer y escribir por su cuenta, lo que le permitió acceder a cierta educación formal cuando entró en el ejército.

Por el contrario, todo indica que Kalusd procedía de un entorno privilegiado. Nació, igual que Hüseyin, en la década de 1890; era originario de Erzincan, en el extremo oriental de Anatolia. Los documentos indican que sus familiares y allegados tenían una posición destacada en la ciudad. Por los datos que conocemos, Sürmenyan, de haber seguido los pasos de algunos miembros de su familia, se hubiera hecho zapatero o cambista, pero optó por una formación militar e ingresó en la prestigiosa Harbiye, la academia de oficiales del imperio. Fue una decisión extraordinaria que tomó impulsado por el patriotismo y la promesa de un futuro mejor como ciudadano armenio. Cuando Kalusd ingresó en la Harbiye, la escuela tenía mil doscientos alumnos y cuando se graduó, en 1912, fue uno de los cinco únicos armenios de su promoción que recibió un nombramiento en el ejército otomano.[2] Ambos hombres fueron a la guerra en 1914 decididos a defender el imperio. Sus memorias ofrecen instantáneas de los distintos frentes en los que lucharon los soldados otomanos: Galípoli, los Balcanes, Irak, Siria y el este de Anatolia. A diferencia de muchos otros, los dos sobrevivieron para dar testimonio del fin de la guerra. Sin embargo, cuando llegó el armisticio, ambos emprendieron caminos muy distintos. Hüseyin terminó la guerra en un campo de

internamiento británico en la India, junto a miles de prisioneros de guerra otomanos. A pesar de los años que había pasado en el ejército y las penurias de su confinamiento, abandonó el sur tropical de la India dispuesto a volver a casa y seguir luchando. Kalusd también tuvo la oportunidad de seguir siendo oficial del ejército otomano, pero se trasladó con su familia al otro lado de la frontera oriental del imperio para defender Armenia, que acababa de independizarse de Rusia. Los motivos por los que determinó dejar el ejército otomano quedan claros cuando se conocen las terribles experiencias que padeció durante la guerra.

Para entender las razones que unen y dividen a estos dos hombres, es preciso tener en cuenta toda la historia que comparten. Ambos eran ciudadanos otomanos que llegaron a la vida adulta cuando el imperio entró en el siglo XX. Ambos heredaron un pasado colectivo colmado de tragedia y una política contemporánea impulsada por la promesa de reformas. Las diferencias personales más sustanciales entre ellos, la religión y el origen social de cada uno, eran representativas de las divisiones que había dentro de la propia sociedad otomana. Que ambos decidieran servir en el ejército otomano y soportar los peores horrores de la Gran Guerra pone de manifiesto hasta qué punto era capaz la sociedad, en teoría al menos, de superar sus fracturas internas. Los mismos factores que hicieron que Hüseyin y Kalusd fueran camaradas y más tarde los convirtieron en adversarios nos instruyen para comprender lo que fue la caída del imperio. Sus experiencias y el legado histórico que pesó sobre ambos muestran el final de los otomanos con todas sus incongruencias.

MALES IMPERIALES Y PREGUNTAS NACIONALES:

EL IMPERIO OTOMANO ENTRA EN EL SIGLO XX

En el verano de 1893, Chicago invitó al mundo a exhibir su riqueza y sofisticación. La Exposición Mundial Colombina de Chicago, como otras grandes ferias del siglo XIX, debía constituir una celebración del pasado, el presente y el futuro de cada país participante. Los estados asistentes tenían la oportunidad de dar a conocer su historia y su cultura en los términos más románticos posibles. Fundamentalmente, cada representación debía constituir una muestra de la dignidad y el ingenio de cada nación. Por ejemplo, Japón se gastó una fortuna para construir una réplica exacta de un templo del siglo XI en Kioto. La empresa Krupp, orgullo de la industria armamentística alemana, ofrecía demostraciones de sus últimas piezas de artillería. Los participantes estadounidenses, anfitriones de la feria, obsequiaban a los visitantes con diversas maravillas, como espectáculos de vaqueros, una exposición sobre el ferrocarril y la primera noria del mundo.

Los delegados del Imperio otomano se apresuraron a aprovechar la ocasión para exhibir la mejora de su país. Hasta entonces, Estambul había pasado por alto esos acontecimientos o no había recibido ninguna invitación (como fue el caso de la Exposición de París en 1889). La oportunidad de incorporarse a la comunidad de naciones en Chicago llegó en un momento en que el imperio necesitaba mostrar su rostro más positivo. El penoso estado de las arcas públicas era más que evidente, muchas veces hasta el punto de provocar vergüenza. En 1890, una gira naval por Asia que se había planeado desde hacía mucho tiempo se fue al traste cuando el gobierno tuvo dificultades para financiar el único barco de la expedición. La situación era tan grave que el buque, el Ertuğrul, estuvo atracado en Singapur durante meses sin dinero para comprar suministros ni pagar a la tripulación. Y otras noticias más próximas ensombrecieron aún más la imagen de Estambul. En 1890, el gobierno inició una ofensiva, que calificó de gran conspiración, contra los revolucionarios armenios. A la vez que en la prensa internacional aumentaban las informaciones sobre matanzas de civiles inocentes, otros signos de descontento popular y violencia en los Balcanes y en la isla de Creta proporcionaban aún más carnaza a los detractores extranjeros. Europa –conjeturaba The New York Times en 1890– estaba indignada por «la barbarie, el desgobierno y el caos que reinaban en todas las ramas» de la administración otomana.[3] *En este*

contexto, los ministros y los representantes otomanos se lanzaron a sus planes americanos. Con la ayuda de una empresa privada otomana, el gobierno aprobó la construcción de un pabellón cerrado y una explanada. El pabellón otomano, que los promotores locales denominaron «la aldea turca», incluía un bazar, un teatro y una fuente ornamental como la que había ante el palacio Topkapı de Estambul. Los delegados del gobierno también insistieron en construir una mezquita que, pese al gran interés de los visitantes de la feria, estaba reservada en gran parte a los musulmanes que trabajaban en la exposición. El pabellón adquirió mucha popularidad (aunque un crítico local afirmó que parecía «menos auténtico» que las exposiciones de Egipto, Persia y Argelia).[4] *En privado, los enormes costes económicos de la feria atenuaron el entusiasmo otomano por el éxito de la exposición. Los gastos de construcción, mantenimiento y otras necesidades acabaron rápidamente con el presupuesto oficial aprobado para Chicago, y los contratistas otomanos tuvieron que suplicar a Estambul que enviara más dinero. Se advirtió a las autoridades competentes de que, si se negaban a invertir en la exposición, contraerían pérdidas de otro tipo. La feria era un evento «en el que están representadas todas las naciones civilizadas del mundo e incluso oscuros Estados como el reino de Johor, en la península de Malaca, y pequeñas repúblicas centroamericanas de las que no sabemos ni el nombre [estaban haciendo] grandes sacrificios para darse a conocer». «Sería impensable –concluyó un delegado– que el Sublime Estado [otomano] no hiciera lo mismo…».*[5]

El temor de que Estambul fuera eclipsada por Guatemala era más que una mera vanidad imperial. La participación otomana en la Feria de Chicago puso de manifiesto las inseguridades que acosaban al imperio dentro de sus fronteras. Desde principios de la década de 1880, las finanzas del gobierno estaban en manos de acreedores europeos. Mientras el siglo XIX se acercaba a su fin, la economía otomana se esforzaba por expandirse e industrializarse. Los inversores y las empresas occidentales dominaban los principales sectores de exportación del país, en particular el tabaco, los textiles y el té. La pobreza rural aumentaba y la mayoría de los ciudadanos carecía de educación básica y asistencia sanitaria. Aun así, esta situación, a pesar de ser tan difícil y generalizada, no impidió que ni el gobierno ni la economía fueran totalmente disfuncionales. La mayoría de las principales ciudades del imperio se beneficiaron de un mayor número de inversiones públicas y privadas. El comercio europeo transformó por completo las ciudades de todo el imperio. Beirut, antaño una pequeña aldea junto al mar, cuadruplicó su población hasta superar los 100.000 habitantes, tras sesenta años de crecimiento sostenido.[6] A pesar de los beneficios, la influencia y el dominio de los inversores extranjeros y los acreedores herían el orgullo y el bienestar de

Estambul. Para contrarrestar los signos de que el imperio, en la práctica, era una colonia europea, las autoridades hacían todo lo posible por destacar el papel del gobierno en el crecimiento de su economía. En 1900, los obreros iniciaron la construcción de un ferrocarril que, una vez terminado, unió la capital con las ciudades santas de La Meca y Medina. A pesar de que al principio parecía que iban a absorber hasta el 19 por ciento del presupuesto del Estado, las obras siguieron adelante con la ayuda de una campaña mundial para recaudar fondos entre los musulmanes devotos.[7] No obstante, para hacer funcionar y poder mantener el ferrocarril, el gobierno tuvo que contratar ingenieros y otros expertos extranjeros (en su mayoría alemanes).

Las fuerzas del mercado no ocasionaron estas dificultades y desequilibrios por sí solas. Eran síntomas de una crisis existencial generalizada que amenazaba al Estado. A principios del siglo XX, todos los ciudadanos otomanos estaban familiarizados con las consecuencias de la guerra; en cierto sentido, era el eje central de su vida. Cuando nacieron Hüseyin Fehmi y Kalusd Sürmenyan, el Imperio otomano no había conocido una sola década sin guerra desde hacía cien años. Como en cualquier país, la guerra resultó ser un conjunto recurrente de dificultades para la mayor parte de la población, como el reclutamiento obligatorio, las subidas de impuestos y la escasez de productos. Para decenas de miles de ciudadanos, la probabilidad de una ocupación extranjera no era una posibilidad remota. En 1914 vivían en el imperio millones de refugiados procedentes de territorios que antes pertenecían al sultán. El mayor contingente de estos inmigrantes procedía del Cáucaso septentrional (los que en el Imperio otomano solían llamar «circasianos»). Para muchos, como Hüseyin Fehmi, la experiencia personal del conflicto y la huida influyó de manera crucial en la visión del mundo que los rodeaba. Y la guerra, sobre todo, planteó graves consecuencias para el propio imperio. Desde finales del siglo XVII, los otomanos habían tenido que ceder vastas extensiones de tierra a sus enemigos extranjeros. Con la llegada del nuevo siglo, la pérdida de ricas provincias como el bajo Egipto y el valle del Danubio debilitó y empobreció visiblemente el imperio. En cuanto a los daños psicológicos causados por el conflicto, puede decirse que también fueron devastadores. Para las generaciones que sufrieron personalmente las consecuencias de las reiteradas derrotas otomanas, la inquietud por el futuro del Estado era inevitable.

Los conflictos que se libraban en las fronteras del imperio no tenían nada de natural. La mayoría eran consecuencia de las propias luchas internas de Europa. Cuando Napoleón invadió Egipto en 1798, la importancia estratégica del dominio otomano era cada vez mayor.

Tras la breve ocupación de Egipto, Gran Bretaña empezó a vigilar más de cerca la situación política de Oriente Próximo por temor a que pudieran ganarle la partida en la India y otras regiones. La conquista de Argel por parte de Francia en 1830 volvió a demostrar lo frágil que era el poder de Estambul en el norte de África. Al mismo tiempo, la conquista por parte de Rusia de territorios otomanos también adquirió nuevas connotaciones para Europa en su conjunto. A principios del XIX, la mera idea de que una flota rusa procedente del mar Negro pudiera conquistar Estambul y los Estrechos Turcos fue suficiente para que los dirigentes británicos y franceses se unieran frente a un enemigo común. La unificación de Alemania en 1871 complicó aún más estas tensiones geoestratégicas. Aunque el canciller Otto von Bismarck presumió de ser un honrado intermediario en las negociaciones de paz entre Rusia y los otomanos en 1878, las autoridades británicas, francesas y rusas temían que Berlín pudiera tener demasiada influencia sobre Estambul. Algunas veces, esos temores impulsaron a las potencias europeas a actuar en defensa de la soberanía otomana (por ejemplo, con la intervención de Gran Bretaña y Francia del lado de Estambul en la guerra de Crimea). Sin embargo, en la mayoría de los casos, las guerras relacionadas con los conflictos de intereses en Europa obligaron al Imperio otomano a ceder tierras y privilegios económicos o a hacer otras concesiones legales.

Con el paso del tiempo, la hegemonía europea y la amenaza de guerra tuvieron consecuencias directas sobre el significado fundamental de la identidad otomana. Con la conquista de Crimea a finales del siglo XVIII, Rusia se granjeó el derecho a intervenir en favor de los cristianos ortodoxos que vivían en el imperio. Entre 1774 y 1878, esta concesión de Estambul sirvió como casus belli para iniciar varias guerras que acabaron con la partición del territorio otomano. Gran Bretaña, Austria y Francia siguieron pronto el ejemplo de Rusia y se autoproclamaron protectoras de otros pueblos del imperio. El papel desempeñado por San Petersburgo en la independencia de los griegos, serbios y búlgaros, junto con otros casos de intervención europea, hizo que los otomanos de cualquier edad y condición comenzaran a hacerse preguntas evidentes, como ¿hasta qué punto podía perdurar el Estado si no tenía jurisdicción sobre todos sus ciudadanos? ¿Qué valor tenía la ciudadanía otomana si algunos se beneficiaban de la protección de los europeos y otros no? Y, sobre todo, ¿era acertado llamar otomanos leales a quienes disfrutaban de esa protección europea?

Cada una de estas preguntas ponía de relieve la importancia de la identidad sectaria en la política exterior e interior del país. Desde las primeras etapas del desarrollo del Imperio otomano como Estado, las autoridades utilizaron la religión como herramienta de gobierno. Había motivos prácticos para instituir un orden semejante, además de

ciertos tabúes. Para los administradores, crear unas normas jurídicas, sociales y políticas separadas, basadas en criterios religiosos, permitía que el Estado incorporase diversos grupos de personas sin perturbar demasiado la situación de la comunidad en general. Este acuerdo (conocido como «sistema del millet», «sistema de comunidades») garantizaba a los no musulmanes la libertad religiosa y cierto grado de autonomía administrativa bajo la autoridad de sus respectivos clérigos. No obstante, se daba por sobreentendido que los musulmanes disfrutaban de todos los beneficios y las responsabilidades del poder del sultán. En la práctica, los judíos y los cristianos estaban exentos del servicio militar (que solía considerarse como una auténtica sentencia de muerte). A cambio, estaban obligados a aceptar unas restricciones políticas y legales que los supeditaban a los musulmanes. Los administradores otomanos a menudo daban por sentado que los musulmanes gozaban de una primacía intrínseca, a pesar de que el gobierno imperial necesitaba la lealtad y los servicios de los obispos, los rabinos y sus congregaciones.

En el siglo XIX, las nuevas presiones sociales y políticas pusieron en peligro este sistema y provocaron su desaparición. Con el desarrollo de los primeros movimientos nacionales en los Balcanes, el viejo sistema, basado en la jerarquía y la sumisión, se topó con una oposición interna. A los cristianos jóvenes y recién educados, el nacionalismo les permitía poner en tela de juicio el poder del clero y de las autoridades imperiales. Los arrogantes líderes serbios, griegos y búlgaros, que aseguraban representar la voluntad de la nación, también pusieron el foco de atención en otros bastiones del Antiguo Régimen, como los grandes terratenientes y los señores provinciales. En gran parte, el crecimiento del nacionalismo era el reflejo de unas desigualdades económicas que no dejaban de crecer en la sociedad. En una época de mayor comercio y consumo, los no musulmanes que vivían en centros urbanos solían alcanzar una mayor prosperidad, a pesar de tener posibilidades limitadas de recurrir al poder. Muchos creían que lograr el reconocimiento nacional y tal vez la independencia era una estrategia lógica para forzar un cambio en el equilibrio del poder político. El desarrollo de estos movimientos nacionales estaba en consonancia con las oleadas revolucionarias que recorrían gran parte del mundo. En una época en la que proliferaban los movimientos nacionales en Asia, América y Europa, algunas voces poderosas de la política y la sociedad europeas contribuyeron a fomentar la disidencia nacionalista en el imperio. A finales del siglo XIX, muchos líderes de opinión de Occidente consideraban que el hecho de que los otomanos tuvieran sometidos a varios pueblos cristianos era intrínsecamente ilegítimo. A medida que se acrecentaba

la rivalidad entre las grandes potencias, los estadistas europeos intentaron aprovechar las preocupaciones de los cristianos otomanos para satisfacer sus propios intereses nacionales.

Pocos sectores del imperio salieron indemnes de las revoluciones nacionalistas. Ya desde la insurrección serbia de principios del siglo XIX, la intervención de una o varias de las grandes potencias fue determinante para que triunfaran en sus aspiraciones los movimientos nacionales. Entre los líderes nacionalistas, esta tendencia fomentaba el uso de la violencia. Como consecuencia, la rebelión armada y las feroces campañas de represión se convirtieron en un mal endémico de la política otomana. La destrucción que causaron las matanzas es, en muchos casos, inimaginable. Se calcula que, en las primeras semanas de la Guerra de Independencia griega de 1821, los rebeldes asesinaron a veinte mil musulmanes que vivían en el Peloponeso.[8] Las campañas otomanas para aplastar el separatismo armenio en la década de 1890 dejaron una estela de destrucción aún mayor. Aunque las estimaciones varían, los especialistas actuales sitúan el número de muertos entre cien mil y trescientos mil.[9] Las cifras no transmiten la magnitud del daño. En los cien años posteriores a las primeras revoluciones en los Balcanes, miles y miles de monumentos arquitectónicos vinculados al pasado otomano –mezquitas, cementerios y barrios enteros– se demolieron en nombre del «renacimiento nacional». Dentro de lo que quedaba del Imperio otomano, los funcionarios imperiales y los vecinos musulmanes desconfiaban cada vez más de los cristianos. El intento de asesinato del sultán Abdülhamid II en 1905 fue un punto de inflexión para numerosos miembros de la clase dirigente otomana. Aunque posteriormente muchos recordarían a Abdülhamid como un tirano, el hecho de que hubiera estado a punto de morir se convirtió en un símbolo de la traición armenia en general. Atacar al sultán, afirmó más tarde un antiguo ministro, no era el simple resultado del «sueño de libertad de un pueblo». Era, en su opinión, un intento de «agrandar a una pequeña minoría» a expensas del Estado y de todos los musulmanes.[10]

Los estadistas europeos también eran conscientes de que la propagación de los nacionalismos y las revueltas entrañaban algunos peligros. Aunque artistas, políticos y activistas instaban a los rebeldes cristianos a alzarse y a obtener la libertad, los revolucionarios europeos solían desdeñar a los rebeldes otomanos. El poeta lord Byron, a pesar de su entusiasmo por la causa nacional griega, consideraba que los pueblos y la cultura del Peloponeso eran toscos y atrasados. Había una diferencia, como dijo un poeta francés, entre «la antigua grandeza y la degradación actual» de Grecia.[11] Los diplomáticos europeos temían que, en lugar de propugnar la paz, los

nacionalistas balcánicos siguieran desestabilizando el imperio tanto desde dentro como desde fuera. En los últimos años del siglo XIX, Grecia, Bulgaria y Serbia hicieron todo lo posible para subvertir la autoridad otomana en lo que quedaba de sus provincias balcánicas, cada una con la esperanza de engullir una parte del territorio. Muchos opinaban que esos actos descarados de irredentismo beneficiaban sobre todo a Rusia, desde hacía mucho tiempo el protector político de los rebeldes cristianos ortodoxos. La perspectiva de una revolución y del derrumbe imperial en los Balcanes alimentaba el temor general a que todo el Imperio otomano pudiera venirse abajo y desencadenar una guerra entre las grandes potencias europeas. Por esta razón, muchos estadistas europeos instaron a lo que ellos consideraban prudencia. William Gladstone observó que obligar a Estambul a ceder el control de sus territorios balcánicos era aceptable siempre que prevaleciera la unanimidad entre las potencias occidentales. Todavía más prudente era «evitar, o al menos aplazar, mientras honradamente podamos, la desbandada general que con toda probabilidad se producirá tras el abandono prematuro del principio de integridad territorial» del Imperio otomano.[12] En 1914, el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo a manos de nacionalistas serbios provocó que esta corriente europea de pensamiento terminara siendo irrelevante.

La política de los nacionalismos y las revueltas tendía a desdibujar las profundas complejidades de la vida provincial en el Imperio otomano. Al examinarlas con detalle, puede apreciarse que, muchas veces, las tensiones se originaban en unas condiciones que no siempre coincidían con las ideas de los activistas y los políticos. Por ejemplo, negar los derechos de tierra y rechazar el Estado de derecho contribuyó en muchos casos a favorecer la movilización popular para defender causas nacionales. Durante gran parte del siglo XIX, los líderes armenios del este de Anatolia pidieron insistentemente protección a los representantes del gobierno frente a los señores provinciales kurdos que incautaban sus tierras y sus hogares de forma indiscriminada. Sin títulos de propiedad oficiales, muchos jefes kurdos aprovechaban las lagunas de una ley de 1858 para apropiarse de grandes extensiones de tierra armenia sin ofrecer ninguna indemnización a cambio. El asentamiento masivo de refugiados musulmanes suscitó una preocupación similar en la costa de Anatolia y en el oeste del país. Entre los griegos ortodoxos nativos del mar de Mármara y el mar Negro, los delitos cometidos por los inmigrantes procedentes de los Balcanes y el Cáucaso provocaban graves temores. Otros agravios, como la negativa del Estado a designar a cristianos para desempeñar puestos en la administración o los abusos cometidos

por gendarmes o funcionarios locales, provocaron que los campesinos vieran como aliados a los agitadores nacionalistas. Sin embargo, el hecho de compartir estas dificultades también incitó a los armenios y griegos a hacer causa común con sus vecinos musulmanes. En casos así, la política nacionalista quedaba supeditada a las preocupaciones más comunes sobre la seguridad personal y el bienestar social.

La demografía añadió aún más complicaciones a la política provincial otomana. A finales del siglo XIX, los activistas y los observadores extranjeros hablaban siempre del nacionalismo como una disputa entre mayorías y minorías. A partir de la primera insurrección serbia en 1804, los estadistas europeos propusieron varias intervenciones en los asuntos otomanos con el pretexto de proteger los derechos de las naciones oprimidas. Cuando Europa reconocía la independencia de un país, ya fuera Serbia o cualquier otro, lo justificaba con afirmaciones de que ciertos pueblos constituían la mayoría dominante dentro de su territorio histórico. En la práctica, evaluar el tamaño y la extensión territorial de las poblaciones provinciales suponía una dificultad. Hasta 1831 no se hizo el primer censo en el Imperio otomano. Si bien los censos imperiales fueron, con el tiempo, cada vez más completos, la confianza en la precisión de las estimaciones de población variaba considerablemente. Desde el principio, los encargados de elaborar los censos otomanos tabularon las poblaciones musulmanas sin diferenciar su identidad étnica. Oficialmente se contaba igual a todos los musulmanes, al margen de que fueran suníes, chiíes, turcos, árabes, kurdos o albaneses. Discernir el alcance o el carácter de los grupos cristianos también entrañaba una dificultad. En diversos periodos, los administradores enmarcaron a los cristianos ortodoxos como una sola comunidad presidida por el patriarca de Estambul. Sin embargo, cuando Serbia, Grecia y Bulgaria se proclamaron independientes, se intensificó la presión sobre las congregaciones ortodoxas para que se identificaran con su Iglesia y su Estado «nacional». A lo largo de muchas décadas, los nacionalistas serbios, griegos y búlgaros se enfrentaron entre sí por el derecho a construir iglesias y captar almas en los Balcanes otomanos. A principios del siglo XX, a menudo familias y comunidades enteras se convertían de un rito ortodoxo a otro a causa de amenazas violentas.

Los esfuerzos para contar o incluso crear comunidades ortodoxas búlgaras, griegas y serbias en los Balcanes reflejaban una realidad esencial de la política identitaria en el Imperio otomano. Desde la fundación del Estado, la heterogeneidad había sido durante mucho tiempo la principal particularidad de la vida de sus habitantes, tanto en la ciudad como en el campo. Los siglos de migraciones y mezclas crearon unas comunidades que no solían encajar en grupos definidos.

Por ejemplo, el uso de una lengua concreta solía estar por encima de las divisiones sectarias. Durante generaciones, la Iglesia ortodoxa de Estambul acogió a cientos de miles de feligreses que hablaban búlgaro, griego, serbio o albanés. Incluso en Anatolia y el Levante había numerosos cristianos que hablaban turco, árabe o kurdo. Asimismo, muchos musulmanes, después de generaciones de contactos, matrimonios mixtos o conversiones, hablaban griego o lenguas eslavas. En las zonas donde no había alfabetización ni educación, las ideas rígidas sobre la pertenencia a una nación carecían de auténtica relevancia. Los nacionalistas frustrados se encontraban muchas veces con musulmanes y cristianos que no entendían por qué debían llamarse turcos o griegos. Al fin y al cabo, ¿por qué definir la propia identidad en términos exclusivamente étnicos o nacionales cuando en sus interacciones cotidianas importaban más otros atributos como la religión, la profesión, el lugar de nacimiento o la familia?

Ningún censo del Imperio otomano intentó reflejar nunca este tipo de matices. A medida que el nacionalismo se convertía en una fuerza cada vez más poderosa, las encuestas de población generaban mayor controversia. Los jefes de las iglesias griega y armenia acusaban a menudo a los estadistas imperiales de subestimar deliberadamente las comunidades cristianas. Los nacionalistas albaneses criticaban las encuestas que dividían a sus comunidades entre musulmanes, católicos y cristianos ortodoxos (porque, según ellos, los albaneses estaban unidos independientemente de su religión). Los administradores otomanos, por su parte, condenaban los datos que mostraban a los musulmanes como minorías regionales. En 1914, Estambul aseguraba que en todas las provincias del Imperio otomano había una mayoría musulmana. Para muchos encuestados, la forma de identificarse oficialmente ante los funcionarios entrañaba graves riesgos. La intensa rivalidad nacionalista en Macedonia provocaba con frecuencia actos de intimidación contra los campesinos que se inscribían como griegos, búlgaros o serbios. «Aldeanos –dijeron a una comunidad–, abrid vuestros hermosos ojos. No os inscribáis como rum [griegos], porque no traerá nada bueno a vuestros hijos, vuestros bienes ni vuestros animales…». A quienes se resistieran, se advirtió, los perseguirían y los matarían, aunque huyeran muy lejos, incluso a América.[13]

Al valorar el clima político del imperio durante el siglo XIX, algunos visitantes europeos opinaban que imperaban actitudes algo fatalistas sobre el futuro. «La sangre destinada a ser derramada no puede retenerse en la arteria», dice un aforismo popular que escuchó un viajero que visitó el país durante la década de 1850.[14] Ahora bien, la vida otomana tenía otro lado exento de pesimismo. Por abrumadores que fueran muchos de los problemas del imperio durante el siglo XIX, numerosos ciudadanos estaban imbuidos de un espíritu reformista y

evocador. En lugar de sucumbir a las luchas internas y a la influencia extranjera, varias generaciones de líderes cívicos otomanos predicaron un evangelio de progreso y fortaleza ante la adversidad. Esta actitud vanguardista se vio reforzada por una serie de medidas oficiales que, a lo largo de todo el siglo, fue transformando la naturaleza del Estado otomano. En los años que precedieron a la Gran Guerra, el carácter del gobierno y la sociedad cambiaron rápidamente. La encarnación de este espíritu positivo fue el Comité de Unión y Progreso (CUP), el partido político que gobernaría el imperio durante sus dos últimas décadas. Para sus líderes y partidarios más fieles, era indudable que el imperio podía sobrevivir y prosperar en la modernidad. Sus experiencias colectivas y los dogmas que abrazaron les dieron esa confianza.

A la hora de la verdad, la férrea determinación del CUP en que el imperio tomara el rumbo adecuado contribuyó enormemente a que el Estado se viniera abajo. Pese a que el partido necesitaba elecciones y prometía mayor libertad para conservar el poder, pocos de sus dirigentes poseían, en verdad, un instinto liberal o democrático. El partido demostró ser absolutamente intransigente y muchas veces fue brutal en sus anhelos de adquirir un mayor poder. Y, lo que es más importante, a pesar de mantener el compromiso teórico de fomentar un espíritu de hermandad entre los numerosos pueblos del imperio, los altos cargos del partido tenían unas ideas más bien chovinistas. En el origen de ese chovinismo radicaba una concepción despiadada y cada vez más cerrada de la nación otomana. Si bien, no cabe duda, el nacionalismo disidente contribuyó a desestabilizar el imperio, fue el concepto de nación del propio CUP el que acabó por provocar su caída.

UNA CULTURA DE REFORMAS: LA POLÍTICA

DE ESTADO Y NACIÓN EN EL ÚLTIMO PERIODO

DEL IMPERIO OTOMANO

Kalusd Sürmenyan no nos dice gran cosa acerca de las primeras impresiones que le causó Estambul en 1910. Dado lo que sabemos de él y de su época, es muy probable que fuera una experiencia abrumadora. Al partir de Erzincan, emprendió un viaje indudablemente largo y a veces incluso peligroso. Lo más probable es que las carreteras que conducían al oeste fueran irregulares y estuvieran en mal estado. Además, era una ruta que, desde hacía tiempo, estaba plagada de bandoleros y secuestradores. Cuando Kalusd se fue a la capital dejó atrás una vida provinciana y apartada. Erzincan constituía una parada en la carretera principal hacia la frontera rusa, el lugar donde se separaban los que iban hacia el este, a la guarnición de Erzurum, de los que se dirigían a Trebisonda o Sivas, al norte y el oeste. No obstante, para no ser más que un lugar de paso hacia otros más importantes, le ofreció a Kalusd unas oportunidades que le prepararon para su ingreso en la academia militar imperial. Erzincan poseía varios colegios con planes de estudios en consonancia con los modelos educativos europeos. Puesto que se había graduado en la prestigiosa Escuela Central (Getronagan Varjaran), privada, es probable que recibiera una buena formación en geografía, matemáticas, historia, ciencias naturales y artes. Para asegurarse el ingreso en la Harbiye, prefirió continuar la educación secundaria en una escuela pública local. Posteriormente explicó que asistir a la escuela pública le había permitido adquirir una mejor comprensión del turco, así como árabe y farsi, lenguas que resultaban fundamentales para dominar todo el léxico turco otomano.

Cuando Kalusd se instaló en Estambul, es probable que se alojara, al menos durante un tiempo, en las residencias para estudiantes que daban al estrecho del Bósforo. La impresionante vista desde el campus de la academia no era más que uno de los atractivos de su nuevo ambiente. A pocos pasos de la escuela se hallaba la famosa Rue de Pera, la principal avenida de Estambul. Ni la Harbiye, ni los edificios

de apartamentos ni las tiendas que bordeaban el bulevar se parecían a nada de lo que hubiera podido ver en Erzincan. La arquitectura de Pera y, en cierta medida, su cultura se regían por los gustos y la estética de París y de Europa en general. A diferencia de la mayoría de las ciudades del imperio, la vida nocturna de Pera era animada y exuberante, gracias a sus numerosos cafés, restaurantes y tiendas. Pero lo normal es que Kalusd tuviera poco tiempo libre, debido a los rigores de la vida en la academia. La mayoría de las clases requeridas estaban orientadas para aprender a solventar las dificultades prácticas de ser oficial del ejército otomano. Otras, como historia militar y francés, pretendían ampliar el horizonte intelectual de los alumnos. Y, sobre todo, Kalusd debió de encontrarse con una educación doctrinalmente intransigente. La Harbiye era una institución que emulaba de forma deliberada el sistema de educación militar alemán y, como tal, inculcaba a los estudiantes la creencia de que ellos, una vez que se graduaran como oficiales, serían los líderes naturales de una nación de guerreros. La guerra siempre había sido una parte fundamental de la fama y los triunfos del Estado otomano. Ahora, como les enseñaban, la supervivencia del imperio dependía de ellos y de su voluntad de llevar a otros a la batalla. Dadas las circunstancias políticas de la época, la guerra se consideraba inevitable.

Incluso sin contar con las impresiones de primera mano de Kalusd, podemos estar seguros de que este vivió sus experiencias en Estambul con la mirada puesta en la historia. Cuando llegó a la Harbiye, esta tenía menos de un siglo de antigüedad, pero, sin embargo, era venerada y gozaba de un enorme prestigio. Era la primera academia militar del imperio. Fue creada por el sultán Mahmud II junto con otras reformas ambiciosas en la primera mitad del siglo XIX. Los primeros graduados de la academia redefinieron la cultura organizativa y profesional del ejército otomano. En ella enseñaron famosos generales, como el teórico alemán Colmar Freiherr von der Goltz. A pesar de las derrotas sufridas por el ejército durante décadas, los instructores y alumnos de la Harbiye encarnaban un espíritu que yacía en el corazón de la política imperial durante gran parte del siglo XIX. Ellos constituían la prueba de la capacidad del imperio para adaptarse y perseverar. Representaban una cultura predominante que defendía el progreso, la acción, el servicio y el intelecto. Y, sobre todo, Kalusd y sus compañeros se consideraban símbolos de una nueva y más apasionada forma de patriotismo. Muchos consideraban que estos principios los colocaban entre la vieja clase dirigente del imperio o incluso por encima de ella.

Para poder comprender bien el contexto de los últimos años del imperio, es fundamental conocer todas las fuerzas que abarcaban la

Harbiye y sus graduados. Por un lado, la política reformista que dio origen a la academia en 1835 no era ninguna novedad. Ya en el siglo XVIII, los sultanes y sus cortesanos estaban de acuerdo en que el imperio debía adoptar nuevos métodos y tecnologías para poder seguir combatiendo en el campo de batalla. La diferencia en el caso de la Harbiye fue que cada vez había más gente convencida de que la reforma no podía ser meramente cosmética. Durante el siglo XIX, los funcionarios otomanos adoptaron una actitud cada vez más cáustica sobre las cuestiones de gobierno y administración. A diferencia de épocas anteriores, en las que los problemas administrativos se abordaban de manera improvisada o colectiva, el nuevo orden otomano fue confiado a instituciones establecidas con profesionales cualificados. Este cambio de mentalidad estaba inspirado sobre todo en los modelos europeos. Muchos creían que la fuerza europea residía en el supuesto dominio de la ciencia y la industria por parte de Occidente. Por consiguiente, el poder de los Estados europeos parecía basarse en la aplicación del razonamiento científico a los asuntos políticos. Los reformadores otomanos, en su empeño por inspirarse en las ideas y las instituciones francesas, británicas o alemanas, confiaban en que el imperio podría recuperar su vitalidad si instauraba instituciones gubernamentales más «modernas». Fue este razonamiento el que condujo a la creación de academias militares y de administración civil, así como de ministerios oficiales de Estado, Sanidad y Educación. Además, los alumnos de las academias y los funcionarios de los ministerios debían tener un aspecto de caballeros «modernos». Los pantalones y las levitas sustituyeron a las túnicas más tradicionales de la élite otomana. Todos los hombres debían llevar fez, un gorro que, en opinión de los reformadores, otorgaba un aire de modernidad, sin dejar de ajustarse a las restricciones a las que se sometían los musulmanes más devotos.

Un elemento esencial de este nuevo enfoque a la hora de abordar las cuestiones de gobierno fue la convicción de que el Estado era el centro de todo. Los ciudadanos –no sólo el sultán y sus funcionarios– tenían la obligación de servir al Estado y fortalecerlo. Se consideraba que adquirir conocimientos de Occidente y establecer instituciones más eficaces eran dos aspectos cruciales para defender el Estado. Y en este sentido, el ejército ocupaba un lugar preponderante en la vida otomana. Para construir un ejército moderno era necesario un gobierno materialmente capaz de dotarse de armamento y equipos avanzados. Asimismo, el gobierno tenía la obligación de reclutar soldados y entrenar a los oficiales del ejército. Y cumplir estas tareas no era nada fácil. Exigía un Estado independiente de cualquier restricción impuesta por las élites o la sociedad en general.

El espíritu reformista no se circunscribía a los funcionarios de la capital. En los últimos años del siglo XIX podían verse muestras de que el Estado iba adquiriendo una mayor visibilidad y eficacia en casi todos los rincones del imperio. Desde los Balcanes hasta Arabia, las nuevas instituciones de gobierno ocupaban un lugar cada vez más importante en las ciudades y aldeas de provincias. Distritos históricamente remotos, como Erzincan, adquirieron, poco a poco, nuevos cuarteles, comisarías de policía, servicios de transporte, oficinas de telégrafos y hospitales, todos ellos regentados por empleados del gobierno. Hacia 1900, las escuelas estatales proliferaron literalmente a miles. Líderes religiosos como los que abrieron la Escuela Central de Erzincan reforzaban habitualmente las campañas auspiciadas por el Estado. Muchas veces, la calidad y naturaleza de los servicios públicos dependían de las circunstancias locales. Era frecuente que los distritos especialmente pobres tuvieran dificultades para encontrar candidatos cualificados dispuestos a trabajar como maestros o administrativos. Por ejemplo, en la isla de Creta, los alumnos de secundaria podían dar clase de francés y griego. En cambio, en La Meca, las escuelas locales se negaban a enseñar francés porque creían que las lenguas occidentales estaban prohibidas en la ciudad natal de Mahoma.[15] En todo caso, las actitudes sociales fueron cambiando a medida que la reforma gubernamental se hacía palpable en las provincias. Antes de 1800, habría sido difícil hablar de la opinión popular o la opinión pública en todo el Imperio otomano. Hacia 1900, tanto los habitantes de las ciudades como los de las zonas rurales tenían que lidiar con las cuestiones relacionadas con la ciudadanía y la responsabilidad cívica. Los avances de la alfabetización, el crecimiento de la economía de consumo y una mayor facilidad para viajar permitieron que, en todo el imperio, la gente se involucrara más en las tendencias intelectuales que inspiraban la política en la capital y en los países extranjeros.

Desde el principio, la reforma estructural del Imperio otomano suscitó preguntas de mayor calado sobre la relación entre el Estado y la población en general. La reforma del ejército, por ejemplo, dependía de la capacidad del gobierno para encauzar las energías de jóvenes voluntarios y aptos para ir a la guerra. Diversos acontecimientos, en particular las rebeliones de los Balcanes, subrayaron los peligros de guiarse por dichas suposiciones. Mientras los movimientos nacionales continuaran expandiéndose, la lealtad popular al imperio, sobre todo entre los no musulmanes, estaba claramente en peligro. Fue sobre todo esta inquietud lo que llevó a las autoridades a replantearse qué significaba ser ciudadano del Imperio otomano. En 1839, el recién coronado sultán Abdülmecid I hizo pública una proclamación oficial

en la que abordaba la relación del Estado con su pueblo, y declaraba que, a partir de ese momento, todos sus súbditos, musulmanes y no musulmanes, serían iguales ante la ley. Con la eliminación de los parámetros legales que habían sostenido el antiguo sistema del millet, el Noble Edicto de la Estancia Rosa –como se le denominó– prometía un régimen que no tendría en cuenta los prejuicios religiosos ni las jerarquías sociales. Se pretendía que los movimientos nacionales disidentes perdieran su atractivo en favor de un nuevo sentimiento común de pertenencia y responsabilidad. Los «lazos cordiales de patriotismo», en palabras de Abdülmecid I, acabarían sustituyendo a las antiguas divisiones entre comunidades, que separaban a musulmanes y no musulmanes. Cuando sus súbditos se reconocieran mutuamente como iguales, encontrarían «los medios para hacer que la prosperidad de mi imperio crezca día a día».[16]

Las consecuencias legales del Noble Edicto de la Estancia Rosa fueron elementales, pero profundas. A partir de entonces, judíos y cristianos podían ser soldados, funcionarios y burócratas, unas profesiones hasta entonces inaccesibles para muchos. Del decreto surgió también un sistema judicial unitario que garantizaba que las normas que regían los testimonios en los tribunales y las decisiones de los jueces se aplicasen por igual a musulmanes y no musulmanes. Pero, sobre todo, de este sistema legal revisado surgió algo aún más fundamental. A partir de 1839, intelectuales y funcionarios dijeron que ese decreto constituía la base de una nueva identidad nacional. Esta nueva concepción nacional, denominada «otomanismo» (Osmanlılık u Osmancılık), ofrecía a todos los ciudadanos un incentivo para contribuir al bienestar del Estado. El otomanismo era, en principio, una invitación para que todos se dedicaran a preservar el imperio. A cambio, se prometía a los ciudadanos la misma protección ante la ley. Un elemento intrínseco de esta propuesta era la idea de que todos los ciudadanos, independientemente de su religión y su lengua, compartían una afinidad natural con el sultán y la patria (vatan). La orden del sultán a los pueblos del imperio, declaró un famoso intelectual, era meridianamente clara: «Uníos y progresad».[17]

Esta oleada reformista tropezó, desde el principio, con numerosos obstáculos. Para empezar, estaba la cuestión del dinero. Desde principios del siglo XIX, el tesoro imperial tuvo dificultades para financiar los enormes gastos contraídos con las primeras reformas. La situación empeoró a medida que el siglo se acercaba a su fin. Las continuas rebeliones y las sucesivas guerras acabaron con gran parte de la solidez fiscal del imperio. Otros problemas surgieron como consecuencia de una mayor intervención occidental en los asuntos internos otomanos. A principios del XIX, Gran Bretaña fue el primer

país que obligó al gobierno a abolir todos los monopolios estatales y reducir drásticamente los aranceles, con lo que se eliminaron unas abundantes fuentes de ingresos imperiales. En la década de 1880, el Estado estaba al borde de la insolvencia absoluta, situación que permitió a los diplomáticos y banqueros europeos dictar las políticas económicas del país hasta la Primera Guerra Mundial. En definitiva, el gobierno otomano obtuvo más de 370 millones de libras en préstamos de inversores europeos entre 1854 y 1914. Este volumen de deuda y la intromisión extranjera en las políticas fiscales y de inversiones crearon una situación como la que un estudioso ha denominado «colonización mediante el préstamo».[18] Estambul, como los gobiernos de Irán y China y gran parte de Latinoamérica, nunca se rindió por completo al imperialismo occidental. Pero los acreedores extranjeros se aseguraron de mantener su soberanía política y económica bajo supervisión occidental.

Otro desafío igualmente desalentador para la reforma residía en la capacidad e instintos de los propios administradores otomanos. Entre las presunciones de la política de Estado en el siglo XIX prevalecía la creencia de que la profesionalización del funcionariado y el cuerpo de oficiales produciría drásticas mejoras en la administración. Sin embargo, esa esperanza se desvanecía una y otra vez debido a diversos fallos humanos. El soborno era un problema generalizado que se agravaba en medio de dificultades económicas o financieras. El nepotismo y el servilismo ante el poder de las familias más destacadas y las élites terratenientes desencadenó que la gente pensara muchas veces que no había una gran diferencia entre el antiguo orden y las nuevas instituciones. El conservadurismo era otra fuente de resistencia más sutil, pero no menos importante. La rapidez de las reformas, así como sus fundamentos filosóficos, escandalizaron a distintos estamentos de la sociedad. La confusión y el enfado por lo que implicaban las leyes y los reglamentos nuevos tuvieron consecuencias preocupantes tanto entre los musulmanes como entre los no musulmanes. El Noble Edicto de la Estancia Rosa socavó la autoridad tradicional de los clérigos cristianos y judíos, lo que provocó que muchos exigieran una cierta vuelta al antiguo modo de vida. Para las élites musulmanas y los ciudadanos de a pie, la abolición del sistema de millet iba en contra de lo que muchos creían que era el orden natural de la sociedad. Incluso los estadistas más destacados dudaban a veces de las ventajas de tomar prestados los métodos europeos o «francos». «Olvidar nuestra lealtad religiosa en todos nuestros asuntos» era una cuestión preocupante para un reformador de alto rango. En un Estado en el que «seguir las ideas de los francos estaba de moda» y en el que el islam había perdido su posición de privilegio, el imperio parecía estar en peligro de perder su carácter y su alma.[19]

Fue el reinado de un sultán, Abdülhamid II, el que llevó muchas de

estas tensiones internas al límite. En el momento de su coronación, en 1876, el poder de la monarquía otomana había llegado a su punto más bajo. Su hermano, Murad V, había sido depuesto a los tres meses de reinado, después de que lo declararan psicológicamente incapaz. Con la nueva amenaza de rebelión y guerra en los Balcanes, los principales reformadores presionaron a Abdülhamid II para que les autorizara la redacción de una constitución. El nuevo sultán dio su bendición y aprobó la apertura de un parlamento electo, formado por representantes de todo el imperio. Los burócratas e intelectuales de la capital anunciaron la aprobación de la constitución como un triunfo de la reforma y del nacionalismo otomano («Ayer –proclamó el titular de un periódico– fue, para todos los otomanos, el feliz comienzo» de una nueva era).[20] Sólo dos años después, esos vientos de victoria y entusiasmo habían dado paso a la desesperación. La invasión rusa del imperio en 1877 –que provocó la pérdida de Bulgaria y otros territorios– ofreció a Abdülhamid II un pretexto para suspender la constitución y cerrar el Parlamento. Pronto se instauró un duro régimen de censura y represión política en todo el imperio. Para sustituir a los reformistas de mentalidad más independiente, el sultán nombró a familiares, fieles y cortesanos favoritos del imperio para dirigir el gobierno. Pese a que Abdülhamid no ponía reparos a las políticas concebidas para fortalecer y centralizar el Estado (uno de los objetivos esenciales de la mayoría de los reformadores), sí dejó patente su desdén por el liberalismo y las sensibilidades occidentales. A finales de siglo, los asuntos empeoraron especialmente en todo el imperio. Fue en el apogeo de su reinado, durante la década de 1880, cuando el imperio se declaró oficialmente en bancarrota. Los movimientos nacionalistas siguieron haciéndose fuertes en los Balcanes y, sobre todo, entre los armenios de Anatolia. Por más publicidad que consiguiera con su participación en la Feria de Chicago, no bastó en absoluto para revertir su reputación internacional como el «sultán rojo», asesino de armenios y otros cristianos.

La violencia del reinado de Abdülhamid II fue, en cierta medida, indicativa de las divisiones más profundas que existían entre la población. En 1900, las reformas legales asociadas al Noble Edicto de la Estancia Rosa no habían supuesto más que unos cambios modestos en la composición de la administración imperial. Los cristianos y los judíos, a pesar del nuevo régimen, seguían siendo reacios a incorporarse al ejército o la burocracia estatal. La expansión del sistema estatal de enseñanza no logró ensombrecer lo más mínimo el atractivo de las academias privadas como la Escuela Central de Erzincan, que acogía de forma específica a los no musulmanes. Para muchos observadores, los cristianos y judíos estaban

más estrechamente vinculados a la industria y el comercio privados (y, por extensión, a Occidente). Un factor crucial de esta percepción era lo que muchos consideraban una profunda brecha según la riqueza y la clase social. Quienes servían en el ejército o trabajaban en la burocracia solían estar mal pagados. Entre los musulmanes, que ocupaban distintos niveles de los servicios imperiales, las penurias de trabajar para el Estado contrastaban con la facilidad y la riqueza de las que disfrutaban los cristianos y judíos. En los barrios más asociados a la opulencia y el gusto europeo, como Pera en Estambul y la calle Frank en Esmirna, vivían sobre todo extranjeros y nativos no musulmanes. Para ver un espectáculo teatral en Estambul –recordaba un musulmán–, había que atravesar la ciudad a pie. Después de la larga subida a las colinas de Gálata y de atreverse a pisar el barro de las calles, uno podía dejarse llevar por la representación y olvidar «todos los problemas, las dificultades y el orgullo personal herido». Había –como él recordaba– «algo que se retorcía en tu corazón al pensar en los extranjeros, los griegos rum [o griegos nativos], los armenios y los judíos del otro lado del puente, que tenían una vida tan agradable en sus magníficas mansiones…». Él, como muchos otros musulmanes, no tenía más remedio que echarse «la manta de su vida empobrecida… sobre la cabeza para dormir, para despertarse al día siguiente y volver a ver el sol enturbiado».[21]

Abdülhamid II era consciente de estas disensiones y, como soberano de la nación, las aprovechaba. Aunque se había educado en francés y estaba familiarizado con la cultura y la filosofía europeas, era un hombre de fuertes convicciones sobre el islam y el papel de la dinastía otomana en el mundo. En su opinión, los occidentales demonizaban falsamente a los musulmanes y los calificaban de sanguinarios a pesar de los actos violentos cometidos por los militantes cristianos en los Balcanes. Aborrecía, en particular, el activismo de los misioneros occidentales, que, a su juicio, «atribuían a los musulmanes todas las atrocidades cometidas por los cruzados contra la gente de nuestro país y no dudaban en calumniarlos para incitar a los cristianos a la rebelión». Se percató de lo que muchos consideraban una profunda brecha económica y social entre musulmanes y no musulmanes en el país. Los cristianos, explicaba, siempre estaban «pensando, trabajando y progresando, mientras que nosotros [los musulmanes] permanecemos como espectadores [del progreso mundial]».[22] La solución a estos problemas, replicaba, consiste en unificar a los musulmanes y otorgarles mayor seguridad con el Estado. Abdülhamid impulsó, más que ningún otro soberano otomano, el carácter dual de su cargo –sultán del imperio y califa del islam– como motor de solidaridad para los musulmanes del país. Si bien nunca repudió formalmente el otomanismo, su gobierno afianzó la idea de que la

cultura y el espíritu nacionales derivaban del islam. Sostenía que, durante toda la historia, la familia real otomana había defendido a los musulmanes de todo el mundo. Sus augustas afirmaciones no iban dirigidas únicamente al público otomano. Con una serie de actos para demostrar sus intenciones, como la construcción de un ferrocarril a La Meca y Medina o el apoyo a los rebeldes uigures de China, el sultán se convirtió en representante y portavoz de todos los musulmanes del mundo, especialmente de los que estaban en dificultades.

Para muchos ciudadanos que alcanzaron la mayoría de edad durante el reinado de Abdülhamid II, la política de la época dejó una huella indeleble. El sultán no era ni popular ni muy querido. Al comenzar el nuevo siglo, el imperio no parecía que estuviera más cerca de liberarse de la influencia de las grandes potencias europeas. La rebelión se extendía en lo que quedaba de los Balcanes otomanos. Tras un atentado contra Abdülhamid II en 1905, los nacionalistas armenios parecían más audaces y peligrosos que nunca. En el caso de los jóvenes oficiales y funcionarios, aunque demostraran su capacidad y su lealtad, el nepotismo del sultán les limitaba las oportunidades de ascender. Quienes se incorporaban a las categorías intermedias de la burocracia o el ejército veían con toda claridad estos síntomas –entre otros– de los defectos del sultán. Por eso, muchos acabaron recordando este periodo como «el reinado de la tiranía» (istibdat idaresinde).

Sin embargo, había aspectos del gobierno de Abdülhamid que calaban con fuerza en partes de la sociedad otomana. El desprecio del sultán por el imperialismo occidental y su odio acérrimo a los misioneros extranjeros eran muy comunes entre las clases dirigentes musulmanas. Para los funcionarios del Estado, tanto jóvenes como viejos, los actos violentos cometidos por los rebeldes nacionalistas eran indicativos de las conspiraciones planificadas por la población cristiana del imperio. Y, sobre todo, había algo esencial y auténtico en la forma de hablar de Abdülhamid II sobre la nación otomana. Nadie podía negar que el imperio era una tierra habitada por muchos pueblos. Pero para muchos funcionarios veteranos y aspirantes el islam era parte fundamental del concepto de nacionalidad otomana. Gran parte de lo que había definido las leyes, la filosofía y la moral del país derivaba del islam. Las viejas glorias del imperio, así como la constitución del funcionariado y el cuerpo de oficiales del imperio parecían apelar directamente a la lealtad y la fortaleza musulmanas. Sin embargo, algunos opinaban que la historia y la política contemporánea ponían de relieve el extraordinario servicio prestado por los musulmanes de lengua turca. Al fin y al cabo, los fundadores de la dinastía eran descendientes directos de nómadas turcos de Asia central. La lengua

más hablada por las élites otomanas era el turco. Aun así, muchos intelectuales coincidían con el sultán en creer que todos los musulmanes, independientemente de su etnia, estaban unidos como hermanos por la fe y las naciones. «Los árabes –dijo un famoso comentarista– hicieron que nuestra nación fuera musulmana… Ahora vamos a ayudar a los árabes a recuperarse de su miseria. Ellos [a su vez] nos ayudarán a proteger nuestra nación y a avanzar por el camino de la civilización en el futuro».[23]

Sin embargo, estos argumentos fueron, en gran parte, consecuencia de los debates que tenían lugar en la capital. Saber cómo lidiaban los ciudadanos fuera de Estambul con cuestiones de nacionalidad y administración bajo Abdülhamid II es mucho más difícil. Aunque el sultán tenía una vida relativamente pública, la mayoría de los ciudadanos no tenía acceso a ningún tipo de prensa y, sin periódicos y elecciones, es posible que muchas personas, de cualquier etnia y religión, no lograran absorber las controversias que dividían a las élites imperiales. Al fin y al cabo, en el comienzo del nuevo siglo, el imperio seguía siendo fundamentalmente un país de campesinos y pastores. Según las estadísticas del gobierno, en 1895, el 15 por ciento de la población de Anatolia vivía de una profesión o un trabajo no relacionados con el comercio y la agricultura. Dersaadet, la provincia que abarcaba Estambul y otros distritos de la periferia oeste de la capital, albergaba el mayor número de profesionales y trabajadores no agrarios ni comerciales, con un 38 por ciento.[24] Por los mismos motivos, y si bien es difícil de corroborar, es probable que el activismo nacionalista estuviera restringido a un estrato relativamente estrecho de personas (casi siempre, hombres y mujeres, con más o menos formación, que vivían y trabajaban en ciudades más bien grandes). En esas condiciones, numerosos ciudadanos del imperio vivían ajenos a los debates sobre identidad o soberanía. Ese parecía ser el caso, al menos en parte, de los entrevistados por antropólogos griegos después de que cayera el imperio. Aunque es indudable que sus recuerdos estaban marcados por los horrores que habían sufrido a partir de entonces, lo cierto es que al menos algunos griegos que habían sido otomanos recordaban el reinado de Abdülhamid II como una época relativamente sencilla, sin las tensiones sectarias de los años de la guerra. «Cuando le dabas a un turco un vaso de agua, lo agradecía –recordaba uno–. Y si un turco te insultaba con malas palabras, en la época [de Abdülhamid] podías conseguir justicia».[25]

Al final, los excesos visibles a Abdülhamid II le condenarían. La dureza de su gobierno y los numerosos peligros que acechaban a la nación inspiraron un montón de conspiraciones contra él. En las tres décadas posteriores a la clausura del Parlamento, distintos grupos de

disidentes desesperados se esforzaron por agrupar a otros activistas de ideas afines con la esperanza de restaurar la constitución. Algunos preferían una vía que obligara al sultán a reabrir el Parlamento. Otros querían destituirlo. Independientemente de la estrategia, los disidentes de dentro y fuera del imperio creían que el Estado arreglaría sus problemas cuando se restaurase el orden constitucional. Esta aspiración fue la que finalmente llevó al poder al último partido gobernante del imperio. Los Jóvenes Turcos –nombre con el que cariñosamente llegó a ser conocido– no tenían aspecto de conspiradores. La mayoría eran jóvenes oficiales y funcionarios, hombres que se arriesgaban a perderlo todo si fracasaban en su intento de forzar la mano de Abdülhamid. Sus principales jefes, en particular los que vivían y conspiraban en el extranjero, no eran iconoclastas. Casi todos tenían un gran aprecio por la monarquía otomana, pero consideraban que restaurar la Constitución y el Parlamento era esencial para el futuro del imperio. «Creemos que, para mantener el orden –proclamaba un Joven Turco en un periódico–, no es necesario derrocar a la dinastía existente».[26] Como movimiento político, y más tarde como partido, consideraban que su Comité de Unión y Progreso representaba a todos los otomanos. Cuando irrumpieron en la política nacional en julio de 1908, contaban con partidarios musulmanes y no musulmanes de todo el imperio. Al hacerse con el gobierno, «Hermandad y unidad» –el lema más popular del partido– siguió siendo su credo oficial.

El CUP tomó el poder mediante la insurrección y la revolución y prometió fomentar la gobernabilidad parlamentaria y la paz entre los diversos pueblos del imperio. Estos llamamientos incitaron a muchos ciudadanos a apoyar el golpe contra el régimen de Abdülhamid II. A finales de 1908, los votantes acudieron a las urnas en los Balcanes, Anatolia y los territorios árabes y apoyaron de manera abrumadora un gobierno dirigido por los Jóvenes Turcos. En lo fundamental, las promesas del CUP estaban en consonancia con los tiempos. En aquel entonces, prácticamente todos los Estados de Europa, incluida Rusia, tenían constituciones y parlamentos. Incluso Irán, a pesar de su debilidad, había instaurado un parlamento que controlaba la autoridad del sha. A pesar de todo lo que ocurrió después, no se debe minimizar la alegría y la expectación que sentían muchos ciudadanos del Imperio otomano a finales de 1908. La formalización política del CUP ese verano era la prueba tangible de que las reformas de los últimos siglos habían dado fruto. La espontaneidad que impulsó un apoyo tan amplio para la restitución del Parlamento puso en evidencia que era posible llevar a cabo una política más inclusiva y desprovista de violencia en el imperio. Los votantes eligieron un parlamento

realmente diverso. En el periodo de sesiones de 1909, de 288 miembros, más de cuatro docenas eran cristianos y judíos.

Ahora bien, este consenso pronto se disiparía. En pocos meses, el CUP se mostró menos tolerante con los debates y la oposición de lo que muchos habían supuesto. La represión de la disidencia y la reanudación de la violencia en las provincias hicieron temer que las cosas, de hecho, no habían cambiado. En teoría, el gobierno de los Jóvenes Turcos mantenía su compromiso con el principio del otomanismo. Pero, igual que había hecho Abdülhamid II, muchos de sus dirigentes tenían una interpretación mucho más restringida de cuál era verdaderamente el núcleo de la nación otomana. Esta tendencia a la exclusión se agravó según aumentaban los desórdenes en los Balcanes. A medida que se acercaba la Primera Guerra Mundial, ya había indicios de que el CUP estaba abandonando su fe en una sociedad pluralista. Los horrores que asolarían el Imperio otomano hasta el final de la Gran Guerra –masacres, hambrunas y huidas forzosas– habían empezado a producirse con anterioridad.

El primer y último partido gobernante del imperio surgió de una mezcla de aspirantes a reformistas y revolucionarios. Los pioneros del Comité de Unión y Progreso eran, en su mayoría, hombres de letras y con cierto refinamiento. Como expatriados que vivían en Europa, casi todos ellos eran antiguos funcionarios que se consideraban intelectuales y servidores de la patria. El fundador del partido, Ahmet Rıza, estudió en la Sorbona de París y escribió mucho sobre temas que abarcaban desde la agricultura a la filosofía política. Cuando, en 1902, los Jóvenes Turcos celebraron su primer congreso en la capital francesa, los numerosos disidentes que asistieron mostraron las discrepancias que existían sobre determinados aspectos cruciales. Todos coincidían en la necesidad de reinstaurar la Constitución, pero había enormes divisiones sobre si era más conveniente derrocar a Abdülhamid o buscar la ayuda de las grandes potencias para iniciar una revolución. Para Rıza y otros partidarios, la intervención extranjera equivalía a un suicidio. «Tenemos ante nosotros la historia de Polonia y los problemas de Crimea», declaró un congresista. En lugar de ello, los otomanos debían emprender su «propia reforma sin la intervención de la mano engañosa y usurpadora de Europa».[27] Lo que a Rıza y sus partidarios en el extranjero les faltaba eran los medios inmediatos para hacer realidad ese cambio.

El medio definitivo que permitió el ascenso del CUP al poder llegó de un grupo paralelo de conspiradores. Aunque Ahmet Rıza y otros Jóvenes Turcos exiliados no eran partidarios de emprender personalmente acciones directas, sí contribuyeron a avivar la imaginación de una joven generación de activistas que vivían en el imperio. Se trataba, sobre todo, de funcionarios y oficiales imperiales destinados en las provincias. Muchos eran graduados de la Harbiye o de otras escuelas de prestigio. A diferencia de los expatriados como Rıza, que disfrutaban del agradable ambiente de París, esta nueva facción de los Jóvenes Turcos había sufrido las penalidades y los peligros del reinado de Abdülhamid. La zona en la que el CUP tuvo más seguidores fue la de las provincias macedonias del imperio, que habían quedado arrasadas por la guerra. Tras una insurrección devastadora en 1903, un acuerdo internacional obligó a Estambul a aceptar que los británicos, los franceses, los austriacos y los rusos

supervisaran la administración provincial de la región. Pero ni la presencia de oficiales extranjeros ni el compromiso reformista de Estambul consiguieron aplacar la violencia. En los cinco años siguientes, las luchas entre grupos guerrilleros rivales causaron hasta ocho mil muertes en ataques contra militantes y civiles.[28] Para los oficiales otomanos de Macedonia, la campaña del CUP contra el sultán era una solución práctica y atractiva a los peligros inminentes que acechaban a la región. En 1907, por todos los Balcanes, funcionarios y destacados ciudadanos empezaron a organizarse en pequeñas camarillas de devotos miembros del partido. En cuestión de meses, la dirección del CUP en Macedonia controlaba ya una extensa red de activistas que operaban en todo el imperio, hasta el punto de eclipsar la influencia de los Jóvenes Turcos exiliados en Europa Occidental. El repentino y rápido desarrollo de este movimiento liberó una enorme reserva de entusiasmo y orgullo en un gran número de jóvenes oficiales. Mientras conspiraban para obligar al sultán a restaurar la constitución, muchos oficiales convertidos a la causa de los Jóvenes Turcos apelaron a su convicción de ser los líderes naturales del movimiento. «Somos los miembros más responsables de la nación», declaró uno de ellos a sus compañeros. Como oficiales, llevaban mucho tiempo siendo cómplices de proteger el reinado de Abdülhamid II, «este foco de tiranía». Ahora, el deber de todos los oficiales era cumplir su papel «en la palestra por la lucha de la libertad».[29]

Este sentido explícito de tener un objetivo acabó incitando a los Jóvenes Turcos de Macedonia a pasar a la acción en el verano de 1908. A finales de julio, en el transcurso de varios días, diversos oficiales subalternos asignados al Tercer Ejército del imperio abandonaron sus puestos y encabezaron destacamentos de tropas y civiles en las colinas y en las calles. Miles de aldeanos y habitantes de las ciudades amenazaron con unirse a la insurrección, de modo que las autoridades de Estambul se encontraron con pocos recursos para sofocar la revuelta, salvo que iniciaran una guerra civil. El 24 de julio, tres semanas después de las primeras señales del complot de los Jóvenes Turcos, el sultán reconoció la derrota y anunció la restitución de la Constitución. La noticia de la concesión de Abdülhamid se extendió con rapidez por todo el imperio y provocó impresionantes demostraciones de euforia desde Shkodra hasta Jerusalén. Para algunos ciudadanos la revolución –que como tal se consideró– ofrecía la posibilidad de acabar con la violencia que había asolado los Balcanes y Anatolia oriental. Para otros representaba una oportunidad de tener un imperio más liberal, que permitiría a las autoridades provinciales ejercer mayor influencia en los asuntos locales y nacionales. Kalusd Sürmenyan, por su parte, consideró que los

acontecimientos de 1908 eran la razón por la que él, como otros armenios, había elegido la carrera militar. Tras la revolución, el gobierno actuó de forma sincera y amistosa con los pueblos cristianos, en especial con los armenios. Como en todos los ámbitos, «se abrieron todas las puertas dentro del ejército».[30]

Los máximos dirigentes del CUP interpretaron su triunfo, en gran parte, desde una perspectiva mucho más personal. Consideraron que obligar al sultán a renunciar a un poder absoluto ponía de relevancia su valor y patriotismo. Al lograr lo que muchos habían considerado imposible o demasiado arriesgado, los oficiales de los Jóvenes Turcos habían demostrado su valía como guerreros abnegados. En sus cartas y discursos, muchos se llamaban a sí mismos fedai, un término históricamente asociado a los combatientes o guardianes de la fe islámica. Otros se denominaban komiteci. Igual que los revolucionarios franceses del siglo anterior o los paramilitares balcánicos que hostigaban Macedonia, los activistas de los Jóvenes Turcos idealizaban su origen clandestino como organización secreta o comité. Ser un komiteci significaba estar dispuesto a conspirar o matar en nombre del partido. A pesar de su victoria y de su decisión de presentarse a las elecciones como partido nacional, el CUP mantuvo el carácter secreto. Con el tiempo, aquellos más vinculados a sus elementos clandestinos –en particular los dispuestos a asesinar a instancias del partido– reforzaron su autoridad en detrimento de los intelectuales y teóricos como Ahmet Rıza y otros. Esta facción del CUP fue la que más iba a influir en el destino del imperio en la década siguiente.

El convulso año que siguió a la Revolución de los Jóvenes Turcos fue decisivo para consolidar el control del CUP sobre el Imperio otomano. Antes de acabar 1908, los candidatos del partido habían conseguido una mayoría aplastante en la Cámara de los Diputados imperial (Meclis-i Mebusân) y desempeñaban altos cargos en los ministerios imperiales. La rapidez con la que los Jóvenes Turcos asentaron su poder irritó a la mayoría de los círculos conservadores. Los religiosos, en especial los clérigos islámicos más jóvenes, estaban horrorizados ante la perspectiva de un gobierno dirigido por jacobinos y laicistas. Los soldados de rango y los miembros de la élite provincial solían sentir ese mismo desdén, lo que dio lugar a rumores de que los Jóvenes Turcos era un partido de masones, judíos y ateos. Por su parte, a los generales superiores del ejército les indignaba que el partido incitara a los jóvenes oficiales a ser tan impetuosos. La mera idea de que «los que ayer eran colegiales», como dijo un comentarista conservador, estuvieran decidiendo el futuro del imperio les parecía, a muchos jefes militares, una forma de insubordinación. Todas estas tensiones internas estallaron en abril de 1909 con un contragolpe en la capital. Encabezado por soldados amotinados y seminaristas islámicos,

los líderes del contragolpe irrumpieron en la Cámara de los Diputados y otorgaron a los escasos miembros de la oposición en activo poderes para formar un nuevo gobierno. Sin embargo, este repentino cambio de régimen duró poco. Dos semanas después de los primeros disturbios, un ejército dirigido por partidarios de los Jóvenes Turcos entró en Estambul y acabó con el gobierno rebelde. El gabinete reinstaurado, presidido por el CUP, se apresuró a castigar a los sospechosos de instigar o secundar el contragolpe. Además de detener y enviar al exilio a los opositores del CUP, los Jóvenes Turcos consiguieron que el principal jurista islámico del imperio emitiera un decreto por el que se deponía a Abdülhamid II. El sultán, a pesar de no haber desempeñado ningún papel en la destitución del CUP, aceptó la decisión y cedió el trono a su hermano Mehmed Reşad. El partido reparó en que el nuevo sultán era un monarca bastante manejable y discreto. «Desde luego –confesó uno de sus asistentes–, el sultán Reşad no era un hombre de educación refinada. No había estudiado las distintas regiones del país, ni la historia del mundo, ni tenía opiniones sólidas sobre política exterior».[31] El hecho de que pocos miembros de la familia real poseyeran cierta erudición contribuía a que el CUP tuviera una mayor fuerza e influencia. Hasta su muerte en 1918, Mehmed V, nombre que adoptó en la coronación, estaba más que dispuesto a que los Jóvenes Turcos gobernaran en su lugar.

A medida que los sucesos de abril de 1909 iban quedando atrás, los ministros de los Jóvenes Turcos empezaron a tomar medidas drásticas contra los focos de oposición política. Impusieron fuertes restricciones a las manifestaciones públicas y reuniones políticas. Establecieron un nuevo régimen de censura, que provocó una tajante reducción de las voces opositoras en la prensa. Quizá la muestra más escalofriante de desconfianza de los Jóvenes Turcos se produjo como reacción a una serie de sucesos violentos en Adana, en el sur de Anatolia. En pleno golpe, los rebeldes arrasaron el barrio armenio de la ciudad y mataron a miles de personas. Aunque las autoridades juzgaron posteriormente a decenas de musulmanes por su complicidad en los ataques, los columnistas afines a los Jóvenes Turcos acusaron a los armenios de provocar la violencia. Al fin y al cabo, sugirió el responsable de un medio local, los armenios habían traído «una enorme calamidad al país» con sus exigencias históricas de reconocimiento nacional y autonomía provincial.[32] Al año siguiente, otras cuestiones relacionadas con la lengua, la religión y la representación nacional agotaron la paciencia y el interés del CUP. A pesar de prohibir la formación de partidos políticos de afiliación étnica, el gobierno de los Jóvenes Turcos tuvo que intervenir varias veces en cuestiones local o nacionalmente cruciales para los dirigentes de las comunidades kurda,

albanesa, griega, armenia y árabe. Por el contrario, las iniciativas del CUP destinadas a reforzar la autoridad del gobierno central solían suscitar una dura oposición por parte de los activistas provinciales. La propuesta más polarizadora fue el intento de obligar a utilizar la lengua turca en los asuntos del gobierno local y la educación. Aunque en la Constitución de 1876 se identificaba específicamente el turco otomano como única lengua oficial del Estado, la medida provocó una feroz reacción en todo el espectro político y las etnias del imperio. A muchos les pareció una tarea imposible obligar a los ciudadanos que sólo hablaban árabe, griego, albanés o búlgaro a hacer sus negocios en turco. Quienes criticaban las intenciones del gobierno sostenían que cualquier esfuerzo por promover el turco no era más que un acto de chovinismo nacionalista. Lo que pretendían los Jóvenes Turcos del CUP, insistió un destacado disidente albanés, no era una unión de «diferentes razas bajo la bandera de la Constitución otomana», sino «absorber las nacionalidades» y convertir la población en «otomanos dóciles y corrientes» y desconocedores de su origen étnico.[33]

Es difícil saber cuál fue la verdadera posición del CUP en materia de nacionalidad durante las primeras etapas de su gobierno. Hasta su disolución en 1918, el partido nunca renunció al otomanismo. Tampoco abogó, como cuestión de política imperial, por ninguna revisión de las leyes de ciudadanía otomanas según criterios étnicos. Sin embargo, desde el principio, los líderes de los Jóvenes Turcos dieron claras muestras de que los miembros del partido tenían opiniones firmes sobre el pluralismo étnico. La mayoría de los miembros del partido eran musulmanes de los Balcanes o de Anatolia occidental. Aunque el CUP había atraído a unos cuantos partidarios notables de habla griega o procedentes de provincias de habla árabe, cada vez era más evidente que toleraba mal lo que, más tarde, se denominaría política «de minorías». Para algunos, insistir en una lengua nacional única era sencillamente una cuestión práctica. «Autorizar diferentes lenguas en la administración –dijo un experto del CUP– sería construir una torre de Babel».[34] Para otros, las continuas exigencias de más derechos nacionales por parte de diversos sectores de la población revelaban una amarga verdad. La Constitución de 1876, declaró un ministro del CUP, no había cumplido su promesa de garantizar la auténtica igualdad entre musulmanes y cristianos. La resistencia de las dos partes hacía que este principio fuera «un ideal irrealizable». El mayor obstáculo era la reticencia de los cristianos a adaptarse a la nueva era y convertirse en «osmanlíes [otomanos] leales». «Por consiguiente, no se puede hablar de igualdad –insistió– hasta que hayamos triunfado en nuestra tarea de otomanizar el Imperio» para así sofocar «la agitación y la propaganda de los

Estados balcánicos».[35] Aunque no está del todo claro lo que significaba «otomanizar el Imperio», este discurso, pronunciado ante el congreso general de la CUP en 1910, da un primer indicio de la desilusión que inundó el partido. Las lecciones del pasado parecían impulsar a muchos miembros del CUP a pensar que la incesante expansión del activismo nacionalista en los Balcanes era un mal presagio. Muchos opinaban que el futuro del imperio dependía de la voluntad de los ciudadanos, en especial los cristianos, de obedecer y demostrar su lealtad. Por eso, el CUP seguiría insistiendo en que el gobierno central –con ellos al frente– era el único que tenía derecho a imponer esas normas. Permitir que la autonomía provincial o el pluralismo florecieran sin control era encaminarse hacia el fin del imperio.

No obstante, antes de la Primera Guerra Mundial no había un consenso claro dentro del CUP sobre lo que significaba un imperio verdaderamente «otomanizado». Para la mayoría del partido, la idea de nación de Abdülhamid II seguía siendo válida: aunque el imperio tenía una gran diversidad, los musulmanes eran el grupo que mejor encarnaba los orígenes, las lealtades y los ideales imperiales. Algunos Jóvenes Turcos, sobre todo entre los dirigentes, creían que ni siquiera esta concepción de la nación era suficiente. Tras la revolución de 1908, en los círculos del CUP, se empezó a prestar mayor atención a los escritos de un pequeño grupo de activistas. Encabezado por musulmanes exiliados de Rusia, el grupo se organizó en torno a un club social llamado «Hogar Turco» (Türk Ocağı). Como homenaje a los campamentos efímeros de los nómadas turcos de Asia Central, el Hogar Turco se dedicaba a «la educación nacional del pueblo turco y a elevar su nivel intelectual, social y económico para el perfeccionamiento de la lengua y la raza turcas».[36] La principal publicación del grupo, Türk Yurdu (Patria Turca), derramaba elogios hacia los grandes conquistadores de la estepa, como Gengis Kan y Tamerlán. Ensalzaba los rasgos culturales de todos los pueblos túrquicos, desde el Egeo hasta Sinkiang, como base de una civilización común. Y, sobre todo, defendía la necesidad de promover y perfeccionar la lengua turca como elemento fundamental para el futuro del Imperio otomano. Las opiniones expresadas en Türk Yurdu, en su conjunto, equivalían a una revisión general de los términos del nacionalismo otomano. El grupo sostenía que los musulmanes de habla turca constituían la base de la historia, la cultura y la política del imperio. Para los miembros y seguidores del Hogar Turco, reconocer el protagonismo de los turcos no era más que aceptar la realidad. El objetivo del otomanismo, en palabras de un pensador, era crear una nueva nación que hablara y utilizara la lengua otomana (muchas veces denominada osmanlıca). De ahí se deducía que «la nueva nación sería una nación turca», puesto que el otomano era, en el fondo, un dialecto turco.[37]

Los escritores y activistas asociados al Hogar Turco solían discrepar sobre los matices de sus respectivos objetivos. Algunos de los miembros de más edad, sobre todo los procedentes de Rusia, pensaban que la organización formaba parte de una iniciativa global para liberar a los musulmanes del imperialismo europeo. Otros sólo estaban interesados por los asuntos otomanos. Además de otros problemas, como el dinero y los conflictos de personalidad, los miembros del grupo se debatieron, desde el principio, con varias cuestiones fundamentales. Aunque sabían muy bien lo que constituía el alma de la nación otomana, los colaboradores de Türk Yurdu solían ser algo ambiguos sobre lo que significaba exactamente ser turco. Para algunos, era cuestión de elección cultural. A alguien que fuera musulmán (preferiblemente suní) y hablase turco como lengua materna o por su educación, se lo podía considerar turco independientemente de cuál fuera su origen. Para otros, la naturaleza turca era biológica. Al fin y al cabo, los nómadas y guerreros turcos se habían asentado en Europa, Asia y el norte de África y habían dejado descendencia en todas las tierras otomanas y más allá de ellas, razón por la que los albaneses, los kurdos y los árabes pudieran tener un antepasado turco común. En este contexto, quedaba prácticamente relegada la cuestión de los no musulmanes. Los cristianos estaban excluidos de cualquier reflexión acerca de las glorias pasadas y presentes de los turcos. Y, por omisión, su futuro dentro del imperio parecía incierto.

Antes de 1912, los acontecimientos políticos dieron a los activistas de Hogar Turco pocas oportunidades para defender sus puntos de vista. El gobierno de Estambul, asediado por diversas crisis provinciales, estaba cada vez más desbordado. Las medidas para reforzar el control administrativo de los Balcanes occidentales provocaron que miles de campesinos albaneses se rebelaran. La resistencia popular también puso de manifiesto la debilidad del gobierno en Yemen. En 1911, después de décadas de lucha en la provincia, los negociadores de los Jóvenes Turcos concedieron a los jefes rebeldes del norte de Saná una serie de privilegios políticos a cambio de declaraciones de lealtad. Pero la amenaza más grave se encontraba en el norte de África. La invasión italiana de Libia representó un esfuerzo por parte de Roma para colonizar el territorio que se prolongó durante décadas. Las tropas italianas se hicieron rápidamente con el control de los puertos principales, Bengasi y Trípoli, y algunas autoridades locales acogieron la ocupación con entusiasmo. A pesar de tener medios limitados para reforzar o reabastecer a las fuerzas locales, el CUP permaneció impertérrito. Cientos de oficiales y civiles, muchos de ellos miembros del partido, se ofrecieron como voluntarios para ayudar a la resistencia y se apresuraron a cruzar el Mediterráneo por todos los medios posibles. A inicios de la primavera de 1912, el avance italiano

se detuvo. Los Jóvenes Turcos que habían ido a luchar interpretaron esa primera señal de victoria como una prueba de que controlaban los asuntos del Estado. Al menos durante un tiempo, pareció que la guerra reforzaba el valor y la resolución de los musulmanes dentro y fuera del imperio. Aunque se perdieran las provincias libias –escribió en su diario un alto oficial del CUP–, él seguía decidido a combatir. La lucha era «una obligación moral que cumplir, lo que todo el mundo islámico espera de nosotros».[38] Al final, los esfuerzos de los voluntarios otomanos dieron escasos resultados. Italia extendió la guerra más allá de Libia: atacó Beirut y se apoderó de la isla de Rodas. Estambul acabó pidiendo la paz en otoño de 1912. Si bien las tropas locales y los agentes otomanos siguieron luchando durante varios años más, la presencia italiana en Libia iba a prolongarse durante las tres décadas siguientes.

Mientras los voluntarios imperiales tenían dificultades para conservar el norte de África, los Jóvenes Turcos afrontaban problemas aún mayores en su propio país. En abril de 1912, los ciudadanos del Imperio otomano volvieron a las urnas para elegir una nueva Cámara de los Diputados. Con respecto a las elecciones celebradas cuatro años antes, ahora el CUP se enfrentó a una oposición mayor en varias provincias. Muchos conservadores religiosos y un gran número de candidatos independientes con otros motivos de protesta compitieron contra los Jóvenes Turcos en distritos de todo el imperio. Para evitar la derrota, los partidarios del CUP organizaron ataques contra los votantes y los candidatos tanto antes como durante los comicios. «Las elecciones de la porra», nombre con el que se las conoció, dieron la mayoría al CUP en la Cámara de los Diputados, pero pagaron un precio. Ese mismo verano, un motín de oficiales del ejército en Macedonia, bastión histórico del Comité, puso aún más en tela de juicio la legitimidad del partido como fuerza de gobierno. El temor a que su propia credibilidad se viera perjudicada impulsó al sultán Mehmed V a formar un nuevo gabinete, con varios ministros conocidos por sus opiniones contrarias a los Jóvenes Turcos. Al final del verano, parte de la dirección del partido empezó a perder la fe y a tener presentimientos aciagos. Un antiguo ministro del CUP reconoció que «atravesamos una crisis tras otra sin superarlas jamás. No dejo de preguntarme si estamos llevando el país a la ruina».[39]

Los acontecimientos dieron un giro aún más brusco al inicio del otoño. Después de meses de conversaciones secretas, todos los vecinos balcánicos del imperio se movilizaron para la guerra a principios de octubre. Una invasión de los ejércitos de Grecia, Serbia, Bulgaria y Montenegro era algo que Estambul había imaginado desde hacía mucho tiempo pero que no necesariamente creía posible. Todos esos

Estados habían recelado los unos de los otros mientras conspiraban para adueñarse de lo que quedaba de las tierras otomanas en los Balcanes. Sin embargo, cuando surgió la nueva alianza en octubre, las fuerzas otomanas se vieron arrolladas de inmediato. A finales de mes, las tropas otomanas habían sufrido dos grandes derrotas por parte de Bulgaria y Serbia de las que el imperio nunca se recuperó. El armisticio firmado a principios de diciembre selló la pérdida casi total del poder imperial al oeste de la capital. Aunque las tropas otomanas conservaron Edirne (o Adrianópolis), a unos doscientos cuarenta kilómetros al oeste de Estambul, hasta la primavera, era evidente que el imperio se vería obligado a renunciar a Tracia, Macedonia y las montañas albanesas. Los dirigentes del CUP, conscientes de que tenían una oportunidad para dar la vuelta a su suerte política y quizá enderezar la situación, tomaron medidas drásticas. A finales de enero de 1913, una multitud de oficiales de los Jóvenes Turcos irrumpió en la Sublime Puerta, la principal sede administrativa del imperio, y obligó al gabinete a dimitir a punta de pistola. Después de que el CUP recuperase el control de los ministerios más importantes del gobierno, los ejércitos otomanos reanudaron la ofensiva con la esperanza de salvar la ciudad sitiada de Edirne. Si bien la campaña de primavera no consiguió romper el cerco búlgaro, el estallido de la segunda guerra balcánica entre Bulgaria y sus estados vecinos proporcionó a Estambul otra oportunidad en verano. En julio, las tropas búlgaras estaban luchando en cuatro frentes y, como consecuencia, las fuerzas otomanas encontraron muy poca resistencia a la hora de tomar de nuevo Edirne. La reconquista de la ciudad, que en otro tiempo había sido la capital del Imperio otomano, permitió al gobierno vanagloriarse de una victoria muy necesaria. Con el inicio del Ramadán a finales de mes, el sultán proclamó una fiesta nacional para conmemorar «un día de júbilo para los otomanos en particular y los musulmanes en general».[40]

El final de la guerra, sin embargo, supuso un escaso alivio para cientos de miles de ciudadanos. La pérdida de los Balcanes otomanos fue devastadora en muchos aspectos. Podría decirse que la región era seguramente el corazón económico del imperio. Sus ciudades –Salónica, Ohrid, Ioánina, Serres y Manastir, entre otras– eran el hogar y la cuna de gran parte de la élite imperial, sobre todo de oficiales y altos funcionarios. De los treinta y un miembros del comité central secreto del CUP, por lo menos once habían nacido en los Balcanes (se sabe que siete eran de Anatolia).[41] Desde el punto de vista histórico, los Balcanes fueron durante mucho tiempo el principal escenario de la política otomana. Era la región en la que empezó a construirse el imperio durante los siglos XIV y XV. La mayoría de las guerras que

habían definido sus grandes periodos de fuerza y debilidad se habían disputado por las ciudades y provincias balcánicas. Ahora, sin todo aquello, el gobierno parecía haber perdido algo más que unos territorios. La retirada del imperio hacia el este lo despojó de gran parte de su corazón y de su ser.

Los costes humanos de la guerra fueron causa de una incertidumbre aún mayor. Mucho antes del primer armisticio, en diciembre de 1912, decenas de miles de refugiados huyeron en barco y a pie hacia Anatolia. El éxodo continuó mucho después de la firma del tratado de paz en Londres, en mayo de 1913. Según un censo de 1920, los funcionarios otomanos calcularon que el número de refugiados de las guerras de los Balcanes ascendía a 509.922.[42] El gran volumen de emigrantes desbordó la limitada capacidad de los organismos gubernamentales. Después de terminada la guerra, decenas de miles de personas refugiadas vivían de mala manera o se morían de hambre. En medio de una crisis tan gigantesca, una enorme oleada de pesimismo invadió la sociedad. La guerra, en palabras de un destacado periodista, fue «un examen, un examen que nuestra nación hizo y suspendió».[43] Muchos comentaristas europeos estaban aún más convencidos de que la derrota del imperio había sacado a la luz una verdad terrible. Cuando los Jóvenes Turcos tomaron el poder, observó un periodista alemán, en Estambul muchos pensaron que el país iba a dejar de ser «un imperio medio asiático gobernado de forma despótica y patriarcal» para convertirse, en cuestión de tiempo, en «un Estado constitucional y una gran potencia europea moderna». «Fue un sueño –concluía el periodista–, un hermoso sueño, juvenil y, para la época, perdonable».[44]

Según los altos dirigentes del CUP, no hubo nada de perdonable en cómo se habían desarrollado los acontecimientos. En los cuatro años que acabaron con las guerras balcánicas, el partido había oscilado entre el apogeo y un periodo de profunda incertidumbre. Con el imperio al borde de la ruina, los agitadores y teóricos del partido se esforzaron por extraer alguna enseñanza de todo ello. Para muchos, la guerra había dejado una cosa clara. Pese a que los desplazados procedían de todos los estratos sociales, prácticamente todos los que sufrieron las consecuencias del conflicto eran musulmanes. Muchos de los que huían de los Balcanes habían sido víctimas o testigos de terribles atrocidades, como la quema de pueblos, matanzas, violaciones y conversiones forzadas. A pesar de que muchos de estos delitos habían sido documentados por observadores locales e internacionales, los que perpetraron estos actos –soldados y combatientes al servicio de los Estados balcánicos–, en general, escaparon impunes de la guerra. La desvergüenza de los actos

violentos cometidos contra los musulmanes agravó aún más la humillación por la pérdida de las provincias balcánicas. La derrota a manos de «lecheros búlgaros, porqueros serbios y taberneros griegos» parecía plantear cuestiones importantes acerca del futuro de la nación.[45] Si casi dos millones de ciudadanos cristianos ortodoxos todavía vivían en el territorio imperial, ¿podría el Estado seguir contando con la lealtad de los griegos nativos, o incluso de otros cristianos que vivieran en el imperio?[46] Después de haber sufrido semejante derrota a manos de estados que en otro tiempo habían formado parte del país, ¿hasta qué punto gozaba de seguridad el resto de los dominios del sultán? Sobre todo, ¿eran las guerras balcánicas el presagio de una crisis aún mayor, capaz de acabar con todo el imperio? Y, en ese caso, ¿era posible hacer algo para evitar que ocurriera esa catástrofe?

En los meses siguientes, el Comité de Unión y Progreso vaciló entre la rebeldía y la conciliación. Tras el golpe de enero de 1913, los ministros de los Jóvenes Turcos llevaron a cabo una purga exhaustiva del ejército y la burocracia imperiales y obligaron a miles de presuntos opositores a retirarse o exiliarse. Con la reconquista de Edirne, Estambul llegó a un acuerdo con Sofía para «intercambiar» las respectivas poblaciones de búlgaros ortodoxos y musulmanes que vivían a ambos lados de la frontera común. A principios de 1914, los funcionarios provinciales sobrepasaron los términos del acuerdo y expulsaron por la fuerza a cincuenta mil cristianos ortodoxos búlgaros nativos de sus hogares en la Tracia otomana y Anatolia occidental. Ese invierno, los negociadores confiaban en llegar a un acuerdo similar con Atenas, de forma que el imperio pudiera expulsar a todos los cristianos ortodoxos griegos de los territorios occidentales. A medida que avanzaban las conversaciones con Grecia, durante la primera mitad de 1914, los administradores y los partidarios del CUP en Anatolia occidental tomaron las riendas del asunto. Las oficinas del partido de toda la región impusieron un boicot popular a todos los comercios de cristianos ortodoxos. Aunque nunca se autorizó oficialmente, los administradores del gobierno hicieron la vista gorda mientras simpatizantes y matones armados saqueaban las tiendas y agredían e intimidaban a los clientes y propietarios. En junio, los ataques se habían agravado hasta convertirse en una auténtica campaña de terror que se apoderó de toda la costa del mar Egeo. Con la ayuda de bandas armadas dirigidas u organizadas por agentes del CUP, se expulsó a decenas de miles de campesinos cristianos ortodoxos de sus hogares bajo amenaza de muerte, incendios provocados o agresión sexual. A pesar de negar su implicación en promover los ataques, las autoridades gubernamentales recibieron los

resultados con los brazos abiertos. Según algunos cálculos, los griegos otomanos desterrados dejaron atrás 33.000 hogares vacíos.[47] Tras la expatriación, los administradores locales se hacían cargo de las viviendas y las vendían o las repartían entre los musulmanes desplazados de los Balcanes. Las ventajas de la campaña, en palabras de un funcionario, eran clarísimas. Los no musulmanes del oeste de Anatolia eran «tumores internos» que había que extirpar para que el Estado sobreviviera.[48]

Sin embargo, el gobierno también dio muestras de querer aplacar los temores y las preocupaciones de otros ciudadanos no musulmanes. Durante el congreso anual del partido en 1913, el CUP prometió abordar «la expansión de responsabilidades y el reparto de las obligaciones» entre las provincias, una promesa que muchos supusieron que implicaría suavizar la postura oficial en materia de lengua y educación, así como una mayor autonomía provincial. El régimen de los Jóvenes Turcos siguió estas garantías e instauró medidas aún más concretas en el este de Anatolia. A principios de 1914, el gobierno anunció que iba a instituir una serie de reformas para resolver los antiguos agravios entre los representantes provinciales armenios. Igual que había hecho en Macedonia antes de las guerras balcánicas, el imperio aceptó la creación de una nueva administración autónoma para la región. También tenía previsto contratar un mayor número de armenios para puestos administrativos locales, un proceso supervisado en parte por asesores europeos. El acuerdo se granjeó los elogios de los comentaristas internacionales, y un diplomático ruso llegó a declarar que el plan era «el amanecer de una nueva era más feliz en la historia del pueblo armenio».[49] No obstante, los dirigentes del CUP estaban furiosos. Muchos miembros del gobierno se resistían a acceder a las exigencias de una mayor autonomía. Varios funcionarios influyentes consideraban la decisión como una repetición de las medidas adoptadas anteriormente en Macedonia. Las promesas de reforma, al parecer, sólo servían para acelerar la pérdida de toda la región. Después de las guerras balcánicas, el imperio era mucho más débil. Con los kurdos «sentados a un lado y los armenios al otro», un ministro declaró que lo que prometía el plan de reformas era, en el mejor de los casos, un mandato de opresión contra «la mayoría», presumiblemente turcos musulmanes.[50]

La crisis de julio y las primeras señales de la gran movilización en Europa provocaron una brusca interrupción de las conflictivas políticas internas del gobierno. Al principio, Estambul fue un desafortunado espectador de la vorágine. Como al imperio nunca se le había incluido en el sistema de alianzas de Bismarck, afrontaba en

solitario la perspectiva de una guerra entre las grandes potencias. A juzgar por la historia, la mayoría de los ministros pensaba que la neutralidad podía ser una sentencia de muerte. Rusia podía abrirse paso a la fuerza a través de los Estrechos Turcos o incitar a los armenios o kurdos disidentes de Anatolia a rebelarse. Gran Bretaña y Francia eran dos potencias que poseían intereses económicos y estratégicos en el Mediterráneo oriental, por lo que era posible que una de ellas, o ambas, decidieran reclamar territorio otomano. Esas posibilidades inclinaban la balanza en favor de quienes propugnaban estrechar los lazos con Alemania. Desde la época de Abdülhamid II, Berlín había tratado de ganarse el favor de los otomanos mediante inversiones y ayuda militar. A diferencia de otras potencias europeas, Alemania nunca había buscado concesiones territoriales de Estambul (aunque en Berlín algunos disfrutaban secretamente haciendo planes de colonizar tierras otomanas). Y, sobre todo, el poderío militar de Alemania era algo que pocos estaban dispuestos a subestimar. Que Berlín garantizara la seguridad otomana era, para muchos, la situación ideal.

Aunque los negociadores otomanos y alemanes tardaron meses en concretar los términos de su alianza, el imperio empezó a prepararse para la guerra ya en agosto de 1914. Un llamamiento general a las armas consiguió que cientos de miles de personas se incorporaran al ejército a finales de verano. Las órdenes de movilización afectaban a todos los ciudadanos varones, una iniciativa que aceptaron musulmanes, cristianos y judíos por igual. Las oficinas del Estado convirtieron la ocasión en un homenaje a la juventud y el orgullo nacional. El firme deseo de «borrar con gloria todas las humillaciones» derivadas de guerras anteriores fue el motivo de las prisas por ir a la guerra».[51] Antes de los primeros llamamientos a la movilización, las escuelas y los periódicos solían rogar a los ciudadanos que recordaran los horrores presenciados en la región balcánica. Ya en 1913, los libros de geografía para niños incluían pasajes en los que se detallaba hasta qué punto «se derramó sangre inocente musulmana y turca» durante las guerras de los Balcanes. Se obligó a los estudiantes a recordar que «es deber nacional de nuestros hijos y nuestros nietos remediar la situación y prepararse para vengar la sangre pura e inocente que corría como un reguero».[52]

Es difícil juzgar los verdaderos sentimientos de gente como Kalusd Sürmenyan y Hüseyin Fehmi a principios de la Gran Guerra. Ni siquiera después ninguno de los dos explicó cómo entendieron la gravedad política de la decisión del imperio de movilizar a los ciudadanos. Kalusd, que ya era oficial del ejército, declaró que, en Erzincan, tanto musulmanes como cristianos «se apresuraron a asumir

sus deberes patrióticos».[53] Por su parte, Hüseyin Fehmi optó por no pedir la prórroga de un año y acudió con entusiasmo a su oficina local de reclutamiento en Adapazarı. Cuando el reclutador se dio cuenta del miedo que sentían él y sus amigos, hizo todo lo posible para tranquilizarlos. «Os desplegarán a todos, pero alegraos». Hüseyin y sus amigos iban a ser telegrafistas y cabía la posibilidad de que estuvieran todos juntos.[54]

La experiencia bélica de Kalusd y Hüseyin acabó dejando poco margen para la ambivalencia política. Las crueldades que vieron los dos hombres crearon en ellos, o reforzaron, intensos sentimientos de enemistad y desconfianza. Pero sería un error ignorar el patriotismo y el sentido del deber que llevó a ambos a empuñar las armas en 1914. Si el estallido de la Gran Guerra reveló algo, fue la convicción, en muchos ciudadanos otomanos, de que el imperio seguía vivo. Es posible que las dudas y la aprensión fueran inevitables en los meses y años anteriores a la contienda, pero todavía había motivos suficientes para que los pueblos de todas las tierras otomanas se alzaran en defensa del imperio. Las razones de esta repentina oleada de entusiasmo y amor a la patria son complejas. Dada la profunda diversidad del imperio, los ciudadanos otomanos tendían a ver la nación que defendían de maneras muy diferentes. El compromiso común de jóvenes como Kalusd y Hüseyin hace pensar que la caída del imperio era algo que la mayoría de los ciudadanos, independientemente de su origen, no previó ni deseó.

LA GRAN GUERRA Y LA DERROTA DE LOS OTOMANOS

La entrada del Imperio otomano en la Gran Guerra y su derrota final es, en parte, la historia de dos altos funcionarios. La alianza que puso a Estambul del lado de Alemania y de las Potencias Centrales fue el momento decisivo en la vida del ministro de Guerra del imperio, Enver Pashá. Algo más de una década antes, era un recién graduado de la Harbiye. Como otros oficiales de su generación, pasó sus primeros años en el ejército imperial luchando contra los guerrilleros en su Macedonia natal. Las primeras experiencias de combate de Enver y la corrupción que observó en la corte de Abdülhamid II hicieron que pronto se convirtiera a la causa de los Jóvenes Turcos. Cuando comenzó la revolución, en julio de 1908, no tardó en adquirir fama como portavoz del partido y su causa. Y se asentó firmemente en la conciencia popular gracias a las postales impresas y distribuidas por el CUP en esa época. Su aspecto juvenil y su reconocido compromiso con el orden constitucional restaurado lo convirtieron en el rostro del movimiento de los Jóvenes Turcos. Los intentos de los jefes militares por marginar a Enver y no tener en cuenta sus ambiciones fueron en vano. Después de desempeñar un papel destacado en la represión del contragolpe de Estado de 1909, fue uno de los principales voluntarios en ser enviados a Libia. En la época de las guerras balcánicas y de la toma del poder por el CUP en enero de 1913, se le consideraba uno de los miembros más valorados del círculo íntimo del partido. Para Enver, la oportunidad de entrar en la Gran Guerra en coalición con Alemania fue un triunfo personal importantísimo. Después de años de retiro y aislamiento, el Imperio otomano era ahora un aliado fundamental del país más dinámico de Europa. No ocultaba su profunda admiración por la cultura y el ímpetu militar de los alemanes. En su opinión, la perspectiva de la guerra con la Entente era una oportunidad para demostrar la vitalidad del imperio y vengar el desastre de 1912 en los Balcanes. Su sed de venganza y su magnetismo personal le granjearon la devoción eterna de oficiales y lacayos políticos tanto en la capital como fuera de ella. Ahora bien, a la tierna edad de treinta y dos años, Enver nunca había encabezado un gran ejército en el campo de batalla. Aunque había ocupado un puesto menor en el Estado Mayor otomano y gozaba de la confianza de sus asesores alemanes, su experiencia apenas le había preparado para afrontar los problemas que le aguardaban como estratega jefe del

imperio.

El homólogo de Enver en el Ministerio del Interior otomano, Talat Pashá, llegó al poder con una reputación no tan distinguida. Pese a ser también uno de los primeros organizadores de las campañas del CUP en Macedonia, Talat no encarnaba la imagen de un héroe romántico. Algo mayor que Enver y sin su aspecto juvenil, se incorporó al servicio imperial como empleado de correos después de una educación mucho más modesta. Sus orígenes humildes quedaban compensados con su arrojo y su atención por los detalles. Antes de la revolución de 1908 adquirió una gran reputación como administrador del partido. Aunque carecía de toda formación militar, estaba abiertamente obsesionado con las tendencias violentas y el activismo de muchos de los primeros seguidores del CUP. «Espiritualmente –recordaba un amigo– era un komiteci».[55] Después del triunfo de la revolución, Talat fue nombrado ministro del Interior, cargo que ocupó de forma intermitente durante más de la mitad de los años que el CUP ocupó el poder. Aunque tenía amigos y conocidos armenios, no ocultaba su desconfianza hacia los no musulmanes, a los que consideraba propensos a la traición y la rebelión. Las guerras balcánicas confirmaron de manera decisiva sus temores y su antipatía hacia los cristianos en general. Como supervisor de la administración provincial del imperio, fue el principal responsable de expulsar a los griegos de Anatolia occidental. Si bien negó que el gobierno estuviera involucrado, en privado ayudó a dirigir la violenta campaña del CUP para expulsar a los cristianos ortodoxos de sus hogares. «Talat Bey dio prioridad a limpiar el país de aquellos elementos de la población que habían revelado su carácter traicionero durante la guerra de los Balcanes», recordaba un ministro.[56] Como ministro del Interior y luego como gran visir, demostró una crueldad aún más despiadada en su gestión de la política interior otomana.

Después de vincular el destino del imperio al de las Potencias Centrales a principios de agosto de 1914, ni Enver ni Talat esperaban que la guerra durara mucho. Pese a los enfebrecidos llamamientos de Berlín, los ministros del CUP dudaban en entrar en el conflicto demasiado pronto, convencidos de que este terminaría en cuestión de semanas. Sin embargo, cuando el avance alemán se estancó al norte de París, Berlín avisó al gobierno otomano: o entraba en la guerra o se arriesgaría a perder la ayuda económica alemana. La mayoría del gabinete, encabezado por Enver, cedió a las presiones alemanas y, a finales de octubre, el gobierno emprendió las hostilidades con la Entente. De esa forma, Enver comprometió al imperio a tratar de conseguir un número relativamente escaso de objetivos estratégicos. La guerra fue, sobre todo, un pretexto para que Estambul pudiera renegar de todos los tratados comerciales que consideraba injustos y

explotadores (conocidos como las temidas «capitulaciones»). Enver confiaba en que, en el campo de batalla, un rápido avance otomano hacia el Cáucaso ayudaría a recuperar el territorio perdido a manos de Rusia en 1878. Para promover este objetivo, Estambul desplegó miles de paramilitares, organizados en grupos guerrilleros o çetes, con la esperanza de animar a rebelarse a los musulmanes nativos de los territorios que estaban en poder de Rusia. Después empleó tácticas similares en zonas mucho más alejadas, como el norte de África francés, el Asia central rusa y la India británica. Obligar a los musulmanes que vivían bajo el dominio colonial británico, francés o ruso a rebelarse favorecía los grandes intereses estratégicos otomanos y alemanes. Estas campañas –en las que se incluyó una declaración oficial de yihad mundial por parte del sultán en noviembre de 1914– fueron más bien infructuosas. Pero la idea de globalizar el esfuerzo de guerra otomano sentó un precedente crucial para la política imperial con posterioridad a 1918. A partir de 1914, los agitadores otomanos y sus compañeros de viaje extranjeros harían todo lo posible para explicar que el destino del imperio era importante para todos los pueblos que padecían el dominio colonial europeo.

No obstante, los acontecimientos de los seis primeros meses de guerra pusieron rápidamente en grave peligro todas las aspiraciones de Estambul. La ofensiva de principios de invierno contra las posiciones rusas en las estribaciones del Cáucaso quedó interrumpida por las fuertes nevadas y las carreteras intransitables. Con temperaturas inferiores a los 40 grados bajo cero, miles de soldados otomanos murieron congelados. Cuando, a principios de enero, Enver solicitó la retirada, unos cuantos millares más se entregaron a los rusos para no tener que emprender la marcha hacia el oeste. La batalla de Sarıkamış, nombre que recibió la campaña, hizo un daño irreparable a las fuerzas otomanas en el este de Anatolia. Según un cálculo de aquella época, hasta el 90 por ciento de los soldados que había al empezar murieron en combate, acabaron heridos o capturados, o sucumbieron a las enfermedades y los elementos.[57] Una segunda ofensiva otomana, contra el Egipto británico, también terminó en derrota. Tras un penoso recorrido a través del Sinaí, los intentos de cruzar por la fuerza el Canal de Suez fueron en vano. Después de controlar durante un breve periodo la orilla occidental del canal a la altura de Ismailia, las fuerzas otomanas retrocedieron bajo un torrente de fuego de artillería y ataques aéreos. Las noticias más temibles llegaron en febrero, cuando una enorme flota formada por barcos británicos y franceses se aproximó a los Dardanelos. El ataque que se prolongó durante los dos meses siguientes no fue, según la opinión general, más que el preludio de un asalto naval inevitable. Con Estambul en el punto de mira, las

tropas británicas y francesas, muchas de ellas procedentes de las colonias, desembarcaron el 25 de abril de 1915. Los combates que siguieron durante varios meses fueron sangrientos e implacables. Pese a que los soldados otomanos mantuvieron con gran determinación el terreno elevado en la estrecha península de Galípoli, las bajas sufridas fueron consumiendo las reservas del ejército hasta bien entrado el otoño. El ritmo de los combates tuvo altibajos al empezar el invierno, a medida que la guerra de trincheras se afianzaba en el campo de batalla. El calor del verano, seguido de las primeras nevadas, se cobró un coste terrible entre las tropas otomanas. Al terminar la campaña, hasta un tercio de los ochenta mil soldados otomanos muertos en Galípoli habían fallecido a causa de enfermedades. Hubo que esperar a enero de 1916 para que las fuerzas aliadas, que habían conquistado poco terreno desde que desembarcaron en suelo otomano, se rindieran y se retirasen por completo de la península de Galípoli.

Por supuesto, el CUP y sus partidarios recibieron con entusiasmo la derrota británica y francesa en Galípoli. Aparte de lo que implicaba para la guerra, consideraban que el hecho de que las tropas otomanas hubieran derrotado a los dos imperios más grandes del mundo era una proeza histórica. Como dijo un destacado periodista, las fuerzas otomanas habían hecho retroceder a un ejército occidental de tropas imperiales y coloniales, compuesto por «salvajes, semisalvajes, civilizados y no civilizados, blancos y de color». Con Galípoli «había comenzado una nueva fase de la historia del mundo» que desterraba, por fin, todas las «desgracias y preocupaciones» de épocas pasadas.[58] Escritores y activistas vinculados al Hogar Turco compartían esta opinión, pero además dieron una importancia nacional aún mayor a la victoria. Galípoli, para muchos, fue sobre todo un triunfo militar turco. La mayoría de los soldados del imperio, tal vez incluso tres cuartas partes de todo el ejército otomano, procedían de Anatolia y hablaban alguna variante de la lengua turca.[59] Si bien otros destacados pensadores vinculados al Hogar Turco no minimizaron la importancia de la batalla para todos los musulmanes (fueran o no ciudadanos otomanos), los líderes del CUP, en general, estuvieron de acuerdo en que Galípoli fue un triunfo de los que ellos consideraban los genuinos hijos del imperio. La lucha, en palabras de Talat Pashá, fue «la obra maestra e inmortal de la Anatolia musulmana».[60]

Este nuevo énfasis en la retórica del CUP reflejaba un cambio trascendental que se estaba produciendo en el conjunto de la sociedad otomana. Ya en las primeras fases de la movilización, había indicios de que el gobierno no podía seguir confiando a los no musulmanes la defensa de la nación. Las autoridades militares preferían que los reclutas armenios fueran destinados a construir carreteras, y no a

llevar armas. A principios de primavera, los temores del gobierno sobre los ciudadanos cristianos llegaron al paroxismo. Muchos creyeron que Rusia había reclutado a desertores armenios para formar tropas de choque en su ofensiva en el este otomano. Casos aislados de oposición al reclutamiento, así como la convicción de que las comunidades armenias y griegas de la frontera celebraban los éxitos de la Entente, alimentaron las sospechas de Talat Pashá y el Ministerio del Interior. La inquietud en Estambul aumentó con el ataque a los Dardanelos, al que siguió la caída de la ciudad oriental de Van a principios de abril de 1915. Mientras el imperio cedía terreno, con la capital en peligro, Talat y otros ministros llegaron a una conclusión dramática, aunque no necesariamente repentina: los armenios, y tal vez también otros grupos, constituían una amenaza mortal para la supervivencia del Estado. Ahora bien, la solución que propuso Talat derivaba, en parte, de la campaña de antes de la guerra contra los griegos otomanos. En ese periodo, su ministerio había desarrollado una amplia estrategia para la limpieza masiva de las poblaciones no deseadas. Los agentes del Estado obligaron a huir a cientos de miles de personas y, de esa forma, consiguieron apropiarse de vastas extensiones de tierra y miles de viviendas y negocios. Talat pensaba que este era el remedio que necesitaba el gobierno para resolver varios males que atormentaban al imperio. Limpiar el país de traidores lo hacía más seguro. Con su expulsión, las casas y fincas de los armenios desplazados podrían alojar y emplear a cientos de miles de refugiados musulmanes, sobre todo de los Balcanes. Los grandes beneficiados serían el país y su economía. Una vez vaciada la tierra de «minorías» no deseadas, los musulmanes tendrían una participación mucho mayor en la industria, la agricultura y el comercio del país. Los encendidos debates sobre los derechos lingüísticos, religiosos y nacionales se desvanecerían. Y con la debida supervisión de los funcionarios locales, el gobierno podría conseguir que el imperio fuera más homogéneo, una tierra de ciudadanos leales que hablaban turco. Estos objetivos, en última instancia, fueron los que favorecieron la implementación del genocidio armenio.

El proceso exacto por el cual fue debatido el genocidio no está del todo claro. Puesto que no existen documentos internos del CUP (que fueron deliberadamente destruidos al final de la guerra), desconocemos los debates que orientaron las decisiones del gobierno. Descubrimientos recientes en los archivos otomanos indican que Talat aplicó sus planes junto con algunos subordinados más radicales que actuaban en las provincias. A mediados de abril de 1915, un gobernador dijo que «no vamos a poder seguir viviendo como hermanos con los armenios en este país. Si no los aplastamos –

añadió–, nos aniquilarán sin piedad y a la primera oportunidad».[61] El arresto masivo de intelectuales, políticos y otros líderes de la comunidad armenia en Estambul tuvo lugar la última semana de abril. Bajo la atenta mirada de los guardias, se envió a los hombres al sur y al este de la ciudad. Por el camino, los ejecutaron sin contemplaciones y luego se deshicieron en secreto de los cuerpos. En las semanas sucesivas aumentó drásticamente el número de detenciones y deportaciones. Entre mayo y junio de 1915, los gendarmes y los paramilitares provinciales obligaron a cientos de miles de armenios a abandonar sus hogares en los distritos hasta la retaguardia del ejército otomano. A menudo, inmediatamente después de partir, los hombres eran separados de sus familias para ser ejecutados a escondidas. Cuando los sacaban de sus pueblos y aldeas, las mujeres y los niños también corrían peligro de ser asesinados, así como de que los violaran, los secuestraran o los dejaran morir de hambre. A finales de mayo, los legisladores de la Cámara de los Diputados aprobaron la Ley temporal de deportación, que ratificaba las medidas del gobierno. En el texto, el Parlamento acusaba a todos los armenios que vivían en «zonas de guerra» de «colaborar con el enemigo» y «llevar a cabo ataques armados contra las fuerzas armadas y civiles inocentes».[62] Si bien la Cámara ordenaba proteger la vida y las propiedades de los armenios, la ley permitía la incautación de tierras y hogares armenios para «el asentamiento de inmigrantes y tribus [nómadas]». Para entonces, los aliados alemanes de Estambul ya eran conscientes del grado de violencia, por lo que exigieron una explicación oficial. La decisión, como Talat explicó «sin reservas» a un diplomático alemán, «no se basaba únicamente en razones militares». El gobierno «quería aprovechar la guerra mundial para barrer [gründlich aufzuräumen] a los enemigos internos, los cristianos nativos, sin intromisiones diplomáticas extranjeras». «Además –concluía Talat–, también beneficiaba los intereses de la alianza alemana» que el imperio «se fortaleciera de esta manera».[63]

Las deportaciones siguieron aumentando en la segunda mitad del año 1915. A finales del verano, se ordenó a los armenios residentes en distritos que no estaban cerca de ninguna zona de combate que abandonaran sus hogares. Para entonces, el Ministerio del Interior de Talat había desarrollado un complejo sistema para trasladar a los armenios y sustituirlos por refugiados y colonos musulmanes. Con ese fin, reservó una franja del desierto sirio para los armenios que sobrevivieran al calvario. Los funcionarios locales que supervisaban los campamentos tenían la obligación de impedir que se congregaran demasiados (se estipuló que los armenios no superaran entre el 5 y el 10 por ciento de la población total en la mayoría de los distritos). Los

agentes encargados de los huérfanos debían velar por el bienestar de los niños armenios. Talat decretó que se los «educara y asimilara» como musulmanes.[64] A medida que avanzaba la guerra, el programa de deportación del Ministerio del Interior se extendió considerablemente. Entre 1915 y 1916, Estambul reanudó su campaña para expulsar a los griegos que vivían en paz en los pueblos del norte y el oeste de Anatolia. Aunque los cristianos ortodoxos se libraron, en general, de los asesinatos selectivos cometidos contra decenas de miles de armenios, miles de ellos murieron de hambre, enfermedades y frío cuando los trasladaron al interior del país. Antes de terminar la guerra, los agentes del gobierno reasentaron por la fuerza a cientos de miles de personas sospechosas, como asirios, caldeos, árabes del Levante, kurdos, inmigrantes circasianos y muchos otros. Todavía no existe un recuento completo de las víctimas de todas esas campañas, particularmente del número de muertos. Parece ser que Talat guardaba un registro minucioso de las propiedades abandonadas por muchos de los deportados (según unas tablas existentes, su ministerio incautó más de 61.000 hogares armenios y ortodoxos a partir de 1915).[65] Las estimaciones del número de muertos en las deportaciones de 1915-1918 son muy variadas. Mientras que los cálculos aproximados de los investigadores actuales sobre el número de armenios que perecieron oscilan entre seiscientos mil y 1,2 millones, otros estudios calculan que el número total de muertos de asirios, griegos ortodoxos y otros cristianos otomanos durante la guerra asciende a cientos de miles.[66]

Kalusd Sürmenyan fue, a la vez, un espectador y una víctima de las peores deportaciones de la guerra. Empezó como comandante de una unidad en el frente oriental. En plena campaña de Sarıkamış, se desplegó junto con sus hombres a lo largo del flanco izquierdo del ejército, a las afueras de la ciudad de Oltu. Hubo combates encarnizados a medida que avanzaba su regimiento, que en un momento dado fue blanco del fuego cruzado de los rusos y de las tropas otomanas atemorizadas. Herido en la pantorrilla, lo evacuaron a la retaguardia, donde estuvo a punto de sucumbir. Cuando se reincorporó, se le asignó que supervisara el servicio de los trenes de suministros en los alrededores de su Erzincan natal. Los primeros indicios de los horrores que aguardaban aparecieron con el despliegue cercano de batallones de trabajo formados por soldados armenios y griegos a los que habían despojado de las armas. Días después de haber ayudado y alojado una noche a aquellos hombres, Kalusd descubrió que un grupo de paramilitares otomanos los había asesinado bajo la supervisión del despiadado gobernador de la provincia. Como oficial, se libró de la deportación, una exención legal que solía

concederse a los funcionarios imperiales y a los armenios con aptitudes «esenciales». Su familia, incluida su esposa, no tuvo tanta suerte. Con el permiso de su comandante, los buscó frenéticamente durante varios días. En ese tiempo, se encontró con decenas de soldados y civiles que se vanagloriaban de haber matado, robado y secuestrado a armenios desplazados. Con todo, se esforzó por mantener la compostura (como armenio con un uniforme de oficial otomano, se convirtió, según sus propias palabras, en «un cordero con piel de lobo»).[67] Al final, encontró a la mayor parte de su familia en un pueblo al oeste de Erzincan, vivos pero en terribles condiciones de salud. Tras conseguir que les permitieran regresar a casa, un oficial local lo acusó de incitar a la rebelión entre los armenios, así que lo sometieron a un consejo de guerra. Por suerte para Kalusd y su familia, el hecho de que fuera un veterano herido, así como su rango de teniente primero, hicieron posible que le pusieran en libertad anticipada y lo trasladaran de vuelta a Erzincan. Durante dos años, él y su familia vivieron casi en peligro de muerte. A pesar de las reiteradas amenazas contra su vida y de las pruebas visibles de que estaban asesinando a personas a su alrededor, sobrevivieron milagrosamente a la guerra en Zile, a cientos de kilómetros al oeste del frente. Su servicio allí como instructor le granjeó un ascenso y una distinción. Sin embargo, él no se sentía precisamente feliz ni tranquilo. «Por muchas comodidades materiales que tuviéramos en Zile –explicó más tarde–, espiritualmente vivíamos angustiados. Tampoco nosotros teníamos esperanzas de sobrevivir».[68]

Cuando Kalusd llegó a Zile en 1916, pocas eran las señales que indicaban que la guerra se acercaba a su apogeo. En el frente oriental, las fuerzas otomanas cedían terreno a las tropas rusas que se adentraban en Anatolia. La ofensiva británica en Irak avanzó incluso más durante gran parte de 1915, hasta detenerse justo al sur de Bagdad a finales de noviembre. Ante la cercanía del invierno, las fuerzas británicas retrocedieron por el Tigris hasta el bastión fortificado que habían establecido en Kut. Las tropas otomanas, creyendo que esa era su oportunidad, tomaron la iniciativa y asediaron el campamento británico. El aumento de las bajas, las inundaciones y el hambre acabaron por minar la moral de las tropas sitiadas, lo que impulsó al comandante británico a rendirse en abril de 1916. La victoria, que incluyó la captura de trece mil prisioneros británicos e indios, fue aclamada como un triunfo sólo superado por el de Galípoli. Los emisarios alemanes que estaban de visita en Estambul en aquel entonces también se alegraron de la victoria en Irak. «Si no hubiéramos entrado en la guerra –declaró Talat a un visitante de Berlín–, lo habríamos perdido todo. [Hasta ahora], como mínimo,

hemos salvado algo».[69] Los observadores alemanes solían coincidir en que los asuntos del imperio habían mejorado y en que se había superado la crisis del año anterior. Además, como señaló uno de ellos, los otomanos parecían haber «alcanzado casi una cohesión nacional o mucho más religiosa gracias a las masacres armenias».[70]

En las valoraciones alemanas de la campaña de guerra otomana, la situación del Levante quedaba más bien al margen. Aunque el frente había experimentado pocos cambios desde la ofensiva fallida de Suez, las señales de descontento y la inquietud eran visibles en gran parte de Siria, Líbano y Palestina. Una plaga de langostas en la primavera de 1915 destruyó la frágil economía de guerra del interior; se calcula que, al concluir la contienda, la hambruna se había cobrado medio millón de vidas en toda la región.[71] Varios arrestos y falsos juicios organizados por el gobernador de Siria, Cemal Pashá, acrecentaron el pesimismo que se cernía sobre el Levante. Entre 1915 y 1916, Cemal –apodado Al-Saffah («el sanguinario»)– detuvo a decenas de ciudadanos ilustres de Beirut y Damasco a los que acusó de sedición y otros delitos. Aunque varios de ellos eran conocidos disidentes que habían valorado algunas propuestas francesas antes de la guerra, ninguna prueba se presentó ante el tribunal de que se estuviera preparando una rebelión. A pesar de ello, docenas de ellos fueron ejecutados en la plaza central de Damasco y en la de Beirut. Mientras tanto, en Mesopotamia, las autoridades locales tenían dificultades para mantener el orden. A finales de 1916, los desertores del frente irrumpieron en varias ciudades del centro de Irak y expulsaron a los administradores locales. Como represalia, las autoridades ejecutaron a más de cien hombres y exiliaron a varios miles al norte, a Anatolia.[72] Pero un desafío aún mayor a la legitimidad del Estado fue el que se planteó en el verano de 1916 en Arabia. Después de negociar en secreto una alianza con las fuerzas británicas, Sharif Hussein, el custodio ancestral de las ciudades santas de La Meca y Medina, hizo un llamamiento a todos los árabes para que se sublevaran y derrocaran el poder otomano. Bajo el mando militar de su hijo Faisal, esta autoproclamada «revuelta árabe», al principio tuvo dificultades para asegurar aliados y obtener suministros. Sin embargo, en el transcurso del siguiente año, a medida que la fortuna de los otomanos se desvanecía, el poderío de las fuerzas de Faisal se extendió por las tierras árabes en general.

Estos y otros acontecimientos influyeron enormemente en la percepción de la guerra que tenían los soldados rasos como Hüseyin Fehmi. Este, a diferencia de la mayoría, documentó sus experiencias en un diario (aunque es probable que más tarde, después de abandonar el ejército, enriqueciera sus recuerdos con algunas observaciones). Sus impresiones sobre la situación de la guerra y el imperio forman parte de sus primeras anotaciones, durante su

despliegue en el frente de Galípoli. Además del terror de las descargas de artillería y la amenaza de un avance aliado, las notas de Hüseyin sobre este periodo evidencian también su interés por las noticias de otros lugares. Según Hüseyin, fue en Galípoli donde oyó hablar por primera vez de las deportaciones de armenios y los ahorcamientos masivos de disidentes en Siria. En su opinión, el gobierno hacía bien en recurrir a tales medidas. Al fin y al cabo, argumentó Hüseyin, el dinero británico manchado de sangre y la promesa de independencia de Sharif Hussein habían «engañado a todos los árabes y provocado los ataques cobardes contra el ejército otomano».[73] Después de salir de Galípoli, él y sus camaradas fueron enviados a los Balcanes para servir en una unidad otomana que apoyaba una ofensiva búlgara en Grecia. Combatir junto a antiguos enemigos en una tierra recién cedida por el imperio fue para él una experiencia desconcertante. Cuando se dirigía al frente, él y sus compañeros se vieron rodeados por musulmanes locales que alababan al sultán y les ofrecían besos y regalos. «Amigos –declaró un oficial–, hace dos años fuimos a la guerra contra los búlgaros. Por las razones que se conocen, nos derrotaron y nos echaron de nuestras casas». Aunque los «infieles» búlgaros eran ahora sus aliados, el oficial pidió a los soldados que no olvidaran «sus viejas y eternas enemistades».[74] Más tarde, otro alto oficial pronunció un mensaje similar e hizo hincapié en que estaban sirviendo a su país como soldados otomanos y como musulmanes. «Somos soldados –recordaba que había dicho Hüseyin–; no olvidéis nuestra yihad en nombre de la religión, la nación y la patria. Nuestro servicio complacerá a nuestros ancestros».[75]

Según su propio relato, Hüseyin se mantuvo fiel a estos ideales cuando volvieron a desplegarle en el frente iraquí. Después de atravesar todo el imperio a principios de 1918, él y su unidad acabaron en las trincheras de las afueras de Ramadi, al oeste de Bagdad. Allí soportó los últimos tres meses de combates encarnizados. Para entonces, los británicos ya habían consolidado su dominio sobre gran parte de Irak y habían tomado Jerusalén. La participación de Hüseyin Fehmi en la guerra terminó tras un fuerte ataque británico a finales de marzo. Después de rendirse en el campo de batalla, tuvo que soportar un duro y hambriento viaje de seis meses desde Irak hasta Madrás (la actual Chennai), en la costa india de Coromandel. Los meses posteriores de cautiverio reafirmaron la visión que Hüseyin tenía del imperio y del mundo en general. En septiembre, cuando llegó la noticia de que los Aliados habían tomado Damasco y Kirkuk, numerosos prisioneros, incluido él, cayeron en una profunda depresión. Después de muchos años, le parecía que «todo el mundo cristiano» había querido asestar un duro golpe «contra el mundo turco y musulmán».[76] Las

consecuencias de esta lucha quedaron mejor definidas con su traslado a Bellary, al norte de Bangalore. Entre seis mil y siete mil soldados presos albergaba la histórica fortaleza sobre la ciudad; Hüseyin estaba rodeado de musulmanes de todas partes del imperio y del mundo en general. Entre los numerosos musulmanes procedentes de los Balcanes, Asia Central, el norte de África y el interior otomano, «había –en su opinión– un genuino afecto». Los presos pertenecientes al CUP eran los únicos que «se comportaban de forma sectaria».[77] Sus impresiones de la India acrecentaron este sentimiento de pertenencia y antagonismo colectivos. La India colonial, una nación colmada de musulmanes que vivían bajo el duro poder británico, no parecía muy distinta de la fortaleza en la que estaba encerrado. Su conocimiento de las llamadas a la independencia del país y de los movimientos que estaban formándose en torno a Gandhi y la Liga Musulmana estaba en consonancia con su propio deseo de resistencia. A medida que pasaban los meses, la lucha por el futuro de la India y los movimientos nacionalistas del mundo colonial en general alimentaron la nueva conciencia de Hüseyin Fehmi y afianzaron su voluntad de regresar a casa.

En septiembre de 1918, Enver y Talat todavía pensaban que el imperio podría salvar algo de lo que había ganado en la guerra. Si bien en Siria e Irak las líneas podrían haberse deslizado hacia el norte, los combates contra Rusia habían proporcionado auténticas victorias. La toma del poder por los bolcheviques en el otoño de 1917 produjo la disolución total de las fuerzas rusas en Anatolia, lo que permitió que las tropas otomanas recuperasen todo lo que habían perdido desde 1914. En lugar de enviar refuerzos hacia el sur, a Irak o Palestina, Enver optó por seguir avanzando, y ordenó invadir el Cáucaso en la primavera de 1918. Del mismo modo que la ofensiva de primavera alemana en el frente occidental, Enver concebía la toma del Cáucaso como una última apuesta que merecía la pena. Con total libertad para alterar el panorama político a lo largo de toda la frontera oriental del imperio, las tropas otomanas, en su avance, prestaron su apoyo a los regímenes separatistas de Azerbaiyán y Daguestán. Los propagandistas de Estambul anunciaron que la toma otomana de Bakú, en Azerbaiyán, en septiembre de 1918, era un momento de «gran importancia para todo el mundo turco y musulmán».[78] Pero el júbilo de los dirigentes del CUP se desvaneció pocos días después de la caída de Bakú. A finales de septiembre, Bulgaria se retiró de la guerra y presentó una petición de paz, lo que, en la práctica, supuso cortar el puente terrestre entre Estambul y Alemania. La toma británica de Damasco y el derrumbe absoluto del poder otomano en Siria, a principios de octubre, fueron la prueba definitiva de que la guerra

estaba perdida. En las semanas que siguieron, Enver y Talat dimitieron del consejo de ministros y propusieron la formación de un nuevo gobierno que fuera capaz de conseguir un armisticio. Cuando comenzaron las negociaciones entre los delegados otomanos y los Aliados, Enver y Talat, junto con otros Jóvenes Turcos de alto rango, ya estaban planificando su huida de la capital.

El 1 de noviembre, Talat pronunció un último discurso ante un congreso de miembros del CUP. Comenzó con un tono desafiante, asegurando que el gobierno era inocente de cualquier irregularidad que hubiera podido cometer durante la guerra. La decisión de entrar en el conflicto no la había tomado Estambul, sino que había sido consecuencia de las presiones alemanas y austriacas. La expulsión masiva de armenios estaba completamente justificada, dados los constantes ataques armenios –en su opinión– contra las líneas de suministro y movimientos de tropas imperiales. Reconocía que se habían cometido «maldades», pero no había sido «en absoluto algo premeditado». Sin embargo, las investigaciones sobre la posible maleficencia oficial tuvieron que esperar a que acabara la guerra. Los intentos por detener las crueldades contra los armenios, o por castigar a los responsables, habrían sido inapropiados, puesto que era «un periodo en el que la prioridad era conseguir hombres de donde fuera para enviarlos al frente». Ahora, todo aquello, concluyó, era irrelevante. La retirada de Bulgaria de la guerra y el desmoronamiento del frente sirio hizo inevitable la derrota del imperio. «Nuestras políticas –reconoció– han fracasado»; y por eso él y otros miembros del gabinete de guerra habían decidido abandonar la política.[79] Al acabar el congreso, los miembros del CUP votaron a favor de disolver el partido de manera definitiva. Esa misma noche, Talat y Enver, junto con otros altos cargos, partieron a bordo de una torpedera alemana rumbo al exilio. Lo que iba a suceder con el imperio, a la hora de la verdad, sería responsabilidad de otros.

2

«Una comedia de desconfianza mutua»: [1]

los aspectos políticos de la rendición

y la ocupación

Cuando al secretario de Estado estadounidense Robert Lansing se le encomendó la tarea de alcanzar una paz que estuviera en consonancia con los designios del presidente, su temor fue más que apreciable. El motivo de su inquietud era el concepto fundamental de «autodeterminación nacional». Alentar a las naciones colonizadas a buscar el reconocimiento y la independencia fue una de las prioridades de la agenda del presidente Woodrow Wilson en la conferencia de paz de Versalles. Para Wilson, la enemistad nacional que había llevado a Gavrilo Princip a asesinar al archiduque Francisco Fernando fue la cerilla que prendió fuego al continente en 1914. Para que Europa recuperara la normalidad, le parecía sensato resolver todas las «cuestiones nacionales» de Europa Central en la conferencia de 1919, eliminando de ese modo un motivo crucial de discordias e inestabilidad. Lansing, sin embargo, preveía unos resultados muy diferentes. Era inevitable, dijo en privado, que la autodeterminación nacional desencadenara una oleada de revueltas. «¿Qué efecto –reflexionaba– causará en los irlandeses, los indios, los egipcios y los bóeres nacionalistas? ¿Acaso no engendrará descontento, desorden y rebelión?». Estas y otras preguntas suscitaban una conclusión obvia y preocupante. La autodeterminación nacional era una frase «simplemente cargada de dinamita», una idea que acabaría con las esperanzas de la gente y costaría miles de vidas.[2]

Cuando se iniciaron las conversaciones en Versalles, los negociadores recibieron una avalancha de peticiones y consultas sobre la situación de los territorios que habían pertenecido a los bandos combatientes. Uno de los muchos lugares con privaciones era la zona de İzmir o Esmirna, el principal puerto otomano del Egeo. Grecia, que se unió tardíamente a los Aliados, tenía interés en la ciudad y la región

circundante. En el distrito, situado en el corazón de las antiguas tierras griegas de Jonia, vivían decenas de miles de cristianos ortodoxos. Para Atenas, la historia, la demografía y la crueldad de la que acusaban a los gobernantes otomanos requería que la región fuera concedida a Grecia. Los responsables del Ministerio de Asuntos Exteriores británico eran conscientes de ese deseo, pero les preocupaban las repercusiones. Antes de la primavera de 1919, algunos funcionarios de Whitehall buscaron otras alternativas sobre el asunto. Como parte de las diligencias que consideraban que debían realizar, decidieron averiguar cuáles eran los puntos de vista de los ciudadanos británicos que vivían en Esmirna.

A principios de marzo de 1919, los funcionarios encargados del proceso recibieron en Londres las cartas de dos ciudadanos que residían desde hacía tiempo en Esmirna. Erwin Hansen Freshfield valoraba la situación de la ciudad después de la guerra como uno de «los principales terratenientes privados ingleses». Como tal, tenía muchas dudas sobre la anexión de Esmirna a Grecia. Los problemas que acuciaban a la ciudad eran serios. La producción agrícola estaba estancada desde hacía muchos años, una situación que se vio agravada por la violencia y la pérdida de población durante la guerra. A su juicio, Esmirna necesitaba una administración más capaz y profesional para restablecer el orden y la actividad económica. Ni Grecia ni Italia –el otro país que aspiraba a quedarse con Esmirna– parecían tener esa capacidad. En opinión de Freshfield, lo que se necesitaba en toda la costa egea de Anatolia era una «administración especial» similar al protectorado británico de Egipto. Además, cualquier intento griego de anexionarse la campiña que rodeaba Esmirna dependía de la pacificación de la mayoría musulmana de la provincia. Pero ese problema podía mitigarse gracias a la despoblación. «Debería añadir –comentó– que la experiencia demuestra que, cuando los griegos entran y administran un país poblado de mahometanos [,] los mahometanos emigran».[3]

La segunda carta recibida a principios de marzo reforzaba estos argumentos con mayor detalle y convicción. El teniente Langdon Rees pertenecía a otra importante familia de comerciantes que vivía y trabajaba en Esmirna desde hacía tres generaciones. Rees, al igual que Erwin Freshfield, ensalzaba las posibilidades de riqueza de la ciudad. Esmirna y los distritos circundantes eran una de las mejores zonas del Imperio otomano: «el país del hombre blanco», según sus palabras. Reconocía que no era práctico ni probable que la ciudad y sus alrededores permanecieran en manos de Estambul. Todo apuntaba hacia la partición, algo posible debido a los años de mala administración otomana. Los planes de Grecia para la región eran

innegables, pero él advertía de que esa solución acabaría en desastre. Los musulmanes nunca aceptarían el poder de Atenas. El gobierno griego, con un Estado «sin la experiencia necesaria colonial», se enfrentaría a «continuos problemas y desórdenes en todo el país». Como Freshfield, Rees prefería el modelo administrativo egipcio. Una «potencia fuerte», ya fuera Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos o las tres juntas, sería la única solución capaz de garantizar un buen gobierno y un «juego limpio para todos». Según Rees, esos puntos de vista no eran sólo suyos, sino también de otros británicos y franceses expatriados en la ciudad.[4]

A la hora de la verdad, ninguna de estas opiniones influyó demasiado en la política británica. A pesar de los recelos generalizados dentro de su gobierno, el primer ministro David Lloyd George fue inflexible en su apoyo a las reivindicaciones de Grecia en Anatolia. Woodrow Wilson y el primer ministro francés, Georges Clemenceau, también tendían a simpatizar con Atenas y sus intereses en Esmirna. Sólo Italia, que ocupaba Rodas y otras islas del Egeo, se oponía a Grecia. Mientras los Aliados deliberaban, la situación de Esmirna y la provincia de Aydın siguió deteriorándose con rapidez. Las noticias sobre asesinatos aislados reforzaban los rumores de matanzas inminentes a las afueras de la ciudad. La escasez de alimentos y el regreso de los refugiados complicaban aún más la vida cotidiana. La peligrosa situación de Esmirna también era visible en otras partes del país. En enero de 1919, las tropas francesas y británicas habían rebasado la línea del armisticio y ocupado las ciudades de Adana, Antep y Marash. La llegada de miles de refugiados armenios, entre ellos muchos que volvían como soldados del ejército de ocupación francés, agravó las tensiones en la región. En la costa del mar Negro se palpaban inquietudes similares. Al enterarse de que había contingentes de tropas británicas acuartelados en puertos cruciales y activistas griegos que clamaban por la anexión, las comunidades del norte de Anatolia empezaron a prepararse para lo peor.

Quizá la mayor causa de inestabilidad era la incertidumbre que rodeaba al propio gobierno otomano. Con la firma del armisticio, en octubre de 1918, la política en la capital se sumió en el caos. La disolución del CUP y la huida de sus principales dirigentes dejaron un vacío en el núcleo del gobierno. La llegada del invierno a Estambul coincidió con la disputa por el poder entre numerosos aspirantes. De dicha rivalidad surgió una frágil coalición liderada en parte por el nuevo sultán, Mehmed VI Vahideddin. En medio de la avalancha de problemas que amenazaban el futuro del imperio, el sultán y sus partidarios centraron gran parte de su atención en lo que quedaba del CUP. Antes de primavera, se ordenó la detención de cientos de

Jóvenes Turcos –incluidos varios miembros destacados del gabinete de guerra–, acusados de corrupción y asesinato. Esta drástica ruptura en la clase política otomana tuvo repercusiones en lo que quedaba del imperio. En Anatolia, las discrepancias debidas a la guerra y a cómo la había gestionado el CUP dividían a las élites y las comunidades locales. Para muchos antiguos Jóvenes Turcos, el gobierno imperial era una amenaza tan grave para el futuro del país como la de cualquier potencia extranjera.

Sin embargo, en lo que pensaban muchos ciudadanos no era precisamente en la caída inmediata del imperio. Para la mayoría de la población otras preocupaciones, como el hambre, la delincuencia y los desplazamientos, eran más importantes que cuestiones más imprecisas sobre el futuro del país. Estas tensiones, entre otras, hicieron que el invierno de 1918-1919 fuera una época tremendamente dura.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ: EL IMPERIO OTOMANO

A LA SOMBRA DE VERSALLES

Eleftherios Venizelos era un hombre que no solía causar una impresión de aburrido. Durante la Conferencia de Paz de París tenía cincuenta y cinco años, es decir, era más joven que Woodrow Wilson, Georges Clemenceau y David Lloyd George. Sin embargo, la historia de su vida, que él contaba con entusiasmo, era seguramente mucho más enriquecedora y extraordinaria que la de cualquier otro gran estadista presente en Versalles. Había nacido en la isla de Creta, entonces una provincia cada vez más agitada del Imperio otomano. Su nombre, Eleftherios (que significa «hombre libre» en griego), reflejaba su pedigrí como descendiente de rebeldes. Su abuelo y su padre se enorgullecían de ser revolucionarios al servicio de la independencia griega. Después de estudiar Derecho en Atenas, sus ambiciones políticas le hicieron regresar a Creta, donde, en 1897, ayudó a dirigir una insurrección contra los otomanos. Su reputación de ferviente nacionalista y defensor de las reformas acabó por catapultarle a las alturas del reino griego. Tras su elección como primer ministro en 1910, Venizelos supervisó la participación del país en las guerras balcánicas, que culminaron con la adquisición de gran parte de la Macedonia otomana. Cuando estalló la Gran Guerra, en 1914, defendió la entrada de Grecia en el lado de la Entente, pese a la política inicial de neutralidad del país. En su opinión, la utilidad de esta alianza era evidente: una victoria aliada le permitiría quedarse con más tierras otomanas. Una Grecia más extensa y poderosa acabaría siendo un Estado dominante en el Mediterráneo. Sin embargo, los conservadores, empezando por el monarca reinante, el rey Constantino, se opusieron a Venizelos, lo que condujo a la disolución del gobierno griego en 1915. Sin desanimarse y con el apoyo de Gran Bretaña y Francia, Venizelos logró recuperar el poder encabezando las facciones nacionalistas del ejército griego. En el verano de 1917, sus aliados en el ejército se hicieron con el control absoluto del país y obligaron a Constantino a abdicar en favor de su hijo, Alejandro. La intervención posterior de Grecia en la guerra y la victoria aliada en 1918 disiparon cualquier duda que pudiera haber en cuanto al peso y la influencia de Venizelos. Después de llegar a París, se deleitaba entreteniendo a los demás asistentes a la conferencia con la historia de su inimaginable ascenso al poder. Los invitados se asombraban de cómo había

aprendido inglés leyendo The Times mientras se escondía de las tropas otomanas en las llanuras de Creta. Disfrutaba sin reservas de su capacidad para recitar versos de Homero o explicando sus impresiones de otros líderes de los Balcanes. En general, Venizelos, comentó un diplomático británico, «presenta una extraña mezcla de encanto, bandolerismo, Weltpolitik, patriotismo, coraje y literatura», envuelto en «un hombre grande, musculoso y sonriente».[5]

Con los vencedores de la Gran Guerra reunidos en París, Venizelos utilizó su carisma y su nuevo estatus para avanzar en sus aspiraciones de convertir Grecia en una potencia regional. La primera oportunidad oficial de exponer sus argumentos ante la conferencia llegó a principios de febrero de 1919. Armado de un detallado memorándum en el que esbozaba los intereses de su gobierno, Venizelos expuso una ambiciosa visión de lo que, a su juicio, eran reclamaciones justas de Grecia a propósito del territorio otomano. Las estadísticas de población, dijo, eran el criterio más fiable para modificar las fronteras del imperio. En la Tracia y la Anatolia otomanas vivían más de 2,5 millones de griegos. Aunque no siempre formaban claras mayorías (como en Constantinopla), todos y cada uno de los enclaves habitados por cristianos ortodoxos griegos eran una evidencia de que tenían un derecho natural. Había algunos lugares, reconoció Venizelos, en los que Atenas estaba dispuesta a renunciar a ciertas reivindicaciones concretas. Trebisonda, el mayor puerto de Anatolia en el mar Negro, y Adana, en el sur, parecían más merecedores de un Estado armenio (a pesar de la presencia de decenas de miles de griegos, alegó, en ambos distritos). Esmirna y el resto del interior hacia el Egeo eran otro asunto. Las estadísticas, aseguró, demostraban una clara mayoría griega en toda la periferia occidental de Anatolia. Esta realidad, junto con los horrores de los años de guerra, hizo que cualquier retorno al antiguo statu quo fuera impensable. «Después de la trágica experiencia de todo un siglo –declaró Venizelos–, es imposible confiar el futuro de las poblaciones cristianas del Imperio otomano a nuevos intentos de reforma». No importaban las promesas que pudiera hacer Estambul de recuperación o buen gobierno; la historia, aseguraba, tendía a repetirse. Mantener la soberanía otomana en Tracia y Anatolia occidental acabaría inevitablemente en «una gran masacre de los cristianos que pretendieran beneficiarse» de cualquier cambio en la ley imperial.[6]

Venizelos presentó su reclamación de territorios otomanos sabiendo que los griegos no eran los únicos que exigían compensaciones. Al empezar la Conferencia de Paz de París, todos sabían que cualquier acuerdo relativo a Estambul debería abordar los intereses armenios. Mucho antes de cualquier armisticio, el sufrimiento de los armenios estaba ya muy presente en la conciencia de los observadores europeos y norteamericanos. Los armenios, conscientes de que contaban con las

simpatías de los Aliados, enviaron a dos representantes a París para apelar a un llamamiento general tanto en nombre de la República de Armenia como de la diáspora. Al igual que Venizelos, la delegación armenia invocó tanto el pasado como la razón para presentar sus propias reivindicaciones ante la conferencia. «La historia de Armenia –afirmaron– está colmada de continuas batallas, obstinadas y desiguales por defender su individualidad, su cultura y su fe contra enemigos poderosos y razas que la atacaban por todas partes».[7] La liberación de lo que llamaban «un yugo extranjero» se había conseguido sólo a medias al acabar la guerra. La instauración de la República de Armenia tras la Revolución rusa creó un Estado que no ocupaba más que una parte de las tierras históricamente habitadas por mayorías armenias. La delegación, provista de sus propios mapas y sus estadísticas de población, presentó una visión audaz de un gran Estado armenio que ocuparía gran parte de Anatolia oriental y central. Si bien admitían que en gran parte de este territorio también vivían turcos y kurdos, la delegación afirmó que las mayorías armenias habían estado siempre en la región hasta las deportaciones de 1915. La concesión de estas tierras a los armenios –argumentaron– no bastaría sólo para redimir a un pueblo sometido y maltratado durante mucho tiempo. Liberar sus tierras ancestrales del dominio otomano permitiría que, por fin, floreciera una nación cristiana trabajadora y dinámica. «Ha llegado el momento –concluyeron los representantes– de que los armenios tengan la oportunidad de poner su talento y sus capacidades a disposición de su propio país».[8]

También estuvo presente en París el emir Faisal, el líder árabe. Faisal era comandante en jefe de las fuerzas rebeldes árabes en el Levante y, por consiguiente, no acudió a Francia como enviado oficial de ningún Estado. Sin embargo, como invitado de Gran Bretaña, hizo todo lo posible por presentar una imagen de estadista y de rey. Ataviado con una vaporosa túnica de seda, fue, como dijo uno de los participantes, «una de las figuras pintorescas» de la conferencia.[9] A diferencia de los representantes de los intereses griegos y armenios, Faisal no tuvo necesidad de decir ante los negociadores nada en contra de que se restituyera el poder otomano; la conquista británica de Mesopotamia y el Levante garantizaba casi por completo el fin del dominio de Estambul sobre las tierras árabes. Faisal acudió a Versalles como jefe de un posible gobierno, con sede en Damasco, con la esperanza de asegurar algún tipo de Estado para los árabes. Según Faisal, para validar el deseo de independencia de su pueblo no hacían falta datos censales. Afirmaba que todos los territorios otomanos al sur de Anatolia eran de raza y cultura árabes. E, igual que los armenios y los griegos, los árabes también podían alegar la opresión sufrida bajo el

gobierno otomano. Conceder la independencia a una nación árabe unificada no sólo respetaría el principio de autodeterminación, sino que también supondría el reconocimiento de «nuestro espléndido pasado –dijo– y la tenacidad con la que nuestra raza ha resistido durante seiscientos años a los intentos turcos de absorbernos…». No obstante, Faisal estaba dispuesto a conceder cierto grado de poder extranjero en Palestina. En agradecimiento por el apoyo británico a que se estableciera allí una patria judía, se mostró dispuesto a aceptar «el supercargo real de un gran fideicomisario» para garantizar una administración que fuera justa para árabes y judíos. «Los judíos y los árabes están muy unidos por sangre –aseguró a las potencias aliadas– y no hay conflicto de caracteres entre las dos razas. En cuestión de principios estamos en absoluta armonía».[10]

Faisal presentó su solicitud al consejo supremo de los vencedores, consciente de que su posición probablemente era endeble. Aunque había encabezado una revuelta en nombre de todos los árabes otomanos, no suscitaba la admiración ni la lealtad entre los ciudadanos del Levante y Mesopotamia. Terminada la guerra, la opinión de los líderes provinciales de Beirut, Alepo, Bagdad y Jerusalén variaron con respecto al futuro. La relación de Faisal con las autoridades de ocupación británicas y francesas suponía un obstáculo especialmente desalentador. El mero hecho de que apareciera en París fue una medida de negociación política a la desesperada. Durante gran parte del invierno, Francia se había resistido a los intentos británicos de invitar a Faisal como representante oficial. A pesar de sus orgullosas afirmaciones antes de la conferencia, él era consciente de que probablemente acabaría siendo vasallo de algún imperio. Las provincias otomanas de Siria y Líbano habían sido, durante mucho tiempo, el blanco de las ambiciones imperiales de Francia. A pesar del papel relativamente limitado de los franceses en la campaña de los Aliados para tomar el Levante, celebraron enérgicamente la victoria de 1918 como una reivindicación de sus intereses en el Mediterráneo oriental. También era improbable que los británicos concedieran a Faisal una verdadera independencia. A pesar del apoyo de T. E. Lawrence (cuyas hazañas en Arabia le hicieron famoso), Lloyd George y su gabinete se habían comprometido también a conservar los intereses británicos en Palestina e Irak. Woodrow Wilson se mostró dispuesto a escuchar, pero no parecía probable que Estados Unidos asumiera el papel de único garante de un reino árabe unido.

El dilema sobre Faisal era un buen ejemplo de los problemas políticos de Versalles en general. En principio, se consideraba que resolver las «cuestiones nacionales» y sellar la paz entre las potencias en conflicto eran dos tareas inseparables. Antes de la primavera de 1919, París

acogió a delegaciones de todo el mundo que llegaban dispuestas a reclamar sus derechos soberanos. China y Checoslovaquia enviaron representantes a Versalles con la esperanza de obtener el reconocimiento nacional y territorial. Otros gobiernos, como los de Albania e Irán, no consiguieron una audiencia oficial. El emir Faisal era uno de los pocos asistentes que no representaban a ningún Estado. A muchos otros, como los solicitantes llegados de Irlanda, Túnez y la Indochina francesa, no los tuvieron demasiado en cuenta al inicio de las conversaciones. De los que confiaban en ellas, eran pocos los que se hacían ilusiones sobre la dinámica principal por la que se regía el proceso. Lo más probable era que los intereses imperiales de los vencedores de la guerra, en especial Gran Bretaña y Francia, acabaran decidiendo los términos definitivos de cualquier acuerdo. La potencia más dispuesta a escuchar las peticiones de los pueblos colonizados era Estados Unidos. Meses antes de que comenzaran las conversaciones, la insistencia de Wilson en la autodeterminación había obligado a Londres y París a contener algunas de sus aspiraciones territoriales. En lugar de considerar las tierras imperiales alemanas y otomanas como un botín y repartírselas, los vencedores acordaron actuar como fideicomisarios de unos Estados «mandatarios» a los que, con el tiempo, se otorgaría la independencia. En el caso de los pueblos del Imperio otomano, muchos preveían que gran parte de las tierras del sultán, si no todas, se transformarían en mandatos bajo la tutela de una u otra potencia. El principal reto al que se enfrentaban en Versalles era que las potencias firmaran ese acuerdo.

Gran Bretaña, al ser el Estado que más había contribuido a lograr la rendición de Estambul, estaba en una situación especialmente ventajosa a la hora de redibujar el mapa otomano. La mera presencia de miles de tropas desplegadas por toda la región parecía garantizar la creación de mandatos a la medida de los intereses de Londres. En la primavera de 1919, los oficiales británicos ya ejercían una influencia considerable en la formación de las administraciones locales de Basora, Bagdad y Jerusalén. El patrocinio británico permitió a Sharif Hussein afirmar que era el verdadero rey de Arabia occidental. No obstante, no había que menospreciar la fuerza de Francia. A lo largo de toda la guerra, París insistió en ocupar territorios del interior de la costa levantina. Además de los territorios de la Gran Siria, los intereses franceses abarcaban también Cilicia, al norte de la línea de armisticio original, dentro de lo que todavía era reconocido como territorio soberano otomano. Estas reivindicaciones chocaban con el respaldo británico al Estado árabe de Faisal y a una patria judía en Palestina.

Luego estaban las caprichosas exigencias de Estados Unidos. Woodrow

Wilson entró en la Gran Guerra sin declarar jamás abiertamente las hostilidades contra el Imperio otomano. Pese a que la opinión pública estadounidense más bien se compadecía de la difícil situación de los cristianos otomanos, muchos miembros del gobierno de Wilson creían que librar una campaña más allá del frente occidental era demasiado peligroso («seguramente, si Armenia estuviera tan cerca de nosotros como Cuba –reconoció un funcionario–, habríamos luchado contra Turquía como lo hicimos contra España»).[11] En Versalles, la actitud del presidente estadounidense sobre los asuntos otomanos fue poco clara. Aunque había prometido su apoyo a «la oportunidad sin ambages de un desarrollo autónomo» para todos los ciudadanos otomanos, se mostró ambivalente desde el principio respecto a los planes de ocupación británicos y franceses. Aborrecía los tratados secretos firmados por las autoridades británicas y francesas durante la guerra. Mientras Clemenceau y Lloyd George se enfrentaban por sus respectivas reivindicaciones en el Levante, Wilson sugirió a los Aliados que enviaran una comisión especial para conocer la opinión de los pueblos de la región. Clemenceau aceptó la misión siempre que se extendiera a Palestina e Irak, zonas reclamadas por Gran Bretaña. Lloyd George consintió a regañadientes, pero advirtió que la investigación podría generar problemas. Era posible, advirtió, que una investigación de ese tipo llevara a conclusiones falsas, porque «los pueblos orientales son desconfiados y no se abren con facilidad a los recién llegados».[12] Al final, la comisión, formada esa primavera, no incluyó a ningún británico ni francés, lo que hizo prácticamente inevitable su fracaso.

Sin embargo, había asuntos en los que Clemenceau, Wilson y Lloyd George sí estaban muy de acuerdo a la hora de resolver las cuestiones relacionadas con los otomanos. El presidente estadounidense creía que el Imperio otomano, como otros miembros de las Potencias Centrales, era una extensión de la malevolencia alemana. La interpretación de Francia y Gran Bretaña, como cabía esperar, era que la guerra había eliminado a un serio rival en la disputa por tener influencia en Oriente Medio y otras regiones. Con la retirada de las tropas alemanas del territorio otomano y las duras sanciones impuestas a Berlín en Versalles, Londres y París vieron abrirse una serie de oportunidades de expansión e influencia. Antes de que acabara la guerra, los británicos ya habían enviado tropas al Cáucaso e Irán para detener la presunta tentativa alemana de apoderarse de los yacimientos petrolíferos de la región. Aunque Alemania retiró a varios miles de soldados de la recién proclamada República de Georgia, las fuerzas británicas permanecieron en la región después del armisticio. Con la posibilidad de adueñarse de Siria, París se dispuso a ampliar la intervención de

Francia en el desarrollo de las redes ferroviarias en Oriente Medio, una ambición que había topado durante mucho tiempo con el obstáculo del Ferrocarril de Bagdad, financiado por Alemania.

Una causa más inmediata de preocupación común era la Rusia soviética. La indignación por la decisión de Moscú de retirarse de la guerra en marzo de 1918 y el miedo generalizado al comunismo no se habían disipado cuando se firmó el armisticio. Ese verano, tanto Gran Bretaña como Francia habían enviado pequeñas patrullas militares para ocupar puertos cruciales del antiguo Imperio ruso. A punto de celebrarse la conferencia de paz, se sumaron a la intervención otros Aliados; y, antes de que terminara la guerra, Japón y Estados Unidos desplegaron tropas en Siberia con la esperanza de sitiar a las fuerzas soviéticas. Las conversaciones de Versalles se iniciaron sin la presencia de representantes soviéticos. Aunque Moscú acusó al proceso de ser una farsa imperialista, la opinión generalizada era que no se podría alcanzar una paz duradera sin la conformidad de los soviéticos. Una de las principales reservas era la seguridad futura de Polonia y otros estados de Europa del Este. El levantamiento comunista en Alemania en el invierno de 1918-1919, seguido de una revolución en Hungría en marzo, hizo que la posibilidad de una oleada bolchevique en toda Europa fuera más que probable.

Para Gran Bretaña, además, Rusia proyectaba una gran sombra sobre sus intereses imperiales en Asia. Antes del armisticio, las tropas británicas se vieron envueltas en una confusa serie de conflictos en el Cáucaso y Asia Central. En el norte de Irán, una pequeña fuerza de regulares británicos y coloniales apoyó a una variopinta alianza de insurgentes «blancos» contra los nacionalistas probolcheviques. La situación parecía más grave hacia el este, entre la costa del mar Caspio y Afganistán. Allí, tropas británicas e indias trataban de contener lo que muchos creían que era el comienzo de una ofensiva bolchevique hacia el sur. En la primavera de 1919, la tenue línea defensiva empezó a ceder. En el Cáucaso, las fuerzas británicas abandonaron sus posiciones, salvo una guarnición aislada en Batum, el puerto en disputa de la frontera entre Georgia y el Imperio otomano. En Afganistán, los observadores británicos sospechaban que Rusia tenía algo que ver con el ascenso de las fuerzas independentistas bajo el mando del líder pastún, Amanulá Khan. El peor de estos temores se hizo realidad en mayo de 1919, tras el brutal asalto afgano a posiciones británicas a lo largo de toda la frontera india. También Irán parecía correr peligro, por las que un alto funcionario sospechaba, desde hacía tiempo, que serían «hordas de triunfantes bolcheviques».[13] Londres recobró el optimismo tras firmar nuevas condiciones con Teherán en el verano de 1919, un acuerdo que, en la práctica,

convertía Persia en un protectorado británico. Pero la amenaza de la influencia soviética en Oriente Medio seguía al acecho.

En Londres y las colonias británicas, muchos pensaban que el comunismo era un presagio de algo mucho peor. La Revolución de 1917, en definitiva, había sido un llamamiento mundial a la unidad entre los oprimidos, para derrocar el poder y la hegemonía de los imperios europeos. Fuera de Rusia, la toma del poder por parte de los bolcheviques resonó como una causa vinculada, desde hacía mucho tiempo, al Imperio otomano. Desde mediados del siglo XIX, los activistas de todo el mundo colonial habían apelado a los musulmanes de todos los países a unirse en defensa de su religión y su independencia. Para muchos funcionarios británicos y franceses, las repercusiones de este movimiento eran tan claras como nefastas; ni en Asia, ni en África, ni en los territorios imperiales entre ambas, podía darse por sentada la lealtad de los súbditos coloniales musulmanes. Fue precisamente este miedo lo que provocó que la entrada de Estambul en la Gran Guerra pareciera especialmente amenazadora. Cuando el sultán Mehmed V proclamó una yihad mundial contra los miembros de la Entente, Londres y París hicieron todo lo posible para prevenir cualquier señal de descontento o revuelta musulmana dentro de sus imperios. En el Marruecos francés, las autoridades se resistían a enviar tropas locales al frente occidental por temor a «que se produjera una revuelta generalizada en nuestro territorio, en todos los rincones…».[14] El temor a perder el apoyo de los musulmanes indios, sobre todo el de los reclutas que luchaban contra los otomanos, fue uno de los principales factores que llevaron a las autoridades británicas a cultivar una relación con el emir Faisal y su padre Hussein. Algunos sectores pensaron, desde el principio, que esa injerencia albergaba riesgos políticos. Los críticos advirtieron que la decisión de la Gran Bretaña imperial de apoyar la revuelta árabe debilitaba fundamentalmente la legitimidad del movimiento (al fin y al cabo, como señaló un detractor indio, los señores de La Meca y Medina «no eran lo bastante fuertes como para resistir sin apoyo extranjero y, por lo tanto, no podían desempeñar el papel de un rey islámico»).[15] Lo irónico de este asunto es que durante la guerra hubo pocos indicios de que se obedeciera a la yihad que había proclamado el sultán. Sin embargo, mientras los negociadores trabajaban en Versalles, en Londres y París persistían las dudas sobre la lealtad de los musulmanes británicos y franceses.

Todos estos peligros ensombrecían el panorama mientras los Aliados reflexionaban sobre la ocupación de Estambul y lo que quedaba de territorio otomano en Anatolia. Según los términos del armisticio firmado a finales de octubre, la Entente se reservaba el derecho a

ocupar lugares de importancia estratégica por el bien de la seguridad pública. Esta concesión pronto se convirtió en una licencia que los Aliados utilizaron a discreción. Ya en diciembre, las tropas británicas y francesas tomaron diversas ciudades al norte de la línea de armisticio, entre ellas Adana, Mersin, Antep y Mosul. Tras apoderarse de varios fuertes siguiendo los Dardanelos, una flota aliada entró en el mar de Mármara y fondeó frente al Cuerno de Oro de Estambul. Los comandantes que supervisaban el desembarco de las tropas británicas y francesas en la capital no trataron inmediatamente de usurpar la autoridad de los oficiales otomanos. Todos estaban de acuerdo en que el control de la ciudad era un asunto cargado de consideraciones políticas, culturales y geoestratégicas. Ahora bien, eso no les impidió expresar en privado su desdén por sus anfitriones. «No hay duda de que los estrechos se abrirán –escribió un funcionario consular británico en diciembre–, y podría soportar ver la ciudad bajo casi cualquier gobierno que usted pueda mencionar, salvo el turco, porque la verdad es que no están capacitados ni para administrar una pocilga».[16]

Había poca armonía entre los líderes aliados enviados a Estambul. Las tropas que se instalaron en la capital otomana llegaron acompañadas de un grupo inmenso e inmanejable de funcionarios británicos, italianos, estadounidenses y franceses. A medida que la política regional se volvía más compleja, era más difícil saber quién de los Aliados estaba al mando y cómo debía desarrollarse la ocupación. Por ejemplo, la guarnición británica de Estambul estaba bajo el mando del Ejército de Oriente francés, encabezado por el general Franchet D'Espèrey. Dado que el general repartía su tiempo entre los asuntos de la ciudad y los preparativos de una invasión francesa de Ucrania, su liderazgo constituyó una fuente de irritación entre los representantes británicos. Pero más desconcertante era saber qué pasaría con Estambul una vez que se alcanzara un acuerdo definitivo. Había un aspecto que Gran Bretaña tenía decidido: ni los Dardanelos ni el Bósforo volverían a manos otomanas. Pero la administración de los Estrechos Turcos era una cuestión más compleja. En Versalles, las potencias acordaron que lo más adecuado sería que los dos estrechos los supervisara un régimen internacional. Ahora bien, establecer unas fronteras terrestres de esa entidad era complicado. Al presentar su solicitud ante la conferencia de paz, Venizelos había exigido prácticamente toda la Tracia otomana, hasta los límites de la ciudad de Estambul, así como algunas partes de la costa sur del mar de Mármara. Si se aceptaban estas adjudicaciones, los estrechos quedarían en manos griegas.

Venizelos, por su parte, hizo todo lo posible para minimizar dichas

aspiraciones. Para determinar el futuro de Estambul había que tener en cuenta «los grandes intereses internacionales». Y, por supuesto, añadió, cualquier régimen internacional que se impusiera en la ciudad debía incluir «una región suficiente en el interior» capaz de garantizar la libertad de todo el tráfico marítimo.[17] Mucho más contundente fue con las reivindicaciones griegas en el Egeo. Desde el principio de la conferencia, Venizelos presionó incansablemente a las potencias aliadas e hizo hincapié en los derechos naturales y beneficios que se derivarían en el caso de que Grecia se quedase con Esmirna. Su confianza fue mayor gracias al respaldo de Lloyd George. En plena Gran Guerra, el primer ministro británico había caído bajo el hechizo de Venizelos. Estaba convencido de que una Grecia más grande y aliada de Gran Bretaña garantizaría la seguridad de los intereses de Londres en el Mediterráneo oriental. Arrebatar el Egeo y Tracia a Estambul apelaba a sus sensibilidades básicas. Los otomanos, decía, habían sido una fuente de «distracción, intrigas y corrupción en la política europea» a lo largo de casi quinientos años.[18] No todos los miembros de su gabinete ni del gobierno británico estaban de acuerdo. Además de preguntarse sobre la capacidad de Grecia para defender un posible territorio en Anatolia, albergaban serias dudas acerca de la legitimidad de las ambiciones de Venizelos. Los informes diplomáticos y de los servicios de inteligencia, así como las cartas de los residentes británicos en Esmirna, ponían en duda los datos estadísticos que el primer ministro griego presentó en Versalles. Más preocupante fue aún la posible repercusión que las acciones de Grecia pudieran tener en la opinión pública musulmana dentro del Imperio británico. El ministro de Asuntos Exteriores, lord Curzon, un hombre que encarnaba el compromiso de Britania con el imperio, pensaba que la anexión de Esmirna sería necesariamente un desastre. Y los representantes de la Oficina de la India en Londres estaban de acuerdo. La idea de unos soldados griegos tratando con prepotencia a civiles musulmanes, por no hablar de cualquier desafío a la soberanía otomana en Estambul, alimentaría la inquietud de los musulmanes británicos sobre el futuro del califa y su dinastía real. Sin embargo, los diplomáticos británicos en Versalles minimizaron tales preocupaciones. «Nuestra gente de la Oficina de la India está demasiado nerviosa por el Califato –escribió un negociador en su diario–. No creo que a nuestros indios musulmanes les preocupe lo más mínimo el Califato. Lo que les gusta es poder presionar al gobierno británico en nombre del soldado del islam».[19]

Hasta el 1 de junio de 1919 no se invitó oficialmente al Imperio otomano a presentar sus argumentos ante la conferencia de paz. Cuando, por fin, se concedió a los representantes audiencia en

Versalles, estos rogaron comprensión a los principales jefes de Estado. Todos los errores derivados de la guerra, sostuvo la delegación, podían achacarse al Comité de Unión y Progreso. Era innegable que el régimen de los Jóvenes Turcos había matado a muchos cristianos (también habían muerto cerca de tres millones de musulmanes, añadieron, asesinados por orden del CUP). Pero era injusto juzgar al imperio por semejante vergüenza. «Sería mejor juzgar a la nación otomana –alegaron– por su larga historia y no por un único periodo que arroja la imagen más desfavorable de ella».[20] Después de excusar a la delegación y una vez que hubo abandonado la sala, Wilson y Lloyd George indicaron que la presentación les había parecido despreciable tanto por su tono como por el contenido. Las afirmaciones otomanas de inocencia eran ridículas, espetó Wilson. «No hemos permitido ese tipo de discusiones respecto a Alemania».[21]

La delegación otomana, según sus miembros, comprendió que había poco margen de error a la hora de pedir clemencia a los Aliados. «Esta es nuestra única oportunidad –dijo un representante al sultán–; no perdamos esto también».[22] Pese a todo, cuando los representantes de Estambul llegaron a París, los soldados griegos ya se habían apoderado de Esmirna, lo que desencadenó encarnizados combates en el interior de la costa del Egeo. Mientras tanto, en la capital otomana continuaba otro tipo de lucha. En los seis meses que siguieron al armisticio, en gran parte de la administración imperial siguió reinando el caos. En lugar de enfrentarse a la dura realidad de llegar a un acuerdo con los Aliados, fueron muchos los que en Estambul miraron hacia dentro.

RESTAURACIÓN Y VENGANZA: LA CRISIS

DE LIDERAZGO DE ESTAMBUL

El hombre encargado de supervisar la rendición del gobierno otomano a los Aliados poseía una hoja de servicios ejemplar. Durante casi treinta y cinco años, Ahmet İzzet Pashá se había distinguido en el campo de batalla y como ministro de Estado. Su compromiso con el imperio, según explicó más tarde, se había impuesto, en muchas ocasiones, a expensas de su conciencia. Durante el reinado de Abdülhamid II, compartió la consternación de muchos oficiales que sirvieron con lealtad pese a la mala gestión del sultán en los asuntos de Estado. Su fe en el CUP también se puso a prueba en los años posteriores a la revolución de 1908. Sus tácticas políticas le parecían manipuladoras y sin escrúpulos. Su ideología, en particular las ideas procedentes del Hogar Turco, también era demasiado divisiva para su gusto (por no mencionar el hecho de que los principales dirigentes del Hogar eran hombres que «no conocían su ascendencia ni su nacionalidad»).[23] İzzet se oponía a participar en la Gran Guerra, pero combatió en el frente de Anatolia oriental. Los estragos de la contienda, dentro y fuera del campo de batalla, le parecieron deplorables. Si bien consideraba que la expulsión masiva de armenios era desafortunada pero necesaria, desaprobaba la brutalidad con que los Jóvenes Turcos administraban las provincias árabes. «A la gente –alegó posteriormente– no se la puede tratar como si fuera hierba o guijarros».[24] Aun así, permaneció en combate hasta el último año de la guerra. Entonces, de pronto, intervino el destino.

En el verano de 1918, el sultán Mehmed V cayó enfermo. El lento deterioro de su salud fue, en muchos sentidos, un reflejo paralelo de la decadencia de su familia. Como muchos residentes de la capital en tiempos de guerra, los sirvientes de palacio tenían dificultades para encontrar alimentos de primera necesidad como el arroz. La situación llegó a ser tan desesperada que Enver Pascha, que antes de la guerra se había casado con una mujer de la familia real, requisó alimentos que iban destinados al frente en nombre del sultán. Entre las espantosas pérdidas de hombres y tierras, el palacio sufrió un terrible golpe en 1916 cuando murió Yusuf İzzeddin, el príncipe heredero.

İzzeddin sufría desde hacía tiempo de ansiedad y depresión, lo que a menudo había tenido en vilo a toda la familia real. «Todos éramos conscientes de que estábamos con un hombre enfermo –recordaba uno de los asistentes–, hasta el criado que volvía con el café y los zumos de fruta y que reparó en que los había rechazado por temor a que lo envenenaran».[25] Cuando el príncipe heredero se suicidó, en febrero de 1916, Mehmed Vahideddin, de cincuenta y cinco años y hermano de Reşad, se convirtió en el heredero al trono. Según algunos, Mehmed llevaba mucho tiempo soñando con ocupar su lugar en la línea sucesoria. Se había enfrentado muchas veces a su primo Yusuf y, según se sabe, había instado al sultán en privado para que incapacitara al príncipe como heredero debido a su demencia.

La historia ha hecho difícil contar con un relato íntimo de la vida de Mehmed. A pesar de haber sido el último sultán reinante del imperio, no se saben demasiadas cosas de él a ciencia cierta. Nació en 1861, el más joven de los cuarenta y dos hijos del sultán Abdülmecid I.[26] Quedó huérfano de niño y fue, en gran parte, autodidacta. Muchas fuentes de la época, cuando relatan su ascensión al trono, tienden a enfatizar precisamente las cualidades que acabaron provocando su caída. Para sus detractores era inequívocamente conspirador y desconfiado y una persona carente de astucia y fortaleza. Mustafá Kemal Atatürk se jactaba de que una vez, cuando era ayudante de campo de Mehmed, tuvo que recordarle que saludase a la multitud de curiosos que estaban viendo pasar en tren al entonces príncipe heredero. En lugar de resistirse o reprender al joven oficial por su insolencia, Vahideddin obedeció tímidamente. Una de las acusaciones que más daño causaron a Mehmed VI fue su aprecio por Gran Bretaña. Hasta cierto punto, así lo confirman los registros históricos. «Mi querido padre Abdülmecid –se le atribuye que dijo– tenía vínculos de amistad con Francia e Inglaterra. Yo siempre he amado Inglaterra… La noble nación y el gobierno ingleses, colmados de sentimientos de humanidad y justicia, nos ayudarán a conseguir nuestros derechos».[27] Existen indicios de que, en sus momentos más íntimos, no se dejaba convencer tan fácilmente por Gran Bretaña ni por ninguna otra potencia extranjera. «La mentalidad de los extranjeros –dijo en más de una ocasión– no nos conviene». [28]

Pese a que no conocemos bien el verdadero carácter de Mehmed VI, todos los testimonios dan fe de su enemistad personal con el CUP. Su desdén por los Jóvenes Turcos lo cultivó cuando era príncipe, mucho antes del fallecimiento del primer heredero elegido por Reşad, Yusuf İzzeddin. Su principal temor, como recordaba un asistente, «era el peligro de que lo destituyeran del puesto de segundo veliahd –es decir, el sucesor del heredero natural–. Él era consciente de cuánto lo detestaba el CUP, que

tenía todo el poder».[29] Con su coronación como sultán y califa en el verano de 1918, la guerra le ofreció la oportunidad de hacer valer sus derechos imperiales. La decisión de Bulgaria de pedir la paz en septiembre de 1918 colocó al gobierno de los Jóvenes Turcos en una posición imposible. Con la dimisión de Talat Pashá, gran visir en funciones, la responsabilidad para aprobar un nuevo gabinete recayó en Vahideddin. Los intentos por encontrar un sustituto para Talat y sus ministros comportaron, al principio, rencillas y desacuerdos. Fue entonces cuando Ahmet İzzet compareció ante el sultán para abordar la formación de un nuevo gobierno. El general creyó que tenía la oportunidad de hacer saber su opinión y denigró sin reservas a Talat y todo el CUP. Desde que los Jóvenes Turcos se habían hecho con el poder en 1908, declaró, «la antigua fuerza del sultanato se ha perdido». Durante toda la guerra, la dinastía otomana había servido a los intereses de Enver y Talat y había quedado reducida a un mero símbolo de «la fuerza espiritual del sultanato». İzzet instó a su soberano a aprovechar la ocasión y formar un gobierno que garantizara los «derechos legítimos» de la dinastía y restableciera la justicia en la nación.[30] Conmovido por estas palabras, Vahideddin abrazó al general como su gran visir preferido. Ahmet İzzet asumió sus nuevas responsabilidades con entusiasmo y formó un gabinete de funcionarios que, o bien nunca se habían unido a los Jóvenes Turcos o bien estaban muy desvinculados de la gestión del partido en tiempos de guerra. Según recordaba él después, también ofreció dos puestos a dos respetados burócratas de origen armenio y griego. Ambos se negaron por razones que nunca se revelaron del todo, lo que hizo sospechar a İzzet que, como cristianos, estaban desengañados del Estado otomano.

Mientras Ahmet İzzet se esforzaba por firmar una tregua con los Aliados, los máximos dirigentes del CUP velaban por su propia seguridad. Tenían la sospecha de que cualquier acuerdo de paz con la Entente exigiría las detenciones de Talat, Enver y otros. Ya en mayo de 1915, Gran Bretaña, Rusia y Francia prometieron «pedir responsabilidades a todos los miembros del gobierno otomano» por lo que llamaban crímenes contra «la humanidad y la civilización».[31] Cuando se preguntó a Ahmet İzzet si accedería a esa petición, su respuesta fue poco tranquilizadora. «Mientras esté en el gabinete –le dijo a Talat Pashá–, nunca te entregaré al enemigo. Pero ¿quién sabe cuánto tiempo permaneceré en el gabinete?»[32] Ese fue el motivo de que Talat y otros dirigentes del CUP decidieran huir del país tras el armisticio. En ausencia de los líderes, lo que quedaba del partido prefirió, en cualquier caso, olvidarse del apodo de Jóvenes Turcos. Días después de que Talat y Enver huyeran, el CUP se disolvió para reorganizarse con un nuevo nombre, Partido de la Renovación (o Renacimiento) (Teceddüd Fırkası). Los estatutos fundacionales del

partido dejaban claro que sus miembros actuales rechazaban sus raíces «unionistas» o de los Jóvenes Turcos. Con el nombre de «Renovación –declaraban–, [el partido] presenta un programa más liberal. En ese sentido, esto es una revolución. Quiere renovar sus estructuras y transformarse en "Renovación"».[33] Tales afirmaciones, así como las promesas de vetar a los que habían trabajado en el gobierno durante la guerra, no lograron convencer a nadie de que las intenciones del partido eran sinceras. En opinión de la prensa, los observadores extranjeros y los ciudadanos corrientes, la reinvención del partido no sirvió para purgar las antiguas lealtades y actuaciones de sus miembros. «Los periódicos están iniciando una nueva era –anotó un dirigente del CUP en su diario–. Dicen que en el país sólo existe el sultán… El gobierno apenas cuenta. Los que quieren aprovecharse de los acontecimientos y vengarse de Unión y Progreso están tejiendo una red en torno al monarca».[34]

En los meses siguientes, grandes olas de desafección inundaron la vida política de la capital. Una de las primeras señales de este cambio en Estambul fue la relajación de la censura gubernamental. Después de años de rígidos controles sobre la disidencia y el activismo social, escritores y agitadores no se arredran a la hora de denunciar al CUP por diversos motivos. «En la última sesión del congreso de Unión y Progreso –informó un periódico– se cambió el nombre del partido: Renovación. ¿Pero es posible que sus dirigentes hayan cambiado de mentalidad?». La respuesta, según la interpretación que hacía el periodista sobre el pasado, estaba clara. «La nación denunciará eternamente el nombre de "Unión y Progreso" porque los recuerdos que despierta este nombre son muy dolorosos: sangre, fuego, tortura y pillaje».[35] A medida que las semanas se convertían en meses, los artículos de condena sobre la permanencia del CUP en el poder no dejaron de llenar las páginas de la prensa de Estambul. El manejo de la guerra que había hecho el partido era tan sólo uno de los motivos. Algunos periódicos publicaron acusaciones que se remontaban a años anteriores (como el caso de Hacı Adil, gobernador de la provincia de Tracia antes de la guerra, al que acusaban de haberse apropiado de cinco latifundios de manera ilícita).[36] Pero la mayor cantidad de veneno se reservó para los líderes más veteranos del CUP, Talat, Enver y Cemal Pashá. «Estoy harto de todos los Talat –declaró un periodista–. No se puede esperar un purasangre de un caballo degenerado. Maldigo a los Enver, porque no quiero el heroísmo de un estafador [madrabaz]. Y mis ojos están hartos de los Cemal. No echo de menos la horca ni a los verdugos».[37]

Sin miedo ni moderación, los representantes en la Cámara de los Diputados fueron igual de contundentes al expresar su propia

indignación contra el régimen de guerra. Numerosas sesiones parlamentarias terminaban en trifulcas cuando los diputados griegos y armenios presentaban cargos detallados contra funcionarios del CUP. Al menos un millón de armenios, declaró un parlamentario, habían sido «masacrados y exterminados». Cientos de miles de cristianos ortodoxos griegos habían acabado masacrados o desplazados y privados de sus hogares.[38] Unos cuantos representantes musulmanes exigieron, junto a sus colegas cristianos, justicia para los asesinados. Ahmet Rıza, el fundador del movimiento de los Jóvenes Turcos, ya desvinculado, se levantó y condenó a sus antiguos colegas. «Las atrocidades –declaró ante la Cámara– no sólo se cometieron contra los árabes, los armenios y los griegos. También se cometieron contra los kurdos, los [inmigrantes] albaneses y los romaníes. Incluso hay [víctimas] turcas entre ellos. Yo digo que todos son otomanos y exijo justicia para todos y cada uno de ellos».[39] Este tipo de llamamientos solían recibir, en el mejor de los casos, el apoyo de una mayoría cualificada. Varios representantes, incluidos antiguos Jóvenes Turcos, estaban de acuerdo en que se habían cometido crímenes durante la guerra, pero que no eran tan cuantiosos o menos graves de lo que afirmaban los parlamentarios armenios y griegos. Todo el mundo sabía, replicó un antiguo unionista, «que en los últimos cuatro años hemos soportado unas corrientes terribles, verdaderamente dañinas, que han enturbiado nuestro país y lo han vuelto del revés». Sin embargo, añadió, «por mucho que hayan sufrido los pueblos griego, armenio o árabe, les aseguro que el pueblo turco ha sufrido de la misma manera y probablemente mucho más».[40] Otros representantes no fueron tan conmiserativos. Algunos desestimaron las acusaciones de asesinatos masivos o de incautación ilegal de bienes y alegaron, por el contrario, que los armenios y los griegos fueron responsables de matanzas y actos de bandidaje durante la guerra. En las actas de estas últimas sesiones parlamentarias, parece ser que representantes griegos y armenios fueron abucheados o interrumpidos siempre que pedían restitución o justicia. Sin embargo, sorprendentemente, la Cámara de los Diputados acabó por encontrar motivos comunes para emprender una investigación legal sobre la gestión del régimen durante la guerra. Entre sus objetivos iniciales estaba investigar «la incorporación infundada y prematura del país a la guerra», el régimen de censura impuesto por el Estado y la contribución del CUP a promover la corrupción y el pillaje, así como el rechazo del gobierno a las propuestas de paz en diversos momentos del conflicto.[41]

No obstante, después de que Enver y Talat huyeran del país, la propia parcialidad del gran visir parecía cada vez más sospechosa. Ahmet İzzet tuvo que dimitir de su cargo y su sucesor –otro general de edad

avanzada, llamado Tevfik Pashá– empezó a formar un tribunal oficial. En diciembre se constituyó la primera comisión encargada de reunir pruebas de infracciones penales cometidas por funcionarios provinciales. El alcance de estas investigaciones fue aún mayor en el nuevo año. A finales de enero de 1919, varios exdirigentes del CUP fueron arrestados en relación con la deportación y matanza de armenios. Semanas después hubo otro golpe aún más duro, cuando se acusó a otros muchos altos cargos por su papel en el gobierno de la guerra. En marzo, las autoridades habían procesado a veintitrés exministros del CUP y miembros del comité central del partido. Aunque a algunos, como Talat, Enver y Cemal, se los juzgó en rebeldía, la mayoría de los oficiales de guerra fueron detenidos y juzgados entre abril y junio de 1919.[42]

Este repudio del gobierno de los Jóvenes Turcos fue, en parte, el resultado de un ansia sincera de justicia. Que ese deseo de pedir responsabilidades a las autoridades del periodo de la guerra tenía una motivación partidista era cada vez más evidente incluso antes de que comenzara el año 1919. En diciembre de 1918, Mehmed Vahideddin declaró a un periodista británico que era «un gran pesar» escuchar hablar de la violencia que «ciertos comités políticos de Turquía habían perpetrado contra los armenios».[43] Su demanda de justicia era la misma que antes había hecho Damad Ferid, un miembro hasta entonces externo del Senado imperial. Los combates en los frentes oriental, sirio e iraquí –declaró Ferid en noviembre– habían estado mal gestionados. Se había descuidado el bienestar del ejército y de la población en general, lo que desencadenó hambrunas y brotes de tifus. Tanto a los soldados como a los civiles se les podía aplicar penas «contrarias al derecho civil y a los principios militares, como la deportación y las ejecuciones extrajudiciales».[44]

La relación personal de Ferid con el sultán añadía valor a sus peticiones para llevar a cabo una investigación. En los años anteriores a la Gran Guerra, había consolidado su reputación como enemigo acérrimo de la orden de los Jóvenes Turcos. Educado en la Sorbona y con una predilección singular por la cultura y la política liberal de Europa occidental, Ferid se casó con una mujer de la familia real otomana, lo que le convirtió en cuñado (damad en turco) de Mehmed Vahideddin. En 1911, fue uno de los fundadores del único partido político que se atrevió a enfrentarse a la autoridad del CUP, el Partido de la Libertad y la Concordia (Hürriyet ve İtilaf Fırkası). Sin embargo, su suerte empeoró después de que se instituyera la dictadura de los Jóvenes Turcos en 1913. Con su partido prohibido en la práctica, y muchos de sus antiguos camaradas ejecutados o exiliados, Ferid pasó la guerra discretamente en su mansión junto al mar. La coronación de Vahideddin y la caída del CUP le

dieron la oportunidad de reafirmarse bajo la protección del nuevo sultán. Al ser una de las principales voces que exigían el procesamiento de los antiguos funcionarios unionistas, Ferid ayudó a reconstituir su antiguo partido. En marzo de 1919, el sultán le concedió su máximo deseo y lo nombró gran visir de un gobierno formado por miembros procedentes del Partido de la Libertad y la Concordia. Su ascenso al poder pareció la culminación de unas tendencias que ya se adivinaban desde los últimos días de la guerra. Cuando Ferid tomó las riendas del gobierno, con la bendición del sultán, se propuso acabar con el CUP de una vez por todas.

Los juicios masivos de los líderes unionistas, en general, consiguieron el resultado deseado. Durante varias semanas, los fiscales presentaron montones de documentos internos. En general, las pruebas presentaban una imagen condenatoria del Estado del CUP. Entre los argumentos contra los acusados resultó fundamental el papel que cada uno de ellos había desempeñado al autorizar o cometer actos violentos contra los armenios durante la guerra. En su veredicto, los jueces condenaron enérgicamente la dictadura de los Jóvenes Turcos. Según una de las sentencias, el CUP «sometió [al país] a enormes desastres al tomar el poder general del Estado… y decisiones ilícitas como la participación en la Guerra Mundial, la especulación, las deportaciones, las matanzas, los destierros y las expulsiones de personas y otras medidas similares». «Como consecuencia, los territorios otomanos –concluían los jueces– sufrieron, en su interior, el máximo grado de privación y todo tipo de infortunios y, en el exterior, la subversión del poder y el prestigio del Estado».[45] Talat, Enver y Cemal fueron condenados a muerte por sus crímenes, en rebeldía. Otros fugitivos del tribunal fueron condenados a largas penas de prisión y se les confiscaron sus bienes. A la mayoría de los acusados los pusieron bajo custodia británica y los enviaron a la isla de Malta para cumplir condena. Las autoridades otomanas justificaron ese traslado por motivos de seguridad, sin embargo su entrega a una potencia extranjera puso de relieve una verdad incómoda. Gran Bretaña y el resto de los Aliados habían aplaudido las detenciones masivas. La buena disposición de Londres a desempeñar el papel de carcelero llevó a muchos a suponer que el gobierno del sultán estaba encantado de servir a los intereses de los Aliados.

En Estambul, muchos creían que la estrategia de colaborar con Gran Bretaña y Francia era la única forma de avanzar. El temor a que se reavivara el conflicto había animado a las autoridades a permitir que Gran Bretaña se apoderara de Mosul y desembarcara tropas en Estambul sin oposición alguna. Frente a la amenaza de partición en gran parte del imperio, muchos líderes de opinión de la clase dirigente tenían puestas sus esperanzas en Estados Unidos y recibieron con

entusiasmo las primeras garantías tranquilizadoras de Wilson, en el sentido de que respaldaba la «soberanía segura» en las zonas turcas del Imperio otomano.[46] Los diarios de Estambul publicaron comentarios en los que se aseguraba a los lectores que Washington apoyaría las reivindicaciones oficiales otomanas en las zonas de predominio musulmán. La capital, prometía un periódico, permanecería forzosamente bajo control imperial, puesto que los musulmanes superaban en número a los cristianos residentes, 603.919 frente a 361.808. Al fin y al cabo, «si se imponen los principios wilson[ianos], eso significa que no se tendrán en cuenta las peticiones de los griegos [nativos]».[47] Un periódico llegó incluso a publicar un relato conmovedor de la vida de George Washington el día de su aniversario.[48] Seguramente, la defensora más activa de la intervención estadounidense fue la Sociedad de Principios Wilsonianos, fundada en Estambul en enero de 1919. Entre los destacados periodistas, burócratas y activistas que formaban parte de dicha asociación, cabía destacar a Halide Edip Adıvar, la escritora más conocida del imperio. Miembro prominente del Hogar Turco y mujer muy vinculada al CUP, dirigió una carta al propio Wilson en la que solicitaba específicamente la ayuda estadounidense para restablecer un imperio fuerte y unido. Sugería que un gobierno dirigido por Estados Unidos duraría «entre un mínimo de quince y un máximo de veinticinco años». Con este sistema, no habría necesidad de partición ni de conceder la autonomía a los armenios o los griegos, porque los musulmanes eran mayoría en todas las partes del imperio.[49]

No está claro cómo el sultán o sus fieles en el gobierno planearon exactamente las negociaciones con los Aliados. En los primeros meses de 1919, los dirigentes políticos estaban dispuestos a hacer algunas concesiones, como permitir la libre navegación por los Estrechos Turcos o quizá ceder algún que otro territorio a Armenia. Ahora bien, cualquier nuevo régimen en las tierras árabes debería establecer una relación de «amistad con el gobierno otomano».[50] El nombramiento de Damad Ferid reforzó su estrecha concepción de la diplomacia. El principal motor de su gobierno, según recordaba Ahmet İzzet, era «destruir a los unionistas o, para ser más exactos, a los enemigos y rivales [de su partido] y después, si había tiempo, cuidar del país».[51] El apogeo de la campaña de Ferid para procesar a los máximos dirigentes del CUP coincidió con el interés de las negociaciones de París por el estatus de Esmirna. En abril de 1919, las firmes exigencias griegas de quedarse con territorio otomano se convirtieron en motivo más serio de tensiones entre los Aliados. A Italia también se le prometió que tendría tierras en las costas mediterránea y egea de Anatolia, aprovechando que tenía posesiones coloniales en las islas del

Dodecaneso. El primer ministro Vittorio Orlando, representante de Roma en Versalles, no dejó de insistir en el derecho italiano a quedarse con Esmirna. Por suerte para Atenas, otras disputas acabaron por poner a Italia a la defensiva. A finales de abril, Wilson se mostró contrario al plan de Roma de arrebatar la costa dálmata al recién formado Estado de Yugoslavia. Orlando reaccionó indignado y ordenó el regreso de toda la delegación italiana a principios de mayo. Fue en ese momento cuando Venizelos, respaldado por Lloyd George, presionó y recibió la bendición de los Aliados para desembarcar sus tropas en Esmirna. Aunque hacía semanas que circulaban noticias sobre las intenciones de Grecia, muchos miembros de la administración de Estambul se vieron sorprendidos por los acontecimientos. La respuesta de palacio a la invasión fue especialmente prolija. Los primeros borradores de la declaración del sultán se revisaron con sumo cuidado para que tuviera un lenguaje que se creía de tono más wilsoniano. Los redactores hicieron hincapié en que Mehmed VI era califa del islam además de sultán otomano, e hicieron una deliberada referencia a «la protección absoluta de la nación» por parte del gobierno y al «Estado de derecho» (hukuk-u devlet).[52]

La toma de Esmirna por parte de Grecia dejó a Damad Ferid políticamente herido. Presentó al sultán su dimisión como gran visir, pero Mehmed VI no la aceptó. Mientras las unidades locales otomanas trataban de contener el avance griego y la opinión pública exigía medidas más enérgicas, Ferid presidió un amplio consejo, formado por activistas y representantes de todos los territorios que continuaban bajo control otomano. Sin embargo, este intento de demostrar unidad y respeto por la voluntad popular le costaría caro al gran visir. Varios asistentes del sultán exigieron al gobierno que hiciera algo más para rechazar la invasión griega. También cuestionaron la seguridad pública en todo el país y la viabilidad de la diplomacia después de que los Aliados hubieran dado el visto bueno a las acciones de Grecia. Recordaron a Ferid que Woodrow Wilson había prometido que las zonas con mayoría turca permanecerían bajo control otomano. «¿Sigue siendo este principio –le preguntaron– la base de las negociaciones en la actualidad? En caso contrario, ¿se ha abandonado este principio?».[53] Damad Ferid no dio una respuesta inmediata a estas ni a otras cuestiones. Aun así, pocos días después ofreció una explicación más completa de la postura del gobierno. A principios de junio, dos semanas después de la caída de Esmirna, se invitó a Estambul a participar en las negociaciones de París. El propio Ferid encabezó la delegación junto con Tevfik Pashá, el gran visir anterior. Cuando por fin le llegó el momento de hablar ante el Consejo de los Aliados, expuso lo que entonces eran sus intereses para el futuro del imperio. Estambul deseaba volver por completo,

dijo, al statu quo ante bellum en relación con la soberanía otomana. Todas las zonas de Anatolia, incluidas las recién ocupadas por Grecia, deberían seguir siendo otomanas. Un aspecto fundamental de este razonamiento era la afirmación de Estambul de que todas las provincias del imperio poseían mayorías musulmanas. Incluso con su población de lengua árabe, el Levante y Mesopotamia estaban «indisolublemente unidos a Constantinopla por sentimientos que son más profundos que el principio de nacionalidad». Separar las tierras árabes del conjunto otomano, advirtió Ferid, provocaría más conflictos en la región. Aunque la independencia árabe se aprobara en un referéndum popular, mantener la soberanía otomana sobre las tierras árabes beneficiaba «el interés supremo de más de trescientos millones de musulmanes», una comunidad mundial que constituía «una fracción importante de toda la raza humana».[54] *El desprecio que Wilson y Lloyd George mostraron hacia Damad Ferid no fue la única indignación que soportó la delegación otomana. Se fue de París sin ningún acuerdo ni pista alguna de cuándo los Aliados planeaban tomar una decisión. Las negociaciones para alcanzar un tratado definitivo no se reanudarían hasta la primavera de 1920. Mientras tanto, la situación interna sólo podía calificarse de desastrosa.*

TRAS EL ARMISTICIO

En la primavera de 1916 todavía había motivos para el optimismo en las élites de Estambul. Las tropas británicas y francesas se habían retirado de Galípoli a principios de enero. En abril, hubo una victoria espectacular en Kut, en el centro de Irak, después de que se rindiera toda una división británica. El frente de Anatolia oriental estaba estancado y no parecía que los británicos estuvieran avanzando a través del Sinaí. En medio de este clima, en la capital, algunos se atrevieron a reflexionar sobre el futuro. Había llegado la hora, dijo un comentarista del Hogar Turco, de que el gobierno y los intelectuales se interesaran más por los asuntos internos. La región que más necesidades tenía era Anatolia. «Los campesinos de Anatolia, los productores de Anatolia, los comerciantes y artesanos de Anatolia» eran los que recibían menor atención por parte de quienes encabezaban el gobierno. «Sobre ellos recaen las mayores cargas del Estado y del país [y] nunca hemos pensado que tuviéramos ninguna obligación hacia ellos». Este patrón de abandono afectaba también a lo que se denominaba «el habla, las necesidades y el carácter moral» de Asia Menor. Reconocer el menosprecio económico y cultural de Anatolia no era más que el primer paso hacia la renovación nacional. Para mejorar los resultados económicos hacían falta inversiones públicas y un cambio social. Un programa de reformas dirigido por el Estado con el propósito de simplificar la lengua imperial para acercarla al habla de los campesinos anatolios provocaría una revolución en la educación y la conciencia cultural. Esa reforma, concluía el comentarista, convertiría al volk [pueblo] nativo de Asia Menor en «el más vivo y eminente del país».[55]

La fuerza de estas convicciones ni siquiera disminuyó cuando la suerte del imperio fue desvaneciéndose con la llegada del nuevo año. A medida que los frentes de batalla en el Levante y Mesopotamia se deslizaban hacia el norte, los intelectuales y activistas de la capital dedicaron cada vez más atención a los acontecimientos de Rusia y al frente oriental. El derrocamiento del zar en marzo de 1917, seguido de la toma del poder por parte de los bolcheviques en noviembre, provocó el desmoronamiento de las fuerzas rusas en Anatolia. Muchos altos dirigentes del CUP pensaron que la decisión de Lenin de intentar buscar una paz por separado con Estambul

justificaba con creces el esfuerzo bélico otomano. Con los combates en el este prácticamente terminados, los miembros del Hogar Turco intensificaron sus llamamientos para que el gobierno prestara a Anatolia una atención mayor. Era el momento, en palabras de un experto, de adoptar una estrategia más populista con respecto a la población de la región. Anatolia, «con su volk virginal, inocente, afable y trabajador», no esperaba ni merecía menos.[56] *Por el contrario, aumentó la consternación en el Hogar Turco ante la invasión otomana del Cáucaso a finales de la primavera de 1918. Algunos miembros aplaudieron la decisión y anunciaron que era un intento de ayudar a los rebeldes musulmanes de Azerbaiyán y Daguestán. Otros criticaron la ofensiva por considerarla una distracción inútil. «Nuestra casa –exclamó Halide Edip–, Turquía, está sumida en un completo caos y en medio de una catástrofe». Para el gobierno era más importante ocuparse del bienestar de los ciudadanos de Anatolia que enviar médicos y maestros a ayudar a los hermanos musulmanes del imperio en el Cáucaso. «La joven Turquía necesita el servicio y el afecto de toda su juventud». De lo contrario, «perdería el derecho a reclamar el hogar de su propio pueblo».*[57]

Un profesor alemán que visitó el imperio en 1916 tomó nota de estos debates sobre la situación interna. El progreso económico y la unidad nacional tenían, sin duda, una importancia vital. «Ahora mismo –observó–, todos los esfuerzos en esta dirección son una quimera. Todas las ideas en ese sentido son un despilfarro que no se pueden permitir».[58] *Otros observadores dentro del gobierno alemán expresaban sus temores de manera más incisiva. Las políticas de los Jóvenes Turcos, dentro y fuera de la guerra, habían pasado una factura terrible a la población. La movilización general de 1914 había dejado sin trabajadores a gran parte del país. Y la escasez de mano de obra se acrecentó como consecuencia de la expulsión y el asesinato en masa de cristianos. «Exterminaron a los armenios –informó un funcionario alemán– y dejaron (era época de cosecha) que todos los cultivos se pudrieran en los campos». Las graves consecuencias que las deportaciones tuvieron para la provisión de alimentos del país fueron sólo el principio. En la primavera de 1916, los rumores de hambrunas y enfermedades generalizadas corrían por todas partes. Se dijo, pero no se confirmó, que la desnutrición se estaba cobrando la vida de cuatrocientas personas al día. La propia ciudad de Estambul sufría esas penurias. Además de la escasez de productos básicos, el tifus, la viruela y el cólera se habían propagado sin control. Muchos ciudadanos se veían obligados a beber agua insalubre. Debido a la evidencia de precios abusivos y autonegociaciones se hablaba sin reparos de conspiraciones. Era frecuente oír que las penurias se debían a que los Jóvenes Turcos eran todos «apóstatas» o, en concreto, dönme (es decir, musulmanes descendientes de familias judías conversas). Según fuentes alemanas, se*

rumoreaba incluso que algunos altos funcionarios creían que «el gobierno de los Jóvenes Turcos era un juguete del "Gran Oriente"», la red de masones más antigua de Francia.[59]

Estas observaciones sólo guardaban un leve parecido con las penurias que sufría la mayoría de los ciudadanos del país. Ya en 1915, el hambre y las huidas en masa habían empezado a despoblar grandes zonas del imperio. Al final de la guerra, había pueblos y ciudades enteros, sobre todo en el este, prácticamente vacíos. En otros lugares, los desplazamientos masivos estaban creando nuevos desafíos a los campesinos y habitantes de las ciudades. Mientras gran parte de los intelectuales de Estambul hacían caso omiso a la difícil situación de los no musulmanes y de los que no hablaban turco, en el resto del país los ciudadanos padecían una serie de problemas que traspasaban las líneas sectarias o étnicas. Cuando activistas como Halide Edip escribían sobre Anatolia antes de finales de 1918, se daba por descontado que el imperio sobreviviría a la guerra. Se suponía que las tierras árabes permanecerían dentro del imperio mientras el gobierno trabajaba para transformar Asia Menor en la base del Estado y la nación. En la primavera de 1919, esta visión se vino abajo. Con la amenaza de la ocupación extranjera cada vez más cerca, los ciudadanos de toda Anatolia –tanto musulmanes como cristianos– estaban perdiendo la fe en el imperio y sus dirigentes.

No parece que las autoridades otomanas analizaran a fondo la devastación material que supuso la Gran Guerra. Lo que se sabe sobre la magnitud del desastre procede en gran parte de anécdotas o de proyecciones muy posteriores. Sin embargo, los informes disponibles ofrecen datos terribles sobre la difícil situación de quienes vivían en las ciudades y los pueblos. En el este de Anatolia, todo apunta a que los cambios del frente y las deportaciones masivas tuvieron repercusiones especialmente graves. En Trebisonda, a orillas del mar Negro, los misioneros estadounidenses se encontraron con casas vacías o destruidas tras dos años de ocupación rusa. «La propia ciudad –se informó– era espantosamente insalubre debido a la inmundicia acumulada durante los terribles días de la Revolución rusa. Había decenas de esqueletos de caballos esparcidos por las calles, los cementerios se habían profanado, las cañerías estaban rotas y había una suciedad indescriptible por todas partes».[60] Los daños causados en las infraestructuras básicas, en general, eran paralelos a las pérdidas sufridas por la población civil otomana. Según el gobernador de Van, una provincia del este fronteriza con Irán, casi el 95 por ciento de los residentes de antes de la guerra habían muerto o huido, o se habían exiliado dentro del país.[61] En 1933, las autoridades locales de Erzurum calculaban que la ciudad no tenía más de veintisiete mil habitantes,

apenas el 20 por ciento de la población anterior.[62]

Para aquellos que consiguieron conservar su hogar y sobrevivir a la guerra, la vida cotidiana estuvo salpicada de múltiples penurias. Como en el resto del imperio, la escasez de alimentos fue una de las primeras adversidades que padecieron los habitantes de los pueblos y las ciudades. El reclutamiento masivo de hombres –y de animales de tiro– obligó a las mujeres, los niños y los ancianos de la región a sustituirlos en el trabajo. Las comunidades se quedaron sin maestros, médicos, agricultores, administradores y gendarmes a lo largo de meses o incluso años. A la escala de padecimientos se sumó la propagación de epidemias. Las zonas que afrontaban amenazas endémicas para la salud pública, como las regiones pantanosas del interior, pronto se vieron obligadas a lidiar con diversas enfermedades. En el verano de 1918, los periódicos de Estambul informaron de los primeros casos de la pandemia más grave de la época, la gripe. Si bien se desconoce aún el recuento total, la prensa otomana hablaba de hasta once mil víctimas mortales en la capital a finales de 1920.[63] Tales pérdidas, además de las causadas directamente por los combates en los diversos frentes, se cobraron un precio terrible en muchas familias. «Yo tenía trece o catorce años en el momento de la movilización –recordaba un nativo de Esmirna–. En mi familia murieron dos de mis tíos, martirizados en Rusia. Tuvimos muchos problemas, pasamos mucha hambre. Por un lado, llegaban las plagas de langostas y por otro la peste. Morían tres o cuatro personas al día».[64]

Las huidas masivas agravaron todavía más los problemas de salud, vivienda y seguridad. Al final de la guerra, el número de refugiados dentro de las fronteras del imperio era inmenso. Además de los cientos de miles de griegos, armenios y otros cristianos nativos que se habían visto obligados a abandonar sus hogares en 1915, un grupo igualmente numeroso –quizá hasta novecientas mil personas– se sumaba a los desplazados por el conflicto.[65] Una proporción significativa de estos refugiados padecían las mismas tácticas que se habían empleado con los cristianos otomanos, pero podría decirse que fueron los kurdos que huían de los combates en el este quienes se llevaron la peor parte de estas campañas oficiales de reasentamiento. En 1916, se ordenó a los funcionarios regionales que evaluaran el número de refugiados kurdos que vivían en sus distritos y averiguaran si se habían aislado de los turcos locales y, por lo tanto, si seguían «conservando sus costumbres y su lengua».[66] A los que se identificara en esa situación, se los trasladaba por la fuerza a otros lugares, con la esperanza de que esta vez se integraran en las comunidades de habla turca. Como en el caso de los armenios desplazados, hubo instrucciones concretas para el reasentamiento de los refugiados

kurdos. Se ordenó que las comunidades de reasentados no rebasaran el 5 por ciento de las aldeas o ciudades locales, una salvaguarda, se explicó a los administradores, que les haría abandonar su lengua y sus costumbres «tribales». Sin suministros ni alojamientos adecuados, es probable que miles de ciudadanos kurdos murieran de camino a los lugares designados para reasentarlos.

La inminente derrota del imperio a finales de 1918 ayudó a revertir, en parte, las políticas de asentamiento del gobierno. Poco antes del armisticio, Ahmet İzzet Pashá dictó una proclamación oficial que otorgaba a los deportados el derecho a regresar a su hogar desde el exilio. El gran visir dejó volver a los armenios, griegos, kurdos y árabes desterrados a sus casas, entre otras promesas para ganarse las simpatías de los Aliados. En Esmirna, por ejemplo, el gobernador local declaró ante una multitud que, a partir de ese momento, el gobierno defendería «los futuros derechos de las nacionalidades» con arreglo a los Catorce Puntos de Woodrow Wilson.[67] Sin embargo, estos comentarios tranquilizadores no provocaron la vuelta inmediata a la situación anterior a la guerra. Todas las fuentes de que disponemos indican que en el curso de los siguientes meses no regresó a sus hogares más que una mera fracción de los deportados. Según las cifras publicadas en la prensa otomana, el gobierno calculaba que en febrero de 1920 sólo habían regresado a sus hogares 335.000 griegos y armenios. También fueron pocos los musulmanes desplazados por la guerra que pudieron o quisieron regresar a su lugar de origen. De las ochocientas mil personas desplazadas por los combates en Anatolia oriental, en el invierno de 1920 poco más de la mitad había regresado a su ciudad de origen. El número de refugiados siguió siendo enorme después de la firma del armisticio. Según las mismas fuentes, en 1920 habían pasado por tierras otomanas más de 1,4 millones de refugiados de la guerra civil rusa. Además de las 147.000 personas desplazadas por la invasión griega de Anatolia, los funcionarios estimaban que el gobierno seguía el rastro de otros 443.000 refugiados que habían huido de los Balcanes entre 1912 y 1920.[68] En muchas partes del país, los refugiados de guerra se quedaron o seguían buscando la forma de volver a casa meses después de la firma del armisticio. Un oficial británico que recorrió las ciudades de Anatolia central entre Eskişehir y Konya en la primavera de 1919 se topó con una multitud de desplazados y desterrados: turcos de Tracia, griegos del mar Negro, kurdos de Bitlis e incluso árabes exiliados de Medina, a miles de kilómetros al sur.[69]

Los ofrecimientos a los desplazados por parte de Estambul sólo mitigaron en parte los daños causados por la guerra. En la mayoría de los lugares, las heridas eran incurables. El distrito de Adapazarı, hogar

de adopción de Hüseyin Fehmi, poseía, en 1914, prósperos barrios. Cinco años después, los combates, las deportaciones y las matanzas habían dejado huella en toda la provincia. De los dieciséis mil armenios que vivían en Adapazarı en 1914, no sobrevivieron al destierro decretado en 1915 más que entre tres mil o cuatro mil.[70] La ciudad portuaria de Ayvalık, en el Egeo, también contaba con una sólida comunidad de griegos nativos, hasta 23.000 cristianos ortodoxos residían en la zona cuando estalló la guerra. Las políticas de deportación del CUP y la emigración a Grecia durante la guerra redujeron la comunidad a sólo ocho mil al terminar la contienda.[71] Las consecuencias de la guerra fueron diferentes en el distrito de Antep, en Cilicia, al norte de Alepo. Al inicio del conflicto, Antep poseía una considerable comunidad armenia, entre quince mil y cuarenta mil personas. Una población mucho más numerosa de musulmanes, noventa mil, de habla turca, kurda y árabe, era la mayoritaria en la región.[72] Aunque la zona también fue escenario de combates, la ciudad se convirtió en un polo de atracción para los refugiados armenios enviados a los campos de deportación de la Gran Siria. Como consecuencia, en 1919, la población armenia de Antep aumentó considerablemente y, según algunas estimaciones, incluso superó a la mayoría musulmana de la zona.[73] Las drásticas variaciones de población afectaron asimismo a las comunidades musulmanas de los alrededores de Antep y otros distritos. El servicio militar obligatorio, por no hablar de las enfermedades, del hambre y de otros peligros, contribuyeron también a declives similares incluso en zonas del imperio que, por lo demás, estaban en paz. Otro oficial británico, que recorrió las aldeas de la región central de Yozgat, estimó que el 50 por ciento de los hombres musulmanes habían muerto combatiendo en distintos frentes. «En un pueblo –afirmaba–, fueron a la guerra ciento veinte hombres, de los que ochenta están muertos».[74]

A las puertas del armisticio, estos drásticos cambios demográficos tuvieron graves consecuencias para las perspectivas de paz en tierras otomanas. Según los datos del censo imperial, relativamente pocos distritos provinciales de Anatolia poseían mayorías armenias o griegas demostrables antes de 1914. Los activistas griegos y armenios rechazaron las cifras de población otomanas y elaboraron sus propias estadísticas. Al presentar sus argumentos ante los Aliados, Venizelos aportó datos recabados por el Patriarcado griego que mostraban mayorías griegas en varios lugares de lo que quedaba del imperio. Según el estudio, Bursa, justo al sur de la capital, tenía una población ortodoxa de 278.000 habitantes (casi cuatro veces el número registrado por los censistas otomanos en 1914).[75] En opinión del primer ministro griego, los estragos sufridos por los griegos otomanos

en la época del CUP daban a Atenas motivos más que suficientes para la partición de Anatolia. «Sólo el reasentamiento de los supervivientes [de la deportación] en sus hogares y sus tierras confiscadas –alegó– presupone necesariamente la abolición de la soberanía turca».[76]

Los problemas relacionados con la restitución de propiedades y las indemnizaciones económicas acrecentaron las tensiones en la sociedad otomana de posguerra. Poco antes de dimitir como gran visir, Ahmet İzzet aprobó un plan para la restitución o el pago de indemnizaciones por las casas y los negocios perdidos a todos «los hijos de la patria que vivieron sometidos a tanta miseria».[77] Para acelerar el proceso, el gobierno constituyó docenas de «comisiones mixtas» encargadas de supervisar y dirigir la restitución de las propiedades perdidas en las provincias. La restitución de las tierras y viviendas confiscadas tropezó con varias dificultades. Para quienes habían visto cómo les arrebataban sus negocios, almacenes y fábricas, obtener una indemnización que compensara por completo los ingresos y el capital perdidos fue una tarea desmoralizadora. En Esmirna, un hombre que había regresado llevó ante los tribunales a tres de los comerciantes más ricos por haberse quedado ilegalmente con sus fábricas textiles. El juez falló a favor del demandante, pero le otorgó menos de un tercio de las pérdidas que había declarado, 1,4 millones de liras.[78] La mayoría de los deportados tuvieron menos suerte. En muchos casos, los que volvieron se encontraron con sus casas desvalijadas. Los objetos de valor, como joyas, muebles y alfombras, solían ser imposibles de recuperar. Y las dudas sobre la propiedad y las herencias complicaban aún más las cosas. En algunos casos, los familiares demandaban por la pérdida de casas y negocios en lugar de sus seres queridos fallecidos o aún desaparecidos. Algunas propiedades se vendieron sin saber si el propietario estaba vivo o muerto. En muchos otros, los armenios y los griegos que regresaban se encontraron con gente que había ocupado sus casas y se negaba a marcharse. Las comisiones mixtas tenían autoridad para expulsarlos de la vivienda, pero también tenían orden de encontrar un alojamiento adecuado para los desalojados. El hecho de que la mayoría de las viviendas armenias y griegas se hubieran entregado a refugiados musulmanes pobres, procedentes de los Balcanes o de Anatolia oriental, hacía que esos traslados fueran difíciles e inestables. Las autoridades provinciales aumentaban aún más las tensiones. Cuando unos refugiados de Kosovo y Macedonia se negaron a desalojar las casas que ocupaban, el gobernador de la ciudad de Bafra, al norte del país, aconsejó a los griegos que habían regresado «que se fueran a vivir con los albaneses y se convirtieran en sus sirvientes».[79]

El restablecimiento de las comunidades destruidas no estuvo exento de

otros problemas. Además de supervisar la devolución de las propiedades, los comisionados también tenían que encontrar y devolver a las mujeres y niños secuestrados a sus familias. En toda Anatolia y el Levante, decenas de miles de mujeres jóvenes, niños y niñas que habían sido secuestrados habían sido recluidos a la fuerza en orfanatos, un proceso que a menudo implicaba su conversión obligatoria al islam. El Ministerio del Interior de Talat Pashá contribuyó enormemente a acelerar este proceso, llegando incluso a ordenar que a los niños armenios desterrados, que estuvieran «desatendidos» (kimsiz) o «sin padres», se los trasladara a aldeas musulmanas y se los obligara a «adaptarse a las costumbres locales».[80] En medio del caos de los meses posteriores al armisticio, una serie de peligros dificultaron la liberación de los deportados. Un número incalculable de cristianos, mujeres jóvenes y niños continuaron en los hogares y en los orfanatos que se les había asignado, debido a los impedimentos oficiales y, en algunos casos, a la negativa de los propios secuestrados a marcharse.

La guerra no separó del todo a los musulmanes de sus vecinos cristianos. Si algo compartían las comunidades de todo el imperio era la preocupación por la seguridad personal. Desde el inicio de la guerra, el bandolerismo, la extorsión y otros delitos comunes se volvieron endémicos en todas las provincias. Esta descomposición de la ley y el orden, engendrada en parte por las tensiones iniciales de la movilización, empeoró a medida que los ejércitos otomanos retrocedían hacia el interior del imperio. Los agentes de policía, desbordados, a menudo se encontraban indefensos. Un gendarme local describió a sus reclutas de los últimos años de la guerra como «hombres barbudos de edad avanzada, con nietos, que no habían sido llamados a filas, no podían correr y no sabían disparar un arma».[81] Los desórdenes en las zonas rurales se intensificaron, sobre todo a medida que aumentaban las deserciones. Hasta quinientos mil soldados abandonaron el ejército en el último año de la guerra, por lo que muchas zonas se vieron inundadas de grupos de soldados armados y desesperados. En numerosas ciudades se respiraba un aire de intransigencia y falta de respeto por la autoridad. Un gobernador regional percibió «una pérdida del miedo al gobierno y a la ley por parte del pueblo».[82] A medida que la guerra se acercaba a su fin, las autoridades de Estambul y el propio sultán estaban cada vez más desesperados por restablecer el orden en las zonas rurales. En agosto y en noviembre de 1918, el gobierno decretó dos amnistías generales para todos los ciudadanos acusados de deserción y bandidaje. No obstante, en lugar de que las amnistías animasen a los delincuentes a renunciar a la vida de criminalidad, las bandas las aprovecharon para

reforzar su control sobre las comunidades cautivas. Grandes franjas de tierra de Tracia y Anatolia, incluidas zonas que estaban justo a las afueras de la capital, se convirtieron prácticamente en feudos de los jefes de las bandas. En algunas, forajidos y caudillos cobraban tributos e imponían sus propias leyes con la aprobación tácita de las clases dirigentes locales y los burócratas estatales.

En opinión de muchos ciudadanos, el aumento vertiginoso de los robos y los delitos violentos era síntoma de una podredumbre más profunda que afectaba tanto al Estado como a la sociedad. A pesar de los padecimientos visibles en todo el país, era innegable que la guerra había creado oportunidades para que unos cuantos se enriquecieran. Con la escasez de bienes y productos básicos, la especulación adquirió una dimensión bíblica. Tanto en los pueblos pequeños como en las grandes ciudades, cuando subían los precios, los consumidores arrojaban su ira contra los minoristas y comerciantes. A medida que la guerra se acercaba a su trágico final, la ira popular contra los especuladores se desbordó. «Detrás de sus cajas fuertes y sus escritorios –se quejaba un destacado periodista–, aplaudían la prolongación de la guerra y veían la paz como una nube negra».[83] De todos los que se beneficiaron de la guerra, agentes inmobiliarios, inspectores del gobierno y funcionarios locales se granjearon seguramente la peor reputación. Tras las deportaciones de 1915, los agentes del gobierno se apoderaron de una fortuna inmensa a costa de las propiedades abandonadas y los negocios no reclamados. Para regularizar su redistribución, el Ministerio del Interior de Talat Pashá creó comisiones estatales encargadas de confiscar y subastar las tierras y los bienes abandonados. Los agentes locales, en general, hicieron caso omiso de los estatutos que ordenaban la asignación de las propiedades al mejor postor o a los refugiados musulmanes pobres. Hacia el final de la guerra, prevalecía la opinión de que los mayores beneficiarios de las tierras y los bienes no musulmanes eran los grandes terratenientes, los empresarios ricos y los funcionarios corruptos. Sin embargo, la fiscalía pública hizo poco o nada por perseguir estos casos de corrupción.

La naturaleza desenfrenada de todas estas transgresiones erosionó la fe popular en el gobierno y en el CUP. Con el tiempo, la correspondencia entre los funcionarios de la capital y las provincias se llenó de rumores sobre el descontento de la población, que a veces rayaba en la oposición sin reservas. Durante el congreso anual del CUP en 1917, los miembros se vieron obligados a abordar los rumores de que el partido se beneficiaba de atesorar bienes y venderlos bajo mano. La guerra –replicó un dirigente de los Jóvenes Turcos– había desencadenado «un despertar comercial y económico en el país». Por esa razón, aseguró, a

los que se habían «enriquecido con la guerra» había que ensalzarlos, no vilipendiarlos.[84] La decisión del gobierno de pedir la paz un año después invalidó esas pretensiones. Desde que se levantó la censura pública, pocos fueron los que en prensa se atrevieran a defender la gestión de gobierno del CUP. Algunos datos circunstanciales hacen pensar que la población compartía la animosidad que inspiró el ascenso de Damad Ferid y otros enemigos del partido. En algunos casos, los sentimientos de rabia hacia los Jóvenes Turcos no se basaban simplemente en la derrota nacional o en las penurias sufridas. Los conservadores sociales tachaban al CUP de plaga moral. El hecho de que las mujeres tuvieran una mayor visibilidad en la sociedad dividía en especial a los detractores del gobierno. Como en otros Estados beligerantes, la guerra proporcionó nuevas salidas para que tanto las mujeres de la élite como las de clases más bajas encontraran trabajo fuera del hogar. Los servicios e industrias dedicados a cubrir las necesidades militares (hospitales, fábricas textiles y trabajos administrativos, por ejemplo) dieron a las mujeres más oportunidades económicas y sociales. Al acabar la guerra, los ministros del gobierno aprobaron una ley que permitía a las mujeres estudiar y trabajar como médicas, dentistas, farmacéuticas y policías municipales.[85] Asimismo, la desesperación impulsó a muchas otras a la prostitución y la explotación sexual. Obligadas por el hambre o el abandono (una situación especialmente común entre las armenias desplazadas), decenas de miles de mujeres se vieron obligadas a prostituirse en los años de guerra. La alarma por la higiene pública y los brotes de enfermedades obligó a los funcionarios del CUP a imponer una regulación más estricta sobre la apertura y la gestión de los burdeles. Cuando terminó la guerra, el CUP autorizó la apertura de burdeles en todo el país (Estambul se adjudicó 175 casas de prostitución declaradas).[86] Por estos y otros motivos, muchos recordarían el final de la era del CUP como un periodo en el que «se sacudieron los cimientos de nuestra moral nacional».[87]

A corto plazo, los horrores que había experimentado el imperio avivaron las continuas sospechas conspiratorias sobre los Jóvenes Turcos. Desde los tiempos de la revolución de 1908, corrían rumores entre los opositores de que los dirigentes del CUP eran masones, judíos o ambas cosas. La base de estas sospechas era que el partido se había establecido en la ciudad macedonia de Salónica, donde vivía una comunidad peculiar de musulmanes descendientes de una secta judía mesiánica. La noticia de que altos dirigentes del partido –Talat Pashá entre ellos– eran miembros de una de las logias fraternales de Salónica llevó a especular con que el propio CUP era en sí mismo una institución masónica. La vinculación entre la masonería, el CUP y los

«criptojudíos» de Salónica también influyó en la imagen que muchos observadores extranjeros tenían de la política en la capital otomana. La hipótesis de que el partido estaba «gravemente influido por la masonería política judía y atea» –como afirmó un embajador británico–, intensificó los sentimientos de enemistad en la capital y las provincias.[88]

A medida que la situación empeoraba en todo el país, las divisiones económicas que asolaban pueblos y aldeas parecían acrecentarse. El botín obtenido durante la guerra, es decir, las propiedades abandonadas o los contratos estatales, beneficiaba sobre todo a quienes tenían vínculos con Estambul o a los propios Jóvenes Turcos. La separación entre ricos y pobres era aún más flagrante por el origen social de muchos de los miembros del partido. A la hora de la verdad, los Jóvenes Turcos eran mayoritariamente urbanitas, hombres bien educados y con capacidad de ascender. Además, una parte considerable de los miembros del partido procedía de los Balcanes, lo que llamaba especialmente la atención a muchos habitantes de la Anatolia provincial y los territorios árabes. En medio de todas las desgracias que asolaban el país, el elitismo del CUP y su supuesto origen «extranjero» adoptaron un nuevo significado. Para muchos, el país perdió la guerra no por mala gestión o insensatez, sino precisamente porque lo gobernaban pervertidos religiosos, extranjeros y pecadores. Desde este punto de vista, el hundimiento del CUP fue un acto de liberación.

Por muy extendidas que estuvieran estas opiniones, sigue siendo difícil saber cómo percibían los ciudadanos de a pie el futuro del imperio al final de la guerra. Durante la época posterior al armisticio, los esfuerzos por recoger la opinión popular solían ser irregulares y sesgados. Los agentes de inteligencia británicos, por ejemplo, solían investigar las posiciones de los residentes urbanos más acomodados, en vez de la de los pobres o los que vivían en el pueblo. A menudo, las respuestas que recibían los encuestadores eran conciliadoras con respecto a la imposición de un mandato británico o estadounidense en la región. El embajador alemán, pese a carecer de recursos para sondear la pregunta fuera de la capital, estaba bastante de acuerdo en que la población del imperio aceptaría algún tipo de tutela extranjera. «Todos los turcos rechazan de forma unánime el desmembramiento de Turquía», afirmó, porque naturalmente acabaría con el imperio. Sin embargo, «la mayor parte de los turcos» estaba a favor de «asignar un mandato para una Turquía unida, pero concediendo una amplia autonomía a las provincias orientales», históricamente la parte más inquieta del país. De todos los posibles ocupantes, Estados Unidos era el preferido de los ciudadanos otomanos.[89]

La aceptación de un posible gobierno extranjero se desvaneció al asomarse la realidad de una ocupación de los Aliados. Los primeros indicios significativos de consternación pública se manifestaron con la aparición de los barcos aliados frente a la costa de Estambul a mediados de noviembre de 1918. Cuando se vislumbró la flota anclada desde la parte alta de la ciudad, las calles de Pera, Gálata y otros barrios cosmopolitas estallaron en escenas de júbilo. Los armenios y los griegos se abalanzaron sobre los soldados británicos y franceses que desembarcaban, manifestaciones que degeneraron en demostraciones descontroladas de júbilo. Para muchos residentes musulmanes, esas expresiones de entusiasmo fueron la prueba absoluta de sus peores sospechas. «En todas partes ondeaban banderas –escribió un oficial otomano en su diario–, en especial los trapos griegos también». A medida que pasaban los días, los cristianos partidarios de la ocupación empezaron a insultar a los funcionarios musulmanes que pasaban y a manifestar su contento de forma cada vez más provocadora. El acorazado británico Superb estaba atracado en el puerto y un oficial vio «la embriaguez de los granujas embusteros [palikarya] griegos» que alcanzaba todo su esplendor, «enloquecidos por el delirio y la alegría», en los muelles.[90] La prensa local contribuyó aún más a alimentar la indignación. «Si murieron seiscientos o setecientos mil armenios –declaró un editor–, también fallecieron otros dos o tres millones de turcos [durante la guerra]. Pero hoy ha llegado el día de la justicia, el día del ajuste de cuentas, ¿verdad? Una Europa siniestra y fatal ha sacado a la luz los delitos de los armenios y los griegos».[91] El acoso a los funcionarios otomanos acabó remitiendo (en parte debido a un decreto británico que amenazaba con tratar cualquier «falta del debido» respeto hacia la policía y los soldados locales como un ataque a los aliados).[92] Aunque el invierno de 1918-1919 transcurrió con tranquilidad, las divisiones creadas por la presencia aliada persistieron.

Un clima aún más irritable reinaba en el sur, en los distritos fronterizos de la línea de armisticio. Después de que cesaran las hostilidades en octubre, los negociadores otomanos, al principio, creyeron que habían prevenido la caída de Cilicia, la crucial llanura que cubría la periferia del norte de Siria. Sin embargo, en diciembre, las fuerzas británicas y francesas aprovecharon una disposición clave del tratado de armisticio para atravesar las líneas al norte de Alepo. Era innegable que el verdadero motivo de esta apropiación de la autoridad eran los intereses franceses. Con una rica historia que se remonta a la antigüedad, Cilicia había cautivado la imaginación de varios imperialistas franceses importantes. Pero sobre todo fueron las simpatías francesas por los armenios las que alentaron su deseo de ocupar Cilicia. Los altos mandos franceses preveían una «conquista moral» de la región que no sólo devolvería a los armenios sus hogares,

sino que allanaría el camino para crear un Estado armenio.[93] La reacción local al cambio de régimen, al menos al principio, fue relativamente discreta. Las tropas británicas y francesas no encontraron resistencia cuando asumieron posiciones defensivas en las principales ciudades de Cilicia. Las autoridades provinciales otomanas, que en teoría seguían estando al mando de la región, colaboraron con los oficiales aliados a pesar de la desconfianza mutua. Ni siquiera el regreso inicial de los refugiados armenios alteró necesariamente el orden público. Algunos viejos vecinos, contó más tarde un superviviente, dieron la bienvenida a los deportados mientras atravesaban el mercado central de Urfa. Para los nativos que regresaban, las emociones oscilaban entre la tristeza y la alegría. Cuando contemplaron el estado del antiguo barrio armenio de Urfa, muchos residentes «no pudieron contener las lágrimas al ver que todo estaba en ruinas y los huesos de sus seres queridos martirizados y esparcidos por todas partes». «No obstante –observó un superviviente–, pensando en el futuro, se alegraron de encontrar algunos supervivientes y se mostraron deseosos de reconstruir la ciudad».[94]

La fragilidad de esta paz inicial se hizo más evidente a medida que avanzaba el año 1919. Como en otras partes de Anatolia, los derechos sobre las propiedades abandonadas fueron motivo de interminables disputas personales y legales entre los propietarios armenios desplazados y los custodios musulmanes. A pesar de sus responsabilidades, los funcionarios otomanos no procedían adecuadamente a la hora de mediar o hacer cumplir los acuerdos entre las partes. La inacción o el exceso de celo de las autoridades británicas y francesas agravaron aún más las tensiones, y las señales de agitación y violencia ensombrecían la ocupación. En febrero, una multitud atacó un campamento de armenios retornados a las afueras de Alepo.

Para cuando intervinieron las tropas británicas y locales, más de cien refugiados y cincuenta de sus asaltantes murieron en el curso de una pelea de dos horas.[95] Los armenios no fueron los únicos blancos de la violencia indiscriminada. Las autoridades francesas, para reforzar su presencia en la región, utilizaron a miles de refugiados armenios como policías y soldados de ocupación. El destacamento más temido era una fuerza compuesta por miles de reclutas escogidos entre los deportados, la Legión de Oriente. En las ciudades de Cilicia, la Legión adquirió siniestra reputación debido a los asesinatos y malos tratos físicos de los que eran víctimas los musulmanes. «Muchos de estos soldados reconocían abiertamente que venían a este país para vengarse –dijo un visitante–. En Adana, todas las noches había soldados armenios

tiroteados por turcos y turcos tiroteados por soldados armenios».[96] Aun así, las autoridades francesas y británicas intentaban mantener una actitud conciliadora hacia ambos bandos, lo que hacía que muchos se preguntaran con quién simpatizaban en realidad. «Mi gente estaba resentida –declaró más tarde un veterano de la Legión–, porque habían recibido lo que supuestamente eran promesas inviolables. Yo estaba resentido, pero no sorprendido, porque conocía la naturaleza traicionera de la diplomacia». «La guerra –concluía– convertía a los hombres que batallaban en bestias crueles, a menudo heroicas; la diplomacia era el juego de los perros y los chacales».[97]

Mientras el malestar se adueñaba de las ciudades y los pueblos de toda Cilicia, la atención del país seguía centrada en el destino de la costa del Egeo. La inquietud cada vez mayor por el futuro de Esmirna y los distritos circundantes se debía, sólo en parte, a la aireada influencia de Grecia en Versalles. Muchos consideraron que la crisis que se extendía era la continuación de unas tensiones nacionales e internacionales que venían de lejos. Igual que las ciudades cilicias de Adana, Antep y Urfa, Esmirna y sus homólogas del Egeo habían disfrutado de un crecimiento económico sin precedentes en las décadas previas a la Gran Guerra. La prosperidad del Egeo, sin embargo, solía estar mal distribuida tanto en la ciudad como en el campo, y los griegos de Anatolia se quedaban muchas veces con la mayor parte de las ganancias. Y, como en el caso de Cilicia, los columnistas y activistas, especialmente los del CUP, interpretaron el agravamiento de las desigualdades económicas en el Egeo como una consecuencia de la influencia extranjera y el irredentismo de la región. Después de las guerras de los Balcanes, parecía que Grecia tenía fijados sus objetivos en Esmirna, Ayvalık y otras comunidades costeras. Aunque no estaba nada claro cuándo se haría Grecia con el poder, un diplomático austriaco profetizó, en 1913, que era «casi indudable» que «Grecia reafirmará sus derechos políticos sobre la costa de Anatolia».[98] Estas sospechas, junto con la agitación de los ideólogos nacionalistas dentro del CUP, contribuyeron a fomentar gran parte de la violencia que destruyó las comunidades griegas del interior del Egeo en los años posteriores a 1914. Después de la declaración de armisticio, los observadores extranjeros llegaron a la conclusión de que los griegos nativos apoyaban la anexión de la región. «La actitud de la población griega de Esmirna y de los oficiales griegos que han llegado es casi como si fueran los propietarios», señaló un funcionario consular estadounidense. Una actitud que se debía «en parte a que son mayoría en la ciudad y a la firme convicción de que la región de Esmirna se entregará a Grecia».[99]

Otros signos, muchos de ellos inadvertidos para los observadores

externos, complican esta imagen del Egeo en la primavera de 1919. Hasta cierto punto, el entusiasmo por la anexión griega de la región se extendía más allá de las fronteras provinciales de Esmirna. Se organizaron manifestaciones públicas en apoyo de Venizelos en Bursa, Galípoli y otras comunidades griegas mucho más alejadas. En Manisa, al noreste de Esmirna, los líderes de la comunidad organizaron un plebiscito a favor de que gobernaran los griegos. Sin embargo, una parte considerable de la población no musulmana de Esmirna se oponía totalmente a la partición. Además de entre los judíos –que constituían el 10 por ciento de la población de la ciudad–, los sentimientos contrarios a la anexión estaban muy vinculados a la comunidad de levantinos (unos veinte mil cristianos de la ciudad cuyo legado abarcaba el mundo mediterráneo y Europa).[100] En zonas más remotas o rurales, donde los cristianos ortodoxos no eran ni mucho menos tan numerosos, las diferencias confesionales no solían tensionar tanto las relaciones. «Se llevaban bien [los musulmanes y los cristianos]; esa era la situación en Kemalpaşa –recordaba de su pueblo un anciano caballero turco–. Cerca de nosotros no había muchos griegos. Pero quiero decir que los griegos nativos [yerli Rumlar] decían que se sentían incómodos con la llegada de los griegos a Turquía».[101]

Al final, los acontecimientos consiguieron que esas expresiones de fraternidad fueran irrelevantes. Hasta bien entrada la primavera, los diplomáticos aliados, oficiales de los servicios de inteligencia y ciudadanos que vivían en el Egeo advirtieron del desastre inminente si Grecia invadía la zona. Varios incidentes espeluznantes de violencia sectaria anunciaban una lucha encarnizada si Atenas se salía con la suya. Informes de gendarmes otomanos y musulmanes atacados por griegos descontentos y los asesinatos y mutilaciones de cristianos se mencionaban como prueba de lo que se avecinaba. «Este es el tipo de cosas que están sucediendo en todo el país –escribió un residente británico de Esmirna– y, en mi opinión, se debe en gran parte a la propaganda griega que ha irritado a la población turca…». Por eso, declaró al propietario de un periódico londinense, «sería un error terrible entregar este país, o cualquier parte de él, a los griegos en estos momentos».[102] Estos llamamientos a la moderación, en última instancia, acabaron importando muy poco. Para Gran Bretaña, Grecia, Estados Unidos, Francia e Italia, lo que estaba en juego a la hora de decidir el futuro del Imperio otomano eran asuntos mucho mayores: el orgullo nacional, las ambiciones estratégicas y, en diversos grados, los intereses económicos.

La violencia que finalmente se apoderó de los restos del imperio no fue sólo consecuencia de la rivalidad entre imperios. La dura realidad

local proporcionó gran parte de la pólvora. En la primavera de 1919, muy pocas comunidades experimentaban algún alivio de las penurias de la guerra. Algunas, como el hambre, las enfermedades y los traslados forzosos, siguieron sin resolverse durante meses. Ese fue el contexto en el que muchas regiones tuvieron que afrontar las repercusiones de las matanzas y expulsiones de la guerra. El regreso de armenios y griegos no sólo obligó a las comunidades a lidiar con la culpa, los bienes robados y los seres queridos desaparecidos. Más importantes fueron aún las cuestiones de poder y autoridad. Todos los ciudadanos del imperio, incluidos los que ahora vivían bajo ocupación extranjera, interpretaban el principio de autodeterminación de Woodrow Wilson desde una perspectiva mayoritaria. A las minorías, en el mejor de los casos, había que tolerarlas. Sin embargo, dada la diversidad intrínseca del país, además del caos y la dislocación provocados por la guerra, no siempre era fácil responder a la pregunta de quién constituía la mayoría. En las comunidades de la costa del Egeo, los partidarios de la anexión se basaban en una presunta mayoría griega en los alrededores de Esmirna. Los opositores a que Grecia se quedara con territorio anatolio solían responder con unas cifras que indicaban una mayoría musulmana mucho mayor en el campo. En Cilicia, la región que había albergado el reino medieval de Armenia Menor, los armenios eran históricamente una minoría tanto en la ciudad como en el campo. Después del genocidio, pareció que los planes de Francia de patrocinar un Estado armenio y reasentar en la región un máximo de cien mil refugiados prometían cambiar estos desequilibrios de forma permanente.[103] Luego estaban las tierras situadas más al este, en Anatolia. En 1918, los combates, las deportaciones y las masacres habían vaciado por completo varias provincias, tanto de musulmanes como de cristianos residentes. Por consiguiente, las discusiones sobre la autodeterminación que se produjeron posteriormente en Erzurum y Van partían de unas comunidades que, en general, ya no existían.

3

Se reanuda la guerra: orígenes y consecuencias

del renacimiento del Imperio otomano

El 13 de mayo de 1919, la vanguardia de una fuerza expedicionaria griega zarpó hacia Anatolia. Los soldados a bordo del vapor Patris y otros buques desconocían su verdadero destino hasta bien avanzado el trayecto. Sus órdenes eran dirigirse a Ucrania para participar en la campaña general de los Aliados contra los bolcheviques. Una vez en el mar, los altos mandos les informaron de que pronto desembarcarían en el puerto de Esmirna. Las razones de ese subterfugio fueron tanto políticas como tácticas. Unos días antes, Wilson, Clemenceau y Lloyd George habían concedido a Venizelos, en privado, la aprobación definitiva de los planes de Grecia para tomar la ciudad y los distritos circundantes. Como Italia seguía albergando la esperanza de ocupar toda la costa egea de Anatolia, el primer ministro griego ordenó a sus tropas que avanzaran en secreto para evitar un enfrentamiento abierto con Roma. Los servicios de inteligencia de Esmirna también aconsejaron a las tropas griegas que se apresuraran. Se creía que las tropas otomanas y la población civil estaban reuniendo armas y tenían la intención de abortar el posible desembarco griego. Al tiempo que subrayaban la solemnidad de su tarea, los oficiales al mando a bordo del Patris y los demás barcos pidieron a sus hombres que fueran disciplinados y permanecieran alerta. «Adondequiera que vayamos –declaró un coronel–, debemos saber que vamos a liberar a nuestros hermanos sometidos a dominio extranjero. El entusiasmo que llena nuestros corazones está plenamente justificado, pero cualquier manifestación impropia de este entusiasmo estará totalmente fuera de lugar». Con ello, les recordó que en Esmirna residían musulmanes, judíos y cristianos de todo el Mediterráneo que no debían sufrir ningún daño. «Dentro de poco –concluyó el coronel–, se convertirán en nuestros hermanos como si fueran verdaderos griegos».[1]

En términos legales, las tropas griegas desplegadas en Esmirna no tenían más que un mandato provisional. El estatuto territorial definitivo de la ciudad, como el del resto del Imperio otomano, seguía siendo objeto de debate mientras continuaban las negociaciones de paz en París. Pero la invasión se aprobó en virtud de una disposición del armisticio que permitía

la incautación de tierras otomanas con la justificación de mantener la seguridad (el mismo razonamiento empleado en la ocupación británica y francesa de Cilicia). Representantes de cada una de las principales potencias aliadas también debían participar en el desembarco para garantizar un traspaso pacífico. Sin embargo, desde el principio, el empeño de Grecia por el secretismo y la ambigüedad creó confusión. Los oficiales griegos excluyeron a sus homólogos británicos, estadounidenses y franceses en la planificación de la llegada a puerto. No había comunicación ni coordinación entre los griegos y las autoridades otomanas en Esmirna, pero la noticia de la invasión se extendió por la ciudad la víspera de la llegada de la flotilla. Cuando el Patris atracó en la madrugada del 15 de mayo, había una multitud congregada en la orilla para recibir a los soldados que desembarcaban. El ambiente era de euforia: los griegos bailaban y abrazaban a las tropas mientras estas iban formando filas. Sin embargo, cuando las unidades recién llegadas se dirigieron al centro de la ciudad, recibieron una acogida mucho más hostil. Al pasar un destacamento ante las oficinas del gobierno central, se produjeron los primeros disparos. A última hora del día, el caos se apoderó de la ciudad y las fuerzas griegas se vieron rodeadas por soldados y civiles otomanos. Después de someter a los resistentes armados que se habían atrincherado en las oficinas del gobierno, la ciudad sufrió una ola de asaltos contra residentes musulmanes y comercios locales. Restablecido el orden, las autoridades locales estimaron que cuarenta oficiales y funcionarios otomanos habían muerto en los enfrentamientos y que otros sesenta habían resultado heridos.[2] Posteriormente, una investigación encabezada por una comisión de oficiales aliados reveló que ese día murieron hasta cuatrocientos musulmanes y sesenta griegos otomanos como consecuencia de los tumultos violentos.[3]

Los ciudadanos de todo el imperio no tardaron en reaccionar enérgicamente a los sucesos de Esmirna. En los días sucesivos, los periódicos y las oficinas del gobierno recibieron montones de telegramas de protesta y de organizaciones cívicas con sede en ciudades de todo el país. En nombre de una multitud de mil manifestantes congregados en la ciudad de Sivas, un comité de destacados ciudadanos telegrafió a la capital para dejar claro que la nación no toleraría la pérdida de Esmirna. «Se dice con una sola voz –proclamaban– que la ocupación de Esmirna por parte de los griegos es contraria a los principios de justicia y humanidad. Este derecho está claro y la protección de nuestra ley es correcta».[4] Estambul también hervía de actividad. En los días posteriores al desembarco, las manifestaciones espontáneas y los foros públicos atrajeron a decenas de miles de personas a medida que la prensa filtraba los detalles de la ocupación. Las muestras más resueltas de indignación se reservaron

para el primer viernes siguiente a los sangrientos sucesos del 15 de mayo. Los panfletos que circulaban por la ciudad llamaban a los ciudadanos a reunirse en la plaza de Sultanahmet tras la oración. «Piensa en la nación –decía un letrero–. Entérate de las atrocidades de Esmirna. Anatolia espera tu decisión».[5] A mediodía había entre cien mil y doscientas mil personas congregadas entre las dos grandes mezquitas de Sultanahmet y Santa Sofía. Todos los oradores, muchos de ellos conocidos ideólogos del CUP, criticaron el ataque griego y rogaron a la muchedumbre que acudiera a defender la nación. «Este país otomano –dijo uno de los oradores– es histórica, civil, religiosa y racialmente turco y musulmán, y siempre seguirá siendo turco y musulmán».[6]

El gobierno, en cambio, se mostró poco resolutivo. En lugar de actuar con determinación, el sultán disolvió el gabinete pero permitió que Damad Ferid continuara como gran visir. El Partido de la Libertad y la Concordia, que había sido la facción más poderosa del gabinete, hizo sólo una breve declaración de apoyo a los manifestantes. Los ministros y las autoridades regionales dieron instrucciones poco firmes a los funcionarios de las provincias. El gobernador de Esmirna aseguró a la prensa que Atenas estaba dispuesta a ofrecer «todo tipo de ayuda y facilidades» para restablecer el gobierno de Esmirna tal como era antes. Juntos, esperaba, los griegos y los otomanos «serían capaces de velar debidamente por los intereses del pueblo musulmán».[7] Los aliados de Damad Ferid en la prensa ofrecieron una defensa general de la inacción del Estado. El armisticio, razonaba un editor, había obligado a Estambul a otorgar a los Aliados el derecho de ocupación. Grecia, que era uno de los vencedores, estaba en su derecho legal de enviar una «fuerza de asistencia» para asumir el control de Esmirna. Los responsables de los periódicos aseguraron a sus lectores que las autoridades británicas, francesas y estadounidenses eran conscientes de que el gobierno de Atenas «no era conocido por ser un gobierno justo o cualificado», capaz de actuar de manera imparcial. «Desde luego, los Estados aliados tienen mayor capacidad para valorar lo que será aceptable o no para Esmirna».[8]

Estas razones tan anodinas para justificar la inacción de Estambul convencieron a pocos funcionarios. Para muchos de ellos, como también para muchos oficiales, no había ningún motivo para tolerar que Grecia se apoderara de la costa del Egeo. Este era sin duda el caso de Eyüp Durukan, un oficial de treinta y siete años destinado en Estambul. Veterano de las guerras de los Balcanes y del frente de Galípoli, anotó en su diario las humillaciones cotidianas que veía y oía durante las semanas que siguieron al armisticio. En más de una ocasión asistió avergonzado a la exuberancia descontrolada de los

griegos de Estambul durante la llegada de las tropas aliadas. Seguía habitualmente los rumores, las noticias y las circulares del gobierno, sobre todo si estaban relacionadas con signos de insurrección cristiana. A medida que la amenaza de una toma aliada de Esmirna era más evidente, la gestión de Damad Ferid le irritaba cada vez más. Para Eyüp, el hecho de que el Estado estuviera tan deseoso de procesar a los antiguos dirigentes del CUP revelaba la verdadera naturaleza del régimen de posguerra. «El trabajo del gobierno –escribió en abril– y [en la práctica] lo único que persigue son actos traicioneros que atormentan a los verdaderos hijos de la patria y dividen a la nación en dos, y así untan de aceite el pan de nuestros enemigos».[9] La caída de Esmirna y las noticias de la masacre de musulmanes inocentes fueron la gota que colmó el vaso. Cinco días después del desembarco griego, Eyüp se reunió en privado con otros oficiales asignados al Estado Mayor otomano. Todos ellos creían que el gobierno no estaba dispuesto a contrarrestar la invasión y que había poco tiempo que perder. Estuvieron de acuerdo en que la mejor solución era tomar «medidas colectivas e individuales para luchar contra estos invasores».[10] Eyüp y sus colegas tardaron semanas en poder reunir armas, municiones y otros suministros para las fuerzas otomanas que defendían el interior del Egeo. Mientras tanto, en el Estado Mayor pronto corrió la noticia de que Mustafá Kemal, del que se había rumoreado que iba a ser ministro de Guerra, se disponía a «entrar en acción» en la costa norte de Anatolia. «Esta noticia me dio más esperanzas –escribió Eyüp en su diario–. Me dio más valor».

Mayo de 1919 ocupa, hoy, un lugar muy importante en la memoria colectiva de los turcos. El 19 de mayo es la fecha en la que los ciudadanos turcos recuerdan el que se considera un momento clave en la creación de la República turca: la llegada de Mustafá Kemal Atatürk al puerto de Samsun, en el mar Negro. Simbólicamente, su desembarco en la costa norte de Anatolia marcó el inicio de una resistencia nacional destinada a liberar el imperio de la ocupación extranjera. Casi una década después, Kemal conmemoraría este momento de su vida como el inicio de su propio ascenso a nivel nacional. Sin embargo, en mayo de 1919, el fundador de Turquía no era, en modo alguno, un nombre conocido. Y, sobre todo, desde la perspectiva de aquella primavera, prácticamente ningún aspecto de su futuro parecía estar predestinado. Llegó a Samsun sólo con órdenes de mantener la paz en la Anatolia rural. Era un alto oficial otomano sin ninguna experiencia política y sin ningún deseo declarado de desafiar el orden fundamental en el que se sostenía el imperio.

El empeño de Atatürk, y de oficiales como Eyüp, en reanudar la guerra contra los Aliados hasta acabar derrocando al sultán no es algo

sencillo de explicar. La odisea política de Mustafá Kemal es una historia que se define, en gran medida, por el oportunismo, la contingencia y el puro azar. Ahora bien, hubo hilos de continuidad significativos que recorrieron su espectacular aparición en la escena internacional. Atatürk y la mayoría de sus seguidores fueron producto de la era de los Jóvenes Turcos, unidos por los sufrimientos que padecieron durante la Gran Guerra y su deseo de revertir sus consecuencias. Desde el punto de vista ideológico, Mustafá Kemal y sus colaboradores más cercanos eran nacionalistas como Talat, Enver y otros altos dirigentes del CUP. Cuando empuñaron las armas contra los Aliados, aceptaron las consecuencias de las políticas de deportación e ingeniería social del partido. Por eso, muchos de los que apoyaban a Atatürk preveían restaurar el Estado del CUP cuando ganaran la nueva guerra.

El sultán y sus partidarios consideraban que la resistencia era un movimiento impulsado por algo más que el patriotismo. Como cientos de oficiales de guerra, burócratas y líderes cívicos se pusieron del lado de Mustafá Kemal, muchos en la capital interpretaron la campaña de la resistencia como un vehículo para el renacimiento del CUP. Y numerosos fueron los ciudadanos que llegaron a la misma conclusión. Si bien en el campo muchos se sentían obligados a defender el imperio, grandes sectores de la población estaban demasiado cansados o resentidos para volver a tomar las armas cuando había pasado tan poco tiempo desde la Gran Guerra. El profundo odio a los Jóvenes Turcos impidió que muchos ciudadanos se unieran a los combatientes de Kemal. Mehmed VI y su círculo más íntimo aprovecharon esas manifestaciones de rechazo al CUP en su propio beneficio. A principios de 1920, dichas discrepancias políticas crearon nuevas líneas divisorias en lo que quedaba del imperio. Ya no se trataba sólo de qué territorios seguirían formando parte del Estado otomano. Saber quién gobernaba verdaderamente el país y qué significaba ser un ciudadano leal se convirtió en objeto de intensas polémicas.

Mustafá Kemal reconoció estas fisuras sólo en parte. Al principio, él y los suyos tendían a ignorar las señales de descontento del sultán. También rechazaban las muestras de descontento popular, que consideraban síntomas de «reacción» o intromisión extranjera. Sin embargo, a medida que se intensificaban los combates contra los Aliados y con las negociaciones en París estancadas, los autoproclamados nacionalistas de Kemal empezaron a concebir una visión muy diferente del país y su futuro. En la primavera de 1920 aparecieron las primeras señales reales de la disolución del imperio.

«LUCHAREMOS COMO CARNEROS»: LOS ORÍGENES

DEL MOVIMIENTO NACIONAL

Ahmet Şükrü Oğuz esperó hasta 1952 para escribir sus recuerdos. A sus setenta y un años, nunca había sido objeto de la atención pública. Se supone que su silencio se debió a lo que había sucedido un cuarto de siglo antes. En 1926, Nail, su hermano menor, y él fueron juzgados por intentar derrocar a Mustafá Kemal, entonces presidente de la joven República turca. Además, fue acusado, junto con otros imputados, de querer reinstaurar el CUP como partido gobernante. Aunque Şükrü fue absuelto de todos los cargos, su hermano no corrió la misma suerte. Nail fue declarado culpable y condenado a la horca. Şükrü escapó a este destino y vivió el resto de su vida en el olvido.

El antiguo oficial otomano revelaba muy poco de sí mismo en las primeras páginas de sus memorias. Este desinterés por sus primeros años de vida ha provocado ciertas dudas sobre su origen y sus primeras experiencias. Parece claro que nació en Estambul, en el barrio de Yenibahçe (por eso lo apodaron durante la mayor parte de su vida Yenibahçeli Şükrü, «Şükrü de Yenibahçe»). Al final de su vida, se dijo que su familia descendía de tribus túrquicas de la costa occidental de Anatolia. Después aseguraron que esta no era turca, sino que eran inmigrantes del norte del Cáucaso (un grupo que suele denominarse «circasianos»). En cualquier caso, Şükrü se graduó en la Harbiye en 1903, justo un año después que Mustafá Kemal. Pasó la primera parte de su carrera luchando contra rebeldes nacionalistas en el sur de los Balcanes. Parece que esta dura experiencia y el contacto con oficiales de ideas afines le acercaron al CUP. En la época de la Revolución de los Jóvenes Turcos, su hermano Nail y él tenían fama de ser fedai, radicales dispuestos a matar por el partido. El estallido de la guerra en 1914 le permitió ascender aún más en las filas militares. Como era un tirador hábil y un oficial prometedor, fue enviado a Alemania para recibir entrenamiento especial, con la esperanza de crear una unidad de élite de tropas de asalto otomanas. Años más tarde se jactaba de que sus hombres formaban una fuerza «excelentemente entrenada y disciplinada» a pesar de las dificultades de la guerra.[11]

Şükrü, como otros que todavía servían de uniforme, se sintió

desilusionado e irritado por las noticias de la capitulación del imperio. Al principio rechazó la orden de desmovilizar a su unidad y alegó ante sus superiores que lo que debía hacer era trasladar su puesto de mando al interior del país y seguir luchando. «¿Con qué soldados y con qué armas? –respondió el inspector jefe del ejército–. ¿Contra qué ataque imaginario? ¿No ha leído los principios de Wilson? La guerra ha terminado para todo el mundo».[12] Esta advertencia no le disuadió ni le desanimó. Pronto comenzó a reunirse en secreto con sus camaradas de toda la vida para tratar de encontrar alguna otra manera de continuar la guerra. «Lucharemos como carneros», propuso un viejo amigo, un médico llamado Fahri Can. Para golpear con mayor fuerza, explicó, los carneros retroceden y así ganan espacio y tiempo. «Avanzaremos hacia el este –continuó Fahri–. Nos reagruparemos y [nos] lanzaremos cuando alcancemos nuestra máxima velocidad».[13] En diciembre de 1918, Şükrü y sus compañeros afirmaron pertenecer a una organización secreta apodada «Karakol», cuyo objetivo era reanudar la guerra.

A un lector turco de principios de los años cincuenta, estas afirmaciones podían parecerle algo heréticas. En esa época, los libros de texto y las proclamas públicas ensalzaban a Atatürk como la chispa que prendió la llamada Lucha Nacional. Hasta cierto punto, Şükrü reconocía esta opinión, al tiempo que reafirmaba su aportación personal a la reanudación de la guerra. Declaró que la resistencia era en lo que «cualquier persona en su sano juicio estaba pensando».[14] Al destacar esta contradicción histórica, las memorias de Şükrü ponen de relieve uno de los aspectos más turbios del final del imperio. Su versión de los hechos muestra unas circunstancias caóticas que desembocaron en el reinicio de los combates en 1919. Estos recuerdos y los de otras personas revelan también un gran esfuerzo –al principio inconexo– de lo que quedaba del CUP para resistir frente a los Aliados e impedir la partición del imperio. El papel de Atatürk en la formación de este movimiento de resistencia sigue siendo algo difícil de precisar y, por extensión, su ascenso posterior a la condición de salvador de la patria parece menos que predestinado.

Şükrü no nos cuenta casi nada de sus actividades dentro del CUP. También se guarda su opinión sobre el partido y su deshonrosa disolución. Pero muchas otras fuentes dan a entender que estuvo muy vinculado a los tumultuosos años finales del CUP en el poder. En 1916, las desavenencias políticas y los choques de personalidades empezaban a desgarrar el núcleo interno del partido. La cuestión más apremiante, el manejo de la guerra, era especialmente polarizante. En el otoño de ese año, los máximos dirigentes evitaron de milagro un intento de golpe por parte de algunos oficiales que aspiraban a conseguir una paz separada con los Aliados. El

líder de la conspiración, un conocido fedai llamado Yakup Cemil, era uno de los matones que gravitaban en torno a las dos figuras más destacadas del imperio, Enver y Talat. Las tensiones entre el ministro de la Guerra y el ministro del Interior continuaron hasta 1918, puesto que sus respectivas facciones temían la posibilidad de un asesinato o golpe de Estado. Şükrü Oğuz, persona próxima a Enver, estuvo íntimamente involucrado en esta lucha interna.

Parece ser que la inminente amenaza de derrota ayudó a restablecer las relaciones entre los dos ministros y sus séquitos. En el otoño de 1918, ambos hablaban ya de planes alternativos en caso de que se rindiera Estambul. Numerosas fuentes indican que Enver aconsejó a varios fieles que prepararan algún tipo de campaña de resistencia ante una posible ocupación del país. El plan, si se puede llamar así, contaba con una ofensiva dirigida por las tropas otomanas estacionadas en el Cáucaso (con tropas comandadas por Halil, el tío de Enver). Los planes continuaron incluso después de que Enver y Talat huyeran del país, a principios de noviembre de 1918. Fue durante esta fase de los preparativos cuando Şükrü Oğuz se incorporó a la organización Karakol. Su elección no fue casual. De las personalidades vinculadas a esta conspiración, la mayoría eran amigos íntimos y admiradores de Enver Pashá. En conjunto, la lista de personajes que formaban Karakol parecía un quién es quién de los partidarios más violentos del CUP. La campaña, según Şükrü, plantó la semilla de lo que luego fue el ejército de liberación de Mustafá Kemal, las Fuerzas Nacionales (Kuva-yı Milliye). «No importa lo que digan –aseguraba–, en las Fuerzas Nacionales había un espíritu unionista [del CUP]».

También es probable que a un lector turco de principios de los años cincuenta esta afirmación le pareciera más bien blasfema. Para entonces ya era dogma de Estado que los Jóvenes Turcos habían intentado debilitar a Atatürk desde los mismos inicios de su ascenso al poder. Es más, las afirmaciones de Şükrü debieron de parecerles a muchos un intento de restablecer su buen nombre y el de sus antiguos camaradas. Desde luego, es indudable que en sus memorias tratara de justificarse de alguna forma. Pero Şükrü Oğuz no fue más que uno de los muchos veteranos que enfatizaron la importancia del CUP al lanzar la Lucha Nacional. Para entender esta contradicción y apreciar los factores más amplios que alimentaron este movimiento, primero hay que tratar de comprender la política interna del CUP tras el armisticio. Más concretamente, a la hora de la verdad, hay que abordar las realidades y los mitos relacionados con la aparición de Mustafá Kemal.

Cuando Enver y Talat abandonaron el imperio, el CUP, como partido, era una sombra de lo que había sido. A pesar de su cambio de nombre como

Partido de la Renovación, muy pocos de los que quedaban inspiraban la lealtad y el respeto que habían suscitado los fugitivos. Muchas figuras antes influyentes se apartaron de la política imperial a medida que los sentimientos contra el CUP se apoderaban de la prensa y del Parlamento en funciones. Entre los pocos beneficiados había antiguos Jóvenes Turcos conocidos por su independencia o sus discrepancias. Algunos, como el fundador del partido, Ahmet Rıza, buscaron un puesto en el gobierno a pesar de la influencia de los rivales del CUP. «Estoy en contra de la mentalidad komiteci –declaró un antiguo ministro del CUP–. Si Unión y Progreso recupera el poder, debe ser con nuevas personalidades. A partir de ahora, no se hará hueco a quienes tengan mentalidad komiteci».[15] *El declive político del CUP se aceleró tras la detención masiva de miembros relacionados con las matanzas y deportaciones de armenios. Entre los detenidos había dirigentes del grupo clandestino de Şükrü Oğuz. En lugar de ir a la cárcel, él y un pequeño grupo de organizadores abandonaron Estambul con la orden de establecerse en el interior de Anatolia.*

A pesar de que se expulsara de la capital a posibles resistentes como Şükrü Oğuz, hubo varios factores que contribuyeron a estimular su aglutinación y sus energías. Quizá el catalizador más inmediato fue el temor a una rebelión cristiana. Tras el armisticio, los unionistas leales, así como otros ciudadanos menos partidistas, estaban consternados por la alegría de los griegos y los armenios ante la perspectiva de una ocupación aliada. En medio de las escenas de triunfo en los barrios predominantemente cristianos de Estambul, empezaron a circular noticias y rumores de manifestaciones más violentas. Por ejemplo, poco después de la capitulación del imperio, Şükrü ordenó a sus hombres que ocuparan posiciones defensivas alrededor de la mezquita de Santa Sofía de Estambul por temor a que los vándalos locales izaran banderas griegas en sus minaretes. En marzo de 1919, los periódicos publicaron la noticia de un ataque perpetrado por una banda de docenas de griegos en Bostancı, un barrio acomodado a las afueras de Estambul. Los detalles del supuesto asalto eran especialmente escandalosos. Después de irrumpir en una villa junto al mar, los ladrones «ataron las manos de los sirvientes y empleados» y asesinaron brutalmente al principal residente de la casa, un funcionario que trabajaba para el Ministerio de Asuntos Exteriores.[16] Este crimen y otros atribuidos a bandas griegas y armenias que operaban fuera de la capital se interpretaron como actos políticos. Şükrü y su camarada Fahri Can se dedicaron especialmente a combatir lo que consideraron una gran campaña para «destruir a los turcos».[17] Una vez instalados en Gebze, ciudad situada en la carretera principal de la costa entre Estambul y el interior de Anatolia, ambos ayudaron a armar y dirigir las actividades de los paramilitares musulmanes

locales. Los hombres de Şükrü, en su mayoría inmigrantes pobres del Cáucaso y los Balcanes, escogían como víctimas a presuntos activistas cristianos y a desventurados civiles. Como era su costumbre, apresaron y mutilaron a dos hombres elegidos al azar, unos comerciantes griegos de la cercana ciudad de Pendik. Después de arrancarles las orejas, los criminales les dijeron que las llevaran «a vuestros amigos los ingleses, a los que vitoreabais con tanto júbilo el otro día. Tal vez os ayuden».[18]

Las actividades de Şükrü Oğuz contaban con la red de oficinas provinciales del CUP, que las facilitaban aún más. En los años anteriores a la guerra, el partido había acumulado una diversidad de simpatizantes arraigados en comunidades rurales y urbanas de todo el imperio. En algunas regiones, el poder que tenían los clubes locales del CUP reforzaba, o incluso sobrepasaba, la influencia de las oficinas de la administración imperial. Aunque debilitada, la integridad de esa base provincial del partido consiguió sobrevivir a la disolución formal del CUP. Cuando los agentes de Karakol se dispersaron por las provincias, se encontraron con partidarios bien dispuestos entre una gran variedad de figuras locales: policías, alcaldes, burócratas, educadores, periodistas, comerciantes, terratenientes y, en muchos casos, bandidos. Las operaciones de Karakol contaban también con el refuerzo de hombres que, durante la guerra, habían sido provocadores, asesinos y paramilitares de los servicios secretos otomanos, la Organización Especial (Teşkilat-ı Mahsusa). Mucho antes de que Şükrü se instalara en Gebze, su hermano Nail, también veterano de la Organización Especial, fue enviado a las provincias orientales de Anatolia para reunir a la gente fiel al CUP. Según todos los testimonios, la campaña encontró de inmediato personas dispuestas a participar. Los agentes de Karakol consideraban que establecer una base de operaciones en el mar Negro era crucial para la supervivencia del Estado; tanto la República de Armenia como los irredentistas griegos tenían el objetivo de anexionarse el norte y el este de Anatolia. Sin embargo, desde los primeros días del armisticio, los asesinos y forajidos demostraron ser una amenaza tan grave para el orden público como cualquier conspiración política. Una de las figuras de fama más siniestra que acechaba las aguas del mar Negro era un antiguo comerciante convertido en paramilitar, llamado Topal Osman («Osman el Cojo»). Durante la guerra, Osman había adquirido una reputación cruel como asesino de la Organización Especial Otomana. Con el cese de las hostilidades, él y su banda de leales saquearon a su antojo las aldeas griegas de la zona. Ser un hombre conocido por matar «entre diez y quince cristianos ortodoxos al día» –como le recordaba un administrador otomano–, no le restaba méritos

en opinión de los resistentes locales. Su ferocidad y su buena disposición a compartir las ganancias de sus incursiones acabaron convirtiéndolo en un jefe venerado en las Fuerzas Nacionales.[19]

En Esmirna, una serie de condiciones muy distintas dieron forma a la resistencia. Allí, una cohorte separada de Jóvenes Turcos, bastante independiente de las actividades de Karakol, se puso en marcha por su cuenta con la finalidad de contener una ocupación aliada. Un mes después del armisticio, un pequeño círculo de incondicionales del CUP, varios de ellos destacados miembros del Hogar Turco, formó una organización llamada «Comité para la Defensa de los Derechos Otomanos». Con la ayuda de funcionarios locales, el grupo trabajó durante la primavera de 1919 para tratar de fomentar la oposición popular a un posible desembarco aliado. Varios oficiales del ejército regular se infiltraron y conspiraron con los principales miembros del comité. En vísperas de la invasión griega, los comandantes de varias unidades de infantería locales, que además tenían sólidas credenciales unionistas, se coordinaron con el comité en previsión de los combates que, sin duda, se avecinaban.

Hubo otros antiguos Jóvenes Turcos que trazaron sus propios planes para emprender campañas de resistencia contra los Aliados. Uno de los oficiales más destacados era un comandante de cuerpo y viejo devoto del CUP llamado Kâzım Karabekir. En sus escritos, Karabekir –quizá el memorialista más prolífico de los primeros tiempos de la República turca– da a entender que sus actividades en Estambul fueron claves para entablar la Lucha Nacional. Los diarios que escribió, después de que abandonara su mando en Anatolia oriental a finales de noviembre de 1918, dan testimonio de sus primeros esfuerzos para convencer a sus compañeros oficiales que se unieran a él en la reanudación de la guerra. Según cuenta, estas peticiones iniciales tuvieron poco éxito. Sin embargo, cuando fue adaptándose a la vida en la capital, frecuentó un círculo de oficiales que acabaría convirtiéndose en el núcleo dirigente de las Fuerzas Nacionales. Uno de sus primeros colaboradores fue un coronel recién llegado del frente sirio, su amigo –y futuro presidente turco– İsmet İnönü. Otro oficial de su círculo de compañeros era Rauf Orbay, antiguo ministro de Marina y jefe de la delegación otomana en Mondros. Y también estaba Mustafá Kemal, a quien conocía desde hacía más de una década. Entre el final del invierno y el principio de la primavera, Karabekir y sus colegas discutieron con detalle qué había que hacer tras el armisticio. Karabekir siguió insistiendo en que había que volver a Anatolia para luchar contra las invasiones de los griegos y los armenios en el norte y el este. Mustafá Kemal, que estaba enfermo, no se oponía a ese plan, pero tenía otras prioridades. Prefería quedarse en Estambul y «aceptar

cualquier tipo de misión que le encomendara el gobierno del sultán».[20] Karabekir partió sin él y llegó a Anatolia oriental a finales de abril de 1919. En las semanas anteriores a la toma de Esmirna por parte de Grecia, se compenetró con los líderes anatolios y recabó información sobre las actividades británicas, griegas y armenias en el Cáucaso y en la costa del mar Negro. Años más tarde, Karabekir aseguró que había sido él quien «decidió los planes políticos y militares» que iniciaron la Guerra de Independencia de Turquía.[21]

Hasta los años sesenta, los turcos no pudieron leer el relato completo de Kâzım Karabekir. Como en el caso de Ahmet Şükrü, Karabekir fue absuelto de los cargos de traición, si bien dichas acusaciones tuvieron como consecuencia su marginación de la vida pública hasta después de la muerte de Atatürk, en 1938. Las primeras versiones de sus memorias se consideraron tan escandalosas que el gobierno ordenó confiscar y quemar la mayoría de los borradores originales. El hecho de que hubiera estado acusado y procesado en 1926 no fue más que uno de los motivos de que se tomaran medidas tan duras. Su versión de lo sucedido, aunque sea cierta sólo en parte, pone de relieve un problema al que todavía se enfrentan los historiadores hoy en día: si Mustafá Kemal no fue más que uno de los hombres que ayudaron a liderar la Lucha Nacional, ¿cómo llegó tan lejos? ¿Qué fue precisamente lo que al final le convirtió en el líder del movimiento?

El propio Mustafá Kemal abordó por primera vez estas cuestiones en el momento en que la guerra con Grecia estaba en su punto álgido. En 1922 concertó una entrevista con un destacado periodista de Estambul a quien le contó el largo relato de su vida. Había crecido en Salónica, hijo de un burócrata de provincias y una madre religiosa conservadora. Su segundo nombre, Kemal, que significa «perfección» en árabe, se lo puso un profesor en la escuela. Era un alumno aventajado y, por tanto, consiguió entrar en la Harbiye. Como a muchos jóvenes cadetes de su generación, su paso por la academia le inspiró un feroz patriotismo y un odio exaltado hacia el sultán Abdülhamid II. Después de caer en desgracia con las autoridades y pasar un breve periodo en la cárcel, le permitieron graduarse y le destinaron a la Siria otomana. Allí se estableció como disidente y activista y formó una sociedad secreta con el propósito de restaurar la Constitución. Poco antes de la revolución de 1908, su organización se fusionó con el CUP. Desde el principio, Mustafá Kemal afirmó que no encajaba con sus compañeros revolucionarios. «Sus exhibiciones personales me parecían desagradables –explicó en 1922– y las acciones de algunos camaradas, merecedoras de crítica, y no me abstuve de decírselo».[22] Si bien no estaba de acuerdo con que el CUP hubiera politizado el ejército y tuvo sus discrepancias con oficiales

superiores, continuó en el partido hasta su disolución. Cuando, en 1914, el imperio entró en la guerra, pasó a servir como comandante de regimiento. En la entrevista de 1922 no mencionaba su heroísmo en la batalla de Galípoli, en la que fue herido y condecorado. En lugar de ello destacaba las críticas que había hecho de la guerra y cómo la habían gestionado. Al final del conflicto, afirmó, había presionado a las autoridades de Estambul para que le nombraran ministro tras la dimisión de Ahmet İzzet. Como no parecía que lo hicieran, volvió a Estambul para presionar en persona. «La [única] cosa en la que pensaba en aquel momento –declaró en 1922– era en [cómo] establecer una base sólida para la defensa del país y, al mismo tiempo, complacer a todas las facciones [políticas]».[23] Sin embargo, tratar de encontrar el consenso entre los diversos bandos ideológicos de Estambul resultó demasiado desmoralizador. Esa fue la razón por la que Mustafá Kemal «tomó la decisión de abandonar Estambul e ir al pueblo y trabajar allí». Entonces, el gobierno, casi casualmente, le ofreció un cargo en Anatolia, que aceptó «tras consultar con algunos amigos».[24] Fue pura coincidencia que abandonara la capital un día después de que los griegos entraran en Esmirna.

Con los años, Atatürk fue maquillando la idea de que la Lucha Nacional empezó por iniciativa exclusivamente suya. En su famoso Nutuk, «el discurso» de 1927, volvió a situarse en el centro de la historia, sin mencionar directamente los meses que pasó en Estambul conspirando con Kâzım Karabekir u otros oficiales. Esta versión fue ganando peso a medida que Mustafá Kemal adquiría más poder y renombre internacional. Incluso antes de su muerte, el mito de su llegada a Anatolia en mayo de 1919 quedó sin duda asociado a la legitimidad de su gobierno. Los autores europeos y estadounidenses contribuyeron especialmente a legitimar la singular relación de Atatürk con la Lucha Nacional. Él era el único que había comprendido que el imperio murió el día que los griegos lo invadieron, dijo un biógrafo francés a sus lectores en 1937. Él era el único, explicó Kemal, que había comprendido que «aún se estaba a tiempo de salvar lo que quedaba, que constituiría el verdadero patrimonio de los turcos y formaría el núcleo de un Estado exclusivamente turco».[25] En este sentido, la interpretación de la historia que hacía Atatürk era su mandato para establecer la República turca. Poner en duda esta versión de los hechos era poner en duda las reformas revolucionarias que acabó imponiendo a todo el país.

Algunos de los que conocieron a Mustafá Kemal en aquellos tiempos corroboraban partes de ese relato. Por ejemplo, Rauf Orbay decía que maniobró entre los oficiales que confiaban en resistir frente a los Aliados. Ahora bien, tanto él como otros insinuaron que Kemal había

albergado sus dudas sobre la idea de marcharse de la capital. Numerosas pruebas ponen de manifiesto que a finales de marzo aún seguía intentando conseguir un puesto en el gabinete. El motivo por el que le nombraron director de una oficina de inspección del ejército, con sede en Erzurum, aún está menos claro. En su Nutuk, Mustafá Kemal afirmó que el cargo le confería la autoridad jurisdiccional que necesitaba para emprender las operaciones de resistencia. Otras fuentes, como el diario de un general, indican que sus superiores planeaban enviarlo lejos antes de que Damad Ferid lo arrestara por sus «intrigas».[26] Por si todo esto no fuera ya bastante complicado, existen pruebas contradictorias sobre la relación de Mustafá Kemal con los colaboradores de la organización Karakol. En 1927, Atatürk afirmó que no se enteró de la existencia de la organización hasta que llegó a Anatolia. Cuando supo que era «una banda secreta y espantosa [komite]», ordenó al grupo que cesara sus actividades.[27] Los testimonios publicados tras su muerte, en 1938, contradicen esta afirmación. Ahmet Şükrü Oğuz llegó a jurar que Karakol buscó el apoyo de Kemal y esperaba que asumiera la dirección de la resistencia que se estaba formando en el este. Oğuz aclaró que fue un amigo común el que intercedió para que los simpatizantes de Karakol pudieran presentar la idea tanto a Atatürk como al ministro de la Guerra. Todos estaban de acuerdo en que su historial como jefe competente no era su única cualificación. Era, como dijo un amigo de Kemal, «un enemigo temible» del CUP, alguien capaz de ahogar a Enver Pashá «en una gota de agua» si alguna vez le ponía las manos encima.[28]

Las contradicciones que rodean a Mustafá Kemal Atatürk durante esta época no son una casualidad histórica. Ya en 1922, se esforzó por moldear la historia a su favor. Y lo hizo con el deseo de debilitar o marginar a sus rivales políticos. Los juicios falsos, como los orquestados contra Karabekir y Şükrü Oğuz, fueron una manifestación de esta campaña. Otra muestra fue el empeño en eliminar o minimizar el papel que habían desempeñado en las Fuerzas Nacionales. La censura ejercida durante el mandato de Atatürk limitó la publicación de relatos contrapuestos. Como consecuencia de ello, todavía sigue habiendo un número increíblemente reducido de fuentes, como el diario personal de Karabekir (que no se publicó hasta 2009). Los efectos de esta campaña también son visibles en los testimonios que no se atreven a refutar, más que en parte, la versión oficial de Atatürk sobre la Lucha Nacional. En sus respectivas memorias, tanto Rauf Orbay como Şükrü Oğuz tienen sumo cuidado en subrayar su lealtad a Mustafá Kemal a pesar de haber sido procesados y expulsados de la política.

Las incoherencias que enturbian algunos aspectos de la vida de Mustafá Kemal no ocultan su evolución como figura histórica. Los documentos dejan claro que el CUP sentó gran parte de las bases de la Lucha Nacional. Distintos testimonios confirman que hubo varios centros de actividad de los Jóvenes Turcos dedicados a construir un movimiento de resistencia. La capacidad organizativa del partido y el entusiasmo de sus miembros le ayudaron a superar muchas de sus debilidades tras su disolución oficial en 1918. Pese a todo, el ascenso de Mustafá Kemal pone en evidencia que los miembros eran conscientes de la impopularidad del partido tras la derrota del imperio. Muchos comentaristas opinaban que la reputación de Kemal de ser un discrepante dentro de los Jóvenes Turcos era una posible baza. Además, era uno de los oficiales de más alto rango conocidos por apoyar la reanudación de la guerra. Sin embargo, fue más tarde cuando sus partidarios vincularon su heroísmo en Galípoli con su legitimidad como líder (irónicamente, una impresión que arraigó después de que los escritores europeos y australianos lo identificaran como uno de los oficiales más impresionantes en el frente de Galípoli). Cuando comenzaron los intensos combates a las afueras de Esmirna, en mayo de 1919, todos estos elementos ayudaron a inculcar en las fuerzas de la resistencia un aire de legitimidad y coherencia para las semanas y los meses que vendrían.

«POR VOLUNTAD NACIONAL»:[29]

EMPIEZAN LOS COMBATES

Ali Çetinkaya fue a la guerra por primera vez en 1902. Recién salido de la Harbiye con el grado de primer teniente, pasó los siete años siguientes luchando contra los guerrilleros en las montañas de Macedonia y Albania. La experiencia le impulsó, como a tantos otros de su generación, a los brazos del CUP. Según decía, se convirtió en un temido fedai, «uno de los agentes de mayor confianza» del partido.[30] Entre 1911 y 1918, ejerció el mando en primera línea de los frentes de todo el territorio otomano: Bengasi (Libia), Kut (Irak), Van (Anatolia oriental) y, por último, en los Balcanes, junto a tropas alemanas y austriacas. Diversos testigos afirmaban que, tras la firma del armisticio, fue uno de los primeros en incorporarse a Karakol. Kel Ali, o «Alí el Calvo», como lo apodaban sus amigos, no lo menciona en sus memorias. En cambio, sí reconoce que mantuvo una correspondencia constante con otros oficiales y activistas vinculados al Comité para la Defensa de los Derechos Otomanos de Esmirna antes de la caída de la ciudad. En las semanas posteriores a la invasión griega, la reanudación del conflicto armado llegó hasta sus puertas.

A principios de 1919, Çetinkaya fue destinado a una unidad en Ayvalık, en la costa del Egeo. La ciudad, según los que la visitaron ese invierno, estaba tardando en recuperarse de los combates. Un oficial británico que pasó por allí reparó en que muchas de las casas estaban intactas «aunque despojadas de su contenido» tras las deportaciones de griegos nativos durante la guerra. «Los habitantes –observó–, famosos por su vigor y mesura, ahora deambulan sin rumbo hasta el anochecer», sin pensar en nada más que en atender sus campos cuando llegue la primavera.[31] Çetinkaya, como comandante de una guarnición, lo veía de otro modo. Él y sus hombres se encontraban solos entre los habitantes griegos de Ayvalık, que estaban «llenos de animosidad y aspiraciones sediciosas».[32] Sus peores temores se hicieron realidad cuando estalló un motín en la ciudad, al día siguiente de que llegaran las tropas griegas a Esmirna. El orden se restableció de inmediato, pero un peligro mucho mayor parecía cada vez más inminente. A la semana siguiente de la caída de Esmirna, los

primeros destacamentos griegos empezaron a explorar las ciudades y pueblos cercanos a Ayvalık. Los griegos regulares iban acompañados de contingentes de voluntarios cristianos locales. Uno de ellos, formado por unos ochocientos hombres, se dedicaba a atacar e incendiar pueblos a su paso.[33] Para anticiparse a un posible ataque griego contra Ayvalık, Çetinkaya y otros oficiales otomanos reunieron sus propios grupos auxiliares con el fin de reforzar las tropas imperiales en el norte del Egeo. Entre los campesinos y los reservistas reclutados en estas «unidades nacionales» había grupos de inmigrantes bosnios. El mero hecho de reclutarlos era útil, argumentó Çetinkaya, puesto que los griegos de la zona solían temer a los refugiados balcánicos porque los relacionaban con la criminalidad y la violencia. No obstante, tales preparativos resultaron ser insuficientes. En la madrugada del 29 de mayo, al amparo de la oscuridad, tropas griegas e irregulares desembarcaron en la costa de Ayvalık y marcharon hacia la ciudad. Después de perder el terreno elevado, Çetinkaya se retiró hacia el este y se unió a otros oficiales decididos a contener a los griegos. Dado que por aquel entonces el gobierno de Damad Ferid seguía haciendo redadas de «jóvenes preparados y puros» por su relación con el CUP, los oficiales recibieron poco apoyo por parte de Estambul.[34] En esos momentos, Çetinkaya y sus camaradas se encontraron prácticamente solos.

La noticia de la caída de Ayvalık agravó lo que ya era un estado de indignación pública. La semana después de la toma griega de Esmirna fue de agitaciones y acciones casi constantes. Oleadas de protesta popular sacudieron el centro de Estambul a medida que los estudiantes, profesores, políticos y activistas se congregaban para defender la nación. Los miembros del Hogar Turco asumieron un papel especialmente visible a la hora de articular las exigencias de los manifestantes. Los oradores subrayaban reiteradamente un único principio: la mayoría musulmana que quedaba en el imperio se oponía tanto a la partición como a la ocupación extranjera. Las proclamas y las cartas de protesta publicadas por las asambleas y los congresos locales también denunciaban la invasión griega como un ataque contra todos los musulmanes. Muchos oficiales regulares colaboraron en esta campaña, a menudo sin el permiso expreso de sus superiores. A medida que los destacamentos griegos expandían lentamente su cabeza de puente desde Esmirna hacia la provincia occidental de Aydın, las guarniciones y comisarías cercanas empezaron a repartir armas y municiones a los ciudadanos dispuestos a luchar. Las primeras informaciones sobre la matanza de civiles musulmanes en Esmirna fueron una herramienta especialmente poderosa para incitar a la gente a tomar las armas. Incluso los más cansados de la guerra se sintieron

impulsados a actuar movidos por el temor al poder griego y la insurrección de los cristianos. El país, como recordó un activista del CUP ante una muchedumbre, estaba «en la mesa de operaciones», listo para que lo hicieran pedazos.[35]

La espontaneidad y la rabia que se vivía en la capital y las ciudades de todo el país pronto dieron paso a una campaña de movilización más coordinada. Mientras el gobierno de Damad Ferid vacilaba sobre la reorganización del gabinete y las negociaciones de paz en París, los oficiales y burócratas se pusieron de acuerdo para rechazar el avance de los griegos. Hombres procedentes de los rangos intermedios de la administración imperial, como Eyüp Durukan, encabezaron esta primera oleada de movilización. Uno de los organizadores más influyentes tras la caída de Esmirna fue el antiguo ministro de Marina, Rauf Orbay. Después de partir de la capital el 24 de mayo, Orbay recorrió las ciudades del interior de las costas septentrional y occidental del Egeo y se reunió con los jefes de las guarniciones locales que empezaban a desplegarse contra los griegos. También recurrió a conocidos y viejos amigos que le parecían especialmente importantes. El historial y la hoja de servicios de Rauf le ayudaron considerablemente. Como fiel Joven Turco y veterano del servicio secreto otomano, conocía a varias familias y comunidades reputadas por su lealtad al partido y su servicio como combatientes y paramilitares durante la Gran Guerra. Además, Orbay era hijo de inmigrantes circasianos. En tanto que oficial condecorado y antiguo ministro del gabinete, su estatus como una de las personalidades más influyentes del imperio le facilitó la entrada en las comunidades circasianas de Anatolia occidental. En el mes de junio, él y otros oficiales habían reclutado ya a cientos e incluso miles de inmigrantes para las «Fuerzas Nacionales». Junto a voluntarios más convencionales (como antiguos policías, veteranos del ejército y reservistas militares), los circasianos que Orbay había ayudado a incorporar a las Fuerzas Nacionales proporcionaron al nuevo ejército un aire de peligro y crueldad. Una de las personas que contribuyó a consolidar la siniestra reputación de las Fuerzas Nacionales como un ejército insurgente y feroz, y a veces despiadado, fue Çerkes Ethem (Ethem «el circasiano»), el recluta más famoso de Orbay. Tanto antes como después de la guerra, Ethem dejó huella como fedai del CUP y líder de un ejército privado de saqueadores y bandidos circasianos. Durante la Gran Guerra adquirió una fama especialmente temible cuando era jefe paramilitar en el este de Anatolia. Ethem era un asesino y las Fuerzas Nacionales necesitaban hombres dispuestos a luchar hasta el final por la nación.

Los enfrentamientos entre las tropas griegas y los elementos de las Fuerzas Nacionales estallaron gradualmente mientras el mes de mayo llegaba a su fin. Después de ceder terreno, los nacionalistas fijaron

frentes estables a las afueras de las ciudades de Ayvalık, Soma y Alaşehir. Los combates al sur y al este de Esmirna fueron especialmente violentos. Se calcula que, a principios de julio, cuando la ciudad de Aydın cambió de manos, tres mil civiles fueron masacrados y otros veinticinco mil desplazados. Las guerrillas griegas y nacionalistas quemaron y saquearon docenas de pueblos y vaciaron de habitantes grandes franjas del interior del Egeo. Mientras tanto, funcionarios británicos y franceses que imploraban a Grecia que limitara el alcance de su ocupación fueron dejados en la estacada. Después de la toma de Esmirna, los oficiales aliados llevaron a cabo varias investigaciones formales sobre la conducta de las fuerzas griegas. Las conclusiones plantearon serias dudas sobre la viabilidad del intento de anexión de la costa de Anatolia por parte de Atenas. «Aparte de los principios abstractos del bien y el mal y de la autodeterminación, sería excesivamente costoso para un gobierno griego controlar de forma permanente una gran zona turca», reconoció un oficial de inteligencia británico. Se podía suponer sin temor a equivocarse, añadió, que los griegos seguirían sufriendo el acoso de las Fuerzas Nacionales al este y de una población musulmana hostil en la retaguardia (a menos, por supuesto, que «exterminaran o expulsaran a estos últimos»).[36]

Tras completar su recorrido por el interior del Egeo, Rauf Orbay partió hacia el este. El 19 de junio llegó a Amasya, una pintoresca ciudad de provincias situada en la meseta central, al sur del mar Negro. Allí se reunió con Mustafá Kemal, que ocupaba su puesto de jefe de la 9.ª Oficina de inspección otomana. Kemal había avanzado con cautela hacia el interior después de desembarcar en Samsun. Durante sus viajes, había escrito a otros oficiales para expresarles su convicción de que el gobierno otomano se hallaba «cautivo e indefenso». La solución que proponía, tal como dijo al comandante de una unidad militar, era unir a todos los comités y organizaciones locales para que defendieran la nación. Su plan era invitar a representantes de todos los grupos de la resistencia a un congreso general en Sivas, en el sureste del país. «Si fuera necesario, se podría formar un comité directivo» con miembros escogidos, que sustituiría al gobierno de Estambul.[37] Mientras estaba en compañía de Rauf Orbay, Kemal envió a los administradores provinciales un boletín general en el que les comunicaba sus intenciones. Las autoridades de la capital respondieron de forma ambivalente al respecto. El ministro del Interior, aliado de Damad Ferid, lo criticó y pidió a la burocracia imperial que dejara de ayudar a los grupos regionales que apoyaban a las Fuerzas Nacionales. Entonces la autoridad de Mustafá Kemal como inspector se vio restringida y también se le negó la autoridad legal para dar órdenes a

los funcionarios civiles. Ante la amenaza de destitución o despido, renunció a su cargo de general de brigada.

En el momento de su dimisión, Kemal había trasladado su base de operaciones a Erzurum. La ciudad, que, desde abril, era el cuartel general de Kâzım Karabekir, iba a convertirse en el escenario de un congreso de simpatizantes nacionalistas de todo el este. En su diario, Karabekir se quejaba de que era él quien iba a estar al frente de la reunión para «indicar a Mustafá Kemal cuál era su curso de acción».[38] Desprovisto de todo rango o autoridad oficial, Kemal fue elegido presidente del congreso. La reunión duró más de diez días. En ocasiones, los asistentes, entre terratenientes, antiguos funcionarios, juristas islámicos y profesionales, estaban muy agitados. Muchos eran antiguos miembros del CUP, un hecho que irritó a algunos de los participantes. Por temor a que el faccionalismo echara a perder el congreso, un administrador provincial pidió a sus colegas que se olvidaran del pasado. «A partir de ahora –afirmó–, el sindicalismo o lo que sea no existe. Todos defendemos nuestra tierra y la integridad de la patria».[39] Otras discrepancias eran más filosóficas. Un clérigo que asistió a las reuniones se opuso a una declaración oficial que proclamaba que la nación celebraba sus intentos de «modernización». El término «moderno» era en sí motivo de preocupación –escribió un clérigo–, porque se lo relacionaba con los activistas del Hogar Turco, «que no estaban interesados en la religión ni la fe».[40] Al concluir, el congreso de Erzurum alcanzó un consenso sobre varias cuestiones fundamentales. No se harían concesiones a los Aliados. Todos los miembros se comprometían a unir a la nación y liberar el imperio de la ocupación extranjera.

Un segundo congreso en Sivas ratificó la mayoría de las decisiones aprobadas por el comité directivo de Mustafá Kemal en Erzurum. Al terminar la reunión de Sivas, a principios de septiembre, se creó una nueva organización denominada «Asociación de Defensa de los Derechos de Anatolia y Rumeli». Su comité directivo, encabezado también por Kemal, asumió la autoridad para hablar en nombre de todos los grupos y combatientes alineados con las Fuerzas Nacionales. Su objetivo fundamental era sencillo: «Las tierras otomanas», definidas como todo el territorio que estaba aún bajo el control de Estambul en el momento del armisticio, debían respetarse como «un todo indivisible». Dentro de esas tierras dominaba una «mayoría musulmana decisiva». La asociación rechazaba todas las reivindicaciones griegas y armenias sobre Anatolia y Tracia y proclamaba que el sultán seguiría presidiendo como monarca y califa, pero que su cargo estaría sujeto a lo que el comité directivo decidiera que era la «voluntad nacional». Ahora era imperativo que el soberano

volviera a convocar a la Cámara de los Diputados, para hacer posible que «la nación se involucrara en el futuro del país».[41] La creación de una Asociación de Defensa de los Derechos unificada era un desafío descarado contra los administradores de la capital. Desde que Damad Ferid volviera de París en junio, el gobierno imperial parecía realmente indeciso ante la invasión griega. Entre mayo y octubre de 1919, el gran visir remodeló su gabinete dos veces para tratar de mostrar su voluntad de resolver las necesidades del Estado. En privado, a pesar de su fracaso en la conferencia de paz, seguía siendo fiel a la idea de que, si se alcanzaba un acuerdo definitivo, Gran Bretaña apoyaría las peticiones de Estambul. Cuando Lloyd George anunció que la supervivencia del Imperio otomano era «cuestión de vida o muerte para Inglaterra», Ferid demostró su satisfacción ante los miembros de la corte del sultán. Sin embargo, el primer secretario del sultán advirtió al gran visir de que quizá era demasiado optimista. Los sentimientos expresados por el primer ministro británico también podían significar que Reino Unido simplemente «evitaría que Turquía cayera en brazos de otros Estados».[42] No está claro si la complacencia de Ferid reflejaba un consenso más amplio en los pasillos del poder. Es probable que muchos cargos intermedios de la burocracia imperial pensaran que la consolidación de lo que algunos llamaban el «Movimiento Nacional» (Hareket-i Milliye) era una forma de renovación. Desde su puesto en Estambul, Eyüp Durukan sintió una alegría sin reservas al leer la proclama de Mustafá Kemal en Sivas. Era, escribió en su diario, un faro que «muestra el camino correcto y lo ilumina de esperanza».[43]

Con el imperio cada vez más enfrentado consigo mismo, el sultán accedió a tomar medidas. Siguiendo el consejo de sus asesores, Vahideddin nombró a un nuevo gran visir, Ali Rıza. Rıza, un fornido estadista de cincuenta y nueve años que había empezado su carrera antes de la Revolución de los Jóvenes Turcos, recibió el encargo de conseguir «un compromiso y un acercamiento» con los nacionalistas de Anatolia.[44] A principios de octubre, los representantes del nuevo gobierno accedieron a las demandas de la Asociación para la Defensa de los Derechos y convocaron elecciones para ese invierno. En privado, los negociadores de Ali Rıza dejaron claro que las elecciones sólo se celebrarían si se confirmaba que la asociación «no tenía ninguna relación con el unionismo».[45] Pese a que repudiaba al gobierno de la guerra, los vínculos innegables de la organización con el CUP hicieron que las elecciones de 1919 fueran muy polarizadoras. En todo el país, los miembros del Partido de la Libertad y la Concordia de Ferid y la mayoría de los ciudadanos no musulmanes boicotearon los comicios. La situación de inseguridad obligó a destacados

periódicos de la capital a reconocer que no sabían cómo «se estaba desarrollando la actividad electoral en las provincias».[46] Todo indica que fue deplorable. En Samsun, las tropas nacionalistas encabezadas por el temido comandante Topal Osman obligaron a dos candidatos de la oposición, un juez y el gobernador provincial, a huir para salvar sus vidas. El alcalde de un pueblo próximo a Bursa llenó la urna de papeletas a favor de los nacionalistas después de que cuatrocientos diez de los quinientos residentes no acudieran a votar. En otro pueblo del oeste, se amenazó a los armenios residentes con agredirlos violentamente si no votaban por el candidato local, un antiguo miembro del CUP que había contribuido a organizar las deportaciones de 1915 en la región.[47] Cuando se constituyó el Parlamento imperial, los servicios de inteligencia británicos informaron de que por lo menos veinticuatro de los 164 representantes elegidos habían tenido algún tipo de participación en la deportación o la matanza de armenios durante la Gran Guerra.[48]

El último periodo de sesiones de la Cámara de los Diputados otomana se inauguró el 12 de enero de 1920. Poco más de un año antes, todavía había representantes de Bagdad y Yemen sentados en la Cámara. Ahora, tras las elecciones de 1919, la composición era más reducida y uniforme. Los que se reunieron en Estambul aquel invierno no representaban más que a los distritos situados dentro de las fronteras de la línea del armisticio de 1918 (salvo la ciudad de Mosul, ocupada por los británicos). A diferencia del parlamento anterior, que incluía a delegados griegos y armenios, todos los hombres que ocuparon sus escaños en 1920, salvo uno, eran musulmanes.[49] Estos drásticos cambios en la configuración del organismo no hicieron mella en la actitud de sus miembros. «Estamos viviendo –declaró el presidente de la Cámara– el periodo más importante y más crítico de la historia otomana». Por suerte, el imperio había evitado la «catastrófica calamidad» que había provocado la caída del zar ruso. La Cámara de los Diputados debía comprometerse a defender la soberanía del Estado y garantizar su supervivencia. Nadie, prometió, «consentirá que se pisoteen las leyes que reconocen a la nación turca [entre] todas las naciones y los pueblos en la actualidad. Y el país no se romperá en pedazos».[50]

Cuando no llevaba ni un mes de sesiones, la Cámara de los Diputados presentó oficialmente su propia propuesta de acuerdo de paz. Denominada «Pacto Nacional» (Ahd-ı Milli o Misak-i Milli), esta se hacía eco de los principios básicos defendidos por la Asociación para la Defensa de los Derechos. Para empezar, reiteraba la exigencia de que todos los territorios situados dentro de las líneas del armisticio de noviembre de 1918 fueran considerados un país único e indivisible. En esas tierras predominaba una

«mayoría islámica otomana». Fuera de esas fronteras, en las zonas del Estado otomano «con una mayoría completamente árabe», la Cámara proponía que los pueblos locales decidieran su futuro por su cuenta. Se presentó una recomendación similar para otros dos territorios, ambos con una población elevada de habla turca: Tracia occidental (reclamada por Grecia) y las provincias de Batum, Kars y Ardahan (codiciadas por Georgia y Armenia). La Cámara de los Diputados actuó de forma contundente con respecto a la soberanía de la capital, el Estrecho y el mar de Mármara. La «sede del califato del islam, el glorioso sultanato y el gobierno otomano» debían permanecer por entero en manos nacionales. En cuanto a las «minorías» del país, el Parlamento acordó respetar sus derechos siempre que «los musulmanes de los Estados vecinos puedan recurrir con seguridad a la misma ley».[51]

Después de aprobar el Pacto Nacional en medio de aplausos ensordecedores, la Cámara de los Diputados pasó a otras cuestiones más antiguas. Quedó pendiente la redacción de una declaración que se presentaría al sultán. Días antes, el gran visir había presentado al Parlamento una proclamación en nombre de Mehmed VI. La declaración era breve, trivial y anodina. Vistas las negociaciones de paz que estaban desarrollándose en París, instaba a la Cámara y al gobierno a mantener la unidad. Sólo se hacía una breve referencia a «los dolorosos sucesos similares a la repentina ocupación de Esmirna y sus alrededores por parte de los griegos».[52] Varios miembros del público se indignaron ante la proclamación del gran visir. ¿Por qué –se preguntaron– el visir no había mencionado otras regiones ocupadas por los Aliados? ¿No estaban acaso ocupados territorios como Mosul, Urfa, Ayvalık, Tracia y Adana? ¿Y qué pasaba con las atrocidades sufridas por los musulmanes? ¿Y qué decir de la nación? Varios oradores, entre ellos destacados miembros del Hogar Turco, insistieron en que se reconocieran oficialmente los sufrimientos y los derechos de los turcos. Para los insatisfechos, las normas del Parlamento les permitieron cierta compensación. Por ley, los miembros de la Cámara de los Diputados estaban obligados a redactar una respuesta oficial al gran visir. Un día antes de que se anunciara el Pacto Nacional, los miembros del comité presentaron un borrador de la respuesta de la Cámara. La propuesta, que pedía que se reconociera lo que había sufrido el país desde la época de las guerras balcánicas, no mencionaba a los turcos, los musulmanes ni los otomanos. Además, como señalaron varios miembros, el lenguaje era demasiado opaco. Como sugirieron algunos, era mejor que la declaración se redactara en «turco corriente», sin expresiones retorcidas, derivadas del árabe o el farsi. Como argumentó un diputado, era importante para que «la gente y toda la nación pudieran comprenderla».[53] Sin embargo, el

Parlamento no aprobó la mayoría de los cambios propuestos. Algunos representantes no estaban dispuestos a enfrentarse al sultán. Otros se negaban a diluir o simplificar la lengua del Estado otomano. Si había un espíritu nacionalista que gobernaba el Parlamento electo, era un espíritu arraigado en las tradiciones imperiales.

No obstante, había algo en lo que sí coincidían las principales figuras de la capital: que el futuro del imperio estaba en el filo de la navaja. Incluso Damad Ferid, que seguía siendo representante en el Senado imperial, estaba de acuerdo en que el país «se enfrentaba a unos acontecimientos colosales, similares a la caída y la destrucción del Imperio romano».[54] En aquellos tiempos difíciles, incluso los partidarios más enfrentados por sectarismos coincidían en su deseo de preservar el Estado otomano. No hubo ningún llamamiento a cambiar el sistema de gobierno del imperio. Nadie importante en Estambul clamó por el derrocamiento de Mehmed VI. En principio, al menos, Mustafá Kemal también estaba comprometido con la supervivencia del sultanato. Aunque después se dijera que había mantenido en secreto su deseo de establecer una república, nada en su comportamiento como jefe de la Asociación para la Defensa de los Derechos delataba esa intención.

Ahora bien, lo que significaba estar comprometido con el Estado otomano a principios de 1920 había cambiado considerablemente. Desde sus primeras reuniones en Erzurum y Sivas, los nacionalistas de Mustafá Kemal se mostraron inflexibles con el hecho de que sólo había que retener los territorios en poder de las tropas otomanas en el momento del armisticio. Esos territorios formaban parte de la soberanía del imperio por las supuestas mayorías musulmanas que residían en ellos. Esta reafirmación de los derechos mayoritarios, una postura basada en los términos de paz de Woodrow Wilson, también fue compartida por otras personas como Damad Ferid. Todos los territorios en los que el turco era la lengua dominante, declaró Ferid, debían permanecer bajo el dominio del sultán. Tales tierras no sólo incluían territorios perdidos durante la Gran Guerra, sino también regiones cedidas con anterioridad (como Tracia occidental, Kars y Batumi). También había indicios de que los líderes de la Cámara de los Diputados no estaban dispuestos a abandonar del todo las tierras árabes. En principio, el llamamiento del Pacto Nacional a convocar un plebiscito entre los ciudadanos árabes dejaba la puerta abierta a algún tipo de reunificación con el imperio. Ese invierno, incluso los periódicos nacionalistas seguían afirmando que «la lealtad árabe y turca al califato y al sultanato [era] eterna».[55]

La retórica de esta época crucial delataba, sin embargo, cierta

ambigüedad. Si bien los altos dirigentes creían unánimemente que en el imperio prevalecía una mayoría musulmana, pocos fueron coherentes en la forma de referirse a esta población. A principios de 1920, era frecuente que se usaran diversos términos. Para algunos, Anatolia era sobre todo una «tierra musulmana», o quizá una tierra «musulmana y turca». A veces se calificaba a la mayoría del imperio de «musulmana otomana» o «turca otomana». Esa misma falta de coherencia tenían las referencias al nombre del imperio. En lenguaje formal, los funcionarios del gobierno y los representantes nacionalistas solían decir que «Estado otomano» o «tierras otomanas» eran los nombres apropiados para el país. Aun así, «Turquía» siguió siendo un sinónimo habitual del imperio y su gobierno. En ciertos aspectos, estas tendencias lingüísticas expresaban la continuidad con el pasado. Pero los observadores contemporáneos empezaron a percibir un cambio sutil. En enero, el director de un periódico de Estambul lo constató. Sus colegas habían decidido hacía poco cambiar el nombre de su gremio de «Sociedad de Prensa Otomana» a «Sociedad de Prensa Turca». La decisión, a su juicio, era fundamentalmente política e indicaba un cambio de opinión más general. El otomanismo, una creación nacida casi un siglo antes, parecía estar fracasando. En su opinión, el motivo era la deslealtad de los griegos y los armenios nativos. «No hay ninguna razón visible –argumentaba– para creer que estas dos naciones seguirán siendo leales a la comunidad otomana». Además, había musulmanes –ya fueran albaneses, árabes o kurdos– que también habían demostrado ser poco de fiar. Estas tendencias, concluía, legitimaban a quienes se identificaban como turcos.[56]

Sin embargo, las impresiones de este tipo estaban llenas de paradojas. Es posible que «los turcos pensativos e intelectuales» vieran una clara diferencia entre otomanismo y turquismo, pero lo habitual seguía siendo que la gente hablara de cosas «turcas» y «otomanas» de manera indistinta.[57] No todas las personas que hablaban turco se consideraban exclusivamente turcas. Entre los partidarios de la Asociación para la Defensa de los Derechos, muchos que se consideraban turcos también se identificaban como circasianos, albaneses, bosnios o kurdos y, en muchos casos, fueron gente esencial para el desarrollo y la fuerza del Movimiento Nacional. Estas contradicciones eran difíciles de conciliar. Como había ocurrido en el periodo de máximo poder del CUP, todavía no estaba claro qué significaba verdaderamente la identidad otomana. ¿Ser turco era sólo otra forma de decir que uno era otomano? Y si «los turcos y los musulmanes» constituían el núcleo político y demográfico del imperio, ¿qué pasaba con los árabes musulmanes y los cristianos armenios? ¿Tenían un hueco legítimo en el futuro del imperio?

Luego estaba la cuestión estratégica. Antes de salir de Estambul en

julio de 1919, el embajador alemán declaró que la élite imperial estaba dividida acerca de cómo abordar las conversaciones de paz de París. En la capital otomana, por supuesto, nadie deseaba la partición del imperio, aunque algunos estaban dispuestos a pensar en «una mayor autonomía para las provincias orientales». Muchos creían que aceptar a un gobernante extranjero, en forma de mandato, era inevitable. Según el embajador, la mayoría estaba dispuesta a aceptar que mandara Estados Unidos, aunque los círculos influyentes de Estambul también estaban dispuestos a tener en cuenta un gobierno británico o francés. Sólo una minoría, un grupo «formado principalmente por extremistas de los Jóvenes Turcos», exigía nada menos que «la absoluta independencia con el asesoramiento y la ayuda de una gran potencia».[58] Seis meses después, era evidente que las opiniones en la capital empezaban a cambiar. La influencia de los nacionalistas acalló en gran parte las conversaciones sobre un mandato extranjero que controlara todo el imperio. Con los griegos acorralados en la costa del Egeo y el inicio de una ofensiva nacionalista contra las fuerzas francesas en el sur, la imposición de un mandato sobre todo el imperio parecía poco probable. Sin embargo, los conservadores tendían a dar escaso apoyo a la resistencia armada. Los representantes en el Senado imperial, que eran nombrados por palacio, seguían depositando sus esperanzas en una solución diplomática. Durante los últimos ciento cincuenta años, decía Damad Ferid a sus colegas, Gran Bretaña y Francia habían «defendido la existencia del Estado otomano». Eso, en su opinión, era motivo suficiente para confiar en una solución pacífica.[59]

Lo que inspiraba estas opiniones no era más que la vulgar política. Para mucha gente de la capital, la causa de los nacionalistas no tenía nada de patriótico o desinteresado. Su repentino ascenso, culminado por la victoria de las elecciones de 1919, no era más que el resurgimiento del CUP. En esencia, como dijo un conservador, las Fuerzas Nacionales eran un movimiento «hogareño» (una referencia al Hogar Turco) y, por lo tanto, dirigido por ideólogos unionistas. Por más que declararan su interés por salvar el Estado, lo que realmente deseaban era dar marcha atrás, pese a los crímenes cometidos por el gobierno durante la guerra.[60] En general, estos sentimientos no se limitaban a los más leales y próximos al palacio del sultán. Pocas semanas después de las primeras batallas a lo largo de la costa del Egeo, empezaron a surgir movimientos de descontento contra el Movimiento Nacional. Antes de que acabara 1919, los destacamentos nacionalistas tuvieron que combatir contra campesinos rebeldes, junto a las tropas griegas y francesas. Este aumento de la oposición local animó y envalentonó a los rivales de la Asociación para la Defensa de

los Derechos en la capital. En la primavera de 1920 era cada vez más evidente que los incondicionales de la clase dirigente otomana, incluido el propio sultán, pretendían sofocar el Movimiento Nacional por la fuerza. A la hora de la verdad, ese intento contribuyó de manera decisiva a socavar la integridad y legitimidad de la dinastía otomana.

«FE EN MI PECHO, EL CORÁN EN MI LENGUA Y UN DECRETO EN MI MANO»:[61] EL ASCENSO DE LA OPOSICIÓN ANTINACIONALISTA

Como tantos otros funcionarios, Hacim Muhittin pasó las semanas inmediatamente posteriores a la caída de Esmirna en un estado de pleno frenesí. Como burócrata provincial con años de experiencia, fue uno de los cientos de administradores de Estambul que se esforzaron febrilmente para movilizar a amigos y ciudadanos en defensa del país. Igual que muchos otros que ocupaban puestos destacados en el Movimiento Nacional, era un hombre estrechamente vinculado a altos cargos del antiguo Comité de Unión y Progreso. Tras consultar con amigos y recaudar dinero para la causa nacionalista, a finales de mayo se reunió con uno de los fundadores de Karakol. Es probable que Hacim decidiera salir de Estambul para dirigirse al interior de Anatolia. En la segunda semana de junio de 1919, llegó al puerto de Bandırma, en el mar de Mármara. Bandırma, como cabecera de línea de los ferrocarriles que comunicaban la campiña del Egeo, estaba repleta de oficiales y simpatizantes nacionalistas. Hacim conocía bien la zona. Tras haber sido administrador regional en varios municipios locales, conocía a muchos de los terratenientes, jefes religiosos y funcionarios más destacados. Se suponía que, con su conocimiento del paisaje provincial, le resultaría más fácil ayudar a los líderes nacionalistas a reclutar combatientes en los pueblos de la periferia. Sin embargo, tuvo dificultades desde el principio. Los habitantes de la zona los amenazaron a él y sus compañeros tras acusarlos de promover «la propaganda y las empresas de Unión y Progreso».[62] A pesar de las promesas de los jefes locales, no conseguían reunir voluntarios. Hubo un caso en el que de doscientos jinetes previstos para incorporarse a las Fuerzas Nacionales sólo lo hicieron treinta y ocho.[63] Por si fuera poco, muchos de los hombres que ofrecían sus servicios tenían una pésima reputación. Había una cohorte de entre diez y quince reclutas que procedía de una gendarmería local tristemente célebre por sus incursiones en los pueblos.[64]

A pesar de los combates que se extendían por el suroeste, muchas comunidades de las que visitó Hacim estaban inmersas en sus propios conflictos. Durante años, los distritos al sur del mar de Mármara se

habían convertido en sinónimos de violencia. Aunque la anarquía no era inusual en la Anatolia provincial, la proximidad de la región a la capital otorgaba a la lucha comunal unas dimensiones políticas peculiares. Varios distritos de la costa y el interior, como Bandırma, Gönen, Manyas, Biga, Karacabey y Çanakkale, contaban con una densa población inmigrante. Aunque sus asentamientos reflejaban toda la diversidad del mundo otomano, mayoritariamente se solía atribuir a los refugiados circasianos del Cáucaso septentrional los peores rasgos de la región. Matones como Çerkes Ethem –el valorado recluta de Rauf Orbay– dominaban las zonas rurales. Su poder, como el de muchos otros en esa zona, se debía a varios factores. Ethem contaba con la lealtad de cientos de hombres jóvenes y violentos como él. Su padre, un rico terrateniente, y su hermano Reşit, uno de los primeros activistas del CUP, conocían bien a muchos poderosos de Estambul. Pero Ethem no era más que uno de los muchos circasianos que ejercían tal influencia. Durante los años de la guerra, las bandas circasianas se habían disputado con grupos rivales, sobre todo de inmigrantes albaneses, el derecho a saquear y pedir rescates en pueblos y ciudades. La intensidad de esta disputa arrastró a elementos de la burocracia provincial, incluidos alcaldes, gendarmes, gobernadores y representantes del CUP. La inquietud aumentó hasta tal punto que, durante la guerra, las autoridades contemplaron la posibilidad de deportar a todos los circasianos al interior de Anatolia. Sin embargo, Talat Pashá se resistió a ello. Es probable que en su decisión pesaran motivos militares. Numerosos circasianos de la región, entre ellos Çerkes Ethem, servían en los ejércitos del imperio. Muchos, como Ethem, habían desempeñado un papel fundamental en la deportación y masacre de no musulmanes.

El Estado de derecho siguió deteriorándose en las costas del mar de Mármara después del armisticio. La proximidad de la región a la capital no había evitado a muchas de sus comunidades las peores penurias de la guerra. La escasez de alimentos y las enfermedades seguían propagándose. La expulsión masiva de miles de griegos y armenios había vaciado pueblos y ciudades, y había dejado las tiendas vacías, las casas saqueadas y los campos sin arar. Miles de jóvenes no habían vuelto del frente. Los que más se habían beneficiado de los años de guerra eran, en general, miembros de la clase política. Además de los funcionarios y terratenientes vinculados al CUP, líderes milicianos como Çerkes Ethem se habían hecho más fuertes. Con el anuncio, a finales de 1918, de una amnistía general para todos los acusados de bandidaje, las luchas entre bandas rivales se acrecentaron aún más. En primavera, la administración imperial estaba prácticamente destruida en grandes franjas del noroeste de Anatolia,

ya que los funcionarios provinciales se habían unido a caudillos rivales o simplemente se habían dado por vencidos. Muchos circasianos destacados se negaron a unirse a las Fuerzas Nacionales hasta que sus rivales, entre los que había miembros del gobierno local, anunciaron una tregua.

Ahora bien, las animadversiones personales no fueron lo único que hizo que muchos se resistieran a responder a la llamada a las armas de los nacionalistas. Con el tiempo, otros temores minaron la confianza de muchos circasianos. A finales de 1919, destacados ciudadanos circasianos expresaron su preocupación por que la Asociación para la Defensa de los Derechos tratara de deportarlos y destruirlos «como a los armenios».[65] Si bien es difícil saber el origen exacto de esta preocupación, es probable que las sospechas tuvieran cierta lógica. Hacía mucho tiempo que a los armenios se los consideraba una población problemática y rebelde. Y tanto los administradores regionales como las autoridades de la capital solían tener una opinión similar sobre los inmigrantes circasianos. La imagen de los armenios y griegos locales expulsados –y a veces asesinados– estaba todavía viva. Se sabía que muchos jóvenes, como dijo un oficial británico, habían pertenecido a «las bandas de asesinos del CUP» en el frente oriental.[66] Los residentes circasianos de la región del Mármara eran muy conscientes de los posibles castigos que podían sufrir las comunidades consideradas desleales o reacias.

Los organizadores nacionalistas y los jefes de operaciones se mostraban incrédulos ante esos temores. Al fin y al cabo, había circasianos en todas las jerarquías de las Fuerzas Nacionales. Y lo que era más importante, el movimiento tenía el propósito de defender los derechos de los musulmanes. Según sus propios estatutos, la Asociación para la Defensa de los Derechos afirmaba que todos los musulmanes eran miembros naturales de ella. En este contexto, no querer incorporarse al Movimiento Nacional significaba estar al mismo nivel que los no musulmanes o incluso los extranjeros. En un momento de necesidad absoluta, ¿por qué iban algunos musulmanes a dar la espalda a la nación?

Muchas veces, esta falta de apoyo público no era tanto cuestión de política como de supervivencia. En todo el imperio, la guerra había arrebatado a las comunidades la voluntad y los medios para seguir luchando. Los llamamientos a los ciudadanos para que se presentaran como voluntarios solían dar escaso resultado en zonas en las que había pocos hombres capaces de empuñar las armas. A medida que la Asociación para la Defensa de los Derechos ejercía su mayor control unificado sobre las operaciones de las Fuerzas Nacionales, aumentaron

las demandas de alimentos, animales y dinero que recayeron sobre campesinos y granjeros que estaban en apuros. Los que se negaban solían recibir un severo castigo. En muchos casos, la línea divisoria entre la requisición de suministros y los actos de pillaje se desvaneció por completo. En el frente del Egeo, los hombres de Çerkes Ethem se ganaron una vergonzosa reputación por sus robos y rapiñas. En Geyve y Adapazarı, compañeros nacionalistas acusaron a Ahmet Şükrü Oğuz de robar más de 150.000 liras de los bancos estatales durante su etapa como comandante de Karakol.[67] Aunque no negó ni confirmó dicha acusación, el propio Şükrü reconocía que muchos despreciaban a los combatientes nacionalistas por considerarlos «forajidos, aventureros y contrabandistas de tabaco». Quienes cosecharon botines de guerra –como casas y propiedades abandonadas– a menudo los perdieron una vez terminada esta. Y eso, según Şükrü, era injusto. Esos mismos hombres que «lucharon durante años a sangre y fuego, sacrificando todo lo que tenían», merecían cualquier tesoro que cayera en sus manos.[68] Los dirigentes del Movimiento Nacional intentaron paliar estos escollos y ultrajes lo mejor que pudieron. Al establecer los parámetros para el alistamiento de las milicias locales, se advirtió expresamente a los reclutadores que no aceptaran a quienes hubieran cometido actos de pillaje o participaran en peleas sangrientas. Cuando una ola de violencia entre bandas recorrió el noroeste de Anatolia en el otoño de 1919, los generales nacionalistas, entre ellos algunos de ascendencia caucásica, aseguraron a sus superiores que los caudillos circasianos enfrentados seguían siendo partidarios de las Fuerzas Nacionales. Sin embargo, la situación en el este del país inquietaba más a los comandantes nacionalistas. Desde el armisticio, los intereses kurdos habían llamado más la atención de la comunidad internacional. A diferencia de los inmigrantes circasianos en el oeste, los kurdos musulmanes constituían grandes mayorías en varias zonas al este del río Éufrates. La posible redefinición del mapa otomano dejaba abierta la posibilidad de que los kurdos fueran cruciales para la supervivencia territorial del imperio. Sin embargo, muchos miembros del Movimiento Nacional pensaban que no era fácil contar con la lealtad de los kurdos.

Los recelos nacionalistas hacia los kurdos derivaban de su interpretación de la historia imperial reciente. Para muchos altos funcionarios, los kurdos encarnaban un salvajismo que parecía especialmente medieval. Desde el comienzo del movimiento de reforma del Estado, a principios del siglo XIX, los señores kurdos se opusieron con tenacidad al poder en expansión de Estambul. Muchas provincias del este eran feudos gobernados por familias y clanes kurdos. Los intentos del gobierno por anular la influencia de los

patriarcas acabaron muchas veces en sangre. En 1819, cuando los jefes rebeldes se atrincheraron dentro de las antiguas murallas de Diyarbakır, las tropas imperiales asaltaron la ciudad y masacraron a la tercera parte de sus habitantes.[69] A pesar de dichas pérdidas, las insurrecciones de los kurdos continuaron durante todo el siglo XIX. Varias décadas de fracasos llevaron a Estambul a cambiar su estrategia. Bajo la dirección de Abdülhamid II, los funcionarios aprovecharon la influencia y la generosidad del Estado para forjar alianzas más estrechas con numerosas tribus kurdas. A cambio de su lealtad y servicios, ofrecían a los patriarcas influyentes dinero, títulos, nombramientos militares y educación para sus hijos varones. En la Primera Guerra Mundial, el ejército otomano contaba ya con una fuerza permanente de milicianos kurdos. Su contribución al esfuerzo bélico fue importante tanto en la lucha contra los rusos como a la hora de ejecutar el genocidio armenio.

A pesar de estos avances, algunas comunidades kurdas nunca se acostumbraron a que los gobernaran directamente desde Estambul. Una reconocida familia, los Bedirhan, fue una de las más activas en mostrar su oposición a la autoridad gubernamental. En 1914, Abdürrezak, uno de sus miembros, se alió con San Petersburgo con la esperanza de instaurar un Estado kurdo independiente. El movimiento seguía también pautas más amplias de resistencia provincial. Dersim, una región situada en el corazón de Anatolia oriental, era el foco más arraigado y problemático de resistencia kurda. Montañosa, remota y escasamente poblada, con comunidades muy unidas, Dersim era cultural y lingüísticamente especial. Muchos pueblos kurdos de Dersim, junto con sus vecinos armenios, se resistieron enérgicamente a la intromisión del gobierno hasta bien entrado el siglo XX. Esta voluntad común de enfrentarse a Estambul generó grandes acciones de oposición contra las órdenes de deportación de 1915. Un líder local estimó que los kurdos de la zona salvaron del exilio y la muerte hasta a 36.000 armenios de Dersim.[70]

La firma del armisticio en 1918 añadió nuevas complicaciones a la política kurda. Hasta la Revolución de los Jóvenes Turcos, el nacionalismo kurdo era, en el mejor de los casos, una fuerza marginal dentro del imperio. Sus principales defensores, en su mayoría hombres de familias de élite, desempeñaban papeles marginales en los círculos políticos y en la sociedad en general. El ascenso del CUP ofreció a algunos la oportunidad de progresar, que varios intelectuales kurdos aprovecharon con entusiasmo. La primera organización nacionalista, la Sociedad Kurda de Ayuda Mutua y Progreso (Kürt Teavün ve Terakki Cemiyeti), nació en 1908 como grupo progubernamental dedicado a cumplir un modesto programa de educación y concienciación nacional. Tras el violento giro autoritario del CUP, los

fundadores de la sociedad se enojaron con el partido, lo que los llevó a disolver la organización al año de haberla creado. La brutalidad de la guerra, en particular la campaña del gobierno para dispersar y reprimir a los refugiados kurdos, desencadenó la ira de los nacionalistas kurdos. Con el anuncio de los Catorce Puntos de Woodrow Wilson, los antiguos fundadores se reunieron y decidieron sacar adelante un programa mucho más ambicioso. Esta nueva organización, denominada «Sociedad para el Avance del Kurdistán» (Kürdistan Teali Cemiyeti), reclamó el reconocimiento internacional de los derechos de los kurdos del Imperio otomano. En París, un anciano exdiplomático, Şerif Pashá, presentó en la conferencia de paz un memorando con las exigencias de la sociedad. En él se ponían en tela de juicio las reivindicaciones territoriales armenias y se argumentaba que los kurdos eran mayoría absoluta en todos los distritos de la frontera oriental de Anatolia (salvo alrededor del lago Van). La independencia, insistía el memorando, era un derecho natural de los kurdos que los situaría en «el camino del progreso y la civilización» y les permitiría vivir en paz con sus vecinos.[71] *Teniendo esto en cuenta, suplicaba a los Aliados que crearan una comisión para resolver el futuro territorial y político de los kurdos del Imperio otomano.*

La comparecencia de Şerif Pashá ante los negociadores en París produjo una enorme inquietud en el bando nacionalista. En los meses previos al desembarco griego en Esmirna, Kâzım Karabekir planteó constantemente el peligro de la «propaganda kurda» entre sus colegas. Las afirmaciones que habían hecho los kurdos antes de la conferencia de paz, más que ser expresiones de disidencia local, estaban vinculadas a conspiraciones extranjeras de mayor alcance. «Nuestros enemigos –advirtió Karabekir a un oficial– están trabajando para crear una gran Armenia. La mayoría de nuestros hermanos kurdos residen allí. Los que trabajan en nombre de la independencia kurda son nuestros enemigos. Su objetivo es crear Armenia después de separar a los kurdos de nosotros».[72] Sin embargo, estaba seguro de que los kurdos temían que los armenios se hicieran con el poder en Anatolia oriental. Los kurdos eran musulmanes y, por tanto, «verdaderos hermanos» en la fe de los turcos. Al llegar a Anatolia, Mustafá Kemal también insistió en este argumento. Un Kurdistán independiente era inimaginable dados los profundos lazos religiosos que turcos y kurdos compartían. Si había problemas de derechos o de reconocimiento, tal como él decía, era mejor resolverlos «dentro de la familia».[73] Aun así, reconoció que podría ser conveniente un cambio de la administración regional. «Estoy a [favor] de conceder todo tipo de derechos y privilegios para garantizar el apego, la prosperidad y el progreso de nuestros hermanos kurdos», declaró a un insigne personaje de Diyarbakır. Su única condición era que el Estado otomano no se

dividiera.[74] Sin embargo, ni en Erzurum, ni más tarde en Sivas, se hizo ninguna referencia específica a los kurdos o al autogobierno kurdo.

El compromiso nacionalista con los líderes kurdos produjo resultados ambiguos. La Asociación para la Defensa de los Derechos no acogió más que a un puñado de representantes kurdos, ninguno asumiría funciones de liderazgo en la propia organización. Aunque Mustafá Kemal recibió telegramas de apoyo de varios jefes tribales durante el otoño y el invierno de 1919, ninguno se presentó voluntario para luchar contra los griegos. Además, el apoyo que los nacionalistas recibieron del este procedía en gran parte de urbanitas que no necesariamente se identificaban como kurdos. La cuestión de si ese apoyo era políticamente representativo fue objeto de debate. En muchas zonas, la división entre kurdos y turcos no era demasiado clara. «En estas tierras –decían los notables de Erzurum–, lo turco y lo kurdo son como la diferencia entre la ciudad y el campo… De los que viven en la ciudad y se consideran turcos, sólo algunos saben kurdo, mientras que muchos kurdos hablan turco».[75]

Estas incongruencias no impidieron que al menos algunos kurdos respaldaran las demandas de Şerif Pashá y otros nacionalistas kurdos. La Sociedad para el Progreso del Kurdistán estuvo en activo durante todo 1919 y abrió oficinas en Dersim, Diyarbakır y Mardin. La visibilidad de la organización llamó la atención de los funcionarios británicos de Estambul e Irak. Durante el verano, el oficial de inteligencia Edward Noel recorrió gran parte del Kurdistán para saber cuál era la actitud popular respecto a la independencia. También él se encontró con distintas opiniones sobre política y lealtad. Conoció a algunos lugareños que aseguraban que los llamamientos a la independencia kurda beneficiaban a los intereses británicos y armenios. Otros, aunque eran favorables a una mayor autonomía, veían con suspicacia a los dirigentes de la Sociedad para el Progreso del Kurdistán, porque creían que estaban desvinculados de la política provincial. A medida que Noel visitaba una ciudad tras otra, veía que había limitaciones evidentes en cuanto los forasteros pretendían averiguar el estado de ánimo de la población. Reconoció que cualquier europeo que no hablara las lenguas locales tenía que depender de otras personas para obtener información. Y, dado que la mayoría de las personas dispuestas a acoger a visitantes extranjeros, o a servirles de intérpretes, eran armenios, simpatizantes del CUP o misioneros estadounidenses, la incertidumbre era aún mayor. A la hora de la verdad, concluyó, «¿qué va a saber un viajero así de los kurdos?».[76]

La mayoría de los conservadores de la capital no aprobaban las actividades de la Sociedad para el Progreso del Kurdistán. Cuando

Şerif Pashá anunció que había sellado un posible acuerdo fronterizo con representantes armenios en París, Damad Ferid y otras personas cercanas a palacio lo acusaron de traidor. Los kurdos, declaró un senador, estaban «eternamente entregados al alto califato y el glorioso sultanato» y nunca reclamarían la independencia.[77] Said Nursi, uno de los eruditos islámicos más importantes de la época, estaba totalmente de acuerdo. Era kurdo, natural de un pueblo a las afueras de Bitlis, e insistió en que Şerif y otros separatistas no eran más que meros instrumentos del expansionismo armenio. «Los kurdos –proclamó– preferirían morir antes que aceptar una autonomía bajo protección extranjera». Si los kurdos deseaban la independencia, el Estado otomano era el único que podía concedérsela.[78] La creencia de que los kurdos eran totalmente leales al Estado otomano dio esperanzas a los que se oponían a las Fuerzas Nacionales. En septiembre de 1919, los ministros de Guerra e Interior reclutaron a un gobernador de la región de Dersim para que debilitara la Asociación de Defensa de los Derechos en Sivas. El gobernador comunicó a Edward Noel que el sultán le había ordenado «liquidar la organización unionista» y detener a Mustafá Kemal. Con la ayuda de Noel y de destacados miembros de la Sociedad para el Avance del Kurdistán, congregó una fuerza de entre cien y doscientos jinetes kurdos para ejecutar la orden. Sin embargo, llegado el momento, el ataque fue suspendido. El gobernador temía que el asalto pusiera una inquietante cantidad de poder en manos de los kurdos locales. Según Noel, los jefes tribales provinciales también se sintieron aliviados cuando se evitó la violencia. La guerra, explicó, les había enseñado a sentir «un respeto muy saludable por el poder y el largo brazo del CUP».[79]

Esta imposibilidad de cortar de raíz la Asociación para la Defensa de los Derechos puso de manifiesto las limitaciones fundamentales con las que se encontraban Damad Ferid y otros como él que se oponían a los nacionalistas. El repentino ascenso de Mustafá Kemal puso en peligro gran parte de la burocracia y las fuerzas armadas imperiales. Más allá de la capital, los leales a palacio tenían pocos aliados naturales. La posición patriótica asumida por los líderes nacionalistas suponía, además, otro escollo. Deslegitimar un movimiento que decía defender el Estado de los enemigos extranjeros y los traidores cristianos era realmente complejo. A pesar de estos obstáculos, las figuras antinacionalistas de la capital permanecieron inamovibles. En varias ocasiones, el sultán había expresado su descontento con las Fuerzas Nacionales. El peso de Mehmed VI, como emperador y administrador de los fieles islámicos, daba legitimidad a sus críticas. Los periódicos afines al Partido de la Libertad y la Concordia de Damad Ferid insistían en que los ciudadanos del imperio eran víctimas

de un engaño. Las Fuerzas Nacionales, de arriba abajo, estaban compuestas por antiguos Jóvenes Turcos. El motor que impulsaba a la Asociación para la Defensa de los Derechos no era el deseo de salvar el Estado, sino de recuperar el gobierno. Los funcionarios y las élites provinciales simpatizantes reiteraron este mensaje y avivaron los focos de ira en diversas partes de Anatolia. A partir del otoño de 1919, esa rabia desencadenó una serie de actos abiertamente desafiantes. Durante los dos años siguientes, la oposición popular erosionó las Fuerzas Nacionales desde dentro. Los agitadores antinacionalistas, que habían sido ridiculizados, tachados de reaccionarios y a los que se les consideraba títeres de los extranjeros, supieron aprovechar una auténtica oleada de ira y venganza. Entre quienes respondieron a sus llamamientos había gente de toda la gama de grupos víctimas del CUP: musulmanes, cristianos, nativos e inmigrantes.

A finales de octubre de 1919, Ahmet Anzavur, un oficial jubilado desde hacía tiempo, recorrió los pueblos del sur del mar de Mármara al frente de un pequeño cuerpo de caballería. Anzavur era toda una reliquia del pasado. Había llegado a la región a mediados del siglo XIX como refugiado del Cáucaso norte, por lo que formaba parte de la primera generación de inmigrantes circasianos que se asentaron allí. La nueva vida de Anzavur en el imperio, como la de innumerables circasianos antes que él, había estado marcada por la institución otomana de la esclavitud. Se decía que su hermana fue vendida a la familia real como concubina. Como consorte de Abdülhamid II, ayudó a Anzavur a conseguir un puesto de capitán en la gendarmería. El puesto le proporcionó riqueza y prestigio (en un momento dado, el propio sultán le regaló una espada dorada). Aunque durante la guerra sirvió en la secreta Organización Especial, era famoso por su odio al CUP, seguramente como consecuencia de una decisión de 1909 que obligaba a jubilarse a los oficiales próximos a palacio. Vinculado a Mehmed VI y al Partido de la Libertad y la Concordia de Damad Ferid, recorrió la región del Mármara en el otoño de 1919 con un edicto imperial en el que se le instaba a encabezar la lucha contra los griegos. Seguir a Mustafá Kemal, declaraba Anzavur, era cometer un acto de traición. Los nacionalistas, afirmaba, no tenían otro objetivo «que [provocar] el fracaso de este Estado» y derrocar a la familia real.[80] Prometió acabar con los impuestos establecidos por los activistas nacionalistas y restablecer el poder del gobierno desde Estambul. Cuando destruyera la Asociación de Defensa de los Derechos, su «Ejército de Mahoma» redimiría a todos los agraviados por los nacionalistas y, antes que ellos, por los Jóvenes Turcos. «Los notables señores que están conmigo y yo mismo –declaró– estamos a las órdenes del Sultán y afirmamos que apresaremos a estos hombres y

los enviaremos a prisión».[81]

Las actividades de Ahmet Anzavur obligaron a los jefes nacionalistas a devanarse los sesos para encontrar una respuesta. Sus esfuerzos por negociar su retirada pacífica de la región fueron en vano. De hecho, los altos mandos consideraron que no era más que un bandido a sueldo de Damad Ferid y los británicos. Otros lo veían como un presagio de que los circasianos iban a causar más problemas en una región que era clave para el suministro y la organización de las Fuerzas Nacionales. Los generales circasianos intentaron apaciguar la crisis apelando a destacados ciudadanos circasianos para que repudiaran a Anzavur como prueba de su verdadera lealtad. Un coronel rogó a sus familiares que estuvieran «agradecidos a los otomanos», que los habían aceptado con gentileza cuando habían dejado atrás el Cáucaso «en nombre de la religión y de todo lo sagrado». No hacerlo sería «indigno de la historia nacional circasiana». Aunque algunos le hicieron caso, otros destacados caucásicos creyeron el rumor de que, como dijo el coronel, «las Fuerzas Nacionales deportarán a los circasianos».[82] La resistencia del Movimiento Nacional a contradecir estas sospechas sólo sirvió para alimentar la efervescencia de este movimiento contra ellos. Mientras tanto, las diatribas de Anzavur se agudizaron. Fueron «los malvados unionistas y masones –dijo a un jefe miliciano rival– quienes han traído los saqueos y el vandalismo a este gobierno islámico durante los últimos diez años». Los nacionalistas eran los mismos que en 1914 habían enviado a los jóvenes de todo el país a la guerra mientras ellos se beneficiaban de las casas abandonadas e incautadas. Mientras las familias pasaban hambre, «los jóvenes masones», como él los llamaba, autorizaron que «cien mil mujeres y niñas musulmanas en Estambul fueran prostituidas». Anzavur, que era un musulmán sincero y recto, prometió castigar a los nacionalistas por esas fechorías. «Seré un protector del gobierno –juró– y un esclavo con arreglo a los justos decretos de nuestra sharía [ley islámica]».[83]

La violencia desatada por Ahmet Anzavur resonó en toda Anatolia occidental durante meses. Entre finales de 1919 y el verano de 1920, sus guerrilleros avanzaron hacia diversos bastiones nacionalistas. Afortunadamente para la Asociación de la Defensa de los Derechos, la mayoría de los hombres con los que contaba no eran rebeldes, no estaban entrenados y carecían de suministros. Ahora bien, al tomar el campo, las fuerzas de Anzavur infligieron profundas heridas al Movimiento Nacional. Su ejército estaba formado por miles de inmigrantes circasianos simpatizantes. También se incorporaron otros grupos de descontentos, como los refugiados musulmanes de Bulgaria, los chiíes turcos nativos, los desertores de la guerra y los griegos

locales. Para los críticos leales a palacio, la ofensiva de Anzavur dio credibilidad a quienes aseguraban que el Movimiento Nacional no era ni popular ni verdaderamente representativo de un consenso musulmán. «Estamos obligados a aceptar que Ahmet Anzavur sólo lucha con los unionistas», afirmó un periódico leal. Su muerte a manos de los nacionalistas significaría para el país la pérdida de «un valiente correligionario en estos trágicos tiempos».[84] Al recuperar el cargo de gran visir en abril de 1920, Damad Ferid acudió con todo el peso del gobierno en ayuda de Anzavur y creó un «ejército disciplinario» paralelo, encargado de «acabar con la organización que lleva el nombre de Fuerzas Nacionales».[85]

Otras regiones interfirieron en la causa nacionalista hasta principios de 1920. Estos lugares conflictivos, a diferencia de la cuenca del Mármara, no eran centros históricos de inmigrantes y refugiados inquietos. La provincia de Konya, en el centro de las polvorientas llanuras del sur de Anatolia, estaba habitada mayoritariamente por musulmanes y personas de lengua turca. Aun así, hubo varios distritos en los que, cuando los oficiales intentaron imponer el control nacionalista, la población local se resistió. Como en el caso de la región de Mármara, los dirigentes de la Asociación para la Defensa de los Derechos culparon a la oposición popular de las maquinaciones de los funcionarios y notables provinciales en su contra. Se decía que el gobernador de Konya no sólo detestaba al CUP sino que además simpatizaba abiertamente con los armenios de la zona (para ridiculizarlo, los críticos le llamaban «Artin», un nombre de pila corriente entre los armenios).[86] El resentimiento popular también se extendió al este, a Yozgat, una región con una población turca musulmana innegablemente numerosa. Una familia importante establecida allí desde hacía mucho tiempo, los Çapanoğlu, contribuyó desde el principio a despertar los sentimientos antinacionalistas. De todas formas, los descontentos del lugar tenían sus propios motivos para oponerse a la Asociación para la Defensa de los Derechos. Cuando se sublevó un pueblo de las afueras de Yozgat, algunos saqueadores irrumpieron en casas y negocios que pertenecían «a personas que eran unionistas y ricas desde siempre», unos actos enraizados en la ira, cuyos orígenes se remontan a la Gran Guerra.[87] Allí, también, muchos campesinos creían que las Fuerzas Nacionales eran obra de «criptojudíos de Salónica y masones infieles».[88]

Las tropas nacionalistas sofocaron todas las oleadas de descontento con mucha brutalidad. El principal responsable de someter a Ahmet Anzavur fue Çerkes Ethem. Aunque ambos procedían de familias circasianas inmigrantes, Ethem se apresuró a acusar a Anzavur y a sus seguidores circasianos de traicionar a la nación y a su etnia. Los

circasianos, declaró a un periódico local, habían buscado refugio en el imperio después de sufrir la opresión de impíos enemigos cristianos. Desde su llegada del Cáucaso, habían «llevado a cabo actos de servicio verdaderamente reconocidos de exaltación y protección de la patria otomana». Ahora, las Fuerzas Nacionales, tal como él las entendía, eran las verdaderas protectoras de esa patria.[89] Con la confirmación del control nacionalista sobre la región del Mármara, Ethem no se contuvo precisamente a la hora de castigar a quienes consideraba traidores. Ordenó sin reparos la quema de pueblos y hogares y ejecutó a decenas de personas acusadas de rebelión. En algunos casos, su ira se debía a motivos de venganza personal. En Düzce, una ciudad de montaña situada en la carretera principal entre Estambul y el interior de Anatolia, ordenó linchar a unos cincuenta hombres por diversos delitos. Entre los ejecutados había un personaje local que había ayudado a conseguir la libertad de un oficial nacionalista capturado. Posteriormente, un lugareño aseguró que lo ejecutaron porque se había casado con la antigua novia de Ethem.[90] Igual de despiadadas fueron otras expediciones de castigo. En Bozkır, al sur de Konya, los esfuerzos nacionalistas para recuperar terreno se cobraron un precio similar a pesar de encontrar poca resistencia. Según el patriarca armenio, una columna de caballería «causó una devastación increíble en todas partes, sin perdonar ni a musulmanes ni a cristianos».[91]

La facilidad con la que las tropas nacionalistas sofocaban estos actos de rebeldía parecía revelar la auténtica fuerza del movimiento. Con el paso de los primeros meses de 1920, los nacionalistas estaban haciendo avances cruciales contra las fuerzas francesas y armenias en el sur de Anatolia. Los éxitos de Anzavur en febrero y marzo no bastaron para debilitar los destacamentos nacionalistas que cercaban a los griegos en la costa del Egeo. Algunos observadores externos pensaban que, a juzgar por los acontecimientos del año anterior, el ejército otomano parecía haber dejado muy atrás su derrota de 1918. Las unidades regulares que sirvieron a las órdenes de jefes nacionalistas ese invierno «estaban bien armadas, bien alimentadas y, en la mayoría de los casos –al menos hasta hace poco– cobraban un salario regular por primera vez en la historia», según la apreciación de los servicios de inteligencia británicos.[92]

Todos estos éxitos no sirvieron para mitigar la brecha innegable que partía en dos a la élite imperial. A mediados de abril, el Ministerio de Educación emitió una orden general dirigida a todos los estudiantes, profesores y administradores de lo que quedaba del imperio. La directiva prohibía a todos los alumnos participar en «disputas religiosas» y en cualquier tipo de actividad política, tanto en la escuela como fuera de ella. «Nuestro Estado –decía el decreto– se fundó para

ser el Estado otomano. Nuestra nación es la nación otomana. Los estudiantes deben ser educados en la lealtad y el apego a su sultán, su religión y sus creencias». Las ideas como el turanismo –el nacionalismo panturco en general– quedaban prohibidas en las aulas.[93] Cualquiera que leyera este informe comprendía lo que en el fondo estaba en juego. Al denunciar cualquier acto de activismo político, el gobierno se declaraba contrario a las decenas de miles de ciudadanos que se habían unido a la causa nacionalista. Prohibir expresamente la promoción del turanismo –una ideología asociada desde hacía mucho tiempo al Hogar Turco–, daba a entender que el ministerio estaba preocupado por el regreso del CUP. De modo que el hecho de recordar a los estudiantes que eran otomanos al servicio del sultán adquiría una connotación específicamente partidista. Declararse otomano y leal al sultán-califa significaba seguir siendo fiel a Mehmed VI y al gobierno de Damad Ferid. Lo contrario significaba ponerse del lado de Mustafá Kemal.

La difusión de estas nuevas directrices resultó infructuosa. Los triunfos de las Fuerzas Nacionales permitieron que sus líderes eludieran los posibles obstáculos que les suponían los decretos. Mustafá Kemal estaba haciendo más que el sultán o Damad Ferid para asegurar la independencia del Estado. Y, sin embargo, en Ankara nadie repudió explícitamente al sultán ni rechazó el concepto de identidad o ciudadanía otomanas. Más difíciles de ignorar eran las ramificaciones políticas de una victoria nacionalista. Si Mustafá Kemal triunfaba, todos los que le habían criticado –y los que perseguían a los líderes del CUP– corrían peligro de sufrir represalias. Lo mismo ocurría con las principales instituciones del imperio. ¿Tendrían piedad los nacionalistas triunfantes con los cargos que habían intentado destruirlos?

La circular de esa primavera del Ministerio de Educación también aludía a una división más profunda dentro de la sociedad. La mayoría de los ciudadanos otomanos, tanto musulmanes como cristianos, tendían a interpretar su nacionalidad con respecto a la religión, la lengua, la geografía y la ascendencia familiar. El atractivo sentimental del imperio y la familia real se desvanecía. Y los acontecimientos mundiales, a la hora de la verdad, reforzaron esa tendencia. La evidente vitalidad de las nuevas repúblicas de Europa del Este no dejaba de ofrecer un fuerte contraste con el sultanato otomano. La revolución estaba transformando Rusia. Los Estados surgidos al caer el gobierno de los Románov, los Habsburgo y los Hohenzollern –como Polonia, Checoslovaquia y Lituania– iban hacia delante, aunque fuera con dificultades. Es cierto que nadie en la prensa otomana se atrevía a poner en duda el futuro de la familia real en la primavera de 1920.

Pero la ocupación aliada de la capital, con lo que parecía indiferencia o complicidad del sultán, era un hecho que muchos no podían pasar por alto. Al pensar en el futuro, era cada vez más evidente, sobre todo para los que estaban del lado de la Asociación para la Defensa de los Derechos, que la nación ya no estaba dispuesta a que el país volviera a ser como antes.

Hacia un Estado soberano: la política

de reconsolidación en las tierras otomanas

A finales de 1919, Cilicia seguía atrayendo a los armenios que buscaban un lugar donde empezar de cero. Decenas de miles de desterrados a ciudades, pueblos y campos desiertos de la Gran Siria no tenían, muchas veces, más remedio que reasentarse allí. Ese fue el caso de Karnig Panian, que aún no había cumplido nueve años cuando terminó la guerra. Tras perder a su madre durante su viaje al sur de Anatolia, pasó la mayor parte de la guerra en un orfanato estatal de Antoura, al norte de Beirut. Su internamiento en las estribaciones del Líbano le dio escaso consuelo. En una institución concebida sobre todo para turquificar a sus residentes, él y otros huérfanos sufrían habitualmente palizas y otras muestras de crueldad por no hablar turco o no responder cuando los llamaban por su nuevo nombre musulmán. Después de una breve escapada, regresó al orfanato y se encontró con que los profesores y los administradores habían desaparecido. La llegada de nuevo personal, todos armenios, no fue más que el principio de lo que él esperaba que fuera su liberación. Un domingo, durante una fiesta que incluyó la visita de varios cientos de soldados armenios, se anunció que todos los niños «irían a Cilicia y reconstruirían Armenia». La noticia, recordaba Karnig, provocó un estallido de emoción y entusiasmo entre los chicos. Aunque sólo algunos eran nativos de la región, todos se ilusionaron con la esperanza y la aventura que suponía regresar a algo parecido a su hogar. Los profesores alimentaron las expectativas con promesas de un futuro mejor. «Ahora tenéis vuestro propio gobierno, que cuidará de vosotros –anunció un adulto–. Iréis al colegio y, cuando terminéis, iréis a estudiar a la universidad. Seréis médicos, químicos e ingenieros». Karnig recordaba, años después, que a algunos huérfanos no les bastaban esas perspectivas. Algunos anhelaban ser soldados porque soñaban con llevar a cabo lo que creían que era su justa venganza. «Cuando lleguemos a Cilicia –alardeaba un chico–, no dejaremos ni un solo turco vivo».[1]

En algún momento de 1919, Karnig fue trasladado junto con centenares de niños a un orfanato de Antep. Su nueva vida en Cilicia,

según recordaba, empezó maravillosamente. Comía bien, iba a la escuela y disfrutaba de muchos de los placeres básicos de ser niño. Fue más tarde cuando se dio cuenta de que se había ahorrado muchas de las realidades de la vida en la ciudad. Para la mayoría de los armenios, salvaguardar lo que había sido su vida antes de la guerra fue más difícil. A diferencia de Karnig, el padre Der Nerses Babayan nació y creció en Antep. Hasta 1915, era maestro de escuela en un pueblo al este de la ciudad, cerca del río Éufrates. Después de sobrevivir al exilio en un pueblo del desierto montañoso en lo que hoy es Jordania, fue una de las decenas de miles de personas rescatadas cuando las tropas británicas entraron en Palestina. Su oportunidad de volver a casa llegó tras meses de vivir en un campo de refugiados egipcio. Antes de su partida, un funcionario británico le dijo que no perdiera las esperanzas pero que fuera cauteloso. «No cabe duda de que la guerra concluyó con una victoria aliada. Turquía y las naciones con las que se alió cayeron derrotadas, pero el destino de Cilicia y los estados de Oriente Próximo todavía no está asegurado. Negros nubarrones amenazan la región».[2] Pero otros problemas personales aguardaban al padre Babayan a su llegada a Antep. Al regresar al pueblo, descubrió que su iglesia estaba en ruinas. Y sólo 11 de los 110 o 120 miembros de su antiguo rebaño habían sobrevivido a la deportación al desierto sirio.[3] Como había perdido a gran parte de su familia, decidió establecerse en Antep. Allí las cosas le fueron mejor cuando empezó a trabajar como director de un comité de ayuda que atendía a doscientas familias indigentes. Sin embargo, en noviembre de 1919, la situación política empeoró. Las tensiones en las zonas rurales obligaron a muchas familias a mudarse a Antep. El creciente temor a que los combates fueran inminentes llevó a otros líderes armenios a reunir armas y organizar una milicia. «Luego –reconoció más tarde–, ocurrió lo inevitable».[4]

Fue en Marash, una ciudad ligeramente más pequeña, al noroeste de Antep, donde comenzó el lento hundimiento de Cilicia en el caos. Los primeros rumores de insurrección llegaron de los distritos periféricos durante los primeros meses de invierno. En enero de 1920, la rebelión se instaló en los barrios musulmanes de la ciudad. Enseguida, las autoridades francesas de Marash se vieron sitiadas cuando los destacamentos nacionalistas tomaron el control de la carretera principal que conducía al sur. Después de tres semanas de intensos combates, cientos de soldados coloniales franceses encabezaron un éxodo de civiles armenios asustados hasta ponerse a salvo en Islahiye, a unos setenta kilómetros de distancia. La primera columna de supervivientes llegó hambrienta y congelada tras tres días de marcha a través de «un frío ruso» de nieve y hielo, como recordaba un oficial

francés. Otros no tuvieron tanta suerte. Días después, un segundo grupo en retirada, de unos dos mil armenios, fue asesinado por las tropas nacionalistas.[5]

La noticia de la sangrienta retirada francesa de Marash resonó en todo el escenario internacional. Había pasado más de un año desde las primeras negociaciones en París y aún no había indicios de que las potencias aliadas estuvieran más cerca de resolver el futuro territorial de las zonas otomanas. La falta de avances no menguó las ambiciones francesas en el Levante. Después de que las tropas británicas renunciaran a controlar directamente Siria y Cilicia a finales de 1919, las autoridades francesas habían dado por supuesto que los territorios estaban pacificados. La ofensiva nacionalista contra Marash echó por tierra esa idea. En la primavera de 1920, las fuerzas francesas estaban a la defensiva en toda Cilicia. Los periodistas franceses advirtieron que «toda la periferia de Cilicia», salvo Adana, la ciudad más grande de la región, se encontraba en plena agitación.[6] Pero las cosas estaban visiblemente peor más al sur. A principios de marzo, los nacionalistas árabes rebeldes coronaron al hijo de Sharif Hussein como rey de una Siria independiente. París consideró que la coronación era un innegable desaire. Cada vez parecía más evidente que el único medio de asegurar el control de Francia sobre toda Siria era la fuerza militar.

Los observadores británicos albergaban temores similares. Durante el otoño y el invierno anteriores, los informes de inteligencia indicaban que los nacionalistas de los países árabes estaban tratando de coordinarse con los combatientes de Mustafá Kemal. Antes de que terminara la primavera, las autoridades británicas se enfrentaban a estallidos violentos en Palestina e Irak. Para las autoridades británicas y francesas, la opinión pública, tanto en sus respectivos países como en las colonias, era motivo de mayor preocupación. Desde el norte de África hasta la India, los críticos musulmanes advirtieron de que habría una oleada de indignación popular si Francia o Gran Bretaña atentaban contra la autoridad de Mehmed Vahideddin, califa del mundo islámico. Todos los musulmanes, dijo un periodista argelino, temían que comenzara «una nueva cruzada», destinada específicamente «a aniquilar Turquía o a restringir sus derechos soberanos».[7]

Por el momento, estas inquietudes no impidieron que se reanudaran las conversaciones de paz en Europa. El 12 de febrero, dos días después de que las tropas francesas abandonaran sus posiciones en Marash, los negociadores aliados volvieron a reunirse en Londres para ultimar los términos del tratado que tenían intención de presentar al Imperio otomano. La reanudación de las conversaciones comportó una

serie de cambios drásticos entre los jefes de Estado que las presidían. En octubre de 1919, un derrame cerebral había dejado incapacitado a Woodrow Wilson. Con el presidente postrado en cama, los intentos de aprobar el Tratado de Versalles languidecían en el Senado de Estados Unidos. Sin la presencia del estadounidense Wilson, más moderado, el nuevo primer ministro de Francia, Alexandre Millerand, se encontró con mayor capacidad de influencia. Seguramente David Lloyd George seguía siendo la voz más contundente entre los Aliados, a pesar de que su propio gabinete estaba tan dividido como siempre. Un mes después de las primeras reuniones, se había conseguido trazar un plan general de paz. Estambul continuaría en manos otomanas, pero Grecia se anexionaría gran parte del interior occidental, incluida toda Tracia. Una comisión internacional formada por los principales vencedores de la guerra vigilaría los Estrechos Turcos, un acuerdo que en definitiva desmilitarizaba uno de los pasos marítimos más estratégicos del mundo. Las tropas griegas permanecerían en Anatolia occidental, aunque Esmirna y el resto de la costa del Egeo seguirían oficialmente bajo autoridad otomana. Si bien Italia y Francia conservarían esferas de influencia en el sur de Anatolia, los Aliados acordaron transferir varias provincias a la República de Armenia (aunque ya entonces había pocas esperanzas de que esa disposición pudiera llegar a aplicarse). En cuanto al resto de lo que había constituido el imperio en 1914, todas las reivindicaciones otomanas sobre el Levante y Mesopotamia fueron oficialmente anuladas. El futuro de estas tierras se decidió sin la participación del sultán, Mustafá Kemal, Faisal y nacionalistas locales.

Desde el punto de vista de muchos de los que asistieron a las conversaciones de Londres, había buenas razones para creer que, por fin, estaban resolviendo la cuestión de la paz turca. Los términos que acordaron seguían la misma lógica de las negociaciones de Versalles: Estambul había perdido la guerra y, por tanto, tenía que rendir cuentas. La división del imperio, según las estimaciones que habían hecho, estaba en sintonía con las condiciones impuestas a Berlín y Viena. Al fin y al cabo, el imperio de los Habsburgo se había desmantelado sin demasiada fanfarria. Reconocer los derechos nacionales de los armenios y los griegos, en el fondo, no era tan diferente de las concesiones que habían hecho posible una Polonia independiente o una gran Rumanía. No obstante, los negociadores aliados creían que era fundamental mantener, al menos, algo del orden otomano. Los intereses estratégicos y las presiones internas de los Estados aliados exigían que Mehmed VI conservara sus cargos de sultán y califa. En todo caso, los jefes de Estado aliados confiaban en que cualquier resistencia al tratado podría aplastarse con facilidad.

Cuando el secretario de Estado para la Guerra, Winston Churchill, puso públicamente en duda la viabilidad del tratado, afirmando que los Aliados carecían de hombres suficientes para hacer cumplir el acuerdo en las zonas interiores otomanas, Lloyd George lo desautorizó. Las tropas aliadas superaban en número a las fuerzas de Mustafá Kemal en una proporción de dos a uno, le aseguró el primer ministro. Si dos soldados aliados «no podían derrotar a un turco», los aliados no deberían ir más allá y tendrían que limitarse a «preguntar al turco en qué términos accedería a firmar la paz».[8]

A la hora de la verdad, los acontecimientos sobre el terreno demostraron que Lloyd George estaba terriblemente equivocado. A la retirada francesa de Marash siguieron de inmediato otros reveses. A finales de año, los contragolpes nacionalistas en Cilicia y Anatolia oriental dejaron sin efecto grandes partes del plan de paz aliado. La creciente atención internacional, magnificó la gravedad y la importancia de esas victorias, pero, de momento, se mantuvieron ciertas apariencias. Mehmed VI siguió gobernando como sultán y califa. Los nacionalistas, con Mustafá Kemal a la cabeza, siguieron declarando su lealtad al soberano gobernante. Sin embargo, en las comunidades del sur y el este del país, estas formalidades políticas tenían cada vez menos importancia. A medida que se prolongaban los combates, se vio con claridad que era imposible restablecer totalmente el imperio. Las facciones en guerra destruían ciudades y pueblos en todo el territorio que quedaba de la antigua periferia otomana, y la intensidad de ese año de lucha rara vez perdonó a la población civil musulmana o cristiana. Sin embargo, las victorias nacionalistas en el sur y en el este obligaron a todos a extraer varias conclusiones. Las fuerzas de Mustafá Kemal eran ya los árbitros del futuro del imperio. La forma que adquirieran sus fronteras dependería de sus triunfos en el campo de batalla. Para quienes se oponían a ellos, había poco margen de compromiso. Para decenas de miles de personas como Karnig Panian y el padre Babayan, volver a vivir como antes de la guerra resultaba ya imposible.

«NO NECESITAMOS SU CIVILIZACIÓN»:

EL MOVIMIENTO NACIONAL PASA A LA OFENSIVA

La última sesión plenaria de la Cámara de los Diputados otomana comenzó en medio de un estado de indignación. Casi dos semanas antes, las fuerzas griegas habían capturado varias aldeas cerca de Ödemiş, a unos setenta y cinco kilómetros al este de Esmirna. El asalto, según un telegrama leído ante la Cámara, había obligado a miles de musulmanes a abandonar su hogar y dejar atrás una fortuna en propiedades y ganado. Las ciudades cercanas de Alaşehir y Uşak se llenaron de desafortunados refugiados. Durante cuatro días seguidos, las carreteras habían estado «abarrotadas por el paso lacerante de convoyes de desdichados, hambrientos y humillados» en busca de ayuda. La noticia hizo que un diputado, Mahmud Celal, lanzara una extensa diatriba contra los horrores cometidos por Grecia y los Aliados. Celal, que más tarde fue presidente de la República turca, era originario de la zona. Durante la Primera Guerra Mundial, había ayudado a supervisar la expulsión masiva de cristianos ortodoxos de los alrededores de Esmirna. Ahora, afirmaba, estaban limpiando de musulmanes todo el interior del Egeo. «En un área de sesenta kilómetros entre Urla y Esmirna», calculaba Celal, un viajero no vería «ni un solo musulmán hoy en día». Desde el momento en que los primeros soldados griegos habían puesto pie en el país, cien mil musulmanes habían huido de «torturas y agresiones». Y todas estas transgresiones ocurrían ante la mirada de los países europeos. «Os pregunto –rogó Celal a sus colegas–: ¿es esta la civilización que nos traen los europeos?». Uno de los miembros más antiguos de la Cámara, Tunalı Hilmi, dio la respuesta más obvia. «No necesitamos su civilización –replicó–. Estamos civilizados».[9]

Tres días después, las tropas británicas y francesas se desplegaron por todo Estambul. Más tarde, los principales miembros de la Cámara de los Diputados fueron detenidos. Con la ayuda de soldados británicos, muchos de ellos musulmanes procedentes del sur de Asia, asaltaron y ocuparon los principales ministerios. En los días que precedieron a la toma de posesión, los Aliados no habían dado ningún indicio público sobre este golpe. No obstante, al atacar los principales brazos del Estado, las fuerzas británicas y francesas estaban afirmando sin reparos que Estambul, a partir de ese momento, estaba bajo su

autoridad. Los acontecimientos, sostenían, justificaban esa actuación. Desde la caída de Marash, ninguno de los ministerios imperiales había tratado de frenar el comportamiento de los soldados y los civiles que apoyaban la ofensiva nacionalista en Cilicia. Los representantes nacionalistas celebraron la derrota francesa y denunciaron lo que consideraban «ataques y calamidades y tragedias varias» causados por «armenios que estaban al servicio de fuerzas extranjeras».[10] Peor aún, conocidos jefes del Movimiento Nacional caminaban con libertad por las calles de la capital sin temor a ser detenidos o represaliados. El hecho de que Estambul quedara oficialmente bajo control aliado puso fin a estas provocaciones. Los británicos hicieron notar su presencia y arrestaron a once de los nacionalistas más activos en la capital, entre ellos Rauf Orbay y Kara Vasif, cofundador de la organización Karakol. Todos fueron deportados a Malta para ser encarcelados.

Mustafá Kemal reaccionó a la toma de Estambul con una furia predecible. En una declaración enviada a los jefes militares y civiles alineados con el Movimiento Nacional, denunció a Ferid, así como todas las medidas para debilitar a las Fuerzas Nacionales. Hasta hacía poco, los intentos por reprimir «la determinación y la voluntad de la nación otomana» habían fracasado. Sin embargo, opinaba Kemal, la ocupación de Estambul constituía un momento crítico. Con la toma de la capital «se ponía fin a siglos de dominio otomano». «En otras palabras –continuaba–, hoy se ha invitado a la nación turca a defender sus prerrogativas civiles, su derecho a la vida y a la independencia, y todo su futuro». Años más tarde, cuando era presidente de Turquía, Mustafá Kemal señalaría este pronunciamiento como el instante preciso en que el imperio se dio por muerto y disuelto. En cambio, otros personajes del bando nacionalista seguían abrazando la idea de la supervivencia del imperio. Cuando la declaración de Kemal se publicó en el periódico oficial de la Asociación para la Defensa de los Derechos, el texto sufrió ligeras modificaciones. Había aquellos, se decía, «que deseaban el fin del Imperio otomano». En contra de la afirmación original de Mustafá Kemal, el Estado otomano aguantaba a pesar de los peligros que amenazaban su existencia.[11]

No está claro cómo recibió el sultán la ocupación de su capital. Según los servicios de inteligencia británicos, Mehmed VI se alegró mucho de la detención de tantos nacionalistas destacados. Es probable que la toma del poder por parte de los Aliados salvara al sultán de intentar dar «un golpe "blando" similar, con fuerzas inferiores y un considerable riesgo de fracaso».[12] Como los restantes miembros de la Cámara de los Diputados se negaron a reabrir el Parlamento y ante la dimisión de otro gran visir, Mehmed VI volvió a nombrar a su cuñado, Damad Ferid, para presidir el gobierno. No obstante, los confidentes

de palacio temían las consecuencias de esa decisión. Un nuevo gobierno bajo su dirección, advirtió un funcionario, podría ayudar a obtener un mayor apoyo o indulgencia por parte de los británicos. Pero si Ferid fracasaba, su mandato «tendría muy malas consecuencias para el país». En retrospectiva, dado lo que se avecinaba, otro asistente de palacio se preguntaba si el cambio de gobierno había sido una trama demasiado elaborada. «¿Engañaron los ingleses a Ferid, o Ferid al sultán, o el sultán a [todos] nosotros?».[13]

Tras tomar las riendas del gobierno por segunda vez en dos años, Ferid se reunió con sir John Michael de Robeck, un alto comisionado británico en Estambul. Ferid llegó a la embajada lleno de confianza. Con su reincorporación como gran visir, tenía un plan detallado para acabar con el Movimiento Nacional de una vez por todas. Mientras ambos hombres hablaban, el gobierno estaba planeando enviar una fuerza «disciplinaria» para aplastar a los nacionalistas. Por su parte, Ahmet Anzavur seguía en activo en el sur del mar de Mármara. Ferid aseguraba que los éxitos de Anzavur podrían reproducirse también en otras partes del país, como Trebisonda, Konya y Harput, o muy lejos, en el Kurdistán. Además, explicó que el gobierno estaba intentando conseguir una sentencia, una fetua, del jurista supremo del imperio, el şeyhülislam Dürrizade Abdullah, para condenar a los nacionalistas. El peso de un decreto de esa envergadura, junto con el respaldo del propio sultán, contribuiría a socavar enormemente la legitimidad del Movimiento Nacional, tanto dentro como fuera del país. Habían engañado a los musulmanes indios, explicó, haciéndoles creer que individuos como Talat y Enver eran «defensores del islam». Confiaba en que el comisionado aceptara que los asuntos otomanos debían mostrarse «de manera veraz y que la India debía conocer las opiniones del califa, por quien los musulmanes indios sentían tanto respeto». Lo único que quería Ferid era el apoyo moral y material británico para llevar a cabo la campaña.[14]

La mayoría de estas propuestas no tardaron en mostrar fallos o fracasar por completo. A finales de mayo, Çerkes Ethem y otros miembros de las Fuerzas Nacionales habían movilizado a Anzavur y al «ejército disciplinario» de Ferid. La rebelión encabezada por la familia Çapanoğlu corrió la misma suerte un mes después en Yozgat. Sin embargo, para contrarrestar la fetua del gobierno, hacía falta un poco más de habilidad diplomática. Como jurista supremo del imperio, Dürrizade Abdullah tenía pleno derecho a emitir una opinión informada sobre asuntos relacionados con el Estado y la sociedad. A principios de abril ejerció la prerrogativa y condenó a muerte a Mustafá Kemal y a sus rebeldes de las Fuerzas Nacionales por el delito de apostasía. La historia y la política de la época arrojaron sospechas

sobre la fetua de Dürrizade desde el principio. Durante siglos, el şeyhülislam había tenido poco poder político. Ya fuera cuando se trataba de condenar a disidentes como de derrocar a sultanes, el partidismo solía imponerse a la teología a la hora de redactar sentencias importantes. Y no parecía que la fetua de Dürrizade de 1920 fuera diferente. Los nacionalistas sospecharon enseguida que el autor de la sentencia había sido en realidad su predecesor, Mustafá Sabri. Este había sido un conocido opositor al CUP desde los tiempos de la revolución de 1908 y era el decano de los clérigos conservadores de la capital. Como antiguo şeyhülislam, había criticado al Movimiento Nacional por no ser más que un grupo de «bandidos unionistas» que habían huido a Anatolia.[15] Un comité de líderes nacionalistas respondió casi inmediatamente al decreto del şeyhülislam. Presidido por el jurista islámico local de Ankara (que además era miembro de la Asociación de Defensa de los Derechos), el organismo cuestionó la autenticidad de las palabras de Dürrizade, alegando que tanto él como el sultán eran rehenes que vivían bajo la ocupación aliada. Por el contrario, era deber legal y moral de todos los musulmanes liberar al califa de su cautiverio. Este contradecreto adquirió un mayor peso por el apoyo expreso de otros 153 juristas que vivían en toda la Anatolia otomana.

La rapidez y la determinación con que los nacionalistas reaccionaron a la fetua de Estambul pone en evidencia la gestión que se estaba formando en torno a Mustafá Kemal. En diciembre de 1919, Kemal se estableció de nuevo en Ankara, a unos cuatrocientos kilómetros al este de la capital. Como cabeza de línea del ferrocarril que unía gran parte de Anatolia central con el sur y el oeste del país, Ankara poseía varias ventajas estratégicas como base de comunicaciones y puesto de mando. En el siglo XIX, gracias al comercio textil y la posibilidad de un mayor crecimiento económico, Ankara había vivido un auge demográfico y había alcanzado una mayor prosperidad. Sin embargo, la entrada del imperio en la guerra revirtió muchos de los avances de la ciudad. En 1917 se quemó gran parte del casco antiguo en un incendio. A pesar de tener una modesta población de 84.000 habitantes en 1914, el hambre y las enfermedades, además del destierro decretado por el gobierno contra los cristianos locales, esquilmaron la población y paralizaron su economía.[16] El paisaje pantanoso que rodeaba la ciudad propagaba la malaria entre sus habitantes, incluidos los recién trasladados nacionalistas. Aun así, su ubicación en el centro, en un terreno seco y elevado, proporcionaba a Ankara unas ventajas defensivas de las que carecían otras ciudades. Con los Aliados a una distancia suficientemente segura, Mustafá Kemal y su equipo trabajaron con diligencia durante el invierno con el fin de convertir Ankara en un centro próspero para el movimiento. En enero de 1920, sus

ayudantes crearon un periódico, Soberanía Nacional (Hakimiyet-i Milliye), que sería el órgano semioficial de su gobierno durante los catorce años siguientes.

El lanzamiento del periódico, hasta cierto punto, también reflejaba el relativo aislamiento de Ankara. Durante el invierno, Kemal siguió dependiendo de delegados como Rauf Orbay para mantener abiertos los cauces de comunicación con el gobierno en Estambul. El descontento culminó en enero, cuando los representantes nacionalistas en la Cámara de los Diputados se reorganizaron y decidieron dejar oficialmente su afiliación a la Asociación para la Defensa de los Derechos. Al fundar un nuevo partido, más integrador, adoptaron un nombre que consideraban más amistoso: Grupo de Salvación Nacional. Según uno de los seguidores de Mustafá Kemal, el paso lo dieron unas personas que creían «que podían alcanzar grandes objetivos humillándose ante el sultán y, al mismo tiempo, complaciendo a los extranjeros y comportándose con afecto y amabilidad». Por esta razón, bromeó, habrían hecho mejor en llamarse «los campesinos de la patria» (fellah-ı vatan), en contraposición a un grupo dedicado a la «salvación nacional» (felah-ı vatan).[17]

El surgimiento de Ankara como sede del poder nacionalista del país comportaba otros riesgos importantes. Para los que se oponían al movimiento, una presencia nacionalista permanente en Ankara daba pábulo a las acusaciones de que las Fuerzas Nacionales confiaban en derrocar al sultán. La influencia evidente de Kemal en el ejército y la burocracia en general alimentaba aún más estas sospechas. Irónicamente, fue la decisión aliada de apropiarse del control de iure de Estambul lo que ayudó a disipar estas contradicciones. La detención de Rauf Orbay y otros altos dirigentes forzó el éxodo de los partidarios nacionalistas de la capital. Mustafá Kemal, que puede que hubiese tenido algún conocimiento previo del golpe aliado, se apresuró a ofrecer su base en Ankara como refugio para los oficiales que huían de la capital. El 19 de marzo, sólo cuatro días después de que los Aliados se hicieran con el poder, el comité directivo de Kemal pidió a los gobernadores y a los comandantes militares locales que celebraran elecciones anticipadas en sus provincias. A todos los elegidos, declararon, se les ofrecería ocupar un escaño en un parlamento que se convocaría en Ankara. Aunque se presentaba como una forma de continuar el trabajo de la Cámara de los Diputados sin interferencias extranjeras, el Parlamento de Ankara adoptó un nuevo nombre, la Gran Asamblea Nacional de Turquía. En este intento de cambiar la imagen de la Cámara de los Diputados imperial fue la primera vez que se adoptó oficialmente Turquía como nombre del país. En la actualidad, la Gran Asamblea Nacional sigue siendo el principal órgano electoral de Turquía.

La primera sesión de la Gran Asamblea Nacional se celebró la última semana de abril. Comenzó con una procesión que culminó en oraciones y el sacrificio ritual de ovejas. A continuación, los miembros ocuparon sus escaños en la antigua sala de reuniones oficial de la sección provincial del CUP. Al día siguiente, Mustafá Kemal asumió el papel de presidente del organismo y dirigió un largo discurso a los representantes. En cierto modo, el contenido de su discurso inaugural sirvió de base para su famoso Nutuk de 1927. Gran parte de la atención de Kemal se centró en su interpretación de los acontecimientos desde la caída de Esmirna un año antes. Criticó a los Aliados por infieles y brutales. Denunció a los políticos que se habían asociado con los ocupantes extranjeros, particularmente a Damad Ferid. En el acta se incluyó la correspondencia oficial entre los miembros de la Asociación de Defensa de los Derechos; muchos de los cables y telegramas profesaban explícitamente su devoción al sultán. Por la tarde, Kemal habló con detalle de la convocatoria de los congresos de Erzurum y Sivas y de los peligros que él y sus seguidores habían tenido que afrontar. Todo esto le llevó a las consecuencias de la ocupación aliada de Estambul y a lo que él consideraba la legitimidad intrínseca de Ankara como nueva sede del poder. Era necesario «remediar las condiciones legales que provocaron los sucesos de Estambul» para preservar la independencia de la nación.[18] *El mandato de la Asamblea Nacional, insistió, era conforme a la ley islámica y la historia. «Nosotros, vuestros diputados –proclamó después Kemal–, juramos en nombre de Dios y del Profeta que la afirmación de que somos rebeldes contra el sultán y el califa es una mentira. Lo único que queremos es evitar que nuestro país sufra la misma suerte que la India y Egipto».*[19]

Antes de acabar el primer día, la Asamblea Nacional cerró sus puertas y se reunió en privado. Mustafá Kemal tomó de nuevo la palabra, esta vez para abordar los objetivos y las preocupaciones inmediatas del Movimiento Nacional. Como en su intervención anterior, su discurso trató temas muy variados. En particular, dedicó tiempo a abordar la situación en Cilicia. Informó de que se había reunido con un diplomático francés en el otoño de 1919 para discutir el futuro de la región. Reconoció que los franceses se habían ofrecido a renunciar a sus pretensiones territoriales sobre Cilicia siempre y cuando pudieran conservar allí sus intereses económicos y de seguridad. No había un acuerdo así en perspectiva, juró. Los franceses habían «agitado a toda Europa y toda América» con sus acusaciones de matanzas y violencia. Habían sido los franceses, y sobre todo sus aliados armenios locales, los responsables de la matanza de Marash. Ahora, las represalias de los musulmanes contra los franceses se estaban cobrando un alto precio entre las fuerzas de ocupación. «Todas estas represalias han provocado la retirada de los franceses, y recientemente puede decirse que las fuerzas francesas sólo están presentes en Adana, Taurus y

Mersin». Lo que quedaba de Cilicia estaba en manos del «volk musulmán».[20]

Las circunstancias en las que las Fuerzas Nacionales lograron este rápido éxito siguen siendo muy controvertidas. Las fuentes nacionalistas, especialmente los textos escritos después de la guerra, enfatizan abrumadoramente las experiencias y perspectivas de los musulmanes. Entre las primeras descripciones turcas de los combates en Cilicia cabe destacar la de Mustafá Nureddin, un oficial de municiones natural de la ciudad de Antep. Publicadas en 1924, las memorias de Mustafá describían la llegada de las tropas británicas como el comienzo de meses de opresión e insultos. La detención de notables locales acusados de crímenes contra los armenios fue el primer acto que quebrantó el ánimo de la población. Las torturas y los abusos sufridos por los detenidos merecían, en opinión de Nureddin, «un libro aparte».[21] A medida que avanzaba 1919, los oficiales británicos emprendieron una gran campaña para desarmar a la población. El traspaso de poder de Gran Bretaña a Francia en octubre de 1919 no mitigó la humillación que sentían los musulmanes de Antep. Como en otras ciudades de Cilicia, las autoridades francesas ordenaron retirar la bandera otomana de los puestos oficiales, un acto que se consideró un grave insulto. Tal como habían hecho en tiempos del dominio británico, los armenios disfrutaban con el sufrimiento de los musulmanes de Antep. Desde el momento en que regresaron del exilio, muchos armenios se dedicaron a «insultar y difamar a los turcos» y «a sonreír disimuladamente» cuando las tropas registraban sus hogares.[22] Muchos ayudaron a confiscar armas de ciudadanos pacíficos, y un contingente de milicianos armenios sitió un pueblo a las afueras de la ciudad. Los acontecimientos llegaron a un punto crítico en enero de 1920, cuando unos agentes auxiliares armenios agredieron a una mujer musulmana en la calle. Ni las autoridades francesas ni los agentes otomanos mostraron ninguna voluntad ni capacidad de frenar los abusos armenios, pero aún más imperdonable fue la pasividad de lo que Mustafá llamaba las élites musulmanas «tontas e ignorantes» de Antep. Varios ciudadanos destacados siguieron trabajando en las oficinas administrativas de la ciudad bajo supervisión francesa. Los verdaderos patriotas, los que se negaron a colaborar y resistieron, «eran el pueblo y los clérigos justos».[23]

Los recuerdos de Mustafá Nureddin coinciden con los de unos cuantos soldados que publicaron los primeros relatos sobre los combates en Cilicia. Ali Saib, que dirigía las tropas nacionalistas en Urfa, también subrayó el desvergonzado comportamiento de las autoridades de ocupación británicas y francesas. Pero las transgresiones armenias, en particular los casos de agresiones a mujeres, eran las que suscitaban

mayor indignación. «Estas [agresiones] –explicó más tarde Ali Saib– se cometieron de una manera tan vil y vergonzosa que resulta imposible describirlas debidamente». A los auxiliares armenios, «que eran monstruos, viles, miserables y carentes de toda restricción o responsabilidad», se los acusó en concreto de obligar a las mujeres musulmanas a convertirse al cristianismo para intimidar a todos los turcos.[24] Sin embargo, los archivos documentales dejan muchas preguntas sin respuesta. La mayoría de los relatos, incluidos los de funcionarios otomanos, se basan sobre todo en informaciones de segunda mano. Es evidente que las divisiones creadas por la ocupación y los acontecimientos anteriores aumentan los habituales prejuicios sectarios de los observadores turcos, armenios y occidentales. Estos dos factores hacen que algunas acusaciones, como la supuesta cristianización forzosa de las mujeres musulmanas, sean difíciles de corroborar. Es posible que el origen de la acusación fueran las búsquedas de mujeres armenias secuestradas durante las deportaciones de 1915 que llevaron a cabo los representantes de los Aliados. Este esfuerzo por reunir a mujeres y niños secuestrados provocó que los nacionalistas acusaran a los armenios de intentar «cristianizar» a las mujeres musulmanas secuestradas y así elevar sus datos de población.[25] En los relatos de Nureddin y otros, no se tienen en cuenta los testimonios ni las experiencias personales de esas mujeres y esos niños.

En cualquier caso, hay buenos motivos para creer que las tensiones que separaban a los musulmanes y los cristianos de Cilicia no eran insalvables. Por ejemplo, existe una amplia evidencia de que armenios y musulmanes seguían viviendo en barrios mixtos en las principales ciudades de la región antes del inicio de la campaña nacionalista a principios de 1920. Además, está claro que hubo musulmanes que trabajaron junto a los armenios en la administración francesa. Estos signos permanentes de coexistencia y cooperación no restan gravedad a las acusaciones de Ali Saib y otros, pero sí hacen pensar que, por lo menos, algunos segmentos de la sociedad cilicia estaban dispuestos a adaptarse unos a otros.

Los esfuerzos de resistencia tardaron en dar resultados. Como ocurrió en otras partes de Anatolia, poco después del armisticio se formaron en Cilicia comités que exigían la restauración de la soberanía otomana. El impulso de la resistencia se interrumpió en la primavera de 1919 con el arresto de los líderes locales implicados en las deportaciones de 1915. Hubo que esperar a finales del otoño para que los esfuerzos organizados de resistencia se pusieran en marcha de nuevo, esta vez bajo la autoridad directa de la Asociación de Defensa de los Derechos de Mustafá Kemal. El mando general de las

operaciones en Cilicia fue otorgado a Kılıç Ali, natural de Antep y veterano de la ofensiva otomana de 1918 en el Cáucaso. A nivel local, militantes de la Asociación, muchos de ellos oficiales y pequeños burócratas, trabajaban en secreto para movilizar barrios y pueblos con la vista puesta en la guerra que se avecinaba. Los oficiales apelaban a servir a «su religión, su patria y su nación» y entrenaron y armaron a los habitantes de la ciudad durante el invierno para lo que muchos preveían que iba a ser un levantamiento general.[26] Los combates en la región empezaron en enero de 1920, cuando soldados franceses y auxiliares armenios se acuartelaron en un pueblo entre Antep y Marash. Cuando se divulgó la noticia de que los armenios habían saqueado e incendiado casas en busca de comida, las milicias nacionalistas atacaron y causaron grandes bajas en el destacamento aliado. La amenaza de emboscada obligó a las guarniciones francesas a fortificar todavía más su posición en la ciudad más importante de la región y, por lo tanto, a alejarse del campo. Todos los medios de comunicación y transporte entre Marash y el mundo exterior habían quedado interrumpidos cuando los nacionalistas iniciaron su asalto a la ciudad a finales de enero. La situación se volvió desesperada, y tanto civiles armenios como cooperantes extranjeros buscaron refugio en hospitales y edificios gubernamentales. «Estamos asediados por un ejército invisible –escribió un estadounidense en su diario–. Hay pocos soldados enemigos a la vista, y a esos los vemos a través de nuestros prismáticos, corriendo para ponerse a cubierto o saliendo apresurados de sus trincheras, o escabulléndose por las montañas en pequeños grupos para llegar a la ciudad».[27] Con escasez de alimentos y sin noticias, los franceses que estaban en Marash, en clara minoría, lanzaron un violento ataque. Cuando las unidades de Kılıç Ali se abalanzaron con todo su peso sobre sus posiciones, los defensores franceses respondieron con la artillería y las ametralladoras de forma indiscriminada. Los bombardeos y los incendios provocados arrasaron zonas enteras de Marash. A principios de febrero, las nueve iglesias de la ciudad estaban en ruinas.[28] Mucho más difícil resulta calcular el número de víctimas del asedio nacionalista. El personal humanitario estadounidense fue testigo de la ejecución deliberada de cientos de armenios desarmados durante los combates, muchos de ellos asesinados de las formas más espantosas. Una mujer, que había conseguido huir y refugiarse en el perímetro estadounidense, contó que había pasado días escondida en un sótano hasta que los combatientes nacionalistas la obligaron a rendirse. Estos, a pesar de haber prometido clemencia, asesinaron a decenas de supervivientes, entre ellos a su marido. «Le disparó inmediatamente en la puerta uno de sus vecinos turcos, a quien ella conocía –escribió un estadounidense en su diario–, que era un gendarme al servicio del

gobierno. Después de sacar a los hombres [del sótano], hubo una escena de horror indescriptible cuando entraron los turcos con hachas y cuchillos y comenzaron su tarea asesina».[29]

El control francés de Cilicia se debilitó rápidamente a las semanas siguientes a la caída de Marash. A principios de febrero, unos destacamentos nacionalistas rodearon la ciudad de Urfa. Cuando la guarnición francesa se negó a retirarse, los partidarios musulmanes se alzaron en apoyo de las tropas de Ali Saib. Como en Marash, las tropas francesas se vieron rápidamente superadas en armamento y sufrieron escasez de suministros. Después de semanas de asedio, Ali Saib lanzó un ultimátum a los armenios de la ciudad y les pidió que dejaran de colaborar con los franceses y «se mantuvieran unidos a la patria y a los turcos».[30] De hecho, muchos combatientes armenios recelaban de la presencia francesa y temían incitar la ira musulmana. Casi cinco años antes, en medio de las deportaciones, las tropas otomanas habían irrumpido en el barrio, después de que los residentes se resistieran a la expulsión, y asesinado a cientos de personas. «Nuestra fuerza, al lado de la de los turcos, no era nada. Habríamos resistido apenas uno o dos días en caso de ataque, una vez más para morir con honor –recordaba un superviviente–. Los turcos se alegraron de que no nos uniéramos a los franceses».[31] Los franceses entregaron Urfa a principios de abril. Pese a las promesas de dejarlas salir, las tropas francesas en retirada sufrieron una emboscada a pocas horas de distancia de la ciudad. De los cuatrocientos cincuenta soldados a los que se permitió partir, sólo se salvaron entre cincuenta y cien.[32]

La matanza masiva de soldados franceses y civiles armenios pesó fuertemente en la mente del padre Babayan cuando comenzó el asedio nacionalista a Antep. Cuando sonaron los primeros disparos a principios de abril, él y otros líderes locales reunieron a los residentes armenios para que se prepararan para luchar. «Todos presentían el peligro –declaró–. Nuestro feroz enemigo había decidido asesinar a los armenios que sobrevivieron al genocidio de 1915 para hacerse con el control absoluto de Antep».[33] Sin embargo, al igual que sus camaradas de las afueras de Urfa, Kılıç Ali declaró que no tenía nada en contra de los armenios de la ciudad, sino de los franceses. «Habéis vivido con nosotros durante seiscientos años –decretó en una carta a los armenios locales– y podéis estar seguros de que volveréis a vivir así». En lugar de aceptar las condiciones, los combatientes armenios respondieron al comandante nacionalista que, para ellos, la elección era entre «Armenia y el cementerio».[34] El final de las negociaciones derivó en intensos combates durante gran parte de los meses de abril y mayo. El uso desenfrenado de la artillería francesa y los ataques aéreos se cobraron un alto precio en los barrios residenciales de Antep. Para

Karnig Panian y los compañeros huérfanos, el asedio de la ciudad reprodujo muchos de los peores horrores que habían vivido durante la guerra. En medio de intensos bombardeos y combates casa por casa, los administradores estadounidenses de su orfanato tuvieron que asumir, además, la responsabilidad de alimentar a un montón de armenios desesperados. Cuando se agotaron los suministros, los refugiados en el complejo decidieron asaltar el barrio musulmán adyacente y se dedicaron a saquear e incendiar casas y tiendas a su paso. La intensidad cada vez mayor de la batalla acabó obligando a los maestros a evacuar a los huérfanos a una cueva situada bajo una escuela cercana. Los días siguientes estuvieron marcados por un profundo estrés e incertidumbre. «Todas las mañanas reinaba el caos: los llantos y las quejas de los niños, las exhortaciones de las madres, las risas y los juegos de los huérfanos».[35] Karnig permaneció en la cueva hasta principios de verano, soportando un calor intenso y bajo la amenaza de los proyectiles extraviados. Sólo cuando se anunció la retirada francesa de Antep se les permitió salir a él y a los demás huérfanos.

Mientras se producían los avances nacionalistas en Cilicia, el caos se apoderaba de toda la Siria ocupada por Francia. La coronación de Faisal como rey del país enfrentó directamente a París con los nacionalistas locales y sus aliados británicos. El primer ministro, Alexandre Millerand, que intentaba que Lloyd George no se opusiera a un mandato francés en el Levante, se vio obligado a soportar intensas críticas de su política exterior en el Parlamento por parte de diputados tanto de derechas como de izquierdas. Los intentos continuos de negociar un acuerdo con los representantes de Mustafá Kemal resultaron aún más desalentadores. Desde la perspectiva nacionalista, una tregua acordada a finales de mayo parecía indicar que los franceses tenían cada vez menos ganas de seguir derramando sangre. Por otra parte, en toda la región, los armenios interpretaban los retrocesos franceses como la señal de una destrucción inminente. Ya en abril, miles de armenios empezaron a huir de sus ciudades y pueblos con la esperanza de encontrar una forma de marcharse al extranjero. Un cooperante humanitario estadounidense en Adana advirtió de que la indiferencia francesa estaba provocando una estampida de refugiados desesperados hacia la costa, sobre todo hacia el puerto de Mersin. «Van donde pueden –exclamó–. Cuando se dan cuenta de que no van a tener más protección, aún son más los que se marchan».[36] La salida de refugiados continuó aumentando tras la rendición de Antep en junio. Después de semanas escondidos bajo tierra, comunicaron a Karnig Panian que él y el resto de los niños iban a reanudar la marcha. Bajo supervisión francesa, los administradores

los subieron a él y los demás niños a unos camiones que los llevaron hacia el sur, a la Siria controlada por Francia. Los escolares terminaron instalados a las afueras de Beirut. La vida acabó instaurando una nueva rutina de estudio y comodidades, pero los recuerdos de Antoura y Antep seguían vivos. «Hablábamos con frecuencia del pasado –reconoció más tarde–. Los cinco años anteriores habían quedado indeleblemente grabados en nuestra alma. Pero teníamos que seguir mirando al futuro».[37]

El padre Babayan decidió quedarse en Antep. Aunque maldijo a los franceses por considerar que la retirada era una traición, él y los demás líderes civiles que quedaban llegaron a un acuerdo con los representantes nacionalistas que habían tomado la ciudad. Durante un tiempo, pareció que la vida volvía a la normalidad. «Los armenios –escribió a mediados de junio– siguen trabajando en el bazar de Arasa y los turcos han empezado a visitar los distritos en los que vivimos [los armenios]».[38] En otros lugares de Cilicia, las tensiones comunales se desbordaron. En Adana, los enfrentamientos entre vecinos musulmanes y armenios degeneraron en una violencia generalizada. El 10 de julio, «un viento de pánico» barrió la ciudad. «Todo el mundo –recordaba un comandante francés–, cristiano o musulmán, cogió su arma y empezó a disparar desde la ventana. Los puestos [ocupados] por voluntarios cristianos abrían fuego sin un objetivo concreto». Los nuevos ataques de los auxiliares armenios y los rumores de que la ciudad iba a ser bombardeada, o atacada con proyectiles, provocaron el éxodo de unos cuarenta mil residentes musulmanes. Varios saqueadores e incendiarios irrumpieron en el barrio musulmán de Adana y se dedicaron a robar y prender fuego a las casas.[39] A finales de julio, también se reanudaron las hostilidades en Antep. Después de derrocar el gobierno de Faisal en Damasco, las tropas francesas se congregaron ante Antep y la masacraron con fuego de artillería y aéreo. Temiendo por su vida, la decreciente comunidad armenia de la ciudad se declaró neutral para no arriesgarse a sufrir la furia de sus vecinos musulmanes. El asedio continuó durante el año siguiente y redujo a escombros gran parte del centro histórico de la ciudad. En el invierno de 1920-1921, los combatientes nacionalistas y los civiles musulmanes estaban desesperados. «Nuestra desgracia y nuestras calamidades se agravaron en respuesta a nuestros esfuerzos y nuestro ardor –recordaba Mustafá Nureddin–. Encontramos una solución para las municiones, pero ¿qué podíamos hacer para conseguir pan? Igual que un barco necesita carbón para zarpar, la gente necesita comida para actuar».[40] A finales de febrero, la guarnición nacionalista acabó rindiéndose. La reanudación del control francés supuso la vuelta de muchos símbolos de los primeros meses de la ocupación. Para

mantener la paz se nombró a administradores y gendarmes musulmanes, incluidos algunos famosos por sus credenciales anti-CUP y antinacionalistas. Se reanudó la labor humanitaria entre los armenios locales. En cambio, se prohibió a armenios y musulmanes que entraran unos en el barrio de los otros. Gran parte de Antep siguió en ruinas durante meses.

Por vía diplomática llegó una victoria más duradera de los nacionalistas sobre los franceses. En marzo de 1921, los negociadores nacionalistas entablaron negociaciones directas con los Aliados en Londres. En ese momento, Ankara y Francia acordaron que era posible resolver las tensiones en Cilicia. Después de meses de discusiones diplomáticas, el control nacionalista de Cilicia quedó oficialmente reconocido con la firma del Tratado de Ankara en octubre de 1921. Sin embargo, los representantes de Mustafá Kemal pagaron esta victoria con ciertas concesiones: hubo que abandonar parte del territorio de Cilicia reclamado bajo los auspicios del Pacto Nacional, en especial los distritos de Antioquía y Alejandreta. Para combatientes como Mustafá Nureddin, fue el coste global de esta victoria lo que provocó que la conquista de Cilicia fuera agridulce. «Durante once meses, luchamos continuamente contra el enemigo, por un lado, contra la falta de provisiones, por otro y, por último, contra el hambre, y perdimos», escribió en 1924. No obstante, la crueldad con que Francia sometió a los defensores de Antep absolvió a los nacionalistas de toda culpa por rendirse. «El enemigo tuvo una victoria deshonrosa en Antep. Nosotros no nos sentimos ni nos sentiremos nunca humillados por nuestra derrota».[41]

Para cuando Cilicia estuvo en manos de Ankara, las tropas nacionalistas también habían asegurado una frontera fija en Anatolia oriental. Pero la historia de la recuperación del este del imperio por parte de Mustafá Kemal es muy distinta de la campaña de Cilicia. A diferencia de las ciudades de Antep y Adana, allí hubo pocos funcionarios y personal humanitario extranjeros que presenciaran los acontecimientos. También hay una falta sustancial de testimonios de primera mano de soldados, oficiales subalternos o civiles que estaban presentes en la región en el momento de la ofensiva nacionalista. Gran parte de lo que se ha escrito sobre los combates procede de informes de inteligencia extranjeros y de los relatos de generales que estaban allí. Además, la dinámica política de la lucha por Anatolia oriental fue más compleja y caótica. Al reafirmar el control otomano sobre la frontera oriental histórica del país, las tropas nacionalistas se enfrentaron a la acción política de cuatro Estados nuevos: Georgia, Armenia, Azerbaiyán y la Rusia soviética. No fue tan relevante el papel de los dirigentes y los combatientes de otros grupos étnicos del

Cáucaso, como los ajaríes, daguestaníes, circasianos, abjasios y kurdos. Por último, la lucha por decidir el destino de Anatolia oriental fue mucho más corta y, en cierto modo, más decisiva, aunque es más difícil saber hasta qué punto fue tan violenta o destructiva como la lucha en Cilicia.

Los orígenes de la campaña nacionalista en el este se remontan a los últimos meses de la Primera Guerra Mundial. La firma del Tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918 supuso el reconocimiento formal por parte del gobierno soviético de su derrota a manos de las Potencias Centrales. El acuerdo dio a Estambul el derecho a reclamar tres provincias, Batumi, Kars y Ardahan, que había perdido a manos de Rusia en el siglo XIX. Sin embargo, esa victoria fue contrarrestada por reconvenciones que plantearon varios pueblos de la región. Tras la Revolución de Octubre, los dirigentes georgianos, armenios y azeríes habían constituido un nuevo Estado, la efímera República Transcaucásica, que se oponía a las fronteras trazadas en Brest-Litovsk. Otra resistencia aún más poderosa era la de los supervivientes de las fuerzas armenias que habían apoyado la ocupación rusa de Anatolia oriental. Dirigidos por fieros líderes revolucionarios como Andranik Ozanian, los últimos soldados que quedaban resistieron con la esperanza de adjudicarse el este otomano como parte de un Estado armenio independiente. Uno de los oficiales encargados de hacer realidad la reivindicación de Estambul sobre las «tres provincias» (elviye-i selase) fue Kâzım Karabekir, entonces comandante de cuerpo en el frente oriental. Cuando, a principios de marzo, le dieron la orden de dirigirse hacia el este, Karabekir avanzó con sus hombres frente a una fuerza de unos cuantos miles de armenios irregulares. En su diario iba anotando las masacres con las que se encontraba a su paso, con macabras escenas de mujeres y niños asesinados a bayonetazos y quemados. Junto con los periodistas y oficiales que le seguían, Karabekir se sintió especialmente impresionado por la escala de destrucción visible en Erzurum tras la retirada armenia. Según sus estimaciones, en los días antes de que la ciudad cayera en manos de las fuerzas otomanas, murieron asesinados al menos mil setecientos musulmanes.[42] Karabekir siguió avanzando y tomó la ciudad-fortaleza de Kars a mediados de abril. El restablecimiento del dominio otomano en la región llegó acompañado de promesas de protección y de la aplicación del Estado de derecho para todos los armenios que quedaban. Mientras Enver Pashá declaraba que Estambul defendería «su seguridad, propiedad y libertad», Talat propuso un plan para ofrecer a los armenios una amnistía general. Para aquellos que habían perdido sus propiedades podrían optar a una compensación monetaria o tal vez a la restitución de sus tierras en la medida de lo posible.[43]

La facilidad con la que las tropas otomanas se apoderaron de las tres provincias no sació las ambiciones de Estambul. Mientras los ejércitos alemán y austriaco avanzaban hacia los territorios cedidos por los bolcheviques en Europa del Este, las fuerzas otomanas se adentraron aún más en el Cáucaso. Para entonces, la República Transcaucásica se había dividido en los tres estados de: Georgia, Armenia y Azerbaiyán. La situación de la región despertó también el interés de Alemania y Gran Bretaña; las dos potencias preveían una disputa por el control del rico comercio de petróleo que salía de los puertos de Bakú y Batumi. En medio de esta incertidumbre, los líderes de los Jóvenes Turcos vieron la oportunidad de transformar el mapa del Cáucaso para su propio beneficio. Desde el comienzo de la guerra, los agentes del CUP habían cultivado fuertes relaciones con los disidentes y los rebeldes en diversas partes del Imperio ruso. Los estrategas pensaron que, al apoyar los movimientos independentistas en Ucrania, Daguestán y Azerbaiyán, tendrían la posibilidad de detener cualquier futura invasión desde el norte de Rusia. Para algunos, quizá incluso para Enver, la guerra ofrecía a Estambul la perspectiva de consolidar su reivindicación de algunas partes de Asia Central, la cuna legendaria de la civilización turca. Pero los turanistas, como se referían a sí mismos estos románticos, no eran precisamente la prioridad en la mente de los altos mandos otomanos. Cuando Enver ofreció a Kâzım Karabekir la oportunidad de participar en una invasión del Cáucaso, este lo rechazó con rotundidad. Un viejo amigo conocido por sus inclinaciones turanistas abordó a Karabekir en su campamento y le reprochó su decisión. «Mientras nosotros nos encaminamos a esa tierra de fantasía llamada Turán –replicó Karabekir–, los alemanes se acomodarán en el Bósforo». La broma, escribió en su diario, hizo palidecer a su amigo.[44]

La campaña de verano de Enver sumió gran parte del Cáucaso en el caos. Se incautaron territorios fronterizos pertenecientes a Georgia, en algunos casos a instancias de las comunidades musulmanas locales. En junio, las tropas otomanas atravesaron de forma imperiosa Tabriz, en el norte de Irán; un acto, explicó un comandante, destinado a «mostrar la grandeza del ejército turco a los persas, que adoran la ostentación y la fuerza».[45] La principal acometida de la campaña se produjo en Azerbaiyán, un Estado sacudido por la agitación desde que declaró su independencia a finales de mayo de 1918. La revolución en Rusia y las repercusiones de las matanzas durante la guerra en Anatolia desencadenaron una oleada de preocupación en las comunidades mixtas de musulmanes y armenios de todo el país caucásico. En marzo, las tropas bolcheviques, con la ayuda de los nacionalistas armenios, libraron feroces batallas callejeras con las milicias azeríes,

una lucha que desembocó en un pogromo contra los musulmanes en el que perdieron la vida doce mil inocentes.[46] En un esfuerzo por respaldar al recién nacido gobierno azerí, las tropas otomanas pusieron el punto de mira en Bakú y prometieron devolver la ciudad a la joven república. El tío de Enver Pashá, Halil, y Nuri, hermano de Enver, encabezaban esta expedición. Bajo el mando de Nuri, una fuerza variopinta autodenominada «Ejército del islam» tomó Bakú en septiembre de 1918. Sin embargo, cuando grupos de musulmanes locales, entre ellos muchos desplazados por las masacres de la primavera, atacaron la comunidad armenia de Bakú, se desencadenó una violencia sin igual. En una entrevista con funcionarios británicos en 1920, Nuri Pashá no asumió ninguna responsabilidad por esas matanzas, que causaron tal vez la muerte de hasta nueve mil civiles armenios. «Cumplí con mi deber; hice todo lo que pude –exclamó más tarde–. Una pequeña chispa puede prender fuego a una pradera, pero decenas de hectáreas quedarán arrasadas antes de que se sofoquen las llamas».[47]

Estos avances, como otros hacia el norte, en Daguestán, fueron efímeros. La rendición de Bulgaria despejó el camino para que las tropas francesas, serbias y británicas amenazaran Estambul, así que las operaciones otomanas en el Cáucaso se paralizaron. La firma del armisticio a finales de octubre obligó a Estambul a retirar sus fuerzas y renunciar a todo el terreno conquistado desde la primavera. Entre los territorios cedidos estaban las tres provincias adquiridas en Brest-Litovsk: Batumi, Ardahan y Kars. En el caso de los jefes provinciales que vivían en Kars, la probabilidad de un gobierno armenio los impulsó a actuar de inmediato. En noviembre de 1918, con la ayuda del servicio secreto imperial, los notables locales proclamaron la República del Cáucaso sudoccidental. El gobierno de la república, sujeto voluntariamente a la autoridad del Estado otomano, incluía a representantes de territorios de Georgia y de partes de Najicheván, en Azerbaiyán. Las advertencias de que podían reanudarse los enfrentamientos entre comunidades (como dijo el gobierno de Kars, «una segunda Macedonia») ayudaron a persuadir a miles de soldados y oficiales desmovilizados de que se negaran a regresar a casa.[48] Un informe de los servicios británicos de inteligencia de finales de 1919 calculaba que en Azerbaiyán seguía habiendo más de veinticinco mil soldados otomanos y casi otros mil operaban en Daguestán.[49] Aunque estas cifras quizá eran exageradas, la presencia de miles de voluntarios otomanos en la región era una prueba de la importancia constante que tenía el Cáucaso en la política imperial. Al parecer, antes de partir al exilio, Enver Pashá ordenó a Nuri y Halil que prepararan sus fuerzas para encabezar la lucha contra cualquier ocupación aliada de

Anatolia. Los dos, a pesar de ser capturados por las tropas británicas después del armisticio, mantuvieron su compromiso con el plan de Enver. Tras escapar milagrosamente de su cautiverio, Nuri y Halil regresaron a Azerbaiyán para servir como oficiales voluntarios. Mientras ayudaban a Bakú en sus enconadas disputas fronterizas con Armenia, ambos continuaron viendo la lucha del Cáucaso como algo vinculado al nuevo Movimiento Nacional. «Turquía es como mi madre –dijo Nuri Pashá a un oficial británico–, los musulmanes son mis hermanos. Quiero ayudar a los musulmanes. Quería ver un Azerbaiyán independiente».[50]

Mientras tanto, los asuntos en el interior de la frontera oriental del imperio se mantenían relativamente estáticos. Los oficiales pronacionalistas dedicaron gran parte de 1919 a tratar de poner en práctica un plan coherente para reafirmar la autoridad otomana sobre los territorios perdidos con el armisticio. Como comandante del grueso de las fuerzas imperiales en Erzurum, Kâzım Karabekir se enfrentó a Halil Pashá por cuestiones de estrategia y táctica. Aunque Halil había sido su superior durante la Gran Guerra, Karabekir le criticó a él y a su hermano Nuri por su despreocupación a la hora de ocuparse del Cáucaso y les advirtió de que su falta de coordinación sería un desastre «tanto para el pueblo azerí como para [su] verdadera nación», el Imperio otomano.[51] Se interpuso entre los tres generales Mustafá Kemal, que envió a Halil como representante ante el gobierno soviético. Con Lenin enzarzado en su propia guerra contra los Aliados y las fuerzas anticomunistas, Kemal veía a los bolcheviques como posibles socios y protectores. Después de meses de negociaciones, Halil Pashá consiguió una cuantiosa ayuda soviética. Pero la perspectiva de recibir apoyo económico y material de Moscú supuso renunciar a todo intento inmediato de recuperar las tierras perdidas como consecuencia de la Gran Guerra. Mientras Karabekir esperaba órdenes para avanzar, observaba los enfrentamientos entre las tropas armenias y azeríes. A principios de verano, numerosos refugiados musulmanes habían huido de los avances armenios en las regiones de Ereván, Najicheván, Karabaj y Zangezur. Aunque ordenó a varias unidades que ayudaran a los azeríes y los otomanos a cruzar la frontera, la situación política no le permitía seguir adelante. A principios de la primavera de 1920, las condiciones empezaron a cambiar. Las fuerzas antibolcheviques que controlaban Ucrania y el bajo Don se derrumbaron y allanaron el camino para que el Ejército Rojo atacara el Cáucaso. Para los responsables en Ankara, la campaña rusa hacia el sur representaba un posible salvavidas que permitiría que la ayuda de Moscú llegara directamente a las Fuerzas Nacionales. Sin embargo, el gobierno de Lenin se resistió al principio a enviar la

ayuda prometida hasta que el Ejército Rojo obligara a las repúblicas caucásicas a aceptar el poder soviético. Aunque muchos exoficiales otomanos reconocían que era necesario hacer esa concesión, Nuri Pashá se negó inicialmente a renunciar a un Azerbaiyán independiente. En mayo dirigió a las tropas azeríes en un último intento de resistencia contra el Ejército Rojo en la disputada región de Karabaj, cerca de la frontera otomana. Cuando Nuri pidió refuerzos, Karabekir dictó una orden severa. Nuri debía marcharse de Azerbaiyán, o sus acciones se considerarían equivalentes a «traicionarnos con nuestros enemigos y nadie le salvaría de su delito». «Basta de niñerías», concluía la orden.[52]

La falta de interés de Karabekir por Azerbaiyán se compensaba con su odio por Armenia. Desde la fundación de la República de Armenia en la primavera de 1918, las autoridades de Ereván habían intentado imponer el control en las tierras montañosas situadas dentro de las fronteras declaradas del Estado. Prácticamente todos los distritos del país albergaban comunidades musulmanas que se negaban a ser gobernadas por armenios. Según el censo de 1914, más de un tercio de la población de la provincia de Ereván estaba formado por musulmanes.[53] La complejidad demográfica de Armenia sentó las bases para un acalorado enfrentamiento con Azerbaiyán por varias regiones de composición mixta. Los intensos combates que arrasaron zonas como Zangezur y Karabaj agravaron la sensación de crisis que amenazaba a la república. Al año siguiente de que Ereván declarara la independencia, casi trescientos mil refugiados armenios fijaron su residencia dentro de las fronteras del país.[54] En su mayoría procedían del este otomano y eran supervivientes de las deportaciones y masacres. El Estado de Armenia nació ya fracasado y dividido por el faccionalismo. Hasta un tercio de sus alimentos procedían históricamente de Rusia, por lo que la escasez y los desórdenes se cobraron un precio terrible. En el verano de 1919 murieron de hambre hasta doscientas mil personas, aproximadamente el 20 por ciento de la población de la república.[55] Sin embargo, mientras los Aliados se mostraban dispuestos a conceder a Armenia unas tierras dentro del Imperio otomano, las autoridades de Ereván prosiguieron con sus intentos de consolidar el poder en los territorios en disputa de Kars, Ardahan y Artvin. El encargado de conseguirlo era un ejército que iba debilitándose a medida que escaseaban las armas y el dinero. Para compensar esas carencias, los armenios de Estambul y de otras partes de Anatolia recaudaron frenéticamente fondos para pagar sus «deudas de sangre» a los que luchaban por la independencia.[56] La fragilidad de Armenia se hizo aún más evidente cuando el Ejército Rojo amenazó con marchar hacia el Cáucaso en la primavera de 1920. Cuando un

representante británico preguntó a Kâzım Karabekir si acogería a los armenios que huían de los bolcheviques, el general se negó. «La opinión pública de esta región –respondió– no aceptaría ni a uno solo de los armenios dentro de nuestras fronteras bajo ninguna circunstancia». Al fin y al cabo, ¿cómo iban a aceptarlos, con las noticias de «todo tipo de atrocidades y ultrajes perpetrados contra los musulmanes» en Cilicia, por no mencionar los «gritos y aullidos» de los musulmanes que vivían bajo el poder armenio?[57]

La tan esperada ofensiva de Karabekir contra Armenia comenzó a finales de septiembre de 1920. Durante los dos meses siguientes, los regulares nacionalistas, apoyados por las milicias kurdas locales, hostigaron e hicieron retroceder a los defensores hacia la frontera establecida por el Tratado de Brest-Litovsk y les infligieron unas pérdidas devastadoras. Según las anotaciones de Karabekir, la caída de Kars, a finales de octubre, costó al ejército armenio al menos mil muertos y más de mil prisioneros (los nacionalistas, por el contrario, no tuvieron más que nueve muertos en la toma de la ciudad).[58] Los combates continuaron después de que las tropas nacionalistas avanzaran hacia el este. Mientras los hombres de Karabekir amenazaban la propia Ereván, dejaron tierras devastadas a su paso. En el año siguiente a la invasión nacionalista, las autoridades soviéticas recogieron y enterraron en Armenia los cadáveres de casi doce mil personas, el 90 por ciento eran, supuestamente, mujeres y niños.[59] Las hostilidades terminaron repentinamente a principios de diciembre. Para entonces, los agentes soviéticos se habían apoderado de Ereván y habían proclamado una república socialista. Pronto se firmó una paz desigual entre los negociadores nacionalistas y armenios en la ciudad de Alexandropol. A partir de entonces, los armenios abandonaron todas sus reivindicaciones sobre tierras otomanas.

Las delimitaciones definitivas de la frontera oriental de Anatolia no se fijaron hasta la primavera de 1921. Para entonces, las tropas soviéticas se habían hecho con el control de Georgia, lo que llevó a las tropas nacionalistas a recuperar la provincia de Batumi, en la costa del mar Negro. Esta breve ofensiva nacionalista agravó las tensiones que planeaban sobre las negociaciones entre Ankara y Moscú. Con la firma de un tratado de amistad a finales de marzo de 1921, ambos gobiernos se vieron obligados a hacer concesiones. A cambio del reconocimiento de Ankara como verdadera sede del poder del país, los nacionalistas renunciaron a los derechos sobre Batumi y su puerto. No obstante, Ankara insistió en que se concediera autonomía provincial a Batumi debido a la mayoría musulmana de la región, los ajaríes. Los negociadores también exigieron que las autoridades locales recibieran poderes similares en la región de Najicheván, junto a la frontera. No

sólo la provincia, de mayoría musulmana, tendría un gobierno local, sino que la región se consideraría un enclave perteneciente a Azerbaiyán y no a su vecina Armenia. En territorio otomano no se concedieron acuerdos de este tipo.

El pacto de Lenin con Mustafá Kemal acabó con las esperanzas de un Estado armenio completamente independiente. Para muchos supervivientes que habían buscado refugio en Ereván, la vida bajo el nuevo gobierno «sovietizado» acarreó nuevas dificultades. Eso fue lo que les ocurrió sobre todo a los nacionalistas y soldados como Kalusd Sürmenyan. Se había trasladado a Batumi inmediatamente después del armisticio de 1918, con la esperanza de reunirse con su familia y empezar de nuevo. Allí, un representante de Ereván le ofreció dirigir una unidad compuesta por otros armenios otomanos como él. Kalusd, junto con su familia, agradeció la oportunidad. «Un ejército armenio, ministros armenios, armenios por todas partes. Uno se vuelve loco de tanto entusiasmo humano –explicó más tarde–. Dos años antes estábamos en un infierno turco, sin esperanza y sin remedio. Hoy estamos en nuestra patria».[60] Sin embargo, su familia y él estuvieron a punto de pagar un alto precio por servir a ese nuevo Estado. A partir de 1919, sus hombres y él se vieron envueltos en una lucha aparentemente interminable contra enemigos internos y externos. Después de enfrentarse a las tribus kurdas y ayudar a sofocar una revuelta inspirada por los bolcheviques, Sürmenyan fue capturado por las fuerzas de Karabekir durante la defensa de Kars. Aunque quedó en libertad y regresó a Ereván, la toma del poder por parte de los soviéticos le causó aún más problemas. El nuevo régimen bolchevique le condenó al exilio junto con otros oficiales leales a la república. A quienes no se marcharon los fusilaron. Kalusd, en vez de someterse a una incierta pena de destierro, consiguió escapar con varios miembros de su familia a Irán. Desde allí, esperaba viajar a América y reunir a todos sus familiares, pero la enfermedad le golpeó y los dejó a él y a otros seres queridos en Bagdad. Se quedó en Irak por necesidad y consiguió ganarse la vida primero como profesor y luego como comerciante. Al final de sus memorias, veintitrés años después de su llegada a Bagdad, seguía viviendo, como él decía, «con la honda convicción de que volveré a ver algún día mi patria y con el recuerdo permanente de nuestro país».[61]

La represión del Ejército Rojo contra los nacionalistas armenios y los presuntos disidentes obligó a miles de personas como Kalusd Sürmenyan a huir al extranjero. En el interior de Anatolia, un tipo de política diferente provocó un éxodo aún mayor y más devastador. Después de 1921, la probabilidad de una victoria nacionalista hizo que a los armenios les resultara más difícil permanecer en Cilicia y

otras zonas del interior. El padre Babayan, por ejemplo, se quedó en Antep meses después de que los franceses aceptaran marcharse de la ciudad. Durante un tiempo, tras el fin de los combates, un discreto malestar se apoderó de su vida. Los armenios que conocía volvieron a comprar en los barrios musulmanes, donde solían recibirlos con las gentilezas habituales. «¿Pueden los turcos ser realmente amables? –reflexionaba en su diario–. ¿Es posible ser tan ingenuo como para emplear una palabra cortés y creérsela? Si mañana los turcos tuvieran la oportunidad, nos harían pedazos».[62] Pese a todo, Babayan se quedó en la ciudad y continuó su labor de ayuda a los pobres y desplazados, mientras otros decidían irse. Tomó su decisión de trasladarse a Alepo cuando las tropas francesas presentaron oficialmente los planes para entregar Antep a los nacionalistas en el otoño de 1921. Después de varios meses de preparativos, se incorporó a un convoy de sesenta armenios que cruzó la frontera siria en agosto de 1922. En enero de 1923, los funcionarios franceses estimaron que la población cristiana de Antep ya era sólo de ochenta residentes.[63] La desaparición prácticamente total de los armenios de Antep fue la misma que en gran parte de Cilicia. Los misioneros estadounidenses veían con impotencia a los comerciantes y residentes que vendían sus objetos de valor por una miseria para poder pagarse el viaje al extranjero. En el puerto de Mersin, los armenios dormían en la calle esperando a que los barcos atestados los llevaran a Siria. «Por lo visto es costumbre –observaron–, cuando cada familia sale de casa por última vez, arrojar el cántaro de agua a la calle para que se rompa en mil pedazos, como símbolo de un hogar roto».[64]

Se observaron movimientos similares en ciudades y pueblos situados más allá de la antigua zona de ocupación francesa. Entre 1918 y 1922, miles de armenios, asirios y otros cristianos deportados habían conseguido regresar a sus hogares en lugares como Diyarbakır, Harput y Malatya. Todas estas regiones se libraron de la violencia y la destrucción vividas en Cilicia. Sin embargo, cuando los combates en otras zonas se terminaron en 1922, las autoridades locales –incluidos los cómplices de las matanzas y expulsiones de 1915– obligaron a miles de cristianos a irse del este de Turquía. Esta última campaña prácticamente extinguió la presencia de no musulmanes en Anatolia oriental. En Diyarbakır, por ejemplo, el censo otomano de 1914 había registrado 20.263 residentes armenios, asirios o caldeos (de los cuales, más de 13.000 eran armenios).[65] En abril de 1924, las autoridades francesas calculaban que en la ciudad quedaban 5.400. Nueve meses después, se suponía que no quedaban más que 545.[66]

El tratado firmado con los soviéticos, unido al acuerdo alcanzado con Francia, dio al gobierno de Mustafá Kemal un aura necesaria de

legitimidad y vitalidad en la primavera de 1921. En el año transcurrido desde la apertura de la Asamblea Nacional había quedado claro que Ankara representaba el futuro político del país. La firma de la paz con Francia y la amistad con los bolcheviques también fueron momentos importantes para determinar la forma física que adoptaría el país cuando los combates hubieran terminado definitivamente. Pero la guerra y la diplomacia no fueron las únicas fuerzas que ayudaron a definir las fronteras de la República turca. Igual de importante fue cómo evolucionó la percepción de cuáles eran las fronteras naturales de la nación otomana (y después turca). El pacto firmado con los soviéticos fue la confirmación, aunque fuera a regañadientes, de un hecho incontrovertible: las tierras al este de Kars constituían naciones separadas y distintas. Era innegable, como dijo Mustafá Kemal, que los circasianos y otros pueblos del Cáucaso septentrional estaban «estrechamente vinculados a la salvación, la existencia y la independencia de Turquía».[67] Sin embargo, ni su lucha por la supervivencia ni los obstáculos a los que se enfrentaban los azeríes y otros musulmanes del Cáucaso debían mezclarse con los objetivos del Movimiento Nacional. Algunos oficiales nacionalistas, como Nuri Pashá, nunca aceptaron del todo esta realidad. Veinte años más tarde seguía intentando formar una confederación unida que abarcara Turquía, el Cáucaso y los pueblos de Asia Central. Su entusiasmo por el sueño que había compartido con su hermano Enver le impulsó a ofrecer voluntariamente sus servicios a los nazis, llegando incluso a reclutar un batallón de prisioneros de guerra musulmanes soviéticos para las Waffen SS durante la Segunda Guerra Mundial.

Otras complicaciones diferentes influían en la visión que tenían los nacionalistas de la frontera sur del país. A diferencia del Cáucaso, las tierras árabes tenían una historia larga y compleja dentro del Imperio otomano. El dolor por la pérdida de estos territorios aún estaba fresco en la memoria de los soldados y civiles que se unieron al Movimiento Nacional, aunque la angustia se veía mitigada por los debates sobre las lealtades y simpatías nacionales de los pueblos que vivían en ellos. Aunque la humillación que había supuesto la retirada de Siria, Irak y Arabia era indudable, muchos creían que la pérdida de estas provincias era una bendición encubierta. El Estado y la nación, razonaban, eran más fuertes y seguros sin los árabes. Con notables excepciones, los líderes cívicos de Levante y Mesopotamia coincidían en que estaban mejor solos. No obstante, la amenaza común del dominio británico o francés contribuyó a forjar estrechos contactos entre Ankara y los combatientes de la resistencia árabe. En los dos años que siguieron al armisticio, los rebeldes de Irak y Siria recibieron apoyo e inspiración de las Fuerzas Nacionales de Mustafá Kemal. La

alianza se reforzó gracias a una retórica común, inspirada en la soberanía nacional y la unidad islámica. Sin embargo, a pesar de los destellos de reconciliación, el compromiso de reunificación del imperio anterior a la guerra seguía siendo difícil de cumplir. Las heridas eran demasiado profundas y la realidad política demasiado desalentadora.

«LAS JOYAS MÁS BRILLANTES DE LA CORONA OTOMANA»: EL MOVIMIENTO NACIONAL Y EL DESTINO DE LAS TIERRAS ÁRABES

Hoy, en Damasco, existe un amplio bulevar llamado An-Nasr que discurre desde el pie de la antigua ciudadela hacia el oeste. A ambos lados de la calle se encuentran dos de los monumentos más importantes que el Imperio otomano dejó en la ciudad más grande de Siria. Justo al norte de la calle está la plaza de los Mártires, que fue el epicentro administrativo de Damasco desde finales del siglo XIX. Al sur, en el extremo oeste, hay una estación de ferrocarril en desuso que unía Damasco con Estambul y con las ciudades santas de La Meca y Medina. Cuando se construyó, el bulevar recibió el nombre del gobernador militar que supervisó su construcción, Cemal Pashá. Cuando era comandante del Cuarto Ejército imperial, durante la Gran Guerra, Cemal Pashá patrocinó una serie de obras de infraestructuras y renovación en todo el Levante. Construyó carreteras interurbanas y calles, ensanchó y embelleció las vías públicas con árboles y paseos. Supervisó la apertura de escuelas primarias y secundarias y de mezquitas y fundaciones religiosas. Con ayuda alemana, prestó apoyo oficial a la excavación y restauración de las antigüedades de la región. Declaró que era fundamental ampliar la protección de los yacimientos antiguos para que «ningún patriota otomano dejara de respetar los logros artísticos de las civilizaciones pasadas».[68]

Uno de los ayudantes de Cemal durante la guerra, Ali Fuad, no compartía esa dedicación del gobernador a las obras públicas. Estaba claro que la pavimentación del bulevar Cemal Pashá no tenía ningún fin militar. Lo mismo podía decirse de otras iniciativas que apoyó, como la construcción de parques, clubes y casinos en Beirut y otras ciudades y pueblos. Esas obras, decía Fuad, eran «símbolos decorativos de la civilización», que eran adecuados sólo en tiempos de paz.[69] Más que nada, desviaban la atención del peligroso estado en el que se encontraba la atribulada administración de Cemal. Tras una ofensiva fallida contra el Egipto británico, el Cuarto Ejército otomano sufría la amenaza constante de una invasión aliada desde la costa. Y la hambruna devastó gran parte del campo durante el primer año de guerra. La situación en Beirut era tan desesperada, como dijo otro

ayudante de Cemal Pashá, que las calles de la ciudad resonaban con «los gemidos de los que estaban muriendo de hambre».[70] Además estaba la amenaza de insurrección popular, una preocupación que atormentó a los altos cargos del ejército durante gran parte de la guerra. Según su propio relato, Cemal «estaba perfectamente seguro de la población civil» y nunca sintió la necesidad de cuestionar la lealtad de los soldados árabes que defendían la costa levantina.[71] Sus subordinados, en cambio, testificaron posteriormente que no era así. En las últimas etapas de la guerra, Cemal y su equipo se aseguraron de ir protegidos por unidades compuestas por derviches sufíes de Anatolia y voluntarios de los Balcanes, no árabes. Su cuartel general, en palabras de Ali Fuad, era «como una isla aislada en un mar de revueltas».[72]

Los sentimientos y acciones de Cemal Pashá y sus ayudantes constituyen el símbolo de una paradoja fundamental durante los últimos años del imperio. Como oficiales superiores, compartían unas convicciones profundamente arraigadas sobre la unidad y la integridad del Estado otomano. Aunque Cemal, su Estado Mayor y la mayoría de sus comandantes de campo no procedían de tierras árabes, creían que ocuparse de Siria y su defensa era una tarea al servicio de la patria otomana. Durante la mayor parte de la guerra, por lo menos, hubo buenos motivos para creer que los ciudadanos árabes estaban tan entregados al imperio como otros musulmanes. Los reclutas árabes, incluidos los voluntarios, constituían entre el 25 y el 37 por ciento del ejército.[73] Casi en todos los frentes había unidades formadas por soldados árabes. No hay pruebas que hagan pensar que las tropas árabes fueran soldados más incompetentes o menos fiables que los reclutas de cualquier otra parte del país. En gran medida, la dedicación de los árabes que servían en el frente era indicativa de la fuerza y el atractivo popular del patriotismo otomano. Como en otras partes del país, la devoción al imperio era un valor que se aprendía en la escuela. Los graduados árabes de instituciones como la Harbiye solían ser patriotas otomanos hasta el final. Muchos se negaron a abandonar el ejército otomano incluso después del armisticio. De los 431 oficiales que murieron al servicio del Movimiento Nacional, se han identificado a 33 de origen árabe. Y, lo que es más extraordinario, 14 de ellos procedían de Libia, una provincia a la que Estambul había renunciado en 1912.[74]

Las carreteras y escuelas construidas por Cemal Pashá a menudo eran concebidas como la encarnación de esta lealtad común al Estado y a la nación. En las décadas previas a la Primera Guerra Mundial, generaciones de altos funcionarios otomanos habían emprendido iniciativas similares en todos los territorios de mayoría árabe del

imperio. Alepo, Jerusalén, Beirut y Mosul se beneficiaron de proyectos estatales para mejorar la educación, el transporte, la sanidad y la seguridad. Los servicios producto de aquellas inversiones hicieron que ciudades como Bagdad, Yeda y Saná no fueran tan remotas y estuvieran más integradas en el imperio. Pero, en realidad, no fueron sólo los beneficios prácticos lo que motivó a las autoridades a proporcionar mayores servicios gubernamentales a los distritos de mayoría árabe. Con la pérdida de Argelia, Egipto y Túnez durante la primera parte del siglo XIX, muchos temían que el poder de Estambul en los demás territorios árabes se desvaneciera. El futuro del imperio dependía de la voluntad y la capacidad del Estado para gobernar incluso las zonas más remotas del país. Con la construcción de escuelas, carreteras y cuarteles, los representantes de la administración pretendían inspirar lealtad y demostrar la solidez del poder otomano. Incluso después de la guerra, Cemal Pashá no tuvo reparos en declarar que las tierras árabes eran «las joyas más brillantes de la corona otomana».[75]

No obstante, los proyectos de construcción y los llamamientos al patriotismo no resultaron tan eficaces. Los precedentes del pasado, algunos con siglos de antigüedad, embarraban la política de las tierras árabes. Durante gran parte de su historia como parte del imperio, los habitantes del norte de África, Mesopotamia y el Levante mantuvieron una relación más bien distante con Estambul. En esas regiones, a diferencia de los Balcanes y Anatolia occidental que se transformaron profundamente bajo el dominio otomano, los modelos anteriores perduraron hasta bien entrado el siglo XIX. La política regional solía estar en manos de las poderosas familias provinciales y no de los funcionarios nombrados. A cambio, pocos árabes ascendían a las cimas del poder en la capital. Hasta la Primera Guerra Mundial era mucho más habitual encontrar albaneses que sirios entre los altos funcionarios y los generales. Y el siglo XIX trajo consigo otras complicaciones. Cuando los gobernantes de Egipto consiguieron la autonomía en 1840, El Cairo desafió el monopolio del pensamiento político otomano y las reformas que exhibía Estambul. Después de que Líbano se convirtiera en provincia autónoma en 1861, los intelectuales árabes asumieron un papel aún más relevante en la sociedad imperial. Durante el resto del siglo, los activistas de Beirut, El Cairo y Damasco ejercieron una mayor influencia en el debate político de las tierras árabes. Aunque había pocos que rechazaran la legitimidad de Estambul, las élites levantinas empezaron a exigir más control de los asuntos provinciales. Muchos se preguntaban por qué, muchas veces, las oficinas y las escuelas locales estaban a cargo de personas que hablaban turco. Un parlamentario planteó explícitamente por qué

nadie de Siria había «alcanzado en los últimos seiscientos años el cargo de gran visir, şeyhülislam o ministro de finanzas».[76] Tras su coronación, Abdülhamid II intentó contrarrestar las quejas con llamamientos a la unidad bajo la égida del islam. Para los jefes de los Jóvenes Turcos como Cemal Pashá, las expresiones de identidad nacional árabe eran aceptables siempre que se mantuvieran ancladas en la solidaridad religiosa y la lealtad al imperio. Por ejemplo, él, por su parte, no veía nada malo ni perjudicial en que árabes y turcos aseguraran «su unidad sin dejar de ser naciones separadas». Ahora bien, lo que se exigía a todos los ciudadanos era fidelidad al sultán-califa.[77]

Estas declaraciones de fraternidad se contradecían con otros sentimientos que no solían expresarse en público. A menudo, los funcionarios que estaban destinados fuera de las provincias árabes valoraban poco a la población local. A los beduinos los menospreciaban por ser unos nómadas bárbaros, incompatibles con la sociedad civilizada. Los árabes eran víctimas de los estereotipos y las burlas por tener la piel más oscura y el pelo rizado. En sus memorias, Cemal Pashá aseguraba haber recibido una reprimenda por parte de un conocido nacionalista árabe que oía constantemente comentarios despectivos sobre los árabes. Según él, en Estambul, a los perros se los llamaba árabes y cualquier cosa oscura e incomprensible se comparaba con «el pelo de un árabe». Cemal negó las calumnias y aseguró que no eran más que «unas cuantas expresiones populares» que no representaban las opiniones de «los turcos, en particular de los turcos de Anatolia».[78] Con el estallido de la guerra en 1914 y el reclutamiento de miles de ciudadanos árabes, las diferencias culturales y sociales aumentaron. La falta de oficiales que hablaran árabe y las acusaciones por malos tratos y abusos físicos crearon fisuras en muchas unidades. Después de la guerra, los oficiales llegados de fuera de la región declararon que los árabes tenían sus propios prejuicios respecto a ellos. «En esa vasta tierra que va de Alepo a Adén, por favor no piensen que hay un problema árabe –escribió uno de los ayudantes de Cemal–. El único problema árabe es el odio a los turcos. Si se elimina este sentimiento, los asuntos de Siria y Arabia serán como el pelo del árabe (Arap saçı), tan enredado y retorcido que no podrás encontrarle sentido».[79]

El resentimiento que se desprende de estas impresiones, sin embargo, no puede separarse de los sentimientos a flor de piel que despertaría la Gran Guerra. Por un lado, antes de 1914 había indicios de que las relaciones entre Estambul y los territorios árabes estaban mejorando. La invasión de Libia en 1911 había animado a miles de ciudadanos, entre ellos destacados Jóvenes Turcos, a alistarse como voluntarios

para defender la región. Un sentimiento común de patriotismo otomano, reforzado por una sólida fe en el compañerismo musulmán, levantó el ánimo de muchos de los que participaron en los combates a las afueras de Bengasi, Derna y Trípoli. Sin embargo, con la demoledora pérdida de los Balcanes en 1913, gran parte de este entusiasmo se desvaneció. Al percatarse de que el futuro a largo plazo del imperio estaba en la cuerda floja, un grupo de destacados nacionalistas árabes presionó públicamente a favor de una reorganización general del Estado. Celebraron en París un «Congreso Árabe» en el que los representantes abogaron por la formación de un imperio dual turco-árabe, similar a Austria-Hungría. El CUP captó la propuesta y, en su convención de 1913, aprobó promover «una ampliación de responsabilidades y un reparto de obligaciones» en las provincias, un gesto que se interpretó como el comienzo de una estrategia más descentralizada sobre la administración árabe en las provincias.[80] Las expresiones de apoyo de los Jóvenes Turcos a esta postura ocultaron los temores arraigados de los líderes más veteranos del partido. La comprensión francesa por las exigencias árabes y su penetración comercial en el Levante entrañaban una amenaza implícita de invasión y partición. Además, los llamamientos anteriores a la descentralización y la autonomía en los Balcanes no habían servido para prevenir insurrecciones y conflictos.

Cuando por fin estalló la guerra en 1914, varios acontecimientos confirmaron los peores temores de muchas personas. La escasez de productos de primera necesidad, debida a la movilización y el bloqueo aliado, hizo añicos la confianza de la población en el régimen del CUP. La ejecución de destacados intelectuales en Damasco y Beirut, junto a la deportación masiva de personas de Irak, Arabia occidental y la Gran Siria, agravó aún más la indignación popular. Muchos oficiales y funcionarios confirmaron sus propios prejuicios al ver la persecución de presuntos nacionalistas y disidentes árabes. Aunque Talat Pashá acusó a la autodenominada «revuelta árabe» de Faisal de estar «provocada por el oro y las promesas de los ingleses», muchos funcionarios de distintos niveles de la administración otomana sospechaban que el apoyo árabe a la guerra, en el mejor de los casos, era poco entusiasta.[81] Con la firma del armisticio, la opinión pública quedó dividida. La derrota a manos de la alianza anglo-francesa se consideraba un gran desastre y la perspectiva de la partición y el control europeo constituía un peligro todavía mayor para el Estado y el islam. Pero, al mismo tiempo, los administradores y los ciudadanos de las tierras árabes recibieron el armisticio como una bendición. A juicio de muchos residentes árabes, los soldados aliados los habían liberado de un gobierno que los oprimía y los mataba de hambre. La

salida de Siria, Irak y Arabia también fue significativa para muchos de los que permanecieron bajo el dominio otomano. Para aquellos que veían a los árabes como traidores y malhechores, su marcha no debilitó a Estambul sino que la fortaleció.

Los meses y años posteriores al armisticio en los territorios árabes no pueden condensarse en una sola historia. Cómo las élites y poblaciones locales percibieron este cambio varió ampliamente en función de la diversidad propia de los territorios en su conjunto. Un análisis más detallado de esta época revela también hasta qué punto los actores locales jugaron con la posibilidad de conservar algún tipo de relación con el Estado otomano. Para algunos, restablecer la conexión con lo que quedaba del imperio era una decisión táctica, justificada por los enemigos y las preocupaciones que tenían en común. Para otros, un sentimiento general de pertenencia despertó esperanzas fugaces de encontrar algún tipo de encuentro. A la hora de la verdad, las realidades prácticas y las profundas animadversiones hicieron imposible cualquier regreso al antiguo orden.

La geografía contribuyó de manera fundamental a la ruptura permanente de los vínculos de Estambul con la península arábiga. Durante el siglo XIX, los funcionarios otomanos habían tratado de establecer un control más directo sobre las regiones del Hiyaz, Asir y Yemen. Igual que en otras partes del imperio, la construcción de cuarteles, escuelas, tribunales y oficinas de telégrafo dio un aire de autenticidad al gobierno otomano en esas provincias tan remotas. No obstante, la campaña de Estambul para expandir las «luces de la civilización» acabó siendo muy polémica.[82] *En Yemen, la guerra de guerrillas hizo estragos hasta el cambio de siglo y dejó a miles de reclutas otomanos muertos antes de que se firmara la paz definitiva en 1911. Con el acuerdo, el gobierno dirigido por el CUP concedió al imán Yahya, líder de los rebeldes del norte de Saná, el poder de facto en la provincia. Yahya correspondió prometiendo lealtad al sultán y permitió que las tropas otomanas permanecieran en la región. Mucho menos éxito tuvieron las autoridades otomanas en las tierras de la costa de Asir. Allí, las tribus locales, bajo el mando de Muhammad ibn Ali al-Idrisi, estaban enemistadas con Estambul y entablaron una estrecha relación con las autoridades coloniales italianas del otro lado del mar Rojo, en Eritrea. Los vínculos de Al-Idrisi con Roma adquirieron mayor importancia con el estallido de la guerra en 1914. Durante los cuatro años siguientes, las autoridades otomanas estuvieron acorraladas entre Al-Idrisi, en el norte, y Adén, controlada por los británicos, en el sur. En cambio, los defensores de Yemen demostraron ser un rival que estaba muy a la altura de los Aliados. Bajo el mando del gobernador imperial, Mahmud Nedim, la guarnición de la provincia, compuesta por mil ochocientos hombres, rechazó varias incursiones de las tropas británicas y, en el verano de 1916, tomó una*

importante ciudad comercial que estaba a las afueras de Adén.[83] *A pesar de perder el contacto directo con Estambul a mitad de la guerra, los hombres de Nedim resistieron hasta que el armisticio los obligó a rendirse. Como sus homólogos del Cáucaso, Nedim, que llevaba veinte años como oficial en Yemen, se negó a marcharse. Él y otros oficiales, entre ellos varios de Siria e Irak, se quedaron como consejeros personales del imán Yahya.*[84] *Siguiendo la opinión legal de que «ninguna parte del Imperio otomano puede considerarse abandonada y separada», más de cien funcionarios otomanos permanecieron en sus puestos en Saná y muchos siguieron cobrando su salario de Estambul hasta octubre de 1922.*[85] *Para Nedim, preservar el gobierno de Yahya era un deber en consonancia con el espíritu de unidad musulmana y el patriotismo otomano. Los musulmanes empezaban a unirse, declaró en 1919, y comenzaban a ser conscientes «del engaño y los designios de los Estados occidentales». Ahora sabían que «no había supervivencia ni vida sin [forjar una] alianza bajo la bandera del Estado islámico otomano».*[86] *La labor de Mahmud Nedim en la defensa de Yemen acabó poco después de la victoria de Mustafá Kemal sobre Grecia en 1922. Los últimos supervivientes de la antigua burocracia otomana, entre los que había ciento once jueces de tribunales inferiores, inspectores, amanuenses, gendarmes y soldados, se marcharon definitivamente de Yemen rumbo a Turquía en 1926.*[87]

El fin del poder otomano llegó a un final más abrupto en el norte, en el Hiyaz. Durante el primer año de la Gran Guerra, las tres principales ciudades de la región, La Meca, Medina y Yeda, todavía estaban bajo control imperial. Al mismo tiempo que los habitantes locales enviaban soldados y camellos al frente, Sharif Hussein, el magistrado más influyente de Medina y padre de Faisal, expresaba sin tapujos su apoyo a la guerra. Pero su lealtad era superficial. El deseo de los dirigentes del CUP de afianzar su control en las provincias le causaba una gran preocupación y le llevó a sospechar que planeaban destituirlo. El año anterior a la guerra, Hussein se había puesto en contacto con representantes británicos para tratar de encontrar a alguien que garantizara la permanencia de su puesto en La Meca. Poco a poco, Londres se mostró de acuerdo con sus propuestas. Al inicio de la guerra, el apoyo de Hussein a los Aliados se consideró beneficioso tanto para la guerra como para la reputación de Gran Bretaña entre los musulmanes del mundo entero. Antes de que Hussein y Faisal declararan la independencia de Estambul en el verano de 1916, ninguno de los dos había proclamado ningún compromiso con el nacionalismo árabe.

Varios ataques sucesivos contra La Meca y Yeda dejaron la mayor parte de la región en manos de Hussein antes de que acabara el año. Sin embargo, la guarnición de Medina se negó a someterse. La

inflexibilidad de las fuerzas otomanas se atribuye en gran parte al comandante militar de la ciudad, Fahreddin Pashá. Su entrega a defender Medina, según sus subordinados, se debía a su solemne convicción de que la ciudad, en la que está enterrado el profeta Mahoma, debía permanecer bajo la custodia del Estado otomano. Pero, si bien sus lugartenientes lo recordaban como un hombre de estricta devoción religiosa y patriótica, los lugareños lo maldecían por ser el hombre que «exterminó a la sociedad medinense», con su decisión de expulsar a casi todos los residentes nativos en 1917.[88] En enero de 1919, antes de que el general acabara renunciando a su mando, un testigo afirmó que había planeado incendiar el depósito de municiones de la guarnición y volarse junto con el resto de sus subordinados en un acto de rebeldía. Pero unos oficiales subalternos le detuvieron y le pusieron bajo custodia de los rebeldes a las afueras de la ciudad.

Las ambiciones de Sharif Hussein tropezaron con mayores dificultades después de terminada la guerra. Aunque se proclamó a sí mismo «rey del Hiyaz», hizo todo lo posible para consolidar su poder incluso antes de que comenzaran las negociaciones de paz en París. Mientras el gobierno de Faisal afrontaba sus propios problemas en Damasco, el poder de Hussein en La Meca se encontró con la oposición de sus rivales del este. En 1919, Ibn Saúd, señor de las comunidades de los oasis del Néyed, obtuvo varias victorias contra las fuerzas de Hussein. La ayuda material británica sufrió una drástica reducción que inquietó al «rey del Hiyaz». Sin embargo, no está claro hasta qué punto estas desgracias estaban relacionadas con la situación de Anatolia. Según los servicios británicos de inteligencia, un representante nacionalista con «una suma considerable en oro» viajó a Arabia en febrero de 1920 con la esperanza de forjar una alianza con Ibn Saúd.[89] *También se dice que Hussein envió delegaciones similares al norte, a Anatolia, aunque parece que ni él ni Ibn Saúd lograron un apoyo decisivo. Lo que más seguía interesándole en la política otomana era el título de califa. Con el poder del sultán Mehmed VI en claro declive, Hussein emprendió una ruidosa campaña para usurpar su posición de pastor de los musulmanes del mundo. En una entrevista concedida al Times de Londres, Abdullah, el hijo menor de Hussein, alegó que, para empezar, la familia real otomana no tenía los atributos necesarios para ocupar el califato. «El poder de la espada», dijo al periódico, fue la única razón por la que los sultanes otomanos reinaron como califas del islam. Ahora había llegado el momento de que los miembros de su familia, originarios del Hiyaz y descendientes directos del profeta Mahoma, reclamaran lo que era suyo.*[90] *A partir de 1921, a medida que la lucha se inclinaba en favor de Mustafá Kemal, Hussein depositó sus esperanzas en la voluntad de Ankara de cederle el cargo en lugar de Mehmed VI. Nunca se llegó a ese acuerdo.*

El divorcio de Irak del Imperio otomano presenta fuertes contrastes con otras partes de las tierras árabes. Como el Hiyaz y Yemen, las provincias mesopotámicas tenían entre sí sus diferencias políticas y sociales. Mosul, Bagdad y Basora albergaban una gran población nómada, pero la composición sectaria y étnica de sus habitantes permanentes era distinta. Las élites de cada zona solían reflejar esa diversidad regional. La política local solía estar en manos de los jefes de las tribus, los miembros del clero (sobre todo entre los chiíes) y las familias urbanas influyentes, a menudo en detrimento de Estambul. Una excepción importante al respecto la constituían los alrededores de Bagdad, una zona en la que vivía un gran número de suníes que buscaban trabajo en la burocracia estatal y el ejército. Con la llegada de la Primera Guerra Mundial, la gran mayoría de los jefes provinciales respondieron a la movilización del gobierno. Miles de reclutas, incluidas las levas de las tribus locales, fueron los primeros defensores que se enfrentaron al avance de las tropas británicas e indias. Sin embargo, tras la caída de Basora en noviembre de 1914, la política local empezó a cambiar. El fracaso del ejército otomano para contener a los británicos provocó enormes muestras de indignación por parte de miembros del clero chií. Después de las revueltas populares de Nayaf y Hillah, las autoridades otomanas respondieron con ahorcamientos públicos masivos y la deportación de miles de personas a Diyarbakır. En Bagdad, fuertes inundaciones y un brote de enfermedades causaron graves tribulaciones a los residentes ya en 1915. La opinión pública local se irritó con los administradores del CUP tras la aplicación de una serie de duras medidas. Los cristianos y judíos residentes se convirtieron en objetivos habituales de extorsión, mientras que los funcionarios del gobierno no ocultaban sus sospechas sobre sus homólogos locales. En opinión de un oficial de Anatolia, el nacionalismo árabe se volvió más atractivo entre los administradores bagdadíes después de sufrir abiertamente insultos como «sucio árabe» o «asno árabe».[91]

Los intensos combates continuaron tras la caída de Bagdad en marzo de 1917. En el momento del armisticio, grandes franjas de la Mesopotamia central y superior habían quedado devastadas. Cuando las tropas británicas entraron en Kifri, una pequeña ciudad situada entre Kirkuk y Bagdad, encontraron las oficinas imperiales locales vacías y sus archivos destruidos o sustraídos. «La población la formaban casi exclusivamente mujeres y niños –decía un informe–, puesto que a los hombres los habían reclutado para el servicio militar o habían huido para evitarlo». Esas mujeres y niños se morían de hambre: durante semanas, muchos no tenían nada más que hierba para comer, y moría gente a diario».[92] Para entonces, la vida en las

ciudades más grandes, como Bagdad y Basora, empezaba a recuperarse. Sin embargo, lo que estaba aún sin resolver era el estatus político de la región. Cuando, en 1919, se celebró la Conferencia de Paz de París, las élites urbanas y rurales mostraron discrepancias sobre su futuro colectivo. Para algunos, el dominio británico supuso un alivio necesario y trajo señales esperanzadoras para el futuro. Por ejemplo, los comerciantes de Basora, desde hacía mucho tiempo, mantenían sólidas relaciones comerciales con clientes de la India (por lo que varios funcionarios otomanos decían que la ciudad era «una puerta abierta a Inglaterra»).[93] En cambio, había muchos más líderes locales que veían la ocupación con desprecio. Y para numerosos clérigos chiíes y suníes estar bajo el gobierno de unas autoridades cristianas británicas era una abominación. Varias grandes tribus también rechazaron la ocupación, así como los intentos británicos para recaudar impuestos y mantener el orden. Los principales personajes urbanos, incluidos antiguos oficiales otomanos, apoyaron los llamamientos a crear un gobierno árabe soberano, si bien siguieron siendo cuestiones muy discutidas quién debía dirigir ese gobierno y si Irak debía fusionarse con otros territorios árabes del Levante. Parece ser que eran pocos los que sopesaban la reunificación con el Imperio otomano. Casi todos los administradores imperiales de Irak huyeron hacia el norte ante el avance de las tropas británicas. Al principio, muchos no fueron más allá de Mosul, con la esperanza de regresar después de una victoria otomana. Otros, por lo visto, volvieron a Bagdad a pesar de la derrota del imperio. «Encontramos las oficinas públicas abarrotadas de [antiguos] empleados sin obligaciones visibles –afirmó más tarde un administrador británico–; desempleados y, en gran medida, incapaces de trabajar, habían vuelto a Bagdad y formaron un núcleo de descontento y hostilidad».[94]

El Movimiento Nacional de Mustafá Kemal estaba plenamente formado y en activo cuando estalló la revuelta en Irak. Al igual que los esfuerzos de resistencia en Anatolia, la rabia popular y el activismo de las élites contra la ocupación se intensificaron. Sin embargo, el objetivo de la mayoría de los rebeldes iraquíes –en lo que se conoció como la revolución de 1920–, no era más que conseguir su propia liberación. Uno de los pocos árabes destacados que se declararon en directa alianza con las Fuerzas Nacionales de Anatolia fue el poderoso líder tribal (shaykh) Ujaymi al-Sadun. Como jefe de la confederación Muntafik, su influencia se había extendido por gran parte de la provincia de Basora. Después de haber asesinado a más de quince jeques rivales en una disputa intertribal, Al-Sadun se había labrado una fama de violento nada envidiable ya antes de la guerra. Sin embargo, su lealtad a Estambul, y en concreto al CUP, le valió la

distinción de ser el şeyhülmeşayihi de la región, «el jeque de todos los jeques», título que le había otorgado el sultán Mehmed V. Cuando, a finales de 1914, las tropas británicas e indias desembarcaron a las afueras de Fao, en el golfo Pérsico, fue uno de los primeros dirigentes locales en reunir voluntarios para defender Basora. Aunque coqueteó brevemente con la idea de desertar y pasarse al bando de los británicos, la lealtad al sultán y califa del islam, y tal vez el temor a tener que renunciar a todos los derechos sobre las tierras de su familia, le anclaron al bando otomano. Si el gobierno otomano seguía siendo «protector de la pureza del islam –declaró durante la guerra–, me ayuda y ayuda a mis tribus».[95] Es probable que servir bajo el mando de Mustafá Kemal en los últimos días de la guerra le condujera al campo nacionalista. En una carta dirigida a Ujaymi en junio de 1919, Kemal le pedía que siguiera luchando por «la libertad y la independencia de la ummah», la comunidad de musulmanes. «La separación de las naciones turca y árabe –afirmaba Kemal–, las dos pupilas de [los ojos de] todo el mundo islámico, debilitó a ambas partes».[96] Con esta orden, Ujaymi y los miembros de la confederación Muntafik se incorporaron a las Fuerzas Nacionales en su campaña contra los franceses en Cilicia. Parece ser que de esa forma convenció a otros jefes tribales iraquíes para que se unieran también al gobierno de Ankara. En enero de 1920, los miembros de la Shammar –una gran confederación arraigada en Arabia, el oeste de Irak y el norte de Siria–, declararon su intención de marchar «de Mosul a Bagdad» desafiando a los británicos. «Los jefes de la Shammar –informaba un periódico nacionalista– nunca se someterían a los británicos y estaban total y eternamente ligados al gobierno otomano».[97]

No está claro hasta qué punto era receptivo el alto mando nacionalista a esas promesas de solidaridad. Un comandante de las Fuerzas Nacionales contó, más tarde, que un comité formado por rebeldes de Nayaf había comunicado, en 1920, su deseo de aliarse con Ankara. En caso de que las dos insurrecciones triunfaran, el comité estaba dispuesto a instaurar «un gobierno islámico iraquí, con un príncipe otomano a la cabeza, formado en sintonía con el gobierno otomano».[98] Aunque las negociaciones se rompieron tras la represión británica de la revuelta de 1920, Ankara había conservado cierta esperanza de que algunas partes de Irak volvieran al redil otomano. Ese fue sobre todo el caso de Mosul, la provincia más septentrional de Irak, donde los nacionalistas creían que tenían derecho legal a hacer valer las reivindicaciones otomanas sobre la región. Al final de la Gran Guerra, los defensores otomanos mantenían el control de la mayor parte de Mosul a pesar de la escasez de suministros y la constante presión de los británicos. En octubre de 1918, cuando el comandante local

decidió rendirse, capituló ante las fuerzas británicas creyendo que el control de Estambul sobre la provincia estaba garantizado. Pero los oficiales británicos ignoraron los términos del armisticio y se adjudicaron Mosul en su totalidad. En enero de 1919, las tropas británicas ya se habían apoderado de los principales centros administrativos de Mosul, lo que obligó a lo que quedaba del ejército otomano a retirarse. Como en otras partes del imperio, los oficiales otomanos se negaron a desmovilizar completamente sus fuerzas y a entregar sus armas. En lugar de «esperar las circunstancias», el comandante saliente del frente de Mosul dio la orden de distribuir armas y municiones con el fin de formar «unidades de defensa con voluntarios de la población local».[99] La resistencia armada frente a la ocupación británica se materializó poco después. Las primeras señales aparecieron en abril de 1919, cuando un oficial británico murió asesinado en un pueblo próximo a Zakho, cerca de la actual frontera turco-iraquí. A pesar de la amenaza de un ataque aéreo, los actos de desafío a los británicos se intensificaron. Diez días después de que las tropas griegas desembarcaran en Esmirna, un contingente de seiscientos soldados británicos cayó en una emboscada en la carretera principal entre Kirkuk y Sulaymaniyah.[100] Mucho antes de que Mustafá Kemal consolidara su dominio sobre las Fuerzas Nacionales, los oficiales otomanos observaron que los líderes regionales de Mosul, en su mayoría clérigos o jefes de tribus kurdas, parecían deseosos de coordinar sus esfuerzos y seguir luchando. Para ello, sin embargo, necesitaban ayuda. Los kurdos mantenían intacta su lealtad hacia Estambul, pensaba un observador, «porque estaban convencidos de que no podrían protegerse de una invasión extranjera y armenia sin contar con la fuerza material y espiritual del Sublime Estado [otomano]».[101]

Cuando Mustafá Kemal se instaló en Ankara, en la periferia montañosa de Mosul había estallado una insurgencia generalizada. A principios de 1920, las tribus del norte y el este de la provincia, en zonas como Rowandiz y Erbil, habían llevado a cabo ataques contra el personal británico. Aunque estos levantamientos, en su mayoría kurdos, seguían siendo independientes de los combates de Cilicia y el Egeo, los nacionalistas los celebraron porque consideraban que eran indicativos de la fuerza cada vez mayor de Ankara. Los ataques de Mosul, insistió un periodista, demostraban que las fuerzas nacionales estaban consolidándose «en todos los rincones del Kurdistán». Lo que impulsaba esta lucha no era el deseo de independencia de los kurdos, sino «los sentimientos de apego a la sociedad otomana».[102] *Ahora bien, la auténtica base del antagonismo kurdo contra los británicos era mucho más compleja. La hostilidad general contra un poder extranjero y cristiano se vio agudizado por las crecientes demandas británicas de*

impuestos y regularización del gobierno. Eso provocó que las autoridades de Bagdad se granjearan la enemistad de varios líderes kurdos que, por lo demás, estaban dispuestos a aceptar la ocupación. Ese fue el caso del jeque Mahmud, un influyente patriarca de la familia Barzan y clérigo sufí de Sulaymaniyah. En los últimos días de la guerra, Mahmud declaró su apoyo a los británicos. Probablemente fue la ambición personal la que influyó en su decisión de abandonar la lealtad al Imperio otomano. Desde finales del siglo XIX, la familia Barzan se había disputado la influencia en las zonas orientales de Mosul tanto con Estambul como con las tribus rivales. Cuando se reconcilió con la autoridad británica en 1918, consiguió a cambio el título de hükümdar (gobernador) del Kurdistán meridional. Pero el acuerdo apenas duró un año. En la primavera de 1919 se declaró contrario a la dominación extranjera, lo que provocó enfrentamientos abiertos con las autoridades británicas. Aunque los periódicos nacionalistas aplaudían cada triunfo de Mahmud y sus aliados, los funcionarios otomanos comenzaron a rechazar las peticiones de armas y municiones.

La detención y deportación de Barzan a la India, a finales de 1919, supuso una breve pausa en la violencia que asolaba Mosul. Después de la rendición francesa en Cilicia, el alto mando nacionalista asumió un papel más directo en los asuntos de Mosul. En agosto de 1921, los oficiales nacionalistas empezaron a organizar unidades guerrilleras entre las comunidades turcomanas que vivían en el extremo norte de la provincia. Un año después, Ankara intensificó su participación con el nombramiento de un oficial de origen egipcio, Ali Şefik Özdemir, para supervisar una campaña más coordinada con el objetivo de expulsar por completo a los británicos de Mosul. Özdemir, veterano de la Organización Especial Otomana, construyó una alianza impresionante de varias tribus kurdas deseosas de recuperar el control local que les había arrebatado Bagdad. Las tribus de Mosul, explicó un oficial a la Asamblea Nacional, no aceptarían «nada que no fuera entrar en la comunidad del gobierno otomano».[103] Sin embargo, la reaparición del jeque Mahmud detuvo este avance. Las autoridades británicas, ante la perspectiva del desmoronamiento de su administración en el Kurdistán, volvieron a enviarlo a Sulaymaniyah como jefe de un gobierno kurdo independiente. Mahmud, como hizo en 1919, aprovechó su posición, ahora como autoproclamado «rey del Kurdistán», para enfrentar los intereses británicos a los del gobierno nacional. A finales de 1922, proclamó su voluntad de servir a Ankara como gobernador de Sulaymaniyah o como su representante en la Asamblea Nacional.[104] Por el momento, juró lealtad a Bagdad y, en privado, denunció la campaña de Özdemir ante los británicos. Parece ser que Özdemir no se hacía ilusiones sobre el jeque Mahmud ni sobre sus intentos de establecer un Kurdistán independiente. La

correspondencia entre Mahmud y Özdemir reveló que el comandante nacionalista daba evasivas sobre el posible apoyo de Ankara a la autonomía kurda. En opinión de los nacionalistas, el líder kurdo fue «un simple peón» en la lucha por reconquistar la provincia de Mosul.[105]

Hasta bien entrada la guerra, Ankara siguió creyendo en la posibilidad de una gran campaña para retomar Mosul, si bien la falta de recursos era un obstáculo para satisfacer esa ambición. Cuando, en la primavera de 1922, Özdemir se hizo cargo del frente de Mosul, los oficiales nacionalistas locales denunciaron que sus míseras fuerzas no eran más que «unos hombres escogidos al azar, oficiales de carrera y oficiales voluntarios». Entre las tropas de Özdemir había setenta y cinco argelinos que habían desertado del ejército francés en Siria. Más adelante, los declararon inútiles, tanto a ellos como al resto de los hombres bajo su mando, lo que provocó más retrasos.[106] En diciembre, un memorando interno declaraba que había una fuerza de más de siete mil soldados de infantería y caballería lista para invadir Irak en cuanto se pertrecharan de provisiones.[107] Sin embargo, no se emprendió ninguna ofensiva. A finales de 1922, las conversaciones de paz con los Aliados, ya se habían iniciado en Suiza. Después, en la primavera de 1923, los negociadores acordaron que la recién creada Sociedad de Naciones resolviera el futuro de Mosul. Las autoridades de Ankara, por su parte, dejaron de hablar de soberanía otomana o unidad islámica. Los negociadores turcos insistían en que la provincia tenía vínculos históricos y raciales con Turquía. Los kurdos y los turcos, explicaron a los funcionarios de la Sociedad, no sólo formaban la mayoría en la provincia, sino que constituían un único pueblo procedente del mismo linaje. Incluso el nombre «kurdo», se decía, era de origen túrquico antiguo.

Calibrar la opinión de las élites o del pueblo sobre la campaña para recuperar Mosul sigue siendo un asunto complejo. Por un lado, está claro que los cristianos de la región, entre los que había miles de armenios y nestorianos desplazados, se oponían radicalmente al restablecimiento del dominio otomano. A muchos de los cuarenta mil nestorianos que las autoridades británicas reasentaron en la ciudad de Baquba, los reclutaron para servir en milicias que estaban formadas por otras poblaciones descontentas.[108] Por otro, los grupos vinculados desde antiguo con el Estado otomano, como los turcomanos y partes de la confederación Shammar, pensaban que una toma del poder por parte de los nacionalistas era su salvación. Precisar un consenso general árabe o kurdo en Irak sigue siendo una tarea abrumadora. A pesar del decepcionante fracaso de la revuelta de 1920, varios líderes insurrectos decidieron apoyar los planes británicos de formar un

gobierno «árabe» semiindependiente en Bagdad. En la lista de los que apoyaron la coronación del emir Faisal como rey de Irak figuraban oficiales que, hasta 1920, eran conocidos por sus simpatías hacia los otomanos. Del mismo modo, el hecho de que Gran Bretaña derrocara al jeque Mahmud en 1924 consolidó el enorme apoyo de los kurdos a un Kurdistán independiente. Casi un siglo después, sigue habiendo miembros de la familia de Mahmud al frente de este movimiento.

Un giro todavía más radical marcó la separación de la Gran Siria del imperio. Para muchos de los que allí presenciaron los últimos meses de la guerra, el derrumbe de la autoridad otomana fue como un divorcio irreconciliable y definitivo. A finales de septiembre de 1918, tras la retirada del ejército de Palestina, la región se inundó de sentimientos de alegría. En las calles de Damasco hubo bailes y celebraciones cuando entraron los soldados aliados en la ciudad. La población civil ayudó al ejército árabe del emir Faisal a atacar a las tropas otomanas en retirada. Para muchos soldados que habían luchado hasta el armisticio, a finales de octubre, la devastación de ese último mes dejó sentimientos duraderos de resentimiento. La creencia general de que los árabes estaban encantados con la derrota del ejército definió la interpretación que hicieron muchos veteranos del fin del imperio en Siria. Entre los primeros relatos que se hicieron eco de las acusaciones de «traición árabe» cabe destacar las memorias de un teniente de infantería desmovilizado, llamado Vecihi. Publicadas en Estambul en 1921, estas memorias reiteran su convicción de que fueron los turcos, en concreto los comandantes y oficiales de Anatolia, los responsables de defender las provincias levantinas del imperio. Los árabes, argumentaba, «no nos querían. Ayudaban al enemigo, en parte abiertamente y en parte en secreto. Nosotros, en cambio, trabajábamos para defender Arabia del enemigo y de los árabes».[109]

Otras pruebas sugieren que en Siria prevalecían sentimientos así de corrosivos al acabar la guerra. Entre sus primeros actos como jefe de un gobierno árabe en Damasco, el emir Faisal organizó una ceremonia para conmemorar el «martirio» de los nacionalistas árabes en manos del gobierno del CUP. El bulevar Cemal Pashá cambió de nombre y se convirtió en «An-Nasr». Las plazas centrales de Damasco y Beirut, donde Cemal Pashá había llevado a cabo sus brutales ejecuciones durante la guerra, pasaron a denominarse «plaza de los Mártires». Aunque el cambio de nombre de esos lugares se produjo mucho después del armisticio, las acusaciones contra el gobierno del CUP se convirtieron en la norma durante el mandato de Faisal. En definitiva, condenar el reinado de Cemal «el sanguinario» fue, sin embargo, algo más que una exigencia de justicia. Para muchos nacionalistas sirios e iraquíes, la administración de los Jóvenes Turcos era la encarnación

de un «yugo turco» que siempre había explotado y oprimido a los árabes. La derrota de Estambul a manos de los Aliados era la prueba de que el imperio había fracasado como Estado y como nación. Para Faisal y para otros que esperaban construir un Estado árabe independiente en Levante, pensar en una vuelta al viejo orden era inconcebible. La nación árabe, proclamó Faisal ante una multitud en 1919, «estaba deseosa de revivir su historia pasada y esperaba escapar de las trampas de su enemigo».[110]

Estas acusaciones contra el dominio otomano siguieron en gran medida después de la partida o marginación de los que seguían siendo leales a Estambul. Como en Irak, cuando se retiró el ejército, muchos funcionarios destinados allí destruyeron sus archivos y huyeron hacia el norte. Otros, como los familiares y conocidos de los burócratas desaparecidos, esperaron a que terminaran los combates para dirigirse también al norte. Sin embargo, el éxodo no dejó la Gran Siria completamente vacía de simpatizantes otomanos. Las familias enraizadas, sobre todo las que tenían vínculos históricos con la capital, en general se quedaron, con la esperanza de hacerse un hueco en el nuevo orden. Así ocurrió sobre todo en Alepo, muy vinculada a Cilicia y otros territorios al norte de la línea de armisticio. En diciembre de 1918, los periódicos locales exigieron la expulsión de todos los funcionarios imperiales de la ciudad. No obstante, se acordó que todas las personas casadas con árabes, que hubieran hecho negocios con árabes o que fueran «turcos» nacidos en Alepo tenían derecho a quedarse.[111] A algunos observadores de Estambul, el ascenso de Faisal y la perspectiva global de perder todos los territorios árabes les produjeron sentimientos encontrados. Un redactor del diario İkdam reconoció que, para mucha gente de la capital, la secesión árabe no era ninguna pérdida. «Siempre hemos sido extranjeros en las provincias árabes –era un lamento común que se oía en la capital–. ¿Qué valor tenemos nosotros para ellos o tienen ellos para nosotros?… Es casi como si nos hubieran liberado». Aun así, antes de decir «enhorabuena» al CUP, el periodista recordaba a los lectores lo que el imperio estaba realmente a punto de perder. Al fin y al cabo, la gente de Beirut, Damasco y Líbano había sufrido mucho durante la guerra. Si el imperio renunciaba a controlar los territorios al sur de Diyarbakır y Mosul, el Estado estaría abandonando a muchos miles de kurdos y turcos, además de árabes. Por esos motivos, el periodista creía que era importante hacer valer las reivindicaciones de Estambul sobre el Levante, con arreglo a los principios wilsonianos y en virtud de la «ley otomana». Si los árabes querían tener una «administración especial», aún era posible establecer una relación «en beneficio de la protección y el desarrollo económico de las dos partes».[112]

El destino de la Gran Siria parecía aún más incierto cuando regresó Faisal de Versalles. Como Gran Bretaña parecía cada vez más dispuesta a ceder la región a los franceses, las facciones de Damasco estaban cada vez más desesperadas por trazar un nuevo rumbo. En el verano de 1919, los nacionalistas comprometidos y los temerosos líderes locales empezaron a organizar milicias de voluntarios anticipándose a la posibilidad de que los franceses se hicieran con el poder. Entre los líderes de esta campaña estaba Yasin al-Hashimi, un coronel bagdadí que había luchado con las fuerzas otomanas hasta su captura a finales de 1918. Aunque nunca fue alguien próximo a Faisal, había demostrado ser un hábil administrador junto con otros oficiales iraquíes al servicio del incipiente gobierno árabe. En el otoño de 1919, tomó la iniciativa de formar unas milicias dedicadas a proteger Damasco de una captura francesa. Sin embargo, los observadores británicos creían que sus motivos tenían más que ver con ambiciones personales que con la lealtad a los otomanos. La creencia de que Al-Hashimi pretendía «restablecer el dominio turco en Siria» provocó que los Aliados acabaran por detenerle, una medida que debilitó aún más a las fuerzas independentistas locales.[113] Oficialmente, Faisal no había perdido la esperanza de conseguir algún tipo de acuerdo entre Gran Bretaña y Francia hasta bien avanzado 1920. Sin embargo, fue durante ese periodo de indefinición cuando el emir se puso en contacto por primera vez con Mustafá Kemal. Ya en agosto de 1919, corrían rumores en los círculos de inteligencia británicos de que los representantes de Kemal y Faisal habían acordado forjar una alianza. Aunque no ha aparecido ningún documento que lo confirme de manera concluyente, otras pruebas indican que los intentos de poner de acuerdo a ambas partes se prolongaron hasta finales de 1919. Según Talat Pashá, que en aquel entonces vivía exiliado en Alemania, unos emisarios de Damasco le habían presentado un plan para reunificar Siria con lo que quedaba del imperio. Incluso los nacionalistas árabes más fervientes, le dijeron a Talat que «preferirían asociarse a los turcos como la antigua Alemania o Austria-Hungría y cooperar [con los turcos] para impedir la ocupación de los Aliados». Mustafá Kemal informó a Talat de que a él también le habían hecho una propuesta parecida, pero recelaba de ella. «La idea y la posibilidad de que Faisal podría estar ejecutando una estrategia secreta en nombre de los franceses nos obliga a proceder con cautela».[114]

El inicio de la campaña nacionalista en Cilicia insufló nueva vida a una posible alianza entre Siria y Anatolia. En diciembre de 1919, alrededor de dos mil jinetes beduinos atacaron las posiciones británicas en Deir ez-Zor, en el desierto del este de Siria. Aunque el asalto se organizó sin la

intervención de las fuerzas de Mustafá Kemal, los periódicos pronacionalistas atribuyeron la toma de la ciudad a las actividades de «las Fuerzas Nacionales Árabes» (Arap Kuva-yı Milliyesi). Mientras los destacamentos nacionalistas sitiaban Marash, Antep y otras ciudades de Cilicia, los periódicos próximos a la Asociación de Defensa de los Derechos vitoreaban asaltos similares contra las fuerzas francesas al sur de la línea de armisticio. Para algunos observadores, el ascenso de la resistencia antifrancesa en Siria era una prueba de la indisolubilidad del imperio. Como dijo un periódico provincial, la captura árabe de Deir ez-Zor obligó a Lloyd George a aceptar que «Estambul debe seguir siendo turca y se exige la integridad del territorio [del Imperio] otomano».[115] *Cuando Mustafá Kemal habló ante la Asamblea Nacional especuló en privado acerca de que se estaba preparando algún tipo de restauración del control imperial en Siria. Los árabes, reconoció, habían colaborado con el enemigo durante la guerra para «alcanzar su objetivo de ser independientes». Sin embargo, ahora los tiempos habían cambiado y era posible establecer una «estructura federada o confederada» con los árabes de Siria.*[116] *Ahora bien, no todos los nacionalistas estaban dispuestos a olvidar el pasado. «La situación actual de los árabes –publicó un periódico de Sivas– que se opusieron a sus correligionarios y califas con promesas de soberanía e independencia es verdaderamente lamentable». Ahora, los árabes comprendían que habían «desperdiciado su sangre derramada para librarse del yugo turco».*[117]

En realidad, las cosas eran mucho más caóticas y variables de lo que muchos nacionalistas pensaban. Numerosos miembros del gobierno de Faisal no querían tener nada que ver ni con los franceses ni con las fuerzas de Mustafá Kemal. El propio Faisal, pese a su condición, se encontró a la defensiva ante las exigencias locales de que Siria impusiera su independencia. En el otoño de 1919, sirios y palestinos acudieron a las urnas para elegir un congreso capaz de supervisar lo que muchos esperaban que fuera un gobierno auténticamente independiente. En primavera, el congreso aprobó coronar a Faisal como rey del Estado árabe sirio. El día de su coronación, el 8 de marzo de 1920, se denominó «día de la resurrección», por todos los siglos que el país había vivido bajo el poder otomano. Hacer realidad «la antigua gloria y la floreciente civilización» de Siria, declaró un celebrante, significaba no sólo liberarse de la autoridad de Estambul, sino también «exigir la plena independencia y una vida libre como nación».[118] La caída del gobierno de Faisal tras la invasión francesa de julio de 1920 no acabó con los intereses nacionalistas en Siria. En Alepo, el gobernador de la región durante la guerra, que era leal al CUP, continuó librando una campaña de guerrillas en coordinación con las Fuerzas Nacionales. En el noroeste, las tropas francesas se enfrentaron a los ataques de bandas de combatientes alauíes. Estas

comunidades de varias zonas de Latakia y Antioquía, que eran seguidoras de una singular secta relacionada con el islam chií, al principio habían acogido con satisfacción a los franceses, creyendo que los protegerían por ser una minoría regional. Sin embargo, entre las oleadas de ataques de los paramilitares armenios, los grupos alauíes decidieron que los nacionalistas eran sus verdaderos defensores y patrocinadores. Un jefe alauí siguió coordinándose con los nacionalistas en Cilicia hasta bien entrado 1921. «No cabe duda –escribió a Ankara– de que las naciones turca y árabe continuarán yendo de la mano en la lucha contra las agresiones extranjeras hasta la liberación de nuestra patria».[119] Sin embargo, antes de que acabara 1921, los comandantes nacionalistas cortaron bruscamente su ayuda material y económica a los rebeldes sirios. Después de firmar la paz con Francia en octubre, prácticamente no se volvió a hablar de una confederación con Siria.

Como en el caso de Mosul, es difícil decir qué pensaba la opinión pública acerca de la posible reunificación de la Gran Siria con el resto del imperio. La diversidad del Levante, como la de Irak, se prestaba a una gran variedad de opiniones y deseos. Es probable, por ejemplo, que en Líbano muchos se opusieran a cualquier retorno al dominio otomano. Durante la guerra, el gobierno del CUP había abolido la administración provincial libanesa, que hacía posible la autonomía local bajo un gobernador cristiano. Los intelectuales y líderes cívicos libaneses desempeñaron un papel fundamental en defender la independencia del imperio (aunque se mostraron menos entusiastas respecto a la inclusión en el reino de Faisal). Mientras que los observadores palestinos en general veneraban a Mustafá Kemal como posible salvador, en noviembre de 1920, en Ammán, se escuchó a algunos manifestantes alabar tanto a Faisal como al sultán.[120] Por su parte, la Asamblea Nacional consideró la posibilidad de exigir que se creara una administración bajo mandato otomano en Palestina. Dicha propuesta, que planteó un comité compuesto por judíos destacados de Estambul, se descartó por las complicaciones físicas y políticas que habría supuesto. La relación del país con Palestina se recuperó dos meses después de la disolución formal del imperio. Mientras algunos miembros de la Asamblea Nacional estaban de acuerdo en que el Estado seguía interesado en Palestina, dado todo lo que había hecho el imperio para defender el territorio durante la Gran Guerra, otros se burlaron de la idea de intervenir en los asuntos de judíos y extranjeros. Parece que la cuestión quedó zanjada cuando un miembro puso en duda la viabilidad real de la intervención turca en la región. «Sin que nadie sepa cómo estarán mañana las cosas, ¿quién es la mayoría allí [en Palestina], qué son, qué tipo de derecho nos

aconsejan para que incluyamos Palestina en nuestros empeños? Bueno, es un asunto enmarañado».[121]

También resulta difícil evaluar hasta qué punto se tomaban en serio los líderes nacionalistas la recuperación de otras partes de la Gran Siria. Más de una década después de tomar el poder, Atatürk confesó su pesar por no haber avanzado más para liberar a los turcos que vivían bajo el dominio francés. Cuando recorrió personalmente la frontera en 1923, aseguró que había llorado al ver a un grupo de «hermosas muchachas sollozantes» que le suplicaron que liberara a sus familias en Alejandreta.[122] La anécdota acabó incorporándose al acervo popular turco cuando Ankara se anexionó Antioquía en 1939. Desde 1923, en más de una ocasión, los periódicos turcos publicaron pruebas de que los residentes en Alepo también confiaban en que Turquía los absorbiera.

La política parece haber sido lo que impidió que las Fuerzas Nacionales continuaran con su campaña en Siria. En la primavera de 1921, Francia y el gobierno soviético estaban a punto de reconocer la legitimidad del gobierno de Ankara. La paz con ambos Estados representaba el fin de los combates en el sur y el este, y la posible llegada de la ayuda y el material necesarios. En teoría, los nacionalistas de Ankara seguían hablando de reincorporar partes de Siria e Irak. Al ponerse de acuerdo sobre el Pacto Nacional, los miembros de la asamblea habían dejado la puerta abierta a algún tipo de reunificación (pero mediante plebiscito, no por conquista). La retórica de este periodo también indica que los dirigentes nacionalistas procuraban no definir con demasiada claridad quién pertenecía verdaderamente al imperio o merecía ser liberado. En mayo de 1920, un debate en la Gran Asamblea Nacional lo puso de relieve. Cuando un parlamentario que estaba hablando de salud pública declaró que estaba en juego «la salud de la turquidad», un circasiano de la región de Sivas se opuso. «No nos hemos reunido aquí en nombre de la turquidad –alegó–. Pido que sea suficiente decir “musulmanes”, incluso “otomanos”, no sólo “turcos”». En ese momento, Mustafá Kemal intervino. Era cierto, argumentó, que la Asamblea Nacional era un órgano compuesto no sólo por turcos, ya que también estaban representados los kurdos, circasianos y otros musulmanes. Y, más importante, el Pacto Nacional dejaba claro que todos luchaban por la liberación de las tierras desde Alejandreta, en el oeste, hasta Sulaymaniyah y Kirkuk, en el este. La unidad que esperaban forjar, afirmó Kemal, tenía su raíz en el islam.[123]

Sin embargo, las actitudes cambiaron drásticamente en pocos años. En septiembre de 1923, la Asamblea Nacional debatió si los funcionarios

otomanos tenían derecho innato a la ciudadanía turca. Había antiguos oficiales imperiales, por ejemplo, que seguían en Yemen a la espera de ser repatriados. Aunque algunos eran seguramente «de raza turca», un diputado afirmó que era probable que otros fueran «albaneses, árabes o sirios». La duda era si estos últimos merecían o no la ciudadanía. Otro diputado sugirió que se pudiera conceder la ciudadanía a un oficial nacido en Damasco si había servido con honor al imperio. Cuando otros miembros de la asamblea se opusieron, se acordó que eran necesarias mayores restricciones. Había que prohibir la entrada en el país a los árabes, así como a aquellos que tenían «la mirada puesta en el extranjero» en su propio pueblo. Quien consiguiera la nacionalidad turca debía pensar que «nuestro país es turco». «A partir de ahora –proclamó un tercer miembro–, nuestro país y nuestro ejército deben sobrevivir [como] turcos».[124]

El motivo de que la Asamblea Nacional acabara impidiendo a los antiguos ciudadanos árabes obtener la ciudadanía turca fue producto de numerosas fuerzas. Es posible que muchos de los que decían detestar a los árabes albergaran, desde mucho tiempo antes, prejuicios personales contra ellos y otras «minorías» otomanas. Quizá los recuerdos de la guerra, tanto la rebelión de Faisal como las supuestas fechorías de los reclutas árabes, reforzaron esa hostilidad. Es probable que otros sucesos más inmediatos influyeran también en sus sentimientos sobre quién pertenecía a la ciudadanía y quién no. En 1923, Faisal gobernaba en un reino iraquí que, una década más tarde, se independizaría de Gran Bretaña. Francia controlaba totalmente Siria y había creado un Líbano independiente. Otros antiguos territorios imperiales, como Egipto y el Hiyaz, se habían distanciado sin reservas de todo sentimiento de solidaridad otomana. La elección, como dijo un parlamentario, parecía sencilla. «[Si] uno es sirio, tiene los ojos puestos en Siria. No queremos impedirlo por la fuerza. Deberían irse a Siria».[125]

Estos cambios de actitud también reflejan las grandes transformaciones que se produjeron en Ankara después de 1920. En los círculos nacionalistas había cada vez una mayor conciencia de que su lucha era similar a la de otras naciones. Numerosos afganos, indios, argelinos y egipcios destacados expresaron su apoyo a los combatientes de Kemal y denunciaron lo que muchos consideraban el cautiverio del califa otomano bajo la ocupación occidental. En realidad, tras la decisión de Mehmed VI de respaldar el plan de paz aliado, los lazos entre Ankara y Estambul estaban deshaciéndose sin remedio. La firma de este tratado formal de paz, en agosto de 1920, se produjo mientras las Fuerzas Nacionales estaban sufriendo unos reveses demoledores contra Grecia. A medida que las tropas

nacionalistas retrocedían hacia el este, la legitimidad de Ankara se vio sometida a nuevas pruebas en la costa del mar Negro y en el Kurdistán. El propio Mustafá Kemal recibía cada vez más presiones de sus rivales. Todas estas circunstancias facilitaron un endurecimiento de la retórica política y las perspectivas en el bando nacionalista. Este fue el periodo en el que las nociones de identidad y legitimidad otomanas iniciaron su agonía.

5

«Más allá del desprecio»: un año fatídico

de protestas, atrocidades y combates

Si todo hubiera salido según lo planeado, unos asesinos habrían acabado con la vida de Damad Ferid a principios de junio de 1920. El atentado debía de haberse perpetrado cuando el gran visir salía de su mansión junto al mar o mientras subía las escaleras del Ministerio de la Guerra. Sin embargo, un giro absurdo de los acontecimientos reveló la conspiración. Según la prensa local, Dramalı Rıza, el principal asesino, se peleó con sus cómplices y los denunció a la policía. Como consecuencia, tanto él como muchos otros agentes nacionalistas fueron detenidos. Para los conservadores de la capital, la noticia del atentado contra el gran visir confirmó sus peores impresiones sobre los «canallas de Ankara».[1] *No era ningún secreto que Rıza había luchado con las Fuerzas Nacionales. En periodos anteriores de su vida había tenido fama de asesino y fedai leal al CUP. Y Mustafá Kemal, por asociación, parecía tener las mismas tendencias asesinas que los Jóvenes Turcos. Cuando llegó el día de la ejecución de Rıza, la policía local montó guardia por temor a las represalias nacionalistas. El hecho de que el gobierno de Ferid «estuviera aterrado de que pudieran descolgar a los unionistas de la horca y se los llevaran a toda prisa» le pareció tristemente irónico a uno de los ayudantes del primer ministro. «Durante el periodo de terror del CUP, el personal de seguridad del partido levantaba, en mitad de la noche, patíbulos en todos los rincones del puente de Gálata y la plaza de Santa Sofía y colgaba a varios hombres. Nunca –recordaba– hubo el menor alboroto ni conmoción».*[2] *El complot fracasó, pero Estambul parecía estar al alcance de Ankara.*

Pero otros problemas mucho más importantes eclipsaron la ejecución de Dramalı Rıza. A finales de mayo de 1920, los representantes aliados notificaron oficialmente al gobierno otomano sus condiciones definitivas de paz. Aunque no se había dejado de especular sobre el posible contenido del acuerdo, por fin había llegado el momento de la decisión. El Estado otomano afrontaba una drástica reducción del tamaño y la soberanía del imperio. Una vez perdidos los territorios árabes, Francia e Italia reclamaron oficialmente el sur de Anatolia

para dividírselo en «zonas de influencia». Gran parte de Erzurum, Trebisonda y otras provincias orientales se cederían a la República de Armenia. Los Dardanelos y el Bósforo quedarían bajo un régimen internacional imparcial, y prácticamente toda la Tracia oriental se adjudicaría a Atenas. Grecia seguiría ocupando Esmirna y los distritos circundantes. Aunque Esmirna seguía estando oficialmente bajo la soberanía del imperio, muchos supusieron que la situación era provisional. Mientras tanto, los Aliados iban a tomar el control de muchos de los recursos financieros del Estado para recuperar las deudas pendientes.

La duda que quedaba por resolver era si el tratado sería validado. Además de la firma oficial de un representante del gobierno, la ley otomana exigía que la cámara legislativa imperial lo ratificara. Para los Aliados, el primer obstáculo resultó bastante desalentador. El gran visir Damad Ferid aceptó el tratado en principio, pero pidió más tiempo para deliberar. Los términos del tratado tal como estaban, argumentó, dejaban al sultán y a su gobierno «en una posición muy embarazosa». El hecho de permitir algunas revisiones cruciales, como la devolución de Tracia y Esmirna, contribuiría considerablemente a aliviar las preocupaciones de la opinión pública. Cuando el embajador británico replicó que Estambul estaba obligado a aceptar «un tratado de rigurosas condiciones», Ferid se quedó perplejo. Un tratado que le cortaba los brazos y las piernas al imperio era «en conciencia, suficientemente riguroso». Quitarle al país Tracia y Esmirna «afectaba también a partes vitales de la cabeza y el tronco». Eso, explicó, era «más que riguroso. Significaba la aniquilación de Turquía».[3] Los ciudadanos de la capital, en general, estaban de acuerdo. En mayo, una multitud de entre diez y veinte mil personas llenó la plaza de Sultanahmet para conocer los detalles del tratado. Ese día, los oradores repitieron las demandas formuladas en manifestaciones anteriores, y muchos pidieron la independencia de toda «la tierra otomana que era turca y musulmana».[4]

Una cuestión en la que los Aliados y los altos cargos del gobierno otomano estaban de acuerdo eran los problemas que causaba Mustafá Kemal. Aunque se suponía que Mehmed Vahideddin detestaba el tratado y dijo subrepticiamente que «apoyaría a su pueblo» en caso de que se les impusiera, ni él ni Damad Ferid mostraron voluntad alguna de respaldar la causa nacionalista.[5] A principios de verano de 1920, Ferid seguía pidiendo a los Aliados ayuda material para combatir a las Fuerzas Nacionales. Su derrota, prometió, permitiría a Estambul reafirmar el debido control sobre el país y facilitaría la transición hacia la paz. Los representantes aliados estaban bastante de acuerdo, pero entre los vencedores de la guerra también había fisuras. Italia

nunca perdonó a Gran Bretaña haber otorgado Esmirna a Grecia. A finales de 1920, las autoridades italianas de ocupación estaban colaborando abiertamente con los representantes nacionalistas en Antalya, a los que vendían armas. Francia también dio señales de romper filas a medida que la situación en Cilicia y Siria se volvía cada vez más desesperada. Gran Bretaña estaba dispuesta a enviar algunas tropas para ayudar al gobierno de Ferid, pero los recursos militares eran escasos, mientras intentaban sofocar los disturbios en otras partes del Imperio británico. Además, el gobierno de Lloyd George dudaba acerca de la eficacia de la paz propuesta. El acuerdo con el Imperio otomano, se lamentaba un veterano diplomático, se consideraba algo «más allá del desprecio, intacto aunque muerto, entero aunque sin ratificar».[6] Winston Churchill, entonces ministro de Guerra, y lord Curzon, secretario de Estado de Asuntos Exteriores, creían francamente que el tratado podía agravar la situación en Anatolia. De todos los Aliados, Grecia parecía la más dispuesta a ver aplastados a los combatientes de Mustafá Kemal. La prisa de Venizelos por avanzar hacia Ankara le pareció a Lloyd George una solución rápida a un problema colectivo. «Era indispensable –dijo al primer ministro francés Millerand– demostrar que los Aliados hablaban en serio».[7]

El 22 de junio, tras varias semanas de negociaciones secretas, las tropas griegas atrincheradas en toda la costa del Egeo lanzaron un ataque hacia el este. La ofensiva derrotó rápidamente los destacamentos nacionalistas que rodeaban Esmirna. Después de meses de luchar contra campesinos inquietos en todo el noroeste de Anatolia, miles de soldados nacionalistas se rindieron o abandonaron sus puestos. En poco más de unas semanas, las unidades griegas tomaron varias ciudades importantes de Anatolia, como Balıkesir, Bursa, Akhisar y Bandırma. Mientras las tropas nacionalistas retrocedían hacia el este, los funcionarios locales que decidieron quedarse tenían ante sí un futuro incierto. La perspectiva de una ocupación griega más extensa y la animadversión provocada por la campaña de Anzavur contra la Asociación para la Defensa de los Derechos transformaron los pueblos en auténticos polvorines. Aun así, cientos de funcionarios otomanos permanecieron en sus puestos a pesar del peligro que corrían. «No había duda –explicaba un antiguo gendarme– de que, si se difundía la noticia de nuestra retirada, las cárceles abrirían las puertas y malhechores de todo tipo, ya fueran pomacos [búlgaros musulmanes], circasianos o turcos, provocarían una rebelión general en el país».[8] La facilidad con la que Grecia conquistó gran parte de Anatolia occidental se completó con su toma casi incruenta de Tracia oriental. A pesar de los meses que habían pasado preparando la defensa de la última provincia europea del imperio, las unidades

nacionalistas apostadas allí no ofrecieron prácticamente ninguna resistencia a las tropas griegas.

A finales de julio, la prensa de Estambul manifestó un profundo desánimo. En medio de la tristeza provocada por el tratado de paz de los Aliados, el rápido avance de Grecia fue para muchos algo insoportable. Lo que la ofensiva griega parecía revelar, en palabras de un periodista, era cuán irreconciliables eran los musulmanes y los cristianos nativos. Estambul volvió a vivir escenas de júbilo entre los griegos, una humillación que recordó la llegada de la flota aliada en noviembre de 1918. Basta con decir que los residentes en Atenas encendían velas «en honor de Venizelos». Hacer frente de nuevo a las muestras de alegría en la capital fue la gota que colmó el vaso. «Digámoslo con claridad –concluía el periodista–: debido a nuestra dolorosa situación, los turcos no dejamos de dar gran importancia a las pequeñas cosas. No dudamos en valorar en su justa medida las manifestaciones que estos días distinguen a nuestros amigos de nuestros enemigos. ¿Las olvidaremos o no? El tiempo lo dirá».[9]

Damad Ferid expresó su desaprobación del avance griego. La chispa que encendió Esmirna, dijo a las potencias europeas, «había dejado [ahora] Anatolia completamente en llamas».[10] Aun así, la ofensiva griega había entrañado un beneficio que él se resistía a admitir. La retirada de las tropas nacionalistas debilitaba a Mustafá Kemal y podía fortalecer al gobierno del sultán. Aceptar las condiciones de la paz aliada, declaró Ferid ante el consejo imperial de Mehmed VI, era ya la única vía posible. Se trataba de la diferencia entre «vivir para bien o para mal» y acabar «completamente borrados del mapa del mundo». A pesar de algunas objeciones, la mayoría de los miembros del consejo se mostraron de acuerdo con la valoración del gran visir. Cuando llegó el momento de que Mehmed VI comunicara su decisión, «palideció como un muerto», según recordaba uno de los asistentes. Mehmed se levantó y se limitó a pedir a todos los partidarios de firmar el tratado que se pusieran en pie. «Ante la petición, el consejo del sultán se puso inmediatamente en pie de un salto, todos a la vez».[11] Con la aprobación del sultán en la mano, Ferid confiaba en que la buena voluntad otomana pudiera persuadir a los aliados de que limaran algunas de sus exigencias. Al fin y al cabo, la ayuda de los aliados era esencial para que el tratado pudiera aplicarse por completo.

Los delegados otomanos firmaron el Tratado en Sèvres, a las afueras de París, el 10 de agosto de 1920. Cuando días después corrió la noticia del consentimiento oficial del imperio, la indignación pública volvió a adueñarse de la capital. Los comerciantes musulmanes cerraron las puertas y las banderas se retiraron. A la una en punto del

12 de agosto, los barcos, los tranvías y otros vehículos se detuvieron en reconocimiento de la tragedia que había sufrido el imperio. Al este, en Ankara, los ánimos oscilaron entre el estoicismo y el deseo de resistir. «Hemos hecho añicos el Tratado de Sèvres –declaró Mustafá Kemal ante la Asamblea Nacional–. Hemos dicho que nuestra confianza aumenta día a día y que no podrán hacer nada al respecto».[12] Su certeza, incluso en aquellos momentos, estaba bien justificada. La capitulación de Estambul era sobre todo simbólica. No había ninguna posibilidad de que nadie en Ankara aceptara los términos del tratado. Y, a pesar de los graves reveses sufridos en el campo de batalla, ni Mustafá Kemal ni sus Fuerzas Nacionales parecían estar cerca de la derrota.

No obstante, los acontecimientos fuera del Imperio otomano pronto eclipsaron que Estambul hubiera aceptado el Tratado de Sèvres. A finales del verano, las tropas soviéticas avanzaban a través de Polonia. La ofensiva bolchevique parecía mostrar la capacidad de resistencia del comunismo pese a los esfuerzos de los Aliados, y la dramática victoria polaca a las afueras de Varsovia en agosto de 1920 calmó, sólo en parte, los ánimos de Europa occidental. Además, otras zonas en crisis reclamaban atención. En Irlanda, las fuerzas de seguridad británicas se vieron envueltas en feroces combates y atrocidades. Hungría, tras una breve revolución comunista, seguía sacudida por la violencia. La insurrección civil acosaba Alemania y la nueva Yugoslavia. Más lejos, en la India, los nacionalistas de Mahatma Gandhi presionaban a las autoridades británicas para conseguir la independencia. El Tratado de Sèvres, declaró Gandhi, era otra de las muchas injusticias graves cometidas por Londres.

El apoyo de Damad Ferid al tratado de paz de los Aliados acabó siendo su perdición. Circulaban rumores de que muchos miembros del gabinete, la burocracia y el palacio odiaban su carácter autoritario. Se decía, incluso, que el propio sultán estaba cansado de la insistencia de su cuñado de que la colaboración con los británicos a cambio de su patrocinio era la clave para salvar a la nación. Dos meses después de firmar el Tratado de Sèvres, Ferid dimitió alegando problemas de salud. El cargo de gran visir recayó una vez más en uno de sus antiguos ocupantes, Tevfik Pashá, cuyo nuevo nombramiento se interpretó como un incentivo para los nacionalistas y los intereses menos partidistas de la capital. Con el futuro del país en juego, Mehmed VI quedó aún más aislado. Varias facciones anteriormente próximas al sultán se enfrentaron entre sí cuando el equilibrio de poder se inclinó hacia los nacionalistas. La muestra más clara de lo que parecía deparar el futuro se evidenció en enero de 1921. A pesar del peligro que constituía la ofensiva griega, la Asamblea Nacional

promulgó una nueva constitución. En ella no se mencionaban las prerrogativas del sultán ni del califa. Otra declaración más sutil, pero no menos profunda, fue la redenominación oficial del país. A partir de 1921, la Asamblea Nacional habló en nombre del gobierno de Turquía, no del Imperio otomano.

Sin embargo, los que aprobaron la Constitución de 1921 se mostraron ambiguos en cuanto a la importancia de estos cambios. Mustafá Kemal, al revisar la Constitución original de 1876, defendió explícitamente el lugar del soberano como jefe de Estado. «En principio, aceptamos los cargos de sultán y califa», declaró ante la Asamblea Nacional. Idealmente, al jefe de la familia real otomana se le otorgarían «amplios derechos y autoridad». Sin embargo, la Asamblea Nacional y él mismo acordaron que, por el momento, esas cuestiones no iban a debatirse.[13] Mehmed VI, declaró en privado Kemal en septiembre de 1920, era un traidor.[14] Por suerte para los nacionalistas, los acontecimientos les permitieron eludir la cuestión de si el sultán debía ser depuesto. Las críticas internacionales al Tratado de Sèvres, sobre todo entre los activistas musulmanes del mundo colonial en general, dependían en muchos casos de la promesa de Mustafá Kemal de liberar al sultán-califa otomano del poder extranjero. Además, avivar el debate sobre la traición de Mehmed VI entrañaba el peligro de una reacción popular en su propio país. El director del periódico de Estambul İkdam, de tendencia moderada, no veía ningún problema en debatir si Ankara constituía la verdadera sede del gobierno. Las discusiones acerca de «la ubicación de la administración no cesaban», dada la vulnerabilidad geográfica y estratégica de Estambul en el Bósforo. Ahora bien, lo que todos querían era un sistema con el sultán en el centro.[15]

Otras amenazas acosaron a la Asociación para la Defensa de los Derechos. En 1920 y 1921, docenas de antiguas figuras del CUP planearon su regreso a Anatolia. Muchos creían que estaban tan capacitados como Mustafá Kemal para dirigir el Movimiento Nacional. Con las dificultades que tenían las Fuerzas Nacionales para mantenerse firmes contra los griegos, la autoridad de Kemal parecía vulnerable. Pero a estos problemas internos se contraponían otros peligros más claros. Las noticias sobre abusos y actos de violencia masiva en las zonas de Anatolia ocupadas por Grecia fomentaban la ira y la intolerancia en los círculos nacionalistas. Saber que los musulmanes colaboraban con Grecia o se resistían a la autoridad de Ankara contribuyó a que aumentara la inflexibilidad del movimiento. A finales de 1921, ciertas ambigüedades que habían definido la causa nacionalista empezaron a disiparse. En lugar de apelar a una u otra versión del orden anterior a la guerra, los representantes en Ankara

empezaron a hablar con mayor rotundidad de «una nueva Turquía». Esta expresión, «nueva Turquía», se filtró durante este periodo en el lenguaje de los europeos, síntoma de que las actitudes iconoclastas eran cada vez más visibles en Ankara. Aunque el imperio no estaba oficialmente muerto, era evidente que muchos nacionalistas estaban listos para seguir adelante. Cuando se hablaba explícitamente del Imperio otomano se hacía cada vez más para referirse a sus defectos. El imperio había sido derrotado. Encarnaba una nación débil, corrupta y rebelde.

«EL PELIGRO DE ASIA»:[16] LA POLÍTICA MUNDIAL DURANTE LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL IMPERIO OTOMANO

Después de su captura en Irak en marzo de 1918, Hüseyin Fehmi pasó casi tres años prisionero en la India. Su vida allí se le hizo eterna. Aparte de sus breves excursiones desde su campo de prisioneros en la fortaleza de Bellary, los periódicos eran su única ventana al mundo. Lo que leía, al menos según su diario, alimentaba a la vez sus esperanzas y su angustia. Las noticias de casa no solían ser buenas. Se sintió especialmente hastiado del gobierno de Mehmed VI después de que circularan historias sobre la admiración que sentía por Gran Bretaña y su condena de las deportaciones de armenios. Otras informaciones eran más alentadoras. En su relato de su estancia en Bellary, Hüseyin llenó el diario de referencias a los acontecimientos de Egipto, Irlanda, Rusia, Afganistán e India. En todos estos lugares, los combatientes resistían al imperialismo occidental. La campaña de Mahatma Gandhi, en la primavera de 1919, para encabezar una huelga general contra las autoridades británicas en la India, no fue algo que él presenció personalmente. Como otros millones de personas, Hüseyin se enteró de lo que estaba en juego a través de los periódicos. La «esclavitud total» de la India era dolorosamente obvia. «Por ejemplo –escribió–, un indio que ve a un inglés paseando por el mercado o el bazar se quedará callado, igual que todos los demás».[17] Su conocimiento cada vez mayor de los asuntos mundiales agudizó aún más su conciencia política y su sensibilidad hacia los deberes que tenía como musulmán. La diversidad de los presos que le rodeaban le ayudó a sostener su fe renovada. Con las pocas rupias que él y otros presos recolectaban cada semana, hacían un fondo común para que los imanes tuvieran un respiro en sus tareas. Con ese tiempo extra y esos recursos de más, los maestros y líderes de oración pudieron gestionar un café y abrir una escuela. «Aquí –explicaba Hüseyin–, [la importancia de] ser musulmán aumentó considerablemente. Todo el mundo empezó a honrar el islam y nadie faltaba a los rezos ni a las ofrendas».[18]

El cautiverio de Hüseyin Fehmi terminó en el verano de 1921. Al poco de llegar a casa, en Adapazarı, volvió a alistarse en el ejército, esta vez como operador telefónico. Las anotaciones de su diario durante este periodo, como las de su estancia en Bellary, son más bien un compendio de lo que leía en los periódicos. Se interesó por el parloteo

diplomático hacia el final de la guerra, cuando parecía más probable una paz negociada. Desde su punto de vista, el mundo, por fin, había reparado en lo que estaban consiguiendo los nacionalistas. Por la prensa se enteró de que se habían instalado en Ankara representantes de Irán, Afganistán, Azerbaiyán, Crimea y Asia Central. Estas muestras de solidaridad musulmana parecían querer presionar a Occidente para que negociara con Mustafá Kemal. Un año antes, escribió: «Los europeos dijeron que nunca nos dignaríamos a firmar un armisticio o a sentarnos a la mesa de paz con el jefe de los bandidos [de Ankara]». La posibilidad de que Gran Bretaña se sintiera obligada a colaborar con Francia y otros Aliados para buscar una solución pacífica al conflicto era, de hecho, «una bendición de Dios para nosotros, los turcos».[19]

La imagen que tenía Hüseyin Fehmi de sí mismo y del Movimiento Nacional se apoyaba sin duda en sus experiencias como soldado y prisionero. Lo que su diario también sugiere es hasta qué punto él, igual que otros, llegó a concebir un nuevo Imperio otomano como consecuencia de las noticias procedentes del extranjero. La complejidad de los acontecimientos de Europa y Asia suscitó gran interés en la prensa popular tras el armisticio de 1918. A pesar del aluvión de noticias más próximas, incluso los periódicos de provincias mantuvieron la vista puesta en la actualidad extranjera. Los periódicos se nutrían sobre todo de las agencias de noticias internacionales y se dedicaban a traducir telegramas, artículos y entrevistas a diario. Los lectores de la prensa en lengua turca y de las publicaciones en armenio, griego y francés podían estar al corriente de los rumores y sucesos de fuera del imperio. Curiosamente, los periodistas no solían ver ninguna relación entre los asuntos otomanos y los hechos significativos de Europa, sobre todo de los Aliados, pero, según el contexto, las ramificaciones locales de los acontecimientos extranjeros parecían ser bastante claras. Cuando las conversaciones de paz se volvieron más serias en 1922, el director de un periódico de Giresun, en el mar Negro, aseguró a sus lectores que el descontento asolaba Gran Bretaña. Una crisis económica, advirtió, sacudía al Reino Unido y a su imperio. «Se declaran bancarrotas sin cesar. En Irlanda y la India, las disputas son cada vez peores. En Egipto nadie está satisfecho con los planes». «Todos estos acontecimientos –daba a entender el periódico– han agotado a la opinión pública después de volverse contra Lloyd George».[20] Lo que implicaba todo eso estaba claro: la posición negociadora de Londres estaba debilitándose.

El contraste entre los acontecimientos en Europa y Asia era especialmente llamativo. Inmediatamente después de la guerra, los periódicos otomanos siguieron con detalle la caída de las monarquías

de Habsburgo y Hohenzollern. La repentina ruptura de estos dos imperios dio a conocer a los lectores otomanos nuevas realidades políticas. Austria y Hungría habían pasado a constituir dos «Estados-nación» (milli devletler) definidos, sin que los gobernara ningún monarca.[21] No parece que los periodistas ni los analistas se plantearan lo que la disolución del Imperio de los Habsburgo significó para el sultán, el gobierno o el futuro de la nación otomana. Sin embargo, cuando los representantes se reunieron en Versalles, la política de fronteras cambiantes de Europa central daba la impresión de ser claramente distinta a lo que parecía avecinarse en otras partes del mundo. Ningún poder exterior había obligado a Austria y Hungría a separarse. Aunque el proceso estuvo plagado de caos y violencia, los líderes de estos Estados y otros herederos de los Habsburgo estaban dispuestos a separarse, algo que era menos frecuente fuera de Europa. En Asia y en África, los Aliados estaban empeñados en determinar cómo se iba a redibujar el mapa y quién iba a salir más beneficiado de ello. «Los musulmanes y los turcos», como señaló un nacionalista a finales de 1919, no fueron los únicos pueblos que sufrían semejantes injusticias. Irán, China y la India eran tierras sometidas a la dominación extranjera. Mientras Occidente «les arrancaba pedazos del alma cada día que pasaba», los asiáticos buscaban «con el corazón esperanzado» un salvador que los rescatara. Desde luego, los héroes locales respondían a la llamada y ayudaban a liberar a su pueblo del imperialismo occidental. Y, en su opinión, las Fuerzas Nacionales encarnaban esta lucha global. El derramamiento de sangre musulmana ante Esmirna había «dado la vida a trescientos millones de musulmanes de Asia y África». Los musulmanes de la India y otras partes de Asia rezaban por una victoria nacionalista. El triunfo en Anatolia, concluyó, derivaría en «un mundo mejor mañana» para todos los que sufrían injusticias a manos de Occidente.[22]

Estos sentimientos no eran meras expresiones de bravuconería. La empatía y el sentimiento de unanimidad con los musulmanes de fuera del imperio eran rasgos destacados de la política otomana desde hacía mucho tiempo. Durante siglos, el sultán utilizó su condición de califa del islam para reforzar su imagen tanto dentro como fuera del país. En varias ocasiones, las autoridades otomanas habían interpretado esta reivindicación como un mandato que los obligaba a oponerse al crecimiento de los imperios europeos incluso más allá de las fronteras del país. Bajo Abdülhamid II, los intelectuales y estadistas consideraron que el imperio estaba especialmente capacitado para dirigir y representar a los musulmanes en todo el mundo. Aunque sufría grandes presiones del imperialismo europeo, el Estado otomano se mantuvo independiente mientras las tierras musulmanas de Asia y África sucumbían por completo al colonialismo. Los activistas

otomanos se enorgullecían de su nueva cultura reformista, una característica que, a juicio de ellos, diferenciaba aún más al Estado otomano de la ummah en general. En este sentido, en Oriente, Japón era un modelo especialmente inspirador. El inflexible compromiso de Tokio de llevar a cabo reformas materiales y sociales y sus conquistas en Asia, a expensas de China y Rusia, parecían señalar el rumbo a Estambul. «Entre el mundo de la raza blanca y el de la raza amarilla –profetizó un miembro del Parlamento–, surgirá un mundo turco. Y en ese mundo intermedio, el Estado otomano asumirá la tarea que Japón quiere llevar a cabo ahora en el mundo de la raza amarilla».[23]

Los líderes del CUP aprovecharon la Primera Guerra Mundial como una oportunidad para encabezar esa revolución. Cuando se creó el servicio clandestino otomano, la Organización Especial, Estambul envió agentes a diversas partes del mundo musulmán. Las zonas a las que iba dirigida esta campaña eran las consideradas indicadas para la rebelión colonial: la India británica, el Magreb francés y el Asia Central rusa. Los detalles exactos de muchas de estas operaciones secretas siguen siendo confusos. Pero da la impresión de que los resultados tangibles fueron limitados. Una primera ofensiva otomana contra el Egipto británico contaba, en parte, con la capacidad de la Organización Especial para fomentar la inestabilidad tras las líneas enemigas. Cuando, a principios de 1915, las tropas otomanas atacaron por fin el Canal de Suez, las esperanzas de contar con la ayuda egipcia se desvanecieron rápidamente. Los estrategas, según reconoció más tarde un antiguo agente, se equivocaron al interpretar el descontento egipcio. Por más que los ciudadanos de Egipto y otras colonias pudieran detestar el poder británico, tales sentimientos no se tradujeron en «un afecto explícito por el Imperio otomano».[24]

Los oficiales aliados estaban al corriente de estas acciones otomanas en el extranjero. Y, lo que es más importante, las principales figuras de Londres y París interpretaban esos actos de subversión como intentos de detonar una fragilidad imperial. Desde finales del siglo XIX, las autoridades británicas y francesas empezaron a temer al activismo musulmán. Berlín también era consciente de esa preocupación y vigilaba de cerca los acontecimientos de la India británica y de otras zonas de los imperios francés y británico. Antes de la Primera Guerra Mundial, los alemanes no ocultaban su voluntad de alentar el descontento musulmán. De ahí que la proclamación, en noviembre de 1914, de una yihad global contra los Aliados por parte del sultán les pareciera a muchos una guerra santa embalada y etiquetada en Alemania. El temor a que los musulmanes de las colonias respondieran al pronunciamiento otomano llevó a Londres a tomar medidas preventivas. Para vacunar al imperio contra la amenaza de lo que solía denominarse «panislamismo», los agentes británicos cultivaron

las simpatías de los líderes musulmanes con los que mantenían buena relación, pero el apoyo que obtuvieron de personajes como Sharif Hussein y el emir Faisal no tranquilizó a los Aliados. Los signos de descontento musulmán siguieron viéndose en todo el mundo colonizado mucho después de que terminara la guerra. El comienzo de los combates en Anatolia parecía exigir una revisión más profunda del peligro intrínseco del activismo panislamista. «La guerra ha puesto el islam patas arriba –afirmaban los redactores de Le Temps– y, después de esta gran conmoción, no podemos hacer política con los brazos cruzados».[25]

Dentro del gobierno británico se debatió muy en serio la relación entre los musulmanes en general y la derrota del Imperio otomano. Una de las voces más inteligentes dentro de los círculos imperiales era la Andrew Ryan, el intérprete jefe (dragoman) de la embajada británica en Estambul. Ryan había vivido muchos años en el imperio. Estaba orgulloso de ser, más que un mero funcionario, los ojos y los oídos del alto comisionado. Sus intensos años de experiencia y sus numerosos contactos en Estambul le daban un aire de credibilidad del que carecían otros miembros de los servicios militares y civiles británicos. En 1919, Ryan había aconsejado a sus jefes que pensaran en el futuro del Imperio otomano en un contexto mundial. El panislamismo, explicaba, iba a ser «una de las fuerzas mundiales de la nueva era». A la hora de la verdad, no se trataba de una mera insatisfacción con el gobierno de los imperios europeos, sino del principio de que los musulmanes no debían ser súbditos de Estados cristianos. «Por eso –afirmó–, en las circunstancias del mundo moderno, siempre deberá haber al menos alguna posibilidad de conflicto entre el islam y Occidente». El dilema de Gran Bretaña era que debía impedir que otras potencias influyeran en la opinión pública de los musulmanes del mundo. En consecuencia, creía que Londres no tenía más remedio que asumir un control más directo de Estambul. En su opinión, una fuerte presencia británica en la capital contribuiría enormemente a controlar la autoridad del sultán-califa. Otros futuros sultanes que fueran más favorables a los intereses británicos, al menos, no provocarían la ira musulmana en las colonias. Era posible, reconocía Ryan, que un acuerdo de este tipo pudiera ofender a algunos musulmanes. Pero, en su opinión, los riesgos inmediatos que representaban los nacionalistas y otros grupos eran menores que las ventajas a largo plazo de influir directamente en el sultán. El resultado inevitable sería un «tiro de gracia para el panislamismo político».[26]

Finalmente, los hombres de mayor peso desecharon la receta de Andrew Ryan. Mientras los negociadores aliados pulían los detalles del plan de paz otomano, Edwin Montagu, secretario de Estado británico para la India, criticó cualquier idea de ocupar de forma permanente

Estambul. Desmembrar por completo el imperio, y mucho más arrebatar a los otomanos su capital, dejaría a Gran Bretaña sin «un solo amigo desde Constantinopla hasta China».[27] La insistencia de Montagu, con el apoyo del secretario de Estado para la Guerra, Winston Churchill, convenció a los Aliados para que dejaran Estambul y los cargos de sultán y califa en manos otomanas. No obstante, el daño causado por el Tratado de Sèvres acabaría siendo grave. Desde la India hasta Afganistán y Egipto, los musulmanes se movilizaron en masa para protestar por las medidas de Londres contra el califa otomano. Los musulmanes del mundo colonial francés y los antiguos súbditos otomanos de los Balcanes también se unieron para defender los derechos soberanos del sultán, y, a su vez, estos llamamientos para salvar al califa otomano fortalecieron a los movimientos locales que exigían el autogobierno y el reconocimiento nacional.

Podría decirse que donde más se dejó sentir la incertidumbre sobre el futuro del Imperio otomano fue en la India. El hecho de que esta cuestión conmoviera a tantos musulmanes del subcontinente se debía en gran medida a profundos lazos históricos. Hacía generaciones que los mercaderes del sur de Asia habían comerciado y se habían establecido en las ciudades portuarias del golfo Pérsico y el mar Rojo. Durante siglos, muchos peregrinos que viajaban a La Meca y Medina se quedaban como residentes en diversas partes del Imperio otomano. A finales del siglo XIX, el carácter personal de estos vínculos se había consolidado. A medida que se intensificaban los debates sobre la identidad nacional y la soberanía política, los musulmanes de la India británica se inspiraron cada vez más en el Imperio otomano. Los intelectuales celebraron la Revolución de los Jóvenes Turcos por ser un movimiento que había llevado el gobierno parlamentario y la igualdad civil a una tierra predominantemente musulmana. Los musulmanes indios organizaron campañas de ayuda tras las guerras de Libia y los Balcanes. Pero, sobre todo, tanto liberales como conservadores se identificaron con el deseo de Abdülhamid II de unir a los musulmanes bajo su liderazgo espiritual. Aun así, había un límite con respecto a lo que muchos musulmanes indios estaban dispuestos a hacer por ayudar al Imperio otomano. Cuando estalló la guerra en 1914, varios líderes musulmanes presionaron a Estambul para que se mantuviera neutral. El conflicto, declararon los activistas, era una disputa entre codiciosos imperios europeos. Peor todavía, si alguien apoyaba abiertamente a los otomanos contra los británicos, la India se dividiría en bandos rivales, lo que pondría en peligro las posibilidades de independencia del subcontinente. Dado que en 1914 había cientos de miles de indios sirviendo en el ejército colonial británico, esos temores parecían realistas. Sin embargo, eso no impidió que muchos, en secreto, anhelaran el triunfo de Estambul. «No hay hombre musalmán [sic] –juró más tarde un

dirigente– que en su corazón no rece por la victoria del califa y la derrota y destrucción de sus enemigos, incluida Gran Bretaña».[28]

Con el final de la guerra, la indignación popular con el gobierno británico pasó a protagonizar la política india. Las dificultades de la guerra debilitaron la economía y las dificultades económicas agudizaron la decepción de la gente a propósito de las reformas británicas del sistema de voto y las asambleas provinciales. Los alimentos seguían escaseando en varias partes del país, debido a las incautaciones del gobierno. Por su parte, las autoridades coloniales conservaron la dura Ley Rowlatt, que autorizaba la detención indefinida sin juicio, por temor a desórdenes públicos. Fue entonces cuando empezaron a circular noticias de los planes de paz aliados para el Imperio otomano. Cuando faltaba poco menos de un año para el armisticio, David Lloyd George aseguró al Parlamento que Gran Bretaña mantendría la soberanía otomana sobre Estambul, un gesto específicamente pensado para calmar las preocupaciones en la India. La invasión de Grecia en la primavera de 1919, junto con la probable toma de los Estrechos Turcos por Gran Bretaña, hizo que en la India muchos llegaran a la conclusión de que el primer ministro había mentido. Ante el temor de que Londres pretendiera disolver por completo el Estado otomano, la Liga Musulmana, la mayor organización nacionalista musulmana de la India, hizo sus primeros llamamientos por la protección e independencia del califato otomano. A principios de 1919, la campaña de la Liga se difundió por toda la India mediante mítines y artículos de prensa y consiguió una oleada de apoyo popular. Incluso varios grupos conservadores y apolíticos, entre los que había miembros del clero islámico indio, se adhirieron a lo que se denominó el «movimiento Khilafat».

El ascenso de Mahatma Gandhi en la India se produjo en medio de esta tormenta política. Después de haberse curtido como activista en Sudáfrica, él también aprovechó el clima político de posguerra con la esperanza de que contribuyera a la causa de la independencia de la India. Su campaña de resistencia pasiva a la Ley Rowlatt comenzó al mismo tiempo que el movimiento Khilafat atraía cada vez a más gente. Gandhi no era ajeno a la importancia del califato otomano. Antes de 1919, había expresado públicamente su apoyo a que, en caso de que hubiera negociaciones de paz, se diera un trato menos severo al Imperio otomano. Varias consideraciones tácticas le hicieron interesarse todavía más por ayudar a la Liga Musulmana. Durante décadas, los nacionalistas independentistas no habían conseguido forjar una alianza «de toda la India» que contara con el apoyo hindú y musulmán por igual. En una muestra temprana de su astucia política, Gandhi comprendió que la lucha del Khilafat era un vehículo para

tejer su movimiento con la causa independentista general. Mientras los representantes musulmanes presionaban a Lloyd George y a otras autoridades en defensa de Estambul, Gandhi escribía cartas y hablaba largo y tendido sobre los derechos soberanos del Imperio otomano. Ningún soldado musulmán, declaró en 1920, habría luchado jamás en nombre de Gran Bretaña si hubiera sabido que Londres tenía intención de abolir la soberanía territorial de Estambul. En cuanto a los derechos de los no musulmanes en las tierras otomanas, tomó la promesa del gobierno otomano de que defendería sus libertades civiles y religiosas. «No sé hasta qué punto las condiciones de Armenia y Siria pueden considerarse anarquía –declaró en 1920–, ni hasta qué punto se puede considerar responsable de ello al gobierno turco».[29] Lo más importante era que Lloyd George había prometido a los musulmanes que el califa continuaría reinando. Amenazar con disolver el califato otomano, denunció, era atacar al propio islam. Y tanto los musulmanes como los hindúes hacían bien en indignarse si el primer ministro rompía esa promesa.

El apoyo de Gandhi a la causa del Khilafat no impidió la firma del Tratado de Sèvres. Pero su decisión de alinearse con los intereses de la Liga Musulmana transformó la campaña en favor de la soberanía nacional de la India. Su llamamiento a hacer una campaña nacional de no cooperación contra la administración y la economía coloniales atrajo a numerosos jóvenes nacionalistas musulmanes a su bando. La nueva alianza entre activistas musulmanes e hindúes ayudó a movilizar a millones de indios y sentó las bases para una mayor agitación popular por la independencia en los años siguientes. Ahora bien, para algunos dirigentes, sobre todo los miembros más veteranos de la Liga Musulmana, el apoyo hindú al movimiento Khilafat tuvo un coste demasiado alto. No parecía probable que la resistencia no violenta y el liderazgo de Gandhi fueran capaces de salvar al Imperio otomano del desmembramiento. Para muchos activistas conservadores, la estrategia punitiva empleada por Londres respecto a Estambul era sintomática de un gobierno deseoso de destruir el islam. Esta sensación impulsó a miles de indios a optar por otra solución más radical: la emigración. Animados por varios agitadores entre los que había miembros veteranos de la Liga Musulmana, miles de musulmanes indios proclamaron su intención de marcharse de «la India infiel». «Cuando una tierra no es segura para el islam –declararon dos destacados activistas–, a un musulmán sólo le quedan dos alternativas: la yihad [guerra santa] o la hégira [huida]… En vista de nuestra débil situación, la emigración es nuestra única alternativa».[30] Hasta sesenta mil personas, muchas de ellas desesperadamente pobres, partieron hacia Afganistán en 1920,

buscando refugio en una tierra en la que se decía que los musulmanes y el islam estaban realmente a salvo.[31] El nuevo gobernante de Afganistán, Amanulá Khan, contribuyó a extender esa impresión. En la primavera de 1919 había dirigido varios ataques a través de la frontera con la India británica con la esperanza de liberar a su país de la influencia de Delhi. Desde el punto de vista de Amanulá, los llamamientos indios a emigrar hacia el norte le dieron una mayor influencia a la hora de tratar con los británicos tras firmar un tratado con Londres en agosto de 1919.

Para aquellos que apoyaron a las Fuerzas Nacionales de Kemal, tanto el movimiento Khilafat como la huida de musulmanes a Afganistán también inspiraron la convicción de que sería posible animar a los indios y los afganos a alzarse en solidaridad con ellos. Parecía una posibilidad bastante real. Los activistas de Khilafat estaban recaudando grandes cantidades de dinero para el esfuerzo bélico nacionalista. En el subcontinente, turbas musulmanas, impulsadas por los llamamientos de Khilafat a la acción, habían atacado oficinas coloniales y comisarías y habían matado a decenas de personas. Los miembros exiliados del antiguo gobierno del CUP anhelaban sacar provecho de las tensiones en el sur de Asia. En el verano de 1920, Talat Pashá, el antiguo ministro del Interior, se reunió con un representante de Khilafat en Suiza. Allí, ambos discutieron planes para una revuelta en la India, quizá reforzada por una invasión afgana desde el norte. En la misma época, Cemal Pashá, el tristemente famoso exgobernador de Siria, se trasladó a Afganistán. Con el respaldo del gobierno bolchevique, llegó a Kabul con la oferta de reformar y dirigir el ejército nacional de Amanulá; pero las promesas de ayuda militar soviética y otomana comportaban que los afganos reanudaran sus ataques contra la India británica. Los nacionalistas de Anatolia contribuyeron a los intentos de Cemal mediante llamamientos más directos a Kabul. En abril de 1921, una delegación afgana fue aclamada como representante de una «nación islámica fraternal» y del primer Estado en establecer una primera embajada oficial en Ankara.[32] Desde luego, estas expresiones de afinidad, por mucho que se agradecieran, entrañaban unos riesgos que algunos afganos no estaban dispuestos a asumir. Muchos sospechaban que tras el patrocinio de Cemal Pashá se escondían la Rusia soviética y una posible toma del poder por parte de los comunistas. Todo ello, junto con el innegable interés propio de Ankara, había forzado a otros países de Asia Central a desconfiar de las propuestas otomanas. Lo que querían muchos oficiales otomanos, señaló un revolucionario, era «continuar la guerra [Primera Guerra Mundial] que habían perdido en Occidente contra los Aliados».[33] El miedo a una ofensiva kemalista

disminuyó cuando Cemal Pashá se fue de Afganistán a finales de 1921. La posibilidad de un levantamiento de masas en la India también se desvaneció a principios de 1922. La decisión de Gandhi de abandonar las protestas populares después de que los manifestantes mataran a casi dos docenas de policías provocó que se desvaneciera la campaña organizativa del propio movimiento Khilafat; y en 1922, cuando la Liga Musulmana se declaró en bancarrota, sus líderes se convirtieron en sospechosos de malversación de fondos y mala gestión.

En el norte de África, los súbditos que vivían bajo el dominio colonial británico y francés tenían sus propias interpretaciones de los acontecimientos del Imperio otomano. Con la convocatoria de la Conferencia de Paz de París, los agitadores locales de todo el Magreb exigieron estar presentes en la mesa de negociaciones. Al fin y al cabo, decenas de miles de egipcios, argelinos, tunecinos y marroquíes habían servido a la causa aliada como soldados y trabajadores imperiales. Pero ni en Londres ni en París aceptaron de buen grado esas exigencias. Cuando las autoridades británicas detuvieron a una delegación egipcia que intentaba viajar a Versalles, El Cairo y otras ciudades a lo largo del Nilo estallaron. El levantamiento egipcio de la primavera de 1919 sorprendió al gobierno de Lloyd George y lo situó en desventaja. Mientras Londres se devanaba los sesos en busca de una posible solución a la crisis egipcia, muchos miembros de la administración británica pensaron que la insurrección era, al menos en parte, una consecuencia de la situación de Anatolia. La sospecha de que los agentes otomanos habían contribuido a avivar las llamas del nacionalismo egipcio era en parte fundada. Las autoridades británicas hacían bien en creer que había elementos de la Organización Especial que seguían actuando en el protectorado. Como en la India, los simpatizantes recaudaban dinero en nombre de las Fuerzas Nacionales. Asimismo, los triunfos de Mustafá Kemal suscitaban la admiración de muchos egipcios, que, por otra parte, mostraban grandes discrepancias entre sí a causa de la religión y las reformas. No obstante, en general, la cuestión del futuro de Egipto tuvo pocas interferencias en la política otomana. Egipto había empezado a desarrollar sus propias instituciones estatales dentro del Imperio otomano a principios del siglo XIX. Después de convertirse en protectorado británico en 1882, pocos egipcios valoraban la posibilidad de volver a depender de Estambul. Como dijo un observador británico, las conversaciones de los egipcios cultivados en favor de los otomanos eran «frecuentes», pero «pocas veces apasionadas».[34]

Los observadores del norte de África francés tenían aún más motivos para mantenerse al margen de lo que ocurría en Anatolia. Marruecos,

por ejemplo, nunca había formado parte del Imperio otomano. En Argelia y Túnez, el gobierno de París había sustituido al otomano décadas antes de que Gran Bretaña se apoderara de Egipto. Sin embargo, el poder francés resultó ser mucho más intervencionista de lo que jamás habían implantado las autoridades británicas en sus territorios del norte de África. A las decenas de miles de colonos que sirvieron en el ejército francés, la Gran Guerra les enseñó la peor cara del colonialismo. Los insultos racistas y otras formas de trato desigual desilusionaron a muchos de los que luchaban en el frente o trabajaban en Francia. Al terminar la guerra, los Catorce Puntos de Wilson parecían ofrecer una oportunidad de reparación para estas y otras muchas partes del imperio francés. La resistencia de Francia a atender las peticiones de los activistas norteafricanos dio un nuevo significado a los vínculos de la región con las tierras otomanas. Los activistas independentistas de Argelia encontraron paralelismos entre la difícil situación de los musulmanes en Anatolia y las injusticias sufridas allí por los indigènes. Francia, opinaba un periodista argelino, tenía la obligación histórica y moral de defender los intereses soberanos de los musulmanes otomanos. En el siglo XVI, fue Francia el primer gran Estado europeo en forjar fuertes lazos con Estambul. Ahora, como imperio que contaba con veinticinco millones de musulmanes «que vivían sujetos a sus leyes», al país le convenía estar en «la vanguardia de los defensores de la integridad de Turquía».[35] La aparición de Mustafá Kemal como rostro del Movimiento Nacional tuvo una influencia especialmente considerable en las aspiraciones de los musulmanes norteafricanos. Las imágenes de Kemal, recordaba un joven activista, eran «como talismanes» para los argelinos que vivían en París.[36] No obstante, igual que en Egipto, la identificación de los norteafricanos con las causas otomanas tenía un límite. Fueron los antecedentes históricos de autogobierno constitucional en Túnez, y no el ejemplo de Ankara, lo que impulsó a los activistas a formar el primer partido independentista del país en 1920. En Marruecos, los insurgentes que luchaban contra el poder francés y español estaban poco interesados por lo que ocurría al otro lado del Mediterráneo. Los marroquíes, como los musulmanes de otros países, solían aplaudir las victorias de Mustafá Kemal, pero se inspiraban más en sus propias instituciones. Marruecos tenía su propio sultán, cuyas soberanía y legitimidad estaban amenazadas. Los antagonismos étnicos-nacionales también fomentaban el desinterés de muchos marroquíes. Según decía un periódico, Mehmed VI, como «califa de Estambul, [era] un usurpador, porque no [era] de ascendencia árabe».[37]

Los entresijos políticos de la soberanía otomana tuvieron un eco bastante sesgado, pero no menos significativo en Libia. Después de

que el territorio fuera cedido a Roma en 1912, tanto los combatientes locales como los agentes otomanos continuaron su lucha contra las tropas italianas durante los siguientes años. La voluntad de algunos líderes libios de ayudar a Estambul en su lucha contra Gran Bretaña despertó aún más el interés otomano en las primeras fases de la Gran Guerra. Una de las figuras más destacadas que respondió a la petición de ayuda del imperio fue Ahmed al-Sharif al-Senussi. Como jefe de una de las mayores órdenes fraternales islámicas de Libia, Al-Senussi organizó y dirigió destacamentos formados por sus seguidores para atacar posiciones británicas en el oeste de Egipto. Su decisión de unirse al bando otomano en la guerra acabó siendo desastrosa. Cuando su primo aceptó llegar a un acuerdo con británicos e italianos, Al-Senussi tuvo que huir, con pocas esperanzas de volver al poder. Sin embargo, la firma del armisticio le dio la oportunidad de huir a Estambul. Durante su etapa en el exilio, cultivó estrechas relaciones tanto con los representantes del sultán como con las Fuerzas Nacionales. Su fama de guerrero y clérigo temible le dio mayor visibilidad como defensor de la independencia otomana y libia. Cuando llegó a Ankara, en 1920, Mustafá Kemal lo ensalzó por ser un patriota que había permanecido leal desde los días en que Italia «atacó y asaltó nuestra África otomana como un bandido». Su decisión de «fortalecer el Estado de Turquía [Türkiya devlet]», declaró Kemal, consolidaba la posición del país como «eje del mundo islámico».[38] En lugar de regresar a Libia, Al-Senussi se volcó en las campañas nacionalistas de Siria e Irak. Junto con un pequeño grupo de devotos, se estableció en Anatolia oriental y se dedicó a reclutar tropas y promover despliegues de propaganda para impulsar el apoyo árabe a la guerra de Ankara contra los Aliados. En 1921, los agitadores pronacionalistas encabezaron una movilización en Irak con el fin de reunir apoyos para la candidatura de Al-Senussi como rey fundador. Sin embargo, a pesar de su creciente fama mundial como líder islámico y nacionalista, nunca llegó a tener un puesto de autoridad duradero. Cuando Ankara llegó a un acuerdo con los Aliados en 1923, Al-Senussi abandonó Turquía y viajó por el Levante y Arabia con la intención de regresar a su país o asegurarse una nueva posición de poder. Hasta su muerte, acaecida en 1933 en un relativo olvido, siguió encarnando las esperanzas de los activistas y rebeldes musulmanes deseosos de formar un frente unido contra el imperialismo occidental.

El interés por los asuntos otomanos también se extendió en los Balcanes. En los años transcurridos desde el final de las guerras balcánicas, numerosos musulmanes yugoslavos, búlgaros y griegos mantuvieron estrechos vínculos con el imperio. No era extraño que muchas personas e incluso familias visitaran los territorios otomanos, hicieran negocios con

ellos o se trasladaran a vivir allí, a pesar de los combates incesantes en la región desde 1912. Como en otras partes del antiguo imperio, los musulmanes balcánicos solían simpatizar con Mustafá Kemal y las Fuerzas Nacionales. A un diputado musulmán en el Parlamento griego, por ejemplo, no le parecía contradictorio creer que «[el movimiento de] Mustafá Kemal triunfaría y los griegos y Aliados serían arrojados al mar».[39] *Para las élites locales, en cambio, el futuro del Estado otomano no era ninguna prioridad. Después de que el fin de las guerras balcánicas provocara la huida de cientos de miles de personas, los musulmanes que se quedaron en sus ciudades y pueblos natales solían esforzarse con gran diligencia para adaptarse a la vida en su nuevo Estado. Así ocurrió sobre todo en el recién formado Reino de Yugoslavia. En los territorios que se convirtieron en Kosovo y Macedonia del Norte, muchos líderes musulmanes locales se involucraron en la nueva política de partidos nacional. Desde la perspectiva de Hak (La Derecha), el periódico en lengua turca de Skopje, la guerra de Anatolia era como cualquier otra noticia extranjera. Para muchos líderes civiles, las prioridades eran la sanidad, la educación y la seguridad de los musulmanes de habla turca, albanesa y eslava. No obstante, a medida que la lucha entre los nacionalistas y los griegos se acercaba a su fin, las viejas heridas se reabrieron repentinamente. A finales de 1922, corrió la noticia de que miles de personas de Kosovo y Macedonia se disponían a abandonar Yugoslavia con la esperanza de encontrar refugio en Anatolia. La pobreza y los continuos actos de represión de las autoridades locales obligaban a muchos a abandonar sus hogares. Sin embargo, los redactores de Hak denunciaron las mismas razones por las que los musulmanes abandonaban Yugoslavia. Aunque la mayoría de los turcos y albaneses locales «son conscientes de la tragedia de la emigración musulmana, también sienten el dolor de cambiar de patria [vatan], [y] no desean arrastrarse a sí mismos ni a sus familias de nuevo a la miseria».*[40] *Al final, decenas de miles de personas hicieron caso omiso de esos llamamientos. Entre 1923 y 1939, 115.000 musulmanes yugoslavos decidieron emigrar a Turquía. Hicieron lo mismo que los casi 300.000 musulmanes búlgaros y rumanos que huyeron a Anatolia en los quince años que siguieron a la guerra contra los Aliados.*[41]

Resulta más difícil encontrar partidarios declarados de Mustafá Kemal y de la independencia otomana en Europa Occidental. La aversión derivada de la Primera Guerra Mundial, sobre todo por el trato que Estambul dispensaba a sus ciudadanos cristianos, seguía influyendo en la imagen que muchos tenían del imperio. Dicha aversión a la penosa situación del Imperio otomano se extendió también a los disidentes nacionalistas. Los rebeldes irlandeses, por ejemplo, nunca llegaron a hacer causa común con el Movimiento Nacional de Anatolia. En cambio, los activistas de Ankara sí estaban muy interesados en la

lucha irlandesa por la independencia. «En el este –declaró un periodista nacionalista–, aquellos que sufren la opresión ven el combate sagrado de los irlandeses como un aliado natural en la lucha para vengar la injusticia, pero los turcos, en particular –auténticos compañeros de armas del Sinn Féin–, nos consideramos hermanos de la heroica hombría irlandesa».[42] Entre los pocos europeos que ofrecían una visión más positiva de la situación otomana había periodistas y artistas. Seguramente el más destacado fue el novelista francés Pierre Loti. Antes de la Gran Guerra, Loti se había hecho famoso como autor de exóticas historias de amor ambientadas en Asia. Su afecto por Estambul y el Imperio otomano se consumó con su primer libro, Aziyadé, una tórrida novela de tabúes y deseos prohibidos. Después de la Gran Guerra, Loti escribió varios ensayos en los que denunciaba sin reparos la ocupación aliada de las tierras otomanas. Condenó categóricamente las maquinaciones de los cristianos otomanos, a los que consideraba los auténticos villanos residentes en el imperio. Criticó lo que llamó «la loca exageración de las quejas de estos armenios, que durante siglos han estado engañando de forma tan vil a sus vecinos los turcos» y que habían aprovechado «su título de “cristianos” para azuzar el fanatismo occidental contra Turquía».[43] A los periódicos de Anatolia les encantaba reproducir sus artículos y corresponderle con todo su afecto. El país tenía con Loti una deuda de eterna gratitud, le dijo Mustafá Kemal, porque era «un amigo que no ha perdido, ni un instante, su fe en nosotros».[44]

La actitud estadounidense hacia el Imperio otomano se endureció considerablemente después de la Gran Guerra. El deseo de Woodrow Wilson de que las «porciones turcas» del imperio conservaran su soberanía había ayudado a dar vida y legitimidad al Movimiento Nacional. Sin embargo, desde el inicio de las conversaciones de paz de París, ni Wilson ni los miembros de su gobierno se mostraron dispuestos a colaborar con los otomanos en este sentido. Por el contrario, los acontecimientos sobre el terreno inflamaron la opinión estadounidense contra las Fuerzas Nacionales. Mucho antes de que acabara la guerra, cientos de estadounidenses viajaron a la región para ayudar a los refugiados armenios. «Teníamos escasa simpatía por “el enfermo de Europa”… –recordaba un médico misionero–, pero fuimos a servir allí donde la necesidad parecía mayor».[45] Grupos como Near East Relief continuaron esta labor en Siria y el Cáucaso mucho después de la firma del armisticio. Los horrores de los que fueron testigos muchos de estos trabajadores, especialmente los combates en Cilicia, consolidaron la antipatía popular y de las élites hacia los musulmanes turcos. En 1919, cuando una misión de investigación estadounidense viajó a Estambul en nombre de los Aliados, sus líderes

prestaron poca atención a las preocupaciones de los musulmanes. Las cuestiones más apremiantes planteadas por la comisión fueron, entre otras, si el gobierno «ayudaría a devolver a los armenios (u otras poblaciones deportadas) sus hogares y propiedades» y si «la seguridad y los derechos de los armenios» estarían garantizados en el futuro.[46] No obstante, esos primeros signos de hostilidad de Estados Unidos hacia el gobierno otomano no apartaron la posibilidad de que Washington estuviera dispuesto a actuar de garante de la soberanía del imperio. Ya en el otoño de 1919, el propio Mustafá Kemal expresó en privado su esperanza de que se creara un Estado con un mandato estadounidense en Anatolia. Las Fuerzas Nacionales, dijo a un periodista estadounidense, «aceptarán con agradecimiento cualquier condición que Estados Unidos decida sugerir, pero algunas de esas condiciones habrá que disfrazarlas debido [al] agitado estado [de la] mente turca…».[47] La pasividad de Washington hizo que la crítica pública de Kemal a un mandato estadounidense fuera discutible. Tras el grave accidente cerebrovascular que, en octubre de 1919, dejó a Wilson parcialmente paralizado, los senadores estadounidenses rechazaron ratificar el Tratado de Versalles. En el Congreso siguió reinando un clima claramente antiturco mucho después de que terminaran los combates en Anatolia. En 1927, los senadores volvieron a rechazar la ratificación de la paz con Turquía. Ningún Congreso, insistió un senador, aceptaría jamás un tratado con los turcos mientras «casi un millón de refugiados y exiliados armenios» siguieran sin país.[48]

Los nacionalistas de Anatolia encontraron amigos mucho más sólidos en Moscú. Después del armisticio, Lenin y otros dirigentes bolcheviques consideraron que la ocupación aliada de Anatolia era una amenaza para su revolución. Con Atenas, respaldada por Gran Bretaña, preparada para anexionarse los Estrechos Turcos, la salida de Rusia al Mediterráneo y el resto del mundo corría peligro. Las primeras señales de buena voluntad de los jefes nacionalistas ayudaron a aplacar esos temores. En agosto de 1919, Talat y Enver, los antiguos líderes del CUP, visitaron al ministro de Asuntos Exteriores del gobierno soviético, que estaba encarcelado en Berlín. Aunque los dos pashás vivían en el exilio, insistieron en que hablaban en nombre de las Fuerzas Nacionales y del mundo islámico. «El Oriente musulmán –explicaron– sólo podría liberarse de la esclavitud» con la ayuda directa del gobierno soviético.[49] Sin embargo, en Ankara muchos seguían desconfiando de la ayuda soviética. En febrero de 1920, los directores de Soberanía Nacional, el principal periódico del Movimiento Nacional, censuraron el bolchevismo por considerarlo una amenaza para la independencia y la libertad de las tierras musulmanas de Asia y para toda Europa.[50] En privado, Mustafá Kemal profesaba similares sospechas.

Establecer una relación con Moscú seguramente dejaría al país expuesto a la subversión comunista, algo a lo que no quería arriesgarse. Pese a todo, a medida que avanzaba 1920, la situación sobre el terreno obligó a Moscú y Ankara a hacer un acercamiento. La victoria del Ejército Rojo sobre las fuerzas anticomunistas en el sur de Rusia aumentó las probabilidades de que el Cáucaso también volviera a caer bajo el control de Moscú. Dado el deseo de los dirigentes nacionalistas de apoderarse del territorio reclamado por Armenia en Anatolia oriental, Kemal envió a Halil, tío de Enver Pashá, para que llegara a un acuerdo con los soviéticos. A finales del verano de 1920, los representantes bolcheviques empezaron a transferir generosas cantidades de dinero a los emisarios nacionalistas. Antes de que acabara el año, los máximos dirigentes de Ankara habían suavizado el tono a la hora de hablar tanto del gobierno soviético como de los beneficios del comunismo. Los turcos y los bolcheviques, declaró Soberanía Nacional, eran «naciones cortadas por el mismo patrón». Después de años de vivir bajo «el mismo absolutismo y la misma burocracia», «la nueva Rusia y la nueva Turquía encabezaban el movimiento que salvaría al mundo de la tiranía del imperialismo».[51] También Mustafá Kemal se volvió más respetuoso con el tiempo. Sin duda, el comunismo era «un concepto lejano y extraño para un gobierno de Anatolia», le dijo a un activista local. Pero, para recibir ayuda de Moscú, era necesario que el país abriera «sus puertas a los puntos de vista comunistas».[52]

El cambio de actitud de Kemal era parte de un cálculo estratégico. Aparte de los beneficios materiales de una alianza con los soviéticos, la postura probolchevique de Ankara alarmó claramente a los Aliados. A medida que la marea de la Guerra Civil rusa se inclinaba a favor del Ejército Rojo, en Europa y Estados Unidos muchos empezaron a temer que el crecimiento del comunismo acabara alcanzándolos. Había habido levantamientos de inspiración soviética en Alemania, Hungría y otros países centroeuropeos. La agitación bolchevique parecía crecer dentro de la izquierda francesa. En 1920, el «temor rojo» había llegado a Estados Unidos y había provocado la detención y deportación de cientos de personas. Para los observadores británicos y franceses, el aparente giro de Mustafá Kemal hacia el comunismo parecía coincidir con estas tendencias. Los servicios de inteligencia británicos fueron los más elocuentes a la hora de especular sobre la existencia de una gran conspiración de los Jóvenes Turcos y los bolcheviques que abarcaba desde Egipto hasta la India. Hasta cierto punto, los hechos alimentaban estos temores. Los antiguos funcionarios otomanos fueron, de hecho, visiblemente activos en Asia Central, Irán, el Cáucaso y otras zonas estrechamente vinculadas a los intereses soviéticos. En 1920, Enver Pashá se trasladó a vivir a la Rusia soviética. Su llegada como invitado del gobierno bolchevique

coincidió con la convocatoria del denominado «Congreso de los Pueblos del Este» en Bakú. Allí se reunió con casi mil novecientos delegados dedicados a provocar una rebelión en todo el mundo islámico.[53] Los periódicos y los representantes soviéticos destacaron especialmente la relevancia del congreso para la lucha de Ankara contra los Aliados. Aunque las amenazas resultaban siniestras, algunos observadores europeos juzgaban la relación de Kemal con Moscú de forma más sutil. Era evidente que los soviéticos confiaban en «poder presionar a las potencias de la Entente a través de [Ankara]», según suponía un corresponsal del Times. También estaba claro que los nacionalistas necesitaban municiones, garantías de seguridad en su frontera oriental y «el apoyo moral de una gran potencia».[54]

Independientemente de las ventajas que obtuviera el Movimiento Nacional de sus vínculos con el gobierno soviético, Mustafá Kemal sabía que la amistad con Moscú entrañaba graves riesgos. En 1920, los activistas comunistas locales, entre ellos algunos que mantenían vínculos directos con los bolcheviques, reclamaban una mayor influencia dentro del Movimiento Nacional. Kemal intentó apaciguarlos con la formación de un partido comunista oficial, que él seguiría controlando con mano firme. El entusiasta recibimiento de Lenin a Enver Pashá entrañaba un peligro aún mayor. Al año siguiente de huir del imperio, Enver y otros dirigentes del CUP se habían autoproclamado agentes del Movimiento Nacional. Muchos de ellos, incluidos Enver y Talat, mantuvieron correspondencia directa con Mustafá Kemal durante los meses de formación del movimiento. Aunque estaban dispuestos a trabajar por los intereses de Ankara, todos ellos expresaban su deseo sincero de volver a casa. Para Kemal, el retorno de Enver abría la puerta a una posible lucha por el poder. Aunque el CUP seguía acarreando el estigma de ser el partido de la guerra y la derrota, la Asociación para la Defensa de los Derechos estaba llena de antiguos Jóvenes Turcos y era innegable que Enver Pashá seguía siendo especialmente apreciado en muchos sectores del Movimiento Nacional. Tanto si Enver contaba con el respaldo de los soviéticos como si no, Mustafá Kemal tenía motivos para temer su regreso.

Las habilidades de Kemal como político, así como una suerte considerable, impidieron un ajuste de cuentas inmediato con la vieja guardia del CUP. Aunque escuchaba las ideas y recomendaciones de las viejas figuras del partido, Kemal prohibió su regreso. Enver entendió claramente el mensaje: «No podéis venir, pero sí podéis trabajar en el extranjero».[55] Eso no le impidió intentarlo. En el verano de 1921 viajó a Batumi, junto a la frontera del territorio otomano en la costa del mar Negro. Allí negoció con los oficiales nacionalistas

locales y planeó una vuelta espectacular a la política nacional; sin embargo, el momento no llegó. Desconfiando de las ambiciones de Enver, Mustafá Kemal arrestó a varios oficiales que simpatizaban con el exministro de la Guerra. Cuando el conflicto contra Grecia empezó a inclinarse a favor de Kemal, Enver, después de meses de espera, se marchó. A partir de entonces, su fama le sirvió de poco. Después de enemistarse con los bolcheviques, murió al frente de unos rebeldes independentistas en Tayikistán, en agosto de 1922. Su muerte se produjo después de que una oleada de asesinatos acabara con la vida de varios líderes del CUP. Talat Pashá fue asesinado a tiros en Berlín en marzo de 1921. Cemal fue abatido en julio de 1922, en Tiflis. Talat, Cemal y otros destacados Jóvenes Turcos fueron víctimas de una emboscada de venganza llevada a cabo por nacionalistas armenios. Ninguno de los altos dirigentes del CUP que sobrevivieron regresó a su país hasta que terminó la guerra con Grecia.

El problema planteado por el resurgimiento de Enver sintetizaba en gran parte la incertidumbre que se cernía sobre Ankara. Después de la ofensiva griega del verano de 1920, había muchas razones para creer que la causa nacionalista aún podría fracasar. Los éxitos en Cilicia y en el este no contrarrestaban los continuos avances griegos en Anatolia occidental. Además, todavía había signos de faccionalismo y disidencia en otras partes de Anatolia. Todas estas presiones amenazaban con desbordar a Mustafá Kemal antes de que acabara el verano de 1921. Su capacidad de capear el temporal y aprovechar sus triunfos le consolidaron como héroe nacional y como el verdadero gobernante del país.

İzzettin Çalışlar había visto los combates en Anatolia desde lejos. Con el rango de teniente coronel y asignado a la oficina de personal del ejército imperial, residió a salvo en Estambul durante los dieciocho meses posteriores al armisticio. No está claro por qué decidió permanecer tanto tiempo en su puesto. Durante gran parte de su carrera escribió un diario, pero lo dejó poco después de que terminaran los combates en 1918. Sus detalladas anotaciones sugieren que estaba ya harto del frente. Entre 1912 y 1918 había servido casi sin descanso en uniforme y participado en las campañas de Macedonia, Galípoli, Anatolia oriental y Siria. Cuando, en la primavera de 1920, reanudó su diario, da la impresión de que se había habituado a una vida de trabajo ocioso de oficina. Sin embargo, la publicación en mayo de las condiciones de paz de los Aliados pareció sacudirlo de esa inactividad. «Hoy me dieron, junto con los demás administradores del departamento, el mando de la oficina de personal –escribió–. No me ha importado en absoluto. Dada la situación del país, tengo ante mí la incertidumbre de su futuro».[56] El inicio de la ofensiva griega a principios de verano lo impulsó a la acción. Dejó la comodidad de Estambul y acabó uniéndose a las tropas nacionalistas al este de Eskişehir. Allí se encontró con muchos soldados en unas condiciones terribles. «La mayoría de los hombres iban descalzos, sin uniforme ni ropa, con la moral por los suelos, lo que [impulsaba] a muchos a desertar». Una de las cosas que le llamaron la atención de los que quedaban en el campamento era la cantidad de irregulares. Varias unidades estaban formadas por refugiados e inmigrantes, sobre todo albaneses y circasianos. En conjunto, adquirieron fama por sus tendencias delictivas y su falta de disciplina. Entre los peores infractores estaban los hombres leales a Çerkes Ethem. Si bien él había demostrado ser indispensable para eliminar a los rebeldes antinacionalistas en varias partes de Anatolia, sus soldados robaban a los aldeanos a voluntad y se apresuraban a ejecutar a cualquiera que consideraran que merecía morir. Cuando İzzettin se opuso a la paliza y el asesinato de un oficial nacionalista a manos del hermano de Ethem, los altos mandos intervinieron antes de que las tensiones se agravaran. El propio Mustafá Kemal se enteró de la pelea. «¿Así que te enfrentaste a Ethem? –dijo en tono irónico–. Hiciste bien, pero el tiempo juega a su favor». Kemal aconsejó a İzzettin que «se procediera con cautela y

atención» en el entorno de Ethem, por temor a que le asesinara a él también.[57]

El consejo de Kemal reflejaba su propia experiencia en aquel momento. En el otoño de 1920, la retirada nacionalista de las costas del Egeo y del mar de Mármara había suscitado muestras de discordia en la tropa. Los oficiales subalternos denunciaban la falta de recursos y el bajo rendimiento de las unidades de voluntarios en el campo de batalla. Los destacamentos de refugiados, como los formados por bosnios, albaneses o circasianos, parecían cada vez menos eficaces. Los altos mandos no se ponían de acuerdo sobre cómo responder a la ofensiva griega. Y la política de Ankara aumentaba la confusión. Uno de los que presionaban a favor de una actuación más agresiva fue Çerkes Ethem. Además de dirigir la unidad más eficaz de las Fuerzas Nacionales, Ethem también contaba con la influencia de su hermano, que era miembro de la Asamblea Nacional y uno de los primeros fundadores del CUP. Por si eso no bastara, los hermanos representaban una facción rabiosamente procomunista dentro del Movimiento Nacional. En opinión de Mustafá Kemal, ambos suponían una amenaza directa para su forma de manejar los asuntos tanto en Ankara como en el frente. Paradójicamente, fueron los nuevos reveses sufridos contra los griegos los que permitieron a Kemal apartar a los dos hermanos. A finales de octubre, las tropas nacionalistas lanzaron un contraataque. El asalto fracasó, en gran parte debido a la falta de coordinación entre Ethem y el comandante en jefe de operaciones. Mustafá Kemal aprovechó la derrota para enviar a Ethem y a su hermano a Moscú como representantes de Ankara. Ethem se negó y abandonó el campamento nacionalista junto a sus hermanos y miles de soldados. Cuando un destacamento de regulares nacionalistas atacó sus fuerzas después de su deserción en diciembre, Ethem y cientos de jinetes circasianos trataron de ponerse a salvo detrás de las líneas griegas. La deserción de los hermanos permitió a Kemal calificarlos de traidores de la peor calaña. «No hay duda de que revelaron muchos secretos a los griegos», dijo ante la Asamblea Nacional.[58] Otros comandantes nacionalistas declararon a Ethem y sus hermanos apóstatas indignos del islam.

Después de que Ethem desertara, Kemal reforzó su control del ejército y de la capital naciente. En enero la edad de alistamiento se prolongó y el ejército se reorganizó. En la primavera de 1921, se sustituyeron las unidades irregulares, como las que había reunido Çerkes Ethem, por nuevos comandos formados por reclutas y voluntarios. La aprobación de la nueva constitución, en enero de 1921, contribuyó a consolidar el poder de manera aún más radical. Además de anular las prerrogativas legales del sultán, la «Ley de Organización

Fundamental» ofreció el marco de actuación para la creación de nuevos ministerios y consejos de gobierno con personal en Ankara. En teoría, las necesidades de la guerra parecían justificar la creación temporal de una administración paralela a la autoridad de Estambul. En el fondo, había claros indicios de que estos cambios iban a ser permanentes.

La señal más evidente de este nuevo clima político fue una mayor visibilidad de los principales ideólogos del CUP. Cuando Mustafá Kemal se instaló en Ankara en diciembre de 1919, la mayoría de los dirigentes del Hogar Turco se quedaron en Estambul o en el extranjero. Varios de los activistas más influyentes fueron arrestados por la deportación y el asesinato de armenios. Sin embargo, los acontecimientos de 1920 permitieron que el Hogar Turco pudiera volver a consolidarse, esta vez bajo la protección de las Fuerzas Nacionales. Con el cierre de la Cámara de los Diputados en primavera, muchas de las figuras más destacadas del Hogar Turco buscaron refugio en Ankara. Allí Mustafá Kemal los recibió con los brazos abiertos. En los meses siguientes, varias personas muy vinculadas al Hogar Turco ocuparon cargos en la nueva Asamblea Nacional y en diversos niveles de la administración nacionalista. Tanto en el Parlamento como en los ámbitos de la educación y la propaganda, la retórica y las ideas tradicionalmente asociadas al Hogar Turco se convirtieron en habituales. Cuando los funcionarios pronacionalistas se hicieron cargo de la gestión de las escuelas rurales, el nuevo Ministerio de Educación de Ankara ordenó la creación de «aulas museo» que enseñaran a los niños el pasado turco del país. Un activista profetizó que Ankara lideraría un renacimiento en materia de aprendizaje y educación en Asia. «En cuanto se firme la paz –aseguró a un periodista francés–, las escuelas de Asia Menor se llenarán de jóvenes de Asia Central. Se está produciendo un despertar de la conciencia en todos nosotros, desde aquí hasta las fronteras de China y Siberia».[59] Uno de los más respetados dirigentes del Hogar que se incorporaron al Movimiento Nacional fue Ziya Gökalp. Prolífico escritor y polemista, Gökalp había tenido influencia en los máximos círculos del CUP y había sido miembro del comité central del partido. Su fama de ideólogo durante la Gran Guerra le llevó a la cárcel por haber colaborado en la deportación y el asesinato de armenios. Tras su liberación, Gökalp apoyó al Movimiento Nacional, del que dijo que era la culminación de todos sus esfuerzos. «La idea del turquismo», escribió al concluir los combates de 1922, era un concepto que, al principio, pocos apreciaban. La Gran Guerra y los conflictos en Libia y los Balcanes habían contribuido a hacerla más atractiva, pero fue Mustafá Kemal «el único que hizo oficial el ideal y que realmente lo

aplicó».[60]

Ni Gökalp ni otros asociados al Hogar Turco tenían el monopolio sobre la política de las ideas en Ankara. En el gobierno nacionalista había muchas personas con opiniones menos estrictas sobre cuestiones relacionadas con el nacionalismo, la lengua, la cultura o la religión. Una encuesta llevada a cabo en el verano de 1921 ofreció una clara muestra de esta diversidad dentro del bando nacionalista. Por iniciativa de uno de los diputados más jóvenes de la Asamblea Nacional, se planteó a los parlamentarios una pregunta abierta: «Para que nuestra victoriosa lucha por la independencia nacional triunfe y sea fructífera, ¿qué es necesario?». Algunos encuestados dieron respuestas poco serias. «Dinero» fue la única palabra que escribió un diputado en su cuestionario.[61] De los 315 parlamentarios entrevistados, por lo menos 68 creían que el país debía acatar sus principios religiosos. La lucha de la Asamblea Nacional tendría éxito, escribió un diputado, cuando «los funcionarios del Estado, del primero al último, cumplan la ley islámica y administren las leyes del Estado con justicia, competencia e integridad». «Porque –declaró– la justicia es una escala de rectitud que Dios ha dado a sus esclavos».[62] En la Asamblea Nacional había algunos que se hacían eco expresamente de la retórica del Hogar Turco. Mahmut Esat, uno de los diputados más exaltados, pidió nada menos que una revolución. Los turcos otomanos, decía, nunca habían conocido un gobierno que les favoreciera. «Turquía y, sobre todo, el pueblo turco eran como rebaños de esclavos bajo la opresión de los faraones que construyeron las pirámides». Para materializar la independencia nacional y liberarse del despotismo (suponiendo que este estaba en manos del sultán), el pueblo turco tenía que abrazar un Estado que encarnara los principios económicos y filosóficos modernos.[63] En cambio, algunos audaces manifestaban su convicción de que los kurdos y los turcos se necesitaban mutuamente para que triunfara el Movimiento Nacional. «Nuestro nuevo gobierno debe centrarse en el problema del futuro común de los turcos y los kurdos –declaró un representante de Diyarbakır–. Los kurdos no pueden vivir sin los turcos, y los kurdos se enorgullecerán del brillante futuro que espera a los turcos en Asia».[64]

Esta falta de acuerdo se extendió también a los debates sobre otros temas existenciales. Después de la firma del Tratado de paz de Sèvres en agosto de 1920, los legisladores de Ankara se pusieron a trabajar para elaborar la nueva constitución. Uno de los temas que se debatieron en septiembre fue cómo redactar exactamente las características fundamentales del Estado. Al esbozar las prerrogativas supremas de la Asamblea Nacional, los diputados consideraron, al principio, identificar al Estado como el «Gobierno Popular de Turquía», pero acabaron rechazándolo a favor de un

lenguaje más sencillo. «El Estado de Turquía», en definitiva, representaba los intereses soberanos del país.[65] *Este sutil cambio inicial de la retórica no fue casual, ni mucho menos. En los meses previos a los debates sobre la nueva constitución, algunos intelectuales de Ankara impulsaron la que denominaron una campaña «populista» de reformas. Para muchos nacionalistas, no era simplemente la nación, sino en concreto el campesinado anatolio quien estaba al borde del precipicio. El imperialismo occidental y los terratenientes despóticos eran las fuerzas que más amenazaban al volk de Anatolia. Sólo un «gobierno del pueblo» (halk hükümeti) podría proteger a la nación de estos dos grandes peligros. Tales opiniones las exponían sobre todo los que simpatizaban con la revolución bolchevique, pero el populismo (halkçılık) también atrajo a los miembros del Hogar Turco, que aprovecharon la idea para justificar un contundente programa nacionalista. Los conservadores, sin embargo, consideraban que el populismo era una pantalla del comunismo. «El objetivo de los bolcheviques es humanitario y conocemos su propósito –declaró un parlamentario–. Pero nuestros principios religiosos ya nos ordenan [que hagamos estas cosas]».*[66] *Las demandas de un «gobierno popular» también planteaban cuestiones aún más obvias sobre el futuro del sultán-califa otomano. Al afirmar que la soberanía residía en el pueblo y no en el sultán, los llamamientos a un Estado popular parecían simple y llanamente revolucionarios. Mustafá Kemal, consciente de las repercusiones, prohibió un gran debate sobre ese asunto. Los actos de traición de Mehmed VI, repetía una y otra vez, no significaban necesariamente que el Movimiento Nacional pretendiera derrocar la monarquía.*

Estas tensiones innatas se agitaban bajo una superficie de asuntos aún más frívola. Poco antes de la Gran Guerra, el gobierno decretó que el 31 de diciembre fuera fiesta nacional para celebrar la independencia del país. A partir de 1913, las ceremonias públicas del Día de la Independencia Otomana (İstiklal-i Osmani Günü) ensalzaban las virtudes del patriotismo y el sacrificio. En 1920, la mayoría de los periódicos de Estambul y Ankara ya no tenían ningún problema en relacionar esta ocasión con asuntos contemporáneos. El día asociado con la fundación del Estado otomano en 1299, el Día de la Independencia, era especialmente importante en medio de los peligros que lo acechaban. «Los enemigos, atacando desde todas partes, desde dentro y desde fuera, han intentado destruir la independencia del turco… –afirmaba un redactor nacionalista–. Pero el turco está acostumbrado a vivir de forma independiente desde tiempos tan antiguos que la idea de perder [su independencia] fue suficiente para conmemorarla con el entusiasmo más profundo». Otro destacado periodista nacionalista consideraba que un día de la independencia menospreciaba a la nación. «No hay ningún momento de la historia en el que el turco haya quedado registrado como prisionero –

replicó–. Es absurdo asignar un día especial de la independencia al turco, que siempre ha vivido de forma independiente desde que ocupó su lugar en el mundo». Para los lectores nacionalistas durante aquel invierno, las hipótesis en las que se basaban estos argumentos ponían de relieve una realidad algo incómoda. Se decía cada vez más que lo que estaba en juego era la independencia de la nación turca y no del Estado otomano. Desde este punto de vista, liberar de su cautiverio al sultán-califa tenía una importancia secundaria. Rechazar incluso la idea de un día de la independencia estaba aún más en consonancia con el pensamiento de los autoproclamados populistas. El volk anatolio nunca había sentido la necesidad de celebrar su independencia. Implícitamente, pues, celebrar la fundación de la monarquía en 1299 no tenía nada que ver con la libertad turca. Si se leía entre líneas, podría adivinarse que la libertad del sultán se estaba volviendo irrelevante.[67]

Sin embargo, con los combates aún en curso, muchas de estas reflexiones tenían poca importancia. Por suerte para los dirigentes de la Asociación para la Defensa de los Derechos, los griegos también estaban sufriendo divisiones internas. En octubre de 1920, Alejandro, el joven monarca de Grecia, murió de la infección que le causó un mordisco del mono que tenía como mascota. La cuestión de quién iba a reinar reabrió amargos debates que habían persistido desde los últimos días de la Gran Guerra. En Grecia, había un gran resentimiento desde que Constantino, el último rey, se había visto obligado a renunciar a la corona. El grado de rencor se evidenció un mes después de morir Alejandro, cuando los griegos acudieron a las urnas. Las elecciones asestaron a Venizelos una aplastante derrota que le obligó a dimitir. Un mes después, los votantes acudieron de nuevo a las urnas, en las que esta vez decidieron restablecer a Constantino en el trono. El repentino cambio de gobierno agudizó las divisiones políticas entre el ejército y la administración civil. Se depuró o reasignó a cientos de oficiales vinculados a Venizelos, entre ellos, los tres comandantes de cuerpo y la mayoría de los comandantes de división desplegados en Anatolia.[68] Con el paso del tiempo y la formación de facciones dentro del ejército, la moral de los soldados y oficiales en el campo de batalla fue agravándose. El «cisma nacional» de Grecia aumentó la creciente decepción del país por los costes de la guerra, y, al aceptar la corona, Constantino juró que acabaría con ella. Sin embargo, al comenzar el nuevo año, volvió a comprometer a Grecia en la ofensiva.

En enero de 1921, a instancias del nuevo gobierno, dos cuerpos del ejército griego empezaron a avanzar. La columna del norte atacó las posiciones nacionalistas a las afueras de la aldea de İnönü, al oeste de Eskişehir. Las tropas nacionalistas atrincheradas defendieron

tenazmente sus posiciones y, tras varios días de lucha, los griegos retrocedieron. La obstinación de los nacionalistas de İnönü volvió a ponerse a prueba dos meses después. En marzo, una fuerza griega mucho más grande atacó las defensas nacionalistas a las afueras del pueblo con la esperanza de abrirse paso hasta Eskişehir. Las tropas nacionalistas retrocedieron en varios puntos de la línea, pero los griegos no lograron romperla. La suerte cambió varias veces de bando en el transcurso de los cinco días de terribles combates que siguieron. Sin más reservas, los generales griegos ordenaron a sus tropas retirarse hacia el oeste, en dirección a Bursa. La batalla de İnönü supuso un gran coste tanto para las fuerzas griegas como para las nacionalistas, puesto que cada bando sufrió la pérdida de cerca de cinco mil muertos, heridos o desaparecidos.

El segundo revés de Grecia, además de İnönü, fue perjudicial tanto militar como políticamente. La victoria nacionalista, según señalaban los periódicos extranjeros, parecía confirmar que Mustafá Kemal no estaba acabado en absoluto. Desde una perspectiva internacional, la aparente resistencia de Ankara tenía unas connotaciones cruciales desde el punto de vista diplomático. A principios de enero, los Aliados habían anunciado un plan para mantener negociaciones complementarias sobre la imposición del Tratado de Sèvres, pero ahora todo indicaba que había poca unanimidad entre los principales vencedores de la Gran Guerra. Italia, a la que se le había prometido Esmirna antes de las conversaciones de paz de Versalles, se sentía traicionada por Gran Bretaña y Grecia, lo que hizo que Roma apoyara la rebeldía de Ankara. Con el apoyo de Italia, Mustafá Kemal envió una delegación a Londres con el fin de que representara los intereses de la Asociación para la Defensa de los Derechos. A medida que avanzaban las negociaciones entre los Aliados, las victorias nacionalistas en Anatolia oriental y Cilicia obligaron a los diplomáticos franceses a reunirse por separado con los delegados de Ankara. Lloyd George seguía, como siempre, respaldando las reivindicaciones de Atenas, pero la determinación británica también empezaba a debilitarse. A pesar de los reveses sufridos por Grecia en İnönü, Londres se negó a ofrecerle apoyo material o económico para su ofensiva.

Ahora bien, la retirada griega proporcionó a la causa nacionalista aún más razones para apelar a las simpatías internacionales. Mientras miles de soldados griegos tomaban posiciones a las afueras de Bursa, las noticias de una campaña concertada de incendios y asesinatos se divulgó por todo el mundo. A principios del verano de 1921, los periódicos informaban del desplazamiento de más de quince mil musulmanes de los pueblos del norte de Bursa.[69] Igual que cuando

Grecia capturó Esmirna en mayo de 1919, el grado de violencia dio pie a una investigación de la que se encargó una comisión formada por los estados aliados. Sus conclusiones fueron categóricas. «La misión –decía el informe– ha llegado a la conclusión de que, durante los dos últimos meses, diversos elementos del ejército griego de ocupación se han empleado en el exterminio de la población musulmana de la península [de Yalova-Gemlik]. Los hechos probados (quema de aldeas, masacres, habitantes aterrorizados, coincidencias de lugar y fecha) no dejan margen de duda al respecto».[70] La condena aliada de las acciones de Grecia no puso fin a la violencia. Los soldados griegos y los irregulares reclutados sobre el terreno siguieron a lo largo de todo el verano librando una campaña de tierra arrasada en la que expulsaron a miles de personas y mataron a decenas. La nueva oleada de ataques volvió a llevar a los investigadores aliados a la región. Esta segunda investigación denunció tanto los actos de barbarie cometidos anteriormente por las Fuerzas Nacionales como la política de exterminio de Grecia al norte de Bursa. Las atrocidades cometidas por ambas facciones en guerra, según la comisión aliada, eran «indignas de un gobierno civilizado».[71]

Para los observadores de Estambul y Ankara, la destrucción de pueblos y ciudades junto al mar de Mármara fue indignante pero no sorprendente. En la prensa turca aparecían a menudo noticias de violaciones, robos, palizas, asesinatos y otras atrocidades cometidas por las tropas griegas. A esas alturas de la guerra, tanto las autoridades como los ciudadanos particulares hacían todo lo que estaba en su mano para dar a conocer las pruebas de la depravación de Grecia. Antes de que terminara 1921, circulaban ya en las principales ciudades otomanas once libros que documentaban la violencia de la ocupación griega.[72] Pero la enorme cantidad de incidentes violentos no se limitó a provocar la indignación y endurecer la resolución. En opinión de la mayoría de los periódicos de lengua turca, las atrocidades de 1921 eran la demostración de lo que muchos consideraban una verdad fundamental: que los cristianos residentes, en connivencia con sus patrocinadores extranjeros, fueron los principales responsables de la violencia en el imperio. Eran los griegos invasores y sus aliados locales, decía un periódico, quienes habían hecho añicos los «siglos y años felices bajo la fe y el consuelo del sultán y califa».[73] Que Europa estuviera dispuesta a investigar los crímenes de Grecia era irrelevante, ya que las fuerzas aliadas no habían logrado detener los ataques contra los musulmanes que vivían junto al mar de Mármara. Parece probable que muchos lectores, sobre todo en los círculos nacionalistas, compararan el silencio de Occidente ante la violencia contra los musulmanes con su reacción a las

deportaciones de armenios. En 1918, los Aliados habían hecho todo lo posible para pedir cuentas por crímenes de guerra a los dirigentes otomanos. Tres años más tarde, ningún Estado europeo pidió que se juzgara a los oficiales griegos, a pesar de las investigaciones realizadas por los propios Aliados. Seguramente, esta hipocresía reforzó la creencia de que Europa había calumniado a todos los «musulmanes y turcos», mientras que los cristianos nativos eludían toda responsabilidad.

Las matanzas y expulsiones masivas a las afueras de Bursa fueron indicativas del impacto que la ocupación griega estaba teniendo en la sociedad. Cuando los refugiados de la costa del Mármara testificaron sobre los problemas que habían soportado, muchos afirmaron que conocían personalmente a los atacantes. Arnold Toynbee, un joven profesor de griego y estudios bizantinos de la Universidad de Londres, se entrevistó con muchas víctimas mientras era corresponsal especial del Manchester Guardian. Algunos supervivientes, explicó más tarde, juraron que habían conocido a los agresores en tiempos más felices, antes de la guerra. Muchos eran tenderos, pastores, dueños de fábricas y comerciantes de la zona. «Eran griegos corrientes que, bajo la embrutecedora influencia de la guerra y el estímulo del ejército griego de ocupación», se habían levantado en armas contra sus vecinos.[74] *Lo que Toynbee descubrió en el verano de 1921 formaba parte de un modelo general de colaboración local. Las fuentes nacionalistas informaban a menudo de que miles de ciudadanos cristianos, en particular griegos y armenios nativos, se habían presentado voluntarios para cooperar con el ejército griego y la administración civil en Anatolia. Ahora bien, los periódicos de Ankara y Estambul no solían tener en cuenta hasta qué punto las fuerzas nacionales eran cómplices de la huida de los cristianos locales. En 1921, a medida que los frentes de batalla se desplazaban de oeste a este y viceversa, las autoridades griegas de Bursa se vieron obligadas a atender a más de doce mil griegos y armenios de la zona que habían huido de los combates.*[75] *Atenas también dedicó recursos a reasentar a los griegos otomanos que habían sido expulsados de sus hogares en Anatolia durante los años previos al armisticio. Según las estadísticas recopiladas en 1921, las autoridades de ocupación griegas reasentaron a casi 144.000 ciudadanos otomanos que habían huido a Grecia durante las campañas del CUP de 1913-1918 contra los griegos.*[76] *Las autoridades de Atenas dieron instrucciones estrictas a los agentes locales encargados de rehabilitar a estos refugiados, con el fin de no instigar a la opinión musulmana contra los cristianos que regresaban. La mayoría de las veces, cumplir las órdenes era más fácil de decir que de hacer.*

Los armenios y griegos nativos no fueron los únicos residentes que contribuyeron a la ocupación griega de tierras otomanas. En los meses

en torno a la ofensiva griega de junio de 1920, miles de musulmanes ofrecieron sus servicios a los Aliados. Muchos de ellos lo hicieron por un sentido del deber respecto al Estado otomano. Dado que el Tratado de Sèvres garantizaba la soberanía otomana en las zonas bajo control griego, muchos gendarmes, jueces y pequeños funcionarios permanecieron en sus puestos para gestionar los asuntos provinciales. Las guerrillas nacionalistas solían mostrar escasa piedad por los musulmanes locales acusados de colaboración. En muchos casos, las aldeas de mayoría musulmana fueron objeto de incendios, asesinatos o robos por haber prestado ayuda a las autoridades griegas. Haber cedido a las exigencias de la administración de ocupación, así como negarse a entregar dinero o animales a las tropas nacionalistas, se consideraban hechos merecedores de castigo. En un decreto hecho público en las aldeas de las afueras de Balıkesir, un jefe guerrillero nacionalista fue sincero a la hora de exponer lo que esperaba de los habitantes de la región. «Dar animales al enemigo –declaró– es empuñar las armas contra nuestro ejército». Si las comunidades locales tenían animales de sobra, sus opciones eran claras: esconderlos en las montañas o matarlos. Aquellos que entregaran el ganado a los griegos, fuera o no de forma voluntaria, serían ejecutados.[77]

Lo que más indignaba a los nacionalistas eran los musulmanes que se ofrecían como voluntarios para servir como auxiliares armados. Después del fracaso de la campaña de Ahmet Anzavur contra los nacionalistas en el verano de 1920, cientos de circasianos llamados a unirse a los grupos paramilitares fueron sancionados por las autoridades griegas. Muchos de estos antiguos rebeldes aprovecharon esta oportunidad para vengarse de las Fuerzas Nacionales. Cuando, tras la batalla de İnönü, las tropas griegas retrocedieron hacia el oeste, se acusó a los milicianos circasianos, junto con los griegos y armenios locales, de masacrar a musulmanes civiles en masa. El golpe más inquietante de los antiguos partidarios de Anzavur tuvo lugar a finales de 1921. En noviembre se celebró en Esmirna, bajo protección griega, un congreso compuesto por veintidós representantes circasianos. El grupo, que se autodenominaba «Asociación para el Fortalecimiento de los Derechos de los Circasianos de Oriente Próximo», hizo pública una declaración en la que afirmaba que el deseo de todos los circasianos otomanos era «vivir como un elemento de paz bajo la protección griega».[78] Algunos respetados miembros de la aristocracia circasiana de Estambul y la prensa nacionalista se burlaron de dicha declaración y juraron que aquellos que «eran instrumentos de los designios griegos» no representaban más que a un pequeño puñado de desviados.[79] No obstante, el congreso de Esmirna obligó de nuevo a Ankara a defender públicamente que los nacionalistas representaban

la voluntad popular de todos los musulmanes. El hecho de que algunos musulmanes pidieran protección a Grecia lo refutaba.

Las muestras de rebeldía de los kurdos durante este periodo pusieron al bando nacionalista en apuros aún mayores. En 1921, Mustafá Kemal contaba con el apoyo de varios representantes kurdos en Ankara, pero en el campo peleaba con tribus y jefes locales que se resistían al gobierno de la ciudad. Un grupo que preocupaba particularmente a la Asociación para la Defensa de los Derechos era la tribu milli. A principios de siglo, los millis dominaban gran parte de las planicies entre Urfa y Alepo. Pero la llegada de los Jóvenes Turcos debilitó su poder en la región, lo que provocó gran resentimiento en la tribu. Con la ocupación aliada de sus territorios históricos, varios jefes millis tomaron partido por los franceses y británicos. Poco antes de que se firmara la paz entre los franceses y los nacionalistas en 1921, Mustafá Kemal ordenó personalmente a las autoridades locales que desterraran a los millis de la región. Algunos miembros de la tribu acabaron exiliados en Tracia y nunca se les permitió regresar.

Una muestra aún más profunda de rebeldía kurda se produjo en Dersim. A diferencia del caso de los millis, la insurrección de Dersim nació de un intento de avivar la indignación nacionalista de los kurdos de la zona. Desde 1919, la Sociedad para el Progreso del Kurdistán había seguido estableciendo contactos con los jefes que residían en la franja occidental de Dersim. Como la zona estaba todavía recuperándose de la ocupación rusa durante la Gran Guerra, el temor a las tropas extranjeras era aún muy elevado. Los agitadores se congraciaban apelando al deseo local de una mayor autonomía política. Después de las deportaciones y masacres de armenios en 1915, el poder y el carácter caprichoso del gobierno otomano estaban muy presentes en la mente de muchos kurdos que apoyaban los llamamientos a la independencia. Al principio, Ankara esperaba contrarrestar este activismo diplomáticamente y nombró a varios líderes tribales para que ocuparan puestos de autoridad. Aun así, la agitación en favor de un Estado kurdo no se aplacó. En la primavera de 1921, bandas de hombres armados asaltaron la pequeña ciudad de Imranlı y mataron a un comandante de caballería nacionalista. El ataque provocó que Ankara respondiera punitivamente. En el verano de ese mismo año, un contingente de soldados regulares y voluntarios provinciales arrasó Dersim. Tal como había ocurrido con los millis, la tribu de los koçgiri, principal responsable de los disturbios, fue expulsada de sus tierras. Sin embargo, a diferencia de lo que había pasado con la represión nacionalista a las afueras de Urfa, el comportamiento de las tropas en Dersim despertó la indignación de los legisladores de la Asamblea Nacional. Los representantes de los

distritos vecinos salieron a la calle para denunciar al comandante nacionalista Nureddin Pashá y acusarlo de carnicero. Un orador declaró que varios aldeanos inocentes habían denunciado violaciones, asesinatos, robos e incendios provocados como consecuencia de la ofensiva. Ese comportamiento por parte de los hombres de Nureddin estaba, según sus palabras, «a una altura inaceptable entre los bárbaros de África».[80] No obstante, los miembros de la Asamblea se encogieron de hombros ante las peticiones de una investigación o castigo oficial. Lo que necesitaba la población de Dersim –recomendó el Ministerio del Interior de Ankara– era una reforma burocrática y social.

La represión que ejerció Ankara sobre los rebeldes kurdos apenas llamó la atención internacional. En Dersim y Urfa, prácticamente no hubo observadores externos que fueran testigo de los actos de castigo colectivo sufridos por los kurdos locales. No fue así, sin embargo, en la costa del mar Negro. Desde los primeros días del armisticio, las comunidades del interior de la zona fueron escenario de combates intermitentes. Los periódicos de Estambul y Ankara acusaban constantemente a los griegos de la región de ser los principales instigadores de la violencia. Posteriormente, un estudio oficial sobre las «revueltas internas» durante la Lucha Nacional afirmó que los ataques de los milicianos griegos de la zona causaron la muerte de más de 1.600 musulmanes y la destrucción de más de 3.700 hogares.[81] Como en otras partes de Anatolia, los nacionalistas vinculaban cada atrocidad a la amenaza general del irredentismo griego. Al fin y al cabo, los agitadores locales habían presionado públicamente a favor de un Estado griego independiente que se extendiera a lo largo del litoral del mar Negro. Sin embargo, el primer ministro griego Venizelos y otros dirigentes aliados se negaron a respaldar la creación de una «República del Ponto» porque insistían, entre otras cosas, en que la región estaba demasiado aislada para poder defenderla. Aun así, la firma del Tratado de Sèvres, que no hizo referencia alguna a una posible república griega en el mar Negro, no contribuyó a disipar los temores de Ankara. Mientras las tropas nacionalistas tenían dificultades para conservar su posición en Anatolia occidental, los mandos enviaron refuerzos al norte para aplastar el movimiento póntico de una vez por todas. En junio de 1921, la Asamblea Nacional aprobó las deportaciones masivas para castigar a todos los culpables de insurrección. Los misioneros estadounidenses vieron, horrorizados, cómo en toda la región expulsaban a miles de hombres, mujeres y niños de pueblos y ciudades. Muchos de los que presenciaron las deportaciones de 1921 subrayaron las similitudes con lo ocurrido en 1915. Separaban a los hombres de sus familias y los fusilaban,

violaban a las mujeres y niñas y saqueaban o confiscaban las casas bajo la atenta mirada de los funcionarios locales. Según un médico estadounidense que atendió a refugiados en Harput, los funcionarios con los que habló «me dijeron francamente que la intención era que murieran todos los griegos». En su opinión, el hecho de que las tropas nacionalistas condujeran a refugiados enfermos y hambrientos a unos lugares míseros y desolados, sin acceso a ningún médico, «parecía corroborar esta afirmación».[82]

A finales de 1921, los nacionalistas se enorgullecían de haber dejado constancia del alto precio infligido a los supuestos rebeldes de la región del mar Negro. Un estudio oficial estimó que en los enfrentamientos con las tropas nacionalistas habían muerto 3.400 separatistas griegos. A otros doscientos y pico los juzgaron y los condenaron a morir en la horca. Según Ankara, en total, más de 64.000 civiles fueron desplazados a la fuerza y reasentados en el interior de Anatolia.[83] Las noticias publicadas en los periódicos occidentales solían mostrar un panorama incluso más sombrío aún. Los nombres de los comandantes de la ofensiva, Nureddin Pashá y Topal Osman, se convirtieron en sinónimos de asesinatos e incendios desenfrenados. La codicia y la sed de venganza de sus hombres reforzaron la creencia de que los musulmanes otomanos eran propensos a ese tipo de comportamiento. No obstante, en la prensa occidental, algunos encontraron motivos para juzgar las deportaciones desde una perspectiva más cínica. Era indudable, como informó un corresponsal del Times, que a Topal Osman «se le dio carta blanca para ocuparse de los pueblos griegos y armenios» y que sus hombres habían «saqueado y asesinado a su antojo». Sin embargo, teniendo en cuenta las inclinaciones separatistas de la región, también parecía claro que «los griegos, tanto los del Ponto como los del Reino de Grecia», tenían parte de culpa de lo que les había ocurrido.[84] Esta opinión tan severa reflejaba hasta qué punto los observadores extranjeros se habían desilusionado de las temerarias aventuras de Grecia en Anatolia. A principios de 1922, las informaciones sobre los abusos griegos en Anatolia occidental, sobre todo en los alrededores de Bursa, habían causado un daño irreparable a la credibilidad de Atenas.

A mediados de julio de 1921, Grecia reanudó la ofensiva. Después de reunir más tropas y suministros del territorio continental griego, Atenas envió a más de doscientos mil hombres para emprender una gran ofensiva hacia Ankara. En retrospectiva, la decisión de atacar coincidió con el reconocimiento de la débil posición de Grecia. Para entonces, los Aliados habían abandonado toda pretensión de unidad sobre el futuro de Anatolia. Ningún otro Estado, ni siquiera Gran

Bretaña, estaba preparado para intervenir si Atenas no daba el golpe decisivo. A medida que las tropas griegas avanzaban, en la prensa muchos señalaban los obstáculos físicos que dificultaban cualquier asalto al bastión nacionalista. «Los combates se libran en un difícil terreno montañoso –explicaba un periodista–, atravesado a veces por valles fluviales, grandes o pequeños, que son casi los únicos medios de comunicación».[85] Pese a ello, la ofensiva griega de julio dio señales casi inmediatas de éxito. Antes de que acabara agosto, las fuerzas griegas tomaron las ciudades de Eskişehir, Kütahya y Afyon. Las tropas nacionalistas, desbordadas, consiguieron escapar milagrosamente del cerco y retrocedieron hacia el interior. Por fin se trazó una larga línea defensiva a lo largo de la orilla oriental del río Sakarya, a menos de cien kilómetros de Ankara. Todo apuntaba a que los griegos estaban empezando a rodear las posiciones nacionalistas y planeaban un último asalto general.

Es posible que Mustafá Kemal no supiera valorar el peligro que constituía la ofensiva griega. En medio de la retirada nacionalista de Kütahya y Eskişehir, presidió una convención de maestros provinciales procedentes de toda Anatolia. Soberanía Nacional, el periódico más importante de Ankara, dijo que la reunión era la prueba de que la nación estaba librando dos guerras al mismo tiempo. «Mientras el ejército de liberación e independencia lucha contra los griegos en [distintos] frentes, el ejército de maestros de Ankara prepara un programa defensivo contra la ignorancia».[86] Sin embargo, en la última semana de julio, Mustafá Kemal asumió un control más directo de la guerra. Ordenó a las autoridades militares que movilizaran a una mayor parte de la población y requisó enormes reservas de alimentos y ganado. En lugar de restablecer el gobierno nacionalista en el sureste, en Kayseri, consintió en mantener la Asamblea Nacional en Ankara como señal de fe y resistencia. El Parlamento correspondió a principios de agosto con una abrumadora votación en favor de proclamar a Kemal «comandante en jefe» de las fuerzas armadas. En la práctica, esta medida le dio mayor libertad para asumir el mando en el frente (a pesar de haber renunciado a su puesto dos años antes). No obstante, desde el punto de vista político, fue otra señal más del nuevo clima de Ankara. Según la antigua constitución, el sultán era el único que poseía el título de «comandante en jefe». El nuevo rango otorgado a Kemal, pese a que legalmente era sólo provisional, volvió a subrayar la marginalidad de Estambul en este momento tan decisivo.

La batalla de Sakarya se prolongó durante tres largas semanas. A pesar de la superioridad numérica de los griegos, les costó mucho avanzar. En medio de un terreno accidentado y un calor sofocante, las tropas nacionalistas atrincheradas resistieron los avances griegos en varios puntos. A principios de septiembre, sin embargo, los hombres de

Kemal se vieron obligados a abandonar sus posiciones en una cresta crucial en el mismo centro de las defensas nacionalistas. Kemal, según muchos de sus confidentes, oscilaba entre la desesperación, la indecisión y la bravuconería a medida que empeoraban las condiciones. Kâzım Karabekir, su crítico más feroz, insinuó más tarde que los ayudantes más próximos a Kemal postergaron la ejecución de sus planes para forzar una retirada general. En cualquier caso, las fuerzas griegas no aprovecharon sus importantes logros. Después de varios días de duros combates, los comandantes griegos interrumpieron la ofensiva para permitir que sus hombres descansaran, y entonces el rumbo de la batalla, cambió. La pérdida de la iniciativa y la escasez de suministros y reservas obligaron a los griegos a ceder el terreno que tan duramente habían conquistado. A mediados de septiembre, las tropas griegas se retiraron por completo del frente y retrocedieron hasta la orilla oeste del río Sakarya. Los nacionalistas, si bien a costa de veintitrés mil muertos y heridos, mantuvieron su posición e impidieron la caída de Ankara. Los griegos también sufrieron tremendas bajas y nunca volvieron a organizar una ofensiva.[87]

Los nacionalistas celebraron la victoria de Sakarya con pompa y solemnidad. Los ciudadanos de Ankara acudieron en masa a recibir a Mustafá Kemal cuando regresó a la ciudad. Después de las oraciones del viernes, varios miembros destacados de la Asamblea Nacional recitaron poesías y leyeron discursos ante los fieles. Como representante del primer Estado en reconocer el gobierno de Ankara, el embajador afgano Ahmet Han hizo un largo discurso en el que proclamó que Sakarya era una victoria que «iluminaba el corazón de los musulmanes con las luces de la alegría».[88] *Por su hazaña, la Asamblea Nacional concedió a Kemal un honor extraordinario: el título de gazi. Históricamente, gazi era un apelativo reservado a los guerreros más respetados que habían luchado para expandir los límites territoriales del islam. En épocas más recientes, el título se había concedido a unos cuantos elegidos que habían llevado el Imperio otomano a la victoria. Mustafá Kemal aceptó esa distinción con elegancia y modestia. En un discurso ante la Asamblea, relató el curso de la batalla que se había librado entre İnönü y Sakarya. Rindió tributo a la fortaleza y el valor del ejército y atribuyó la victoria a su heroísmo. Al pensar en el futuro, subrayó que la guerra aún no estaba ganada. Antes, el gobierno se había visto obligado a abandonar «ricas tierras como Irak y Siria». Ahora, los pueblos de esas tierras estaban «constantemente en estado de revuelta» y deseaban «con todo su corazón y conciencia depender otra vez de nuestro gobierno». No podía decirse lo mismo de los cristianos, que «han mostrado ingratitud hacia la tierra que los ha alimentado y han dañado y profanado nuestra existencia nacional». Aunque juró que los*

cristianos que vivían bajo el poder otomano no sufrirían ningún daño, aseguró que el fin de los combates estaba en manos de Atenas. Parecía evidente que los griegos estaban cediendo. Europa, declaró, había denunciado las atrocidades griegas, que comparó con «la antigua barbarie invasora» de los cruzados. «Pero, señores –declaró–, Dios nos ha ayudado… Y el ejército griego ha retrocedido ante el ejército de la Gran Asamblea Nacional de Turquía».[89]

Sin duda, Kemal tenía razón en un aspecto concreto. Sakarya agotó gran parte de lo que quedaba del apoyo a Grecia por parte de Europa. Muchos observadores habitualmente optimistas dudaban cada vez más de una victoria de los griegos. En el otoño de 1921, el interés extranjero por los asuntos otomanos se desvaneció a medida que cesaban los combates. La probabilidad de un acuerdo revisado parecía inminente, y era innegable que Ankara tomaría la iniciativa para conseguir una paz definitiva. Esta toma de conciencia hizo que muchos comentaristas cambiaran poco a poco su forma de hablar de la crisis. El término «nueva Turquía» se había incorporado al lenguaje de los europeos desde los primeros momentos de la Revolución de los Jóvenes Turcos. Originalmente pretendía transmitir un nuevo espíritu de revitalización del Imperio otomano. A principios de 1922, los observadores extranjeros percibieron que una «nueva Turquía» muy diferente estaba tomando forma. En opinión de un observador francés, el Pacto Nacional proclamado en 1920 «fue el certificado de nacimiento de la nueva Turquía», que significaba la reorganización total del país.[90] El gobierno nacionalista instigaba esas impresiones. Destacados activistas, sobre todo los vinculados al Hogar Turco, alimentaron la creencia de que Ankara encarnaba ese espíritu de cambio. La ciudad, en palabras de un periodista francés, «sintetizaba de forma muy poderosa el estado de ánimo [nacionalista]». La rigurosidad del clima y su belleza austera tipificaban el carácter natural de Anatolia. También encarnaba la disciplina y la urgencia de la causa nacionalista. «Aquí no [había] indulgencia, ni pérdidas de tiempo con diletantismos: un gobierno duro y despiadado para todos».[91] Después de Sakarya, parecía indudable que Ankara representaba el futuro del país.

Sin embargo, unos pocos hombres cercanos a Mustafá Kemal hablaban con certeza de lo que estaba por venir. Y mientras las tropas nacionalistas preparaban una gran ofensiva para recuperar Anatolia occidental, algunos columnistas locales empezaron a expresar opiniones que antes eran tabú para la prensa. «El sultán es una corona sin cabeza –declaró un periódico de Ankara–, pero Anatolia es un país libre sin corona. En la lámpara de la Gran Puerta se está acabando el aceite, pero en Anatolia está saliendo el nuevo sol». Un corresponsal del Izvestia de Moscú fue más contundente.

«Esperemos –escribió– que la nueva Turquía obtenga pronto la encarnación de su deseo nacional y, después de entrar en Constantinopla, aplaste y aniquile, sin posibilidad de revivir, a la momia del sultanato».[92]

«Un nuevo tipo de turco»: los últimos días

del Imperio otomano

En 1922, en la ciudad de Esmirna todavía seguía existiendo la ilusión de que gobernaban los otomanos. Estambul continuaba ejerciendo el derecho de nombrar gobernadores y otros cargos administrativos. El ayuntamiento seguía gestionando muchos de los servicios básicos de la ciudad. La educación de los niños musulmanes seguía en manos de funcionarios otomanos y voluntarios locales. Los tribunales imperiales continuaban juzgando casos de herencias y otras demandas civiles. Pero pocos negarían, desde luego, que el verdadero poder estaba en manos de los representantes enviados desde Grecia. En la mayoría de los asuntos, su autoridad anulaba casi por completo la influencia de Estambul. El alto comisionado griego en Esmirna era el hombre más poderoso de la ciudad y de la provincia en general. Muchos de los salarios que se pagaban a los funcionarios, entre ellos los de los funcionarios otomanos, procedían de Atenas. Y, por encima de todo, las autoridades griegas se aferraban a la creencia de que la incorporación de Esmirna a la gran Grecia era cuestión de tiempo. Ahora bien, el trabajo de la administración estaba envuelto, en gran parte, en una apariencia de tolerancia y prosperidad compartida. En el día a día, los funcionarios no solían hablar de anexión. En muchas ocasiones, los intentos de Atenas de aplacar los temores de los musulmanes locales implicaban contrariar a los principales griegos de la ciudad. El arzobispo ortodoxo de Esmirna, Crisóstomo, tuvo problemas con las autoridades locales cuando le reprendieron por sus sermones nacionalistas. Que Grecia conservara el control de la región, dijo un funcionario, «dependerá de la imparcialidad de nuestra administración y de nuestra firme defensa de los derechos de las minorías», dando por sentado que hablaba de minorías musulmanas. Tenían que resistir su inclinación general a «vengar los sufrimientos que nos han causado los turcos durante cinco siglos», ya que, explicaba, «somos portadores de una civilización superior».[1]

Otras facetas de la vida local continuaron a pesar de la incertidumbre política. Esmirna seguía siendo una ciudad dinámica, salpicada de

cafés y teatros. A pesar de las penurias de la guerra, conservaba una impresionante colección de cines y locales de música. En etapas posteriores de la ocupación griega, los amantes del cine podían seguir viendo películas importadas de Italia, Francia o Estados Unidos. La política contemporánea no desalentaba a quienes sólo querían pasear junto al puerto. Esmirna, sobre todo, seguía siendo una ciudad en la que musulmanes, cristianos y judíos se mezclaban, aunque a veces con cautela.

El gobierno griego, no obstante, hacía poco para aliviar las estrecheces que sufría la mayoría de los ciudadanos. Desde el estallido de la guerra en 1914, el comercio en la ciudad se había reducido considerablemente. A medida que el tráfico de mercancías en el puerto de Esmirna disminuía, la escasez de artículos de primera necesidad comenzó a notarse en la vida cotidiana. «Antes de la guerra –observaba un estadounidense en 1920– pocas ciudades del mundo estaban mejor abastecidas de alimentos, que además se vendían baratos. Por desgracia, eso ya no es así. Los alimentos son relativamente escasos. Los precios se han multiplicado por quince o por treinta».[2] La pobreza y las enfermedades se extendieron a medida que las perspectivas económicas de la ciudad empeoraban. Los más afectados eran los miles de refugiados que residían en Esmirna y sus alrededores. Los musulmanes y cristianos desplazados vivían en la miseria, hacinados en viviendas pequeñas y destartaladas. A finales de 1921, un viejo residente británico se quejaba de la desaparición del orden y la limpieza. «Desde la ocupación griega, las calles de Esmirna han alcanzado un grado de deterioro peor que en ningún momento del régimen turco». Todas las calles estaban mal, observó, aunque algunas estaban aún peor debido al alcantarillado. Incluso las farolas ya no se encienden, debido a la resistencia de las autoridades griegas a renovar el contrato con la compañía local de gas. «El futuro de Esmirna bajo el poder griego –concluía– no parece muy halagüeño».[3]

Por supuesto, en Ankara no les hacía falta que nadie les dijera lo que eran la ocupación griega y sus muchos perjuicios. Para conmemorar el tercer aniversario de la ocupación de Esmirna, los miembros de la Gran Asamblea Nacional publicaron una proclamación en la que reiteraban el derecho soberano del país sobre el territorio. «No hay ningún turco –decía la declaración– que acepte el sagrado lamento de Esmirna bajo la usurpación y opresión de una nación brutal que ha deshonrado a la civilización tanto como Grecia». Un orador fue más lejos y culpó a la propia ciudad de sus sufrimientos. «El palacio libertino [kahpe]», incluido presumiblemente el sultán, también era responsable de las injusticias cometidas por los griegos.[4] Los miembros de la prensa, en general, estaban de acuerdo. El director de İkdam

acusó falsamente a Damad Ferid y al gobernador designado de Esmirna de haber conocido de antemano los planes de Grecia para tomar la ciudad en mayo de 1919.[5] Tales acusaciones, sin embargo, fueron poco debatidas en la prensa de Ankara o Estambul. Tras la victoria nacionalista en Sakarya, a muchos les pareció que el gobierno de Estambul había estado en el lado equivocado de la historia.

La victoria de Mustafá Kemal en Sakarya también provocó dudas más visibles en Grecia. Un relevo en el mando de las fuerzas griegas en Anatolia no contribuyó a avivar una nueva ofensiva. Internamente, los altos mandos eran conscientes de que las perspectivas del ejército eran malas. Grecia carecía de material y medios para mantener el despliegue de tropas en un terreno tan accidentado y extenso. Desde el punto de vista económico, la campaña estaba llevando al país a la bancarrota, con la consiguiente desilusión generalizada entre unos votantes cansados de la guerra. Y, por si fuera poco, la derrota de Grecia en Sakarya agrandó las fisuras políticas en Atenas. La persistente división entre los partidarios del rey y los del ex primer ministro Venizelos menoscabó la legitimidad del gobierno. Las tensiones partidistas se extendieron a las filas del ejército. A principios de 1922, los altos mandos se enfrentaron a una posible escisión del ejército en facciones rivales que respaldaban distintos planes para conseguir la paz en Asia Menor. Ni siquiera la elección de un nuevo patriarca ortodoxo, en diciembre de 1921, contribuyó a resolver las divisiones políticas entre los griegos de Anatolia y del continente. «No cabe duda –escribió el patriarca Meletios en abril– de que todos nosotros aquí [en Constantinopla], en Esmirna y en Atenas estamos debatiéndonos en la oscuridad y golpea a amigos y enemigos sin apuntar ya a ningún objetivo». Todo consenso parecía haber desaparecido.[6]

Los acontecimientos diplomáticos reforzaron esa sensación colectiva de pesimismo. Como único defensor de Grecia entre los Aliados, Gran Bretaña también luchó en lo que parecía ser una batalla perdida contra los nacionalistas. A falta de una solución militar, Lloyd George y su gabinete acordaron que sólo la diplomacia podía salvar lo que quedaba de los intereses británicos y griegos en Anatolia. El malestar dentro de sus fronteras y las presiones en el exterior dejaban a Londres, como a Atenas, con pocas opciones. La firma de un acuerdo con los rebeldes irlandeses en diciembre de 1921, a la que siguió la declaración de independencia egipcia unos meses más tarde, era síntoma de un agotamiento general respecto a los problemas imperiales del país. En marzo de 1922, el secretario de Estado para la India, Edwin Montagu, se vio obligado a dimitir debido a su enérgica oposición al Tratado de Sèvres. Después de haber dicho, durante

mucho tiempo, que estaba en contra de imponer unas condiciones de paz rigurosas, Montagu respaldó públicamente las críticas que hacían los líderes indios musulmanes del movimiento Khilafat. «Turquía fue derrotada [durante la Gran Guerra] sobre todo por soldados indios», declaró ante el Parlamento. Por tanto, la India tenía «derecho a tener una voz predominante en tales cuestiones».[7]

Las dificultades a las que se enfrentaban Gran Bretaña y Grecia quedaron plenamente expuestas en una reunión de los ministros de Asuntos Exteriores aliados en marzo de 1922. Con el Tratado de Sèvres más muerto que nunca, casi todos los asistentes coincidieron en que era necesario un nuevo acuerdo para poner fin a los combates. Pero esta vez, a diferencia de las reuniones anteriores, no hubo dudas de que era Grecia la que tenía que hacer mayores concesiones. Se propuso que se permitiera a Atenas conservar parte del territorio que había tomado desde 1919. Sin embargo, las potencias acordaron que el ejército griego tendría que acabar retirándose de Anatolia. Esta evidente muestra de pesimismo aliado animó a los representantes nacionalistas y los alentó a tratar de ganar tiempo. Ankara rechazó las peticiones de armisticio con rotundidad y, en su lugar, exigió que Grecia abandonara de inmediato todas las tierras ocupadas.

Sin una solución inmediata a la vista, los líderes de Grecia y de Esmirna estaban cada vez más desesperados. A mediados de verano, las noticias de que había movimientos de tropas griegas en Tracia hicieron temer que Atenas planeara atacar Estambul. Las tensiones se agravaron a finales de julio, cuando los representantes de Atenas declararon abiertamente que la toma griega de la capital otomana era «la única forma de terminar la guerra con Turquía».[8] Ante la amenaza de Ankara de responder a las provocaciones griegas, los responsables británicos y franceses declararon que también ellos estaban preparados para hacer frente por medio de la fuerza a cualquier ofensiva griega. Al mismo tiempo que Grecia renunciaba emprender su ataque, los representantes de Esmirna tomaron medidas drásticas. Durante meses, un grupo denominado «Organización de Defensa de Asia Menor» había proclamado su deseo de resistir contra Atenas y formar un Estado autónomo gobernado desde la ciudad. Cuando la retirada militar griega de Anatolia parecía más que probable, el gobierno de Atenas llegó a un acuerdo con la clase dirigente de Esmirna y acordó una reorganización general del territorio. A finales de julio, el alto comisionado de Grecia, Aristeides Stergiades, anunció un plan para convertir la ciudad y sus provincias circundantes en un Estado aparte. Grecia prometió que nunca se anexionaría el territorio. El poder se lo repartirían entre representantes de cada uno de los distintos pueblos de la región. Los llamamientos personales de

Stergiades fueron correspondidos por un puñado de líderes musulmanes locales. El alcalde musulmán de una ciudad cercana expresó su «más profundo agradecimiento» al comisionado griego. Stergiades, afirmó, «no ha privado a todo el pueblo y a los musulmanes de su gracia y sus buenas acciones paternales y compasivas». El nuevo régimen, concluyó, conduciría a una nueva era de libertad.[9]

La esperanza de crear una gran Grecia en Asia Menor se acabó en agosto de 1922. Después de meses de aglutinar hombres y suministros, las tropas nacionalistas lanzaron su contraofensiva largamente esperada contra las posiciones griegas al este de Afyon. Las columnas atacantes triunfaron casi de inmediato. Los intentos de controlar la retirada griega hacia el oeste pronto dieron paso a una desbandada general en todo el frente. En la primera semana de septiembre, varias divisiones griegas se convirtieron en turbas que corrían hacia el Egeo. En medio del caos, las tropas que huían saquearon e incendiaron ciudades y pueblos enteros. La devastación que encontraron los nacionalistas a su paso dejó a muchos de los oficiales más duros, conmocionados. «El día de la ocupación de Uşak –recordaba uno–, encontramos a algunas de nuestras mujeres con varias partes del cuerpo clavadas al suelo después de haber sido violadas; y, durante varios días, las calles de Uşak temblaron por los gritos de las mujeres del pueblo y los alrededores y que estaban expuestas a todo tipo de atrocidades».[10] Las autoridades de Ankara nunca calcularon el número definitivo de víctimas de la retirada griega, pero la escalada de violencia fue inconfundible. De los 286 edificios registrados en İznik, una ciudad construida sobre las antiguas ruinas de Nicea, sólo 33 se conservaron.[11] Numerosas ciudades y decenas de aldeas quedaron arrasadas durante la huida griega. Muchas provincias tardaron años en recuperarse por completo de los costes físicos de la retirada.

Mucho antes del avance nacionalista, los observadores aliados preveían que la retirada griega de Anatolia provocaría una catástrofe humana. En mayo de 1922, el alto comisionado británico en Estambul, Horace Rumbold, advirtió a sus superiores que el fin de la ocupación griega probablemente provocaría una oleada de refugiados. Según sus cálculos, al menos sesenta mil cristianos y musulmanes habían trabajado para la administración griega. Dado el precedente de la retirada de Francia de Cilicia un año antes, era probable que tanto ellos como cientos de miles abandonaran masivamente sus hogares a la primera señal de avance nacionalista.[12] La predicción de Rumbold resultó acertada. La noticia de la derrota griega desató de inmediato el pánico en Anatolia occidental. A medida que los destacamentos nacionalistas se acercaban al Egeo, miles de personas huyeron por

todos los medios disponibles. Ciudades y pueblos se convirtieron en escenario de sangrientos actos de represalia. Cuando los destacamentos nacionalistas tomaron el puerto de Foça, los soldados griegos capturados fueron asesinados a bayonetazos o ahogados ante una multitud de espectadores locales. «Hijo mío –gritó una mujer mayor–, ¿por qué haces esto?» «¿Sabes lo que han hecho? –respondió un soldado nacionalista–. En Manisa mataron a nuestras mujeres embarazadas, les abrieron el vientre, mataron a sus hijos a bayonetazos y jugaron con los cuerpos». Sin embargo, nada de eso había ocurrido en Foça.[13]

Al principio, los máximos dirigentes griegos habían confiado en conservar Esmirna a toda costa. Al acercarse la vanguardia del ejército de Mustafá Kemal, Atenas había enviado barcos con refuerzos a la ciudad. A su llegada, los soldados a bordo se sublevaron y se negaron a desembarcar. Creyendo que se encaminaban hacia la muerte, la guarnición –junto con el alto comisionado griego– zarpó antes de que la caballería nacionalista entrara por el este. Inmediatamente después de la toma de Esmirna se desató una orgía de violencia y saqueos. Miles de residentes aterrorizados se hacinaron en el puerto y el temor a una masacre se apoderó de la ciudad. Mientras tanto, soldados y residentes desenfrenados saqueaban las casas y los comercios. Al frente del caos estaba Nureddin Pashá, el mismo jefe militar que había dirigido las sangrientas campañas nacionalistas en Dersim y en la costa del mar Negro. Recién nombrado gobernador de la provincia, el general convocó a Crisóstomo, el arzobispo ortodoxo de la ciudad, para que compareciera ante él. Después de reprender al prelado por sus actos de traición al Estado, Nureddin lo entregó a una turba. Crisóstomo fue torturado y desmembrado, y sus restos arrastrados por la calle.

Los acontecimientos de Esmirna alcanzaron su clímax sangriento en la semana siguiente al asesinato de Crisóstomo. La noche del 13 de septiembre se declaró un incendio en el barrio armenio de la ciudad. Los fuertes vientos contribuyeron a que las llamas se extendieran a otros barrios no musulmanes. El incendio aceleró la evacuación de los cristianos de la zona y sometió a mayores peligros a los refugiados que huían. «La primera noche del incendio –recordaba un superviviente–, ardían los edificios a lo largo del litoral, los cafés de lujo y el teatro, y la gente se alineaba en la orilla. Los cristales rotos y los clavos calientes estallaban y se esparcían a nuestro alrededor, así que tuvimos que mojar las mantas en el agua y ponérnoslas sobre los hombros para evitar quemarnos».[14] El fuego acabó consumiendo el 75 por ciento del centro de la ciudad y dejó miles de muertos.[15] A pesar de no haber hecho nada para apagar el incendio, los administradores

nacionalistas culparon directamente a los soldados griegos y a los cristianos nativos que huían. Posteriormente, numerosos testigos locales y observadores extranjeros declararon haber visto soldados nacionalistas prendiendo fuego deliberadamente.

Muchas de las cosas que se quemaron no se reemplazaron ni se restauraron nunca. En la década que siguió a la marcha de los griegos, los restos de los antiguos barrios armenio y griego de Esmirna se restauraron y se transformaron en parques. Los monumentos de este nuevo «parque cultural» no hacían referencia al pasado ni a sus antiguos residentes no musulmanes. Quienes reconstruyeron la ciudad después de 1922 confiaban en que Esmirna encarnara el espíritu de la joven República turca. En teoría, la nostalgia del Imperio otomano no tenía cabida en la ciudad renacida. Por su parte, parece que Mustafá Kemal se mostró ambivalente sobre lo que se había perdido en el incendio. Cuando se declaró el fuego, se instaló en la ciudad, en casa de su futura esposa, Latife. Durante las primeras noches de la catástrofe, le preguntó si había perdido algo. Ella respondió que sí, pero que era una pérdida aceptable. «¿Qué valor tienen los bienes para la gente que está viviendo estos días felices? El país se ha salvado. Lo reconstruiremos y lo levantaremos perfecto». A Kemal le gustó la respuesta. «¡Eso es! Dejemos que arda y se derrumbe –declaró–. Es posible restaurarlo todo».[16]

Otras tensiones más de fondo influyeron en la interpretación que hicieron algunos de las consecuencias que dejó el incendio de Esmirna. Después de años de reflexión, el taquígrafo de Kemal, Falih Rıfkı, ofreció su propio punto de vista. Los turcos, sostenía, ya no podían soportar la vista de la ciudad vieja. Sus «mansiones, hoteles y restaurantes frente al mar» eran los adornos de «las minorías», como él lo expresó, los griegos y los armenios. Fue este rechazo a su presencia, y no un impulso primitivo de destrucción, lo que había provocado las deportaciones de armenios de 1915. «Tuvo algo que ver un sentimiento de inferioridad», dijo. No obstante, Falih condenaba la destrucción de la ciudad y decía que Nureddin Pashá era un «fanático y demagogo» por haber desatado la violencia en ella.[17] Aun así, ni Falih ni otros fundadores de la República de Turquía lamentaron las consecuencias culturales del saqueo de Esmirna. Con el incendio, el país estaba más cerca de convertirse en una nación que perteneciera exclusivamente a los turcos. Él, junto con Atatürk, se encargaría de reducir al mínimo o erradicar por completo la diversidad que había florecido en la época de los sultanes.

Para quienes presenciaron los acontecimientos de 1922, era difícil no pensar que el incendio que arrasó Esmirna fue un punto de ruptura

trascendental. El grado extremo de violencia parecía desautorizar cualquier sugerencia de que valía la pena preservar el viejo orden. A corto plazo, dio credibilidad a quienes exigían que echara raíces una auténtica «nueva Turquía». Muchos creían que avanzar significaba algo más que limitarse a desestabilizar la monarquía otomana. Estaban repudiando y demoliendo la cultura y la historia del imperio. Los tiempos, en muchos sentidos, parecían justificar esas medidas. Se abría una nueva era en Europa y Asia, más polarizada ideológicamente. Las campañas de reconstrucción o modernización en todo el mundo parecían dar validez a los movimientos que intentaban crear unas culturas «nacionales» más puras, basadas en la raza y la etnia. En términos generales, el clima político mundial favorecía a quienes soñaban con un futuro más utópico. La caída de los sultanes otomanos no hizo sino reforzar lo que muchos suponían ya en 1918: que la era de las dinastías tradicionales estaba dejando paso a unos Estados y unas sociedades más populares, racionales y auténticos.

Eliminar los últimos vestigios del Imperio otomano resultó más difícil de lo que muchos creían en un principio. Dentro de Turquía, el régimen de Mustafá Kemal tuvo dificultades para acabar con las instituciones vinculadas al antiguo imperio. A pesar de una cultura oficial que tendía a degradar todo lo relacionado con el pasado otomano, la admiración por la historia imperial demostró ser resistente. Irónicamente, la definición y la imposición de un sentido estricto de la identidad nacional turca se topaban muchas veces con ambigüedades y resistencias. En Turquía, igual que en otros Estados, los rasgos e identidades nacidos de la experiencia otomana lograron sobrevivir en diversas comunidades. Un siglo después, lo que simbolizan el Imperio otomano y su caída sigue siendo objeto de encendidas polémicas.

«QUE ARDA Y SE DESMORONE»:

LA DISOLUCIÓN DEL IMPERIO

Durante toda su vida, Ali Kemal vaciló entre los principios y la supervivencia. Se enorgullecía de ser un ardiente liberal que apreciaba la cultura y las ideas europeas. Sentía un afecto especial por Gran Bretaña, donde había vivido durante su exilio. Aunque fue uno de los primeros en afiliarse al CUP, acabó detestando a los Jóvenes Turcos y su política. Su repugnancia por las inclinaciones represivas del partido le llevó, sin embargo, a hacer causa común con la familia real otomana. A pesar de que se había opuesto a Abdülhamid II, se reconcilió con el sultán y fue su embajador en Bélgica. Sus rivales le acusaron de hipocresía y de ser un informador a sueldo del palacio.

Como su compatriota Damad Ferid, Ali Kemal aprovechó al máximo los cambios que se produjeron en la capital otomana a finales de 1918. Se congració enseguida con los representantes de Gran Bretaña, que, en su opinión, era la única potencia digna de confianza para conseguir una paz aceptable. El ascenso de Damad Ferid y otros antiguos disidentes le permitió tener un mayor acceso a hombres de ideas afines en puestos de autoridad. Y, por encima de todo, la caída del CUP revitalizó la carrera de Kemal como periodista y provocador. Como director de Peyam-ı Sabah (Noticias de la Mañana), escribió frecuentes columnas en las que denunciaba los numerosos crímenes del régimen de los Jóvenes Turcos, incluidas las deportaciones de armenios. Siempre defendió el derecho del sultán a gobernar y la importancia del otomanismo. El nacionalismo otomano, escribió en una ocasión, era fundamental para «sumar a diversos elementos», como los árabes y los kurdos, al desarrollo y el ascenso del país.[18] *Incluso tras la visible pérdida de gran parte del Kurdistán y Arabia, siguió siendo un defensor de la unidad y la identidad otomanas.*

Ni la invasión de Grecia ni el ascenso de las Fuerzas Nacionales alteraron las lealtades de Ali Kemal. Tras la toma de Esmirna en 1919, se granjeó la fama de ser el adversario más destacado del Movimiento Nacional. Criticaba sin cesar a Mustafá Kemal, de quien decía que era un salvaje y un rebelde que había debilitado el Estado otomano frente a la invasión griega. La rebelión de Ankara, escribió, «destruyó nuestras relaciones con los Aliados» e «hizo que las condiciones de nuestros acuerdos de paz fueran todavía más onerosas para

nosotros».[19] Aunque sus pullas no soportaron el paso del tiempo, siguió creyendo siempre que el país no podía permitirse una victoria nacionalista. En agosto de 1922, todavía recordaba a sus lectores los crímenes que había cometido el CUP durante la Gran Guerra. «Las Fuerzas Nacionales –afirmaba– [mostraban] la misma ceguera y la misma negligencia con los mismos motivos».[20]

Quienes estaban familiarizados con el clima político de Estambul dieron a entender que las opiniones de Ali Kemal resonaron entre elementos de la administración imperial. Muchos antiguos disidentes contrarios al CUP no podían olvidar que el movimiento de Mustafá Kemal estaba formado por antiguos Jóvenes Turcos. Los numerosos crímenes del régimen de los Jóvenes Turcos y las posibilidades de que quisieran vengarse pesaban más que cualquier ventaja que pudiera acarrear una victoria nacionalista contra los griegos. Sin embargo, es difícil saber hasta qué punto estaban extendidas estas opiniones. Es muy posible que la victoria de Sakarya ayudara a compensar algunos de los pecados que se atribuían a las Fuerzas Nacionales. Al fin y al cabo, la liberación del Estado parecía estar al alcance de la mano y hacía mucho tiempo que el país no estaba a punto de ganar una guerra. Por lo tanto, era difícil negar que el futuro pertenecía a Ankara. Por lo menos unos cuantos antiguos opositores al CUP estaban dispuestos a aceptar que ese era el resultado más probable. «En la época más feliz del país –advirtió un histórico activista–, estamos saliendo como si estuviéramos desnudos…, escapando de un incendio por culpa de estos malnacidos [nacionalistas]».[21] Tener fe en Gran Bretaña o los Aliados ya no era prudente ni aceptable.

Otro tipo de examen de conciencia prevaleció entre los columnistas de Ankara. Mientras el ejército de Mustafá Kemal se preparaba para su gran asalto, la prensa de Ankara publicó un torrente de artículos que reflexionaban sobre el significado y las consecuencias del inminente triunfo. Uno de los escritores más prolíficos durante este periodo fue el joven parlamentario Mahmut Esat, que tenía sólidos vínculos con el Hogar Turco. En los meses posteriores a Sakarya, redactó numerosos artículos sobre el lugar del Movimiento Nacional en la historia. La inminente ofensiva nacionalista parecía corroborar su afirmación de que la nación se encontraba en un momento de transición similar a la Revolución francesa. Lo que el mundo estaba presenciando en Anatolia, aseguraba, era un movimiento popular para liberar la nación y acabar con la opresión del Ancien Régime otomano. Como en la Francia del siglo XVIII, el campesinado fue el principal protagonista de esta lucha. Según Esat, el sultán nunca tuvo en cuenta los intereses de Anatolia. Por el contrario, el Estado otomano, durante siglos, había explotado los esfuerzos y la lealtad del campesinado anatolio mientras se volvía cada vez más corrupto y

decrépito. En su opinión, el atraso inherente del Estado hizo que, durante mucho tiempo, el campesino de Anatolia fuera «la figura más triste y oprimida de la historia otomana».[22] Los horrores vividos desde el armisticio de 1918 habían demostrado que el imperio no podía salvarse ni redimirse. Detrás de cada acontecimiento trágico ocurrido desde la Gran Guerra, había, según él, «un palacio que sonríe y se carcajea» de los desastres y el luto de la nación.[23]

La dura interpretación que hacía Esat de la historia otomana colisionaba de forma llamativa con escritos anteriores sobre el Hogar Turco. Desde hacía mucho tiempo que los miembros del grupo criticaban la forma en la que los reformistas otomanos estaban intentando salvar el imperio. En general, coincidían en que el nacionalismo otomano tenía defectos irremediables como marco de ciudadanía e identidad. Sin embargo, el Estado otomano se consideraba una institución venerable, que podía salvarse si asumía su origen turco. Los artículos que Esat y otros nacionalistas publicaron durante este periodo supusieron un drástico abandono de este consenso. Aunque nunca se dice explícitamente, Sakarya dio a los nacionalistas mayor libertad para revisar tanto el pasado como el futuro sin deferencia hacia el sultán ni el imperio. Ya no había ningún incentivo para celebrar los seiscientos años de historia otomana como prueba de la durabilidad y legitimidad del imperio. Al fin y al cabo, las tendencias mundiales parecían indicar que hacía falta un cambio de régimen. «Expulsar el espíritu pútrido y asesino de la Sublime Puerta y del Palacio, dijo otro ideólogo, permitiría que una cultura de reforma más sólida emprendiera el vuelo.[24] En otras palabras, la construcción de una auténtica «nueva Turquía» significaba hacer realidad un país que, en lo fundamental, estaba más próximo a los ideales del Hogar.

Mustafá Kemal no era tan directo a la hora de expresar sus opiniones sobre la situación. En las entrevistas que concedió durante gran parte de 1922, se presentaba a sí mismo como alguien que siempre había discrepado de la CUP y de palacio. Sí, había sido un soldado leal, pero no siempre había estado de acuerdo con la forma de gobernar el país. Ahora tenía la certeza de que el «populismo» estaría en la base de la política de Estado. «Creo que en el siglo XX –dijo a un periodista francés– ya no hay un solo hombre que pueda imaginar que los pueblos son rebaños que algunos conducen con palos». Aparte de eso, ni en público ni en privado, no diría nada más sobre lo que había que hacer con el sultán. «En cuanto al futuro de Constantinopla, es una de esas cuestiones puramente internas y, como todas las demás de ese orden, la resolverá el gobierno de la Gran Asamblea Nacional de Turquía».[25]

Más difícil es conocer la opinión que tenía la población sobre el pasado, el presente y el futuro del imperio. Después de Sakarya, la posibilidad de un cambio político radical no se tradujo todavía en cambios inmediatos en la vida cotidiana. Cuando un gobernador nombrado por Ankara visitó una escuela en la zona rural de Konya, se ordenó a los jóvenes alumnos que le saludaran con tres vítores de «larga vida al sultán». Este fue un ejemplo, escribió más tarde, de «los problemas que sufrimos internamente porque estábamos actuando en contra del sultán».[26] Mientras tanto, las actividades en torno a palacio conservaban un aire de normalidad. Los jóvenes príncipes y otras personas próximas a la familia real siguieron disfrutando de «numerosos conciertos y representaciones» durante gran parte de 1922.[27] Mehmed VI continuó interviniendo en los asuntos de Estado, incluso en las cuestiones de poca importancia. En junio, hizo gala de su autoridad como califa al reprender a las mujeres de Estambul por ensuciar «la reputación de la mayoría virtuosa (…) al confraternizar con varones extranjeros en lugares públicos y privados».[28] Si hubiera que señalar un cambio más obvio en la cultura popular, sería que cada vez más ciudadanos, sobre todo musulmanes, habían dejado de considerarse otomanos. La prensa, incluso fuera de Ankara, se refería al país como Turquía. Los periodistas y redactores, la mayoría de las veces, se referían a todos los musulmanes como turcos, independientemente de la lengua que hablaran o de su lugar de origen. Hablar de la propia identidad tomando como referencia a la familia real otomana, por no hablar de un imperio de seiscientos años de antigüedad, parecía cada vez más anacrónico.

La inminente presencia de Mustafá Kemal, tanto dentro como fuera del país, intensificaba esta sensación creciente de cambio y transformación. Desde el inicio del Movimiento Nacional, Kemal nunca había rehuido a la prensa. Sus compromisos con los periodistas solían ser cautelosos y perspicaces. En el invierno de 1922 recibió a un corresponsal de Estambul e insistió en agasajarlo en su mansión en lo alto de una colina de Ankara. En medio de su maravillosa colección de libros y recuerdos, Kemal se presentó como un personaje serio. «El pashá comprendió enseguida cuál era el propósito de las preguntas, con su profunda inteligencia –recordaba el periodista–. Incluso adivinaba las preguntas que tenía en la punta de la lengua pero que mi rostro no era capaz de expresar bien».[29] Fue en esta entrevista cuando Kemal contó toda su vida hasta ese momento. Se situó a sí mismo en el centro de los principales acontecimientos, a la vez que subrayaba hasta qué punto había discrepado de los dirigentes del Estado otomano. Se opuso sutilmente a Enver Pashá, que había llevado el imperio a la ruina. Y, lo que es más importante, se presentó

como el principal protagonista en torno al cual se había concebido y construido el Movimiento Nacional. Las victorias obtenidas hasta 1922 eran suyas y también de los hombres que habían servido a sus órdenes.

Esas mismas impresiones de grandeza y destino se llevaron los observadores extranjeros. Sentado en el mismo salón decorado con espadas y obsequios de respetados dignatarios, el dominio controlado de Kemal dejó cautivado a un corresponsal francés. «Todo en su actitud –observó el periodista– refleja fuerza, calma, confianza en sí mismo; ni un aspaviento, ni un gesto brusco… Dice exactamente lo que quiere decir, pero no dice nada más».[30] *Con la culminación de la ofensiva de Kemal en 1922, casi todos los comentaristas occidentales proyectaron su disposición sobre el conjunto de la sociedad anatolia. Como individuo, parecía encarnar un cambio radical en el carácter y el espíritu del país. Desde la lejanía, incluso los responsables del conservador periódico The Times se hicieron eco de la creencia de que Kemal representaba a «un nuevo tipo de turco», que difería enormemente de sus predecesores. A diferencia de la mayoría de los personajes del Estado otomano, era un hombre joven, pulido por «una educación extensa y estricta». Había algo de grandioso, incluso artúrico, en el ascenso de este «pobre de origen innoble» que se había convertido en presidente de la Gran Asamblea Nacional. No padecía «la pereza mental y física» que los occidentales asociaban desde hacía mucho tiempo a los estadistas otomanos.*[31] *El nuevo mito de Kemal, como un hombre distinto de sus colegas y predecesores, no hizo más que fortalecerse después de 1922. Atatürk, como diría más tarde Winston Churchill, era «un príncipe guerrero», nacido para gobernar.*[32]

En Ankara, sin embargo, su futuro político inmediato seguía siendo una incógnita. Después de la batalla de Sakarya, sus rivales en la Asamblea Nacional se esforzaron por contenerlo, pero ninguno de los intentos de reducir la autoridad que le confería su condición de comandante en jefe del ejército consiguió un voto mayoritario en la asamblea. Pese a todo, Kemal tuvo que obedecer los consejos de varios personajes de peso. La dinámica de poder se complicó después de que Gran Bretaña liberara a varios líderes nacionalistas que estaban presos en la isla de Malta. Muchos de los que regresaron, como Kara Vasıf y Rauf Orbay, fueron los primeros organizadores de las Fuerzas Nacionales. Recién llegados a Ankara, se incorporaron a un cuantioso grupo de funcionarios que desconfiaban de la acumulación de poder de Kemal. Para algunos, reconstituir el CUP, al menos con ciertas competencias, era preferible al orden que estaba implantándose en la capital nacionalista. Un antiguo ministro confiaba en que aún quedaran antiguos Jóvenes Turcos «fuertes y honorables [y] sin ningún tipo de mancha» del pasado del partido.[33] No obstante, esa

hora de la verdad tendría que esperar hasta que acabara la guerra.

De momento, la caída de Esmirna en septiembre de 1922 dejó pocas dudas sobre quién mandaba. En el último artículo que escribió, el propio Ali Kemal aplaudió la hazaña de Mustafá Kemal y reconoció que quizá se había equivocado al dudar de la legitimidad de Ankara. Pero la guerra no había terminado del todo. Las tropas británicas seguían ocupando posiciones alrededor de los Dardanelos y el ejército griego permanecía instalado en Tracia oriental. Además, estaba la cuestión del estatus de Estambul, la capital imperial, bajo control aliado desde 1920. Después de haber conseguido barrer a los Aliados de toda Asia Menor, ni Mustafá Kemal ni sus lugartenientes estaban dispuestos a transigir. Durante la mayor parte de septiembre, el espectro de un conflicto más amplio rondaba la región. Whitehall insistió en que Gran Bretaña no retrocedería ante la amenaza nacionalista sobre Estambul y los Dardanelos. El control de la vía marítima que separaba Europa y Asia era, en palabras de Winston Churchill, de «gran importancia moral para el prestigio del Imperio».[34] Una vez más, las divisiones en el seno del gabinete de Lloyd George y los desacuerdos entre los Aliados debilitaron la determinación de Londres. París se había ganado el favor de Ankara y temía que una campaña conjunta de los Aliados para controlar los Estrechos Turcos socavara esa relación. Además, una lucha por los estrechos también conllevaba el riesgo de que se desataran las hostilidades con los bolcheviques, aliados de Ankara. Si no se encontraba una solución pacífica, advirtió el ministro de Asuntos Exteriores francés, había probabilidades también de una «revuelta musulmana en Asia».[35] La opinión pública británica y los líderes de los dominios británicos, en general, estaban de acuerdo. Ante el aislamiento y la disensión cada vez mayores, el gobierno de Lloyd George cedió a regañadientes. El «caso Chanak», como se lo conoció, acabó con un acuerdo para empezar a discutir un alto el fuego. A cambio, Londres aceptó una retirada más general de los Aliados del Estrecho, Estambul y la Tracia oriental.

Las consecuencias que este cambio tuvo para el Imperio británico y la política mundial se vieron inmediatamente eclipsadas por la incertidumbre que supuso el traspaso de estos territorios. Mientras los representantes británicos, franceses e italianos discutían los términos de un armisticio con los negociadores nacionalistas, una revuelta de oficiales derrocó al rey Constantino de Grecia. La posibilidad de enfrentamientos armados persistía mientras ambos bandos trataban de llegar al mejor acuerdo posible. Sin embargo, los representantes griegos, después de negarse a renunciar a sus conquistas en Tracia, acabaron cediendo también a las presiones nacionalistas y firmaron el

armisticio aliado. El alto el fuego pactado en Mudanya el 11 de octubre provocó un segundo éxodo masivo, esta vez desde la Tracia ocupada por Grecia. Mientras cientos de miles de armenios y griegos empaquetaban lo que podían llevarse, los residentes en Estambul esperaban ansiosos la llegada de las tropas nacionalistas. Cuando, el 19 de octubre, Ankara envió un contingente de gendarmes recién reclutados, multitudes de simpatizantes se alinearon en el litoral europeo de la capital. A diferencia de las masas que, cuatro años antes, habían visto a la flota aliada entrar en el puerto, la mayoría de los que acudieron ese día eran musulmanes locales. Familias enteras ondeaban la bandera escarlata otomana mientras la delegación nacionalista recorría los barrios predominantemente musulmanes del centro histórico de la ciudad. Una de las canciones que sonaron ese día era la recién bautizada «Marcha de Esmirna», una melodía compuesta originalmente para celebrar la invasión otomana del Cáucaso en 1918.[36] Varios altos cargos del gobierno imperial acudieron también a recibir a Refet Pashá, el principal representante de Ankara. Sin embargo, ese gesto de bienvenida suscitó escasa cordialidad. «Nuestro gobierno –criticó Refet– es un gobierno democrático, totalmente administrado por el pueblo y bajo la soberanía nacional».[37] Ni palacio ni las oficinas de la Sublime Puerta reinaban sobre el país.

La euforia se apoderó de Estambul mientras dramáticos acontecimientos ocurrían en Europa. La retirada de Lloyd George de los Estrechos Turcos le hirió políticamente. Después de perder el apoyo de sus socios conservadores de coalición, dimitió cuando Refet Pashá puso el pie en la capital otomana. Por su parte, Italia vibraba de emoción cuando Benito Mussolini reunió a sus partidarios en una marcha sobre Roma. Mientras los fascistas avanzaban con su revolución, los analistas occidentales sopesaban las consecuencias que tendrían estos y otros acontecimientos para una nueva serie de conversaciones de paz. Poco después del armisticio de Mudanya, se convocó una nueva conferencia de paz en la ciudad suiza de Lausana. Lo que no quedó claro fue qué gobierno negociaría con los Aliados. El gran visir en ejercicio, Tevfik Pashá, declaró su voluntad de asistir a las conversaciones junto con representantes de Ankara. Cuando un reportero francés preguntó a Mustafá Kemal qué opinaba al respecto, su respuesta fue contundente. El gobierno otomano, afirmó, era «la vieja Turquía» y, por lo tanto, formaba parte de la historia. «El gobierno y el propio sultán aceptaron las condiciones del Tratado de Sèvres, que puso fin a la independencia de Turquía. [Por tanto] podemos decir que el sultán y su gobierno se han suicidado».[38]

La declaración de Kemal reflejaba las decisiones cruciales que se

estaban tomando en Ankara. A finales de octubre, la Asamblea Nacional aprobó una moción destinada a abolir el cargo de sultán. La legislación presentada ante el organismo decía oficialmente que el imperio ya se había derrumbado y que «el nuevo gobierno de Turquía» ocupaba su lugar. Durante dos días de debate, todos los participantes coincidieron en que el sultán Mehmed VI Vahideddin y su cuñado Ferid eran culpables de graves actos de traición. El primero de sus numerosos delitos fue la firma del Tratado de Sèvres en 1920. Los defensores de la moción mostraron las acciones del sultán como prueba de un «sistema de autocracia» arraigado en «la ignorancia y el libertinaje». Los conservadores permanecieron en silencio mientras los oradores criticaban al imperio por haber durado seis siglos. Ahora iba a sustituirlo un Estado populista «joven y vigoroso».[39] La votación final sobre la moción para disolver el sultanato arrojó un resultado abrumador. De los ciento cuarenta miembros que votaron, dos lo hicieron en contra y otros dos se abstuvieron. El resto estuvo de acuerdo en que el imperio se había desmoronado.[40]

A lo largo de todo el debate sobre el estatus del sultanato, quedó claro que los diputados vacilaban sobre el derrocamiento definitivo de la familia real otomana. Una parte considerable de la Asamblea Nacional insistió en que debía seguir reinando un príncipe otomano como califa del islam. En opinión de muchos, era más que un imperativo religioso. Los musulmanes de todo el mundo reconocían el califato como una institución turca, sostuvo un diputado, por la que habían luchado y muerto «muchos millones de hijos turcos». «Hay un credo que forja la unidad del islam y esta nación sabe que el califato defiende la llamada del Corán».[41] Mustafá Kemal estaba totalmente de acuerdo. Según él, la historia islámica dejaba claro que las monarquías, como instituciones, desafiaban la voluntad de Dios. Sin embargo, era cierto que el «Estado de Turquía», como él denominaba el imperio, se había apoderado del califato como trofeo de guerra en el siglo XVI. Los sultanes otomanos lo habían hecho con la intención de «revitalizar y glorificar» el cargo de califa.[42] Ahora, el reinado traicionero de Mehmed VI obligaba a abolir el sultanato. No obstante, el califato perduraría como un cargo puramente espiritual. El razonamiento de Mustafá Kemal incomodó a algunos de los miembros más conservadores de la asamblea. Cuando algunos propusieron interrumpir el debate para que una comisión independiente dictaminara si la legislación se ajustaba a la ley islámica, Kemal arremetió contra ellos. «La soberanía –les dijo– se adquiere por la fuerza, el poder y la violencia. Fue con violencia como los hijos de Osman obtuvieron el poder para gobernar la nación turca y conservarlo durante más de seis siglos». Si la asamblea no actuaba tal

como él deseaba, era posible «que rodaran algunas cabezas».[43]

Las expresiones públicas de tristeza por la desaparición del imperio fueron mínimas. Los titulares de los periódicos, en general, se hicieron eco de la condena de Ankara del imperio y el sultanato de Mehmed VI. A diferencia de las actitudes de los primeros días del Movimiento Nacional, los seis siglos de historia del imperio habían dejado de ser un motivo de orgullo. Por el contrario, la antigüedad del sultanato se interpretaba como un impedimento o un anacronismo que había reprimido a la nación. No está claro hasta qué punto el ciudadano medio de la «nueva Turquía» asimiló la disolución del imperio. En Estambul se celebraron grandes concentraciones para festejar la consecución de la «soberanía nacional» en varios distritos de la ciudad. Además, muchos residentes en la capital imperial se enfrentaban a la probabilidad real de que su vida y sus medios de subsistencia estuvieran a punto de cambiar. Durante generaciones, la burocracia imperial había sostenido la economía de Estambul. Miles de familias dependían del gobierno y de palacio para el comercio o el empleo público. Con el nuevo gobierno nacionalista en el poder, cientos de funcionarios, asistentes y familias destacadas se vieron amenazados por la ruina económica o personal. Todavía más confuso aún es cómo veía el resto del país los acontecimientos de la capital. Entre la destrucción que había causado la retirada griega y la euforia inspirada por el avance de Mustafá Kemal hacia el oeste, es posible que la reacción de la opinión pública sobre la disolución de la monarquía quedara acallada. El dramatismo y el ritmo abrumador de los acontecimientos dejaban poco margen para el debate o la melancolía.

El temor a las represalias también limitó las efusiones. Cuando llegó Refet Pashá a Estambul, los alborotadores destrozaron las ventanas de las casas y los comercios pertenecientes a personas no musulmanas. Las tensiones fueron en aumento en las semanas siguientes, cuando manifestantes indignados, muchos de ellos estudiantes universitarios, dieron rienda suelta a su ira contra los Aliados y los no musulmanes. Temiendo correr la misma suerte que los cristianos residentes en Esmirna, cerca de cincuenta mil griegos y armenios decidieron huir de la antigua capital entre octubre y diciembre de 1922.[44] El miedo también provocó un éxodo menor, pero no menos profundo, de fieles próximos a palacio. La salida de Damad Ferid de Estambul a finales de septiembre marcó el inicio de esta oleada de marchas masivas. Otros antiguos altos cargos, como el şeyhülislam Dürrizade Abdullah, que había condenado a muerte a Mustafá Kemal, le siguieron inmediatamente al exilio. Sin embargo, Ali Kemal prefirió refugiarse en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Cuando entró Refet en

la metrópoli, los nacionalistas locales insinuaron la suerte que le aguardaba. A finales de octubre, los nuevos responsables de su antiguo periódico publicaron en portada una caricatura en la que aparecía su cabeza cortada sobre una pica.[45] Ali Kemal desestimó las provocaciones y siguió «guardando las apariencias» con la esperanza de que los tribunales y la opinión local le dieran la razón.[46] A principios de noviembre, unos hombres vestidos de negro le apresaron mientras estaba sentado en una barbería. Días después, las noticias anunciaban que había aparecido su cuerpo colgado de un caballete de ferrocarril en la ciudad de İzmit. Se rumoreaba que lo llevaban a Ankara cuando los interceptó el temido general Nureddin Pashá. Igual que había hecho con el arzobispo de Esmirna, Nureddin jaleó a una turba para que lo mataran a golpes y luego lo colgó ante la mirada de todos.

El sultán también se mostró obstinado sobre su futuro inmediato. En las semanas que siguieron a su destronamiento, hizo todo lo posible por atenerse a las costumbres y los protocolos de su legado, pero cada vez resultaba más difícil ignorar que era un emperador sin imperio. Los periódicos le tachaban constantemente de traidor y pedían su detención. Durante sus últimas audiencias públicas en la mezquita de Yıldız, a las afueras del palacio, ya no se ofrecieron plegarias en su nombre como sultán. Después del secuestro de Ali Kemal, la seguridad personal de Mehmed VI parecía aún más precaria. La posibilidad de que a él también se lo llevaran a rastras y lo asesinaran hizo que muchos de sus asistentes huyeran. Por fin, la noticia de que docenas de antiguos leales a palacio se habían refugiado en la embajada obligó a las autoridades británicas a tomar medidas drásticas. Tras una entrevista «muy dolorosa» con el alto comisionado británico, Mehmed VI presentó oficialmente una solicitud de asilo.[47] Paradójicamente, en reconocimiento de su degradación, Vahideddin firmó su solicitud como «califa de los musulmanes».[48]

El último sultán del Imperio otomano partió de Estambul en la madrugada del 17 de noviembre de 1922. La mayor parte de su familia se quedó atrás, mientras que él y su hijo pequeño salieron escondidos en unas ambulancias conducidas por guardias británicos. El comandante en jefe de las fuerzas aliadas, el general Charles Harington, lo escoltó hasta el HMS Malaya, que le esperaba frente a la costa. Pasaron varias horas hasta que los funcionarios de palacio se percataron de que Mehmed VI había abandonado la ciudad. El sultán depuesto dedicó las semanas siguientes a reflexionar. Finalmente se instaló en Italia, en la ciudad balneario de San Remo. Allí le recibió el nuevo gobernante del país, Benito Mussolini. El Duce abrazó afectuosamente a Mehmed VI y deseó al «majestuoso emperador

otomano» una estancia agradable como «estimado huésped» de Italia.[49] Nunca regresó a su hogar. En 1924, la Asamblea Nacional turca prohibió formalmente a la familia real volver a poner un pie en el país. Decenas de personas, como Damad Ferid, también fueron acusadas de traición y se las despojó de su ciudadanía. No obstante, los ayudantes de Mehmed que sobrevivieron hicieron todo lo posible para mantener el mismo decoro que habían conocido en su palacio de Estambul. A medida que los invitados y simpatizantes iban y venían, Mehmed decidió llevar revólver por temor a ser asesinado. Murió sin un céntimo en 1926. Sus deudas eran tan cuantiosas que las autoridades italianas confinaron su ataúd hasta que se saldaran las cuentas que tenía en la ciudad. El fallecimiento del último sultán otomano suscitó un interés internacional relativo. Como señalaba una necrológica francesa, era habitual que la muerte fuera un asunto escabroso dentro de la familia real otomana. Muchos príncipes otomanos habían enloquecido y se habían suicidado. Otros habían sido estrangulados para evitar un fratricidio. Mehmed VI exhaló su último suspiro «al menos con la satisfacción de acabar sus días de forma menos trágica».[50]

LECCIONES APRENDIDAS Y DESAPRENDIDAS:

LA LARGA SOMBRA DEL IMPERIO OTOMANO

Costó meses llegar a un acuerdo de paz en Lausana. Las negociaciones estuvieron llenas de tensiones y de temores constantes de que se reanudara la guerra. Cuando, en el verano de 1923, se llegó a un acuerdo, todas las partes habían tenido que renunciar al menos a algunas de sus exigencias iniciales. Cada uno de los Aliados se vio obligado a reconocer la existencia del Estado independiente de Turquía. Los representantes de Mustafá Kemal consiguieron la mayor parte de las tierras que reclamaban en virtud del Pacto Nacional de 1920. Sin embargo, los negociadores no llegaron a un acuerdo definitivo sobre la vieja provincia de Mosul, que reclamaban en su totalidad Turquía e Irak. Hicieron falta tres años más y una investigación oficial de la Liga de Naciones para que Bagdad se adjudicara este territorio y su riqueza en petróleo. La renuncia a Mosul, así como a otras tierras que consideraban de carácter fundamentalmente «turco», fue un trago amargo para algunos miembros de la Gran Asamblea Nacional. Aun así, en Ankara, la mayoría se alegraba de haber conservado los territorios que las tropas nacionalistas habían conquistado mediante las armas. Además, Turquía quedó exenta de pagar una parte considerable de las deudas que el Imperio otomano tenía con sus acreedores europeos. Quizá el aspecto más polémico de las negociaciones fue el denominado «intercambio de poblaciones» entre Grecia y Turquía. Aunque Atenas y Estambul habían acordado, en principio, dicho intercambio en 1914, la violencia desatada de los años siguientes hizo que las discusiones de Lausana fueran mucho más delicadas. Ankara, por ejemplo, quería que Estambul quedara totalmente limpia de griegos. Por su parte, Atenas pretendía expulsar a todos los musulmanes de la región fronteriza de Tracia occidental. Finalmente, ambos países llegaron a un acuerdo y autorizaron la permanencia de sus respectivas comunidades. No se concedieron más exenciones. Para cuando se completó el intercambio, aproximadamente cuatrocientos mil musulmanes habían abandonado Grecia. A cambio, Turquía expulsó a 1,2 millones de cristianos ortodoxos.

Cuando, en agosto de 1923, los legisladores de Ankara ratificaron el acuerdo, Mustafá Kemal había comenzado a diseñar un amplio programa

para el futuro de Turquía. En primavera convocó un gran «congreso económico» en Esmirna. En la apertura del acto, abordó las que, a su juicio, eran las causas de las debilidades económicas de Turquía. En su opinión, el subdesarrollo del país era consecuencia de la historia otomana. Desde las supuestas «épocas doradas» de los primeros sultanes, la política estatal se guiaba por los «sentimientos y deseos» del monarca. Como consecuencia, los extranjeros y los no musulmanes habían dominado la economía a expensas del campesinado. Esa era la razón de que el imperio terminara en bancarrota y dejara a la nación turca «prisionera entre el volk otomano». «Señores –decretó Kemal–, si buscamos las razones de esta triste situación, de esta miseria que aflige a la nación, las encontraremos directamente en el concepto del Estado [otomano]».[51] Con este ánimo había anunciado previamente la creación de un «Partido Popular» que tomaría el relevo de la Asociación para la Defensa de los Derechos. Por definición, sería un partido populista dedicado a hacer una reforma revolucionaria.

Después de años de acusar a los nacionalistas por ser precursores del bolchevismo y la insurrección panislamista, muchos de los críticos más fervientes de Ankara fueron aceptando poco a poco Turquía y las promesas de la revolución de Kemal. El Times, por ejemplo, recibió el derrocamiento del sultán como algo providencial. La «vieja Turquía», con su «estructura curiosamente compuesta», su «burocracia bizantina» y su «despectiva tolerancia hacia los pueblos cristianos», había pasado merecidamente a la historia. También habían desaparecido las ambigüedades que definían la política nacional del imperio. Antes de Kemal, los dirigentes del país «seguían siendo otomanos y no totalmente turcos». Ahora, con el derrocamiento del sultán, un sentimiento más concreto de pertenencia nacional se estaba gestando en el país, un cambio que permitía el florecimiento de «un nuevo tipo de turco».[52] La presencia constante de Mustafá Kemal ante la opinión pública reforzaba esta impresión. Mientras sus representantes se reunían con los negociadores aliados en Lausana, él recorría el oeste y el sur de Anatolia, pronunciando discursos y visitando escuelas y clubes sociales. Sus palabras estaban siempre con la vista puesta en el futuro y eran confiadas y tranquilizadoras. Su extraordinaria disposición a comparecer ante el público reforzaba la credibilidad de sus discursos. Ningún estadista otomano, ni el sultán ni los fundadores del CUP, había viajado nunca por el campo para relacionarse con el pueblo. El hecho de que Latife, la esposa de Kemal, se dejara ver a menudo a su lado contribuyó a dar la impresión de que se iniciaba una era de liderazgo más tolerante. Latife, licenciada en la Sorbona, hablaba inglés y francés y era una defensora acérrima de la democracia popular y el sufragio femenino. La energía y la autenticidad que desprendía la pareja hizo que aumentaran las expectativas de Occidente sobre lo que parecía estar naciendo en la

“nueva Turquía”. En el verano de 1923, un corresponsal de The New York Times escribió: «Siempre se ha representado a Turquía como un “hombre enfermo”, pero creo que sería una mejor representación pictórica la de una joven que acaba de quitarse el velo y mira por primera vez al mundo cara a cara y con esperanza».[53]

Hasta cierto punto, el ambiente que imperaba en la política mundial alentó a los comentaristas occidentales a ver Turquía con ojos más benévolos. Los negociadores aliados llegaron a Lausana sabiendo que habían perdido más de lo que habían ganado desde 1918. Las buenas relaciones de Ankara con Francia, Italia y el gobierno soviético dieron un mayor peso a Turquía. Tras la dimisión de Lloyd George, era evidente que Gran Bretaña y Grecia estaban obligadas a ceder en una serie de cuestiones. Sin embargo, la situación fuera de Europa hizo que los Aliados pudieran respirar un poco más tranquilos. Con el fin de la guerra civil en el antiguo Imperio ruso, los temores al expansionismo soviético empezaron a remitir. Las insurrecciones nacionalistas en los imperios británico y francés también parecían estar en declive. Para sorpresa de muchos, el derrocamiento de Mehmed VI no provocó un estallido de ira musulmana. En la India, varios líderes del movimiento Khilafat llegaron incluso a defender las acciones de Ankara. Un disidente indio declaró que «los poderes ilimitados en manos de califas y sultanes, como en manos de zares y káiseres, han sido causa de males inconmensurables». La «nueva Turquía», concluyó, tenía por tanto todo el derecho a «recibir el respeto de las naciones libres» por lo que había hecho.[54] Estas garantías por parte de los musulmanes indios apuntalaron las afirmaciones de Ankara de que Turquía pretendía convertirse en un Estado más constructivo y progresista. El cansancio también influyó en las opiniones de muchos observadores mundiales aquel invierno. Habían pasado cuatro años desde el final de la Gran Guerra. En ese tiempo, muchas partes del mundo no habían conocido demasiada paz. Además, estaba claro que la política de las naciones y los Estados había cambiado considerablemente desde la llegada de los negociadores por primera vez a Versalles. La «nueva Turquía» reflejaba estas tendencias políticas. Sus aspiraciones parecían estar en sintonía con la juventud y los valores de su nuevo líder. Dado lo que había sucedido y las posibilidades de lo que podría venir, había pocas razones para mirar atrás y echar de menos el Imperio otomano. Su disolución parecía un resultado adecuado y natural de la historia.

El mito de la «nueva Turquía» se consolidó aún más en las décadas siguientes. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, una revolución política y cultural había recorrido el país. Después de proclamar la república en octubre de 1923, Mustafá Kemal aprobó una serie de

reformas administrativas e institucionales. Un poco más tarde, se abolieron y sustituyeron los sistemas jurídicos y educativos otomanos. Las reformas eran cada vez más invasivas; por ejemplo, con la prohibición del fez, los turbantes y el uso de prendas religiosas. La implantación de estas nuevas restricciones se justificó como un intento de crear una sociedad más «moderna». Tal como explicó Kemal en 1925, «la pena y el dolor» habían sido algo normal en «el mundo turco e islámico» desde que los musulmanes se habían quedado sin acceso a «la transformación y "el gran nivel" que exige la civilización».[55] La misma lógica sirvió para justificar un plan todavía más ambicioso de reforma de la lengua otomana. En 1928, el gobierno prohibió el uso de las letras árabes y persas asociadas al alfabeto otomano para usar un nuevo sistema de escritura basado en la escritura latina. Los editores de prensa y libros no tuvieron más que unos meses para prepararse antes de que todas las publicaciones se vieran obligadas a adoptar el «alfabeto de Gazi». Con los años, las campañas del gobierno para reformar el idioma se intensificaron y se impuso el uso de nuevas palabras «turquizadas» destinadas a reemplazar expresiones más comunes derivadas del árabe o el farsi. Gran parte de este nuevo vocabulario carecía de base en el habla cotidiana, hasta el punto de que los periódicos publicaron glosarios y vocabularios para ayudar a los lectores. Sin embargo, el «nuevo turco» se anunció como una lengua más natural, que era un reflejo genuino de la historia, la cultura y el espíritu de la nación turca. La lengua otomana, dijo un columnista, «era tan fabricada, artificial y forzada como la nación otomana».[56]

La admiración occidental por tales reformas, así como el inminente culto a la personalidad de Atatürk, ocultaron muchos de los sufrimientos y realidades que acompañaron a la revolución. Desde las primeras semanas que siguieron a la abolición del sultanato, cada vez más comentaristas percibieron una tendencia hacia el autoritarismo en el país. Lo que preocupaba especialmente a los conservadores, así como a algunos nacionalistas leales, fue el uso caprichoso del poder por parte de Ankara y su intolerancia para con los disidentes. «En un país constitucional, la oposición es un instrumento legal que fomenta la prosperidad y la perfección», escribió un popular periodista a finales de 1922. Antes de la guerra, el CUP había reprimido despiadadamente a sus oponentes, un error, añadió, que «nos llevó a la catástrofe».[57] No había pasado un año de esta columna cuando Mustafá Kemal puso en evidencia que tenía esa misma tendencia a la represión. Los primeros problemas surgieron cuando varios periódicos de Estambul publicaron una carta de dos de los fundadores del movimiento Khilafat de la India en la que pedían que se preservara el

califato. Las autoridades arrestaron de inmediato a varios directores y columnistas y los acusaron de traición. La carta se consideró una prueba de la conspiración británica para utilizar el cargo de califa con el fin de debilitar la soberanía turca.

La paranoia del gobierno no se limitaba sólo a complots extranjeros imaginarios. Después de derrocar a Mehmed VI, la Asamblea Nacional autorizó a su primo Abdülmecid a asumir el cargo de califa. Abdülmecid II se enorgullecía de ser un erudito poco interesado en la política. Sin embargo, mientras los disidentes de la Asamblea Nacional reflexionaban sobre los planes para formar un partido de oposición, los aliados de Kemal acusaron a Abdülmecid de intentar resucitar el poder de la familia real otomana. Como prueba de ello, sus críticos alegaron la relación que mantenía con los políticos descontentos. «Si en algún momento a un califa se le ocurre interferir en el destino de este país –declaró el primer ministro İsmet İnönü–, no tendremos reparos en cortarle la cabeza».[58]

Tras esta amenaza, la Asamblea Nacional votó a favor de abolir el califato y expulsar del país a los miembros que quedaban de la familia real. La oposición al gobierno de Kemal corrió pronto la misma suerte. En 1925, las autoridades prohibieron el único partido de oposición del país y lo acusaron de aliarse con los reaccionarios que pretendían restaurar el califato. Los líderes del partido, entre los que había héroes de la causa nacionalista como Rauf Orbay y Kâzım Karabekir, fueron arrestados posteriormente, acusados de intentar asesinar a Mustafá Kemal y de resucitar el Comité de Unión y Progreso. Ambos fueron absueltos, pero se les inhabilitó para ejercer ningún cargo político hasta después de la muerte de Atatürk, en 1938.

De ningún modo, la revolución kemalista fue impulsada por la ambición personal y la inseguridad. Los elementos fundamentales de la revolución de Atatürk, como la reforma lingüística y la «modernización» de las prácticas e instituciones islámicas, eran objetivos históricos del Hogar Turco. Los ideólogos, igual que antes de la guerra, consideraban que el programa de Kemal era vital para la supervivencia del Estado. La instauración oficial de la República de Turquía permitió hacer realidad lo que muchos miembros del movimiento habían anhelado: un gobierno que defendiera los ideales de un nacionalismo explícitamente turco. Sin embargo, a diferencia de la embriagante retórica de la Asociación para la Defensa de los Derechos, los directores de periódicos y las autoridades turcas acabaron por prescindir de la idea de que el islam alimentaba el sentimiento de pertenencia o patriotismo de la nación. Con el tiempo, los miembros de etnias a los que antes se elogiaba por ser hermanos

musulmanes o leales conciudadanos otomanos –kurdos, árabes o albaneses– se convirtieron en objeto de burla. Muchos siguieron el ejemplo de Mahmut Esat, que rehízo la imagen de los turcos de Anatolia como víctimas históricas de la opresión a manos de sus vecinos musulmanes. «El antiguo Imperio otomano –escribió en 1924– luchó sin cesar contra los árabes, los albaneses y otros elementos islámicos durante siglos, y sufrió el mayor perjuicio por ello. Todos estos [pueblos] no sirvieron para fortalecer a los turcos, [sino que] causaron sus debilidades». En épocas más recientes, señaló a los circasianos que habían resistido contra las Fuerzas Nacionales en nombre del sultán. «Pensamos que no queda ningún turco que pueda olvidar a los circasianos, que se llaman a sí mismos musulmanes, que hicieron esto o aquello en los días más peligrosos y tristes de la patria turca».[59]

Los ideólogos como Mahmut Esat hablaban mucho menos de los no musulmanes y de su lugar en la joven República turca. Con todo lo sucedido, no había razones para ello. Tras el intercambio de población con Grecia, se prohibió categóricamente a los griegos vivir en Anatolia o Tracia. Los griegos nativos de Estambul, bajo la protección del Tratado de Lausana, soportaban condiciones cada vez más duras. En las décadas siguientes, la discriminación y las amenazas violentas obligarían a muchos de ellos a abandonar la ciudad. En 1935, la comunidad griega de Estambul era de sólo 113.000 personas, aproximadamente un tercio de su población anterior a 1914.[60] Según estimaciones de 2020, se calcula que sólo residen en la ciudad dos mil griegos.[61] Los armenios que aún viven en Turquía afrontan dificultades similares. Como los griegos de Estambul, los ciudadanos turcos de ascendencia armenia han luchado por preservar su cultura a la vez que refutaban las sospechas populares de ser traidores. Aparte de los sesenta mil armenios que se calcula que residen hoy en Turquía, es posible que haya otros dos millones de personas en el país que ocultan o desconocen su ascendencia armenia.[62] Es difícil saber qué importancia tuvo el final del Imperio otomano para estos y otros cristianos nativos.

A pesar de la desaparición del imperio, los esfuerzos de Ankara por crear una nación turca más coherente se vieron plagados de ambigüedades y dificultades. Uno de los primeros, y más significativos, obstáculos con que se toparon los nacionalistas turcos fue la recepción e integración de los deportados procedentes de Grecia. En Lausana, los negociadores de Ankara insistían en que Turquía sólo aceptaría como posibles inmigrantes a musulmanes que hablaran turco, una condición que Atenas aceptó. Cuando, a partir de 1923, empezaron a llegar cientos de miles de inmigrantes, los funcionarios descubrieron que gran parte de estos no

hablaban ni entendían el turco. Los musulmanes sólo sabían griego o se identificaban como albaneses. Los nacionalistas intransigentes de Ankara acusaron a Atenas de engañar a Turquía por haber enviado «extranjeros» en lugar de «verdaderos turcos». La población local de varias partes del país también miraba a los inmigrantes con recelo y hostilidad. «[Los lugareños] decían que éramos gavurs [infieles o cristianos] y que estábamos corrompidos por los griegos –explicó un colono de Creta más tarde–, pero somos descendientes de soldados otomanos y de los Barbarrojas y los Turguts [legendarios capitanes marinos otomanos]».[63] *La capacidad de Ankara para separar a los inmigrantes turcos de los no turcos no mejoró con el paso del tiempo. A pesar de las órdenes de prohibir la entrada a los solicitantes de asilo no turcos, las autoridades de fronteras acogieron a cientos de miles de inmigrantes de Bulgaria, Yugoslavia, Rumanía y la Unión Soviética. La razón por la que tantos iban a Turquía se basaba a menudo en los precedentes otomanos. Desde 1923, miles de tártaros de Crimea como Hüseyin Fehmi han acabado estableciéndose en Turquía en busca de refugio contra la opresión. Numerosos albaneses y bosnios, además de musulmanes del Cáucaso, se han reasentado en Turquía en busca de una vida mejor, sobre todo tras los conflictos de los años noventa del pasado siglo. En muchos sentidos, el hecho de que Ankara fuera incapaz de regular, y mucho menos integrar, a estos recién llegados ha contribuido a preservar un sentido de diversidad imperial. Hoy en día, millones de turcos tienen sus raíces fuera de Anatolia. Muchos conservan un sentido de pertenencia e identidad que está enraizado en las experiencias del imperio, no en la etnia.*

Otros atributos más esenciales del país socavaron aún más la afirmación de que Turquía era una nación única e indivisible. Al finalizar la década de 1920, Atatürk ayudó a fomentar la creencia de que la línea del armisticio de 1918 correspondía a las fronteras demográficas naturales de la República turca. Las fronteras políticas acordadas en Lausana, sostenía, encerraban la nación turca. Los observadores internacionales, los disidentes y los funcionarios locales sabían que esto era falso. No sólo había gente que hablaba turco más allá de las fronteras del país, sino que la República de Turquía era, por naturaleza, una tierra de muchas lenguas y culturas. En lugar de aceptar esta diversidad, los altos dirigentes de la joven república consideraron que la riqueza cultural de Anatolia era una amenaza persistente contra el Estado y la nación. A partir de unos planes concebidos en tiempos del CUP, las autoridades de Ankara se apresuraron a actuar para aplastar todas las expresiones de identidad kurda. «En nuestros tiempos de debilidad, es muy probable que se incite a adoptar una identidad kurda monolítica», advirtió Kâzım Karabekir en 1923. Si Ankara no tomaba medidas para asimilar y

«civilizar» a los kurdos, era muy probable que «se destruyan a sí mismos y nos dañen a nosotros».[64] Durante el mandato de Atatürk, los administradores recurrieron a diversas tácticas para erradicar la cultura kurda, como los reasentamientos forzosos, las restricciones lingüísticas y los castigos colectivos. El estallido de varias rebeliones armadas aumentó la ferocidad de esta campaña. Igual que en 1921, Dersim se convirtió de nuevo en escenario de insurrección y represión masiva. En 1937 y 1938, en varias ofensivas, que continúan protegidas por el secreto oficial, las fuerzas de seguridad turcas llevaron a cabo amplias operaciones contra presuntas áreas de resistencia en la zona. Los aviones y otras armas se cobraron un terrible precio entre la población. El terror infligido por los soldados turcos, como recordaba uno de ellos, estuvo a la altura de los estragos causados por Nureddin Pashá. «Hoy se han barrido las montañas y los bosques –escribió en su diario–. Nuestra compañía trajo la cabeza de uno de los infames [rebeldes]… Hay un soldado llamado Ruşen en nuestra unidad. Corta todas las cabezas. Aquí hemos sido muy desgraciados».[65]

Sorprendentemente, los kurdos resistieron estos ataques y conservaron su cultura. Hasta cierto punto, la resistencia kurda sintonizó con una tendencia general de oposición e indiferencia a la campaña de nacionalización de Ankara. En toda Turquía, los ciudadanos encontraron formas de sortear las nuevas restricciones culturales que se les imponían. Es increíble que una de las instituciones que sobrevivió al propio Mustafá Kemal fuera la lengua otomana. Desde el inicio de las reformas lingüísticas de 1928, la gente de toda condición social siguió escribiendo en el alfabeto otomano, no en el latino. Incluso los estadistas, como el primer ministro de la época de posguerra Adnan Menderes, siguieron tomando notas en otomano y no en turco «moderno». Los intentos de Atatürk de imponer su léxico recién inventado y «turquizado» tampoco resultaron fáciles, puesto que la gente siguió utilizando palabras y expresiones derivadas del árabe o el farsi. No obstante, a la larga, el otomano dejó de ser una lengua viva. A medida que las generaciones de turcos nacidos después de la muerte de Kemal llegaban a la edad adulta, las antiguas expresiones otomanas dieron paso a un «turco moderno», más simple, que se enseñaba en las escuelas. En los años setenta, el vocabulario de aproximadamente el 70 por ciento de los artículos de prensa consistía en palabras reales o inventadas asociadas a las reformas posteriores a 1928.[66] A finales del siglo XX, a la mayoría de los ciudadanos alfabetizados les resultaba imposible leer, y mucho menos comprender del todo, la lengua de quienes habían crecido siendo ciudadanos otomanos. Hoy en día, el número de turcos capaces de leer y

comprender el otomano es una franja muy pequeña de la sociedad. La mayoría de los turcos ha perdido la capacidad de comprender cómo hablaban o se veían a sí mismos sus antepasados.

La muerte de la lengua otomana ha tenido un efecto aún más profundo en las personas que viven fuera de la actual Turquía. En el caso de los árabes y diversos pueblos de los Balcanes, gran parte de la historia de su comunidad se halla en documentos y libros conservados en la República de Turquía. Un viaje a los archivos otomanos de Estambul puede que no sea demasiado caro, pero el número de personas que viven fuera de Turquía y son capaces de leer fuentes otomanas es realmente minúsculo. De hecho, esta realidad ha avivado los sentimientos de alienación que se observan entre muchos pueblos del antiguo imperio. En la mayoría de los países de Oriente Medio y los Balcanes, la enseñanza de la historia en las escuelas públicas suele partir de la descripción del pasado otomano como una época de profundo atraso y opresión. Tanto en Grecia como en Armenia o Egipto, el reinado de los sultanes se interpreta en general como un periodo de dominación extranjera, equiparable a los regímenes imperiales británico, ruso y francés que dominaron gran parte de Asia y África. En países como Irak, Siria y Líbano, este relato se convirtió en el canon durante las primeras décadas tras la disolución oficial del Imperio otomano. Lo insólito es que muchos de los que ayudaron a consagrar esta interpretación de la historia eran eruditos, oficiales y funcionarios que habían servido en la administración otomana. No está del todo claro si los primeros ciudadanos de Siria, Irak o Jordania adoptaron de inmediato esta versión del pasado o conservaron otra opinión sobre el Imperio otomano. En cualquier caso, hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo árabe había logrado despertar la atención y la lealtad de la mayoría de los pueblos que vivían en las antiguas provincias árabes del imperio. Al empezar la Guerra Fría, la dominación otomana se consideró un largo y oscuro prólogo a la fundación de los nuevos Estados de Oriente Medio. Desprenderse del «yugo turco» no fue más que un paso intermedio hacia la plena independencia árabe.

En Europa y Estados Unidos son pocos los que han querido aprender las lecciones del final del Imperio otomano. Al fin y al cabo el Tratado de Lausana y la instauración de la República turca parecían haber resuelto la llamada «cuestión de Oriente». Por otro lado, los Estados gobernados por mandato que habían sustituido al antiguo imperio fijaron los intereses británicos y franceses en Oriente Próximo durante muchos años. Churchill, por ejemplo, recordaba con orgullo cómo había gestionado el gobierno británico sus intereses en Anatolia. Aunque reconocía que Londres se había equivocado al confiar en

Grecia, estaba seguro de que Gran Bretaña había hecho bien en retener los Estrechos Turcos tanto tiempo. La «enérgica actuación» británica, en palabras de Churchill, había sentado las bases del «respeto mutuo» que había definido las negociaciones de Lausana.[67] Cuando, en 1929, escribió sobre ello, tenía la seguridad de que la fortaleza de Londres en los Dardanelos demostraba la durabilidad del Imperio británico, no su debilidad. Ni él ni otros grandes estadistas recordaron el desmembramiento y la disolución del sultanato como un presagio para el futuro. La agitación que la resistencia otomana despertó en Asia y África se desvaneció al comenzar la Segunda Guerra Mundial. También se olvidó que los Aliados habían sido incapaces de imponer su voluntad absoluta en Anatolia y el Levante después de 1918. En última instancia, otros momentos históricos posteriores, como la crisis de Suez en 1956, fueron más aleccionadores para los ardientes imperialistas de Gran Bretaña y Francia. Los estadounidenses tampoco han aprendido directamente nada de la disolución del Imperio otomano. Más de un presidente de Estados Unidos ha mencionado la visión de Woodrow Wilson de un mundo más democrático como inspiración para las políticas de Washington en Oriente Medio y otros lugares. En cambio, rara vez se han analizado con detalle los fracasos concretos de Wilson a la hora de garantizar la paz en tierras otomanas.

Sin embargo, no sería acertado decir que el Imperio otomano perdió toda su relevancia cuando se disolvió. Las reformas de Atatürk quizá empañaron algunos aspectos del pasado imperial de Turquía, pero no debilitaron el afecto que muchos ciudadanos sentían por el imperio y su historia. En el apogeo de la presidencia de Kemal, los periódicos publicaban habitualmente historias que recordaban el heroísmo y los triunfos del ejército otomano. Venerables escritores conocidos por sus opiniones políticas reformistas escribieron obras que conmemoraban a los mártires y los territorios perdidos durante el reinado de los sultanes. El poeta Yahya Kemal, en su oda al final de la Gran Guerra, expresaba tanta tristeza por la pérdida de su país como por los muertos en el frente. «Los que murieron, murieron –escribió sobre el año 1918–. Sufrimos con los que se quedaron. Ahora somos una comunidad despreciada en la patria. Los que murieron, al final, se salvaron de esta confusión. Y detrás de sus párpados está la vieja patria».[68]

La rehabilitación del Imperio otomano avanzó con rapidez tras la Segunda Guerra Mundial. Como una época y un lugar que representaban tanto la grandeza como la pérdida, el imperio fue un manantial del que se alimentaron por igual los que lo ensalzaban y los que lo criticaban. En 1953, las autoridades y los ciudadanos

celebraron con júbilo el quinto centenario de la toma de Constantinopla por el sultán Mehmed II. Las festividades destacaron el poderío militar histórico del país y la idea de que la ciudad había seguido siendo turca a pesar de los bizantinos y los griegos. A principios de los años cincuenta también hubo una oleada de textos de historia revisionistas que lamentaban la desaparición del imperio. Uno de los que encabezaron este resurgimiento fue el poeta y polemista Necip Fazıl Kısakürek. Ferviente conservador religioso y contrario a las reformas de Atatürk, Kısakürek criticó a los Jóvenes Turcos por ser masones infieles que habían intentado socavar el carácter islámico del imperio. Además de deshacerse en elogios hacia Abdülhamid II como símbolo de la unidad y la piedad islámicas, defendió ardientemente a Mehmed VI como patriota otomano que, según él, había ayudado a crear y defender el Movimiento Nacional. Estas afirmaciones y otras similares hicieron que Kısakürek fuera juzgado y encarcelado por insultar a Atatürk y a la nación turca.

La interpretación del pasado de Recep Tayyip Erdoğan toma muchas cosas prestadas de los escritos y creencias de Kısakürek. Como primer ministro y presidente de la República turca, ha respaldado la tesis de que la caída del Imperio otomano fue una catástrofe política y moral. Según Erdoğan, los grandes sultanes representaron la cumbre del poder turco, la sofisticación y la virtud islámica. Ahora bien, su romántico apego al pasado otomano no está exento de incoherencias internas. Al mismo tiempo que idolatra el sultanato, nunca ha llegado a condenar la instauración de la república. Sostiene que el régimen fundado por Atatürk fue la continuación de un Estado turco imperecedero que se remonta al Imperio selyúcida medieval (una hipótesis que defendían muchos fervientes partidarios de Mustafá Kemal). Erdoğan tampoco ha puesto nunca en duda la validez ni el heroísmo del Movimiento Nacional de Kemal. Sin embargo, no ha dejado de promocionar su presidencia como una auténtica «nueva Turquía» que contrasta más con las políticas fallidas de los sucesores de Atatürk que con el Imperio otomano. Al mirar el presente y el futuro, Erdoğan lleva tiempo asegurando que las mismas fuerzas que humillaron al Imperio otomano en 1918 siguen amenazando la supervivencia de Turquía. Para Erdoğan, el golpe de 2016 que estuvo a punto de derrocarlo inició «una segunda guerra de independencia», un conflicto que ha enfrentado a Turquía con los griegos, las grandes potencias de Europa y Estados Unidos, además de con los traidores del país. Según él, el objetivo de la conspiración de julio de 2016 «fue el intento de ocupar el último pedazo de nuestra tierra, que se redujo a una quinta parte [de su tamaño] en el breve periodo que abarca de 1912 a 1923».[69]

A los observadores internacionales no les ha pasado inadvertido el afecto que siente Erdoğan por el imperio. Desde que decidió intervenir militarmente en la guerra civil siria en 2016, ha hablado a menudo de los intereses estratégicos de Turquía en tierras que, en otros tiempos, gobernaba Estambul (o dentro de lo que llama de forma eufemística «fronteras espirituales» del país).[70] Estas afirmaciones han suscitado en el extranjero un flujo constante de editoriales y declaraciones oficiales que acusan a Erdoğan de tener un programa «neotomano» de expansión territorial. Independientemente de cuál sea el propósito de la política exterior de Ankara, lo que está claro es hasta qué punto los ciudadanos turcos vuelven hoy la vista hacia la historia imperial del país. Desde la década de 1970, los turcos han mostrado una firme voluntad de abrazar símbolos del pasado otomano. Tras la decisión de Ankara de devolver la ciudadanía turca a los miembros de la familia real otomana, los herederos del trono han sido recibidos en Turquía como huéspedes de honor. Décadas después de su muerte, los cuerpos de Enver y Talat Pashá fueron trasladados a Estambul, donde se les enterró como héroes de la nación turca. La fascinación popular por el pasado otomano ha alcanzado nuevas cotas gracias a la televisión. Los dramas de época basados en las conquistas e intrigas de los primeros siglos otomanos son ahora un elemento esencial de la cultura popular turca. Este cambio cultural es debido, en gran parte, a tensiones y acontecimientos relativamente recientes; sin embargo, este giro radical hacia la nostalgia imperial se limita casi exclusivamente a la República de Turquía. Los líderes del mundo árabe suelen mostrarse indiferentes ante las alusiones de Ankara al imperio. En la mayor parte de Oriente Medio, los gobiernos demostraron poco interés en conmemorar el centenario de la Primera Guerra Mundial. En 2016, Erdoğan se esforzó por celebrar el centenario de la victoria otomana sobre los británicos en Kut, en Irak. La batalla, declaró, fue un ejemplo de «cómo cuidó de su patria nuestra nación a pesar de todas las dificultades».[71] Bagdad, sin embargo, no respondió a los alardes de Erdoğan ni organizó conmemoraciones propias.

Las glorias del pasado otomano no son la única fuente de nostalgia popular. Es posible encontrar otras expresiones de añoranza que no se refieren a la pérdida del imperio como Estado. Si uno lee detenidamente las entrevistas de Michael Hagopian realizadas a supervivientes del genocidio armenio, se observa una mayor nostalgia de las familias y comunidades que quedaron atrás en las tierras otomanas. Muchos de los que permitieron que Hagopian los grabara expresaron rencor por lo que habían vivido. Muchos otros, incluidos los supervivientes de las peores deportaciones, aún encontraban palabras de afecto para los vecinos musulmanes que habían conocido

en su juventud, así como para sus pueblos y ciudades. Los ancianos turcos residentes en Esmirna que hablaron con antropólogos en los años noventa también tenían nostalgia de las cosas perdidas. Para Mehmed Ergun, que tenía ocho años cuando cayó el imperio, los griegos nativos no estaban menos consternados por la invasión de 1919. «Ellos, los [residentes griegos] más viejos, decían algo así como: "A este perro [se refería al ejército griego] no se le debería permitir que duerma aquí. Vivíamos maravillosamente en el Imperio Otomano. Y este [perro] ha hecho añicos nuestra tranquilidad"».[72] Es posible que los recuerdos de Ergun no reflejasen la época tal y como era, pero sus sentimientos se apoyaban en auténticas experiencias. Ser ciudadano otomano era algo que él vivió y estaba obligado a recordar.

Agradecimientos

Este libro nunca se habría escrito sin el apoyo de Mark Mazower. Gracias a él conocí al atento editor de esta obra, Simon Winder. Aunque llevaba mucho tiempo dándole vueltas a la idea de escribir una historia del Imperio otomano después de 1918, estoy seguro de que no habría dado con la estructura fundamental de este libro sin la ayuda de Simon. «El final del Imperio otomano —recuerdo que dijo— es algo sobre lo que solemos leer tras un larguísimo estudio que abarca décadas o siglos de historia. Sería muy útil entender cómo se desarrolló todo al final». Su consejo se me quedó grabado en la mente durante todo el proceso de escritura de esta historia. Y no tengo palabras para expresar lo feliz y agradecido que estoy por el resultado del libro. La edición y la mejora de esta obra han sido un auténtico trabajo de equipo. Su elaboración debe mucho a las orientaciones que recibí, por primera vez, de Virginia Aksan y Hasan Kayalı cuando era estudiante de posgrado. Sus opiniones fueron decisivas para animarme, hace muchos años, a abordar el periodo posterior a 1918. Desde luego, otros me han ayudado también en todo este tiempo. Entre ellos, debo mencionar especialmente a Ümit Kurt, que me dio oportunos consejos sobre las fuentes, y Ron Suny y Ari Şekeryan, que me invitaron a hablar sobre la redacción de este libro en la reunión anual del Centro de Estudios Armenios de la Universidad de Michigan. Me gustaría agradecer especialmente a Yaşar Cora que me haya permitido reproducir sus copias personales de las fotografías de Kalusd Sürmenyan. También estoy agradecido a los representantes de Türkiye İş Bankası Kültür Yayınları por permitirme reproducir la imagen de Hüseyin Fehmi Genişol, otra figura crucial cuyas memorias son fundamentales para la redacción de esta historia. Mi gratitud se extiende asimismo a la Levantine Heritage Foundation por el permiso para usar su extensa colección de fotos. Por último, pero no por ello menos importante, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a Kit Shepherd. Nunca a lo largo de mi carrera había tenido el placer de trabajar con un corrector tan diligente y minucioso. He aprendido verdaderamente mucho al ver toda la atención que ha prestado Kit al manuscrito. El libro es mucho mejor gracias a ese trabajo.

No podría haber hecho nada de todo esto sin el amor de mi familia. Mi esposa Mariana, mis hijos Amaya y Sebastian y mi madre Dedee son mi constante inspiración para seguir adelante. Para terminar, me gustaría dedicar este libro especialmente a alguien que fue una de las primeras personas en enseñarme el rumbo que he seguido hasta ahora.

Janet Davis fue mi profesora y mentora durante gran parte de mis años de instituto. Como alumno suyo durante tres de los cuatro cursos en el instituto de la Universidad de San Diego, tuve la suerte de aprender mucho sobre la historia de Europa y Asia. Fue en su clase donde recibí mis primeras lecciones sobre el Imperio otomano. Gracias a ella comprendí lo gratificante que es ser profesor e historiador. Espero que acepte este trabajo como una pequeña muestra de mi eterna gratitud.

Notas

INTRODUCCIÓN

1. Robert Gerwarth, The Vanquished: Why the First World War Failed to End (Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2016), p. 61. (Ed. española, Los vencidos. Por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017).

2. Hasan Babacan y Servet Avşar (eds.), Meşrutiyet Ruznamesi Cavid Bey, 3. Cilt (Ankara, Türk Tarih Kurumu Basımevi, 2014), p. 559.

3. Gwynne Dyer, «The Turkish Armistice of 1918: 2: A Lost Opportunity: The Armistice Negotiations of Moudros», Middle Eastern Studies, 8.3 (1972), p. 337.

4. Ahmet Ağaoğlu, Mütareke ve Sürgün Hatıralar (Estambul, Doğu Kitabevi, 2010), pp. 48-49.

5. Leon Trotsky, History of the Russian Revolution (Chicago, Haymarket Books, 2008), pp. 800, 818. (Ed. española, Historia de la Revolución rusa, Tafalla, Ed. Txalaparta, 2017).

6. Andreas Kappeler, The Russian Empire: A Multi-Ethnic History (Londres, Routledge, 2014), p. 371.

7. Terry Martin, The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939 (Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 2001), p. 5.

8. Peter Holquist, «To Count, to Extract, and to Exterminate: Population Statistics and Population Politics in Late Imperial and Soviet Russia», en Ronald Grigor Suny y Terry Martin (eds.), A State of Nations: Empire and Nation-Making in the Age of Lenin and Stalin (Oxford, Oxford University Press, 2001), pp. 111-144.

9. Peter Zarrow, After Empire: The Conceptual Transformation of the Chinese State, 1885-1924 (Stanford, CA., Stanford University Press, 2012), p. 287.

10. TBMM, Zabıt Ceridesi, Devre: 1, Cilt: 24, 30 de octubre de 1922, p. 293.

11. Ibíd., 1 de noviembre de 1922, p. 311.

12. Karen Jungblut, «Hagopian, J. Michael», USC Shoah Foundation Visual Archive Online, 4:20:28 http://vhaonline.usc.edu/viewingPage?testimo

13. «Award-Winning Filmmaker J. Michael Hagopian Dies at 97», Asbarez, 13 de diciembre de 2010.

14. Pelin Böke (ed.), İzmir, 1919-1922: Tanıklıklar (Estambul, Tarih Vakfı Yurt Yayınları, 2006).

15. Mustafa Kemal Atatürk, Nutuk, ed. Bedi Yazıcı (Istanbul: n.p., 1995), p. 805. (Ed. española, Demet Küçük, Pasajes seleccionados del Nutuk, Profil Yayıncılık, 2014).

16. Mustafa Oral, «Türk İnkılap Tarihi Enstitüsü (1933)», Ankara Üniversitesi Türk İnkılap Tarihi Enstitüsü Atatürk Yolu Dergisi, pp. 27-28

(2001), 329.

17. https://www.tccb.gov.tr/konusmalar/353/2988/1915-osmanli-imparatorlugunun-en-uzun-yili-sempozyumunda-yaptiklari-konusma (consultado el 7 de noviembre de 2019).

18. http://edam.org.tr/wp-content/uploads/2015/01/EdamAnket2015-1.pdf (consultado el 7 de noviembre de 2019).

19. https://www.tccb.gov.tr/haberler/410/105090/-amaci-hakikati-bulmak-olan-herkese-arsivlerimizin-kapilari-sonuna-kadar-aciktir- (consultado el 7 de noviembre de 2019).

CAPÍTULO 1. «NUESTRAS POLÍTICAS HAN FRACASADO»:

EL IMPERIO OTOMANO EN 1918

1. Brian Glynn Williams, The Crimean Tatars: The Diaspora Experience and the Forging of a Nation (Leiden, Brill, 2001), p. 227.

2. Kalusd Sürmenyan, Harbiyeli Bir Osmanlı Ermenisi (Estambul, Tarih Vakfı Yurt Yayınları, 2015), p. 42.

3. «Hard Times of the Sultan», The New York Times, 19 de mayo de 1890.

4. Neil Gale, The Midway Plaisance at the 1893 World's Columbian Exposition in Chicago (Lulu.com, 2017), p. 11.

5. Selim Deringil, The Well-Protected Domains: Ideology and the

Legitimation of Power in the Ottoman Empire, 1876-1909 (Londres, I. B. Tauris, 1998), p. 160.

6. Ryan Gingeras, Fall of the Sultanate: The Great War and the End of the Ottoman Empire, 1908-1922 (Oxford, Oxford University Press, 2016), p. 197.

7. Murat Özyüksel, The Hejaz Railway and the Ottoman Empire: Modernity, Industrialisation and Ottoman Decline (Londres, I. B. Tauris, 2014), p. 69.

8. Stefanos Katsikas, Islam and Nationalism in Modern Greece, 1821-1940 (Oxford, Oxford University Press, 2021), pp. 21, 289.

9. Benny Morris y Dror Ze'evi, The Thirty-Year Genocide: Turkey's Destruction of Its Christian Minorities, 1894-1924 (Cambridge, M.A., Harvard University Press, 2019), pp. 130-132.

10. Ahmet Reşit Rey, İmparatorluğun Son Döneminde Gördüklerim Yaptıklarım (1890-1922) (Estambul, İş Bankası Kültür Yayınları, 2007), p. 29.

11. David Roessel, In Byron's Shadow: Modern Greece in the English and American Imagination (Oxford, Oxford University Press, 2001), p. 45.

12. W. E. Gladstone, Bulgarian Horrors and the Question of the East (Londres, J. Murray, 1876), p. 53.

13. İpek K. Yosmaoğlu, «Counting Bodies, Shaping Souls: The 1903 Census and National Identity in Ottoman Macedonia», International Journal of Middle East Studies, 38.1 (2006), p. 62.

14. «The Turk at Home», Harper's New Monthly Magazine, 1 de diciembre de 1853, p. 798.

15. Selçuk Akşin Somel, The Modernization of Public Education in the Ottoman Empire, 1839-1908: Islamization, Autocracy and Discipline (Leiden, Brill, 2001), pp. 262-263.

16. Roderic H. Davison, Reform in the Ottoman Empire, 1856-1876 (Princeton, NJ, Princeton University Press, 1963), p. 3.

17. Niyazi Berkes, The Development of Secularism in Turkey (Nueva York, Routledge, 1998), p. 222.

18. Murat Birdal, «Fiscal Crisis and Structural Change in the Late Ottoman Economy», en Amal Ghazal y Jens Hanssen (eds.), The Oxford Hand-book of Contemporary Middle Eastern and North African History (Oxford, Oxford University Press, 2021), p. 37.

19. Bernard Lewis, The Emergence of Modern Turkey (Oxford, Oxford University Press, 1961), p. 136.

20. Murat R. Şiviloğlu, The Emergence of Public Opinion: State and Society in the Late Ottoman Empire (Cambridge, Cambridge University Press, 2018), p. 244.

21. Fatma Müge Göçek, Denial of Violence: Ottoman Past, Turkish Present, and Collective Violence against the Armenians, 1789-2009 (Oxford, Oxford University Press, 2015), p. 119.

22. Kemal H. Karpat, The Politicization of Islam: Reconstructing Identity, State, Faith, and Community in the Late Ottoman State (Oxford, Oxford University Press, 2001), p. 173.

23. La cita es de Namık Kemal, quizá el poeta y dramaturgo otomano más influyente del siglo XIX. Véase Doğan Gürpınar, Ottoman/Turkish Visions of the Nation, 1860-1950 (Londres, Palgrave Macmillan, 2013), p. 70.

24. Kemal H. Karpat, Ottoman Population, 1830-1914: Demographic and Social Characteristics (Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1985), p. 215. El dato se basa en los promedios documentados en las provincias de Erzurum, Adana, Ankara, Aydın, İzmit, Bitlis, Biga, Sivas, Trebisonda, Konya, Hüdavendigâr, Kastamonu y Van.

25. Nicholas Doumanis, Before the Nation: Muslim-Christian Coexistence and Its Destruction in Late Ottoman Anatolia (Oxford, Oxford University Press, 2012), p. 80.

26. Banu Turnaoğlu, The Formation of Turkish Republicanism (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2017), p. 100.

27. M. Şükrü Hanioğlu, The Young Turks in Opposition (Oxford, Oxford University Press, 1995), p. 187.

28. Steven W. Sowards, Austria's Policy of Macedonian Reform (Boulder, CO, East European Monographs, 1989), p. 76.

29. M. Şükrü Hanioğlu, Preparation for a Revolution: The Young Turks, 1902-1908 (Oxford, Oxford University Press, 2001), p. 220.

30. Sürmenyan, p. 42.

31. Douglas Scott Brookes (ed.), On the Sultan's Service: Halid Ziya Uşaklıgil's Memoir of the Ottoman Palace, 1909-1912 (Bloomington, IN, Indiana University Press, 2020), p. 229.

32. Bedross Der Matossian, «From Bloodless Revolution to Bloody Counterrevolution: The Adana Massacres of 1909», Genocide Studies and Prevention, 6.2 (2011), p. 162.

33. Ismail Kemal, The Memoirs of Ismail Kemal Bey (Londres, Constable and Co., 1920), pp. 366-368.

34. Hasan Kayalı, Arabs and Young Turks: Ottomanism, Arabism, and Islamism in the Ottoman Empire, 1908-1918 (Berkeley, CA, University of California Press, 1997), p. 88.

35. TNA/FO 294/47/38, 28 de agosto de 1910. También citado en Hans-Lukas Kieser, Talaat Pashá: Father of Modern Turkey, Architect of Genocide (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2018), p. 86.

36. A. Holly Shissler, Between Two Empires: Ahmet Ağaoğlu and the New Turkey (Londres, I. B. Tauris, 2003), p. 159.

37. Masami Arai, Turkish Nationalism in the Young Turk Era (Leiden, Brill, 1992), p. 61.

38. Enver Pascha, Um Tripolis (Múnich, Hugo Bruckmann Verlag, 1918), p. 10.

39. Feroz Ahmad, The Young Turks: The Committee of Union and Progress

in Turkish Politics, 1908-1914 (Londres, Hurst, 2009), p. 96.

40. Eyal Ginio, «Constructing a Symbol of Defeat and National Rejuvenation: Edirne (Adrianople) in Ottoman Propaganda and Writing during the Balkan Wars», en Stefan Goebel y Derek Keene (eds.), Cities into Battlefields: Metropolitan Scenarios, Experiences and Commemorations of Total War (Farnham, Ashgate, 2011), p. 97.

41. Erik-Jan Zürcher, «The Young Turks: Children of the Borderlands?», en Kemal H. Karpat y Robert W. Zens (eds.), Ottoman Borderlands: Issues, Personalities, and Political Changes (Madison, WI, University of Wisconsin Press, 2003), p. 281.

42. BCA 272.14.75.24.6.21, septiembre de 1920.

43. Ahmad, p. 129.

44. «Die Türkei nach dem Frieden», Neue Freie Presse, 18 de mayo de 1913 (encontrado en PAAA R 13193, A 10191, 18 de mayo de 1913).

45. Ümit Kurt, Türk'ün Büyük, Biçare Irkı (Estambul, İletişim Yayınları, 2012), p. 207.

46. Karpat, Ottoman Population, p. 188. Según las cifras de Estambul, había 1,7 millones de ciudadanos cristianos ortodoxos que aún vivían en el imperio en 1914.

47. «Muhacirler», Tasvir-i Efkar, 1 de enero de 1919.

48. Taner Akçam, The Young Turks' Crime against Humanity: The Armenian Genocide and Ethnic Cleansing in the Ottoman Empire (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2012), p. 68.

49. Ronald Grigor Suny, «They Can Live in the Desert but Nowhere Else»: A History of the Armenian Genocide (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2017), p. 203.

50. Halil Menteşe, Osmanlı Mebusan Meclisi Reisi Halil Menteşe'nin Anıları (Estambul, Hürriyet Vakfı Yayınları, 1986), p. 176.

51. Yiğit Akın, «The Ottoman Home Front during World War I: Everyday Politics, Society, and Culture», tesis doctoral, Ohio State University, 2011, p. 198.

52. Mustafa Aksakal, «Not "by Those Old Books of International Law, but Only by War": Ottoman Intellectuals on the Eve of the Great War», Diplomacy and Statecraft, 15.3 (2004), p. 512.

53. Sürmenyan, p. 45.

54. Hüseyin Fehmi Genişol, Çanakkale'den Bağdat'a Esaretten Kurtuluş Savaşı'na: Cephede Sekiz Yıl Sekiz Ay (1914-1923) (Estambul, Türkiye İş Bankası Kültür Yayınları, 2010), p. 3.

55. Mehmet Hacısalihoğlu, Jön Türkler ve Makedonya Sorunu (1890-1918) (Estambul, Tarih Vakfı Yurt Yayınları, 2008), p. 147.

56. Kieser, p. 167.

57. Hikmet Özdemir, The Ottoman Army, 1914-1918: Disease and Death on the Battlefield (Salt Lake City, UT, University of Utah Press, 2008), p. 52.

58. 'Die Türkische Presse', Osmanischer Lloyd, 11 de enero de 1916.

59. Yücel Yanıkdağ, Healing the Nation: Prisoners of War, Medicine and Nationalism in Turkey, 1914-1939 (Edimburgo, Edinburgh University Press, 2013), p. 17.

60. Akın, p. 203.

61. Taner Akçam, «When Was the Decision to Annihilate the Armenians Taken?», Journal of Genocide Research, 21.4 (2019), p. 477.

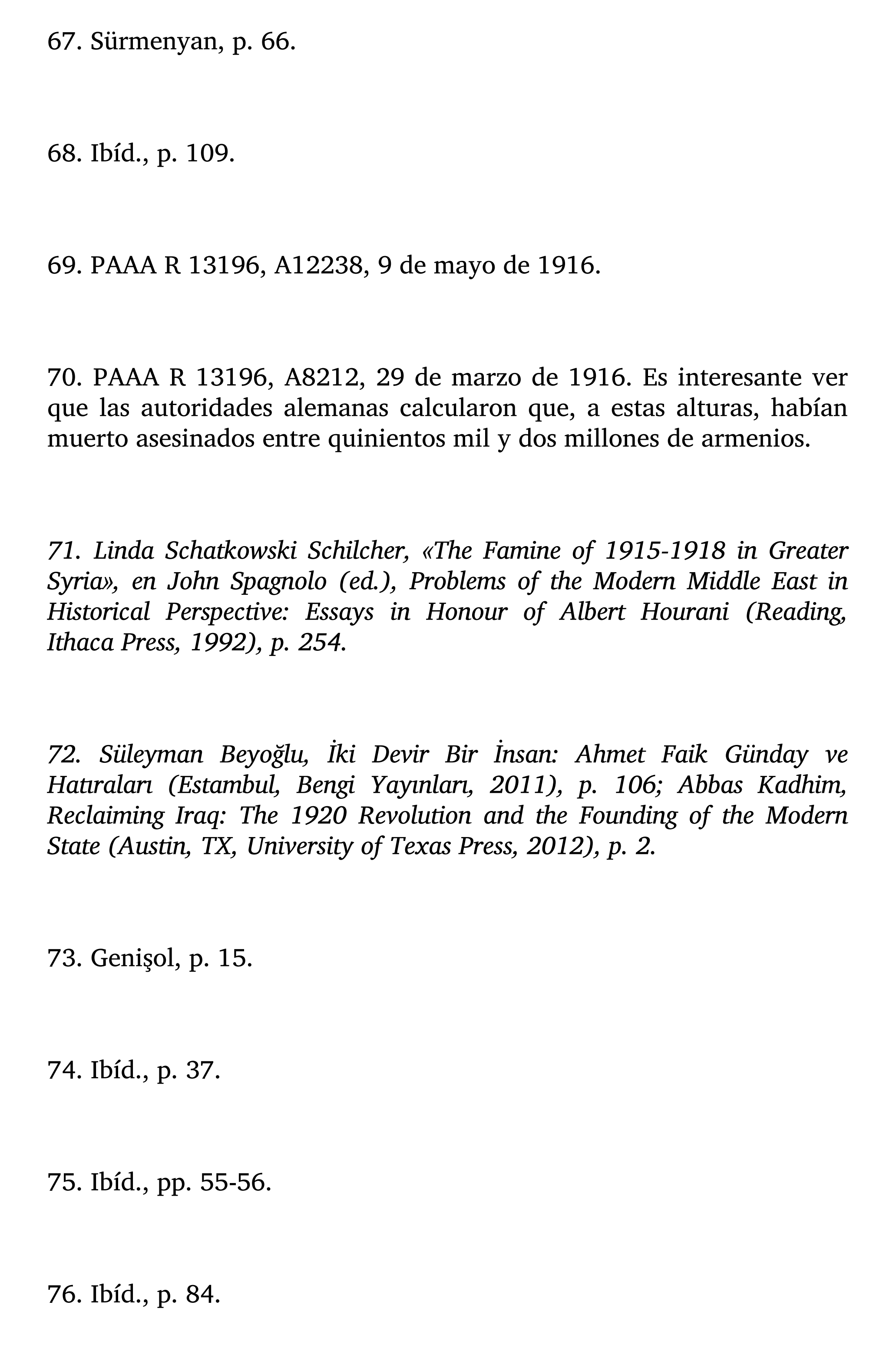
62. BOA.DH.MV 198/24. Reproducido en T. C. Başbakanlık Devlet Arşivileri Genel Müdürlüğü, Osmanlı Belgelerinde Ermenilerin Sevk ve İskanı (1878-1920) (Ankara, Sistem Ofset, 2007), pp. 155-156.

63. PAAA R 14086, A19744, 25 de junio de 1915.

64. Uğur Ümit Üngör, «Orphans, Converts, and Prostitutes: Social Consequences of War and Persecution in the Ottoman Empire, 1914-1923», War in History, 19.2 (2012), p. 177.

65. Murat Bardakçı, Talat Paşa'nın Evrak-ı Metrukesi (Estambul, Everest Yayınları, 2008), pp. 81, 91.

66. Morris y Ze'evi, pp. 486-488.



67. Sürmenyan, p. 66.

68. Ibíd., p. 109.

69. PAAA R 13196, A12238, 9 de mayo de 1916.

70. PAAA R 13196, A8212, 29 de marzo de 1916. Es interesante ver que las autoridades alemanas calcularon que, a estas alturas, habían muerto asesinados entre quinientos mil y dos millones de armenios.

71. Linda Schatkowski Schilcher, «The Famine of 1915-1918 in Greater Syria», en John Spagnolo (ed.), Problems of the Modern Middle East in Historical Perspective: Essays in Honour of Albert Hourani (Reading, Ithaca Press, 1992), p. 254.

72. Süleyman Beyoğlu, İki Devir Bir İnsan: Ahmet Faik Günday ve Hatıraları (Estambul, Bengi Yayınları, 2011), p. 106; Abbas Kadhim, Reclaiming Iraq: The 1920 Revolution and the Founding of the Modern State (Austin, TX, University of Texas Press, 2012), p. 2.

73. Genişol, p. 15.

74. Ibíd., p. 37.

75. Ibíd., pp. 55-56.

76. Ibíd., p. 84.

77. Ibíd., p. 83.

78. «Baku'nun Zabtından Sonra», Tanin, 25 de septiembre de 1918.

79. A. Alp Yenen, «The Young Turk Aftermath: Making Sense of Transnational Contentious Politics at the End of the Ottoman Empire, 1918-1922», tesis doctoral, Universidad de Basilea, 2019, pp. 67-68.

CAPÍTULO 2. «UNA COMEDIA DE DESCONFIANZA MUTUA»:

LOS ASPECTOS POLÍTICOS DE LA RENDICIÓN Y LA OCUPACIÓN

1. TNA/FO 371/4157/82979, 2 de junio de 1919.

2. Alan Sharp, Consequences of Peace: The Versailles Settlement-Aftermath and Legacy 1919-2010 (Londres, Haus Publishing, 2010), pp. 101-102.

3. TNA/FO 608/103/3626, 6 de marzo de 1919.

4. TNA/FO 608/103/3836, 10 de marzo de 1919.

5. Harold Nicolson, Peacemaking, 1919 (Nueva York, Grosset & Dunlap, 1965), p. 251.

6. Eleutherios Venizelos, Greece before the Peace Congress of 1919: A Memorandum Dealing with the Rights of Greece (Nueva York, publicado para la American-Hellenic Society por Oxford University Press, American branch, 1919), p. 23.

7. Awetis Aharonean et al., The Armenian Question before the Peace Conference (Nueva York, Press Bureau, the Armenian National Union of America, 1919), p. 28.

8. Ibíd.

9. Charles T. Thompson, The Peace Conference Day by Day: A Presidential Pilgrimage Leading to the Discovery of Europe (Nueva York, Brentano's Publishers, 1920), p. 181.

10. David H. Miller, My Diary at the Conference of Paris: With Documents, volumen IV (Nueva York, 1924), pp. 297-299.

11. Andrew Patrick, «Woodrow Wilson, the Ottomans, and World War I», Diplomatic History, 42.5 (2018), p. 909.

12. Andrew Patrick, America's Forgotten Middle East Initiative: The King-Crane Commission of 1919 (Londres, I. B. Tauris, 2015), pp. 49-50.

13. Briton Cooper Busch, Mudros to Lausanne: Britain's Frontier in West Asia, 1918-1923 (Albany, N.Y., State University of New York Press, 1976), p. 126.

14. Edmund Burke, «Moroccan Resistance, Pan-Islam and German War Strategy, 1914-1918», Francia, 3 (1975), p. 441.

15. Conor Meleady, «Negotiating the Caliphate: British Responses to Pan-Islamic Appeals, 1914-1924», Middle Eastern Studies, 52.2 (2016), p. 188.

16. Stanford J. Shaw, From Empire to Republic: The Turkish War of National Liberation, 1918-1923: A Documentary Study (Ankara, Türk Tarih Kurumu Basımevi, 2000), volumen 2, p. 135.

17. Venizelos, p. 19.

18. Michael Llewellyn Smith, Ionian Vision: Greece in Asia Minor, 1919-1922 (Londres, Hurst & Company, 1998), p. 65.

19. Nicolson, p. 346.

20. Papers Relating to the Foreign Relations of the United States: The Paris Peace Conference, 1919, volumen IV (Washington: United States Government Printing Office, 1943), p. 510 (https://history.state.gov/historical documents/frus1919Parisv04/d30).

21. Shaw, volumen 2, p. 417.

22. Ali Fuat Türkgeldi, Görüp İşittiklerim (Ankara, Türk Tarih Kurumu, 2010), p. 224.

23. Ahmet İzzet Paşa, Feryadım: Cilt I (Estambul, Nehir, 1992), p. 72. Este fue un comentario específico sobre los miembros de la organización nacidos en Rusia y sobre Ziya Gökalp, que era de origen kurdo. Para un análisis más detallado, véase el capítulo 5.

24. Ibíd., p. 224.

25. Douglas Scott Brookes (ed.), On the Sultan's Service: Halid Ziya Uşaklıgil's Memoir of the Ottoman Palace, 1909-1912 (Bloomington, IN, Indiana University Press, 2020), p. 79.

26. Murat Bardakçı, Şahbaba: Osmanoğulları'nın Son Hükümdarı VI. Mehmed Vahideddin'in Hayatı, Hatıraları ve Özel Mektupları (Estambul, İnkılap, 2006), p. 31.

27. Gotthard Jäschke, «Beiträge zur Geschichte des Kampfes der Türkei um ihre Unabhängigkeit», Die Welt des Islams, 5.1 (1957), p. 13.

28. Türkgeldi, p. 173.

29. Ibíd., p. 81.

30. Ahmet İzzet Paşa, Feryadım: Cilt 2 (Estambul, Nehir, 1992), pp. 9-10.

31. Donald Bloxham, The Great Game of Genocide: Imperialism, Nationalism, and the Destruction of the Ottoman Armenians (Nueva York, Oxford University Press, 2007), p. 137.

32. A. Alp Yenen, «The Young Turk Aftermath: Making Sense of Transnational Contentious Politics at the End of the Ottoman Empire, 1918-1922», tesis doctoral, Universidad de Basilea, 2019, p. 66.

33. Tarık Zafer Tunaya, Türkiye'de Siyasal Partiler, Cilt II: Mütareke Dönemi (Estambul, Hürriyet Vakfı Yayınları, 2003), p. 118.

34. Hasan Babacan y Servet Avşar (eds.), Cavid Bey, Meşrutiyet

Ruznamesi, 3. Cilt (Ankara, Türk Tarih Kurumu Basımevi, 2014), p. 592.

35. «İttihad ve Terakki İki İsmi», İkdam, 17 de noviembre de 1918.

36. «Hacı Adil Bey ve Çiftlikleri», Alemdar, 27 de diciembre de 1918.

37. «Anadolu Diyorki», Anadolu, 8 de noviembre de 1919. Este fragmento se encuentra también en Osman Akandere, «Damat Ferit Paşa Hükümetleri Döneminde Kuva-yı Milliye Hareketine Yöneltilen İthamlar», Atatürk Araştırma Merkezi Dergisi, 24.70 (2008), pp. 28-29.

38. Ayhan Aktar, «Debating the Armenian Massacres in the Last Ottoman Parliament, November-December 1918», History Workshop Journal, 64.1 (2007), pp. 251-252.

39. TBMM, Meclisi Ayan Zabıt Ceridesi, Devre: 3, Cilt: 1, 21 de noviembre de 1918, p. 122.

40. TBMM, Meclisi Mebusan Zabıt Ceridesi, Devre: 3, Cilt: 1, 4 de noviembre de 1918, p. 110.

41. Ibíd., p. 103.

42. Raymond Kévorkian, The Armenian Genocide: A Complete History (Londres, I. B. Tauris, 2011), pp. 783-784.

43. Yenen, «The Young Turk Aftermath», p. 65.

44. TBMM, Meclisi Ayan Zabıt Ceridesi, Devre: 3, Cilt: 1, 14 de noviembre de 1918, p. 90. Hay que decir que estas acusaciones concretas salieron de una investigación presentada en primer lugar por un alto oficial otomano.

45. Vahakn N. Dadrian y Taner Akçam, Judgment at Istanbul: The Armenian Genocide Trials (Nueva York, Berghahn Books, 2011), p. 314.

46. Sharp, p. 111.

47. «Vilson'nın Terazısı Doğru Tartiyorsa», Tasvir-i Efkar, 1 de diciembre de 1918.

48. «George Vashington», Vakit, 23 de febrero de 1919.

49. Nur Bilge Criss, Istanbul under Occupation, 1918-1923 (Leiden, Brill, 1999), p. 53.

50. «Hükümetin Muhtırası», İkdam, 3 de marzo de 1919.

51. Ahmet İzzet, Feryadım: Cilt 2, p. 56.

52. Türkgeldi, p. 211.

53. M. Tayyip Gökbilgin, Milli Mücadele Başlarken, I Cilt (Ankara, Türkiye İş Bankası Yayınları, 2011), p. 96.

54. Papers Relating to the Foreign Relations of the United States: The Paris Peace Conference, 1919, volumen IV (Washington: United States

Government Printing Office, 1943), p. 511 (https://history.state.gov/historical documents/frus1919Parisv04/d30).

55. Ahmet Ağaoğlu, «Siyaset: İktisadiyatımız ve Lisan», Tercüman-ı Hakikat, 3 de marzo de 1916.

56. Ahmet Ağaoğlu, «Siyaset: Halka Doğru», Tercüman-ı Hakikat, 10 de diciembre de 1917.

57. Halide Edip, «Evimize Bakalım», Vakit, 30 de junio de 1918.

58. Martin Hartmann, «Der Aufbau Anatoliens», Deutsche Levante Zeitung, 7 (1916), encontrado en PAAA R 13196 A 8212, 21 de marzo de 1916.

59. PAAA R 13196, A 18613, 14 de julio de 1916.

60. «Review of the Year's Work at Trebizond», The Orient, 3 de marzo de 1920.

61. Sinan Hakan, Türkiye Kurulurken Kürtler (1916-1920) (Estambul, İletişim Yayınları, 2013), p. 54.

62. BCA 490.001.648.151.1, No. 32160, 26 de agosto de 1933.

63. M. Kemal Temel, «The 1918 "Spanish Flu" Pandemic in the Ottoman Capital, Istanbul», Canadian Bulletin of Medical History, 37.1 (2020), p. 219.

64. Pelin Böke (ed.), İzmir, 1999-1922: Tanıklıklar (Estambul, Tarih Vakfı Yurt Yayınları, 2006), p. 73.

65. Fuat Dündar, Modern Türkiye'nin Şifresi: İttihat ve Terakki'nin Etnisite Mühendisliği (1913-1918) (Estambul, İletişim Yayınları, 2008), p. 418.

66. Ibíd., p. 410.

67. HHSt PA XXXVIII, 14 de octubre de 1918.

68. «Muhacirler ve Mülteciler», İleri, 3 de febrero de 1920.

69. TNA 371/4157/18850, 3 de febrero de 1919; TNA 371/4157/18851, 5 de febrero de 1919.

70. Kemal H. Karpat, Ottoman Population, 1830-1914: Demographic and Social Characteristics (Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1985), 184; TNA/FO 371/4157/83004, 2 de junio de 1919.

71. TNA/FO 371/4157/55062, 9 de abril de 1919.

72. Karpat, Ottoman Population, p. 176; Ümit Kurt, «Introduction», en Kevork Baboian, The Heroic Battle of Aintab (Londres, Gomidas Institute, 2017), p. xvii.

73. Ümit Kurt, «The Making of the Aintab Elite: Social Support, Local Incentives and Provincial Motives behind the Armenian Genocide (1890s-1920s)», tesis doctoral, Universidad de Clark, 2006, p. 171.

74. TNA/FO 371/4157/79408, 25 de mayo de 1919.

75. Karpat, Ottoman Population, p. 176; Venizelos, p. 36.

76. Venizelos, p. 24.

77. Mehmet Polatel, «Geri Dönüş ve Emval-ı Metruke Meselesi», en Ümit Kurt y Güney Çenğin (eds.), Kıyam ve Kıtal: Osmanlı'dan Cumhuriyet'e Devletin İnşası ve Kolektif Şiddet (Estambul, Tarih Vakfi Yurt Yayınları, 2015), p. 491.

78. Adem Günaydın, «The Return and Resettlement of the Relocated Armenians (1918-1920)», tesis de máster, Middle East Technical University, Ankara, 2007, p. 61.

79. TNA/FO 371/4157/18835, 5 de febrero de 1919.

80. Lerna Ekmekçioğlu, «A Climate for Abduction, a Climate for Redemption: The Politics of Inclusion during and after the Armenian Genocide», Comparative Studies in Society and History, 55.3 (2013), p. 527.

81. Zühtü Güven, Anzavur İsyanı: İstiklâl Savaşı Hatıralarından Acı Bir Safha (Ankara, Türkiye İş Bankası, 1965), p. 10.

82. Süleyman Beyoğlu, İki Devir Bir İnsan: Ahmet Faik Günday ve Hatıraları (Estambul, Bengi Yayınları, 2011), p. 334.

83. Hasan Basri Çantay, Kara Günler ve İbret Levhaları (Estambul, Ahmed Said Matbaası, 1964), p. 61.

84. Mustafa Ragıp Esatlı, İttihat ve Terakki'nin Son Günleri: Suikastlar ve Entrikalar (Estambul, Bengi, 2007), p. 88.

85. Elif Mahir Metinsoy, Ottoman Women during World War I: Everyday Experiences, Politics, and Confiict (Cambridge, Cambridge University Press, 2017), p. 124.

86. Charles King, Midnight at the Pera Palace: The Birth of Modern Istanbul (Nueva York, W. W. Norton, 2014), p. 148.

87. Yiğit Akın, «The Ottoman Home Front during World War I: Everyday Politics, Society, and Culture», tesis doctoral, Ohio State University, 2011, p. 168.

88. Elie Kedourie, «Young Turks, Freemasons and Jews», Middle Eastern Studies, 7.1 (1971), p. 103.

89. PAAA R 13930, A 19923, 13 de julio de 1919.

90. Eyüp Durukan, Günlüklerde bir Ömür - IV: Meşum Mütareke ve Meşru Mücadele (1918-1922) (Estambul, Türkiye İş Bankası, 2018), pp. 16, 25.

91. «Zavalli Türkler», Sabah, 15 de noviembre de 1918.

92. USNA RG 59, 867.00/855, 25 de marzo de 1919.

93. Sam Kaplan, «Documenting History, Historicizing Documentation: French Military Officials' Ethnological Reports on Cilicia», Comparative Studies in Society and History, 44.2 (2002), p. 351.

94. Ephraim K. Jernazian, Judgment unto Truth: Witnessing the Armenian Genocide (New Brunswick, NJ, Transaction Publishers, 1990), pp. 110-111.

95. Keith David Watenpaugh, Being Modern in the Middle East: Revolution, Nationalism, Colonialism, and the Arab Middle Class (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2012), p. 142.

96. TNA/FO 371/4157/66819, 1 de mayo de 1919.

97. Sarkis Torossian, From Dardanelles to Palestine: A True Story of Five Battle Fronts of Turkey and Her Allies and a Harem Romance (Boston, MA, Meador Publishing Company, 1947), pp. 202-203.

98. HHSt PA XXXVIII, 8 de septiembre de 1913.

99. USNA RG 59, 867.00/859, 5 de abril de 1919.

100. Umit Eser, «All Loud on the Western Front: Ethnic Violence, Occupation, and the Ottoman Bureaucrats in Aydin Province (Vilâyet), 1919-1922», tesis doctoral, Universidad de Londres, School of Oriental and African Studies, 2016, pp. 45-46.

101. Böke (ed.), p. 136.

102. TNA/FO 608/103/9513, (?) mayo de 1919.

103. Christopher Gratien, «The Mountains Are Ours: Ecology and Settlement in Late Ottoman and Early Republican Cilicia, 1856-1956», tesis doctoral, Universidad de Georgetown, 2015, p. 436.

CAPÍTULO 3. SE REANUDA LA GUERRA:

ORÍGENES Y CONSECUENCIAS DEL

RENACIMIENTO DEL IMPERIO OTOMANO

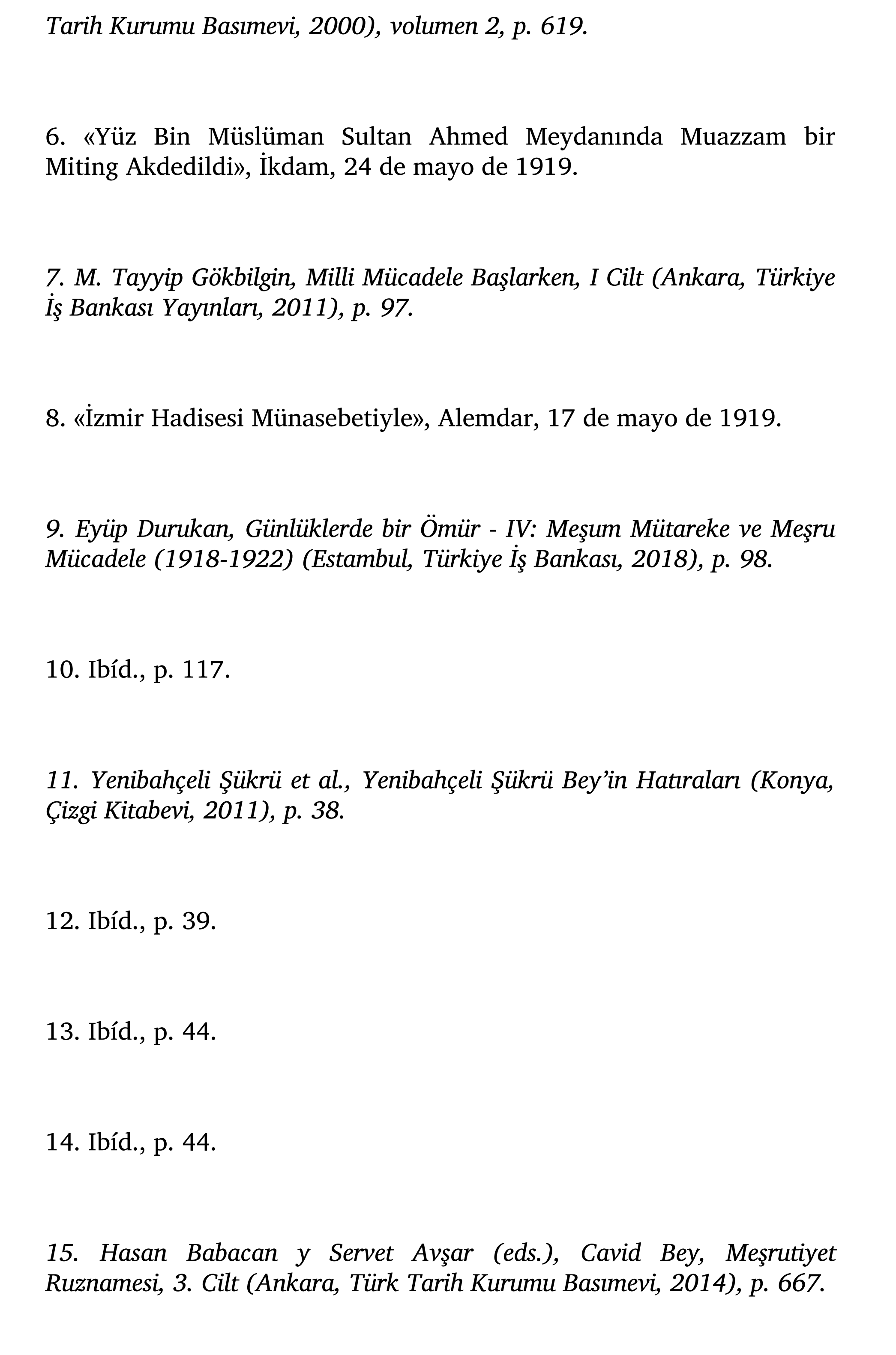
1. Victoria Solomonidis, «Greece in Asia Minor: The Greek Administration of the Vilayet of Aidin, 1919-1922», tesis doctoral, King's College, Universidad de Londres, 1984, pp. 52-53.

2. Greek Atrocities in the Vilayet of Smyrna (May to July 1919) (Lausana, Permanent Bureau of the Turkish Congress at Lausanne, 1919), p. 20.

3. Ellinor Morack, «Fear and Loathing in 'Gavur' Izmir: Emotions in Early Republican Memories of the Greek Occupation (1919-1922)», International Journal of Middle East Studies, 49.1 (2017), p. 72.

4. «Galeyan Mili: Vilayetden Gelen Telegraflar», Tasvir-i Efkar, 19 de mayo de 1919.

5. Stanford J. Shaw, From Empire to Republic: The Turkish War of National Liberation, 1918-1923: A Documentary Study (Ankara, Türk



Tarih Kurumu Basımevi, 2000), volumen 2, p. 619.

6. «Yüz Bin Müslüman Sultan Ahmed Meydanında Muazzam bir Miting Akdedildi», İkdam, 24 de mayo de 1919.

7. M. Tayyip Gökbilgin, Milli Mücadele Başlarken, I Cilt (Ankara, Türkiye İş Bankası Yayınları, 2011), p. 97.

8. «İzmir Hadisesi Münasebetiyle», Alemdar, 17 de mayo de 1919.

9. Eyüp Durukan, Günlüklerde bir Ömür - IV: Meşum Mütareke ve Meşru Mücadele (1918-1922) (Estambul, Türkiye İş Bankası, 2018), p. 98.

10. Ibíd., p. 117.

11. Yenibahçeli Şükrü et al., Yenibahçeli Şükrü Bey'in Hatıraları (Konya, Çizgi Kitabevi, 2011), p. 38.

12. Ibíd., p. 39.

13. Ibíd., p. 44.

14. Ibíd., p. 44.

15. Hasan Babacan y Servet Avşar (eds.), Cavid Bey, Meşrutiyet Ruznamesi, 3. Cilt (Ankara, Türk Tarih Kurumu Basımevi, 2014), p. 667.

16. «Bostancı Fedaisi Kurbanları», İkdam, 4 de marzo de 1919.

17. Rifat Yüce, Kocaeli Tarih ve Rehberi (İzmit, Türk Yolu Matbaası, 1945), p. 65.

18. TNA/FO 371/4157/62437, 5 de abril de 1919.

19. Süleyman Beyoğlu, İki Devir Bir İnsan: Ahmet Faik Günday ve Hatıraları (Estambul, Bengi Yayınları, 2011), p. 365.

20. Kâzım Karabekir, İstiklal Harbimiz (Estambul, Türkiye Yayınevi, 1960), p. 18.

21. Osman Selim Kocahanoğlu, Atatürk-Karabekir Kavgası (Estambul, Temel Yayınları, 2013), p. 70.

22. Sadi Borak y Utkan Kocatürk (eds.), Atatürk'ün Söylev ve Demeçleri: Tamim ve Telgrafiarı, Cilt V (Ankara, Türk Inkılap Tarihi Enstitüsü Yayınları, 1972), pp. 89-90.

23. Ibíd., p. 92.

24. Ibíd.

25. Gérard Tongas, Atatürk and the True Nature of Modern Turkey (Londres, Luzac & Co., 1939), p. 21.

26. Nilüfer Hatemi, «Unfolding a Life: Marshal Fevzi Çakmak's

Diaries», Tesis doctoral, Universidad de Princeton, 2000, p. 651.

27. Mustafa Kemal Atatürk, Nutuk, ed. Bedi Yazıcı (Estambul, s.l., 1995), p. 72.

28. Yenibahçeli Şükrü et al., p. 108.

29. Osman Selim Kocahanoğlu (ed.), Rauf Orbay'ın Hatıraları, 1914-1945 (Estambul, Temel Yayınları, 2005), p. 198.

30. Ali Çetinkaya, Askerlik Hayatım: Irak Cephesi, İşgal İzmir'i ve Ayvalık, 1914-1922 (Estambul, Türkiye İş Bankası Kültür Yayınları, 2012), p. 6.

31. TNA/FO 371/4157/22090, 8 de febrero de 1919.

32. Çetinkaya, p. 347.

33. Adnan Sofuoğlu, «İzmir İşgali Sonrasında Yunanlıların Batı Anadolu'da İşgali Genişletmeleri ve Bölgede Oluşan Milli Direniş», Ankara Üniversitesi Türk İnkılâp Tarihi Enstitüsü Atatürk Yolu Dergisi, 8.29 (2002), p. 137.

34. Çetinkaya, p. 442.

35. Hasan Basri Çantay, Kara Günler ve İbret Levhaları (Estambul, Ahmed Said Matbaası, 1964), p. 16.

36. TNA/FO 608/103/20849, noviembre de 1919.

37. Atatürk, Nutuk, pp. 886-887.

38. Kâzım Karabekir, Günlükler (1906-1948) (Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 2009), p-560.

39. Mazhar Müfit Kansu, Erzurum'dan Ölümüne Kadar Atatürk'le Beraber (Ankara, Türk Tarih Kurumu Basımevi, 1986), p. 20.

40. Cevat Dursunoğlu, Milli Mücadele'de Erzurum (Erzurum, Erzurum Kitaplığı, 1998), p. 96.

41. Ali Fuat Cebesoy, Milli Mücadele Hatıraları (Estambul, Temel Yayınları, 2000), p. 199.

42. Ali Fuat Türkgeldi, Görüp İşittiklerim (Ankara, Türk Tarih Kurumu, 2010), p. 235.

43. Durukan, p. 182.

44. Ahmet İzzet Paşa, Feryadim: Cilt 2 (Estambul, Nehir, 1992), p. 74.

45. Kansu, 390.

46. «İstanbul İntihabına Dikkat Edelim», Tasvir-i Efkar, 30 de octubre de 1919.

47. TNA/FO 371/4161/161867, 12 de noviembre de 1919.

48. TNA/FO 371/5043/E-1363, 11 de marzo de 1920.

49. El único no musulmán elegido en 1919 fue Mişon Ventura, un profesor de derecho de Estambul que era judío.

50. TBMM, Meclisi Mebusan Zabıt Ceridesi, Devre: 4, Cilt: 1, 31 de enero de 1920, p. 50.

51. Ibíd., 17 de febrero de 1920, pp. 144-145.

52. Ibíd., 9 de febrero de 1920, p. 72.

53. Ibíd., 16 de febrero de 1920, p. 116.

54. TBMM, Meclisi Ayan Zabıt Ceridesi, Devre: 4, Cilt: 1, 16 de febrero de 1920, p. 67.

55. 'Arabistan', Hakimiyet-i Milliye, 10 de enero de 1920.

56. 'Osmanlılık ve Türklük', İkdam, 30 de enero de 1920.

57. Ibíd.

58. PAAA R 13930, A 19923, 13 de julio de 1919.

59. TBMM, Meclisi Ayan Zabıt Ceridesi, Devre: 4, Cilt: 1, 16 de febrero de 1920, p. 70.

60. Fatih Mehmet Sancaktar, «Son Osmanlı Meclisi Ayan'ında Damat Ferit Paşa Taraftarlarının Faaliyeti ve Anadolu Hareketine Etkisi», Yakın Dönem Türkiye Araştırmaları, 0.9 (2006), p. 156.

61. Kemal Özer, Kurtuluş Savaşında Gönen (Gönen, Türkdili Matbaası, 1964), p. 60.

62. Hacim Muhittin Çarıklı, Balıkesir ve Alaşehir Kongreleri ve Hacim Muhittin Çarıklı'nın Kuvayı Milliye Hatıraları, 1919-1920 (Ankara, Türk Inkılâp Tarihi Enstitüsü, 1967), p. 19.

63. Ibíd., p. 24.

64. Özer, p. 60.

65. Muhittin Ünal, Miralay Bekir Sami Günsav'ın Kurtuluş Savaşı Anıları (Estambul, Cem Yayınevi, 2002), p. 197.

66. TNA/FO 371/4158/105778, 27 de junio de 1919.

67. Beyoğlu, p. 389.

68. Yenibahçeli Şükrü et al., pp. 102-103.

69. Brad Dennis, «Explaining Coexistence and Conflict in Eastern Anatolia, 1800-1878», tesis doctoral, Universidad de Utah, 2015, p. 99.

70. Nuri Dersimi, Hatıratım (Estocolmo, Roja Nu Yayınları, 1986), p. 42.

71. Memorandum on the Claims of the Kurd People (París, Imprimerie A.-G. L'Hoir, 1919), p. 14.

72. Kâzım Karabekir, Kürt Meselesi (Estambul, Emre, 2004), p. 10.

73. Sinan Hakan, Türkiye Kurulurken Kürtler (1916-1920) (Estambul, İletişim Yayınları, 2013), p. 152.

74. Andrew Mango, «Atatürk and the Kurds», Middle East Studies, 35.4 (octubre de 1999), pp. 6-7.

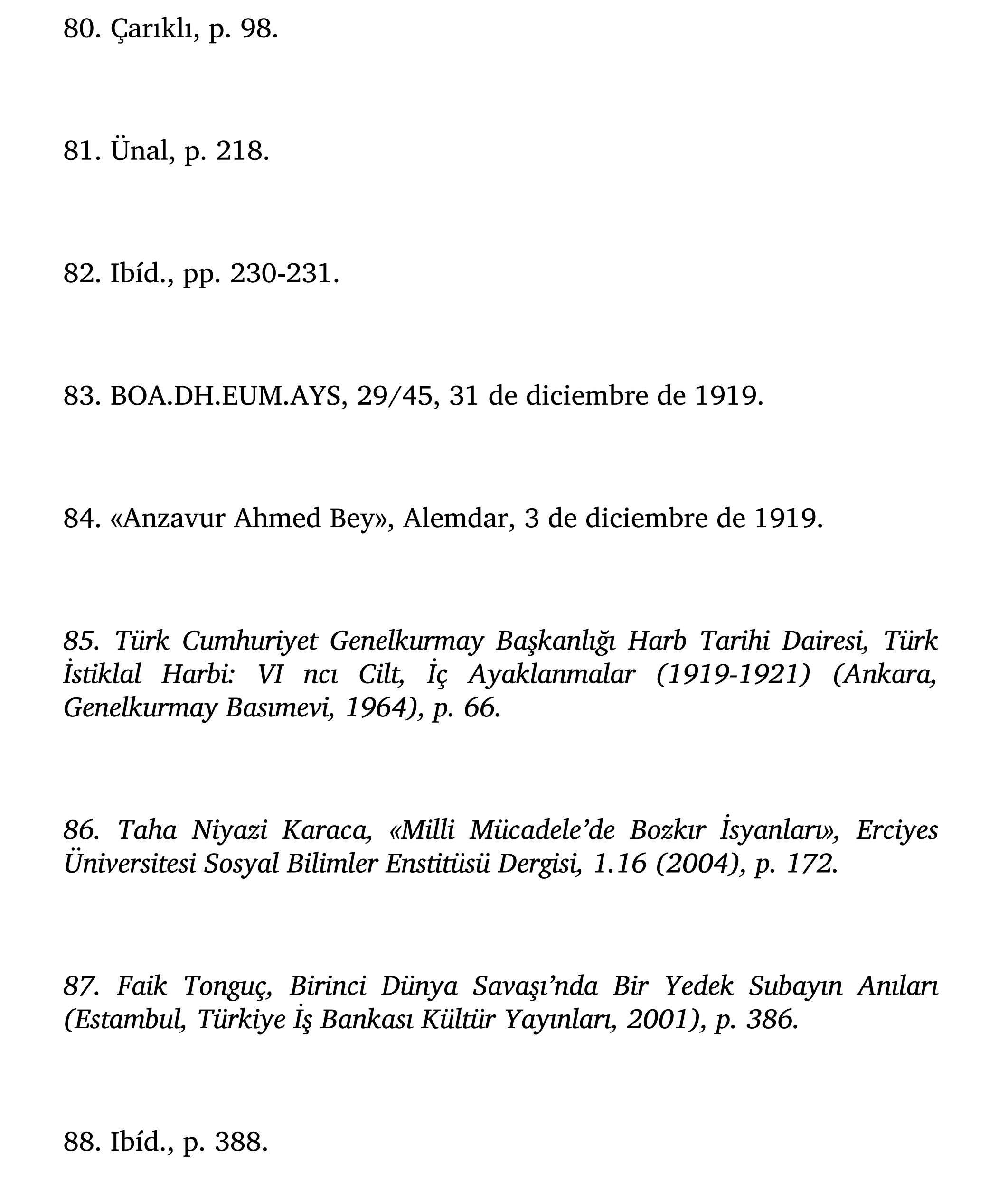
75. Hakan, p. 309.

76. Edward Noel, Diary of Major Noel on Special Duty in Kurdistan (Basora, s.l., 1920), p. 26.

77. TBMM, Meclisi Ayan Zabıt Ceridesi, Devre: 4, Cilt: 1, 1 de marzo de 1920, p. 173.

78. «Kürdler ve İslamiyet», Tasvir-i Efkar, 29 de febrero de 1920.

79. Noel, p. 24.



80. Çarıklı, p. 98.

81. Ünal, p. 218.

82. Ibíd., pp. 230-231.

83. BOA.DH.EUM.AYS, 29/45, 31 de diciembre de 1919.

84. «Anzavur Ahmed Bey», Alemdar, 3 de diciembre de 1919.

85. Türk Cumhuriyet Genelkurmay Başkanlığı Harb Tarihi Dairesi, Türk İstiklal Harbi: VI ncı Cilt, İç Ayaklanmalar (1919-1921) (Ankara, Genelkurmay Basımevi, 1964), p. 66.

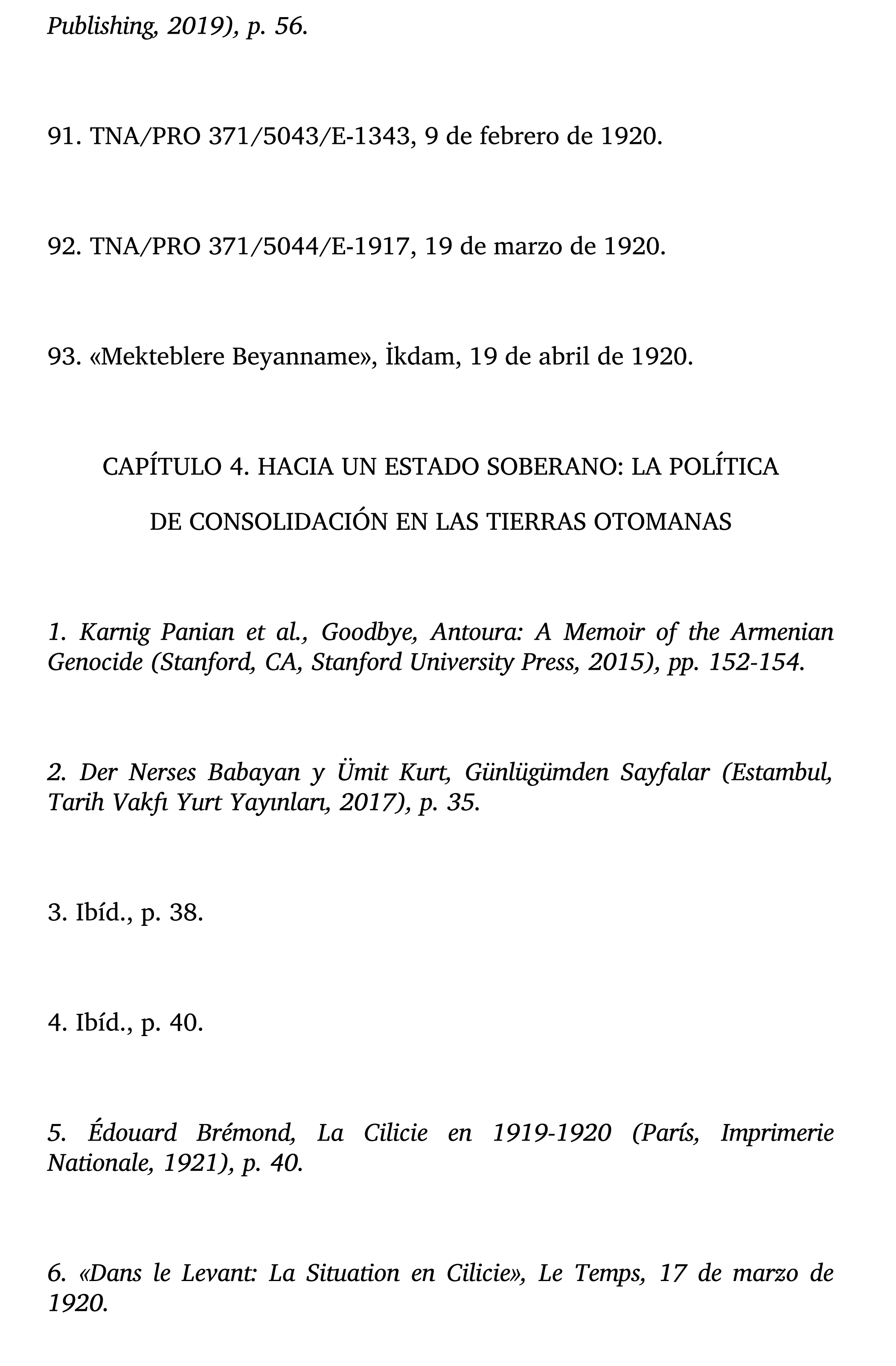
86. Taha Niyazi Karaca, «Milli Mücadele'de Bozkır İsyanları», Erciyes Üniversitesi Sosyal Bilimler Enstitüsü Dergisi, 1.16 (2004), p. 172.

87. Faik Tonguç, Birinci Dünya Savaşı'nda Bir Yedek Subayın Anıları (Estambul, Türkiye İş Bankası Kültür Yayınları, 2001), p. 386.

88. Ibíd., p. 388.

89. «Cengaver Çerkesler!», Millet Yolu, 26 de abril de 1920.

90. Caner Yelbaşı, The Circassians of Turkey: War, Violence and Nationalism from the Ottomans to Atatürk (Londres, Bloomsbury



Publishing, 2019), p. 56.

91. TNA/PRO 371/5043/E-1343, 9 de febrero de 1920.

92. TNA/PRO 371/5044/E-1917, 19 de marzo de 1920.

93. «Mekteblere Beyanname», İkdam, 19 de abril de 1920.

CAPÍTULO 4. HACIA UN ESTADO SOBERANO: LA POLÍTICA DE CONSOLIDACIÓN EN LAS TIERRAS OTOMANAS

1. Karnig Panian et al., Goodbye, Antoura: A Memoir of the Armenian Genocide (Stanford, CA, Stanford University Press, 2015), pp. 152-154.

2. Der Nerses Babayan y Ümit Kurt, Günlügümden Sayfalar (Estambul, Tarih Vakfı Yurt Yayınları, 2017), p. 35.

3. Ibíd., p. 38.

4. Ibíd., p. 40.

5. Édouard Brémond, La Cilicie en 1919-1920 (París, Imprimerie Nationale, 1921), p. 40.

6. «Dans le Levant: La Situation en Cilicie», Le Temps, 17 de marzo de 1920.

7. Muktar el Farouk, «La Question Indigène», L'Ikdam, 21 de mayo de 1920.

8. Paul C. Helmreich, From Paris to Sèvres: The Partition of the Ottoman Empire at the Peace Conference of 1919-1920 (Columbus, OH, Ohio State University Press, 1974), p. 280.

9. TBMM, Meclisi Mebusan Zabıt Ceridesi, Devre: 4, Cilt: 1, 13 de marzo de 1920, pp. 461-463.

10. Ibíd., 12 de febrero de 1920, p. 99.

11. Mustafa Kemal Atatürk, Atatürk'ün Bütün Eserleri: 1920, Cilt 7 (Estambul, Kaynak Yayınları, 002), p. 122.

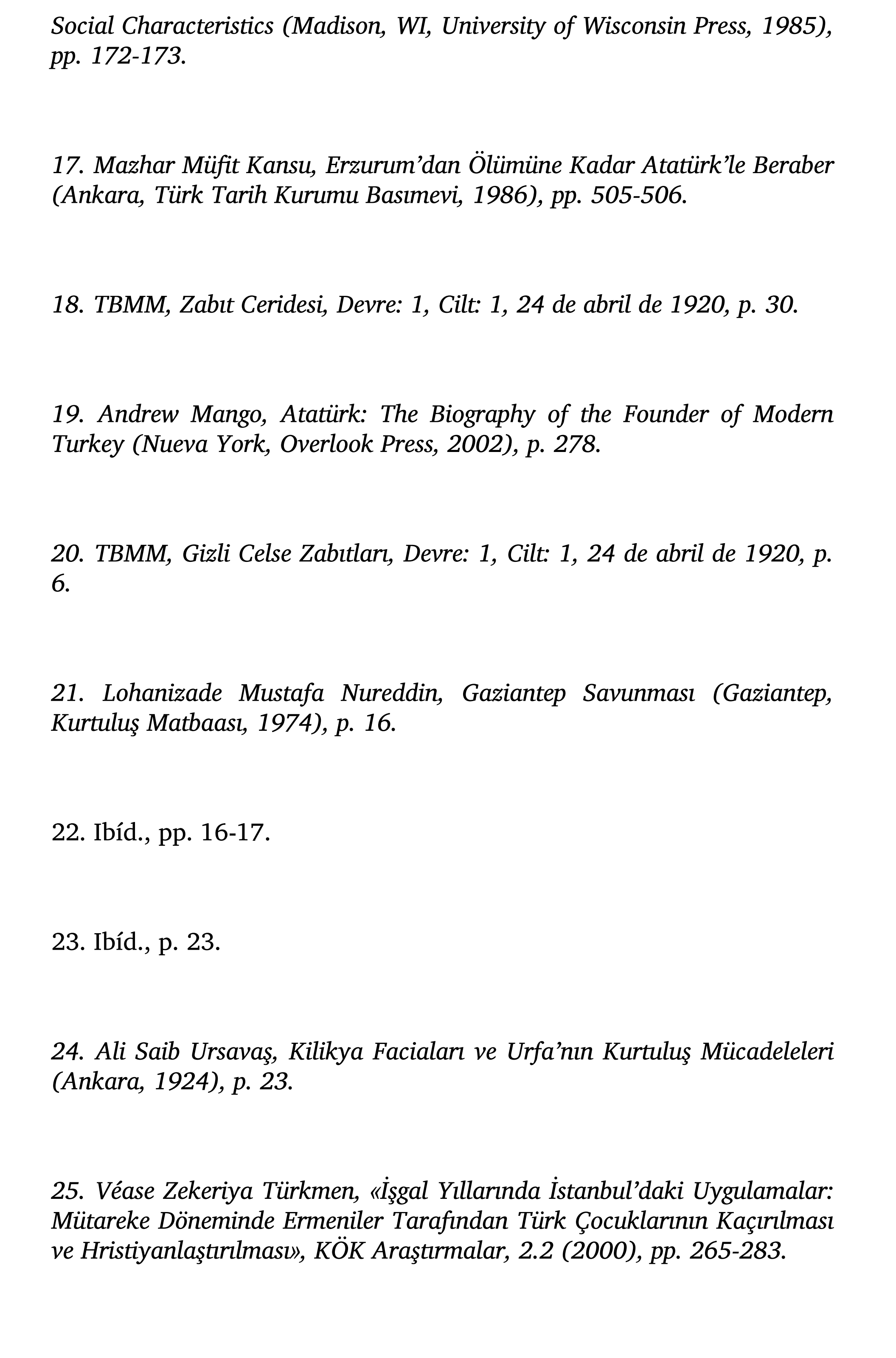
12. TNA/FO 371/5047/E-3543, 23 de marzo de 1920.

13. Ali Fuat Türkgeldi, Görüp İşittiklerim (Ankara, Türk Tarih Kurumu, 2010), p. 260.

14. TNA/FO 371/5047/E3673, 8 de abril de 1920.

15. Amit Bein, Ottoman Ulema, Turkish Republic: Agents of Change and Guardians of Tradition (Stanford, CA, Stanford University Press, 2011), p. 102.

16. Kemal H. Karpat, Ottoman Population, 1830-1914: Demographic and



Social Characteristics (Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1985), pp. 172-173.

17. Mazhar Müfit Kansu, Erzurum'dan Ölümüne Kadar Atatürk'le Beraber (Ankara, Türk Tarih Kurumu Basımevi, 1986), pp. 505-506.

18. TBMM, Zabıt Ceridesi, Devre: 1, Cilt: 1, 24 de abril de 1920, p. 30.

19. Andrew Mango, Atatürk: The Biography of the Founder of Modern Turkey (Nueva York, Overlook Press, 2002), p. 278.

20. TBMM, Gizli Celse Zabıtları, Devre: 1, Cilt: 1, 24 de abril de 1920, p. 6.

21. Lohanizade Mustafa Nureddin, Gaziantep Savunması (Gaziantep, Kurtuluş Matbaası, 1974), p. 16.

22. Ibíd., pp. 16-17.

23. Ibíd., p. 23.

24. Ali Saib Ursavaş, Kilikya Facialları ve Urfa'nın Kurtuluş Mücadeleleri (Ankara, 1924), p. 23.

25. Véase Zekeriya Türkmen, «İşgal Yıllarında İstanbul'daki Uygulamalar: Mütareke Döneminde Ermeniler Tarafından Türk Çocuklarının Kaçırılması ve Hristiyanlaştırılması», KÖK Araştırmalar, 2.2 (2000), pp. 265-283.

26. Lohanizade, p. 26.

27. TNA/FO 371/5044/E-1784, 4 de marzo de 1920.

28. Robert Zeidner, «The Tricolor over the Taurus: The French in Cilicia and Vicinity, 1918-1922», tesis doctoral, Universidad de Utah, 1991, p. 349.

29. TNA/FO 371/5044/E-1784, 4 de marzo de 1920.

30. Ursavaş, p. 115.

31. Ephraim K. Jernazian, Judgment unto Truth: Witnessing the Armenian Genocide (New Brunswick, NJ, Transaction Publishers, 1990), p. 118.

32. TNA/FO 371/5047/E-4513, 27 de abril de 1920.

33. Babayan y Kurt, pp. 41-42.

34. Lohanizade, p. 40.

35. Panian et al., p. 176.

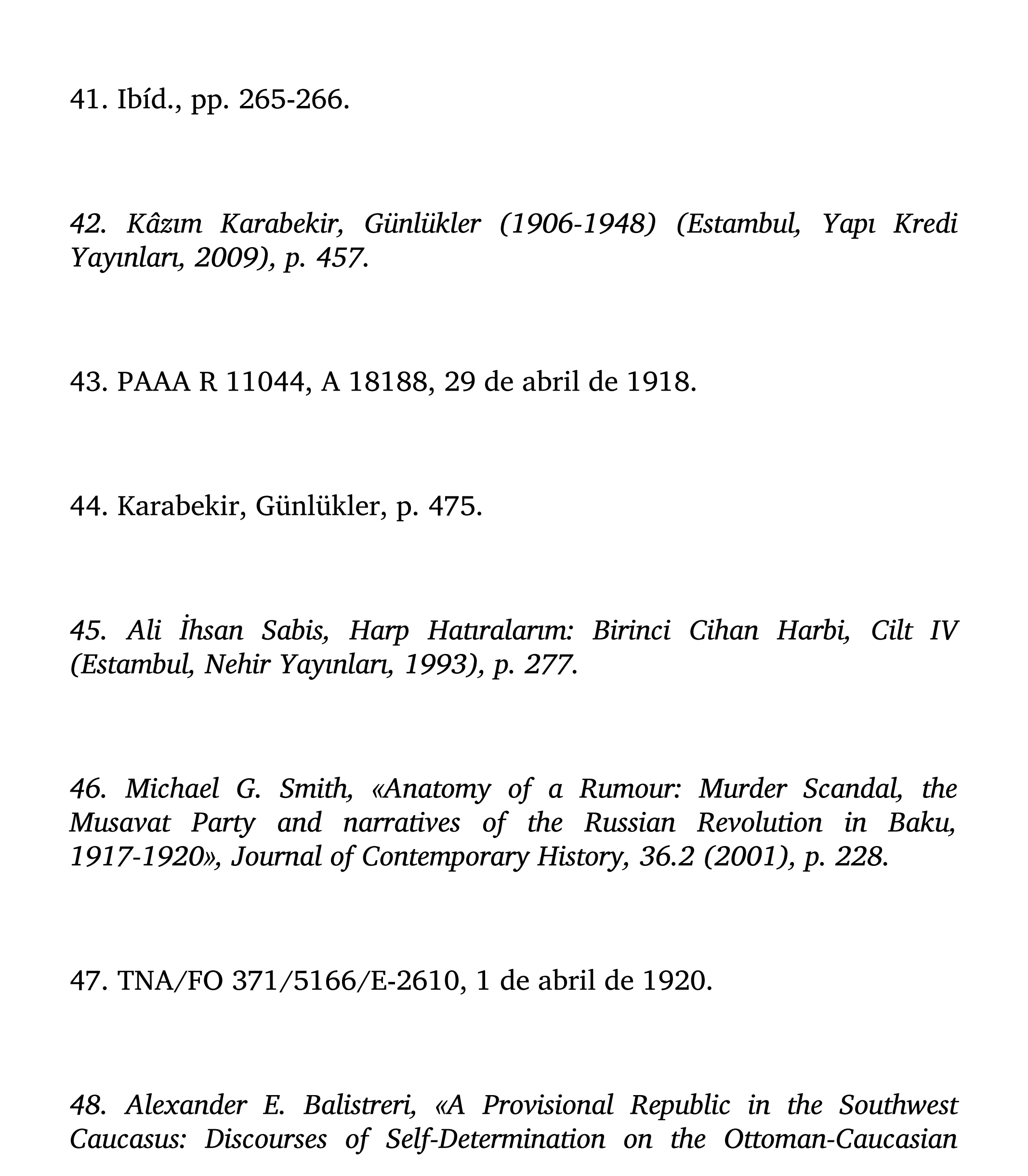
36. TNA/FO 371/5048/E-5042, 20 de mayo de 1920.

37. Panian et al., pp. 182-183.

38. Babayan y Kurt, p. 52.

39. Brémond, pp. 61-62.

40. Lohanizade, p. 214.



41. Ibíd., pp. 265-266.

42. Kâzım Karabekir, Günlükler (1906-1948) (Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 2009), p. 457.

43. PAAA R 11044, A 18188, 29 de abril de 1918.

44. Karabekir, Günlükler, p. 475.

45. Ali İhsan Sabis, Harp Hatıralarım: Birinci Cihan Harbi, Cilt IV (Estambul, Nehir Yayınları, 1993), p. 277.

46. Michael G. Smith, «Anatomy of a Rumour: Murder Scandal, the Musavat Party and narratives of the Russian Revolution in Baku, 1917-1920», Journal of Contemporary History, 36.2 (2001), p. 228.

47. TNA/FO 371/5166/E-2610, 1 de abril de 1920.

48. Alexander E. Balistreri, «A Provisional Republic in the Southwest Caucasus: Discourses of Self-Determination on the Ottoman-Caucasian


Frontier, 1918-1919», en Yaşar Tolga Cora et al. (eds.), The Ottoman East in the Nineteenth Century: Societies, Identities and Politics (Londres, I. B. Tauris, 2016), p. 71.

49. TNA/FO 371/5165/E-1509, 15 de marzo de 1920.

50. TNA/FO 371/5166/E-2610, 1 de abril de 1920.

51. Kâzım Karabekir, İstiklal Harbimiz (Estambul, Türkiye Yayınevi, 1960), p. 445.

52. Nejdet Karaköse, «Askeri, Siyasi ve Silah Sanayicisi Kişiliği ile Nuri Paşa (Killigil)», tesis doctoral, Dokuz Eylül University, 2010, p. 302.

53. George A. Bournoutian, Armenia and Imperial Decline: The Yerevan Province, 1900-1914 (Londres, Routledge, 2018), p. 34.

54. Richard G. Hovannisian, The Republic of Armenia, volumen II: From Versailles to London, 1919-1920 (Berkeley, CA, University of California Press, 1982), p. 6.

55. Ronald Grigor Suny, Looking toward Ararat: Armenia in Modern History (Bloomington, IN, Indiana University Press, 1993), p. 127.

56. Ari Sekeryan, «The Armenians in the Ottoman Empire after the First World War (1918-1923)», tesis doctoral, Universidad de Oxford, 2018, p. 182.

57. Karabekir, İstiklal Harbimiz, p. 473.

58. Karabekir, Günlükler, p. 627.

59. Richard G. Hovannisian, The Republic of Armenia, volumen IV: Between Crescent and Sickle: Partition and Sovietization (Berkeley, CA, University of California Press, 1996), p. 286.

60. Kalusd Sürmenyan, Harbiyeli Bir Osmanlı Ermenisi (Estambul, Tarih Vakfı Yurt Yayınları, 2015), p. 112.

61. Ibíd., p. 115.

62. Babayan y Kurt, p. 57.

63. Vahé Tachjian, La France en Cilicie et en Haute-Mésopotamie: Aux confins de la Turquie, de la Syrie et de l'Irak, 1919-1933 (París, Karthala, 2004), p. 220.

64. «The Evacuation of Cilicia», The Orient, febrero de 1922.

65. Karpat, Ottoman Population, p. 176.

66. Tachjian, p. 258.

67. TBMM, Gizli Celse Zabıtları, Devre: 1, Cilt: 1, 24 de abril de 1920, p. 3.

68. Theodor Wiegand y Cemal Paşa, Alte Denkmäler aus Syrien, Palästina und Westarabien: 100 Tafeln mit beschreibendem Text (Berlín, G. Reimer, 1918), p. 12.

69. Selim Deringil, The Ottoman Twilight in the Arab Lands: Turkish Memoirs and Testimonies of the Great War (Boston, MA, Academic Studies Press, 2019), p. 109.

70. Ibíd., p. 44.

71. Djemal Pashá, Memories of a Turkish Statesman, 1913-1919 (Nueva York, George H. Doran Company, 1922), p. 206.

72. Deringil, Ottoman Twilight, p. 104.

73. Ibíd., p. xxv.

74. Mesut Uyar, «Ottoman Arab Officers between Nationalism and Loyalty during the First World War», War in History, 20.4 (2013), p. 538.

75. Djemal Pashá, p. 300.

76. Hasan Kayalı, Arabs and Young Turks: Ottomanism, Arabism, and Islamism in the Ottoman Empire, 1908-1918 (Berkeley, CA, University of California Press, 1997), p. 29.

77. Djemal Pashá, p. 199.

78. Ibíd., pp. 61-62.

79. Deringil, Ottoman Twilight, p. 12.

80. PAAA R 14161, A21246, 29 de octubre de 1913.

81. USNA RG 59, 867.00/789, 3 de agosto de 1916.

82. Thomas Kühn, «An Imperial Borderland as Colony: Knowledge Production and the Elaboration of Difference in Ottoman Yemen, 1872-1918», MIT-EJMES, 3 (primavera de 2003), p. 7.

83. Ü. Gülsüm Polat, «Osmanlı'dan Cumhuriyet'e Yemen ile İlişkiler (1911-1938)», Atatürk Araştırma Merkezi Dergisi, 33.96 (2017), p. 121.

84. IOR/L/PS/10/658, «Arab Bulletin», no. 109, 27. Véase https://www.qdl.qa/ en/archive/81055/vdc_100048056857.0x00000f (consultado el 6 de abril de 2022).

85. Polat, «Osmanlı'dan Cumhuriyet'e», p. 134.

86. Ü. Gülsüm Polat, Türk-Arap İlişkileri: Eski Eyaletler Yeni Komşulara Dönüşürken (1914-1923) (Estambul, Kronik Kitap, 2019), p. 303.

87. Polat, «Osmanlı'dan Cumhuriyet'e'», p. 135.

88. Alia El Bakri, «Memories of the Beloved: Oral Histories from the 1916-1919 Siege of Medina», International Journal of Middle East Studies,

46.4 (2014), p. 711.

89. IOR/L/PS/10/658, «Notes on the Middle East No. 3», p. 100. Véase https://www.qdl.qa/en/archive/81055/vdc_100048056858.0x000012 (consultado el 6 de abril de 2022).

90. «The Arabs and the Caliphate», The Times, 30 de abril de 1920.

91. Süleyman Beyoğlu, İki Devir Bir İnsan: Ahmet Faik Günday ve Hatıraları (Estambul, Bengi Yayınları, 2011), p. 100.

92. IOR/L/PS/20/250, «Reports of Administration for 1918 of Divisions and Districts of the Occupied Territories in Mesopotamia. Vol. I», p. 416. Véase https://www.qdl.qa/en/archive/81055/vdc_100038755287.0x000028 (consultado el 6 de abril de 2022).

93. Mahmut Nedim Kerkük, Hatıratım, 1334 (1918) (Ankara, Altınküre Yayınları, 2002), p. 39.

94. Arnold T. Wilson y Gertrude L. Bell, Review of the Civil Administration of Mesopotamia (Londres, His Majesty's Stationery Office, 1920), p. 127.

95. Ibíd., p. 26.

96. Mustafa Kemal Atatürk, Atatürk'ün Bütün Eserleri: 1915-1919, Cilt 2 (Estambul, Kaynak Yayınları, 1999), p. 378.

97. «Irak'ta», Hakimiyet-i Milliye, 14 de enero de 1920.

98. TBMM, Gizli Celse Zabıtları, Devre: 1, Cilt: 3, 22 de julio de 1922, p. 563.

99. Sabis, Harp Hatıralarım, p. 325.

100. Sinan Hakan, Türkiye Kurulurken Kürtler (1916-1920) (Estambul, İletişim Yayınları, 2013), p. 130.

101. Ibíd., p. 163.

102. «Irak ve Kürdistan Ahvali», Hakimiyet-i Milliye, 2 de febrero de 1920.

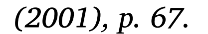
103. TBMM, Gizli Celse Zabıtları, Devre: 1, Cilt: 3, 22 de julio de 1922, p. 563.

104. Polat, Türk-Arap İlişkileri, p. 235.

105. Wadie Jwaideh, The Kurdish National Movement: Its Origins and Development (Syracuse, NY, Syracuse University Press, 2006), p. 194.

106. Hasan Kayalı, Imperial Resilience: The Great War's End, Ottoman Longevity, and Incidental Nations (Berkeley, CA, University of California Press, 2021), pp. 151-152.

107. Zekeriya Türkmen, «Özdemir Bey'in Musul Harekâtı ve İngilizlerin Karşı Tedbirleri (1921-1923)», Atatürk Araştırma Merkezi Dergisi, 17.49


(2001), p. 67.

108. Wilson y Bell, p. 58.

109. Binbaşı Vecihi, Filistin Ricatı (Estambul, Matbaa-yı Askeriye, 1921), p. 12.

110. James L. Gelvin, Divided Loyalties: Nationalism and Mass Politics in Syria at the Close of Empire (Berkeley, CA, Universidad de California, 1998), p. 171.

111. Keith David Watenpaugh, Being Modern in the Middle East: Revolution, Nationalism, Colonialism, and the Arab Middle Class (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2012), p. 141.

112. «Vilayat Arabiye’de», İkdam, 1 de enero de 1919.

113. Phebe Marr, «Yasin al-Hashimi: The Rise and Fall of a Nationalist», tesis doctoral, Universidad de Harvard, 1966, p. 82.

114. Alp Yenen, «Envisioning Turco-Arab Co-Existence between Empire and Nationalism», Die Welt des Islams, 61.1 (2021), p. 106.

115. Oktay Gökdemir (ed.), İzmir’e Doğru (Esmirna, İzmir Büyükşehir Belediyesi, 2010), p. 112.

116. TBMM, Gizli Celse Zabıtları, Devre: 1, Cilt: 1, 24 de abril de 1920, pp. 2-3.

117. «Tehlike Karşısındayız», İrade-i Milliye, 9 de febrero de 1920.

118. Elizabeth F. Thompson, How the West Stole Democracy from the Arabs: The Syrian Arab Congress of 1920 and the Destruction of Its Liberal-Islamic Alliance (Nueva York, Atlantic Monthly Press, 2020), p. 173.

119. Stefan Winter, A History of the 'Alawis: From Medieval Aleppo to the Turkish Republic (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2016), p. 252.

120. Robin Leonard Bidwell et al. (eds.), British Documents on Foreign Affairs – Reports and Papers from the Foreign Office Confidential Print, Part II… Series B… Volumen 2: The Allies Take Control, 1920-1921 (Frederick, MD, University Publications of America, 1985), p. 53.

121. TBMM, Zabıt Ceridesi, Devre: 1, Cilt: 26, 23 de diciembre de 1922, p. 9.

122. Hasan Rıza Soyak, Atatürk'ten Hatıralar (Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 2004), p. 528.

123. TBMM, Zabıt Ceridesi, Devre: 1, Cilt: 1, 1 de mayo de 1920, p. 165.

124. TBMM, Gizli Zabıt Ceridesi, Devre: 1 Cilt: 4, 22 de septiembre de 1923, pp. 262, 270.

125. Ibíd., p. 269.

CAPÍTULO 5. «MÁS ALLÁ DEL DESPRECIO»: UN AÑO FATÍDICO DE PROTESTAS, ATROCIDADES Y COMBATES

1. «Suikasd Mürettiblerinin Tevkifi», Alemdar, 1 de junio de 1920.

2. Tarık Mümtaz Göztepe, Mütareke Günleri (Estambul, Cümle Yayınları, 2017), pp. 486-487.

3. TNA/FO 371/5050/E 8636, 27 de mayo de 1920.

4. «Sultanahmet' ve 'Aya Sofia' Arasında: Dünkü Tezahürat-ı Milliye», İkdam, 22 de mayo de 1920.

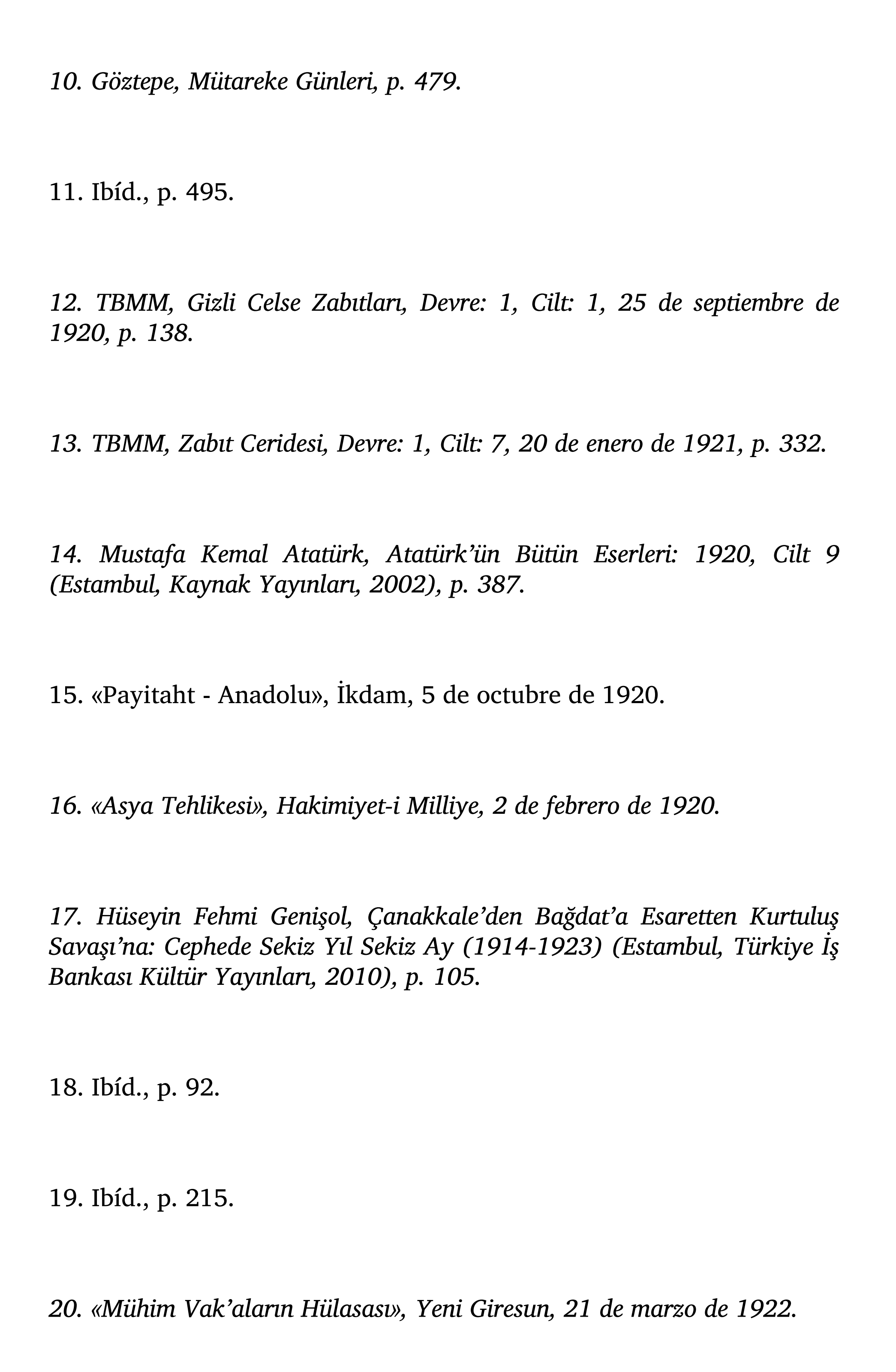
5. TNA/FO 371/5168/E 6631, 17 de junio de 1920.

6. Andrew Ryan, The Last of the Dragomans (Londres, Geoffrey Bles, 1951), p. 173.

7. Briton Cooper Busch, Mudros to Lausanne: Britain's Frontier in West Asia, 1918-1923 (Albany, NY, State University of New York Press, 1976), p. 228.

8. Zühtü Güven, Anzavur İsyanı: İstiklâl Savaşı Hatıralarından Acı Bir Safha (Ankara, Türkiye İş Bankası, 1965), p. 77.

9. «The Local Press», The Orient, 7 de julio de 1920.



10. Göztepe, Mütareke Günleri, p. 479.

11. Ibíd., p. 495.

12. TBMM, Gizli Celse Zabıtları, Devre: 1, Cilt: 1, 25 de septiembre de 1920, p. 138.

13. TBMM, Zabıt Ceridesi, Devre: 1, Cilt: 7, 20 de enero de 1921, p. 332.

14. Mustafa Kemal Atatürk, Atatürk'ün Bütün Eserleri: 1920, Cilt 9 (Estambul, Kaynak Yayınları, 2002), p. 387.

15. «Payitaht - Anadolu», İkdam, 5 de octubre de 1920.

16. «Asya Tehlikesi», Hakimiyet-i Milliye, 2 de febrero de 1920.

17. Hüseyin Fehmi Genişol, Çanakkale'den Bağdat'a Esaretten Kurtuluş Savaşı'na: Cephede Sekiz Yıl Sekiz Ay (1914-1923) (Estambul, Türkiye İş Bankası Kültür Yayınları, 2010), p. 105.

18. Ibíd., p. 92.

19. Ibíd., p. 215.

20. «Mühim Vak'aların Hülasası», Yeni Giresun, 21 de marzo de 1922.

21. «Eski bir İmparatorluğunun İnhilalı», İkdam, 7 de noviembre de 1918.

22. Oktay Gökdemir (ed.), İzmir'e Doğru (Esmirna, İzmir Büyükşehir Belediyesi, 2010), p. 63.

23. Yusuf Akçura, Üç Tarz-ı Siyaset (Ankara, Türk Tarih Kurumu Basımevi, 1976), p. 34.

24. Philip Hendrick Stoddard, «The Ottoman Government and the Arabs, 1911 to 1918: A Preliminary Study of the Teşkilat-ı Mahsusa», tesis doctoral, Universidad de Princenton, 1963, p. 117.

25. «Bulletin du Jour: Abordez le Problème Turc!», Le Temps, 11 de diciembre de 1919.

26. TNA/FO 371/4161/162140, 6 de diciembre de 1919.

27. Busch, p. 195.

28. Azmi Özcan, Pan-Islamism: Indian Muslims, the Ottomans and Britain (1877-1924) (Leiden, Brill, 1997), p. 181.

29. Mahatma Gandhi, Speeches and Writings of M. K. Gandhi (Madrás, G. A. Natesan, 1922), p. 493.

30. M. Naeem Qureshi, Pan-Islam in British Indian Politics: A Study of the

Khilafat Movement, 1918-1924 (Leiden, Brill, 1999), p. 180.

31. Ibíd., p. 215.

32. «Afganistan Sefiri Hazretlerinin Resim Kabulu», Hakimet-i Milliye, 26 de abril de 1921.

33. A. Alp Yenen, «The Young Turk Aftermath: Making Sense of Transnational Contentious Politics at the End of the Ottoman Empire, 1918-1922», tesis doctoral, Universidad de Basilea, 2019, p. 426.

34. Israel Gershoni y James P. Jankowski, Egypt, Islam, and the Arabs: The Search for Egyptian Nationhood, 1900-1930 (Nueva York, Oxford University Press, 1987), p. 46.

35. Muktar el Farouk, «La Question Indigène», L'Ikdam, 21 de mayo de 1920.

36. Michael Goebel, Anti-Imperial Metropolis: Interwar Paris and the Seeds of Third World Nationalism (Cambridge, Cambridge University Press, 2015), p. 253.

37. V. T., «Maroc et Turquie», L'Évolution Nord-Africain, 1 de abril de 1921.

38. Mustafa Kemal Atatürk, Atatürk'ün Bütün Eserleri: 1920-1921, Cilt 10 (Estambul, Kaynak Yayınları, 1999), pp. 117-119.

39. İsmail Hakkı Kobakizade, Bir Mübadilin Hatıraları (Estambul, Yapı

Kredi Yayınları, 2008), p. 59.

40. «Müslümanlarda Muhacirat Fikri Var Mı?», Hak, 28 de octubre de 1922.

41. Nurcan Özgür-Baklacıoğlu, «Devletlerin Dış Politikaları Açısından Göç Olgusu: Balkanlar'dan Türkiye'ye Arnavut Göçleri (1920-1990)», tesis doctoral, Universidad de Estambul, 2003, p. 227.

42. Merve Dogan Kader y Seán Patrick Smyth, «Neither Suvla nor Sedd-ul-Bahr -When Harp and Crescent Intertwined», History Ireland, 28.2 (2020), p. 43.

43. Pierre Loti, «Pour la Turquie», L'Ikdam, 12-19 de marzo de 1920.

44. Mustafa Kemal Atatürk, Atatürk'ün Bütün Eserleri: 1921, Cilt II (Estambul, Kaynak Yayınları, 1999), p. 230.

45. Barbara Gilmore, «Albert Dewey», USC Shoah Foundation Visual Archive Online, 29:58, https://vhaonline.usc.edu/viewingPage?testimonyID=56392&segmentNumber=0, 22 de marzo de 1975 (consultado el 30 de octubre de 2021).

46. Andrew Patrick, America's Forgotten Middle East Initiative: The King-Crane Commission of 1919 (Londres, I. B. Tauris, 2015), p. 168.

47. Seçil Karal Akgün, «Louis E. Browne and the Leaders of the 1919 Sivas Congress», en George S. Harris y Nur Bilge Criss (eds.), Studies in Atatürk's Turkey: The American Dimension (Leiden: Brill, 2009), p. 38.

48. «Senate Rejects Lausanne Treaty», The New York Times, 19 de enero de 1927.

49. Yenen, «The Young Turk Aftermath», p. 157.

50. «Kızıl Tehlike Etrafında», Hakimiyet-i Milliye, 11 de febrero de 1920.

51. «Türk Bolşevik İttifakı», Hakimiyet-i Milliye, 5 de octubre de 1920.

52. Mustafa Kemal Atatürk, Atatürk'ün Bütün Eserleri: 1920, Cilt 9, pp. 272-273.

53. Bülent Gökay, Soviet Eastern Policy and Turkey, 1920-1991: Soviet Foreign Policy, Turkey and Communism (Londres, Routledge, 2006), p. 22.

54. «Angora's Reliance on Lenin», The Times, 6 de julio de 1921.

55. Hüseyin Cahit Yalçın, İttihatçı Liderlerin Gizli Mektupları (Estambul, Temel Yayınları, 2002), p. 81.

56. İzzettin Çalışlar, On Yıllık Savaşın Günlüğü (Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 1997), p. 321.

57. Ibíd., p. 327.

58. TBMM, Zabıt Ceridesi, Devre: 1, Cilt: 7, 8 de enero de 1921, p. 228.

59. Berthe Georges-Gaulis, Angora, Constantinople, Londres (París, Armand Colin, 1922), p. 15.

60. Ziya Gökalp, The Principles of Turkism (Leiden, E. J. Brill, 1968), p. 53.

61. Necmettin Sılan, İlk Meclis Anketi: Birinci Dönem TBMM Üyelerinin Gelecekten Beklentileri (Ankara, TBMM Kültür, Sanat ve Yayın Kurulu, 2004), p. 191.

62. Ibíd., p. 206.

63. Ibíd., pp. 213-214.

64. Ibíd., pp. 123-124.

65. Sabahattin Selek, Anadolu İhtilali, II. Cilt (Estambul, Kastaş Yayınları, 2004), p. 518.

66. Emel Akal, Milli Mücadelenin Başlangıcında: Mustafa Kemal, İttihat Terakki ve Bolşevizm (Estambul, TÜSTAV, 2002), p. 88.

67. İsmail Kandil, «Türk Basınında Osmanlı Bağımsızlık Günü Kutlamaları», tesis de máster, Universidad de Estambul, 2010, pp. 92-94.

68. Ioannis Nioutsikos, «The Greek Military Strategy in the Asia Minor

Campaign, 1919-1922: An Application of Clausewitz's Theory on Culmination», en Konstantinos Travlos (ed.), Salvation and Catastrophe: The Greek-Turkish War, 1919-1922 (Lanham, MD, Lexington Books, 2020), p. 149.

69. «15,000 Muhacire Acılım ve Yardım Edilim», Vakit, 4 de junio de 1921.

70. Arnold J. Toynbee, The Western Question in Greece and Turkey: A Study in the Contact of Civilisations (Londres, Constable and Company, 1922), p. 285.

71. «Atrocities in Ismid and Yalova», The Manchester Guardian, 20 de agosto de 1921.

72. Véase Mustafa Turan et al. (eds.), Türkiye'de Yunan Fecayii (Ankara, Berikan, 2003), pp. xii-xv.

73. «Marmara'nın Derdli Sahillerine Bir Nazar», Tasvir-i Efkar, 5 de junio de 1921.

74. Toynbee, pp. 282-283.

75. Victoria Solomonidis, «Greece in Asia Minor: The Greek Administration of the Vilayet of Aidin, 1919-1922», tesis doctoral, King's College, Universidad de Londres, 1984, p. 170.

76. Ibíd., p. 169.

77. İbrahim Ethem Akıncı, Demirci Akıncıları (Ankara, Türk Tarih Kurumu, 1989), p. 288.

78. Caner Yelbaşı, The Circassians of Turkey: War, Violence and Nationalism from the Ottomans to Atatürk (Londres, Bloomsbury Publishing, 2019), p. 112.

79. «İzmir'deki Mahudlara bir Cevab», Açık Söz, 3 de noviembre de 1921.

80. TBMM, Gizli Zabıt Ceridesi, Devre: 1, Cilt: 2, 4 de octubre de 1921.

81. Türk Cumhuriyet Genelkurmay Başkanlığı Harb Tarihi Dairesi, Türk İstiklal Harbi: VI ncı Cilt, İç Ayaklanmalar (1919-1921) (Ankara, Genelkurmay Basımevi, 1964), p. 144.

82. USNA RG 59, 867.4016/454, 3 de mayo de 1922.

83. İsmail Akbal, Milli Mücadele Döneminde Trabzon'da Muhalefet (Trebisonda, Serander, 2008), p. 265.

84. «Hangings in Asia Minor», The Times de Londres, 18 de octubre de 1921.

85. «The Greek Offensive», The Manchester Guardian, 14 de julio de 1921.

86. George W. Gawrych, The Young Atatürk: From Ottoman Soldier to Statesman of Turkey (Londres, I. B. Tauris, 2013), p. 146.

87. Andrew Mango, Atatürk: The Biography of the Founder of Modern Turkey (Nueva York, Overlook Press, 2002), p. 321.

88. Zeki Sarıhan, Kurtuluş Savaşı Günlüğü, IV (Ankara, Türk Tarih Kurumu, 1996), p. 57.

89. Mustafa Kemal Atatürk, Atatürk'ün Bütün Eserleri: Cilt II, pp. 401-410.

90. Jean Schlicklin, Angora: L'Aube de la Turquie nouvelle (1919-1922) (París, Berger-Levrault, 1922), p. 40.

91. Georges-Gaulis, p. 106.

92. «Munich and Angora», The Manchester Guardian, 8 de agosto de 1922.

CAPÍTULO 6. «UN NUEVO TIPO DE TURCO»:

LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL IMPERIO OTOMANO

1. Victoria Solomonidis, «Greece in Asia Minor: The Greek Administration of the Vilayet of Aidin, 1919-1922», tesis doctoral, King's College, Universidad de Londres, 1984, p. 137.

2. Rıfat N. Bali (ed.), A Survey of Some Social Conditions in Smyrna, Asia Minor, May 1921 (Estambul, Libra Kitap, 2009), pp. 72-73.

3. Un residente en Esmirna desde hacía treinta años. «The Greeks in Smyrna», The Times, 16 de diciembre de 1921.

4. TBMM, Zabıt Ceridesi, Devre: 1, Cilt: 20, 15 de mayo de 1922, p. 56.

5. «15 Mayıs 335 Kara Günü», İkdam, 15 de mayo de 1922.

6. Michael Llewellyn Smith, Ionian Vision: Greece in Asia Minor, 1919-1922 (Londres, Hurst & Company, 1998), p. 269.

7. «Mr. Montagu’s Defence», Observer, 12 de marzo de 1922.

8. «Greece Seeks to Occupy Constantinople», The Manchester Guardian, 31 de julio de 1922.

9. Umit Eser, «All Loud on the Western Front: Ethnic Violence, Occupation, and the Ottoman Bureaucrats in Aydin Province (Vilâyet), 1919-1922», tesis doctoral, Universidad de Londres, School of Oriental and African Studies, 2016, p. 141.

10. Cevdet Kerim İncedayı, İstiklal Harbi (Garp Cephesi) (Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 2007), p. 250.

11. Lausanne Conference on Near Eastern Affairs, 1922-1923: Records of Proceedings and Draft Terms of Peace (Londres, His Majesty’s Stationery Office, 1923), p. 676.

12. TNA/WO 158/485/2489, 22 de mayo de 1922.

13. Emre Erol, The Ottoman Crisis in Western Anatolia: Turkey's Belle Époque and the Transition to a Modern Nation State (Londres, I. B. Tauris, 2016), p. 226.

14. J. Michael Hagopian, «Antigone Raphael», USC Shoah Foundation Visual Archive Online, https://vhaonline.usc.edu/viewingPage?testimonyID=56638&returnIndex=0, 9:39, 19 de julio de 1985.

15. Ellinor Morack, The Dowry of the State? The Politics of Abandoned Property and the Population Exchange in Turkey, 1921-1945 (Bamberg, University of Bamberg Press, 2017), pp. 182-183.

16. «Atatürke Aid Hatıralar», Cumhuriyet, 30 de enero de 1939.

17. Andrew Mango, Atatürk: The Biography of the Founder of Modern Turkey (Nueva York, Overlook Press, 2002), pp. 346-347.

18. Masami Arai, Turkish Nationalism in the Young Turk Era (Leiden, Brill, 1992), p. 60.

19. Erol A. F. Baykal, The Ottoman Press (1908-1923) (Leiden, Brill, 2019), p. 133.

20. Bülent Çukurova, «Büyük Taarruz Günlerinde Ali Kemal ve Siyasi Görüşleri», Atatürk Yolu Dergisi, 6.23 (1999), p. 367.

21. Tarık Mümtaz Göztepe, Mütareke Günleri (Estambul, Cümle Yayınları, 2017), p. 598.

22. Mahmut Esat Bozkurt, Toplu Eserler, I (Estambul, Kaynak Yayınları, 2014), p. 264.

23. Ibíd., p. 562.

24. Ahmet Ağaoğlu, İhtilal mı, İnkilap mı (Ankara, Alaeddin Kiral Basımevi, 1942), p. 35.

25. Jean Schlicklin, «Une Interview de Mustapha Kemal», Le Petit Parisien, 18 de mayo de 1922.

26. M. Abdülhalik Renda, Hatırat (Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 2018), p. 243.

27. Ali Vasıb, Bir Şehzadenin Hatıratı (Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 2012), p. 113.

28. Andrew Ryan, The Last of the Dragomans (Londres, Geoffrey Bles, 1951), p. 159.

29. Ahmed Emin Yalman, Yakin Tarihte Gördüklerim ve Geçirdiklerim (Estambul, Pera Turizm ve Ticaret, 1997), p. 700.

30. «Une Visite à Mustapha Kemal», Le Petit Parisien, 17 de mayo de 1922.

31. «The Two Chiefs», The Times, 3 de octubre de 1922.

32. Winston S. Churchill, The World Crisis: The Aftermath (Londres, Thornton Butterworth, 1929), p. 368. (Ed. española, La crisis mundial 1911-1918, Barcelona, Debolsillo, 2014).

33. Hasan Babacan y Servet Avşar (eds.), Cavid Bey, Meşrutiyet Ruznamesi, 4. Cilt (Ankara, Türk Tarih Kurumu Basımevi, 2014), p. 327.

34. A. L. Macfie, «The Chanak Affair: September-October 1922», Balkan Studies, 20.2 (1979), p. 323.

35. Ibíd., p. 321.

36. «İstanbul'un Milli Hükümetimiz Mümessiline Yaptığı Hararetle ve Samimi İstikbal Resmi», Vakit, 20 de octubre de 1922.

37. Halit Kaya, Refet Bele: Askeri ve Siyasi Hayatı, 1881-1963 (Estambul, Bengi, 2010), p. 141.

38. «Une Conversation de Mustapha Kemal Pashá avec l'envoyé spécial du "Petit Parisien" en Turquie», Le Petit Parisien, 1 de noviembre de 1922.

39. TBMM, Zabıt Ceridesi, Devre: 1, Cilt: 24, 30 de octubre de 1922, pp. 292-293.

40. Ibíd., 1 de noviembre de 1922, p. 300.

41. Ibíd., p. 315.

42. Ibíd., p. 311.

43. Nurullah Ardıç, Islam and the Politics of Secularism: The Caliphate and Middle Eastern Modernization in the Early 20th Century (Londres, Routledge, 2012), p. 263.

44. Erol Ülker, «Turkish National Movement, Mass Mobilization, and Demographic Change in Istanbul, 1922-1923», en Meltem Ersoy Y Esra Ozyurek (eds.), Contemporary Turkey at a Glance II (Wiesbaden, Springer, 2017), p. 191.

45. Christine M. Philliou, Turkey: A Past against History (Berkeley, CA, University of California Press, 2021), p. 127.

46. Göztepe, Mütareke Günleri, p. 661.

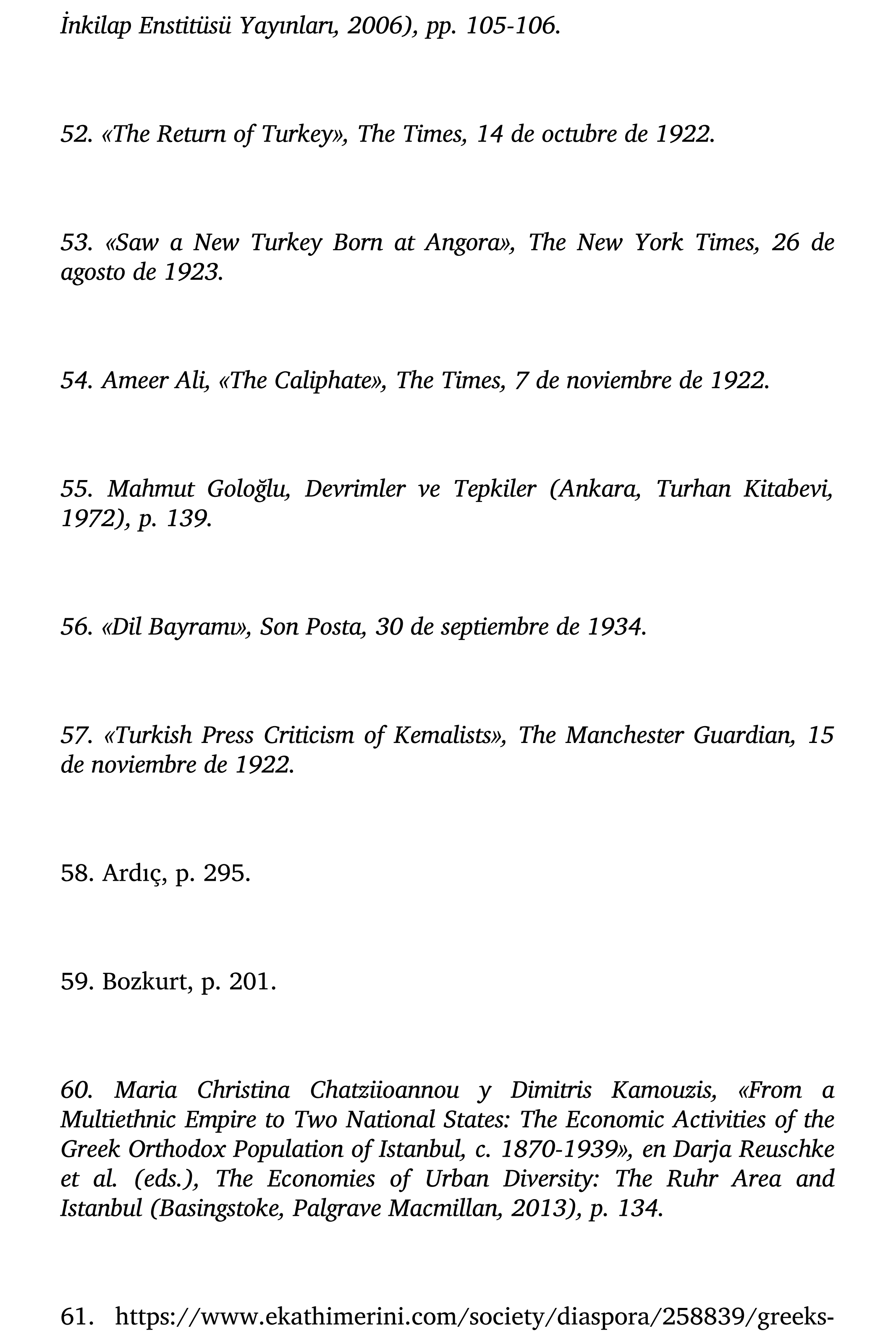
47. Ryan, p. 169.

48. Charles Harington, Tim Harington Looks Back (Londres, John Murray, 1941), p. 124.

49. Tarık Mümtaz Göztepe, Gurbet Cehennemi: Mütareke Sonrası Hatırat (Estambul, Kopernik Kitap, 2018), p. 178.

50. «Mehmed VI», Le Temps, 18 de mayo de 1926.

51. Kemal Atatürk, Atatürk'ün Söylev ve Demeçleri, Cilt 2 (Ankara, Türk



İnkilap Enstitüsü Yayınları, 2006), pp. 105-106.

52. «The Return of Turkey», The Times, 14 de octubre de 1922.

53. «Saw a New Turkey Born at Angora», The New York Times, 26 de agosto de 1923.

54. Ameer Ali, «The Caliphate», The Times, 7 de noviembre de 1922.

55. Mahmut Gologlu, Devrimler ve Tepkiler (Ankara, Turhan Kitabevi, 1972), p. 139.

56. «Dil Bayramı», Son Posta, 30 de septiembre de 1934.

57. «Turkish Press Criticism of Kemalists», The Manchester Guardian, 15 de noviembre de 1922.

58. Ardıç, p. 295.

59. Bozkurt, p. 201.

60. Maria Christina Chatziioannou y Dimitris Kamouzis, «From a Multiethnic Empire to Two National States: The Economic Activities of the Greek Orthodox Population of Istanbul, c. 1870-1939», en Darja Reuschke et al. (eds.), The Economies of Urban Diversity: The Ruhr Area and Istanbul (Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2013), p. 134.

61. https://www.ekathimerini.com/society/diaspora/258839/greeks-

in-istanbul-keeping-close-eye-on-developments/ (consultado el 9 de enero de 2022).

62. Fethiye Çetin, My Grandmother: An Armenian-Turkish Memoir (Londres, Verso, 2012), p. ix; https://www.hurriyetdailynews.com/armenian-population-of-turkey-dwindling-rapidly-patriarch-151691 (consultado el 9 de enero de 2022).

63. Fahriye Emgili, Yunanistan'dan Mersin'e: Köklerinden Koparılmış Hayatlar (Estambul, Bilge Kültür Sanat, 2011), p. 244.

64. Kâzım Karabekir, Kürt Meselesi (Estambul, Emre, 2004), p. 48.

65. http://www.agos.com.tr/tr/yazi/23286/dersim-soykirimi-ve-kotulugun-siradanligi (consultado el 17 de noviembre de 2021).

66. Geoffrey Lewis, The Turkish Language Reform: A Catastrophic Success (Oxford, Oxford University Press, 1999), p. 161.

67. Churchill, p. 437.

68. Yahya Kemal, «1918», en Yahya Kemal, Kendi Gök Kubbemiz (Estambul, Yahya Kemal Enstitüsü, 1974), p. 79.

69. https://www.tccb.gov.tr/haberler/410/52441/15-temmuz-turk-milletinin-ikinci-kurtulus-savasidir (consultado el 30 de noviembre de 2021).

70. https://www.bbc.com/turkce/haberler-turkiye-37773388

(consultado el 30 de noviembre de 2021).

71. https://www.trthaber.com/haber/gundem/cumhurbaskani-erdogandan- 1916da-kutul-amare-mesaji-247810.html (consultado el 30 de noviembre de 2021).

72. Pelin Böke (ed.), İzmir, 1919-1922: Tanıklıklar (Estambul, Tarih Vakfı Yurt Yayınları, 2006), p. 137.

Bibliografía

Archivos

Başbakanlık Cumhuriyet Arşivi (BCA)

Başbakanlık Osmanlı Arşivi (BOA)

Haus, Hof und Staat (HHSt)

India Office Records and Private Papers (IOR) (consultado a través de la Biblioteca Nacional de Qatar)

Politisches Archiv – Auswärtiges Amt (PAAA)

The National Archive (TNA)

United States National Archives (USNA)

USC Shoah Foundation Visual Archive Online

Colecciones de documentos

Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, Paris Peace Conference, 1919

Türkiye Büyük Millet Meclis (Gran Asamblea Nacional de Turquía):

Türkiye Büyük Millet Meclis (TBMM), Gizli Celse Zabıtları

Türkiye Büyük Millet Meclis (TBMM), Gizli Zabıt Ceridesi

Türkiye Büyük Millet Meclis (TBMM), Meclisi Ayan Zabıt Ceridesi

Türkiye Büyük Millet Meclis (TBMM), Meclisi Mebusan Zabıt Ceridesi

Türkiye Büyük Millet Meclis (TBMM), Zabıt Ceridesi

Periódicos y revistas

Açık Söz

Alemdar

Cumhuriyet

L'Évolution Nord-Africain

Hak

Hakimiyet-i Milliye

Harper's New Monthly Magazine

İkdam

L'Ikdam

İleri

İrade-i Milliye

The Manchester Guardian

Millet Yolu

The New York Times

The Observer

The Orient

Osmanischer Lloyd

Le Petit Parisien

Sabah

Son Posta

Tanin

Tasvir-i Efkar

Le Temps

Tercüman-ı Hakikat

Times de Londres

Vakit

Yeni Giresun

Monografías y otros materiales publicados

Ağaoğlu, Ahmet, İhtilal mı, İnkilap mı, Ankara: Alaeddin Kıral Basımevi, 1942.

—, Mütareke ve Sürgün Hatıralar, Estambul, Doğu Kitabevi, 2010.

Aharonean, Awetis, et al., The Armenian Question before the Peace Conference, Nueva York, Press Bureau, the Armenian National Union of America, 1919.

Ahmad, Feroz, The Young Turks: The Committee of Union and Progress in Turkish Politics, 1908-1914, Londres, Hurst, 2009.

Ahmet İzzet Paşa, Feryadım. Estambul, Nehir, 1992.

Akal, Emel, Milli Mücadelenin Başlangıcında: Mustafa Kemal, İttihat Terakki ve Bolşevizm, Estambul, TÜSTAV, 2002.

Akandere, Osman, «Damat Ferit Paşa Hükümetleri Döneminde Kuva-yı Milliye Hareketine Yöneltilen İthamlar», Atatürk Araştırma Merkezi Dergisi, 24.70 (2008), pp. 17-56.

Akbal, İsmail, Milli Mücadele Döneminde Trabzon'da Muhalefet, Trebisonda, Serander, 2008.

Akçam, Taner, «When Was the Decision to Annihilate the Armenians Taken?», Journal of Genocide Research, 21.4 (2019), pp. 457-480.

—, The Young Turks' Crime against Humanity: The Armenian Genocide

and Ethnic Cleansing in the Ottoman Empire, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2012.

Akçura, Yusuf, Üç Tarz-ı Siyaset, Ankara, Türk Tarih Kurumu Basımevi, 1976.

Akgün, Seçil Karal, «Louis E. Browne and the Leaders of the 1919 Sivas Congress», en George S. Harris y Nur Bilge Criss (eds.), Studies in Atatürk's Turkey: The American Dimension, Leiden, Brill, 2009.

Akın, Yiğit, «The Ottoman Home Front during World War I: Everyday Politics, Society, and Culture», tesis doctoral, Ohio State University, 2011.

Akıncı, İbrahim Ethem, Demirci Akıncıları, Ankara, Türk Tarih Kurumu, 1989.

Aksakal, Mustafa, «Not "by Those Old Books of International Law, but Only by War": Ottoman Intellectuals on the Eve of the Great War», Diplomacy and Statecraft, 15.3 (2004), pp. 507-544.

Aktar, Ayhan, «Debating the Armenian Massacres in the Last Ottoman Parliament, November-December 1918», History Workshop Journal, 64.1 (2007), pp. 240-270.

Arai, Masami, Turkish Nationalism in the Young Turk Era, Leiden, Brill, 1992.

Ardıç, Nurullah, Islam and the Politics of Secularism: The Caliphate and Middle Eastern Modernization in the Early 20th Century, Londres, Routledge, 2012.

Atatürk, Mustafa Kemal, Atatürk'ün Bütün Eserleri: 1915-1919, Cilt 2, Estambul, Kaynak Yayınları, 1999.

—, Atatürk'ün Bütün Eserleri: 1920, Cilt 7, Estambul, Kaynak Yayınları, 2002.

—, Atatürk'ün Bütün Eserleri: 1920, Cilt 9, Estambul, Kaynak Yayınları, 2002.

—, Atatürk'ün Bütün Eserleri: 1920-1921, Cilt 10, Estambul, Kaynak Yayınları, 1999.

—, Atatürk'ün Bütün Eserleri: 1921, Cilt 11, Estambul, Kaynak Yayınları, 1999.

—, Nutuk, ed. Bedi Yazıcı, Estambul, s.l., 1995. (Ed. española, Demet Küçük, Pasajes seleccionados del Nutuk, Profil Yayıncılık, 2014).

Babacan, Hasan, y Servet Avşar (eds.), Cavid Bey, Meşrutiyet Ruznamesi, 3-4. Cilt, Ankara, Türk Tarih Kurumu Basımevi, 2014.

Babayan, Der Nerses, y Ümit Kurt. Günlüğümden Sayfalar, Estambul, Tarih Vakfı Yurt Yayınları, 2017.

Bali, Rıfat N. (ed.), A Survey of Some Social Conditions in Smyrna, Asia Minor, May 1921, Estambul, Libra Kitap, 2009.

Balistreri, Alexander E., «A Provisional Republic in the Southwest Caucasus: Discourses of Self-Determination on the Ottoman-Caucasian Frontier, 1918-1919», en Yaşar Tolga Cora et al. (eds.), The Ottoman East in the Nineteenth Century: Societies, Identities and Politics, Londres, I. B. Tauris, 2016.

Bardakçı, Murat, Şahbaba: Osmanoğulları'nın Son Hükümdarı VI. Mehmed Vahideddin'in Hayatı, Hatıraları ve Özel Mektupları, Estambul, İnkılap, 2006.

—, Talat Paşa'nın Evrak-ı Metrukesi, Estambul, Everest Yayınları, 2008.

Baykal, Erol A. F., The Ottoman Press (1908-1923), Leiden, Brill, 2019.

Bein, Amit, Ottoman Ulema, Turkish Republic: Agents of Change and Guardians of Tradition, Stanford, CA, Stanford University Press, 2011.

Berkes, Niyazi, The Development of Secularism in Turkey, Nueva York, Routledge, 1998.

Beyoğlu, Süleyman, İki Devir Bir İnsan: Ahmet Faik Günday ve Hatıraları, Estambul, Bengi Yayınları, 2011.

Bidwell, Robin Leonard et al. (eds.), British Documents on Foreign Affairs – Reports and Papers from the Foreign Office Confidential Print, Part II… Series B… Volume 2: The Allies Take Control, 1920-1921, Frederick, MD, University Publications of America, 1985.

Birdal, Murat, «Fiscal Crisis and Structural Change in the Late Ottoman Economy», en Amal Ghazal y Jens Hanssen (eds.), The Oxford Handbook of Contemporary Middle Eastern and North African History, Oxford, Oxford University Press, 2021.

Bloxham, Donald, The Great Game of Genocide: Imperialism, Nationalism,

and the Destruction of the Ottoman Armenians, Nueva York, Oxford University Press, 2007.

Böke, Pelin (ed.), İzmir, 1919-1922: Tanıklıklar, Estambul, Tarih Vakfı Yurt Yayınları, 2006.

Borak, Sadi, y Utkan Kocatürk (eds.), Atatürk'ün Söylev ve Demeçleri: Tamim ve Telgrafiarı, Cilt V, Ankara, Türk Inkılap Tarihi Enstitüsü Yayınları, 1972.

Bournoutian, George A., Armenia and Imperial Decline: The Yerevan Province, 1900-1914, Londres, Routledge, 2018.

Bozkurt, Mahmut Esat, Toplu Eserler, I, Estambul, Kaynak Yayınları, 2014.

Brémond, Édouard, La Cilicie en 1919-1920, París, Imprimerie Nationale, 1921, p. 321.

Brookes, Douglas Scott (ed.), On the Sultan's Service: Halid Ziya Uşaklıgil's Memoir of the Ottoman Palace, 1909-1912, Bloomington, IN, Indiana University Press, 2020.

Burke, Edmund, «Moroccan Resistance, Pan-Islam and German War Strategy, 1914-1918», Francia, 3 (1975), pp. 434-464.

Busch, Briton Cooper, Mudros to Lausanne: Britain's Frontier in West Asia, 1918-1923, Albany, NY, State University of New York Press, 1976.

Çalışlar, İzzettin, On Yıllık Savaşın Günlüğü, Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 1997.

Çantay, Hasan Basri, Kara Günler ve İbret Levhaları, Estambul, Ahmed Said Matbaası, 1964.

Çarıklı, Hacim Muhittin, Balıkesir ve Alaşehir Kongreleri ve Hacim Muhittin Çarıklı'nın Kuvayı Milliye Hatıraları, 1919-1920, Ankara, Türk Inkılâp Tarihi Enstitüsü, 1967.

Cebesoy, Ali Fuat, Milli Mücadele Hatıraları, Estambul, Temel Yayınları, 2000.

Çetin, Fethiye, My Grandmother: An Armenian-Turkish Memoir, Londres, Verso, 2012.

Çetinkaya, Ali, Askerlik Hayatım: Irak Cephesi, İşgal İzmir'i ve Ayvalık, 1914-1922, Estambul, Türkiye İş Bankası Kültür Yayınları, 2012.

Chatziioannou, Maria Christina, y Dimitris Kamouzis, «From a Multi-ethnic Empire to Two National States: The Economic Activities of the Greek Orthodox Population of Istanbul, ca. 1870-1939», en Darja Reuschke et al. (eds.), The Economies of Urban Diversity: The Ruhr Area and Istanbul, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2013.

Churchill, Winston, The World Crisis: The Aftermath, Londres, Thornton Butterworth, 1929. (Ed. española: La crisis mundial 1911-1918, Barcelona, Debolsillo, 2014).

Criss, Nur Bilge, Istanbul under Occupation, 1918-1923, Leiden, Brill, 1999.

Çukurova, Bülent, «Büyük Taarruz Günlerinde Ali Kemal ve Siyasi Görüşleri», Atatürk Yolu Dergisi, 6.23 (1999), pp. 357-370.

Dadrian, Vahakn N., y Taner Akçam, Judgment at Istanbul: The Armenian Genocide Trials, Nueva York, Berghahn Books, 2011.

Davison, Roderic H., Reform in the Ottoman Empire, 1856-1876, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1963.

Dennis, Brad, «Explaining Coexistence and Conflict in Eastern Anatolia, 1800-1878», tesis doctoral, University of Utah, 2015.

Der Matossian, Bedross, «From Bloodless Revolution to Bloody Counterrevolution: The Adana Massacres of 1909», Genocide Studies and Prevention, 6.2 (2011), pp. 152-173.

Deringil, Selim, The Ottoman Twilight in the Arab Lands: Turkish Memoirs and Testimonies of the Great War, Boston, MA, Academic Studies Press, 2019.

—, The Well-Protected Domains: Ideology and the Legitimation of Power in the Ottoman Empire, 1876-1909, Londres, I. B. Tauris, 1998.

Dersimi, Nuri, Hatıratım, Estocolmo, Roja Nu Yayınları, 1986.

Djemal Pasha, Memories of a Turkish Statesman, 1913-1919, Nueva York, George H. Doran Company, 1922.

Dogan Kader, Merve, y Seán Patrick Smyth, «Neither Suvla nor Sedd-ul-Bahr – When Harp and Crescent Intertwined», History Ireland, 28.2 (2020), pp. 42-44.

Doumanis, Nicholas, Before the Nation: Muslim-Christian Coexistence and

Its Destruction in Late Ottoman Anatolia, Oxford, Oxford University Press, 2012.

Dündar, Fuat, Modern Türkiye'nin Şifresi: İttihat ve Terakki'nin Etnisite Mühendisliği (1913-1918), Estambul, İletişim Yayınları, 2008.

Dursunoğlu, Cevat, Milli Mücadele'de Erzurum, Erzurum, Erzurum Kitaplığı, 1998.

Durukan, Eyüp, Günlüklerde bir Ömür - IV: Meşum Mütareke ve Meşru Mücadele (1918-1922), Estambul, Türkiye İş Bankası, 2018.

Dyer, Gwynne, «The Turkish Armistice of 1918: 2: A Lost Opportunity: The Armistice Negotiations of Moudros», Middle Eastern Studies, 8.3 (1972), pp. 313-348.

Ekmekçioğlu, Lerna, «A Climate for Abduction, a Climate for Redemption: The Politics of Inclusion during and after the Armenian Genocide», Comparative Studies in Society and History, 55.3 (2013), pp. 522-553.

El Bakri, Alia, «"Memories of the Beloved": Oral Histories from the 1916-1919 Siege of Medina», International Journal of Middle East Studies, 46.4 (2014), pp. 703-718.

Emgili, Fahriye, Yunanistan'dan Mersin'e: Köklerinden Koparılmış Hayatlar, Estambul, Bilge Kültür Sanat, 2011.

Enver Pascha, Um Tripolis, Múnich, Hugo Bruckmann Verlag, 1918.

Erol, Emre, The Ottoman Crisis in Western Anatolia: Turkey's Belle Époque and the Transition to a Modern Nation State, Londres, I. B. Tauris, 2016.

Esatlı, Mustafa Ragıp, İttihat ve Terakki'nin Son Günleri: Suikastlar ve Entrikalar, Estambul, Bengi, 2007.

Eser, Umit, «All Loud on the Western Front: Ethnic Violence, Occupation, and the Ottoman Bureaucrats in Aydin Province (Vilâyet), 1919-1922», tesis doctoral, University of London, School of Oriental and African Studies, 2016.

Gale, Neil, The Midway Plaisance at the 1893 World's Columbian Exposition in Chicago, Lulu.com, 2017.

Gandhi, Mahatma, Speeches and Writings of M. K. Gandhi, Madrás, G. A. Natesan, 1922. (Hay una selección de discursos suyos en español en www.ersilias.com/discursos-de-mahatma-gandhi/).

Gawrych, George W., The Young Atatürk: From Ottoman Soldier to Statesman of Turkey, Londres, I. B. Tauris, 2013.

Gelvin, James L., Divided Loyalties: Nationalism and Mass Politics in Syria at the Close of Empire, Berkeley, CA, Universidad de California, 1998.

Genişol, Hüseyin Fehmi, Çanakkale'den Bağdat'a Esaretten Kurtuluş Savaşı'na: Cephede Sekiz Yıl Sekiz Ay (1914-1923), Estambul, Türkiye İş Bankası Kültür Yayınları, 2010.

Georges-Gaulis, Berthe, Angora, Constantinople, Londres, París, Armand Colin, 1922.

Gershoni, Israel, y James P. Jankowski, Egypt, Islam, and the Arabs: The Search for Egyptian Nationhood, 1900-1930, Nueva York, Oxford University Press, 1987.

Gerwarth, Robert, The Vanquished: Why the First World War Failed to End, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2016. (Ed. española, Los vencidos. Por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017).

Gingeras, Ryan, Fall of the Sultanate: The Great War and the End of the Ottoman Empire, 1908-1922, Oxford, Oxford University Press, 2016.

Ginio, Eyal, «Constructing a Symbol of Defeat and National Rejuvenation: Edirne (Adrianople) in Ottoman Propaganda and Writing during the Balkan Wars», en Stefan Goebel y Derek Keene (eds.), Cities into Battlefields: Metropolitan Scenarios, Experiences and Commemorations of Total War, Farnham, Ashgate, 2011.

Gladstone, W. E., Bulgarian Horrors and the Question of the East, Londres, J. Murray, 1876.

Göçek, Fatma Müge, Denial of Violence: Ottoman Past, Turkish Present, and Collective Violence against the Armenians, 1789-2009, Oxford, Oxford University Press, 2015.

Goebel, Michael, Anti-Imperial Metropolis: Interwar Paris and the Seeds of Third World Nationalism, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.

Gökalp, Ziya, The Principles of Turkism, Leiden, E. J. Brill, 1968.

Gökay, Bülent, Soviet Eastern Policy and Turkey, 1920-1991: Soviet Foreign Policy, Turkey and Communism, Londres, Routledge, 2006.

Gökbilgin, M. Tayyip, Milli Mücadele Başlarken, I Cilt, Ankara, Türkiye İş Bankası Yayınları, 2011.

Gökdemir, Oktay (ed.), İzmir'e Doğru, Esmirna, İzmir Büyükşehir Belediyesi, 2010.

Gologlu, Mahmut, Devrimler ve Tepkiler, Ankara, Turhan Kitabevi, 1972.

Göztepe, Tarık Mümtaz, Gurbet Cehennemi: Mütareke Sonrası Hatırat, Estambul, Kopernik Kitap, 2018.

—, Mütareke Günleri, Estambul, Cümle Yayınları, 2017.

Gratien, Christopher, «The Mountains Are Ours: Ecology and Settlement in Late Ottoman and Early Republican Cilicia, 1856-1956», tesis doctoral, Universidad de Georgetown, 2015.

Greek Atrocities in the Vilayet of Smyrna (May to July 1919), Lausana, Oficina permanente del Congreso Turco en Lausana, 1919.

Günaydın, Adem, «The Return and Resettlement of the Relocated Armenians (1918-1920)», tesis de máster, Middle East Technical University, Ankara, 2007.

Gürpınar, Doğan, Ottoman/Turkish Visions of the Nation, 1860-1950, Londres, Palgrave Macmillan, 2013.

Güven, Zühtü, Anzavur İsyanı: İstiklâl Savaşı Hatıralarından Acı Bir Safha, Ankara, Türkiye İş Bankası, 1965.

Hacısalihoğlu, Mehmet, Jön Türkler ve Makedonya Sorunu (1890-1918), Estambul, Tarih Vakfı Yurt Yayınları, 2008.

Hakan, Sinan, Türkiye Kurulurken Kürtler (1916-1920), Estambul, İletişim Yayınları, 2013.

Hanioğlu, M. Şükrü, Preparation for a Revolution: The Young Turks, 1902-1908, Oxford, Oxford University Press, 2001.

—, The Young Turks in Opposition, Oxford, Oxford University Press, 1995.

Harington, Charles, Tim Harington Looks Back, Londres, John Murray, 1941.

Hatemi, Nilüfer, «Unfolding a Life: Marshal Fevzi Çakmak's Diaries», tesis doctoral, Universidad de Princenton, 2000.

Helmreich, Paul C., From Paris to Sèvres: The Partition of the Ottoman Empire at the Peace Conference of 1919-1920, Columbus, OH, Ohio State University Press, 1974.

Holquist, Peter, «To Count, to Extract, and to Exterminate: Population Statistics and Population Politics in Late Imperial and Soviet Russia», en Ronald Grigor Suny y Terry Martin (eds.), A State of Nations: Empire and Nation-Making in the Age of Lenin and Stalin, Oxford, Oxford University Press, 2001.

Hovannisian, Richard G., The Republic of Armenia, Volume II: From Versailles to London, 1919-1920, Berkeley, CA, University of California Press, 1982.

—, The Republic of Armenia, Volume IV: Between Crescent and Sickle: Partition and Sovietization, Berkeley, CA, University of California Press, 1996.

İncedayı, Cevdet Kerim, İstiklal Harbi (Garp Cephesi), Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 2007.

Jäschke, Gotthard, «Beiträge zur Geschichte des Kampfes der Türkei um ihre Unabhängigkeit», Die Welt des Islams, 5.1 (1957), pp. 1-64.

Jernazian, Ephraim K., Judgment unto Truth: Witnessing the Armenian Genocide, New Brunswick, NJ, Transaction Publishers, 1990.

Jwaideh, Wadie, The Kurdish National Movement: Its Origins and Development, Syracuse, NY, Syracuse University Press, 2006.

Kadhim, Abbas, Reclaiming Iraq: The 1920 Revolution and the Founding of the Modern State, Austin, TX, University of Texas Press, 2012.

Kandil, İsmail, «Türk Basınında Osmanlı Bağımsızlık Günü Kutlamaları», tesis de máster, Universidad de Estambul, 2010.

Kansu, Mazhar Müfit, Erzurum'dan Ölümüne Kadar Atatürk'le Beraber, Ankara, Türk Tarih Kurumu Basımevi, 1986.

Kaplan, Sam, «Documenting History, Historicizing Documentation: French Military Officials' Ethnological Reports on Cilicia», Comparative Studies in Society and History, 44.2 (2002), pp. 344-369.

Kappeler, Andreas, The Russian Empire: A Multi-Ethnic History, Londres, Routledge, 2014.

Karabekir, Kâzım, Günlükler (1906-1948), Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 2009.

—, İstiklal Harbimiz, Estambul, Türkiye Yayınevi, 1960.

—, Kürt Meselesi, Estambul, Emre, 2004.

Karaca, Taha Niyazi, «Milli Mücadele'de Bozkır İsyanları», Erciyes Üniversitesi Sosyal Bilimler Enstitüsü Dergisi, 1.16 (2004), pp. 169-190.

Karaköse, Nejdet, «Askeri, Siyasi ve Silah Sanayicisi Kişiliği ile Nuri Paşa (Killigil)», tesis doctoral, Dokuz Eylül University, Esmirna, 2010.

Karpat, Kemal H., Ottoman Population, 1830-1914: Demographic and Social Characteristics, Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1985.

—, The Politicization of Islam: Reconstructing Identity, State, Faith, and Community in the Late Ottoman State, Oxford, Oxford University Press, 2001.

Katsikas, Stefanos, Islam and Nationalism in Modern Greece, 1821-1940, Oxford, Oxford University Press, 2021.

Kaya, Halit, Refet Bele: Askeri ve Siyasi Hayatı, 1881-1963, Estambul, Bengi, 2010.

Kayalı, Hasan, Arabs and Young Turks: Ottomanism, Arabism, and Islamism in the Ottoman Empire, 1908-1918, Berkeley, CA, University of California Press, 1997.

—, Imperial Resilience: The Great War's End, Ottoman Longevity, and Incidental Nations, Berkeley, CA, University of California Press, 2021.

Kedourie, Elie, «Young Turks, Freemasons and Jews», Middle Eastern Studies, 7.1 (1971), pp. 89-104.

Kemal, Ismail, The Memoirs of Ismail Kemal Bey, Londres, Constable and Co., 1920.

Kemal, Yahya, Kendi Gök Kubbemiz, Estambul, Yahya Kemal Enstitüsü, 1974.

Kerkük, Mahmut Nedim, Hatıratım, 1334 (1918), Ankara, Altınküre Yayınları, 2002.

Kévorkian, Raymond, The Armenian Genocide: A Complete History, Londres, I. B. Tauris, 2011.

Kieser, Hans-Lukas, Talaat Pasha: Father of Modern Turkey, Architect of Genocide, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2018.

King, Charles, Midnight at the Pera Palace: The Birth of Modern Istanbul, Nueva York, W. W. Norton, 2014.

Kobakizade, İsmail Hakkı, Bir Mübadilin Hatıraları, Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 2008.

Kocahanoğlu, Osman Selim, Atatürk-Karabekir Kavgası, Estambul, Temel Yayınları, 2013.

—, (ed.), Rauf Orbay'ın Hatıraları, 1914-1945, Estambul, Temel Yayınları, 2005.

Kühn, Thomas, «An Imperial Borderland as Colony: Knowledge Production and the Elaboration of Difference in Ottoman Yemen, 1872-1918», MIT-EJMES, 3 (primavera de 2003), pp. 4-16.

Kurt, Ümit, «Introduction», en Kevork Baboian, The Heroic Battle of Aintab, Londres, Gomidas Intsitute, 2017.

—, «The Making of the Aintab Elite: Social Support, Local Incentives and Provincial Motives behind the Armenian Genocide (1890s-1920s)», tesis doctoral, Clark University, 2006.

—, Türk'ün Büyük, Biçare Irkı, Estambul, İletişim Yayınları, 2012.

Lausanne Conference on Near Eastern Affairs, 1922-1923: Records of Proceedings and Draft Terms of Peace, Londres, His Majesty's Stationery Office, 1923.

Lewis, Bernard, The Emergence of Modern Turkey, Oxford, Oxford University Press, 1961.

Lewis, Geoffrey, The Turkish Language Reform: A Catastrophic Success, Oxford, Oxford University Press, 1999.

Llewellyn Smith, Michael, Ionian Vision: Greece in Asia Minor, 1919-1922, Londres, Hurst & Company, 1998.

Lohanizade Mustafa Nureddin, Gaziantep Savunması, Gaziantep, Kurtuluş Matbaası, 1974.

Macfie, A. L., «The Chanak Affair: September-October 1922», Balkan Studies, 20.2 (1979), pp. 309-341.

Mahir Metinsoy, Elif, Ottoman Women during World War I: Everyday Experiences, Politics, and Confiict, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

Mango, Andrew, Atatürk: The Biography of the Founder of Modern Turkey, Nueva York, Overlook Press, 2002.

—, «Atatürk and the Kurds», Middle East Studies, 35.4 (octubre de 1999), pp. 1-25.

Marr, Phebe, «Yasin al-Hashimi: The Rise and Fall of a Nationalist», tesis doctoral, Universidad de Harvard, 1966.

Martin, Terry, The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939, Ithaca, NY, Cornell University Press, 2001.

Meleady, Conor, «Negotiating the Caliphate: British Responses to Pan-Islamic Appeals, 1914-1924», Middle Eastern Studies, 52.2 (2016), pp. 182-197.

Memorandum on the Claims of the Kurd People, París, Imprimerie A.-G. L'Hoir, 1919.

Menteşe, Halil, Osmanlı Mebusan Meclisi Reisi Halil Menteşe'nin Anıları, Estambul, Hürriyet Vakfı Yayınları, 1986.

Miller, David H., My Diary at the Conference of Paris: With Documents, volumen IV, Nueva York, 1924.

Morack, Ellinor, The Dowry of the State? The Politics of Abandoned Property and the Population Exchange in Turkey, 1921-1945, Bamberg, University of Bamberg Press, 2017.

—, «Fear and Loathing in "Gavur" İzmir: Emotions in Early Republican Memories of the Greek Occupation (1919-1922)», International Journal of Middle East Studies, 49.1 (2017), pp. 71-89.

Morris, Benny, y Dror Ze'evi, The Thirty-Year Genocide: Turkey's Destruction of Its Christian Minorities, 1894-1924, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2019.

Nicolson, Harold, Peacemaking, 1919, Nueva York, Grosset & Dunlap, 1965.

Nioutsikos, Ioannis, «The Greek Military Strategy in the Asia Minor Campaign, 1919-1922: An Application of Clausewitz's Theory on

Culmination», en Konstantinos Travlos (ed.), Salvation and Catastrophe: The Gree-Turkish War, 1919-1922, Lanham, MD, Lexington Books, 2020.

Noel, Edward, Diary of Major Noel on Special Duty in Kurdistan, Basora, s.l., 1920.

Oral, Mustafa, «Türk İnkılap Tarihi Enstitüsü (1933)», Ankara Üniversitesi Türk İnkılap Tarihi Enstitüsü Atatürk Yolu Dergisi, 27-28 (2001), pp. 321-333.

Özcan, Azmi, Pan-Islamism: Indian Muslims, the Ottomans and Britain (1877-1924), Leiden, Brill, 1997.

Özdemir, Hikmet, The Ottoman Army, 1914-1918: Disease and Death on the Battlefield, Salt Lake City, UT, University of Utah Press, 2008.

Özer, Kemal, Kurtuluş Savaşında Gönen, Gönen, Türkdili Matbaası, 1964.

Özgür-Baklacıoğlu, Nurcan, «Devletlerin Dış Politikaları Açısından Göç Olgusu: Balkanlar'dan Türkiye'ye Arnavut Göçleri (1920-1990)», tesis doctoral, Universidad de Estambul, 2003.

Özyüksel, Murat, The Hejaz Railway and the Ottoman Empire: Modernity, Industrialisation and Ottoman Decline, Londres, I. B. Tauris, 2014.

Panian, Karnig, et al., Goodbye, Antoura: A Memoir of the Armenian Genocide, Stanford, CA, Stanford University Press, 2015.

Patrick, Andrew, America's Forgotten Middle East Initiative: The King-Crane Commission of 1919, Londres, I. B. Tauris, 2015.

—, «Woodrow Wilson, the Ottomans, and World War I», Diplomatic History, 42.5 (2018), pp. 886-910.

Philliou, Christine M., Turkey: A Past against History, Berkeley, CA, University of California Press, 2021.

Polat, Ü. Gülsüm, «Osmanlı'dan Cumhuriyet'e Yemen ile İlişkiler (1911-1938)», Atatürk Araştırma Merkezi Dergisi, 33.96 (2017), pp. 113-154.

—, Türk-Arap İlişkileri: Eski Eyaletler Yeni Komşulara Dönüşürken (1914-1923), Estambul, Kronik Kitap, 2019.

Polatel, Mehmet, «Geri Dönüş ve Emval-ı Metruke Meselesi», en Ümit Kurt y Güney Çenğin (eds.), Kıyam ve Kıtal: Osmanlı'dan Cumhuriyet'e Devletin İnşası ve Kolektif Şiddet, Estambul, Tarih Vakfi Yurt Yayınları, 2015.

Qureshi, M. Naeem, Pan-Islam in British Indian Politics: A Study of the Khilafat Movement, 1918-1924, Leiden, Brill, 1999.

Renda, M. Abdülhalik, Hatırat, Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 2018.

Rey, Ahmet Reşit, İmparatorluğun Son Döneminde Gördüklerim Yaptıklarım (1890-1922), Estambul, İş Bankası Kültür Yayınları, 2007.

Roessel, David, In Byron's Shadow: Modern Greece in the English and American Imagination, Oxford, Oxford University Press, 2001.

Ryan, Andrew, The Last of the Dragomans, Londres, Geoffrey Bles, 1951.

Sabis, Ali İhsan, Harp Hatıralarım: Birinci Cihan Harbi, Cilt IV, Estambul, Nehir Yayınları, 1993.

Sancaktar, Fatih Mehmet, «Son Osmanlı Meclisi Ayan'ında Damat Ferit Paşa Taraftarlarının Faaliyeti ve Anadolu Hareketine Etkisi», Yakın Dönem Türkiye Araştırmaları, 0.9 (2006), pp. 129-170.

Sarıhan, Zeki, Kurtuluş Savaşı Günlüğü, I-IV, Ankara, Türk Tarih Kurumu, 1996.

Schatkowski Schilcher, Linda, «The Famine of 1915-1918 in Greater Syria», en John Spagnolo (ed.), Problems of the Modern Middle East in Historical Perspective: Essays in Honour of Albert Hourani, Reading, Ithaca Press, 1992.

Schlicklin, Jean, Angora: L'Aube de la Turquie nouvelle (1919-1922), París, Berger-Levrault, 1922.

Sekeryan, Ari, «The Armenians in the Ottoman Empire after the First World War (1918-1923)», tesis doctoral, Universidad de Oxford, 2018.

Selek, Sabahattin, Anadolu İhtilali, II, Cilt, Estambul, Kastaş Yayınları, 2004.

Sharp, Alan, Consequences of Peace: The Versailles Settlement – Aftermath and Legacy 1919-2010, Londres, Haus Publishing, 2010.

Shaw, Stanford J., From Empire to Republic: The Turkish War of National Liberation, 1918-1923: A Documentary Study, 5 vols., Ankara, Türk Tarih Kurumu Basımevi, 2000.

Shissler, A. Holly, Between Two Empires: Ahmet Ağaoğlu and the New Turkey, Londres, I. B. Tauris, 2003.

Sılan, Necmettin, İlk Meclis Anketi: Birinci Dönem TBMM Üyelerinin Gelecekten Beklentileri, Ankara, TBMM Kültür, Sanat ve Yayın Kurulu, 2004.

Şiviloğlu, Murat R., The Emergence of Public Opinion: State and Society in the Late Ottoman Empire, Cambridge, Cambridge University Press, 2018.

Smith, Michael G., «Anatomy of a Rumour: Murder Scandal, the Musavat Party and Narratives of the Russian Revolution in Baku, 1917-1920», Journal of Contemporary History, 36.2 (2001), pp. 211-240.

Sofuoğlu, Adnan, «İzmir İşgali Sonrasında Yunanlıların Batı Anadolu'da İşgali Genişletmeleri ve Bölgede Oluşan Milli Direniş», Ankara Üniversitesi Türk İnkılâp Tarihi Enstitüsü Atatürk Yolu Dergisi, 8.29 (2002), pp. 131-142.

Solomonidis, Victoria, «Greece in Asia Minor: The Greek Administration of the Vilayet of Aidin, 1919-1922», tesis doctoral, King's College, Universidad de Londres, 1984.

Somel, Selçuk Akşin, The Modernization of Public Education in the Ottoman Empire, 1839-1908: Islamization, Autocracy and Discipline, Leiden, Brill, 2001.

Sowards, Steven W., Austria's Policy of Macedonian Reform, Boulder, CO: East European Monographs, 1989.

Soyak, Hasan Rıza, Atatürk'ten Hatıralar, Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 2004.

Stoddard, Philip Hendrick, «The Ottoman Government and the Arabs, 1911 to 1918: A Preliminary Study of the Teşkilat-ı Mahsusa», tesis doctoral, Princeton University, 1963.

Suny, Ronald Grigor, Looking toward Ararat: Armenia in Modern History, Bloomington, IN, Indiana University Press, 1993.

—, «They Can Live in the Desert but Nowhere Else»: A History of the Armenian Genocide, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2017.

Sürmenyan, Kalusd, Harbiyeli Bir Osmanlı Ermenisi, Estambul, Tarih Vakfı Yurt Yayınları, 2015.

Tachjian, Vahé, La France en Cilicie et en Haute-Mésopotamie: Aux confins de la Turquie, de la Syrie et de l'Irak, 1919-1933, París, Karthala, 2004.

T. C. Başbakanlık Devlet Arşivileri Genel Müdürlüğu, Osmanlı Belgelerinde Ermenilerin Sevk ve İskanı (1878-1920), Ankara, Sistem Ofset, 2007.

Temel, M. Kemal, «The 1918 "Spanish Flu" Pandemic in the Ottoman Capital, Istanbul», Canadian Bulletin of Medical History, 37.1 (2020), pp. 195-231.

Thompson, Charles T., The Peace Conference Day by Day: A Presidential Pilgrimage Leading to the Discovery of Europe, Nueva York, Brentano's Publishers, 1920.

Thompson, Elizabeth F., How the West Stole Democracy from the Arabs: The Syrian Arab Congress of 1920 and the Destruction of Its Historic Liberal-Islamic Alliance, Nueva York, Atlantic Monthly Press, 2020.

Tongas, Gérard, Atatürk and the True Nature of Modern Turkey, Londres, Luzac & Co., 1939.

Tonguç, Faik, Birinci Dünya Savaşı'nda Bir Yedek Subayın Anıları, Estambul, Türkiye İş Bankası Kültür Yayınları, 2001.

Torossian, Sarkis, From Dardanelles to Palestine: A True Story of Five Battle Fronts of Turkey and Her Allies and a Harem Romance, Boston, MA, Meador Publishing Company, 1947.

Toynbee, Arnold J., The Western Question in Greece and Turkey: A Study in the Contact of Civilisations, Londres, Constable and Company, 1922.

Trotsky, Leon, History of the Russian Revolution, Chicago, Haymarket Books, 2008. (Ed. española, Historia de la Revolución rusa, Ed. Txalaparta, 2017).

Tunaya, Tarık Zafer, Türkiye'de Siyasal Partiler, Cilt II: Mütareke Dönemi, Estambul, Hürriyet Vakfı Yayınları, 2003.

Turan, Mustafa, et al. (eds.), Türkiye'de Yunan Fecayii, Ankara, Berikan, 2003.

Türk Cumhuriyet Genelkurmay Başkanlığı Harb Tarihi Dairesi, Türk İstiklal Harbi: VI ncı Cilt, İç Ayaklanmalar (1919-1921), Ankara, Genelkurmay Basımevi, 1964.

Türkgeldi, Ali Fuat, Görüp İşittiklerim, Ankara, Türk Tarih Kurumu, 2010.

Türkmen, Zekeriya, «İşgal Yıllarında İstanbul'daki Uygulamalar: Mütareke Döneminde Ermeniler Tarafından Türk Çocuklarının Kaçırılması ve

Hristiyanlaştırılması», KÖK Araştırmalar, 2.2 (2000), pp. 265-283.

—, «Özdemir Bey'in Musul Harekâtı ve İngilizlerin Karşı Tedbirleri (1921-1923)», Atatürk Araştırma Merkezi Dergisi, 17.49 (2001), pp. 49-79.

Turnaoğlu, Banu, The Formation of Turkish Republicanism, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2017.

Ülker, Erol, «Turkish National Movement, Mass Mobilization, and Demographic Change in Istanbul, 1922-1923», en Meltem Ersoy y Esra Ozyurek (eds.), Contemporary Turkey at a Glance II, Wiesbaden, Springer, 2017.

Ünal, Muhittin, Miralay Bekir Sami Günsav'ın Kurtuluş Savaşı Anıları, Estambul, Cem Yayınevi, 2002.

Üngör, Uğur Ümit, «Orphans, Converts, and Prostitutes: Social Consequences of War and Persecution in the Ottoman Empire, 1914-1923», War in History, 19.2 (2012), pp. 173-192.

Ursavaş, Ali Saib, Kilikya Facialarıve Urfa'nın Kurtuluş Mücadeleleri, Ankara, 1924.

Uyar, Mesut, «Ottoman Arab Officers between Nationalism and Loyalty during the First World War», War in History, 20.4 (2013), pp. 526-544.

Vasıb, Ali, Bir Şehzadenin Hatıratı, Estambul, Yapı Kredi Yayınları, 2012.

Vecihi, Binbaşı, Filistin Ricatı, Estambul, Matbaa-yı Askeriye, 1921.

Venizelos, Eleutherios, Greece before the Peace Congress of 1919: A Memorandum Dealing with the Rights of Greece, Nueva York, publicado para la American-Hellenic Society por Oxford University Press, American branch, 1919.

Watenpaugh, Keith David, Being Modern in the Middle East: Revolution, Nationalism, Colonialism, and the Arab Middle Class, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2012.

Wiegand, Theodor y Cemal Paşa, Alte Denkmäler aus Syrien, Palästina und Westarabien: 100 Tafeln mit beschreibendem Text, Berlín, G. Reimer, 1918.

Williams, Brian Glynn, The Crimean Tatars: The Diaspora Experience and the Forging of a Nation, Leiden, Brill, 2001.

Wilson, Arnold T., y Gertrude L. Bell, Review of the Civil Administration of Mesopotamia, Londres, His Majesty's Stationery Office, 1920.

Winter, Stefan, A History of the 'Alawis: From Medieval Aleppo to the Turish Republic, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2016.

Yalçın, Hüseyin Cahit, İttihatçı Liderlerin Gizli Mektupları, Estambul, Temel Yayınları, 2002.

Yalman, Ahmed Emin, Yakin Tarihte Gördüklerim ve Geçirdiklerim, Estambul, Pera Turizm ve Ticaret, 1997.

Yanıkdağ, Yücel, Healing the Nation: Prisoners of War, Medicine and Nationalism in Turkey, 1914-1939, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2013.

Yelbaşı, Caner, The Circassians of Turkey: War, Violence and Nationalism from the Ottomans to Atatürk, Londres, Bloomsbury Publishing, 2019.

Yenen, A. Alp, «Envisioning Turco-Arab Co-Existence between Empire and Nationalism», Die Welt des Islams, 61.1 (2021), pp. 72-112.

—, «The Young Turk Aftermath: Making Sense of Transnational Contentious Politics at the End of the Ottoman Empire, 1918-1922», tesis doctoral, Universidad de Basilea, 2019.

Yenibahçeli Şükrü et al., Yenibahçeli Şükrü Bey'in Hatıraları, Konya, Çizgi Kitabevi, 2011.

Yosmaoğlu, İpek K., «Counting Bodies, Shaping Souls: The 1903 Census and National Identity in Ottoman Macedonia», International Journal of Middle East Studies, 38.1 (2006), pp. 55-77.

Yüce, Rifat, Kocaeli Tarih ve Rehberi, İzmit, Türk Yolu Matbaası, 1945.

Zarrow, Peter, After Empire: The Conceptual Transformation of the Chinese State, 1885-1924, Stanford, CA, Stanford University Press, 2012.

Zeidner, Robert, «The Tricolor over the Taurus: The French in Cilicia and Vicinity, 1918-1922», tesis doctoral, Universidad de Utah, 1991.

Zürcher, Erik-Jan, «The Young Turks: Children of the Borderlands?», en Kemal H. Karpat y Robert W. Zens (eds.), Ottoman Borderlands: Issues, Personalities, and Political Changes, Madison, WI, University of Wisconsin Press, 2003.

Créditos de las ilustraciones

1. © Yaşar Cora. 2. © Türkiye İş Bankası Kültür Yayınları. 3. © United Church of Christ (UCC), American Research Institute in Turkey (ARIT), SALT Research. 4. © Underwood & Underwood, Library of Congress. 5. © Kahn Collection, Archives de la Planète. 6. © Resimli Kitap, agosto/septiembre de 1918. 7. © Bibliothèque nationale de France. 8. © Chronicle/Alamy. 9. © Bibliothèque nationale de France. 10. © Kahn Collection, Archives de la Planète. 11. © Bibliothèque nationale de France. 12. © Wikicommons. 13. © Library of Congress. 14. © Library of Congress. 15. © Kahn Collection, Archives de la Planète. 16. © Atatürk Kitaplığı. 17. © Atatürk Kitaplığı. 18. © Chronicle/Alamy. 19. © Wikicommons. 20. © Wikicommons. 21. © Bibliothèque nationale de France. 22. © Library of Congress. 23. © Library of Congress. 24. © Kahn Collection, Archives de la Planète. 25. © Atatürk Kitaplığı. 26. © Wikicommons. 27. © Wikicommons. 28. © Levantine Heritage Foundation. 29. © Akbaba. 30. © Atatürk Kitaplığı.



1. Kalusd Sürmenyan (izquierda) con otros oficiales.

2. Hüseyin Fehmi.





3. Desfile para celebrar la apertura del Parlamento otomano, Merzifon, norte de Anatolia, diciembre de 1908.

4. Esmirna, c. 1922.

5. Puente de Gálata, Estambul, octubre de 1922.

6. Talat Pashá (centro) pronunciando un discurso de celebración el Día de la Independencia Otomana.

7. El sultán Mehmed VI Vahideddin en su carruaje.

8. Buques de la flota aliada disparan salvas en el Bósforo.

9. Damad Ferid Pashá (el cuarto por la derecha) junto a Tevfik Pashá, con el chaleco blanco, liderando la delegación otomana de la paz en

París, 1919.

10. Los armenios de la zona y las tropas africanas francesas dan la bienvenida al general Henri Gouraud en Mersin.

11. Las tropas británicas desfilan por las calles de Estambul.



12. Concentración de protesta en la plaza de Sultanahmet, Estambul, 1919.



13. Mustafá Kemal en el estudio de su casa de Ankara, 1921.

14. Sesión abierta de la Gran Asamblea Nacional de Turquía, febrero de 1921.

15. Ankara, finales de 1922.



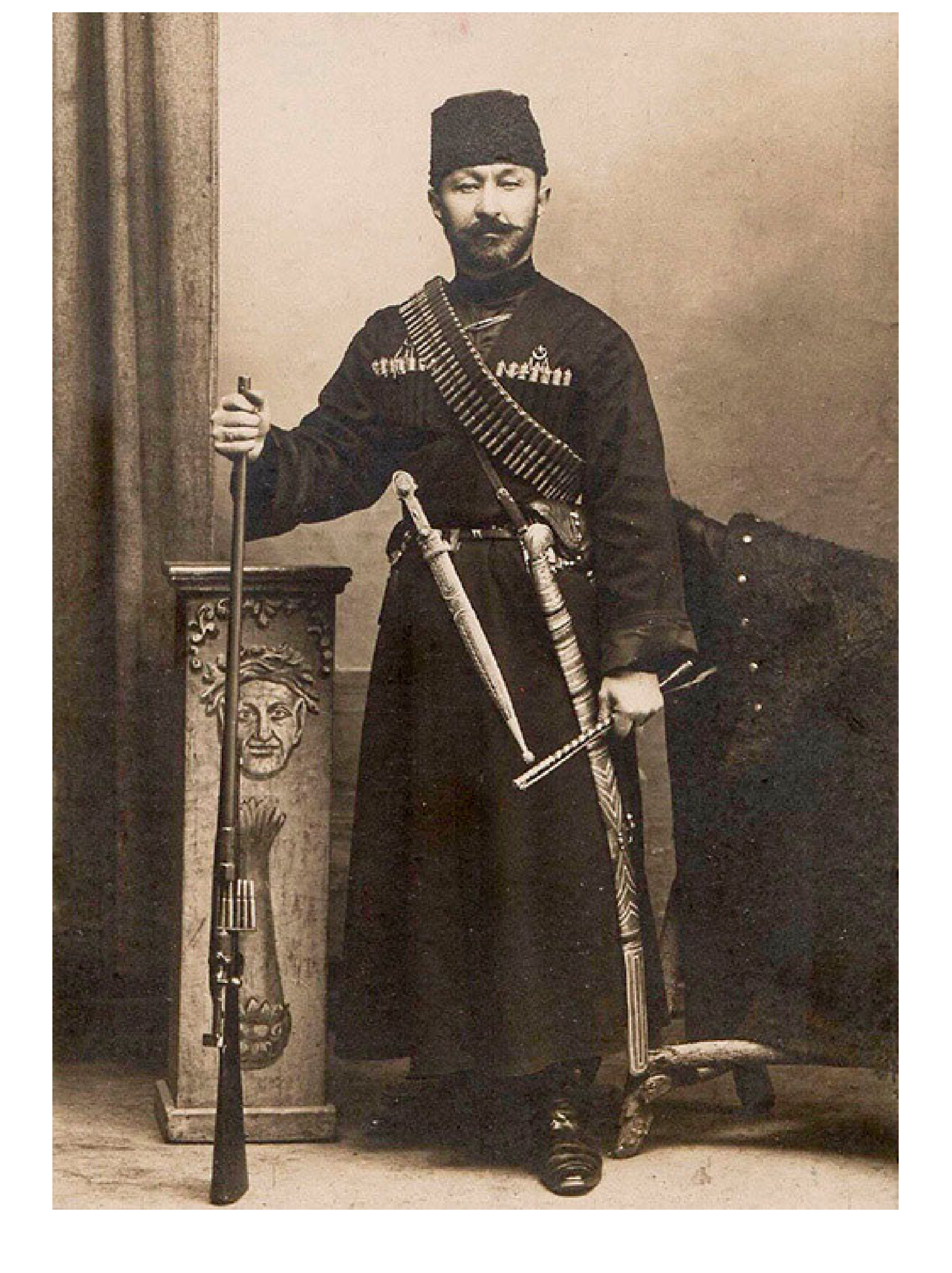
16. Combatientes nacionalistas en Antep.



17. Mujeres armenias identificadas como partidarias de las guerrillas griegas en Kirmasti (Mustafákemalpaşa), cerca de Bursa.



18. Migrantes indios musulmanes (muhajirun) marchan hacia Afganistán en protesta por el trato británico al califa otomano.



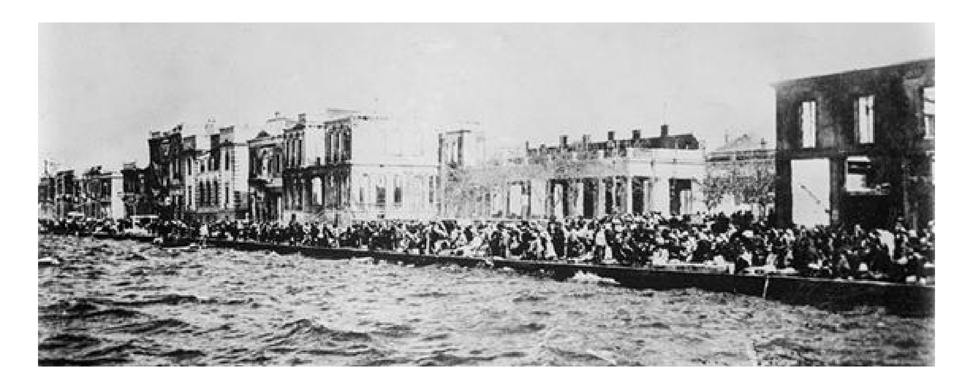
19. Ahmet Anzavur.



20. Cartel de la película Ravished Armenia, 1919. Basada en las memorias de un superviviente de Anatolia oriental, la película nunca llegó a estrenarse, y no se ha conservado ninguna copia.



21. Un pueblo en llamas durante la retirada griega de Anatolia occidental, septiembre de 1922.



22. Refugiados huyendo de Esmirna, septiembre de 1922.



23. Refugiados de Anatolia occidental reciben ayuda de la Cruz Roja de Estados Unidos.



24. Unas mujeres inspeccionan las ruinas de la mezquita de Cihanoğlu, Aydın.

25. Tropas nacionalistas desfilan por Estambul, noviembre de 1922.



26. Abdülmecid II dirigiéndose a la ceremonia de su proclamación como califa, noviembre de 1922.

27. Mehmed VI llega al exilio en Malta, noviembre de 1922.

28. Celebración del cuarto aniversario de la liberación de Esmirna, septiembre de 1926.

29. Caricatura satírica del periódico turco Akbaba, 30 de octubre de 1924. A la izquierda, la recién nacida República turca se amamanta del pecho de la nación. A la derecha, el sultán-califa otomano

estrangula un gato, que simboliza la nación turca, mientras succiona el pecho de su madre, Anatolia, hasta dejarlo seco.



30. Mujer con el escudo de armas otomano y enarbolando la bandera roja que ha servido de estandarte del Imperio otomano y de la República de Turquía.